

BIBLIOTECA DE MEXICO.

MARTIN GARATUZA.

MARTIN
GARATUZA.

MEMORIAS

DE LA INQUISICION.

POR EL GENERAL

V. Riva Palacio.

BIBLIOTECA DE MEXICO.

EDITOR,
MANUEL C. DE VILLEGAS.

MÉXICO.

IMPRENTA DE "LA CONSTITUCION SOCIAL,"

4ª CALLE DE LA PROVIDENCIA NUM. 6.

1868.

N
P.616
P/33 un
CLASIF.
ADQUIS.
FECH.
PRECIO
VALOR
C. K.

Esta obra es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima sin su permiso.



PRIMERA PARTE.

LOS CRIOLLOS.

I.

En que se ve que algunas cosas son para unos juegos de niños, y para otros dramas del corazon.

Por la Plaza principal de México atravesaba triste y pensativo un jóven como de veinticinco años, elegantemente vestido y embozado en una capa corta de terciopelo negro.

Cruzó por el puente que estaba frente á las casas de Cabildo, y se dirigió á la calle de las Canoas, como se llamaban entonces las que ahora se conocen con el de calles del Coliseo.

Comenzaba el mes de Noviembre de 1624: la tarde estaba fria y nublada, y un viento húmedo y penetrante soplaba del rumbo del Norte.

El jóven procuraba cubrirse el rostro con el embozo de la capa, mas bien como por precaucion contra el frio, que por temor ó deseo de no ser conocido.

Así caminó largo tiempo hasta que se detuvo frente á una gran casa de tristísima apariencia.

En el alto muro que formaba la fachada de aquella casa, habia sin cuidado ni órden, algunas ventanas guarnecidas de fuertes y dobladas rejas, todas cerradas por dentro, é indicando por su poco aseo y por la multitud de telas de araña que las cubrian, que por mucho tiempo nadie se habia asomado por allí.

La puerta de la casa tenia una figura rara tambien, y los batientes ostentaban gruesos clavos de fierro, que mostraban ya las señales de la vejez y del abandono.

El jóven miró la casa con cierto aire de tristeza, lanzó un suspiro, y sacando la mano por debajo de la capa, llamó fuertemente á la puerta.

Al cabo de algun tiempo se oyó el ruido de los cerrojos y las cadenas, y la puerta se abrió rechinando sobre sus enmohecidos goznes.

Un anciano vestido de negro y con un gorro de lienzo blanco, recibió al jóven.

—¿Qué manda usía?—dijo.

El jóven se lo quedó mirando y luego le contestó con otra pregunta:

—¿Sois por ventura, tio Luis?

—Luis Herrera: pero vos ¿quién sois?

—¿No me reconocéis?

—No, al menos.....

—Leonel.

—¡Ah!—exclamó el viejo.—¡Don Leonel! ¡El señorito! El primo de la señorita.

—El mismo, viejo, el mismo. Dame un abrazo.

El anciano se arrojó en los brazos del jóven llorando, con

MARTIN GARATUZA.

esa ternura infantil que se encuentra en el hombre por segunda vez al fin de la vida.

—¡Señorito, cuánto gusto va á tener la señorita al veros!

—¿Y está buena?

—Buena, y hermosa de grande.

—¿No se ha casado?.....

—No, Dios nos libre; qué gusto tendrá! voy á avisarle....

—No, cierra y yo subiré.....

Leonel se desprendió del viejo y comenzó á subir la escalera.

Todo revelaba en aquella casa abandono y tristeza; ni rumor de criados, ni de caballos, ni flores, ni plantas, ni pájaros; las arañas formaban sus telas libremente por todos los rincones, y el viento entraba gimiendo al través de las rotas puertas de las habitaciones.

Leonel atravesó con la confianza del que conoce el terreno, por algunos corredores, y el eco de sus pasos se repetía sin que nadie apareciese.

Llegó por fin al extremo de un largo corredor y llamó á una puerta.

El pálido rostro de una vieja dueña envuelta en negras tocas, apareció entonces.

—¿Qué mandais?—dijo la dueña.

—¿Quiere Usarcé anunciar á Doña Esperanza que su primo Don Leonel de Salazar, que acaba de llegar de España, desea hablarla?

La dueña sin contestar desapareció cerrando la puerta.

Leonel quedó esperando, y poco despues la dueña volvió á presentarse.

—Pasad, caballero, que la señora os suplica aguardeis un momento.

Leonel penetró en un salon que para él era bien conoci-

do, porque paseando por todas partes miradas tristes, exclamó en voz alta:

—Lo mismo, lo mismo; pero el tiempo ha pasado por aquí su mano de bronce.

—Decid mas bien la desgracia—contestó una voz dulcísima.

—Doña Esperanza! exclamó Leonel estrechando entre sus brazos á la dama que habia pronunciado aquellas palabras.

Doña Esperanza era una jóven de diez y ocho años, alta y erguida; su rostro tenia el color de la aurora; su pelo casi rubio se tejia en anillos encantadores; sus ojos grandes y brillantes mostraban una dulzura infinita en sus miradas, y su boca pequeña parecia la de un niño por su tamaño y su frescura.

Vestia Doña Esperanza un severo trage negro que hacía resaltar mas su belleza y el blanco mate de su cuello gracioso, y no llevaba adorno ninguno en la cabeza. Aquella mujer vestida así, tenia algo de fantástica, de ideal.

—Sentaos, primo mio, que largos años hace que no nos hemos visto—dijo conduciendo de la mano á Don Leonel hasta un campé.

—Años que me han parecido siglos, Doña Esperanza, años en que no pensaba sino en volver á veros.

—Sois muy bueno, Doñ Leonel.

—No, Doña Esperanza; es que jamás he podido olvidar nuestros juramentos de otro tiempo.

—¿Quién se acuerda de eso? Eran juegos de niños.

—¿Juegos de niños, Esperanza, juegos de niños? ¿y vos me decís eso? ¿y lo pensais así? ¡Ah! ¿para qué me lo habeis dicho? Quisiera que me lo hubiérais ocultado.

—¡Eramos tan jóvenes! Quizá ni vos ni yo, Don Leonel, pensábamos en lo que deciamos.

MARTIN GARATUZA.

—¡Ah, Esperanza! qué cruel sois conmigo, que así me juzgais!

—¿Es decir qué no me habeis olvidado?

—¿Olvidaros, Esperanza, olvidaros? Al través de los mares, enmedio de las tormentas, entre el fuego del combate, vos érais siempre mi pensamiento, mi ilusion, mi vida; os soñaba, os veia en las pesadas noches del campamento, entre los abrasadores rayos del desierto; vuestro nombre era mi primer idea si despertaba, vuestro recuerdo mi último pensamiento si dormia.

—¿Es verdad?

—Os lo juro, Esperanza; aquello que para vos fué un juego de niños, hirió profundamente mi corazon, se hizo el alma de mi alma: mirad, Esperanza, el viento del infortunio y el fuego del corazon han comenzado á marchitar mi juventud antes de tiempo, mientras á vos, el ángel que acompaña á la virtud os cubre y os hace mas hermosa cada dia. ¡Oh, Esperanza, vos no podeis comprender cuánto he anhelado por este momento que llegó al fin, por este momento en que sin obstáculos ya, la mano de Dios me trajera á vuestro lado, para deciros, como en otro tiempo cuando atravesábamos los campos unidos de las manos y cortando flores: Esperanza, alma mia, te adoro!

—¡Oh, Leonel, no recordeis eso que os he dicho que fueron juegos de niños!

—Bien, Doña Esperanza, llamad juegos de niños al primer amor del corazon, al mas dulce perfume del alma; pero por Dios, por compasion, no me lo digais á mí; me destrouais las ilusiones mas bellas de mi vida. ¿Decidme, ¿nunca me amásteis?

—Bien lo sabeis; ¿para qué hacerme esa pregunta?

Leonel inclinó la cabeza y quedó pensativo.

—¿En qué pensais?—dijo Doña Esperanza.

—En vos, que sois mi único pensamiento, en que os amo mas que nunca.

Doña Esperanza tomó una de las manos del jóven y la estrechó con pasion.

Leonel alzó el rostro y clavó en ella una mirada de amor, pero llena de melancolía.

—No hablemos mas de eso—dijo Doña Esperanza.

—Para eso será necesario que yo me vaya—contestó Leonel levantándose.

—No os vayais.

—Es preciso; no podria estar á vuestro lado sin deciros que os amaba.....

—¿Pero volvereis?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Me lo ofreceis?

—Os lo ofrezco.

—Entonces, adios.

—Adios.

—No os olvideis, mañana.

—Mañana.

Doña Esperanza vió desaparecer al jóven y exclamó, alzando los ojos al cielo:

—¡Juegos de niños! ¡ojalá! Le amo, le amo.

Don Leonel salió tan preocupado, que no se despidió siquiera del anciano portero, y marchaba por la calle repitiendo:

—La amo mas que nunca, mas que nunca.

II.

**En que se prueba que el patriotismo suele anidar
en femeniles pechos.**

PERMANECIA aún Doña Esperanza con la mirada fija en el corredor por donde habia desaparecido Leonel, cuando se abrió sin ruido una puerta que á su espalda quedaba, y penetró en la estancia otra mujer.

Era una mujer como de cincuenta años, excesivamente pálida, pero con un pelo tan negro como el ala de un cuervo; vestia tambien, como Doña Esperanza, un sencillo trage negro de lana, y tenia con la jóven una perfecta semejanza; parecian las dos una misma mujer vista en dos edades diferentes.

Aquella especie de aparicion parecia deslizarse, no andar, y sus ojos brillaban de una manera extraña: se acercó á Doña Esperanza, que absorta en sus pensamientos no la habia sentido, la contempló un momento con ternura, y luego la tocó ligeramente en un hombro.

Doña Esperanza se volvió sobresaltada.

—Madre mia!—exclamó.

—Esperanza! ¿En qué pensabas, hija mia?

—Acaba de salir de aquí mi primo Don Leonel—contestó la jóven.

—Le he visto, hija mia, y en tu semblante conozco lo que te ha dicho y en lo que estabas pensando ahora mismo.

—Suponeis, señora.....—dijo ruborizada Esperanza.

—No supongo, hija mia, no supongo, las madres no suponemos, adivinamos; el pensamiento de una hija como tú, candorosa y pura, se lee en la mirada, se ve cruzar sobre la frente.

—¡Madre!

—Ven, hija mia, siéntate á mi lado y hablaremos.

La dama se sentó en un sitial, y Doña Esperanza acercando un taburete se sentó á sus piés.

—Escúchame, hija mia—dijo pasando su mano blanca y trasparente entre los rizados cabellos de la jóven—escúchame con paciencia, porque quizá te diga lo que mil veces te he repetido, y ábreme, mi vida, tu corazon: ¿tienes confianza de mí, hija mia? ¿me quieres como siempre?

—Mas que nunca, madre mia, mas que nunca—contestó Esperanza, enderezándose hasta besar la pálida frente de la matrona.

—Haces bien, porque te quiero tanto.....y he sido siempre tan desgraciada! Vamos, hija mia, dime con verdad, ¿tú amas á tu primo Leonel?

La jóven se puso encendida como una amapola, bajó los ojos, y sin contestar comenzó como á enrollar maquinalmente las anchas cintas que pendian del cinturon de su vestido.

—Háblame con franqueza, hija mia—dijo la madre tomándola dulcemente de la barba y procurando alzarle el rostro para verle los ojos;—¿acaso no soy tu madre yo? ¿acaso hay álguien en el mundo á quien pudieras mejor fiarle tus secretos? Dime, hija mia, ¿le amas?

—Creo que sí, madre mia, creo que sí, á pesar de que procuro no amarle: perdonadme, creia haberle ya olvidado, creia

que él me olvidaba á mí tambien; pero le he visto, y todo el pasado volvió á mi memoria.....y he conocido.....¡ay, madre mia!.....que no habian sido juegos de niños, que aquel amor casi de infancia habia dejado raíces profundas en el corazon.

Doña Esperanza, como fatigada del esfuerzo de aquella confesion, ocultó su rostro entre sus manos.

La matrona acarició aquella hermosa cabeza durante algunos instantes, y luego dijo:

—Oyeme, Esperanza, de nada tengo que perdonarte; tu corazon se enciende en un afecto noble, en una pasion que nada tiene de impura; pero olvida ese amor, hija mia, sofócalo en tu pecho: ¿por qué hacerte tú misma desgraciada? Muchos años hace, hija mia, que vivimos aquí separados del mundo, aislados; casi desde que tuviste uso de razon, has crecido tras estos muros tristes, sin mas amistades entonces que tus dos primos Alfonso y Leonel de Salazar. Alfonso, de mayor edad que tú y con vocacion para la carrera eclesiástica, jamás te demostró mas que un cariño fraternal; Leonel comenzó á sentir amor por tí, temblé entonces; pero por fortuna su padre le envió á España á servir al ejército de Su Majestad, y creí como tú, hija mia, que aquellos habian sido juegos de niños; sin embargo, no me he cansado de amonestarte, y hoy que veo renacer ese amor, necesito que me oigas, necesito fortalecerte en tu heróica resolucion de no amar jamás á ningun hombre.

—Sí, madre mia, habladme; habladme, solo vuestra dulce voz y vuestro acento persuasivo podrán darme valor: habladme, decidme esas cosas, que aunque son tan tristes, me dan fuerza, me animan.

—Cosas bien tristes son y capaces de causar la desesperacion á otra alma que no estuviese templada como la tuya....

pero tú has crecido bajo la sombra de la desgracia, y como una flor regada con llanto.....Hija mia.....¿qué esperas del amor de un hombre? ¿podrás unirte á él?.....desgraciada entonces de tí; nuestra familia lleva ante el mundo una mancha que nada es capaz de borrar, ya lo sabes; y aunque jamás te he referido la historia, tú no ignoras que mi madre Doña Isabel de Carbajal; y sus dos hermanas Leonor y Violante, murieron en la hoguera por judaizantes.

—Madre mia, no recordeis eso que os hace padecer tanto.

—Es preciso, Esperanza, es preciso; tú legarias á tus hijos la deshonra: además, tú eres criolla, tú no has nacido en España, Leonel tampoco: ¿y sabes tú, hija mia, lo que quiere decir esta palabra entre nosotros? ¿sabes tú lo que es ser criollo en la Nueva-España? es ser esclavo, despreciable, vil.

Los ojos de aquella mujer brillaban, y sus mejillas, á pesar de su ordinaria palidez, se encendian con el fuego de la indignacion y el entusiasmo.

—Los españoles son nuestros conquistadores, nuestros amos, ¿lo entiendes? nuestros amos: tus hijos serán unos séres abyectos que nacerán y vivirán como tú, como yo, como Leonel, como los animales viven y mueren, sin patria, sin tierra, y no les valdrá su inteligencia ni su valor para nada, y no los verás respetados ni considerados nunca, y en el clero serán cuando mas tristes curas de una parroquia de la sierra, y vivirán ignorados, y oirán hablar de gloria y de patria á sus amos, y se exaltará su corazon, y para ellos no habrá nunca ni patria, ni gloria, ni nada: ¡ah, hija mia, hija mia! no ames nunca á un hombre, no te cases jamás para tener hijos que aumenten el número de los esclavos.

—Calmaos, madre mia, calmaos—decia Doña Esperanza

mirando la creciente excitacion de la dama;—calmaos por Dios, que temo que os dé alguno de esos ataques que so-
leis padecer.

—No, Esperanza; te he dicho que es preciso que me oi-
gas, y haré un esfuerzo para conseguirlo.

—¡Ah, madre mia! me haceis temblar por vuestra salud;
y al veros así, ganas tengo á veces de esconderos esos li-
bros que exaltan vuestro ánimo de tal manera.

—Harias mal, hija mia; esos libros conseguidos á tan al-
tos precios y que tenemos que ocultar cuidadosamente de
nuestros amos y de la Inquisicion, han abierto mis ojos á la
luz, y con ellos he formado tu alma, hija mia, tan noble y
tan pura.....

—Es verdad, pero vuestra salud decae dia á dia.....

—El cuerpo, Esperanza, sigue el destino de todas las co-
sas del mundo, pero el espíritu se eleva y se acerca á Dios:
escúchame, Esperanza, no quiero perder un dia solo sin
hablar á tu corazon; estás en la edad de las pasiones, tu
pensamiento se preocupa ya con tu primo, y crees en estos
momentos que cualquier sacrificio seria pequeño para tí
con tal de vivir á su lado, ¿es verdad, hija mia?

Esperanza bajó los ojos y casi sin quererlo dijo:

—Sí, señora.

—Lo comprendo, hija mia; pero oye, tú no sabes lo que
es el amor de una madre para sus hijos, tú no concibes si-
quiera la idea de ese cariño tierno, inmenso, el único des-
interesado que hay sobre la tierra, que no exige en su ab-
negacion sublime ni siquiera la correspondencia; pues bien,
hija mia, una madre quiere para sus hijos todo lo bueno,
todo lo grande, todo lo digno; ¿y el dia, Esperanza, en que
vieras á tus hijos, jóvenes, hermosos, valientes, sabios, tal
vez temblar ante la idea de una calumnia en la Inquisicion,

despreciados por hombres que valian menos que ellos, solo porque ellos eran criollos? El dia en que los vieras ansiosos por llevar un traje de terciopelo y oro, ó montar un arrogante caballo, sin poderlo hacer porque tienen en sus venas sangre de judaizantes condenados por la Inquisicion, ¿ese dia no te arrepentirias de haber dado la vida á séres tan desgraciados? ¿vale un siglo de amor para una mujer, tanto como un dia de luto y de vergüenza para sus hijos? Esperanza, ¿cambiarás el amor de Don Leonel por la desgracia y la ignominia de tus descendientes? Habla, respóndeme con tu corazon, Dios te escucha.

—¡Oh! nunca, madre mia, nunca; yo arrancaré de mi pecho esta pasion.

—Hija mia, Dios te bendecirá, Dios premiará tu sacrificio, y la lepra que mancha nuestra honra no se propagará á otros séres tan inocentes como nosotras, pero que serian tambien, como nosotras, desgraciados. Dios te bendiga.

Y aquella mujer, como una inspirada, tendió sus manos sobre la cabeza de su hija, y luego salió majestuosamente del aposento. Su agitacion estaba enteramente calmada, y su rostro habia vuelto á adquirir su trasparente palidez.

Aquella muejr se llamaba Doña Juana de Carbajal, y su vida era un misterio tan impenetrable, que su misma hija no habia llegado nunca á descubrirlo.

Doña Esperanza quedó profundamente preocupada, sentada en el mismo taburete y reclinada la cabeza sobre el asiento del sitial que acababa de abandonar Doña Juana.

III.

Dáse á conocer al lector la familia de Don Leonel de Salazar, y cuéntasele lo que en la casa de éste pasaba.

EN una estancia amueblada con estrados y sitiales de cedro, tapizados de damasco amarillo, conversaban en derredor de una gran mesa que en el centro habia, y á la blanca luz de dos grandes bujías de cera, tres personas, que á primera vista se conocia que eran de la misma familia.

Ocupaba el lugar de honor un anciano, pequeño de cuerpo, flaco, con ojos pardos y como velados por largas y blancas cejas, que vestia ropilla, calzones, y medias calzas negras, todavía á la moda del tiempo de Felipe II; tenia cubierta la cabeza con un birrete blanco, debajo del cual se escapaban algunos mechones de canas.

El que ocupaba la derecha era un sacerdote jóven, como de treinta años, y á la izquierda estaba Don Leonel.

El viejo apoyaba los codos sobre la mesa, y parecia estar distraido, haciendo sonar los dedos de su mano derecha sobre los de su mano izquierda, que tenia cerrada.

—¿Con que es decir—dijo dirigiéndose á Don Leonel— que tu primer visita la dedicaste á tu tia Doña Juana de

Carbajal, ó mas bien dicho, á tu primita Doña Esperanza?

—Sí, señor padre.

—Hum! ¿Pues sabes que hiciste muy mal?

—Muy mal, señor, ¿por qué?

—¡Hola! ¿ya quieres que te dé yo razones? Adelantados estamos: vaya, pues hiciste muy mal, porque yo lo digo.

—No sabia yo.....

—Bien, no sabias, pero ahora ya lo sabes; no me gusta que frecuentes amistades de esa clase: cuando eras niño, por condescender con tu madre (que en paz descansa) y que era prima de esa Doña Juana, porque yo, gracias á Dios, no tengo parentesco con ella, consentia en que fuérais los dos, que ella al fin era criolla y tenia tales relaciones; pero en lo sucesivo ese parentesco como si no existiera: ¿estamos, caballero?

—Sí, señor.

—Porque esa es raza de judaizantes, que no honran con su amistad á *cristianos viejos* como nosotros. ¿Y qué te contó la Doña Juana? ¿La primita estará ya muy grande? Estará bonita, porque esas judías tienen la apariencia siempre de buenas gentes; *sepulcros blanqueados*, como dice el Evangelio. Responde.

—Sí, señor, mi prima es una jóven muy hermosa.

—¡Mi prima! ¡jóven muy hermosa!—dijo el viejo repitiendo como con extrañeza estas palabras:—¿oyes eso, Alfonso?—dijo dirigiéndose al sacerdote.—Tu hermano está trastornado: ¿qué, te has vuelto loco, Leonel? ¡Tu prima! ¿no te he advertido que ese parentesco se ha terminado? Vaya, téngome yo la culpa: ¿qué bueno puede esperarse de tí si eres criollo?

Y el anciano indignado se levantó de la mesa y se retiró del aposento, repitiendo con cierto desprecio:

MARTIN GARATUZA.

—Al fin criollo, al fin criollo.

Don Leonel cruzó sobre la mesa sus brazos y apoyó en ellos la frente.

El Padre Salazar le contempló silenciosamente.

Así trascurrieron algunos minutos, hasta que Don Leonel levantó fieramente la cabeza, y clavando en su hermano sus ojos negros y brillantes, exclamó:

—¡Hermano! ¿es una maldicion, por ventura, el haber nacido en Nueva-España?

El Padre Salazar se sonrió maliciosamente.

—Tal parece—contestó.

El silencio volvió á reinar algunos instantes mas.

—Jamás lo hubiera creido—dijo Don Leonel;—yo he vivido en los ejércitos del rey, he habitado en las grandes ciudades de la Península, pero jamás allí escuché esas frases de desprecio que nos siguen aquí por todas partes; jamás supuse lo que aquí sufrían los que han nacido en este suelo.

—¿Qué quieres?—contestó con dulzura el Padre Salazar;—esa es nuestra suerte, Dios lo dispone así.

—¿Y no habria un medio para salir de semejante situacion?

—No le alcanzo.....

Los dos hermanos callaron, pero era indudable que en el cerebro de ambos germinaban ideas que pugnaban por salir, pero que ninguno de ellos se atrevia á manifestar.

En aquellos tiempos se decia: *con el Rey y la Inquisicion, chiton*; porque ni aun delante de las personas de su familia tenia un hombre confianza para quejarse de la tiranía.

Todo el mundo se creia en la precisa obligacion de convertirse en denunciante, cuando escuchaba una palabra siquiera que pudiese considerarse ofensiva á los derechos

de la Majestad, ó al respeto debido al Santo Tribunal de la Fé.

Y esto aun cuando se tratase del padre, del hermano y del hijo; negra la desconfianza, extendia sus sombras hasta en el seno mismo del hogar doméstico.

—¿Será posible tolerar así la vida?—exclamó Don Leonel.

—Fuerza será buscar la resignacion en Dios—contestó el Padre.

—¿Pero no habrá un corazon fuerte, un brazo robusto y una cabeza inspirada por ese mismo Dios, que saque á Nueva-España de tan fiero yugo?

—Quizá Dios envíe alguna vez sobre esta tierra desgraciada su espíritu, que animó á Gedeon y á los Macabeos.

—Pero ¿cuándo? ¿cuándo? Hermano mio, ¿tú no sientes? ¿tú no comprendes? ¿no se enciende tu rostro?.....

—Leonel—contestó exaltándose repentinamente el Padre Salazar;—Leonel, tú eres el que no comprendes, tú el que no alcanzas; la idea vive, germina, Dios solo puede mirar en el porvenir, dar el triunfo, ó mandar la desgracia.....

—Alfonso—exclamó Don Leonel, admirado del entusiasmo que respiraban las palabras de su hermano—explícate, dime.....

—Silencio—dijo el Padre—silencio, Leonel: ¿te sientes con fuerza para arrostrar cualquier peligro por tu patria, por tus hermanos?

—Sí—dijo anhelante Don Leonel.

—¿No temblará tu corazon ni delante de la muerte?

—No, no!

—¿Serás capaz de guardar el silencio de la muerte aun en medio de los mayores tormentos?

—Sí, sí!—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Pues bien, hermano mio, Dios te escucha, y ante Él responderás de tus promesas: toma tu sombrero, tu ferreruelo y tu espada, y sígueme.

Don Leonel se levantó precipitadamente, y tomó su sombrero y su ferreruelo, colgó de su talabarte una larga espada, y se prendió en él dos pistoletas.

—Estoy listo—dijo.

—Vamos—contestó el Padre Salazar.

Y los dos salieron de la casa.

IV.

A dónde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel.

DABAN el toque de ánimas en todas las iglesias; la noche estaba oscura, y Don Leonel, siguiendo á su hermano, caminaban sin hablarse una palabra.

Cada uno iba preocupado con su idea.

Atravesaron gran parte de la ciudad, dirigiéndose á la calle de Ixtapalapa: al principio de su viaje encontraron muy pocos transeuntes; pero al llegar casi al fin de la calle de Ixtapalapa, por el lado del Sur, Leonel creyó observar algunos hombres ocultos unas veces en las cerradas puertas de las casas, recatándose otras en las esquinas.

Uno de estos hombres salió repentinamente y cruzó al lado de los dos hermanos; Don Leonel llevó por precaucion la mano á la culata de uno de los pistoletes.

Pero aquel hombre pasó poniendo la mano en el ala de su sombrero, y diciendo cortesmente:

—Buenos días.

Don Leonel extrañó aquel saludo en medio de la noche, pero su admiracion subió de punto cuando oyó contestar á su hermano:

—Dios los enviará.

El hombre siguió de frente, y las sombras que inquietaban á Don Leonel desaparecieron como por encanto, y la calle volvió á quedar desierta.

Don Leonel hubiera de buena gana preguntado á su hermano lo que aquello significaba; pero se sentía embargado por cierta especie de respeto y de fascinación.

En el negro y sombrío muro de una casa, cuyos techos se desvanecían entre las sombras de la noche, había un cuadro embutido en la pared y que representaba la imagen de Cristo en la cruz. El cuadro estaba defendido de la intemperie por una especie de alero de tejado, hecho de madera, y del centro de este alero pendía un farol con un pequeño mechero de aceite, que proyectaba un corto círculo de luz vacilante y triste.

A un lado de este cuadro había una pequeña puertecilla.

El Padre Salazar se acercó á la puerta y dió un solo golpe, que resonó en el interior como en una bóveda.

—¿Quién?—preguntó un hombre por dentro.

—Uno y solo—contestó el padre Salazar.

Don Leonel le tiró de la capa como para hacerle notar que lo que decía no era verdad; el padre se volvió á mirarlo y se sonrió.

Entonces en la puerta se abrió un postigo pequeño y defendido por una reja y el ojo de un hombre asomó escudriñando curiosamente á los que le llamaban.

—¿Tenoxtitlan?—preguntó al través de las reja, el portero.

—Libre—contestó Salazar.

El postiguillo se cerró, y sonaron los cerrojos abriéndose la puerta.

El padre Salazar penetró, seguido de su hermano, por un

largo y estrecho corredor, cuya bóveda repetía sordamente sus pisadas; en el fondo un farol mas bien deslumbraba con su pequeño rebervero, que iluminaba el camino de los dos hermanos.

Llegados al extremo de aquel corredor, tomaron á la derecha; aquel pasillo tenia la forma de una escuadra: una escalera escasamente iluminada los condujo al piso superior, y al llegar allí, Don Leonel comenzó á escuchar un murmullo semejante al que forman muchas personas conversando.

Habia despues de la escalera un pequeño corredor que terminaba en una gran puerta, al través de la cual se escuchaba el murmullo y se percibia luz.

El Padre llamó con un golpe, y de adentro le preguntaron:

—¿Quién?

—Uno y solo—volvió á contestar el Padre.

Como en la puerta de la calle, se abrió un postigo y se cruzaron entre el que llamó y el que abria las mismas palabras.

—¿Tenoxtitlan?—dijo el de adentro.

—Libre—contestó el de afuera.

Don Leonel comprendió que todas aquellas palabras eran una contraseña; se trataba indudablemente de una conspiracion.

Se abrió la puerta y los dos hermanos penetraron en un gran salon, lleno de hombres de todas clases, pero entre los que podia notarse un gran número de eclesiásticos.

No hizo sino presentarse el Padre Salazar, y todos callaron y se pusieron en pié.

El Padre atravesó sereno en medio del concurso, y sin inclinar siquiera la cabeza, y seguido siempre de Don Leonel, subió á una especie de plataforma, en donde habia varios sitios, tomó el del centro y se sentó, haciendo sentar á

Don Leonel á su derecha: entonces todos se sentaron.

El silencio era tan profundo, que podia haberse escuchado el roce de la atmósfera contra las paredes.

Don Leonel comenzó entonces á examinar el aposento.

Era una gran sala casi cuadrada; tenia en uno de los lados tres ventanas que estaban herméticamente cerradas, pero no solo con las puertas, sino con unas paredes hechas á lo que parecia recientemente, para evitar el que se observase algo desde afuera.

Viejas colgaduras, rotas y de color indefinible, cubrian las paredes, y adornaban la estancia toscos sillones forrados de cuero negro, y en los que á pesar de su vejez se advertian las señales de un blason.

Don Leonel examinaba todo con extrema curiosidad; pero de repente llamaron su atencion tres cuadros que habia en el fondo de la sala: representaban esos cuadros á tres jóvenes, hermosas y ricamente ataviadas; las tres tenian entre sí una gran semejanza, y Don Leonel lo atribuyó á la preocupacion de su ánimo; pero aquellos retratos le trajeron á la memoria á Doña Esperanza; tenian á sus ojos un gran parecido con su prima.

Absorto estaba en aquellos pensamientos, cuando escuchó que su hermano comenzaba á hablar.

Hasta entonces habia comprendido que se trataba de una conspiracion, que su hermano parecia ser el jefe de ella, pero no mas.

Don Leonel se hubiera comprometido sin vacilar y sin preguntar nada, porque tenia un alto concepto de la inteligencia y de la honradez de su hermano; pero aquello, además, sin poderse dar cuenta él mismo de por qué comenzaba á interesarle sobremanera.

—Hermanos míos—dijo el padre Salazar.—Oyóse en to-

do el salon ese ruido que hace una gran concurrencia cuando se dispone á escuchar con atencion y sin perder una palabra de lo que va á decir el orador.—Llegados son ya los momentos de obrar; lo que la cabeza ha discurrido, lo que la inteligencia ha dispuesto, el brazo debe ejecutarlo: ya no mas palabras, ya no mas proyectos; obras, el corazon lo quiere, y Dios presta su ayuda á las buenas causas. Todo está preparado, oidme. En esta tarde ha llegado uno de nuestros hermanos á quien envia á Acapulco el valiente príncipe de Nassau con una poderosa escuadra holandesa; navega en las costas de aquella provincia, esperando el dia señalado para apoderarse del puerto; la guarnicion no podrá resistir, y nuestro triunfo es seguro: con gente de desembarco organizará una expedicion para venir en auxilio nuestro, trayéndonos armas y pertrechos de guerra; pero para que esto sea fructuoso, es preciso que casi al mismo tiempo se dé aquí el grito de independendia, y las circunstancias son favorables: estamos á 2 de Noviembre y mañana mismo debe hacer su entrada á México el marqués de Cerralvo, nombrado virey de la Nueva-España, y á quien acompaña el inquisidor de Valladolid Don Martin Carrillo, nombrado juez pesquisidor para las causas de tumulto contra el marqués de Gelvez: todos los ánimos de los que entonces tomaron parte, están temerosos y secundarán el movimiento que hagamos nosotros, por huir de la justicia; llegó, pues, el momento de obrar: el 5 de Noviembre debe atacar el puerto de Acapulco el príncipe de Nassau, y el 5 de Noviembre, aprovechando el desórden que causen las fiestas que prepara la ciudad al nuevo virey, debemos nosotros de dar el grito y levantar de nuevo el trono de Guatimoctzin y de Motezuma Huilhicamina: Tenochtitlan libre, y libre el antiguo imperio de los aztecas.



LA CONJURACION.

Un relámpago de entusiasmo brilló en todos los ojos, pero nadie se atrevió á aplaudir.—El silencio era la vida de aquella reunion.

Don Leonel creia estar soñando.

—Os he dicho—continuó el Padre Salazar—que yo no podré por mi carácter ponerme al frente de vosotros; os he prometido un caudillo que tenga al trono los mismos derechos que yo, como descendiente del emperador Guatimoczin, y aquí le teneis: es mi hermano Don Leonel de Salazar.

Todos se pusieron en pié y extendieron silenciosamente el brazo derecho como en señal de asentimiento.

—Bien—dijo el Padre—reconocedle: y ahora dispersémonos, y recibireis como siempre las órdenes por los mismos conductos.

Toda aquella concurrencia fué desapareciendo por las diversas puertas de la sala, y poco despues no quedaban allí mas que Don Leonel, su hermano y un viejo que permanecia sentado en un sitial.

V.

Quién era el viejo que habló con los hermanos Salazar y de qué trataron.

—**A**CERCATE—dijo imperiosamente el Padre Salazar.

El viejo subió á la plataforma y se sentó al lado de Don Leonel.

—¿Estamos solos?—preguntó.

—Sí.

—¿Puedo descubrirme?

—Puedes.

—En ese caso, me permitireis que me quite algunos arcos de guerra que en verdad me estorban demasiado.

—Haz lo que te parezca—dijo el Padre Salazar.

Don Leonel contemplaba todo aquello con admiración.

El viejo con gran calma comenzó por quitarse una enorme peluca de canas, debajo de la cual tenía unas cintas que sujetaban su blanca barba, que se desprendió también; su cuerpo adquirió el vigor y la gallardía de la juventud, y el individuo completamente transformado, hizo á los dos hermanos una caravana entre seria y graciosa.

—Estoy á vuestras órdenes.

—¿Eres tú el hermano que llegó de Acapulco con noticias del príncipe?—dijo el padre.

MARTIN GARATUZA.

—El mismo soy.

—Esta tarde creí verte el pelo y la barba casi rojos.

—Son ardidés de guerra necesarios en estas circunstancias.

—Bien; ¿y cómo te llamas?

—Martin de Villavicencio Salazar, por nombre de combate Garatuza, y pariente vuestro, á lo que supongo por lo que toca á mi apellido materno.

Don Leonel hizo un pequeño gesto de disgusto, pero su hermano permaneció impassible.

—¿Hablaste con el príncipe?

—No; pero un emisario suyo llegó á la costa, y de él he recibido las cartas y las razones que he traído á su señoría.

—¿El príncipe fijó como seguro el día del ataque á la plaza de Acapulco?

—Sí señor, el 5 de Noviembre.

—¿Visitaste la plaza? ¿viste su guarnición, sus elementos de defensa?

El Padre Salazar hacia todas estas preguntas con el aplomo de un veterano, y Don Leonel le contemplaba admirado.

—Estuve en la plaza—contestó Garatuza;—apenas contará para resistir una hora con cien soldados y pocas municiones.

—¿Estás cierto de ello? ¿lo viste ó te lo han contado?

—Vílo yo mismo, que con el pretexto de pedir una misa que habia ofrecido reunir de limosna por haberme salvado la Virgen de un gran peligro, entré á todas las casas y exploré detenidamente con los oficiales.

El Padre Salazar quedó meditando en silencio; Garatuza comenzó entonces á examinar detenidamente todo el salón.

De repente Don Alfonso miró á Martin y le dijo:

—¿Estarás dispuesto á volverte para Acapulco tan luego como sea necesario?

—Seguramente, que tengo por allá á mi familia, y nada me agradaría tanto como eso.

—Bien; entonces está preparado, porque de un momento á otro puede ser necesaria tu marcha, y no dejes de ir todos los días á buscarme para recibir las órdenes correspondientes.

—Entiendo.

—Puedes retirarte.

Martin con mucha calma volvió á sujetarse las barbas, se acomodó la peluca, y tomando el aspecto de un viejo, salió de la sala como vacilando, y comenzando á representar su papel delante de los mismos que sabían que no era lo que aparentaba.

—Y bien, hermano—dijo Don Alfonso luego que quedaron solos;—¿qué te parece todo esto?

Paréceme—contestó Don Leonel—que te hubiera sentado mejor el talabarte y la ropilla que la sotana y el rosario, que dotes tienes para haber sido un experto general, mas que un ejemplar obispo.

—Las circunstancias hacen á los hombres; pero dejando eso, que poco á cuento viene, deseara saber tu opinion sobre lo que has visto y acerca de los acontecimientos que se preparan.

—Poco he visto; pero á ser verdad cuanto aquí se ha dicho, y á poderse contar con la lealtad y el valor de los comprometidos, en duro trance podrán verse en esta tierra los servidores del rey de España.

—Tal creo.

—En cuanto al éxito que esto pueda tener, dudoso es como todos los lances de guerra, que la suerte decide mas que el valor y la pericia de los generales; pero los elementos que comprendo que existen son buenos.

—¿Es decir que tú no vacilas en ponerte á la cabeza de todos los hermanos?

—¿Vacilar? Aun cuando contárais con la cuarta parte de lo que teneis, aun cuando tuviese yo la seguridad de sacrificarme inútilmente, no vacilaria un solo instante en ponerme al frente de los hombres que van á luchar por la conquista de su dignidad: demasiado he sufrido desde que llegué á México, demasiado comprendo ya lo que quiere decir esa palabra «criollo,» que llevo escrita en mi frente con letras de fuego, para vacilar un momento siquiera: la muerte es preferible al desprecio y á la deshonra; digo como vosotros, desde hoy que os he conocido: Tenoxtitlan libre!

Don Alfonso contemplaba con los ojos húmedos de placer el creciente entusiasmo de Don Leonel, y cuando éste acabó de hablar, no pudo resistir y le tomó la mano.

—Bien, hermano mio, bien; digno eres de la noble sangre de nuestra madre, digno eres de ser un descendiente del ilustre Guatimocztin: Dios te dará su fuerza; quizá seas llamado á dar libertad á esta tierra, arrojando de aquí los extranjeros que la oprimen.

—Pero pensemos ahora algo en los preparativos de ese día tan deseado: ¿con cuántos hombres podemos contar?

—Con tres mil decididos, sin hablar de los indios, de los negros, de los mulatos, y aun de los españoles que comprometidos en el negocio del tumulto, seguirán, aunque no sea sino por propio interés, nuestra bandera.

—¿Teneis armas suficientes?

—Todos nuestros hermanos están armados y construyen todos los dias cartuchos para sus arcabuces y mosquetones; esto es lo bastante para dar aquí el golpe: despues el príncipe de Nassau nos proveerá; tengo por escrito la palabra de S. A. y no faltará á ella.

Don Leonel quedó meditando.

—¿Y si faltara?—dijo despues de un rato de silencio.

—Respondo de S. A. con mi vida: primero faltarian nuestros afiliados á su compromiso, que el príncipe de Nassau á su palabra.

En todo caso, valor y constancia—dijo Don Leonel.

—Que esa sea tu divisa—exclamó detrás de los hermanos una voz dulce y melancólica.

Don Alfonso y Don Leonel se pusieron en pié, pero Don Alfonso como quien mira entrar á una persona á quien espera, y Don Leonel como admirado de aquella aparicion.

Era una dama alta, enlutada y cubierta con un velo tan tupido, que no permitia ni entrever siquiera el brillo de los ojos.

—Sentaos—dijo la dama descubriéndose.

—Doña Juana de Carbajal!—exclamó Don Leonel conmovido.

—Nuestra tia—dijo Don Alfonso sencillamente.

Leonel dirigió la vista á los tres retratos, y no parecia sino que uno de ellos se habia animado, ó que Doña Juana de Carbajal habia servido de modelo.

—¿Habeis escuchado, señora?—dijo respetuosamente D. Alfonso.

—Todo lo he oido—contestó Doña Juana—y creo que pronto brillará el dia grande para los criollos.

Doña Juana se puso á mirar á Don Leonel, que no cesaba de pasar la vista de los retratos á la dama y de la dama á los retratos.

Veo y comprendo vuestra admiracion, Don Leonel, esos retratos que veis son de mi madre y de mis tias, Doña Leonor, Doña Isabel, y Doña Violante de Carbajal; nuestra familia conserva los rasgos fisonómicos de sus antepasados,

MARTIN GARATUZA.

33

por eso observais esa semejanza y podeis admirarla tambien en mi hija Esperanza.

Don Leonel se estremeció al escuchar este nombre.

—Señora—preguntó indiscretamente—¿acaso esta casa es vuestra?

—Eso será una historia que sabreis mas adelante—contestó con dulzura Doña Juana.

Don Leonel calló avergonzado.

—

VI.

En que el lector encuentra tres personas, que serán quizá conocidas viejas.

HACIA pocos días que el rico caballero Don Pedro de Mejía había hecho un acto de caridad que todo el mundo había calificadô como un milagro.—Esta era la historia.

Un domingo por la mañana al volver de misa, encontró Don Pedro en la puerta de su casa á un hombre que aunque al parecer jóven, estaba completamente estenuado por la enfermedad y la miseria.

Su rostro estaba cubierto por vendas que se cruzaban en todas direcciones, y es seguro que ni las mismas personas de su familia, si la tuviera, le hubieran conocido.

Su traje era solo un conjunto de girones, y por las roturas de su viejo calzado podían descubrirse sus piés sangrando y lastimados.

Aquel hombre debía haber pasado grandes trabajos y caminado muchas leguas á pié.

Al llegar Don Pedro, el hombre se acercó á pedirle una limosna y un asilo.

Mucho debió suplicar el uno y mucho debió conmoverse el otro, porque al fin Don Pedro dijo:

—En atencion no mas á que sois español, y á que tantos trabajos habeis sufrido, os permitiré que vivais unos dias en mi casa, á condicion de que restablecida vuestra salud, ó habeis de salir de ella si no estais capaz de trabajar, ó tomareis servicio en mi misma casa. ¿Os agrada?

El mendigo se atrevió á tomar una de las manos de Don Pedro y quiso llevarla á sus labios; pero Don Pedro la retiró con disgusto.

—Dejad. ¿Y cómo os llamais?

—Señor, despues de una gran desgracia que me aconteció y de mis grandes padecimientos, he hecho voto de llamarme Lázaro y olvidar el nombre que antes llevaba, hasta que Dios me saque de esta situacion y me vuelva á mi condicion primitiva.

—¿Erais rico?

—Y mucho.

—¿Noble?

—Y soldado del rey.

—¿De qué familia sois?

—Señor, ese es mi voto; pero os juro que á nadie, antes que á vos, descubriré el secreto el dia que sea llegado de decir lo que ahora por una penitencia oculto.

—Bien está, los votos son sagrados: seguidme.

Don Pedro de Mejía penetró en su casa, y el hombre caminando dificilmente, apoyado en un grueso y nudoso baston, le seguia.

—¿Hay algun cuarto por aquí abajo que esté vacío para alojar á este limosnero?—dijo Don Pedro á uno de los lacayos que andaban en el patio.

—Señor—contestó el lacayo—creo que hay una bovedita debajo de la escalera del segundo patio.

—Anda á mirar si es exacto eso.

El lacayo volvió poco despues.

—Señor—dijo—está vacía esa bóveda, pero tan húmeda que el agua brota casi en la tierra.

—No le hace, siempre este hombre estará mejor así que viviendo en la calle; llévale, y avisa que yo le he mandado poner allí.

El acayo hizo una seña al mendigo, que le siguió cojeando.

Llegaron al segundo patio, y debajo de una escalera habia una pequeña bóveda, una especie de sótano, oscura, húmeda, fria, casi sin puertas, porque se cerraba con unas tablas que apenas cubrian la mitad de su altura.

El interior estaba lleno de basura, y el salitre invadia las paredes carcomiéndolas: era una habitacion indigna de un perro.

Aquel sótano, aquella caverna, fué la habitacion que Don Pedro de Mejía dió al pobre mendigo; y aquel rasgo de generosidad inusitada en él, causó una gran admiracion entre la servidumbre y los conocidos de Mejía.

Don Pedro no era lo que se llama un avaro; gastaba el dinero con profusion en carruajes, en criados, en muebles, en comidas en fin, en todo lo que podia hacer agradable la vida; pero en cambio era incapaz de hacerle un beneficio á nadie, ni de tender nunca la mano á un desgraciado; su corazon endurecido por la codicia y la sensualidad, no guardaba ni un lugar para la caridad.

Mejía no mostraba tener intimidad mas que con Don Alonso de Rivera, del cual apenas se separaba; comian siempre juntos, y Don Alonso estaba al tanto de los negocios de Mejía quizá como él mismo.

Así pues, todo el mundo extrañó, en vista de todo esto, que Don Pedro se hubiera tan fácilmente prestado á dar asilo al mendigo.

El mendigo tomó posesion de aquella especie de cueva

MARTIN GARATUZA.

sin manifestar la menor repugnancia, y mostrando, por el contrario, la mas profunda gratitud.

El primer dia aquel hombre no salió de su habitacion para nada; los lacayos, los palafreneros, y en general todos los criados, pasaron repetidas veces por la mal ajustada puertecilla, para saciar su curiosidad, para ver á aquel hombre; un lacayo mas atrevido que los otros, entró con el pretexto de llevarle algo de comer, y salió contando que le habia encontrado en oracion y como en un éxtasis.

Verdad ó mentira, esta noticia influyó de tal manera en el ánimo de aquellas gentes, que comenzaron á ver desde entonces al mendigo con cierto respeto, advirtiendo en él gran semejanza con San Alejo, de quien refieren las crónicas cristianas que siendo un caballero rico y noble, se ausentó de su casa el dia mismo de su boda, y volvió despues de muchos años, á vivir de limosna á su mismo palacio, sin descubrirse ni á su esposa, que le lloraba muerto.

La servidumbre desde entonces comenzó á llamar al mendigo, no Lázaro como él habia dicho, sino San Alejo, y la fama del hombre santo traspasó los muros de la casa de Don Pedro de Mejía, llevada entre mil absurdas y fantásticas concejas por los criados, que la esparcian en la plaza y en las tiendas, adonde concurrían por sus mercancías.

Don Pedro en nada se afectaba por la conducta de su único protegido, y apenas llegaban hasta él las noticias de su santidad; sin embargo, un dia comenzó á poner mas atencion á resultas de una plática que con él y Don Alonso de Rivera tuvo un amigo de ambos, Don Carlos de Arellano, alcalde mayor de Xochimilco.

Don Pedro y Don Alonso comian tranquilamente en la casa del segundo, cuando los criados anunciaron á Don Carlos de Arellano.

Don Carlos, que habia estado ausente de la capital y vi-
viendo en su provincia, llegó, como natural era, ávido de
noticias, y entre las pocas cosas que preocupaban entonces los
ánimos, se encontró con la historia del misterioso santo que
habitaba en la casa de Mejía.

Al encontrarse con él en la casa de Don Alonso, hizo Don
Carlos recaer la conversacion sobre aquel hombre, exci-
tando mas su curiosidad la ignorancia, para él fingida, de
Don Pedro y de su amigo Rivera.

—No comprendo—decia Arellano á Don Pedro—cómo
es que un rumor que circula por la ciudad de boca en boca,
os sea desconocido, cuando casi no hay una persona que de
esto no se ocupe.

—Será como decís—contestó Don Pedro;—pero asegura-
ros puedo que á mi noticia ni tal rumor ha llegado, ni es
fácil que le dé asenso, que en tiempos estamos en que casi
parece imposible ver un santo.

—Refiérese—insistió Don Carlos—que el misterioso
huésped de vuestra casa ha hecho, á lo que comprenderse
puede, voto tan extricto de pobreza y humildad, que difi-
cilmente se encontrará un ejemplo en la historia, pues que
vive menos que como un hombre, y casi como un perro,
mostrándose, sin embargo, ser caballero de noble alcur-
nia y que parece haber tenido próspera fortuna en otros
tiempos.

—En cuanto á su humildad y á la vida que lleva—con-
testó Don Pedro—no dudo que será como decís; que en
tal estado le he visto, que quizá no le habrá tañ miserable
en toda la Nueva-España; pero que esto sea por un vo-
to ó por una desgracia, como sucederle puede á cualquiera,
no respondo, y menos hasta asegurar que haya sido no-
ble y poderoso.

MARTIN GARATUZA.

—Dícese que él os lo dijo á vos.

—Sí que me lo dijo; pero no está el todo en que él me lo dijese, sino en que fuera cierto; que yo ni le creí, ni me curé tampoco de hacer que me rindiera informe de pureza de sangre: admitílo en mi casa, movido mas por lástima y como buena obra en descargo de mi conciencia y en abono de mis muchas culpas, que porque en él mirase un hombre de gran mérito y en olor de santidad; y si hablaros he la verdad, casi casi siento haberle dado asilo, que será quizás algun santón, haragan y mal entretenido, mejor que un hombre digno de compasion; y en un dia de estos le planto en la calle para que vaya á edificar á otra parte con sus virtudes.

—Mal haríais; y no seria yo quien tal cosa os aconsejase—dijo Don Alonso;—que creida como está por la gente semejante historia, quizá se os tacharia de hombre sin piedad y poco cristiano con semejante disposicion: ese hombre quizá no será culpable de que tales voces se hayan esparcido por la ciudad, y le aplicaríais una pena que no merecia él, sino los criados mismos de vuestra casa, que son los que deben haber esparcido estas noticias.

—Teneis razon—dijo Don Pedro;—pero en todo caso, bueno será vigilar á nuestro hombre para no perjudicarlo sin razon ni permitirle que siga engañando con su falsa virtud.

La conversacion siguió entre los tres sobre diversas materias, y cerca ya de las oraciones de la noche, D. Pedro, acompañado de Don Alonso, llegó á su casa.

Preocupado con la idea del mendigo por la conversacion de la mañana, hizo llamar inmediatamente á su mayordomo para tomar informes; pero nada pudo sacar en limpio, sino que aquel hombre para nada se mezclaba con los cria-

dos, y que ó se salia á la calle, ó permanecía encerrado y solo en su pequeña y triste habitacion.

Don Pedro encargó al mayordomo que le hiciera vigilar escrupulosamente, y le diese cuenta de todo cuanto respecto de él se observase.

Desde aquel momento Don Pedro no volvió á pensar mas en Lázaro, pero se estableció por el mayordomo de la casa una especie de policía que acechaba hasta sus mas ligeras acciones y sus palabras mas insignificantes.

A pesar de esto, nada pudieron sacar en limpio.

VII.

Dé lo que pasaba en la casa de la calle de las Canoas.

LA casa de la calle de las Canoas que conoce el lector, habia sido desde que pasó á vivir en ella Doña Juana de Carbajal, una casa verdaderamente misteriosa; jamás se habian visto llegar á ella mas visitas que Don Alfonso y Don Leonel de Salazar; pero desde que el primero tomó las sagradas órdenes y el segundo fué enviado por su padre á España, ninguna persona, á excepcion del viejo portero, una negra esclava, vieja tambien, y una dueña, volvió á atravesar el dintel de aquella sombría habitacion.

Al principio los vecinos tuvieron curiosidad de saber lo que adentro pasaba, y acechaban el momento de abrirse el zaguan para pasar por el frente, pero no descubrian mas que un patio desierto. Otros observaron por las azoteas vecinas, y jamás pudieron alcanzar otra cosa que corredores y pasillos solitarios, y ventanas y puertas cerradas por viejos batientes de madera; nunca un ruido, una voz, un grito, denunció la presencia de sus habitantes; nunca una luz vino á deslizarse por la noche al través de una de aquellas puertas.

Aquella casa parecia estar abandonada ó habitada solo por espíritus, porque los criados de las casas vecinas observaron que no se habian visto jamás salir por las chimeneas esas columnitas azuladas de humo que son como la respiracion, como el aliento de la vida en las habitaciones.

Por fin pararon los curiosos en no ocuparse mas de la «casa colorada,» como la llamaban, por estar construida toda de esa piedra especie de lava, de espuma ígnea que se llama en México *tezontle*.

Doña Juana de Carbajal y su hija Esperanza vivian solas, sin mas servidumbre que el viejo portero á quien ya conocemos, una esclava vieja y negra, que los vecinos habian visto salir, y una dueña.

Doña Juana y su hija habitaban en dos piezas diversas, y no tenian mas aposentos comunes á ambas que la sala en que vimos hablar á Doña Esperanza con su primo, y el comedor de la casa.

La cámara de Doña Esperanza no tenia mas que una ventana que caia á un patio interior, y la puerta que comunicaba con el resto de las habitaciones; pero la de Doña Juana se comunicaba, ademas, por una puertecilla secreta, con un aposento en donde se veian muchos libros, manuscritos, armas y trages de los antiguos pobladores de la tierra, y algunos grandes arcones de encino con cinchos de hierro y enormes chapas y cerrojos del mismo metal.

A esta especie de museo-biblioteca Esperanza habia penetrado muchas veces, porque allí pasaba Doña Juana la mayor parte del dia y de la noche; pero Esperanza jamás habia pasado de allí, aunque habia notado abierta algunas veces una puertecilla que conducia á una parte de la misma casa que no tenia comunicacion con el resto de ella sino por allí.

Aquel era el secreto de Doña Juana, que no permitía penetrar ni á su hija misma, reprimiendo con una mirada severa la menor muestra que ella daba de curiosidad.

Algunas noches Doña Juana se despedía de su hija mas temprano de lo que acostumbraba hacerlo, y entrándose en aquella biblioteca se encerraba por dentro, y Doña Esperanza no volvía á verla hasta el dia siguiente á la hora del desayuno.

La pobre niña pasaba una vida bien triste, pero estaba resignada, casi siempre sola en aquella casa tan triste, sin mirar siquiera la calle, sin flores, sin pájaros, sin ninguna de esas cosas que causan el placer de los niños, sin ver mas que el cielo azul ó nebuloso por encima de los muros de la casa. Doña Esperanza vivió como una flor en un cementerio, sin que nadie admirase su belleza, sin que nadie comprendiera el perfume delicado de su alma.

Muy jóven, casi niña, amó á su primo Don Leonel; partió éste y su corazon quedóse solo; pero aquel amor en vez de extinguirse con los obstáculos, creció en la soledad, y se hizo una necesidad para ella el pensar todos los dias en su primo; y la niña hecha jóven, guardaba con una especie de veneracion religiosa, ya una flor que le habia dado Don Leonel, ya un adorno del vestido del jóven, que se habia caido en uno de sus juegos de niños.

Doña Juana lo comprendió todo, porque como habia dicho á su hija, las madres adivinan, y habia puesto todo su empeño en destruir aquel amor, en apagar aquella naciente pasion.

Doña Juana amaba á Don Leonel como á un hijo; le parecia valiente, noble, generoso, digno en fin, de ser el esposo de Doña Esperanza; pero Doña Juana guardaba terribles tradiciones de familia, que le hacian ver con horror un ma-

trimonio entre Leonel y Esperanza, porque queria ver terminar, acabar su familia, porque su imaginacion le presentaba una calamidad cirniéndose siempre sobre su raza y descargando su brazo sin piedad en cada generacion; y á fuerza de súplicas y de razonamientos, habia logrado arrancar de su hija la promesa de renunciar al amor de su primo y de no amar jamás á ningun hombre.

Doña Esperanza hizo á su madre esta promesa en medio del llanto, porque se arrancaba con ella hasta la última esperanza de felicidad.

Se creyó fuerte para cumplirla, y pensó que podria aún volver á ver á Don Leonel sin temor ninguno, como podria ver á un amigo, cuando mas á un hermano.

¡Cuánto se engañaba!

Don Leonel volvió, y entonces no era ya el adolescente de mirada tímida y de pudorosas indicaciones de amor: no; era ya un jóven arrogante, esbelto, lleno de fuego y de pasion, de palabras ardientes y apasionadas; no era el niño que venia á solicitar un amor naciente, era ya el hombre que exigia la correspondencia de una pasion alimentada en la ausencia, nutrida por el infortunio, probada por la constancia.

Doña Esperanza quiso resistir aquella fascinacion, quiso hacer creer á Don Leonel que todo aquello habia sido un juego, una niñería; quiso fingir que no creia en aquel amor; pero en el fondo de su alma conoció que aquella pasion existia, que su primo le hablaba con el corazon y con la verdad; ella le amaba, y en aquellos momentos, y luego cuando Doña Juana se retiró y la dejó sola, Esperanza comprendió que su promesa habia sido terrible, superior á sus fuerzas, y que no podia cumplirla.

Sentada en el taburete, reclinada en el asiento del sitial que habia dejado su madre, lloró por largo tiempo, hasta

que volvió Doña Juana una hora despues á buscarla.

La noche habia cerrado ya y el aposento estaba envuelto en las sombras, y Doña Juana no vió á Esperanza y tuvo que llamarla.

—Esperanza, Esperanza—dijo dulcemente Doña Juana.

—Madre—contestó la jóven.

—¿Qué haces, hija mia?

—Oraba.

—¿Orabas?

—Pidiendo á Dios valor y resignacion.

—Él te escuche, hija mia, y aparte de tu frente la tempestad.

—Así se lo suplico.

—Pero es ya tarde, hija mia, retírate á tu aposento.

—¿Os vais ya?

—Sí, Esperanza, me siento mal; necesito descansar, pero quiero antes mirarte ya recogida.

—Vamos, madre mia.

Doña Juana tomó á su hija de una mano, la levantó, y al besarle la frente sintió que lloraba.

—¿Lloras, hija mia?

—No me es posible contenerme.

—¡Pobre Esperanza! Lloras hoy para no tener que llorar mañana; lloras por la pérdida de tus ilusiones, pero no gemirás sobre la deshonra de tus hijos.

Doña Esperanza sollozaba en la oscuridad.

—Vamos, hija mia, dijo Doña Juana acariciándola, y pasando su brazo por el cuello de su hija, la condujo suavemente hasta su cámara.

—Adios, hija mia, hasta mañana; Dios te haga feliz.

—Hasta mañana, madre—contestó Esperanza besándole la mano.

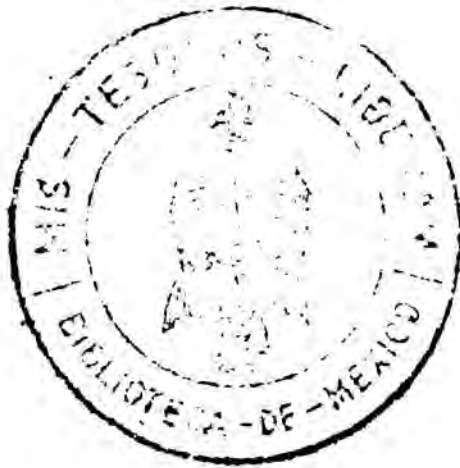
Doña Juana salió cerrando la puerta y Esperanza se arrojó sobre su lecho, diciendo:

—¡Qué desgraciada soy! Mi madre tiene razón; pero le amo, le amo.

Doña Juana se encerró por dentro en su cámara, sacó de una caja un tupido velo negro, y cubriéndose con él salió por la puerta secreta de la biblioteca y al través de algunas estancias desiertas, hasta que llegó á un patio en donde sacando una pequeña llavecilla, abrió una puerta que volvió á cerrar y se encontró en la calle.

Media hora despues entraba, tambien por una puerta secreta, á la casa de la calle de Ixtapalapa donde se reunian los conjurados, y aparecia á los dos hermanos en el momento en que Don Leonel menos se lo esperaba.

Doña Esperanza lloraba entretanto sin consuelo encerrada en su cámara.



VIII.

Lo que pasó en México el 3 de Noviembre de 1624.

LAS noticias del tumulto de México contra el Conde de Gelves llegaron á España tan oportunamente, que cuando se presentó en la corte el alférez real Don Cristóbal de Molina para informar al monarca de lo que habia ocurrido en la Nueva-España, ya Felipe IV sabia que su muy noble y leal ciudad de Tenoxtitlan se habia alzado contra su virey, que le habia despojado del mando y perseguido hasta hacerle ocultar en un convento, y que la Audiencia gobernaba la colonia.

Felipe IV comprendió el inmenso peligro que su autoridad estaba corriendo en México, y lo fácil que seria despues del paso que habia dado la colonia, con tanta facilidad y tan poca resistencia, avanzar un algo mas y pretender la independendencia, separándose de la metrópoli.

Mil rumores llegaban hasta los oidos del monarca español, y le indicaban que tenia razon en los temores que le asaltaban: hablábase de alzamiento de indios, de sublevacion de negros y de conspiraciones mas ó menos ramificadas de los criollos; el ánimo real estaba inquieto, y decidió poner á todo un pronto remedio.

plata ó de hierro, en el dedo índice de la mano izquierda, y procuraban mostrárselo mutuamente con el mayor disimulo como un medio para reconocerse.

La multitud, á pesar de todo, nada notaba.

Pasó la comitiva; la concurrencia comenzó á dispersarse y las calles á quedar mas tristes que de costumbre; á la facticia alegría de la fiesta sucedia el temor del porvenir; cada familia temblaba por alguno de sus miembros mezclados mas ó menos en el negocio del tumulto, y cada familia veia un peligro en la llegada de los nuevos gobernantes.

Las calles estaban ya desiertas, y solo por la que tenia ya desde entonces el nombre de Tacuba, se veian caminar dos personas que sostenian por lo bajo una animada conversacion.

Eran Don Leonel y su hermano el Padre Salazar.

—¿Has visto, hermano—decia el Padre—cuán seguras han sido mis predicciones? El pueblo no está contento, y teme y siente la llegada del virey.

—¿Pero esos cohetes, esas flores, esas músicas?.....

—Engaño, comedia; el pueblo se habia comenzado ya á acostumar á no tener virey, y esto es para nosotros una ventaja.

—En tal caso, háse perdido el tiempo; que buena oportunidad era dar el golpe antes que llegase el de Cerralvo.

—Por el contrario, si el pueblo estaba contento con no tener virey, el mejor instante es cuando le viene de nuevo, cuando está disgustado, cuando mucho teme y nada espera, cuando van á desatarse las persecuciones; entonces es la hora de obrar, y por eso la escogí yo como mas oportuna.

—Tienes razon; y creo que esta noche, por lo que digan nuestros agentes, podremos formar mejor juicio de lo que pasa.

MARTIN GARATUZA.

51

—Así será en efecto.

Llegaban á la sazón á la calle que pasaba tras de las casas del marqués del Valle.

Don Leonel se detuvo.

—Hermano, aquí me separo de tí.

—¿Nos veremos en la tarde?

—Nos veremos. Adios.

Se estrecharon las manos; el Padre Salazar siguió de frente, y Don Leonel tomó á la izquierda el rumbo de la calle de las Canoas, y poco despues llamaba á la puerta de la «casa colorada.»

Subió la escalera y se dirigió á la puerta de la sala en que habia encontrado la víspera á Doña Esperanza.

Iba á llamar, cuando la puerta se abrió y apareció Doña Esperanza misma; le aguardaba.

La jóven le tendió la mano y Don Leonel se la besó con respetuoso cariño.

—Pasad, primo mio—dijo Esperanza conduciéndole de la mano como tenia de costumbre hacerlo—pasad y hablaremos, porque creo que vendreis hoy mas razonable y juicioso que ayer.

Al decir esto sonreia dulcemente.

—Esperanza, ¿qué quereis que os conteste? ¿llamais tener juicio á no amaros? Es imposible entonces que lo tenga; ¿á no decíroslo? callaré porque vos lo quereis.

—Hay cosas, primo, que vale mas callarlas toda la vida.

—¿Aun cuando causaran la muerte?

—Cosas hay peores que la muerte.

—¿Cuáles?

—La deshonra y la infamia.

—Esperanza, ¿creeis que mi amor os deshonoraria?

—No, Leonel, pero nos haria muy desgraciados.

—Explicaos, Esperanza, por Dios; ¿no me amais?

—¡Ojalá no os amara!

—¿Luego es decir que me amais?

—Os amo, Leonel, os amo mas que á mi vida, os amo, y en vano quiero reprimir este amor en mi pecho, en vano pretendo ahogar esta pasion, porque ese esfuerzo es superior á mis fuerzas y me domina, y tengo á mi pesar que confesar esto.....

—¡Esperanza! ¡Esperanza! me dais la vida, soy feliz.....

—No, Leonel, no, no sois feliz, ni lo soy yo tampoco, porque este amor debe morir aun cuando nos costara la vida sofocarlo: no seré vuestra nunca, ¿lo oís? nunca.

—¡Nunca! ¿Y por qué? ¿Quién pudiera impedirlo?

—Dios, mi patria, mi conciencia: yo no puedo ser vuestra esposa para legar á mis hijos la deshonor, la esclavitud, la afrenta, Don Leonel; yo desciendo de judaizante, y vos y yo somos criollos: ¿cuál será el porvenir de nuestra familia? Don Leonel, ¿habeis pensado alguna vez en esto?

—Angel mio, todo lo comprendo; tu alma vírgen, purá, inteligente, se ha remontado mas allá, en su vuelo, de lo que sienten las almas vulgares; libre tu pensamiento, tiembblas ante la idea de la esclavitud de tus hijos, ¡oh alma del alma mia! Tienes razon, te comprendo, y te juro, luz de mi vida, que no pensaré en que seas mia sino hasta el dia en que un rayo de gloria borre para México tantos años de servidumbre; y ese dia llegará, Esperanza, llegará, ó moriré en la demanda.

—Leonel, Leonel, ¡oh, qué hermosas palabras! ¡cuánto te adoro así, grande, valiente, noble; así, pensando tocar el sol, elevándote como el águila que servia de emblema á nuestros abuelos! Leonel, si murieras, moriria yo, pero moriria

contenta sobre el sepulcro de un héroe, y viviria triste bajo el techo de un hombre deshonorado.

—Bien, hija mia, bien—dijo Doña Juana presentándose en la sala;—eres digna de la noble sangre que circula por tus venas, eres digna de ser esposa de Don Leonel de Carbajal. Hijos mios, Dios os bendecirá, y alguna vez podreis ser el uno del otro; y el dia en que el águila vuela libre de sus cadenas, agregó con marcada intencion y mirando á Don Leonel—Esperanza será la esposa de Leonel.

—¿Me lo jurais, señora?—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Lo juro.

—Dios os bendiga, madre mia.

Y Leonel y Esperanza se arrojaron trémulos de alegría en los brazos abiertos de Doña Juana, y permanecieron estrechados por algunos momentos.

—Ahora—dijo Doña Juana—es preciso que os separeis, que no os veais con frecuencia, para que nada diga el mundo y para que el amor no distraiga el cerebro del hombre de atenciones mas importantes. Don Leonel, despedíos de vuestra prometida y seguidme.

Don Leonel tendió su mano á Esperanza, que la estrechó con pasion; luego depositó un casto beso en la frente de la doncella, y siguiendo á Doña Juana penetró con ella en la biblioteca.

IX.

En que se refiere lo que hizo Martín Garatuzza por servir al Padre Salazar.

AL separarse de su hermano el Padre Salazar se dirigió á su casa, y al llegar al zaguan de ella, descubrió un indio, con el pelo cortado sobre la frente con la figura de un cerquillo de fraile, y sobre las orejas dos mechones largos que le llegaban casi hasta los hombros, segun la moda de todos ellos, y que llamaban de balcarrotas ó balcarrias.

Aquel hombre, miserablemente vestido, se acercó al Padre Salazar y le dijo humildemente, pero haciendo brillar un anillo de plata en el dedo índice de la mano izquierda:

—Buenos días.

—Dios los enviará—contestó el Padre Salazar, procurando inútilmente recordar el nombre, el rostro, la figura, la voz de aquel afiliado.

—¿Qué quereis?

—Hablar quisiera con su señoría.

—Pasad—contestó el Padre—y seguidme.

Entraron al patio, subieron las escaleras, y el Padre entrando en su aposento se encerró en él con el indio, sin dar muestras ningunas de temor ni desconfianza; el padre Salazar tenia un temple de acero.

—¿Qué quereis?—dijo descansando en un sitial y sin ofrecer asiento al indio.

—En primer lugar dijo el indio—tomando tambien sin ceremonia otro sitial y sentándose—aconsejaros que no seais tan confiado: si como soy un hombre de bien fuera un asesino, encerrado con vos os podria matar impunemente.

—Probad á hacerlo—dijo desdeñosamente el padre Salazar.

Su interlocutor le miró con asombro y con curiosidad.

—En fin, no vengo á eso; haced lo que mejor os plazca, señor: ¿me conoceis?

—No recuerdo; sois de los nuestros, y lo demas no me importa.

—Flaca memoria teneis; anoche hemos hablado.

—¿Adónde?

—Despues de la reunion.....

—Entonces, sois.....

—Garatuza, para servir á usía, á Dios y á todo lo bueno.

—¿Garatuza?

—El mismo.

—A fe que no os miro un dia igual á otro.

—Os he dicho que son mis ardides; tengo mucho que temer del rey y del Santo Oficio.

—Pues guardad.

—Inútil consejo, que bien me guardo: en fin, vengo á ver si os sirvo de algo, que me enfada el estar ocioso.

—Sí que servís, y mas en estos momentos.

—Mandadme.

—Oid: me importa, es decir, importa á nuestra causa saber lo que se habla en palacio; pero no por el vulgo de la servidumbre, sino por los altos personajes: ¿podreis averiguarlo?

—Os prometo saber y contaros lo que digan el virey y el pesquisidor.

—Mucho prometer es ese.

—Y lo vereis cumplido; ¿no mas?

—No mas.

—Corre de mi cuenta. Y Martin se levantó.

—¿Os vais?

—Sí, que no debo perder instante. Dios os guarde.

Y sin esperar respuesta, Garatuza salió de la casa, dejando confuso á Don Alonso con su actividad.....

Preparábase en aquella tarde un suntuoso banquete, con que el cabildo obsequiaba al nuevo virey; las cocinas y el comedor de palacio hervian literalmente de gente; cocineros, marmitones, lacayos, curiosos, todos en confusion, iban, venian, se estorbaban, se empujaban, reñian entre sí: el lacayo que atravesaba precipitado conduciendo una fuente con dulces, se encontraba con el cocinero que venia de ver el efecto que hacian los pavos rellenos, y en el choque caian los dulces por un lado y la obligada gorra del gordo cocinero por otro; y allí era el regañar del uno y el disculparse del otro, y el aprovecharse en la cuestion los muchachos recogiendo los dulces: todo era confusion y ruido, y apenas entre aquella especie de tumulto se escuchaba la voz del mayordomo, que dictaba sus órdenes como si estuviera en mitad de un combate.

De repente se advirtió un lacayo mas lujosamente vestido que los otros, y que se llegó al mayordomo gravemente como investido de una mision elevada, y le dijo parándose delante de él:

—Dispense usía, ¿es acaso usía el jefe que dispone los arreglos del banquete?

El mayordomo, que era un simple comisionado del cabildo de la ciudad y empleado de un orden inferior, al oírse llamar usía tan respetuosamente por un lacayo tan bien vestido, y esto en presencia de un concurso tan numeroso, miró con cierta simpatía á su interlocutor, y contestó con mucha afabilidad:

—Yo soy; ¿qué se ofrece?

—En primer lugar—contestó el lacayo—servir á usía, y en segundo, hacerle presente que yo me llamo Benjamin y soy el ayuda de cámara de S. E. el señor virey mi amo, que gusta siempre de que yo le sirva; y como todos los señores de alta alcurnia tiene algunas ideas que aun no le conocen los demás de la servidumbre que ha puesto usía, aunque por otra parte, como escogidos por usía, deben valer mas que yo.

—Siendo así—contestó el mayordomo sintiendo lisonjeado su amor propio con tanto usía y tantos cumplimientos y deseando corresponder á ellos—podeis tomar por vuestra sola cuenta el servicio de Su Excelencia: yo avisaré esto á los demas de la servidumbre, y no tendrá que incomodarse S. E. por nada. Venid á ver conmigo la mesa para que conozcais la colocacion de las personas, el lugar en que están los vinos, y lo demas que necesario sea para servir á S. E.

El lacayo siguió al mayordomo, y muy pronto estuvo al corriente de todo.

Llegó la hora de sentarse el virey á la mesa y los convidados esperaron que S. E. lo hiciera, y luego cada uno buscó el lugar que mejor le convino.

El virey, marqués de Cerralvo, ocupó solo la cabecera; á los lados de la mesa, á su derecha se colocó el Visitador Don Martin Carrillo, y á su izquierda el presidente de la Audiencia.

Detrás de Su Excelencia, pendiente de sus menores movimientos, adivinando en sus ojos los deseos, estaba el lacayo que habia hablado con el mayordomo; él solo servia vino al virey, retiraba los platos, presentaba otros nuevos, iba y venia; pero con tanta actividad, con tanta delicadeza, que el marqués de Cerralvo no pudo menos que llamar sobre ello la atencion del visitador, con quien por razon del largo viaje que juntos habian hecho tenia mas confianza.

—¿Ha notado su señoría—dijo el virey inclinándose hacia Don Martin—qué buen servidor es este que tengo dedicado á mi persona?

—Notado lo habia—contestó el visitador—y creo que V. E. debia tomarle á su particular servicio, que criados así son raros aun en España misma.

—Tiene su señoría razon, y al levantarnos de la mesa le haré hablar, si no es que yo mismo lo hago.

El lacayo advirtió de lo que se trataba y redobló su actividad y su eficacia.

Al terminarse la comida el lacayo se inclinó, y con muestras de profundo acatamiento, dijo por lo bajo al virey:

—Perdóneme V. E. que tenga el atrevimiento de hablarle, pero es por saber si V. E. quiere dormir siesta despues de la comida, para ir á preparar todo lo necesario y esperararlo en su cámara para velar su sueño.

El marqués se quedó mirando al hombre entre asombrado de su audacia y agradecido de su prevision, y luego como resolviéndose le contestó:

—Sí, prepara lo necesario, y vienes á avisarme para que me acompañes á mi cámara y me sirvas.

—¿Ya no me necesita aquí V. E.?—preguntó animado por la benevolencia del virey el lacayo.

—No.

El hombre entonces desapareció, y en un momento se informó de dónde estaba dispuesta la habitación para S. E., y lo arregló todo, no sin causar alguna alarma á los verdaderos camaristas del virey, y volvió al instante al comedor á decir al marqués:

—Cuando V. E. quiera, todo está listo.

Poco despues se levantó el virey de la mesa, y seguido del visitador se dirigió á su cámara, en cuya puerta le aguardaba ya su nuevo servidor.

El primer dia de un vireinato, y con recepcion tan espléndida como la que México habia hecho al marqués de Cerralvo, cualquier hombre, por frio y reconcentrado que sea, se vuelve alegre, comunicativo y generoso, y el marqués no podia ser excepcion de esta regla, con tanta mas razon, cuanto que no solo él, sino su compañero de viaje Don Martin Carrillo, el visitador, eran de un carácter apacible y de un genio dulce y conciliador, á inferirse del modo con que obraron, el uno en su gobierno, y en su espinosa comision el otro.

El virey se entró á su cámara é hizo entrar tambien al visitador; el lacayo se quedó respetuosamente en la puerta.

—Ven acá—le dijo el virey.

El lacayo se aproximó.

—¿Cómo te llamas y en qué te ocupas actualmente?

—Excelentísimo señor, me llamo Benjamin Ordaz, humilde criado de V. E., y ahora no tengo destino: he venido á solicitar el servicio en el banquete solo por tener la honra de conocer á V. E. y el orgullo de haber sido el primero que le sirviera en México.

La adulacion es el veneno mas activo y el que toman todos los hombres mas fácilmente, por prevenidos que se encuentren, como el perfume del incienso, una vez desprendi-

do, nadie puede dejar de aspirarlo, penetra con el viento que da la vida, se hace sentir solo cuando ya no puede rechazarse.

—Y bien, Benjamin—dijo al mozo—¿antes qué eras tú?

—Pertenece, excelentísimo señor, á la servidumbre del marqués de Gelvez, antecesor de V. E.

—¿Y por qué lo dejaste?

El día del tumulto caí herido defendiendo una puerta, y tuve que esconderme por temor hasta que llegó V. E.

El marqués reflexionó un instante.

—Si me probaras la verdad de lo que me has dicho—exclamó el virey—te tomara inmediatamente á mi servicio.

—Los pobres, señor excelentísimo, no tenemos facilidad de probar nada, y solo podría mostrar á V. E. mi cuerpo atravesado de un balazo, como la ejecutoria de mi lealtad; pero tengo palabras de hombre honrado que solo V. E. puede comprender, y si ellas no me valen y V. E. no me toma á su servicio, no podrá quitarme el orgullo de haber servido en esta vez al hombre que trajo la paz y la tranquilidad á estos reinos.

—Bien, pensaré—le dijo el marqués;—espera en la puerta á que te llamen; pero cierra y que nadie nos interrumpa.

Benjamin salió haciendo una humilde reverencia.

—Me retiro tambien—dijo el visitador levantándose—que V. E. querrá tal vez reposar.

—No. Yo suplico á su señoría que permanezca, porque de hablar tenemos acerca de los negocios públicos ahora que nos encontramos solos y que debemos comenzar nuestros trabajos, porque de los primeros pasos depende en todas las empresas el éxito final.

—Razon tiene S. E.

MARTIN GARATUZA.

61

—Dígame V. S. qué opinion ha formado de México por la manera con que nos ha recibido.

—Si he de hablar la verdad, la recepcion me ha parecido demasiado suntuosa para ser sincera.

—No lo crea V. S., que esto puede ser efecto de que es cierto lo que en España se dice acerca de lo fastuosos que son los mexicanos.

—O tal vez de lo que acerca de ellos se dice tambien, que son falsos y astutos.

—No es esa, por fortuna, mi opinion.

—Debo advertir á V. E. que apenas he llegado y he recibido luego un anónimo, en que se me denuncia una gran conspiracion organizada por los criollos y próxima á estallar, que tiene por objeto la independendencia de la colonia.

Al gesto de disgusto que hizo el virey al escuchar esta noticia, correspondió, como dos relámpagos de esos que brillan casi simultáneamente en dos lados opuestos del horizonte, otro gesto de Benjamin, que espiaba tras de la puerta, sin perder una sola palabra de lo que se hablaba en el cuarto.

—¿Y qué pormenores daria V. S. acerca de esa conspiracion?—preguntó el marqués.

Benjamin contuvo hasta la respiracion para escuchar la respuesta del visitador.

—Nada mas que lo que he dicho á V. E.—contestó Don Martin:—que hay una gran conspiracion que tiene por objeto la independendencia de las colonias, y que debe estallar el dia 5, es decir, pasado mañana, aprovechando los conjurados el desórden natural que en la ciudad produzcan las fiestas hechas en honor de V. E.

—Lo malo está—dijo el virey—en que poco conocemos aún á la gente de aquí; no tenemos personas de confianza,

y contamos con el natural temor de todos los comprometidos en el tumulto.

—Que son muchos, casi todos.

—¿Lo cree V. S. así?

—Estoy casi seguro de ello.

—¿Sabe V. S.—dijo el virey despues de un rato de silencio—que no seria malo valernos de este muchacho, de Benjamin, para tener noticias exactas de lo que pasa?

—Es una buena idea de V. E., porque el tal Benjamin parece leal, valeroso é inteligente, y puede sernos de grande utilidad.

Benjamin se frotaba las manos alegremente por fuera de la puerta.

—Creido me tengo—dijo el virey—que este Benjamin ha de llegar con el tiempo á ser el alma de nuestros servidores. ¿Os parece que lo llamemos?

—Como V. E. lo disponga.

Benjamin se retiró precipitadamente, y el virey sonó la campanilla de plata que habia sobre la mesa.

A la primera llamada Benjamin no acudió.

El marqués llamó segunda vez, y entonces el lacayo apareció diciendo desde la puerta:

—¿Llama V. E.?

—Sí, y por dos veces.

—Retiréme por respeto y para impedir que álguien se acercase—contestó Benjamin.

—Bien, cierra y acércate.

Benjamin cerró la puerta por dentro y seacercó respetuosamente al marqués.

—¿Conoces bien la ciudad?—preguntó éste.

—Excelentísimo señor, como á mi misma casa.

MARTIN GARATUZA.

—¿Serás capaz de dar razon de quanto se te pregunte si lo sabes, y averiguarlo si lo ignoras?

—Seguramente, señor.

—Bueno. ¿Qué has oido decir acerca de alzamientos y de tumultos?

—Además del que se hizo contra mi amo el señor marqués de Gelvez, y en el que sin meterme á juzgar, creo que tuvieron parte todos los caballeros de esta ciudad.....

.....

El visitador dirigió una mirada de inteligencia al virey, que no se escapó á la penetracion de Benjamin.

—Hay—continuó—el rumor de que algunos criollos quieren alzarse con el reino, y que piensan dar el grito el dia 5 de este, porque dicen que en estas noches habrá grande alboroto por las fiestas que se preparan á V. E.

El visitador no pudo ya contenerse.

—Lo mismo que decia yo á V. E.; es una cosa pública.

—Permítame usía—interrumpió Benjamin—que tanto de pública no puede decirsele, porque ellos lo guardan en profundo secreto: si á usía se lo han dicho, es porque usía tiene en México muy grandes simpatías, como he oido contar por ahí.

La lisonja era fina y el visitador la tragó sin sentirla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo muy buenos amigos y muchos conocidos.

—¿Y nada mas sabes?

—Nada mas, porque no he cuidado de averiguar mas.

—¿Qué necessitarias para estar al tanto de todo y darme avisos?

—En primer, lugar que V. E. lo disponga así, y en se-

gundo que me dé V. E. una orden para entrar y salir á palacio á todas horas y por todas partes.

—Se te dará: ¿y dinero?

—Lo dejo eso á la prudencia de V. E.

—No quedarás descontento, y esta noche tendrás todo: retírate.

Benjamin salió radiante de alegría.

En donde se prueba que los que andan siempre juntos, no son siempre buenos amigos.

Doña Catalina de Armijo era una hermosa dama que vivía por una de las calles que estaban cerca del monasterio de Santo Domingo.

Doña Catalina vivía con su madre, una anciana como de cincuenta y cuatro años: ni á la madre ni á la hija se les habian conocido nunca bienes de fortuna; pero ellas habian vivido siempre con cierto lujo, merced, segun decia el vulgo, á las condescendencias de la vieja y á la arrogante figura de Catalina.

No habia en aquella casa muchas visitas, pero sí tenian siempre algun constante protector que las visitaba asiduamente y con gran confianza, á todas horas del dia y de la noche.

Primero fué un intendente, luego un oidor, despues un comerciante acaudalado, mas adelante un regidor perpetuo, un alférez real y otros varios, hasta que segun informes verídicos, Don Alonso de Rivera ocupaba aquella posicion en los dias á que nos vamos refiriendo.

El público sabía que los protectores empobrecían y se retiraban, pero algunos habían notado que al encontrarse con Doña Catalina en la calle, la saludaban como buenos amigos, lo que probaba que habían perdido la visita y la intimidad, pero no la confianza ni la buena amistad con ella.

En la casa de Doña Catalina no se veían caballos, ni carrozas, ni lacayos; un ajuar elegante y pocos criados; pero en cambio, grandes cofres con ricos servicios de plata, cajas con numerario abundante y hermosas joyas, formaban el depósito de la dama y recordaban la ruina de sus adoradores.

Doña Catalina había comprendido y decía que la hermosura de las mujeres pasa como la forma de las nubes, y que era necesario aprovechar y guardar para la vejez, porque entonces debería al dinero lo que en su juventud á la belleza.

No se sabía si la madre había enseñado estas teorías á la hija, ó la hija había convencido de ellas á la madre; lo cierto es que las dos estaban conformes en ellas.

Don Alonso de Rivera comenzó por gastar cuanto deseaba Catalina; el amor y la ilusión que le causaba aquella mujer no le hacía reparar en nada; pero sin sentirlo, sus cajas fueron agotándose, y un día se encontró con la fatal noticia de que no tenía modo de contentar los nuevos caprichos de la dama.

El día de la entrada del marqués de Cerralvo, Don Alonso hizo el último esfuerzo para llevar á Catalina un collar de perlas: la dama salió contenta con él, pero Don Alonso determinó tener aquel día una explicación formal con Catalina.

Eran las cuatro de la tarde: cuando se presentó en la casa, Catalina se mecía en una butaca negligentemente.

Don Alonso la saludó con una frialdad que comprendió

la jóven, y comenzó á torturar á su imaginacion, para encontrar un vado en aquel negocio: por fin, limpiándose la frente, tosiendo y componiéndose los puños, dijo como cortado:

—Catalina.

—¿Qué hay?—contestó la jóven volviendo el rostro con fingida curiosidad.

—Necesito que hablemos seriamente.

—Sí, ya lo habia yo comprendido.

—Bien, pues vamos á ver cómo damos prisa á esta explicacion.

—No sé para cuándo la guardais.

—Catalina, sabeis cuánto os he amado y cuánto he hecho por complaceros.

—Sí, y creo que eso á nada viene; adelante.

—En efecto—contestó algo cortado Don Alonso—pero yo creia que era un preámbulo necesario.

—Suprimidlo, es mejor.

—Pues bien, yo os amo aún....pero....es....

—Decidlo claro, ¿estais cansado de mí?

—¡Oh, Catalina! eso nunca; pero.....

—¿Qué hay pues? decidme claro.

—Que el estado de mis negocios es malo; no quiero decir por eso que estoy arruinado, pero no me creo ya capaz de soportar el gasto que yo deseara que hiciérais siempre.

—Hablad claro, decid que yo os pierdo, que os arruino, que peso demasiado sobre vos.

—¡Oh! no digais eso, por Dios, que no es lo que yo he dicho.

—Pero es lo que habeis querido decir: adelante.

—Pues.....

—Entiendo, quereis que cese todo entre nosotros, que yo os releve de vuestro compromiso, ¿es verdad?

—No, eso no precisamente.

—Pues entonces, ¿qué quereis?

—Oidme, y prometedme no enojaros con lo que voy á deciros: es un negocio importante y ventajoso para los dos; pero os lo propongo como negocio.

—Decid con franqueza, que de nada me enfadaré.

—Pues bien, yo no tengo ya dinero, y vos necesitais y yo necesito tambien: ¿admitiríais un medio que tengo pensado, con el cual ambos, trabajando y poniendo algo de nuestra parte, podriamos hacernos de fondos sin perder la buena amistad?

—Hablad—dijo negligentemente Doña Catalina, preparándose á escuchar.

—Decia yo que hay en México una persona que reune cualidades de tan alta estima, que me atreveria yo á proponérosla para que me sustituyese, si no en el amor que os he profesado, porque de eso no podria responder, sí en la generosa proteccion que mereceis por vuestras dotes de hermosura y talento.

—¿Y quién es esa persona?

—Es el hombre mas rico de la Nueva-España. No es jóven, pero tampoco es viejo; tiene un genio amable, y sobre todo, es un hombre enteramente solo en el mundo, sin padres, sin hermanos, sin hijos, en fin, sin herederos de ninguna especie; debiendo advertiros, ademas, que está muy lejos de ser un avaro.

—¿Y quién es ese Fénix de los hombres?—preguntó con una sonrisa de duda Doña Catalina.

—Se llama Don Pedro de Mejía. ¿Le conoceis?

—De nombre. Y en cuanto á sus riquezas, estoy segura de que es como decís; pero respecto á lo demás lo ignoraba.

MARTIN GARATUZA.

69

—Pues yo os respondo de todo ello con mi cabeza: ¿aceptais el partido?

—Antes de resolverme, saber quisiera qué interes llevaréis en el negocio y qué ayuda prestaríais, porque dijísteis que entrambos y para ambos le haríamos.

—Así lo dije en efecto, y he aquí mis condiciones: vos y yo, señora, haremos una compañía, comprometiéndome yo á traerlos á Don Pedro y á influir porque caiga en vuestras redes (perdonad la palabra, señora): vos poneis de vuestra parte la seducción y el amor, yo le excito á ser generoso con vos y vos recibís sus dones, y de todo, y de la herencia, si conseguimos por algun medio obtenerla, iremos á mitad de utilidades: os advierto tambien que soy el único amigo de Mejía y el único que influye sobre él. ¿Os conviene?

Doña Catalina reflexionó.

—Meditadlo bien—agregó Don Alonso—que os importa.

—¿Os parece que consulte con mi madre?

—Como gustéis.

Doña Catalina se levantó y salió del aposento; Don Alonso quedó solo meditando su plan.

Un cuarto de hora despues volvió á entrar Doña Catalina y dijo á Don Alonso:

—Aceptado; pero con la condicion de que extenderemos un papel en que conste nuestro compromiso.

—Es inútil, porque no podria valer en juicio.

—No importa, mi madre lo quiere así.

—Cosas de las señoras grandes. Lo extenderemos.

—Ahí teneis recado de escribir; ponedlo.

—Lo pondré, á pesar de que os repito que es inútil.

—Y yo os repito que no importa.

Don Alonso escribió y luego leyó en voz alta:

«Conste por el presente cómo yo, Don Alonso de Rivera, y yo, Doña Catalina de Armijo, nos comprometemos solemnemente á hacer compañía con el objeto de conseguir que Don Pedro de Mejía contraiga conmigo, Doña Catalina de Armijo, relaciones amorosas, para lo que influiré y ayudaré yo, Don Alonso de Rivera, y que de las larguezas de dicho Don Pedro de Mejía, así como de su herencia, si conseguirse pudiere, para lo cual se harán los esfuerzos posibles, iremos á medias ambos.—Y lo firmamos en México, á 3 de Noviembre de 1624.—ALONSO DE RIVERA.»

—Firmad vos, Doña Catalina.

Doña Catalina tomó la pluma y firmó también.

Don Alonso dobló el papel y comenzó á guardarlo en la abertura de su ropilla.

—¿Qué haceis?—dijo la jóven.

—Guardar el documento.

—Tanto valia entonces no haberlo puesto.

—¿Pues qué quereis?

—Tenerle yo.

—Y yo entonces.....

—Pongamos otro igual.

—Es justo, y cada uno guarde el suyo; decís bien.

—Don Alonso sacó una copia del documento y lo firmaron ambos, y cada uno tomó el suyo.

—Estamos en regla, sois una mujer admirable; ahora vamos á combinar nuestro plan.

—Vamos.

—¿Teneis confianza en mí?

—¿Cómo no, si tengo este papel en mi poder, con el que puedo perderos el dia que quiera!

—Se entiende perdiéndoos también vos.

—Verdad; pero como yo no soy una persona de respeto en México, ni llevo amistad con Don Pedro de Mejía, mi nombre sería el de una de tantas mujeres y no causaría el escándalo que el vuestro, cubriendo tan honroso documento.

—Dejemos eso—dijo Rivera algo molesto—que no se llegará el caso de publicar ese papel; lo que quise preguntaros es, si teneis confianza en mi ingenio.

—Sí.

—Pues entonces dejadme preparar todo; seguid mis indicaciones, y yo os instruiré del papel que debeis representar.

—Convenido, vos dirigís la comedia; ¿y cuándo comienza?

—Mañana mismo, y voy á hacer los preparativos.

Don Alonso se despidió de Catalina y salió meditando en su plan de campaña.

XI.

En donde el virey, el visitador y el Padre Salazar se convencen enteramente de que Garatuzá era una joya.

SERIAN las ocho de la noche, y las calles de México, otras veces tan solas á esas horas, estaban llenas de gentes que paseaban y se divertían en solemnidad de la entrada del nuevo virey.

En las ventanas y en las puertas había farolillos encendidos; los ricos los habían puesto de vidrio y los pobres de papel: en algunas casas el lujo había llegado hasta poner en los balcones guardabrisas de cristal con bujías de cera. En las calles había lumbradas colocadas unas en el suelo y otras sobre un pié derecho de madera con una especie de jaula de hierro en la punta, adonde se ponía á arder la leña: estas lumbradas anunciaban los puestos en donde se vendían frutas, dulces, buñuelos, *pato* ó *tamales*: la multitud se rodeaba allí de los puestos, y las damas principales no se desdeñaban de acercarse á comprar alguna cosa de las que excitaban su apetito.

Entre aquella animada muchedumbre cruzaba á toda prisa un hombre embozado en una gran capa negra, y que se conocía que iba muy preocupado; tomó el rumbo de la calle

de Ixtapalapa y siguió su camino hasta mas allá de donde alcanzaba el bullicio y la luz de la fiesta.

Llegó aquel misterioso paseante hasta la casa del Crucifijo, que conocen nuestros lectores, llamó á la puertecilla, y despues de dar las señales convenidas, entró en la casa, dirigiéndose sin vacilar y sin detenerse á la gran sala en que habia tenido lugar la junta en que fué presentado Don Leonel.

El Padre Salazar, completamente solo, escribia, teniendo delante de sí en la mesa una gran cantidad de papeles.

Al ruido que hizo el que entraba, el Padre puso instintivamente la mano izquierda sobre los papeles, y sin dejar la pluma colocó la derecha frente á la bujía para que el resplandor de ella no le impidiera descubrir á la persona que llegaba á interrumpirle.

—Buenos dias—dijo el que entraba.

—Dios los enviará—contestó el Padre sin poder reconocer aún al que le hablaba.

—Como de costumbre, ¿no me reconocerá usía?

—¡Ah, Martin! exclamó el Padre despues de un detenido exámen de su interlocutor.

—El mismo, aunque perteneciendo ya á la servidumbre de S. E. el Sr. marqués de Cerralvo.

—¿En la servidumbre del virey?

—Precisamente, y quizá quizá el hombre de su confianza.

—¿Pero cómo?.....

—No es tiempo de referir historias; bástele saber á su señoría que todo esto lo hago por cumplir con la comision que me ha dado y en servicio de la buena causa.

—¿Y qué hay de nuevo?

—Cosas muy graves y que debeis de saber, porque de ellas quizá depende el éxito de todos nuestros planes. En

primer lugar, estoy comisionado y facultado para espiaros y vigilaros.

—¿A mí?

—A vos precisamente, no; pero á los criollos que conspiran contra la real autoridad.

—¿Luego sabe el virey?

—Sabe que se trama una conspiracion entre los hijos de la tierra para alzarse con ella, y sabe que se preparan para dar el grito el dia 5 de Noviembre.

—¿Pero cómo lo sabe?

—Os lo diré, porque estoy al tanto de todo, y esta era la mision que me encargásteis. El visitador Don Martin Carrillo recibió hoy un anónimo que leyó al virey y que yo escuché: luego me llamaron, y para inspirarles confianza les denuncié como cosa que yo sabia, lo mismo que habia oido leer en el anónimo sin que ellos lo supiesen; de aquí vino el que me comisionaran especialmente para inquirir algo respecto á la conspiracion.

El Padre Salazar reflexionó y luego dijo:

—¿Y qué piensas contar al virey ahora?

—Eso es lo que me ha de decir su señoría.

El Padre se puso á meditar apoyando su frente en la mano en que tenia la pluma, que aun no habia soltado, y luego como inspirado por una idea repentina, cambió la pluma á la mano izquierda y escribió en un pedazo de papel; esperó que se secara, y despues lo arrugó entre las dos manos y lo entregó á Martin.

—¿Qué es esto?—preguntó Garatuza.

—Esto lo entregarás al virey diciendo que lo has visto caer de la bolsa de algun *español*; el cómo lo viste y la persona que lo traía, tú lo combinarás como mejor te parezca: leelo, si quieres, antes.

Garatuza extendió el papel y leyó; era como el fragmento de una carta.

«La orden es que el grito se dé el día 5 porque es preciso no dar tiempo á las pesquisas sobre el tumulto, que pueden darnos triste resultado.

«Es necesario que las sospechas de la conspiracion recaigan sobre los criollos, y apruebo lo que me decís del anónimo: así se encontrarán aislados.»

—No dejes de poner al.....(*roto el papel*).....que de esto depende nuestra fortuna.....

—Comprendo—dijo Garatuza.

—Bien, vete y no dejes de ponerme al tanto.

Una hora despues, el virey y el visitador, que estaban tratando de los negocios de la tierra, oyeron llamar á la puerta suavemente.

Era Benjamin.

Benjamin entró con todo el aire de un ministro de policía.

—¿Qué hay de nuevo?—dijo el virey.

—Excelentísimo señor, muy poca cosa.

—Habla.

—Pues cumpliendo con el mandato de Su Excelencia, fuí á la casa del señor oidor Don Pedro de Vergara Guviria, adonde tengo conocimiento con unos lacayos, y en donde solia escuchar eso de la conspiracion de que hablé á V. E.

—Adelante.

—Me entré al cuarto del cochero, y dos señores españoles hablaban bajo; pero yo percibí que trataban de lo mismo y mentaban mucho el día cinco, y á los criollos, y á S. E. y al señor visitador, y luego uno sacó un papel que le enseñó á otro y lo rompió y guardó los pedazos en la bolsa de su calzon; pero uno de los pedazos se cayó, y yo le

alcé cuando se retiraron, porque tal vez sirva á S. E., porque escrito está.

—¿Y qué dice?

—No sé yo de eso de leer, y á nadie quise enseñárselo porque quizá sea importante.

—¿Dónde está?

—Aquí—dijo Benjamin sacando un papel arrugado y roto.

El lector habrá conocido que Benjamin no era otro que el mismo Garatuza, que sabia leer quizá mejor que el virey mismo.

Su Excelencia tomó el papel, lo leyó dos ó tres veces y lo pasó en silencio al visitador.

Don Martin Carrillo lo leyó tambien por dos ó tres veces, y con el mismo silencio lo volvió al virey.

—¿Español dices que era el sugeto que esta carta llevaba?

—Sí, Excelentísimo señor.

—¿Y sabes cómo se llama?—dijo el visitador.

—No, señor, pero le conozco de vista, y hoy le ví en Palacio cerca de su señoría; y si mañana viene, se lo mostraré luego á su señoría.

—Bien; espérate afuera hasta que llame—dijo el virey.

Martin ó Benjamin, como quiera llamársele, hizo una profunda reverencia y salió; pero se quedó escuchando tras de la puerta.

—¿Qué le parece á su señoría?—dijo el marqués.

—Me parece que este muchacho es vivo como la pólvora y que es un hallazgo inestimable para nosotros.

Martin se frotó las manos como acostumbraba hacerlo cuando estaba contento.

—¿Pero y esta carta?—dijo el virey.

—Esta carta nos da la llave de todo—contestó el visitador.

—No puede ser falsa.

—Por supuesto; y lo conocerá Su Excelencia en la circunstancia del anónimo contra los criollos, que era una cosa que solo Su Excelencia y yo sabíamos.

—Es una buena razon. ¿Conque lo que se pretendia era que se fijara la atencion sobre los criollos para poder los otros trabajar sin recelo?

—Y que al sentir algo la noche del 5, se tomaran providencias contra los inocentes, mientras los culpables ganaban terreno.

—Estamos realmente sobre un volcan; sin embargo, todo esto me lo habia yo figurado ya de antemano: todos los comprometidos en el tumulto han de hacer cuanto puedan por impedir que vuestra misión se lleve al cabo.

—Y lo mas sospechoso es el lugar en que Benjamin encontró la carta.

—Sí, en la casa del oidor Guviria.

—Uno de los jefes del tumulto.

—Preciso será estar alerta, ya que no lograron engañarnos.

El visitador se despidió del marqués y salió. Al abrir la puerta descubrió en la antecámara del virey á Benjamin sentado en un sitial y que dormia como un podenco.

—¡Pobre muchacho!—pensó—necesita reposo, porque verdaderamente es activo: ¡lástima que no sepa leer!

Y pasó á su lado procurando no despertarle.

XII.

Cuéntase lo que hablaron Don Leonel y Doña Juana de Carbajal.

ASENTÓSE Doña Juana en un sitial, y en otro inmediato Don Leonel: estaban enteramente solos en la biblioteca: el silencio era tan profundo, que podía oírseles, y la escena estaba alumbrada por un gran candil de bronce colocado sobre la mesa y que reflejaba su vacilante resplandor sobre los viejos libros forrados en pergamino y sobre los encendidos colores de los vestidos y mantos de plumas que pendían de las paredes.

Don Leonel esperaba con impaciencia que comenzase á hablar Doña Juana, en tanto que ella, apoyando su brazo en el del sitial y absorta en sus meditaciones, parecia haberse olvidado de que no estaba sola.

Doña Juana, semejante á una estatua de alabastro, no movia ni siquiera los párpados; así se mantuvo un largo rato, hasta que de repente pareció animarse, alzó la cabeza, miró á Don Leonel y le dijo con una voz tranquila y dulce:

—Leonel, ¿jamais mucho á Esperanza?

—Mucho—contestó con entusiasmo el jóven.

—Pues bien, creo que no será una imprudencia lo que

voy á hacer, porque sé que sois un hombre de sentimientos elevados: voy á revelaros los secretos de mi familia, confiada en vuestra lealtad y en el amor que profesais á Esperanza.

—Señora, me haceis sobrada honra, y os aseguro que no os arrepentireis jamás. Hablad.

—Don Leonel, sabeis que yo siempre me he opuesto á que Esperanza, mi hija, se case, y eso aun despues que supe que vos érais el objeto de su amor; pero vos no comprendereis sin duda el motivo de mi oposicion, ¿es verdad? Quizá os parecerá una locura, una monomanía, un delirio.....

—Señora....

—No, no os avergonceis, que ni digo que vos lo hayais pensado, ni aun cuando así fuese, careceríais de razon, porque no conoceis nada de lo que tengo que deciros: Don Leonel, supuesto que insistís en vuestro amor, es preciso que sepais cuál es la familia de vuestra prometida, y que os desengañeis de que no puede ser esposa vuestra mientras los criollos no sacudan el yugo de sus opresores: cuando conozcais todo esto, entonces, prometedme hablar con franqueza, y decidme si vuestro amor vive á pesar de todo, ó si vuestra razon, mas fuerte que ese amor, os aconseja olvidar á Esperanza..

—¿Olvidarla? ¡Ah, señora, qué palabra habeis dicho! ¿Qué suponeis de mí?

—Nada supongo, Don Leonel, sino que sois jóven y estais apasionado: por lo demás, oid, y cuando sea tiempo contestadme con entera lealtad.

Don Leonel iba á contestar, cuando Doña Juana se levantó serena y le dijo con dulzura:

—Esperadme, que voy á traeros una cosa que debeis ver.
Don Leonel se levantó tambien por respeto.

—Sentaos—le dijo Doña Juana—sentaos, y no os impacientes si os parece que tardo: supongo que esta noche no tendreis qué hacer porque no hay reunion, y además, esto es un asunto que interesa demasiado á vuestro porvenir por mas de un motivo, y que bien merece que le sacrificueis un poco de tiempo.

—Señora, estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Bien, ya vengo; entretanto tomad un libro para distraeros del fastidio.....

Doña Juana abrió la puerta secreta y desapareció.

Cuando Leonel se encontró solo, comenzó á examinar el aposento; habia allí objetos que llamaban su atencion, pero que necesitaban estudiarse uno por uno para comprender lo que eran.

El jóven, aprovechando el permiso de Doña Juana para tomar un libro, se levantó de su asiento, y á la escasa luz del candil comenzó á examinar aquella especie de museo.

Los libros, sin embargo, fueron los que menos llamaron su atencion; soldado desde su infancia casi, el amor á las letras no era sin duda el distintivo de su carácter; pero habia en cambio allí otras cosas que excitaron su curiosidad.

Eran, á no dudarlo, armas é instrumentos de música antiguos, pero todos de una riqueza y de un trabajo artístico, maravilloso; arcos de maderas preciosas y desconocidas, flechas y lanzas con puntas de piedras brillantes y de diversos colores, las unas con ese verde dulce de la esmeralda, las otras con el encendido color del granate, las de mas allá con la transparencia del cristal, ó con ese blanco de las grandes masas de nieve.

Las *macanas* de los antiguos señores de la tierra con incrustaciones primorosamente colocadas, representando figuras fantásticas de hombres, de animales, de flores, con

los cortes de piedras tambien raras y sorprendentes, pero cortantes y agudas como la mas bien templada cimitarra de Damasco.

Escudos de pieles resistentes como una adarga española, con caprichosas formas y adornados con piedrecillas y conchas, y teniendo en el centro, como el chorro de una cascada, un penacho de plumas de aves desconocidas, pero que caian, por decirlo así, ligeras y flotantes, ostentando sus colores vivísimos sobre el negro fondo del escudo.

Los trages, los mantos, las diademas con sus penachos, eran materialmente unas nubes de colores que flotaban al impulso solo del aliento, y entre las cuales se percibian los destellos del oro, de la plata y de las piedras preciosas.

Y todo aquello parecia estar conservado y cuidado con una religiosa dedicacion, porque no se notaba en todo ni la huella del tiempo, ni aun el menor vestigio de polvo ó de maltrato.

Aquello era, á no dudarlo, un resto de esplendor y magnificencia de la casa de alguno de los poderosos emperadores aztecas, que la familia de Doña Juana conservaba mas como una reliquia que como un tesoro.

Doña Juana salió por la puerta secreta de la biblioteca, pero no se dirigió por el pasillo y las habitaciones por donde tenia la casa comunicacion para la calle, y por donde otra vez la hemos visto salir, sino que abrió una puerta que á la derecha estaba, atravesando á oscuras dos cámaras, y llegó á una tercera que estaba alumbrada.

Era una estancia espaciosa, pero abrigada, que recibia la luz durante el dia por dos elevadas ventanas cubiertas por finos tejidos de ixtle, que los mexicanos llaman *ayate*: por la parte de afuera tenian gruesas rejas de fierro, y por la interior pesados batientes de madera que cerraban herméticamente: en uno de los ángulos habia una gran cama

de madera con caprichosos tallados, y encima de los gruesos colchones de pluma se tendía una manta de algodón tejida de diversos colores: en la estancia se advertían armarios de madera con grandes chapas, algunos siales tapizados de baqueta, y cubierto el piso con esteras ó *petates* finísimos de palma, y sobrepuestos de manera que apenas se percibía el ruido de las pisadas.

Cerca de la cama, en un enorme sial cubierto por multitud de almohadones de plumas, estaba un hombre, tan anciano, que difícilmente podría haberse fijado su edad, si de su boca no se hubiera escuchado.

Aquel hombre parecía pertenecer á la raza indígena pura; su cabello y su escasa barba estaban completamente blancos, su *cútis* era seco y con ese brillo que da la vejez, sus manos estaban trémulas y su cabeza vacilante.

El viejo estaba enteramente envuelto en una gran bata de algodón blanca perfectamente acolchada, y entre sus profusos pliegues se perdían las formas del cuerpo.

Su cabeza estaba descubierta.

Sin embargo, en medio de aquella destrucción, de aquella ancianidad, podía notarse en la boca del anciano una dentadura blanca y bien conservada, sin mas indicio de vejez que el advertirse un poco gastados los dientes incisivos.

El anciano leía un gran libro á la luz de una bujía de cera, sin auxilio de gafas, y volvía las hojas con su mano trémula, apoyándose en el pupitre que sostenía el libro.

—Buenas noches, padre mio—dijo Doña Juana al entrar.

—Dios te bendiga, hija mia—contestó el anciano alzando la cabeza,—¿qué andas haciendo?

—Padre mio—dijo la dama besando la mano del anciano, vengo á tomar el libro de nuestra familia.

—¿Y á quién vas á leersele?

—A Don Leonel de Salazar.

—Bien; por lo que me has contado, puede y debe verle.

—Así lo he creído.

—¿En dónde está?

—Esperándome en la biblioteca.

—No le hagas aguardar; que á ese jóven quizá Dios lo haya escogido para salvar á nuestro pueblo.

—¿Qué lees, padre mio?—dijo Doña Juana, mientras que con una llavecita de plata abria uno de los cajones de un armario.

—La Biblia, hija, la Biblia. Es el único libro que me consuela y me alienta en mis desgracias.

—Vuelvo á veros pronto.

—Anda, hija mia, anda, y fortalece á nuestro jóven en sus heróicas resoluciones.

Doña Juana salió, y el anciano despues de contemplar la puerta por donde ella habia desaparecido, exclamó dando un suspiro:

—¡Dios os alumbre!—y volvió á continuar su lectura.

Don Leonel continuaba absorto en la contemplacion de los objetos que tenia á la vista, cuando sintió el ruido que hacia Doña Juana al entrar. El jóven se avergonzó de que le hubiera sorprendido en aquel acto de curiosidad; pero la dama sin parar en ello la atencion, le dijo:

—Don Leonel, lo que os voy á entregar es casi un tesoro, porque es la historia de mi familia: leed este libro, y luego venid á verme.

Y al decir esto le entregó una cajita de ébano perfectamente barnizada, y de la que pendia una llavecita de oro por medio de una cadenilla del mismo metal.

Don Leonel la recibió con una emocion que él mismo no podia explicarse.

—Lleváoslo—continuó Doña Juana—porque esa lectura es larga y requiere tiempo y recogimiento: no os fijo plazo para que la termineis, pero procurad apresuraros; muchos han escrito en ese libro que no ven ya la luz.

Don Leonel guardó en su seno la cajita, y tomó su sombrero.

—¿Os retirais?

—Sí, señora; ardo en deseos de conocer esta historia que tanto me interesa, y cada momento me parece un año.

—Bien, seguidme.

Doña Juana sacó á Don Leonel de la biblioteca.

En la sala esperaba aún Esperanza.

Don Leonel oprimió la mano de su prometida con efusión, y salió de la «casa colorada» estrechando contra su seno la cajita de ébano, y en su mano derecha la culata de uno de sus pistoletes.

XIII.

Cómo es muy cierto aquello de que "el hombre pone y Dios dispone."

EN el momento en que Don Leonel llamaba á la puerta de su casa, otro hombre llegaba por el lado opuesto de la calle.

—¿Leonel?—dijo el que llegaba.

—Hermano—contestó el jóven reconociendo al Padre Salazar.

—Dios te envia en el momento en que mas te necesitaba.

—¿Qué ocurre pues?—preguntó Don Leonel, contrariado en su determinacion de encerrarse aquella noche á leer el libro de Doña Juana.

—Cosas muy graves.

—¿Muy graves? Explicáte.

—No es este lugar á propósito.

—Pues vamos entonces á tus habitaciones.

—Tampoco, porque los criados ó mi padre podrian sospechar alguna cosa.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Que vengas conmigo en este momento, pues solo por hablar contigo y para llevarte he venido.

Don Leonel reflexionó un momento.

—¿Vacilas?—dijo el Padre, comenzando ya á impacientarse.

—No, hermano, pensaba en subir un instante á dejar en mi habitacion unos papeles.....

—Considera que si te vieran entrar y volver á salir inmediatamente, sospecharian. Y que además, puedes encontrar á mi padre, lo que seria para tí motivo de perder por lo menos media hora: lleva contigo los papeles, y si son muchos y te molestan, yo te ayudaré á cargarlos.

—Vamos, dijo Don Leonel resueltamente.

Y sin perder un momento el Padre, emprendió la marcha para la calle de Ixtapalapa.

Don Leonel era un valiente, y sin embargo, aquella noche tenia miedo: la responsabilidad de llevar consigo aquellos papeles de Doña Juana le hacia temer, y en cada esquina sacaba instintivamente la pistola.

Tan preocupados iban, que no advirtieron hasta estar muy cerca de ellos, á una dama envuelta en su velo y un galan que la acompañaba, que se estaban parados en una puerta enfrente de la casa de Don Pedro de Méjía y en una de las primeras cuadras de la misma calle de Ixtapalapa.

Al acercarse los dos hermanos, la dama y su galan, que esperaban sin duda á álguien, tuvieron el siguiente diálogo en voz tan alta, que los dos hermanos le escucharon:

—Allí vienen ya—dijo la dama.

—Ellos deben ser—contestó el hombre abriendo un pequeño zaguan que estaba por dentro escasamente iluminado, y haciendo seña á la dama para que entrase.

En este momento llegaban Don Leonel y su hermano.

—¿Don Alonso?—dijo desde adentro la dama.

El Padre Salazar, que llevaba tambien ese nombre, se detuvo.

MARTIN GARATUZA.

—Venid—continuó la dama—ya os esperaba, entrad.

El Padre Salazar no comprendía lo que le pasaba. Don Leonel, al escuchar la voz dulce de aquella mujer y al mirar la turbación de su hermano, creyó que había sorprendido sin querer una intriga amorosa. Un soldado es disculpable de formar un juicio temerario.

El Padre seguía perplejo, y Don Leonel lo atribuyó á que su presencia era importuna, y así es que acercándose á su hermano, le dijo en voz baja:

—Ea, ¿qué te detiene? Entra, hermano, y te iré á esperar á la casa del Cristo, ó te guardaré la espalda aquí.

El Padre miró á su hermano con enojo, pero la noche estaba oscura y la dama volvió á decir ya con cierta impaciencia:

—Don Alonso, ¿teneis miedo? Entrad.

El Padre Salazar atravesó la distancia que le separaba de la dama, y se acercó á ella quitándose el sombrero al pié del farolillo que alumbraba el patio, de modo que la luz bañó enteramente su rostro y su cabeza tonsurada.

—Aquí me teneis, señora—la dijo;—¿qué me ordenais?

La dama, que lo desconoció, inmediatamente lanzó un grito echándose atrás, y el hombre que la acompañaba se interpuso entre ella y el Padre poniendo mano á la espada, en el momento mismo en que un hombre que venia por la calle y que escuchó el grito, se lanzó al zaguan desnudando también la espada.

Don Leonel, que se había quedado de pié cerca de la puerta, advirtió todo, y se entró tras de aquel hombre, á quien no pudo impedir el paso, con la espada también en la mano y dispuesto á defender á toda costa al Padre, á quien creía en inminente peligro.

El hombre que entró de la calle, al escuchar el grito de

la dama dejó caer su embozo, y Don Leonel, aunque tenía pocos días de vivir en México, pudo reconocer á Don Alonso de Rivera.

Entonces se explicó todo.

Don Alonso, al mirar delante de la dama á un eclesiástico con el sombrero en la mano, bajó el estoque.

Don Leonel le imitó.

La dama se acercó á Rivera, y casi temblando le dijo:

—Don Alonso; pasaban dos personas: creí que una de ellas érais vos, y llamé por vuestro nombre, y este Padre se ha entrado aquí.

—Razon tuvo—dijo tranquilamente Rivera—que el señor llámase Don Alonso de Salazar, persona de muy alto respeto en México por sus virtudes y saber.

El Padre hizo una cortesía, y Don Leonel sonriendo envainó la espada.

—Buenas noches—dijo el Padre saliendo.

—Dios os guarde, mi Padre—contestó Don Alonso saludando.

El zaguan se cerró, y Don Leonel riendo y el Padre medio mohino siguieron para la casa del Cristo.

En todo esto se habia perdido mucho tiempo, y cuando ambos llegaron á la casa del Cristo, eran las once de la noche.

Habia ya esperándolos como una docena de personas.

Don Leonel y su hermano tomaron asiento.

—¿Sabeis—dijo el Padre dirigiéndose á los demás—por qué razon os he mandado citar?

—No—contestaron todos.

—Es porque hemos sido denunciados al virey por medio de un anónimo.

Un movimiento de sorpresa circuló entre los concurrentes.

—Pero aun no se ha perdido todo—continuó el Padre;—

el virey sabe que se conspira, pero aun no conoce á las personas ni el objeto de esa conspiracion; sabe que el dia 5 debe haber un tumulto, pero ignora quiénes lo harán: tengo tomadas mis medidas, y creo poderos asegurar que el virey y el visitador quedarán completamente desorientados. Sin embargo, el aviso los ha preparado y quiero consultaros si será conveniente suspender ó precipitar el golpe; hablad vosotros y luego me dareis vuestro parecer.

Aquel debia ser el modo de tratar allí los negocios, porque inmediatamente que el Padre acabó de hablar, todos los que habia en el salon se reunieron en diversos grupos y comenzaron á discutir con acaloramiento.

Sonó entonces un golpe en la puerta, se dió la contraseña, y un sacerdote con los ojos bajos y un aire de mansedumbre evangélica capaz de edificar á un hereje, entró en el salon saludando humildemente; nadie le conocia, pero él conocia sin duda los usos de la casa, porque sin preguntar se dirigió á la plataforma en que estaban Don Leonel y el Padre, subió á ella, acercó un sitial y se sentó cerca de los hermanos, colocando en el suelo su sombrero y diciendo sencillamente:

—Buenos dias.

Por esta vez ya Don Alonso de Salazar reconoció á Martin; á fuerza de tratarle habia llegado á conocerle en sus mismos disfraces.

—¿Qué hay de nuevo, Martin?—le preguntó.

—En todo salimos perfectamente—contestó Garatuza; —el virey y el visitador han caido en el lazo, y creo que se desatará la persecucion contra los comprometidos en el negocio del de Gelvez; pero como se tomarán sérias providencias para impedir un alboroto el dia 5, supongo que seria muy bueno alargar el plazo.

—De eso se trata: siéntate allá abajo, escucha, y cuando termine la reunion hablaremos.

Garatuza descendió de la plataforma, el Padre agitó una campanilla y todos volvieron á sus asientos en el mayor silencio.

—Supongo—dijo el Padre—que todos habreis ya pensado lo que conviene hacer.

—Sí, hermano—contestó uno de los que estaban entre la reunion—todos hemos opinado porque se difiera el golpe, á excepcion del hermano Salmeron, que pretende que debe llevarse todo adelante y tal como estaba acordado de antemano.

—¿Y qué razones alega Don Baltasar de Salmeron?—preguntó el Padre Salazar.

Púsose en pié un hombre viejo, alto, rubio, cargado de hombros, enjuto de carnes, con la nariz corva, la barba espesa y la mirada siempre baja.

Vestia de negro, y no llevaba mas alhaja que una gruesa cadena de plata en el cuello.

—Lo que me obliga á decir que no se suspenda lo acordado—dijo—es que si hoy se ha descubierto una parte de nuestros trabajos, mañana serán sabidos todos, y entonces sí no habrá remedio; la vacilacion nos perderia.

—Si es ese solo vuestro temor—dijo el Padre—podeis desecharle, que entre nosotros no hay traidores.

—Es que ya hay un mal síntoma.

—¿Cuál?

—Se ha hecho la primera denuncia y es preciso estar alerta: yo no sospecharé de ninguno de mis hermanos; pero bajo de la desconfianza vive la seguridad: yo lo hago advertir á tiempo.

Garatuza fijó en el orador sus ojos vivos y penetrantes, y dijo entre sí:

—Este no me gusta.

—Pues queda resuelto—dijo el Padre Salazar;—se suspende el movimiento hasta saber qué giro toman las cosas: avisad á todos los hermanos.

Todos hicieron una señal de aprobacion, y comenzaron á desocupar el salon.

Solo Martin se quedó sentado esperando que acabaran de salir.

Cuando estuvo solo con los dos hermanos, volvió á subir á la plataforma.

—¿Has oido?—le dijo el Padre.

—Y muy bien que me parece.

—Es preciso que salgas mañana mismo para Acapulco, llevando despachos é instrucciones para el príncipe.

—¿Es preciso que sea mañana.?

—Sí. ¿Tienes algun inconveniente?

—Uno solo.

—¿Cuál es?

—Desearia ver qué providencias piensan dictar el virey y el visitador, que para nosotros es una noticia de mucha importancia.

—Tienes razon. Entonces ¿cuándo podrás marchar?

—Pasado mañana estaré listo.

—Bien, mañana en la noche estarás aquí.

Martin saludó y salió de la casa, diciendo:

—Es preciso pensar algo mas en mí: vamos á mi casita.

XIV.

**En donde el zorro al salir de su madriguera encuentra á la víbora
y piensa levantarle el destierro.**

CAMINABA Garatuza envuelto en su manteo con todo el aire de un cura que volvía de una confesión: muy avanzada estaba ya la noche, y sin embargo, encontró á dos ó tres transeuntes que se quitaron respetuosamente el sombrero al pasar á su lado.

Tomó Garatuza por la plaza de las Escuelas, que estaba delante de la Universidad, pasó por el costado derecho de este edificio, y llamó en una puertecilla que había al extremo de la calle.

La puerta tenía un postiguello que se abrió y se volvió á cerrar casi al momento; se escuchó el ruido de las *trancas* de la puerta, y Martín empujó y entró sin ceremonia.

Con un candil de barro alumbraba un hombre medio vestido y medio desnudo.

—Cierra, Zambo—dijo Martín sin quitarse el sombrero.
El hombre obedeció.

—Trae el candil.

El Zambo se acercó. Estaban en un cuarto bajo, sucio, sin

mas muebles que una cama vieja y sin colchon que servia de lecho al Zambo, y algunas estampas de santos verdaderas caricaturas, pegadas en la pared con papel mascado.

Martin se inclinó y levantó una tras otra hasta cuatro vigas de las que formaban el piso: debajo habia una especie de sótano lleno de fango negro y hediondo, entre el que se miraban algunos de esos animales repugnantes que se crían en México en lugares semejantes, y á los que por ódio á los criollos llamaron los españoles *mestizos*.

Martin, sin cuidarse de nada de esto, bajó allí y dijo al Zambo:

—Alúmbrame.

El Zambo se arrodilló en el pavimento y bajó la mano con el candil de modo de alumbrar debajo de las vigas.

Martin abrió con una llave que sacó de la bolsa de sus calzones, una gran caja que estaba allí oculta.

Aquella caja contenia trages de todas las clases de la sociedad, alhajas, piezas de plata y de oro; en fin, era lo que hoy pudiéramos conocer con el nombre de *bazar*.

Martin sacó de debajo de la sotana algunos platos y otras piezas de vajilla de plata, las depositó en la caja, cerró y salió de allí, acomodando en seguida las vigas cuidadosamente.

Despues se dirigió á la puerta, tomó del suelo una poca de tierra y la regó en el pavimento para borrar todo indicio de que aquellas vigas habian sido removidas de su lugar.

Se embozó despues hasta los ojos y dijo al Zambo:

—Me voy, ten mucho cuidado.

—Está muy bien—contestó el Zambo.

Iba á salir Martin cuando se oyeron pasos en la calle.

—Apaga la luz—dijo.

El Zambo apagó el candil y Martin abrió el postiguillo de la puerta.

Comenzó á aclarar ya la mañana y Garatuza pudo ver que pasaba un hombre embozado en una capa.

—¡Hola!—dijo Martin—yo conozco á este pájaro: es el que no queria que se difiriera el golpe, Don Baltasar de Salmeron.—¿A dónde irá su señoría tan temprano?

Los pasos se alejaron, y Martin, procurando no hacer ruido con la puerta, salió á la calle y se encaminó á palacio.

A poco andar advirtió un hombre que llevaba la misma direccion, y reconoció en el modo de andar al mismo Salmeron.

Acortó el paso por no alcanzarle, esperando que torciese para otra calle; pero Don Baltasar llevaba siempre el mismo rumbo que él.

—Vamos—dijo Martin—parece que nos dirigimos todos al palacio, sea en hora buena; allí se sigue él adelante y yo me quedo.

Pero Martin se engañó. Palacio estaba ya abierto y Salmeron entró por delante.

—¡Hola!—dijo Martin—¡en palacio el amigo! Esto me huele mal: veremos.

Y tomando por los corredores que conducian á la habitacion del virey, dejó á Don Baltasar dirigirse á la cámara en que estaba la secretaría.

Como era tan temprano, apenas estaban en pié algunos palafreneros: Martin sin hablarles se metió en su cuarto y vistió apresuradamente la librea, despojándose del trage clerical y quedando verdaderamente desconocido.

Aun no se observaba movimiento en las piezas de Su Excelencia, y Martin despues de cerciorarse de ello, salió por los corredores y se dirigió á la secretaría, procurando encontrarse con Don Baltasar.

Don Baltasar hablaba en voz baja con uno de los criados

MARTIN GARATUZA.

que a brian las puertas de la secretaría del vireinato, y procuraba recatarse para que no le viesen.

Seguramente preguntaba por el virey ó por el visitador, porque al mirar á Martin, que ya era conocido entre la servidumbre por la confianza que en él habia depositado Su Excelencia, el criado dijo á Don Baltasar:

—Mire su señoría; con ese lacayo que viene puede V. S. informarse de todo, porque es el de todas las confianzas de S. E.

Don Baltasar miró á Martin y se dirigió á él sin vacilar.

—¿Podré hablar con Su Excelencia el señor marqués?— le dijo.

—Aun no está despierto—contestó Martin.

Don Baltasar pareció quedar muy contrariado.

—Si es cosa que os urge—dijo Martin, y creéis que vale la pena, podeis darme recado ó carta, que yo la introduciré á S. E., que para ello tengo autorizacion, sea cualquiera la hora en que me parezca conveniente.

Y Garatuza al decir esto se pavoneaba con todo el aire impertinente de un lacayo consentido de su señor.

Don Baltasar meditó un momento, y luego sacando una carta dijo á Martin:

—¿Me conoces?

—Solo para servir á V. S.

—Esta carta es sumamente importante y secreta, y debe recibirla solo y en su mano propia el señor virey, ¿entendes?

—Se hará como mandais en el momento.

—¿Sabes leer?

—No, señor, por desgracia.

—Mejor.....

—¿Cómo mejor?

—Deja, hablaba yo de otra cosa: toma esta carta y entrégala á S. E.

—¿Esperais respuesta?

—Sí, pero quisiera que fuese en donde nadie me viese.

—Entonces, por aquí.

Y Martin llevó á Don Baltasar á uno de los aposentos de la habitacion del virey, en donde no habia aún persona alguna.

—Aquí estará bien su señoría, y para retirarse no tendrá sino tomar por esta puertecilla, y al fin del corredor encontrará una escalera que conduce al patio y cerca de la puerta de la plaza.

—Gracias; toma la carta.

Martin recibió la carta de manos de Don Baltasar y se entró á la antecámara del marqués.

El viejo se quedó pensando:

—Con razon el virey tiene á este hombre á su servicio; es una alhaja.

La antecámara de S. E. estaba enteramente sola: Martin la registró para cerciorarse, y luego se encerró por dentro, corrió la cortina de una ventana, y casi oculto entre sus pliegues para mas precaverse, abrió la carta y se puso á leer su contenido.

Era la denuncia mas completa de la conjuracion y de sus autores, todos los planes y la mayor parte de los nombres, con notas y advertencias tales, que el visitador ó el virey no tenian sino que creer aquella carta y proceder con la conciencia tranquila contra los acusados.

El denunciante terminaba pidiendo misericordia por hallarse mezclado con aquellos hombres y protestando que lo habia hecho solo por seguir mejor su marcha, y dar parte de todo á los representantes de Su Majestad.

—Víbora—dijo Garatuza doblando cuidadosamente la carta y ocultándola en su seno;—víbora, yo te *levantaré el destierro* que te impuso Dios al venir al mundo, yo te volveré á tu patria celestia!

Y procurando tomar un aire natural, volvió á donde habia dejado á Don Baltasar.

—Ha leído Su Excelencia la carta—díjole por lo bajo.

—¿Y qué dice?

—Que os da gracias, pero que extraña que no mencioneis en ella la resolución tomada anoche.....

—¿Cuál?—preguntó Salmeron, olvidando que hablaba con un criado.

—Que á resultas de la llegada allí de un clérigo, acordaron reunirse en la noche de hoy los principales jefes en la casa del Cristo, á las once.

—La ignoraba yo.

—Su Excelencia dice que os advierta que no falteis allí, porque sabe por otro conducto que se tratará de enviar un comisionado al príncipe de Nassau.

—Puede ser, y no faltaré.

—Y que mañana á estas horas os recibirá.

—Muy bien.

—S. E. encarga muchísimo el secreto y la reserva.

—Entiendo, y me retiro, que es ya de día claro.

—Por aquí—dijo Martin mostrándole una puerta—y por aquí vendreis mañana; os esperaré.

Don Baltasar salió por donde le indicó Martin, y á poco andar se encontró en la calle.

Martin se asomó á verle por una ventana, y con una sonrisa de burla exclamó:

—Víbora, víbora, con razón me parecias desde el principio un mal hombre: vive Dios que con todo y mi mala fama

y mi sobrenombre de Garatuza, no soy yo capaz de hacer lo que tú haces; pero esta noche me las pagarás todas juntas.

—Y se entró precipitadamente, porque habia sonado la campanilla con que acostumbraba llamar el virey.

S. E. habia despertado y necesitaba á Martin para vestirse.

XV.

En donde se ve hasta qué grado puede ser peligrosa la vecindad de una muchacha bonita.

EN esa misma mañana los lacayos de Don Pedro de Mejía advirtieron una novedad en la calle.

Frente á la casa de Don Pedro habia una casita pequeña y humilde que estaba hacia mucho tiempo deshabitada, y que por esa razon habia permanecido cerrada, sin mas vecindad que un viejo zapatero que la cuidaba.

En aquella mañana las ventanas estaban abiertas; habia en ellas macetas con flores y jaulas con pájaros, y se podia descubrir en el interior un menaje pobre, pero limpio y de buen gusto.

Los curiosos esperaban con razon que como nuevos vecinos, los habitantes de aquella casa se asomaran temprano al balcon, y no se equivocaron: una vieja vestida de negro estuvo allí un rato y luego desapareció; pero á poco se dejó ver una jóven rubia hermosísima y vestida tambien de negro.

Todos los curiosos de la vecindad convinieron, y en esto aun las mismas mujeres, que la vieja era muy fea, pero que la jóven, con sus cabellos de oro y sus ojos color de cielo, parecia un arcángel. La jóven no se retiró tan pron-

to como la anciana, y los vecinos pudieron examinarla á su sabor sin encontrarle defecto.

Tenia un aire tal de candor y de pureza, que parecia que aquel cuerpo tan bello encerraba una alma mas bella aún.

La sencillez y la elegancia de su trage pregonaban á una dama de calidad, y su color negro y la ausencia total de alhajas, indicaban que llevaba luto por algun pariente muy cercano. En cuanto á sus bienes de fortuna, podia asegurarse que eran muy medianos.

Los balcones de la cámara de Don Pedro de Mejía quedaban precisamente enfrente de los de la dama enlutada. Don Pedro se paseaba acercándose á ellos, y necesariamente llamó su atencion ver abierta y habitada la casa por tanto tiempo abandonada y sola.

Los hombres y las mujeres, cuando llegan á cierta edad y no se casan, y son ricos y no tienen grandes negocios que los preocupen, generalmente caen en el vicio de la curiosidad. Don Pedro tenia todas aquellas circunstancias, y además, su educacion descuidada no podia hacerle una excepcion de la regla.

Quiso saber quiénes eran sus nuevos vecinos, y se plantó de centinela en un balcon.

Cuando salió la vieja Don Pedro hizo un gesto de disgusto, pero no se retiró. Sin embargo, su curiosidad aun no estaba satisfecha: á poco apareció la jóven, y entonces no fué el desagrado, sino la complacencia, lo que se retrató en su semblante.

—¡ Linda mujer!—pensó.—¡ Y tan cerca de mi casa! Vamos, si Dios no me ayuda, caigo en la tentacion.

La jóven dirigió casualmente la vista al balcon, y Don Pedro, sin poderse resistir, le hizo un saludo cortés.

MARTIN GARATUZA.

La enlutada contestó avergonzada, y Mejía comenzó á preocuparse.

Durante todo el tiempo que ella permaneció asomada, él se mantuvo firme en su puesto: por fin la dama sintió sin duda que el sol calentaba demasiado, y se entró cerrando las puertas. Don Pedro permaneció aún, hasta que perdida la esperanza de volver á verla, se separó pensativo.

En toda la mañana no pensó en otra cosa. La imágen de aquella mujer iba y venia siempre delante de él, y estaba distraído, y hubiera querido pasarse el dia sentado en el balcon para verla otra vez, pero ella no volvió á salir, y él comenzó á fastidiarse.

Llegó la hora del almuerzo, y solo Don Alonso de Rivera se sentó á la mesa con Don Pedro.

Al principio guardaron silencio, pero Don Alonso le interrumpió diciendo:

—¿Sabeis, señor Don Pedro, que teneis vecinos nuevos en la casa de enfrente?

—Sí?—contestó Mejía entre afirmando y preguntando, y turbado como si le hubieran sorprendido en un secreto.

—Sí, una señora con su hija; personas de muy buena familia: la jóven es viuda del marqués de Torre florida, que murió de la peste en Manila, cuando apenas tenia dos meses de casado con esta dama. El era un hombre ya anciano, podria haber sido su padre; pero ella se casó con él por gratitud: anoche han llegado, todavía tienen las ropas de duelo.

—¿Las conoceis?

—Tanto, que á mí han venido recomendadas por un mi amigo de Filipinas. Esta mañana he estado á hacerles una visita.

—¿Cómo se llama la jóven?

—Estela de Sandoval, marquesa viuda de Torre florida.

—Precioso nombre.

—Hele ofrecido que si por vivir sola necesitase algo, vos que sois mi amigo tendreis gusto en serle útil, ¿es cierto?

—Cierto es.

—Como no tienen amistades, ni quieren tenerlas, porque piensan partir muy pronto para España.....

—¿Vánse pronto?

—Sí, que tienen que reclamar, segun me han dicho, la herencia de un tio de Estela. El marqués dejó á su linda esposa un título, pero no un caudal.

Don Pedro no contestó, y varió despues el giro de la conversacion.

Acabó el almuerzo, se levantaron los manteles, y de sobremesa Don Pedro volvió á promover el mismo asunto.

—¿Por qué—dijo—no ofreceis á esa dama una de mis carrozas, para cuando quiera salir?

—Seria inútil, porque yo tambien la hice igual oferta, y contestó que no tenia para qué salir.

—¿Cuándo volvereis á verla?

—Dentro de un momento tengo que ir á la casa.

—¿Podríaís pedirle permiso para llevarme á ofrecerle mis servicios y mis respetos?

—Con mucha satisfaccion.

—Bien, no lo olvideis.

—Imposible; y tanto mas, cuanto que en este momento, si me lo permitís, me retiro, porque deben estarme esperando.

—Id, Don Alonso, que mal haria en deteneros cuando se trata de tan noble y hermosa dama como decís que es esta.

Don Alonso tomó su sombrero, bajó, atravesó la calle y

entró en casa de la dama enlutada, no sin advertir que Don Pedro estaba ya mirando desde el balcón.

La casa en que entró Don Alonso era la misma, como habrá visto el lector, en que había entrado el Padre Salazar, engañado por el equívoco de una dama.

Don Alonso subió ligero las escaleras, y se dirigió á una estancia en que estaba la jóven del traje negro, que no era otra sino Doña Catalina de Armijo.

Don Alonso se llegó á ella familiarmente, le tomó el rostro entre las manos, y besó aquella boca fresca y perfumada como un clavel.

—Buenos días y buenas noticias, hermosa—la dijo.

—¿Qué hay?

—El pez ha mordido el anzuelo, y es nuestro.

—Ya lo sabía yo.

—¡Cómo!.... ¿Tan pronto?

—Las mujeres no necesitamos ni un año ni un libro entero para saber á qué hombre le causamos ilusion.

—Lo creo.

—Nos basta una mirada, todas somos iguales; pero no todas somos tan francas.

—Bien, ¿pero qué habeis notado?

—¡Bah! Poca cosa: vuestro hombre....

—Decid mejor nuestro hombre.

—Me es igual; pero nuestro hombre me vió apenas en el balcón y me ha saludado, y no me ha despegado la mirada.

—¿Os conoció?

—Sí.

—Pues nada me ha contado de eso.

—Otra señal; si se guarda reserva en estos casos, la cosa es hecha.

—¿Y qué os pareció?

—¿La verdad?

—La verdad.

—Un oso, un mastin ó cosa semejante, pero menos un hombre.

—Sois injusta, á fé mia.

—¿Qué importa! ¿Creeis que le admitiré por su figura?

—Creo que no.

—Con tal de que tenga las demás cualidades que me habeis dicho.

—Las tiene.

—Entonces dejad que sea un nahual, cerraré los ojos.

—Héle contado cuanto hemos convenido, no lo olvideis.

—Descuidad, que sabré hacer muy bien mi papel: ¿y cuándo vendrá?

—Esta noche.

—Me alegro.

—Preparaos bien.

—Ya, ya vereis si vos mismo no quedais satisfecho de la marquesa viuda de Torreflorida.

Y Catalina tomó un aire de gravedad y de modestia y de aristocracia que le sentaba á las mil maravillas.

—Sois encantadora—dijo Don Alonso volviendo á besarla.

—Ya estais al tanto de todo, y me voy.

—¿Conque esta noche?

—A las ocho. Adios, Estela.

Don Alonso salió y Doña Catalina se paró delante de una pequeña luna á estudiar el modo de darle mas gracia á su fisonomía.

Entretanto Don Pedro cerca del balcon pensaba:

—¿Una marquesa! ¡Y tan linda! ¡Este lance no debe perderse!

XVI.

Cómo Garatuza conoció á un su amigo y fué reconocido por otro.

EL virey se preparó á dar audiencia y recibir felicitaciones, y Garatuza, que comprendió que allí nada tenia que hacer, sin decirle palabra de lo que habia pasado con Don Baltasar de Salmeron, salió á la calle ostentando su librea de la servidumbre del marqués de Cerralvo.

No faltaban en la plaza multitud de curiosos que ansiaban por conocer al nuevo virey, á quien no habian podido ver la víspera.

Garatuza se deslizó entre los grupos procurando escuchar las conversaciones.

De repente volvió el rostro con viveza, porque llegó á sus oidos una voz que le era muy familiar.

En uno de los grupos habia varias personas conversando, y entre ellas se distinguia por su elevada estatura un negro vestido con bastante lujo.

Martin le miró atentamente, y luego sin vacilar se dirigió á él.

—Dispensad—le dijo—que os moleste; ¿tendreis por bien el oír algo que necesito deciros á solas?

—Sí—contestó el negro examinando con estrañeza á su interlocutor.

—En tal caso, no tendreis inconveniente en seguirme.

—Ninguno—contestó el negro separándose del grupo en que estaba; y siguiendo á Martin, salieron de la plaza Mayor por la gran calle de Ixtapalapa.

Cuando se encontraron en una calle menos concurrida, Martin se detuvo repentinamente y dijo al negro:

—Teodoro, ¿conoceisme?

El negro le examinó detenidamente y luego le dijo:

—La verdad.....no recuerdo.

—¡Teodoro!—exclamó Martin abrazándole—¿posible será que no reconozcais á vuestro amigo, á Martin?

—¡Martin!—exclamó Teodoro separándose un poco para mirarle el rostro á su sabor;—Martin ¿en ese traje?

—El mismo; yo os explicaré mas tarde: por ahora abrazadme, que soy vuestro amigo.

Teodoro abrazó cordialmente á Martin, y comenzaron á caminar hablando muy amigablemente por la calle de Ixtapalapa.

Teodoro llevaba el lado de la pared de las casas, y Martin el de la calle; así pasaron por frente á la casa de Don Pedro de Mejía.

En una de las puertas de las cocheras de la casa, sentado en el suelo, se calentaba á los rayos del sol un mendigo, el mismo que habitaba por la caridad del dueño de la casa, en una de las viviendas de Don Pedro de Mejía: Lázaro.

Lázaro vió desde lejos venir á aquellos dos hombres, y escuchó sus voces; y entonces sus ojos brillaron, y comenzó á animarse su fisonomía.

Al acercarse ellos, Lázaro se puso de pié; miró si álguien observaba desde los balcones ó las puertas, y tomando un aire triste y compungido y con una voz lastimera, dijo como decian entonces los mendigos:

—¡Señores, caballeros, por el honor que usías gozan y por la salvacion de sus almas, una limosna á su pobre necesitado!

Detuviéronse Martin y Teodoro buscando una moneda que dar á aquel hombre; pero antes que lo verificasen, Lázaro, cambiando de tono, dijo:

—Teodoro, Martin, no me conocereis quizá; pero no quiero limosna, lo que deseo es hablaros á solas.

Teodoro y Martin se miraron asombrados; Lázaro continuó:

—Necesito hablaros á los dos y á solas; desde tierras muy remotas vengo á buscaros: ¿cuándo y adónde? Pronto, porque nos observan.

—Esta noche á las ocho, en la puerta de la casa del Cristo—dijo Martin dándole un duro para disimular.

—Esta tarde á las cuatro en la casa de Don Carlos de Arellano. ¿Sabeis?—dijo Teodoro.

—Sí—contestó el mendigo besando el dinero que le habian dado, de modo que todos los transeuntes vieran esta accion propia de los hombres de su especie, y retirándose violentamente para no escuchar las preguntas de Martin y Teodoro.

No tuvieron éstos mas recurso que continuar su camino, haciendo comentarios sobre quién seria el misterioso mendigo, pero sin alcanzar la menor idea de quién fuese.

A las cuatro de la tarde Teodoro esperaba en la puerta de la casa de Don Carlos de Arellano, y no tardó en distinguir al mendigo que se acercaba casi arrastrándose; se ade-

lantó á su encuentro y le hizo entrar en uno de los aposentos que estaban en el último patio: se encerró con él, y allí permanecieron hasta la oracion de la noche.

A esa hora salieron, y pudo observarse que á pesar del empeño que Teodoro mostraba en disimular, trataba al mendigo Lázaro con un gran respeto, casi con reverencia, y le acompañaba tambien en la calle como para llevarle á alguna parte.

El mendigo llevaba debajo del brazo un bulto que parecia ser de ropa, y aun se asomaba entre ella la taza de una espada.

Entonces no fué Lázaro á la casa de Don Pedro; siguió un rumbo muy distinto, y entró con Teodoro en una casa de la calle de San Hipólito.

Era la casa de Teodoro, y nada faltaba allí; ni la mujer del negro, ni sus hijitos, ni nadie.

En uno de los aposentos depositó Lázaro el bulto que cargaba, y le abrió despues.

Contenia ropillas, calzas, talabartes, ferreruelos, todo cuanto podia ser necesario para el traje completo de un caballero, inclusa la espada, pero todo de gran lujo, de seda, de terciopelo, con galones de oro y con bordados.

Lázaro puso todo en orden y se dispuso para retirarse.

—Aquí teneis la llave de este aposento—dijo Teodoro;—cuando gusteis entrar y salir á esta casa, no tendreis obstáculo, cualquiera que sea la hora del dia ó de la noche en que os acomode.

—Gracias—dijo Lázaro—gracias, esto es uno de tantos favores como os debo.

Y erguido, garboso, ligero, se dirigió á la puerta de la calle acompañado de Teodoro.

MARTIN GARATUZA.

109

Apenas salió, volvió á tomar su aire enfermizo y su modo de andar vacilante.

Teodoro le miró alejarse entre la vaga luz del crepúsculo vespertino, y luego entró en su casa exclamando:

—¡Dios le ayude! La venganza es mala, pero quizá en esta vez sea solo un acto de la justicia del cielo.

Lázaro llegó muy fatigado á la casa de Don Pedro de Mejía, y se encerró en la bovedita debajo de la escalera.

Los criados le oyeron llorar y sollozar.



XVII.

En que Martin, creyendo acertar, yerra.

MARTIN tenia cita pendiente para la noche con el mendigo. Pensaba desembarazarse de Don Baltasar de Salmeron, arreglar sus negocios para emprender el viaje á Acapulco el dia siguiente, y por fin asistir en la tarde á Palacio para salir airoso del lado del virey.

Muchos negocios eran estos; pero Martin no era hombre que mirase obstáculos, y determinó terminarlos todos satisfactoriamente.

Echó sus cuentas, y determinó comenzar la tarea yendo á Palacio tan luego como se separó de Teodoro.

Aun habia allí un gran número de caballeros y de personas principales de la ciudad que estaban cumplimentando á Su Excelencia.

Garatuza, merced á su librea, atravesó entre todos con toda la altivez de un lacayo de gobernante, y á poco se encontró con el visitador Don Martin Carrillo, que salia de la cámara del virey.

Don Martin al ver á Garatuza le llamó, y apartándose de los que le rodeaban, le dijo en voz baja:

MARTIN GARATUZA.

III

—¿No miras por aquí al sugeto de cuyas manos cayó la carta que anoche entregaste á Su Excelencia?

—No, señor—contestó Garatuza.

—Búscale, que si es español y de calidades, aquí debe encontrarse. Sígueme, y si le vieres hazme una señal.

Garatuza calculó que cualquiera que designase, teniendo las condiciones que marcaba el visitador, era un enemigo natural de los conspiradores de la casa del Cristo, y así es que sin escrúpulo se puso á escoger su víctima entre los presentes.

Notable se hacia, por la viveza con que hablaba, y por sus ademanes violentos y nerviosos, un español ya anciano, de poca estatura y que parecía ser muy considerado de los demas.

Garatuza le marcó en el acto y se acercó al visitador.

—¿Le encontraste?—preguntó éste.

—¿Advierte su señoría aquel viejo que habla y acciona como un espirituado?

—Sí.

—Pues ese es; le conoceria aunque hubiesen pasado diez años.

—Está bien, retírate.

Garatuza se retiró mordiéndose los labios y diciendo entre sí:

—La llevaste.

La ceremonia se prolongó hasta la hora de la comida, el virey fatigado se entró á su cámara sin querer tratar mas de negocios, y Martin tuvo que conformarse con esperar.

En la tarde las antecámaras volvieron á llenarse de gente, y Martin, convencido de que tampoco podria hacer nada, se salió á la ealle.

Habria andado cuando mas doscientos pasos, y sintió que

le tocaban por detrás en el hombro; se volvió y reconoció al Padre Salazar.

—¿Qué teneis?—exclamó al mirarle pálido y agitado.

—Que en este momento las gentes del virey están en mi casa, y han preso á mi padre y á Leonel mi hermano; felizmente no tengo yo allí papeles que puedan comprometernos; pero quizá Leonel los tenga y registren la casa; esto debe ser alguna denuncia.

—¡Ah, víbora!—exclamó Martin pensando en Don Baltasar—quizá duplicaste tu carta y pasó sin que yo la viera.

—¿De quién hablas? ¿sospechas de alguien?

—Sí, ya os lo diré; por ahora lo que importa es salvar á Don Leonel á todo trance: vos ocultaos.

—¿Pero cómo?

—Voy ahora mismo á vuestra casa, y ya vereis.

—Nada conseguirás.

—Ya vereis; dejadme.

Y Garatuza echó á correr para la casa del Padre Salazar.

Habia allí un gran tumulto; centinelas, alguaciles, curiosos; Martin llevaba su librea, que era un salvoconducto. Llegó hasta donde un capitán de alabarderos que mandaba la expedición, dictaba sus órdenes, y sin vacilar se dirigió á él.

—Su señoría dispense; vengo con una comisión secreta de S. E. el señor virey á esta casa, y espero que su señoría me dará ayuda con la fuerza que manda.

—¿Qué misión es y cuál la prueba?

—En cuanto á la misión, advertí á su señoría que era secreta; en cuanto á la prueba, podeis desengañaros con esta orden.

Y Martin como haciendo gala sacó y mostró al capitán la orden amplísima que el virey, á petición suya, le habia da-

do para entrar y salir á Palacio á todas horas y por todas partes.

—Esto no es una prueba—dijo el oficial.

—Es prueba de que tengo comisiones secretas del vireinato—contestó Martin con altanería:—vos podeis desconocerme, impedir que cumpla mi mandado; no insisto porque teneis la fuerza: me voy, tened esto presente y esperad las resultas.

Y dió violentamente la vuelta como para retirarse.

—Aguardad—dijo el capitan desconcertado con la audacia de Garatuza—aguardad, que solo dudé, pero no negué nada: decidme, ¿qué quereis?

—En primer lugar, ver á los detenidos.

—Venid.

El capitan introdujo á Martin en un aposento contiguo, donde estaban Don Leonel y su padre.

Poco faltó para que Garatuza hubiera dado un grito de espanto al mirarles. El padre de D. Leonel era nada menos que el viejo á quien él habia denunciado como conspirador.

Entonces lo comprendió todo: ni Don Baltasar habia duplicado su carta, ni aquello venia por el Padre Salazar y por Don Leonel; todo era obra de su imprevision; él habia sido la causa de aquel escándalo, que no se figuraba hasta dónde podria parar.

—Soy un bárbaro—pensó Garatuza—un elefante: y ahora ¿qué hacemos? ¿Cómo saco yo á este pobre viejo del poder de los golillas?

—Aquí teneis á los presos—dijo el capitan.

—Desearia hablar con el jóven.

—Habladle.

Garatuza se acercó á Don Leonel, que estaba á alguna distancia de su padre, y le dijo:

—No tengais cuidado, todo esto no es ni por vuestro hermano ni por vos; nada se ha descubierto de lo de la casa del Cristo: vuestro padre ha sido denunciado como partidario de los fautores del motin de Enero, y esto es todo.

Don Leonel miró á Garatuza sin conocerle; pero éste disimuladamente le enseñó el anillo que traia en la mano izquierda, y Don Leonel se tranquilizó.

—¿Deseais—continuó Martin—salvar algunos papeles? Soy el hombre que vino de Acapulco, Martin, ¿recordais?

—Sí, recuerdo.—Oid: al terminar este corredor que tenemos enfrente, hay un aposento; en él hallareis un armario; sacad de él una cajita de ébano con una llave pendiente de una cadenita, lleváosla y ocultadla hasta que esté yo libre.

—Comprendo—contestó Martin, y salió violentamente.

Entretanto Don Gonzalo de Salazar, el viejo padre de Don Leonel, parecia estar sentado en un sitial de fuego: se removia en él, apretaba los puños, rechinaba los dientes y lanzaba de cuando en cuando un pujido enérgico, acompañado de un sacudimiento de cabeza que podia interpretarse, conociendo su temperamento, por una enérgica maldicion.

Garatuza sacó la caja que le habia indicado Don Leonel, y volvió á darle la noticia.

—He reflexionado—le dijo el jóven—que mejor favor me hareis llevando esa caja á la calle de las Canoas, en la casa Colorada, adonde buscareis á Doña Juana de Carbajal, entregándole de mi parte ese depósito y refiriéndole cuanto habeis visto.

—Asílo haré—contestó Garatuza.—En cuanto á vos, des-cuidad, que tengo de salvaros, y os lo juro por el santo de

mi nombre: voyme, que no seria prudente que sospechasen.

Martin salió de la casa y se dirigió al palacio.

El virey estaba encerrado en su cámara con el visitador, y habia ya preguntado por Benjamin; así es que cuando Garatuza llegó á Palacio, todos los criados le avisaron que Su Excelencia le buscaba.

Martin habia concebido ya su plan, y la ocasion le venia como de molde.

Sudando, y con muestras de grande agitacion, se presentó al marqués de Cerralvo.

—¿S. E.—dijo hipócritamente—me manda venir?

—Sí, contestó el virey;—¿adónde estabas?

—Perdóneme S. E.; pero ví en una calle gran escándalo, y por traer noticias á S. E. entréme á una casa que me dijeron ser de Don Gonzalo de Salazar, y usando de la orden que V. E. me dió, logré averiguar.....

—¿Y qué averiguaste?

—En primer lugar, que aprehendia la justicia al Don Gonzalo y á sus hijos.

—¿Y qué mas?

—Que se hacia cateo en sus papeles.

—¿Y qué otra cosa?

—Señor Excelentísimo—dijo Martin como temeroso de lo que iba á decir—no sé si me atreva.

—Dí, dí.

—Pues con el perdon de V. E. y de su señoría el señor visitador, que..... ¿Pero no se enojará S. E.?

—¿Hablarás?

—Nada, señor, sino que el escándalo de este asunto va á ser causa de que todos los comprometidos se preparen y V. E. nada averigüe.

El virey miró al visitador, y éste se puso encendido, com-

prendiendo que aquella mirada era una especie de reproche, y que él había cometido lo que se llama una ligereza.

—Espérate afuera—dijo el virey á Martin.

Garatuza salió fingiéndose compungido, y cerró la puerta poniéndose en acecho como de costumbre, pero sonriéndose silenciosamente.

—¿Qué opinais de lo que dice este muchacho?—dijo el virey.

—Lo cierto es—contestó el visitador—que el tuno tiene mucha razon, y que yo confieso con humildad mis faltas; reconozco que obré con ligereza.

—¿Pero cómo remediarlo?

—Podremos enviar orden para que se suspenda el procedimiento.

—Eso no produciria el resultado que se desea.

—Quizá seria mejor, para distraer á los españoles que conspiran, y hacerles creer que todo esto es en virtud de la denuncia que me hicieron, librar á Don Gonzalo y prender solo á sus hijos, que como criollos podian reportar las sospechas.....

—En efecto, este sí es un medio de que los verdaderos conspiradores crien confianza, mirando que sus planes salen bien.

—Y podrá seguirseles la pista, porque piensan que el gobierno se ocupa de otra cosa.

—Perfectamente, quizá salga mejor así la cosa.

—Malísimo—decia entre sí Garatuza oyendo esta conversacion—salió el tiro por donde menos lo esperaba: en fin, veremos, creo que llaman.

La campanilla volvió en efecto á sonar, y Garatuza entró, el visitador escribió y firmó, entregando el papel al virey.

—Oyeme, Benjamin—dijo el marqués—llevas esta orden

al capitán de alabarderos, que está en la casa de Don Gonzalo, procurando leérsela delante de éste.

—Pero si no sé leer, Excelentísimo Señor.

—Es verdad, ¡qué lástima! lo había olvidado; pues entonces, le dices que la lea; ¿entiendes?

—Sí, señor.

—Pero inmediatamente.

—Con permiso de V. E.

Y Martín salió haciendo una reverencia.

En la antecámara leyó la orden; decía sencillamente:

«Como la denuncia que ante mí se ha hecho, solo envuel-
«ve á los criollos por una conspiracion, os reducireis á pro-
«ceder únicamente contra los hijos de Don Gonzalo de Sa-
«lazar, y respetareis la persona y papeles del dicho Don
«Gonzalo. El visitador y juez pesquisidor,

DON MARTÍN CARRILLO.»

—Malo!—dijo entre sí Garatuza.—¿Y cómo presento ahora esto? Van á creer estos hombres que yo los he denunciado..... ¿Qué haré?..... Nada, alma grande y adelante.

Llegó á la casa de Don Gonzalo, pero no subió, é hizo avisar al capitán que abajo le esperaba una orden del señor visitador.

El oficial bajó inmediatamente.

—Aquí teneis—le dijo Martín—una orden de su señoría que debo entregaros en mano propia; advirtiéndooos que es la voluntad de su señoría que Don Gonzalo se entere de ella sin que vos le digais por dónde ha venido á poder vuestro.

—Cumpliránse las órdenes de su señoría.

El oficial volvió á subir, y Martín se salió á la calle.

Don Gonzalo oyó leer la orden, y no le fué posible ya contenerse; su mal humor, reprimido por la presencia de la justicia, estalló.

—Muy bien—dijo dirigiéndose á Don Leonel;—¿con que andais vos y vuestro santo hermano en conspiraciones? ¿y me poneis así, en estos trances, á mí? ¿á uno de los mas fieles vasallos de S. M.? (que Dios guarde). Vamos, vamos, si no sé cómo me contengo. ¡Criollos habíais de ser los dos para andar con semejantes vilezas!

—Pero, padre.....

—¡Qué padre, ni qué nada! Yo no soy, no quiero ser padre de criollos, ¿lo entiendes? de criollos, malditos criollos.....

Y el viejo, sin escuchar mas, usó de su libertad retirándose á su cámara y murmurando entre dientes:

—¡Al fin criollos, al fin criollos!

XVIII.

**Cómo hizo Don Pedro de Mejía su primera visita á Doña Catalina,
y lo que en ella pasó.**

TRASPORTAREMOS al lector á la casa que habia tomado Doña Catalina en la calle de Ixtapalapa y frente por frente de la soberbia habitacion de Don Pedro de Mejía.

Era de noche. Dos humildes velas de sebo alumbraban la sala de aquella casa, que estaba amueblada, segun hemos dicho, con decencia, pero muy pobremente: en el estrado estaban sentadas Doña Catalina, la vieja madre y Don Pedro de Mejía; Don Alonso en un sitial estaba al lado de Don Pedro: la conversacion era animada, y se trataba del asunto del dia, de la entrada del nuevo virey.

—¿Con que nada ha visto mi señora la marquesa?—decia Don Pedro, procurando dar á su rostro un grande aire de amabilidad.

—Absolutamente nada, ¿qué quereis? Una pobre mujer sin amparo, sin relaciones, quizá quizá sin tener un caballero que la ofrezca su brazo para salir á los paseos.

—¡Oh! sois injusta conmigo, marquesa—dijo Don Alonso—que os he ofrecido mi pobre compañía, que no habeis querido aceptar.

—Tiene razon—agregó la vieja.—El señor Don Alonso te ha ofrecido, hija mia, que vendria por nosotras.

—Perdonadme, Don Alonso—dijo Catalina,—no lo quise decir por vos, á quien no tengo sino mucho que agradecer desde el instante que pisé este suelo. Pero en verdad no podreis negarme que estoy en situacion tan triste, que no puedo pensar en diversiones.

—No hareis bien, señora marquesa—replicó Don Pedro; —por el contrario, debeis buscar la distraccion, los paseos: sois jóven, aun podeis ser feliz en el porvenir.

—¿El porvenir?—dijo Catalina limpiando sus hermosos ojos como si llorase;—¡oh, está muy negro y muy tempestuoso el mio!

—No lloreis, marquesa, el destino puede quizá cambiar mañana.

—Eso mismo le digo yo todos los dias, señor Don Pedro, pero esta niña se ha empeñado en hacerse la vida pesada.

Don Pedro estaba mortificado, creyendo que él habia sido la causa de aquel llanto, al tocar la fibra delicada del corazon de la marquesa, y la miraba con profunda ternura mientras que ella seguia con el rostro cubierto con el pañuelo y afectando algunas veces suspiros y sollozos.

Don Alonso y la vieja se cruzaron una mirada de inteligencia.

La vieja entonces se levantó y dijo á Don Alonso:

—Pues en tan buena y honrada compañía queda mi hija, espero que el señor Don Pedro me excusará un momento, porque tengo que mostrar al señor Don Alonso unas cartas que han llegado para mí, por conducto de uno de los de la comitiva del marqués de Cerralvo.

—Haced, señora, como gustéis—dijo Don Pedro.

La vieja y Don Alonso salieron de la sala, y Don Pedro quedó enteramente solo con Catalina.

La ocasion era tentadora, Don Pedro comenzaba á sentirse enamorado, y Catalina estaba hechicera.

Sus manos blanquísimas y perfectamente contorneadas, y el nacimiento de sus torneados brazos, hacian un maravilloso contraste con su traje negro: sus cabellos de oro, cayendo sobre su cuello gracioso, formaban una especie de auréola á su rostro encantador. .

Catalina habia dejado salir como por descuido, fuera de la orla de su vestido, un pié pequeño y primorosamente calzado con un zapato de taflete negro, con clavos y tacones de plata.

Don Pedro la examinaba con pasion y no se atrevia á dirigirle la palabra; por fin, hizo un esfuerzo, comprendió que no debia dejarse pasar la ocasion, y se arriesgó á decirle tímidamente:

—Marquesa, ¡qué feliz será el hombre que pueda volveros la dicha!

—¡Ay! ¿y cómo podia volvérmela nadie?

—Amándoos, señorá, y siendo amado por vos.

—Don Pedro, ¡qué mal conoceis el mundo! ¿Quién creeis que pueda pensar en mí, viuda, pobre, desconocida?

—Cualquiera, marquesa, cualquiera se consideraria dichoso si vos le amáseis, si le prométiéseis vuestra mano.

—Os engaña vuestro generoso corazon, Don Pedro: si yo hubiese heredado de mi esposo un rico patrimonio, si hubiera venido á México con un espléndido cortejo, á vivir en un palacio, teniendo carruajes, lacayos, palafreneros, damas, entonces, tal vez, muchos habrian pretendido mi mano, me habrian ofrecido su amor; pero así, pobre, sin galas, sin trenes, viviendo en esta pobre casa, y sin mas amigo

que Don Alonso de Rivera antes, y ahora vos, ¿pensais que haya álguien que se ocupe de la pobre viuda, aun cuando sea una marquesa?

—Marquesa—dijo Don Pedro con marcada intencion— si la modestia y la hermosura son las dos flores mas bellas, y vos las poseeis, seguro estoy de que en este momento hay álguien ya que piensa mas en vos que lo que vos podeis suponer.

—¿Y quién es?—preguntó Catalina con fingida inocencia.

—Es un hombre, marquesa, que quizá no os pueda presentar un título de nobleza, ni una ejecutoria como la vuestra; pero en cambio, puede ofreceros un amor sin límites, y un caudal con que satisfacer hasta el mas pequeño de vuestros deseos.

—Es imposible que haya un hombre que me ame así, cuando acabo de llegar á México y muy pocos me conocen.

—Pues entre esos pocos está, marquesa.

—Es que son tan pocos, que quizá no pasen de Don Alonso y de vos.

—Buscadle entre ellos—dijo Don Pedro con exaltacion.

—¿Don Alonso?—dijo Catalina tratando de llevar á Mejía hasta sus últimos atrincheramientos—¿Don Alonso? Vaya, pero es raro, que jamás me ha indicado nada.

—Entonces, no debe ser él.

—Luego.....

—¿Luego qué, señora?

—Sereis vos.

—Yo, yo mismo—exclamó Don Pedro.

Doña Catalina estuvo á punto de reirse al ver la cara que ponía aquel hombre.

—Parece un oso—pensó—y luego agregó en voz alta:

—Don Pedro, ¿cómo creeis que yo me fiara de un amor

MARTIN GARATUZA.

tan violento y tan repentino? Eso solo se cuenta en las historias.

—Se cuenta en las historias, marquesa, y siempre es verdad, créedme, porque yo jamás miento; os amo, marquesa, y me creeria feliz al haceros dichosa á vos.

—Vamos, si me parece cosa de milagro.

—Llamadle como querais, marquesa, pero es cierto; soy solo, rico, puedo haceros muy feliz. ¿Me amareis, señora?

—¡Cuidado, señor Don Pedro, cuidado! Muy de prisa vais: no es cosa de tomar así un corazon como una plaza, por sorpresa; nos trataremos, y entonces veré si os puedo dar esperanzas.

—Mucha crueldad es esa.....

—No, prudencia, prudencia.

—La vieja y Don Alonso, que habian estado en acecho, comprendieron que era el momento de cortar la conversacion, y entraron á la sala.

Don Pedro procuró reponerse de la agitacion que le habia producido aquella escena.

—Nos retiramos, Don Pedro—dijo Don Alonso.

—Cuando gusteis, contestó Don Pedro.

—¿Por qué tan pronto?—preguntó con un aire angelical Doña Catalina.

—Es tarde, aun tenemos que hacer—contestó Don Alonso.

—Marquesa—dijo Don Pedro—supongo que mi amigo Don Alonso de Rivera os habrá dicho que en mi casa hay constantemente una carroza enganchada siempre á vuestras órdenes, de tal manera que no teneis sino que avisar y os la traerán.

—Gracias, Don Pedro, pero ya os lo he dicho; por ahora no salgo á ninguna parte.

—Como vos lo mandeis. Dios os guarde, marquesa.

—Buenas noches, Don Pedro.

Don Pedro y Don Alonso bajaron la escalera y salieron á la calle sin hablar una palabra, y ya allí, Don Alonso dijo:

—¡Qué tal! ¿estais contento?

—Algo, contestó Mejía.—Hacedme, os suplico, el favor de venir mañana temprano, que quiero tratar con vos de un negocio que me importa.

—Bien—contestó Don Alonso.—Y pensó luego: ya tragó el anzuelo.

Doña Catalina quedó silenciosa hasta que escuchó el zangan que se cerraba despues de haber dado salida á Don Pedro: entonces se levantó, radiante de gozo, y dijo á la vieja echándole al cuello los brazos:

—¡Madre mia! ahora sí creo que me caso, y bien.

—Dios lo haga, que bien lo mereces.

Doña Catalina soñó que se casaba con Don Pedro.

Don Pedro soñó que se casaba con Doña Catalina.



XIX.

**Cómo Martin hizo un escarmiento con Don Baltasar de Salmeron,
y lo que se originó de esto.**

EL único de los hijos de Don Gonzalo de Salazar que pudo ser habido por la justicia, fué Don Leonel, que en una carroza de su padre fué conducido á las casas consistoriales, porque aun la cárcel de Palacio no estaba completamente repuesta.

Martin salió de Palacio en la tarde, y un hombre desconocido que le esperaba, le entregó un papel.

Martin se recató para abrirle, y leyó que decía:

«Buscadme luego en la calle de las Canoas en la casa colorada. Dad por contraseña la misma muestra, y os conducirán á mi presencia.»

A. DE S.»

—Por la casa á que me citan y por las iniciales de la firma, Don Alonso de Salazar debe ser el que me escribe—pensó Martin.—¡Qué demonio! Podía yo si tuviera sobre mí ese libro de Don Leonel, llevarlo luego.....Pero no.....en todo caso vale mas leerlo antes.....Sí, decididamente mañana le llevo: vamos á ver á Don Alonso de Salazar antes que llegue la noche, que á las nueve tengo de dar una lección á Don Baltasar.

Y sin perder tiempo se puso en marcha para la calle de las Canoas.

La «casa colorada» estaba, como de costumbre, cerrada enteramente: Martin llamó sin vacilar.

—¿Quién?—preguntó el viejo portero.

—Abrid—contestó Martin.

La puerta se entreabrió, quedando contenida por una gruesa cadena que se atravesaba en el interior, y por allí asomó la blanca cabeza del viejo Luis Herrera.

—¿A quién buscáis?—preguntó.

—A un caballero que me envia á buscar.

El viejo no se movia.

—Abrid—dijo Martin.

—¿A quién buskais?—repitió el portero.

Entonces comprendió Martin que era preciso dar la contraseña, porque el viejo no se la pediria nunca.

—¡Tenoxtitlan!—exclamó.

—Libre—dijo Luis alegremente, quitando la cadena y abriendo.

—¿Cómo habeis tardado en dejarme entrar!

—Vaya, como que vos no dábais la contraseña: y primero me hubiérais matado que yo os hubiera abierto sin ésa condicion.

—¿Adónde está el Padre Salazar?

—Yo os conduciré. Esperad no mas que cierre.

El viejo cerró cuidadosamente, y luego dijo á Martin:

—Vamos, seguidme.

Y le condujo á un segundo patio, triste y solitario como toda la casa.

—No está vuestra casa de lo mas alegre—dijo sonriéndose Martin.

—Triste es en verdad—contestó el viejo dando un sus-

piro—triste como el corazón de los que en ella viven; pero llegará un día en que el sol alumbre aquí, y en que estos patios hoy desiertos, se llenen de caballos y de palafreneros, y que la música resuene en los salones.....

—¿Y cuándo será ese día?

—Cuando llegue el que vos esperais, como yo.

—¿No sois español?

El viejo volvió á ver á Martin con indignacion, y nada contestó.

Habian llegado á una puerta que estaba al terminar la subida de una pequeña é incómoda escalerita que se descubria en el fondo del patio.

—Aquí—dijo el viejo;—llamad.

Martin dió un golpecillo.

—¿Quién?—preguntaron de adentro.

—*Uno y solo*—contestó Martin.

Garatuza entró, mirando que la puerta se abria.

El Padre Salazar, envuelto en un balandran de paño negro y con una montera en la cabeza, salia á recibirle.

—Os esperaba con impaciencia—dijo.

—Aquí me teneis—constestó Martin.

—¿Qué hay, pues?

—Poca cosa: hay orden de prenderos á vos y á Don Leonel; no á vuestro padre: pero no temais, que ni el virey ni el inquisidor saben nada.

—¿Pero cómo? Explicadme.

Martin refirió á Don Alonso cuanto habia ocurrido.

—¡Bendito sea Dios! me quitais una losa de mármol que tenia sobre mi corazón; creia que álguien nos habia traicionado, y esto despedazaba mi alma.

—Desgraciadamente—contestó Martin—en cuanto á eso no podeis estar muy satisfecho.

—¿Cómo?

—Hay entre nosotros un traidor, un infame que ha ido á denunciar al virey cuanto hemos pensado hacer y los nombres de todos nosotros; en fin, todo, todo.

—Entonces, somos perdidos.

—Aun no, que la denuncia ha caido en mis manos y no ha llegado á las del virey; pero es preciso que ese hombre muera, porque mañana quizá no estaré aquí, y entonces podreis comprender lo que sucederá.

—¿Pero quién es ese hombre?

—Por hoy, no puedo, no quiero deciros su nombre. Mañana, el que sepais que ha dejado de existir esta noche, ese es el traidor.

—¿Quién le matará?

—Yo—contestó con fiereza Martin.

El Padre quedó silencio por un instante, y luego dijo:

—Si estás seguro de lo que dices, si tu conciencia queda tranquila de que obras en justicia, sea.

—Y será.

Los dos volvieron á quedar en silencio.

—Dime—exclamó de repente el Padre—¿crees que será peligroso ir esta noche á la junta?

—No—contestó Martin—creo que podreis ir, sobre todo procurando llegar allá antes de las nueve.

—¿Por qué?

—Seguid si quereis mi consejo; pero no me preguntéis por qué.

—¿Irás tú?

—Iré despues de las nueve, si Dios me presta vida.

—Misterioso estás hoy.

—A fé que tengo razon, y ya lo vereis: en fin, me retiro, y hasta la noche.

—Hasta la noche, y no faltes, que mañana debes partir para Acapulco.

Martin salió de la casa colorada, despidiéndose amablemente del viejo portero, y se encaminó á la casa del Zambo.

Habia anochecido, y los transeuntes se encontraban en la calle sin reconocerse á causa de la oscuridad; sin embargo, la librea de la casa del virey que llevaba Martín, no dejaba de llamar la atención, cuando la heria la luz que salía de una tienda.

Martin entró en la casa del Zambo tan preocupado con la serie de acontecimientos del día, que ni siquiera le habló á éste.

Sin perder tiempo, quitóse la librea, y vistió apresuradamente un traje con medias calzas de venado, calzones de escudero y ropilla de vellorí pardo; ciñóse un talabarte y colgó de él una gran espada despues de haberla examinado cuidadosamente; prendió en su cintura una daga de gancho, se caló un gran sombrero con pluma negra, y se embozó en una larga capa, negra tambien.

El Zambo le miraba sin decir una palabra, y cuando Garatuza acabó de ataviarse, el Zambo comenzó á levantar las piezas de la librea que Martin habia dejado por tierra.

—Me esperas toda la noche—dijo Garatuza.

—Sí—contestó el Zambo, mas bien con un gruñido que con una voz humana.

—Si necesitas dinero, ya sabes dónde hay.

—Sí—volvió á gruñir el Zambo.

Martin alzó el embozo, el Zambo le abrió la puerta, y dándose todo el aire de un veterano, Garatuza desapareció en la oscuridad.

Sonaba en aquel momento la plegaria de las ocho.

—¡Demonio!—dijo Martin—el mendigo me aguarda á las ocho en la casa del Cristo.

Y comenzó á caminar mas de prisa.

Un cuarto de hora despues llegaba al lugar de la cita, y de una de las puertas se destacó un hombre.

Era Lázaro.

Martin le miró con desconfianza; bajó el ancha ala de su sombrero, pero no advirtiéndolo sin duda nada que le hiciera desconfiar, se acercó á él.

—¿Martin?—dijo Lázaro.

—El mismo—contestó Garatuza.

—Has tardado.

—Pero llegué al fin. ¿Qué me querias?

—Hablarle.

—Pues hablemos.

—¿Aquí?

—Si te parece.

—No cerca de los muros; «las paredes oyen.»

—Retirémonos.

Y comenzó Martin á caminar hácia una plazoleta que estaba cercana.

Allí, en medio, en donde nadie podia ni verlos ni escucharlos, se detuvo. El mendigo estaba á su lado.

—Aquí estamos bien—dijo.

—Sí—contestó Lázaro.—Escúchame: esta tarde he hablado con Teodoro, y sé ya todo lo que ignoraba y lo que tal vez tú no habrias podido decirme. Martin, ¿hásme reconocido?

—No, por el santo de mi nombre.

—Bien, voy á descubrirme contigo, como me he descubierto con Teodoro, porque fio en vosotros, y porque sois mi apoyo en los planes que tengo meditados.

—Pero ¿quién sois?—dijo Martin, comenzando á sentir instintivamente cierta especie de respeto por aquel hombre.

—Yo soy—contestó el mendigo acercándose al oído de Martin y como si temiese ser escuchado;—yo soy Don César de Villaclara; buscaba á Blanca, ha muerto y debo vengarla.

—¡Don César!—exclamó asombrado Martin.

—¡Silencio! No vuelvas á pronunciar jamás ese nombre: el que le llevaba no existe sino para los asesinos de Doña Blanca, es decir, para Don Pedro de Mejía y para Don Alonso de Rivera; para ellos sí vive como un remordimiento, como una sombra que verán, que conocerán el día de la venganza, pero solo entonces y hasta entonces.

—Pero ¿cómo.....

—Nada me preguntes, alguna vez lo sabrás; ahora yo soy el que debo interrogarte. Martin, ¿estás dispuesto á ayudarme en mi venganza?

—En todo—contestó Martin con exaltacion. •

—Cuento contigo, y si en la calle encuentras á Lázaro el mendigo, que vive como un perro en la casa de Mejía, no le conoces, Martin, te lo advierto; pero cuida si te hace una seña ó te dice una palabra, y no faltes.

—Confiad.

—Adios, nada mas tengo que decirte. Separémonos.

—Adios.

Y tomando cada uno distinto rumbo, se perdieron entre las sombras.

Garatuza se colocó en una puerta cerrada cerca de la casa del Cristo. Alzó el embozo, se caló el sombrero, y se quedó inmóvil como una estatua y confundido en la oscuridad.

Así pasó mas de una hora. Varios hombres cruzaron á su lado sin verle, y fuéronse unos de largo, y otros llamaron en la casa, dando la contraseña para entrar.

Por fin á lo lejos se escucharon las pisadas de uno que se acercaba. Martin debió conocer el eco de aquellos pasos, porque se enderezó como un venado que oye un rumor en el bosque.

Un hombre estaba ya inmediato á él; era Don Baltasar de Salmeron.

—Buenos dias, le dijo Martin.

—Dios los enviará—contestó Don Baltasar.

—Deseo hablaros, señor Salmeron.

—¿Qué decís?

—Preguntaros si estais dispuesto á morir.

—¿A morir? exclamó Salmeron dando un paso atrás.

—A morir, y ahora mismo, por traidor.

—¡Traidor yo!—contestó Salmeron tirando de la espada y arremetiendo á Martin, que le esperaba ya en guardia.

—Sí, tú traidor, traidor, y yo te castigo.

Martin arremetia tambien á su contrario, pero la escasa y vacilante luz del farol del Cristo no era bastante para alumbrar un combate, y las espadas se mellaban inútilmente muchas veces, y cuando se encontraban volvian á perderse luego.

Martin sintió que el acero de su contrario penetraba en su brazo izquierdo, y exhalando un rugido dirigió su espada hácia el punto de donde le venia el ataque, y conoció que á su vez habia acertado.

—¡Confesion, confesion!—gritó Don Baltasar—confesion! me han muerto.

Martin limpió su espada y echó á correr.

Varias ventanas se abrieron, y como por encanto apare-

MARTIN GARATUZA.

133

ció allí un alcalde con su farolillo y seguido de una ronda de alguaciles que rodearon al herido.

En la casa del Cristo se abrió con precaucion el postigui-
llo: un hombre miró por allí un momento y volvió á cerrar
Aquella aventura alborotó á todo el barrio.



XX.

En que se sigue la materia del anterior.

GARATUZA sintió que le incomodaba un poco la herida que había recibido en el brazo; pero sin embargo, como la sangre que de allí brotaba era muy poca, no se detuvo y se dirigió á la casa colorada.

Como eran ya cerca de las diez, necesitó llamar á la puerta repetidas veces para conseguir que le abriesen.

Al fin refunfuñando y medio dormido, el viejo portero se presentó, reconoció á Martin y le hizo penetrar en la casa.

—¿Aun no sale el Padre?—preguntó Martin.

—Aun no—contestó el viejo.

Garatuza se entró hasta el aposento que ocupaba Don Alonso.

—¿Qué hay?—preguntó el Padre.

—En primer lugar, que no salgais esta noche, ni vayais á la casa del Cristo.

—¿Por qué?

—Todo aquel barrio está alborotado; Don Baltasar de Salmeron ha sido muerto, á lo que parece, de una estocada.

El Padre recordó todo lo que había hablado con Martin en la tarde, y le miró con profunda curiosidad, notando que tenía sangre en la ropilla.

—¡Martin!—exclamó—¿estás herido?

MARTIN GARATUZA.

—Poca cosa—contestó el otro con indiferencia, mostrando su brazo izquierdo;—la víbora alcanzó á morderme.

—Acércate—dijo el Padre con interés y olvidando la conversacion—algo se me alcanza de la medicina, á pesar de serme prohibido por mi estado.

—Dejad, esto se curará sin medicina.

—No—insistió el Padre—quiero curarte. Y tomando la mano de Martin cortó la manga de la ropilla con unas tijeras, y dejó descubierta la herida, que examinó cuidadosamente.

—Poca cosa es en verdad—dijo:—basta lavarla y vendarla, que tu salud es robusta y sanarás pronto.

Entonces, con todo el despejo de un cirujano consumado, lavó el brazo de Martin y se lo vendó.

—¿Qué tal?—dijo.

—Me siento bien—contestó Garatuza.

—Continuemos nuestra conversacion. ¿Murió Don Baltasar?

—Debe haber muerto ya.

—¿Y qué hubo despues?

—Que como las rondas se aparecen cuando menos debieran de hacerlo, llegaron los alcaldes, y los alguaciles, y el demonio, y aunque nada sacaron de rastro, quise venir á prepararos para que por allá no aparezcáis, que pudieran dáros un susto.

—Es verdad, pero se pierde la noche.

—No se pierde, que bien aprovechada está ya con la muerte de un traidor, y con las instrucciones que me dareis para el príncipe de Nassau, que no me conviene ya estar ni un solo dia mas en México.

—Entonces, hé aquí todo: una carta para S. A., y que tú le refieras cuanto ha pasado. ¿Cuándo piensas salir?

—A la madrugada de mañana; solo que tengo que ver antes á la señora de esta casa, para entregarle un depósito que me entregó Leonel.

—¿De qué se trata?

—De unos papeles.

—¿Los traes?

—No, voy por ellos y vuelvo.

—Adviértesele entonces para que te espere.

—Teneis razon; vuelvo.

Martin bajó al patio, y se dirigió á la escalera principal. La casa estaba envuelta en la mas densa oscuridad, y solo al través de la puerta de la sala se notaba luz.

Martin llamó, y á poco se abrió la puerta y apareció Doña Esperanza.

—¿Quién sois?—exclamó asustada la jóven.

—No os espanteis, señora—dijo cortesmente Garatuza: —vengo de parte de Don Leonel de Salazar, en busca de Doña Juana de Carbajal.

—¿De Don Leonel!

—Sí, señora; ¿sereis vos la persona á quien busco?

—No, es mi madre, pero hase recogido ya.

—Señora, importa que le digais que dentro de breves horas le traeré unos papeles que para ella me ha entregado Don Leonel; que si fuera posible me aguardase, porque mañana salgo para Acapulco y necesito cumplir antes con este encargo.

—Le avisaré á su merced—dijo Doña Esperanza entrando.

Poco tardó en volver con la respuesta.

—Caballero—dijo—mi madre aguardará toda la noche.

—Volveré, pues, tan pronto como me sea posible—contestó Garatuza saludando.

—Ah! perdonad, caballero—dijo tímidamente Doña Esperanza.

—Mandadme, señora.

—Quizá sea una imprudencia.....pero.....quisiera preguntaros....mi primo Don Leonel.....¿sigue preso?

—Sí, señora.

—¿Y creéis que le amenaza algun peligro?

—Os aseguro, señora, que no le amenaza ningun peligro, y creo que pronto saldrá libre.

—Gracias, caballero, gracias, y perdonad mi imprudencia.

—Podeis mandarme, señora—contestó Martin, y salió diciendo en su interior:—«aquí hay algo mas que parentesco.»

Llegó al zaguan, y al salir dijo al viejo portero:

—Amigo, no os durmais, que de volver tengo para un negocio de mi señora Doña Juana.

—Está bien—contestó Luis Herrera con todo el mal humor posible.

Martin volvió á Palacio, y procurando no ser notado por el virey, penetró hasta su aposento; sacó de él la caja que le habia confiado Salazar, y se encaminó á la casa del Zambo.

Como en Palacio todos sabian que Martin, encargado de misiones secretas del virey, podia entrar y salir á la hora que quisiese, nadie puso atencion en lo que hacia, y sin dificultad llegó á la plaza de las Escuelas y llamó á la casa del Zambo.

—Es preciso—dijo á éste al entrar—que en este momento vayas en busca de dos mulas para caminar; una para mí, otra para mi caja; y además, que venga contigo un arriero de confianza: no te pares en precio; son las once de la noche; á las dos estarás aquí de vuelta: tres horas son mas que suficientes: andando.

El Zambo no contestó; tomó su viejo sombrero, una capa, y salió cerrando tras sí la puerta.

Martin, con una actividad asombrosa, se desnudó, sacó de su caja un sencillo vestido de clérigo y un sombrero negro sin toquilla; guardó en la caja toda su ropa y la cerró con llave.

Entonces se acercó á la luz, tomó la cajita de Don Leonel, y sacó de adentro un libro manuscrito y primorosamente encuadernado.

Comenzó á hojearle; habia allí letras y escrituras diferentes; leyó un trozo, y luego otro, y al fin exclamó:

—Ciertamente que esta es una historia curiosa y que bien vale el trabajo de leerla: tengo tiempo de hacerlo antes de entregarla á su dueño, y así no me fastidiaré esperando al Zambo: veamos desde el principio.

Y encendiendo una bujía de cera, se acomodó en la cama del Zambo, procurando estar muy á su gusto, y comenzó la lectura de aquel libro, que decia así:

LA MARCA DEL FUEGO.

MEMORIAS DE DOÑA JUANA CARBAJAL.

ESPERANZA:

Para tí escribo, hija mia, estas Memorias, como las he oido de la boca misma de mi abuelo. En ellas verás la historia de nuestra familia y la tuya misma: aquí sabrás quién es tu padre, y cuando tú las leas, que será solo despues de mi muerte, olvida mis faltas y reza á Dios por mí.

Lee con atencion, hija mia, y que el Señor del cielo te bendiga y te haga feliz.

*
* *
*

La gran ciudad de México, como la llamaron los españoles, habia caido en poder de Fernando Cortés, y el noble emperador Guatimotzin, ó Guatimoc, como ellos le decian, estaba prisionero.

El rey de España era dueño ya del rico imperio mexicano: era el año de 1521.

El conquistador trató al principio con toda clase de miramientos al prisionero monarca, y le hizo sentar siempre á su derecha, y apareció siempre en público prodigándole toda clase de miramientos.

Pero esto duró muy poco tiempo.

Los tesoros encontrados dentro de los muros de la ciudad vencida, no alcanzaron á saciar la codicia desenfrenada de la tropa, y comenzaron entonces las murmuraciones.

En vano se registraron hasta los sepulcros mismos, en vano se amenazó á todos los principales habitantes de la ciudad, para que descubriesen los ocultos tesoros de los reyes aztecas; nada pudo alcanzarse, y los soldados se irritaban mas y mas.

Llegó por fin un momento en que aquellas murmuraciones tomaron casi el carácter de una sublevacion, y comenzó á decirse públicamente que Cortés habia recibido de Guatimoc los tesoros; que él queria guardarlos para sí, *robando al rey y á sus soldados*.

Cortés, que no habia retrocedido nunca ante ningun peligro, se espantó de aquellas viles murmuraciones; y para dar una prueba de su inocencia, y animado por infames sugerencias, consintió en que se diera tormento al emperador quemándole á fuego lento, hasta obligarle á declarar adónde habia ocultado sus tesoros.

Tú sabes, hija mia, los pormenores de la ejecucion de esta bárbara sentencia; porque ni hay mexicano que las ignore, ni perderán los siglos venideros la memoria de aquella frase sublime del emperador, al escuchar la queja de su compañero de tormento:

«¿Estoy acaso en un lecho de flores?»

Cortés, avergonzado de su debilidad y arrepentido de una crueldad tan horrible, mandó suspender la ejecucion, convencido quizá de que para una alma como la del emperador, nada importaban los mayores tormentos del cuerpo.

El desgraciado monarca, casi incapaz de alivio, fué separado de la hoguera.

Entre los soldados que con mas entusiasmo habian pedido el suplicio, y entre los que con mas gozo habian asistido á él, se distinguia uno que se llamaba Santiago de Carbajal, hombre ya de alguna edad y que habia dejado en España á su mujer y á una hija suya de quince años. Carbajal comenzó por odiar al emperador Guatimotzin y por reir cuando le miró conducir á la hoguera; pero á medida que el fuego se encendia, que las llamas se levantaban lamiendo apenas los desnudos piés del monarca, suspendido á corta altura sobre la terrible hoguera; cuando vió que se ungian aquellos piés con grasa para hacer los dolores mas agudos y mas prolongados, y que sin embargo el rostro del mártir permanecia sereno y una sonrisa de supremo desden se dibujaba algunas veces sobre su boca; cuando escuchó aquellas sublimes palabras con que el emperador echaba en cara á su ministro su poco valor, entonces su odio se trocó en admiracion, su desprecio en respeto, y su gozo en remordimiento y en vergüenza.

Carbajal comprendió entonces lo que era un héroe, un mártir, un patriota.

Si la órden de suspender el tormento no hubiera llegado en aquel instante, Carbajal hubiera sido capaz de arrojarse sobre la hoguera para apagarla.

Tan profunda impresion habia recibido y tan grande era el cambio que habia tenido aquel corazon.

El rudo soldado, casi llorando, ayudó á quitar á Guatimoc del tormento y á trasportarle á su casa.

El emperador miró á aquel hombre, que siendo de sus mismos enemigos procuraba auxiliarle, y le tendió la mano.

Desde aquel dia Carbajal fué el protegido del emperador.

*
* *

Habia llegado el año de 1522: muchas familias de los conquistadores estaban ya en México, y entre ellas la de Santiago de Carbajal.

Santiago habia hecho venir á su mujer y á su hija, porque merced á la generosidad del emperador Guatimoc, era ya uno de los mas ricos entre los soldados conquistadores.

La hija de Carbajal llamábase Isabel: era una jóven hermosísima, con una piel blanca, pelo negro y sedoso, unos ojos brillantes y atrevidos; esbelta y garbosa, su elevada estatura le daba toda la majestad que da nuestra imaginacion á las diosas de nuestros antepasados.

Isabel tenia un carácter apasionado y una inteligencia clara y casi privilegiada.

Vivia el emperador Guatimoc en la gran calle de Tacuba, en la esquina que forma una de sus cuadras con la calle del Factor, en el lado que mira al Oriente, y Carbajal vivia en la esquina que frente á la casa del emperador estaba.

Las mañanas y las tardes son en México tan bellas, que Isabel tenia siempre la costumbre de asomarse á su ventana todas las mañanas y todas las tardes, ya á regar sus tiestos de flores, ya á respirar el aire puro.

El monarca, incapaz de caminar, se pasaba tambien los dias cerca de sus ventanas, inmóbil en un sillón, recordando sin duda sus desgracias y mirando cruzar las nubes por el cielo.

El emperador era un hombre hermoso, y además, rodeado de esa atmósfera misteriosa y brillante del poder y de la desgracia, porque Guatimoc era un monarca para los mismos españoles, y la historia de su valor y de sus sufrimientos pasaba de boca en boca por la España misma.

La hija de Carbajal miró al emperador con curiosidad al principio, despues con interés, luego con cariño.

Tenia para ella otro mérito mas; era el protector de su familia.

Poco á poco, aquel cariño fué convirtiéndose en un amor vehemente, en una pasion terrible.

Isabel de Carbajal no podia separarse ya de sus balcones, desde donde se descubria la casa de Guatimotzin; pero aquel amor era para ella un imposible, á pesar de que con le perspicacia natural de toda mujer apasionada, habia advertido ya que los negros y lánguidos ojos del infortunado guerrero azteca se fijaban en ella con mucha frecuencia.

Pero era imposible toda comunicacion; él no podia moverse de su sitio, ella no podia penetrar en su habitacion.

Isabel preguntó un dia á su padre, que frecuentaba la casa de Guatimoc, si éste sabia ya hablar en español.

—Es un hombre tan hábil—contestó Carbajal—que le habla casi tan bien como tú y como yo, y eso que apenas hará un año que está prisionero.

—¿Y escribe?

—No; comienza á leer, pero muy pronto estará sumamente aventajado, porque es hombre muy hábil.

—¿Cómo tengo ganas de tratarle!—dijo Isabel.

—Fácil me será llevarte, pero no lo habia hecho, porque creí que no fuera de tu agrado.

—¿Cuándo me llevais?

—Esta tarde pediréle su licencia, y mañana irás.

—¿Cuánto os lo agradezco!

En la noche Carbajal avisó á Isabel que el monarca estaba ya prevenido y que al otro dia le seria presentada.

En aquella noche, Isabel no pudo dormir: el temor, la esperanza, el deseo, luchaban en su corazon.

Isabel estaba verdaderamente apasionada.

Llegó la hora, y ricamente ataviada, penetró la jóven, conducida por su padre, á la casa del último emperador de los aztecas.



En una espaciosa estancia, colgada de telas finísimas de algodón y de maravillosos tejidos de plumas, y en donde se ostentaban grandes sitaliales de caprichosas formas, cubiertos con pieles de animales salvajes, en una especie de trono fabricado de maderas preciosas y raras, incrustado de oro, de plata, de conchas, y colocado sobre la inmensa piel de un cíbolo negro, el emperador Guatimoc recibió la visita de Santiago de Carbajal y de su hija.

Guatimoc era jóven, su frente espaciosa revelaba su clara inteligencia. Sus ojos habian perdido la fiereza de su raza, y la melancolía del sufrimiento pasado les daba un aire dulce y bondadoso.

Guatimoc no habia perdido el traje de sus antepasados, solo que no llevaba la corona de los emperadores, sino un sencillo penacho de plumas sobre la cabeza.

Una sencilla túnica ancha y corta de algodón, blanca, y ceñida á la cintura por una gruesa cadena de oro, un manto de la misma tela, aunque recamado con brillantes dibujos de plumas de colores, y lucientes brazaletes y collar de oro, formaban todo el traje del monarca.

Sus cacles de piel de venado perfectamente adobados, se ataban al pié por anchas correas de venado tambien y bordadas de oro, que subian entretejiéndose hasta cerca de las rodillas, en donde se sujetaban á un gran anillo de oro liso y bruñido.

Algunos esclavos estaban de pié al lado del emperador,

y en el suelo sentadas algunas indias jóvenes y hermosas.

Isabel al mirar á aquellas mujeres, sin saber por qué sintió celos.

Al presentarse Santiago con su hija, el emperador hizo como un impulso para levantarse, pero sus piés estaban inútiles despues del tormento, y tuvo que permanecer inmóvil en su asiento.

—Señor—dijo Carbajal, inclinándose respetuosamente— os traigo á mi hija, á mi Isabel, que ha tenido deseos de ser presentada á vos: ella sabe que sois el protector de su familia, y os ama por eso y por vuestras desgracias.

—Acercaos, niña—dijo Guatimoczin con un acento dulce y sonoro, tendiendo su mano á Isabel, que la estrechó temblando:—acercaos, si no temeis que el infortunio que me persigue marchite las rosas de vuestras mejillas.

—Señor—contestó trémula Isabel—siempre es una dicha estar al lado de un hombre tan noble y tan desgraciado como vos.

Dos esclavas habian acercado un sitial para Isabel.

—Sentaos, niña, aunque quisiera ofreceros este lugar, que debiera ser el vuestro; pero ni aun eso me permite mi desgracia.

—Señor, la desgracia os quitó un trono, pero no pudo quitaros ni el amor y el respeto de los que os conocen, ni la grandeza de vuestra alma.

—Niña, no digais eso, que en vano caerá la lluvia sobre el árbol que ha muerto. Oí decir cuando llegaron aquí los españoles que eran hijos del sol, y no los creí nunca, porque nunca os habia visto á vos, que sois como las rosas de nuestros lagos, hija de la aurora y de las brisas.

Santiago conversaba con otras personas en el salon; los esclavos de ambos sexos se habian retirado por respeto, y

la jóven estaba casi sola con el emperador. Las miradas de ambos eran de fuego; se comprendían, pero era necesario que alguno de los dos se descubriese, y cada uno de ellos temía disgustar al otro.

—Niña—dijo el emperador—la luz que asoma sobre nuestro cielo á los primeros cantos de las aves, me parece menos apacible que el brillo de vuestros ojos; el color de las eternas nieves del Popocatepetl y el Ixtacihuatl cuando los baña el último rayo del sol, no podrá igualar el suave rubor de vuestras mejillas: si yo fuera aún el emperador, los mexicanos tejerían sus alfombras de flores para vuestras plantas, y los aromas exquisitos de nuestros bosques perfumarian vuestra estancia, y las aves darían sus encendidas plumas para libraros de los ardores del sol; pero hoy, niña, nada valgo, nada puedo; como la yerba prisionera debajo del hielo, miro la luz sin sentir jamás su calor, y el frío de la noche me mata en la mitad del día.

Guatimoc inclinó su hermosa cabeza, y quedó profundamente pensativo.

—Príncipe—dijo Isabel acercándose—vos no conocéis el orgullo de las mujeres de nuestra raza: grande, poderoso, á la cabeza de un ejército y sobre el trono de un gran pueblo, quizá no hubiera escuchado vuestras palabras; pero triste, abandonado por la suerte, prisionero y destronado, sufriendo con la resignación y la altivez de los héroes vuestro infortunio, os elevais, señor, ante mis ojos, á una altura inmensa: las mujeres de mi raza, príncipe, son capaces de sacrificarse, pero no de venderse; y brilla más ante mis ojos vuestra corona de mártir, que la diadema de un monarca.

Isabel iba animándose gradualmente; sus miradas eran más ardientes, su pecho se agitaba con violencia: el emperador la escuchaba con arrobamiento y sin moverse, como

para no perder uno solo de los ecos de aquella voz dulcísima.

—Niña—le contestó—la primer gota de agua que sentí en mi boca despues del tormento que me dieron los españoles, no ha sido para mí tan grata como tus palabras: rocío de ventura para mi corazon marchito son tus acentos. Niña, ¿serias capaz de amar al desgraciado? ¿buscarias sombra junto al encino derribado por los vientos? ¿cantarias tus amores, ave peregrina, sobre el derruido muro? ¿me darias tu corazon?

—Tuyo es, señor, hace mucho tiempo, tuyo es, que no me siento avergonzada de confesártelo: por mirarte, señor, paso los dias en mi ventana, por oir tu voz he llegado hasta aquí: si es un delito este amor, ¿por qué no puedo arrojarle de mi pecho? Príncipe, si alguna mujer me culpa, que te resista si puede.

—Yo tambien, niña, te amaba; mis noches eran negras y largas porque no te veia; las aves me avisaban en mis ventanas que venia la luz, y con ella tú que eres mi vida; y los vientos me traian el aroma de tus flores como un consuelo, pero mi espíritu gemia sin esperanza; no podia seguir tu camino ni esperar que vinieses á mí: el arbusto mira pasar á la mas bella de las mariposas, y no tiene una flor para llamarla, ni tiene alas para seguirla, y como yo, gime porque la tierra le aprisiona. ¡Oh niña! tristes dias he pasado; y entonces, cuando te miraba, me parecian mas crueles mis enemigos, por no haberme dejado morir en la hoguera.

—¡Pero ahora estarás alegre, príncipe mio!

—¿Se alegrarán los campos con el rocío? ¿se alegrarán las plantas con la primavera? ¿se alegrarán las aves, y las flores, y las fieras, y el mundo cuando huye la noche? ¿se alegrará, niña, mi corazon con tu amor?

En este momento Santiago parecía haber concluido su conversacion.

—Niña—dijo Guatimoc—tú me dejas tu corazon y te llevas mi alma; veré tu hermosura desde mis ventanas; pero yo pensaré y nos hablaremos.

—Dios lo quiera—contestó Isabel.

Desde aquel dia, Isabel estuvo mas contenta, y Guatimoc pareció salir de su habitual tristeza.

Isabel recibió á su servicio una jóven india que casi nunca se separaba de ella, y que casi todas las tardes entraba á la casa del emperador y hablaba con él mucho tiempo en su idioma, que los españoles no cuidaban de aprender.

Así pasaron algunos meses.



Era una noche oscura; el viento zumbaba por las calles de la ciudad, produciendo gemidos y rumores tristes y pavorosos.

Gruesos nubarrones cruzaban por el cielo dejando caer algunas gotas de agua, y alumbrando de cuando en cuando el Valle con la luz de los relámpagos.

Terrible era la tempestad que amenazaba desprenderse de los cielos: los lagos, tranquilos siempre y tersos como un espejo, se agitaban negros y alborotados, y el trueno se repetia en las cañadas de la montaña de Ajusco.

Las calles de México estaban desiertas, y ni una luz se miraba en las casas; todas las puertas estaban cerradas, todos los habitantes temian á la tormenta.

De repente entre aquel triste desorden de la naturaleza, por la calle de Tacuba y de una de las puertas de la casa

de Guatimoc, salió un hombre arrastrando un objeto que parecía ser una escalera.

El viento hacia sonar las ropas de aquel hombre, agitándolas violentamente á pesar de que las llevaba fuertemente atadas á la cintura.

Aquel hombre misterioso llegó hasta el pié de las ventanas de Isabel, y allí se detuvo.

Brilló despues un relámpago, y pudo verse que aquel hombre habia aplicado la escalera á la pared y subia por ella á uno de los balcones.

La tempestad seguia rugiendo y el agua comenzaba á caer á torrentes.

El hombre llamó cautelosamente á la ventana, y pocos momentos despues se abrió ésta y asomó la bella cabeza de Isabel.

—¿Eres tú, Tepos?

—Yo soy, señora; venid.

Isabel ligeramente vestida salió á la ventana y comenzó á descender ligeramente por la escala hasta tocar la tierra.

Tepos, como le habia llamado Isabel, pasó la escala á la acera de enfrente, la sostuvo y dijo á la jóven:

—Subid, señora.

Isabel sin replicar subió ligera, llegó hasta la ventana, que cedió al primer impulso, y penetró en la cámara.

Un rayo surcó los aires en aquel momento, un torrente de luz rojiza penetró en la estancia tras de Isabel, y un trueno espantoso hizo temblar las casas hasta sus cimientos.

—¡Horribles presagios para nuestro amor! exclamó Isabel pálida y temblorosa, cayendo entre los brazos de Guatimoc.

—Venga la muerte, dijo el emperador, si nos ha de encontrar juntos.

Tepos con la mayor sangre fría y sin cuidarse de la tormenta, quitó la escalera, la colocó en el suelo y se sentó tranquilamente al pié de los balcones.



Corria el año de 1525 y Hernan Cortés alistaba en México sus tropas para salir á la conquista de Comayagua, adonde se habia rebelado Cristóbal de Olid.

Ese espíritu aventurero se habia amortiguado entre los conquistadores de la Nueva-España; pero no faltaron, sin embargo, quienes ayudasen al Capitan español en su nueva empresa, y entre éstos se contaba Santiago de Carbajal.

Todo estaba listo para la marcha, cuando Cortés, movido sin duda por ocultas denuncias, determinó que en aquel viaje le acompañase tambien el infortunado Guatimoczin, con el pretexto de que peligraba la paz de las nuevas colonias si el monarca prisionero quedaba en medio de sus vasallos despues de la partida del conquistador.

Guatimoc estaba á merced de sus enemigos, y no tuvo mas que obedecer.

Como otras noches, en la que precedió á la partida el hombre misterioso puso la escala y Doña Isabel entró á la casa del monarca.

Isabel estaba extraordinariamente pálida, y sus ojos indicaban que habia llorado mucho.

Apenas vió á Guatimoc, se arrojó sollozando en sus brazos: él no trató de consolarla; acarició su rostro y besó triste y silenciosamente los ojos de Isabel empapados en lágrimas.

—¡Te vas, señor, te vas!—dijo la española—y el corazón me dice que no volveré á verte.



LA LOCA.

—Me voy, aliento de mi vida, me voy, y mi espíritu está triste también. ¿Quién puede decir que volverá el viento que ha pasado? ¿Quién podrá volver á mirar la onda que pasó en el torrente? Soy prisionero, me llevan; el Dios que tú adoras y que debe de ser el buen Dios, te enviará el consuelo, si muero, te dará la alegría y el placer si vuelvo: no me olvides.

—¿Olvidarte yo, príncipe, olvidarte? ¡Ah, tú no sabes! Oyeme, porque voy á confiarte mi alegría; voy á decirte por qué no muero de dolor cuando te pierdo, príncipe: pronto seré madre.

Un rayo de purísima alegría brilló en los ojos de Guatimoc y reflejó en el pálido rostro de Isabel: aquella noticia era la felicidad de aquellos dos seres infelices.

—¡Gracias, Dios bueno!—dijo el emperador estrechando la mano de la jóven y alzando los ojos al cielo,—gracias; la sombra del águila cubrió á la paloma y nació una esperanza para mi estirpe y para mi pueblo; hombre de nueva raza, quizá su descendencia romperá las cadenas de sus hermanos, y mi imperio volverá á ser *Uno y solo, y Tenoxtitlan será libre*. Isabel, si muero no quedarás sola, el tronco carcomido dejará lugar al retoño vigoroso: si mi nombre muere, mi sangre fecundará esta tierra, porque de mi sangre y de tu sangre, Isabel, podrán nacer héroes.

Guatimoc hablaba como inspirado, y la española lloraba de placer.

—¡Príncipe!—le dijo—si tú mueres, lloraré por tí y viviré para nuestro hijo; ¿lo oyes, señor? nuestro hijo. ¡Qué dulce es decir nuestro hijo entre dos que se aman como nosotros! Viviré para él y para recordarte, y tendrá tu rostro y tu corazón, y heredará de mí el inmenso amor que te profeso y el orgullo de haber sido tuya.

—Isabel, si alguna cosa puede turbar mi alegría en este momento, es pensar que quizá no veré nunca á ese niño; pero tú le verás, y esto me consuela. Es ya de dia, Isabel, las aves comienzan á trinar; abrázame por última vez, y no me olvides.

Isabel, ahogándose casi de dolor, abrazó al emperador y salió.

Aquel dia partió la expedicion, llevándose al desgraciado emperador de México y á los reyes de Tacuba y Aculhuacan.



Pocos meses despues, Isabel, en medio de los santos dolores de la maternidad, dió á luz un niño.

El padre de Isabel habia partido, sin saber nada, con la expedicion. La madre habia comprendido, algunos dias despues de la partida, el estado de su hija.

Isabel se arrojó llorando á sus piés. ¿Qué madre resiste al llanto de su hija, por grande que sea su indignacion ó su cólera? La madre no solo perdonó á Isabel, sino que se empeñó en consolarla, y se volvió su cómplice para ocultar la desgracia á su marido.

Isabel pasaba los dias encerrada y llorando. El emperador habia dejado á su fiel Tepos para esperar el nacimiento del niño y auxiliar á Isabel.

Nació por fin el hijo de aquellos infortunados amantes, y Tepos le recibió para ocultarle y encargarse de su crianza y educacion.

Llevóle á uno de los pueblos de las cercanías de México, cuidando solo de que viniese continuamente para que le viese Isabel.

El niño era hermoso y tenía una extraordinaria semejanza con el emperador, sin mostrar nada que denunciase la sangre española que corría por sus venas.

Tenía, sin embargo, en la espalda una mancha roja semejante en la figura á una lengua de fuego, de esas que se desprenden de una hoguera.

Isabel era supersticiosa, y en México abundaban los adivinos y hechiceros. Isabel hizo venir á uno, y luego á otro y á otros muchos, y todos le dijeron lo mismo.

Aquel niño viviría muchos años, aquella mancha roja era *la marca del fuego*; vendría á morir entre las llamas.



Pasaron así algunos días. Isabel comenzaba á recobrar su salud y su hermosura; los colores volvían á su rostro, y estaba alegre.

Era que todo el mundo hablaba de la próxima vuelta de Cortés y de la expedición.

Una tarde se escuchó el ruido de las pisadas de varios caballos que entraban en el patio de la casa de Carbajal. Isabel se asomó, y era su padre que llegaba.

Temblando de placer, corrió en busca de su madre.

—Madre, madre, ya vienen, ya están ahí—decía.

—Pero ¿quiénes? hija mía, ¿quiénes?

—Mi padre, la expedición, el emperador sin duda, añadió por lo bajo.

Santiago llegaba en aquellos momentos, y se arrojó entre los brazos de su hija y de su esposa; pero el hombre lloraba.

—Santiago—le dijo su esposa—¿qué tienes? ¿triste tú cuando vuelves á vernos?

—Esposa mia, traigo el corazon hecho pedazos.

—¿Qué pasa, padre mio?—dijo Isabel.

—¿Qué pasa? horrorizaos: el emperador Guatimoc, el rey de Tacuba y el de Acolhuacan, han sido ahorcados en Atzala de orden de Cortés.

—¡Misericordia, Señor!—gritó Isabel, cayendo á tierra en medio de espantosas convulsiones.

—¡Dios nos ha abandonado!—exclamó la madre arrodillándose á socorrer á su hija.



Isabel perdió la razon. Santiago y su esposa murieron algunos años despues. La pobre loca quedó en poder de gentes extrañas que cuidaban muy poco de ella.

Todas las noches se oian gritos desgarradores en la casa de Carbajal, y todos decian con indiferencia: *Es la loca*. Un dia no se oyeron los gritos, y al siguiente tampoco. Era que la pobre loca habia huido.

EL HIJO DE GUATIMOC.

(Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

MEDIABA el año de 1546. Gobernaba entonces la llamada Nueva-España Don Antonio de Mendoza, primer vi-rey nombrado por los monarcas españoles.

Parecía que el cielo había hecho caer sobre la desgraciada nación mexicana todo su enojo.

Una peste horrorosa asolaba los pueblos y las ciudades, cebándose solo sobre los naturales del país: las casas quedaban desiertas; los cadáveres sembrados en las calles, en las plazas y en los caminos, ponían pavor en los corazones más esforzados, y en vano agotaban sus recursos para remediar noblemente tanta desgracia, los obispos, el clero y los principales gefes de las tropas españolas. Aquella calamidad no parecía tener remedio alguno; seis meses habían trascurrido, y ochocientas mil eran ya las víctimas de la peste.

El ánimo de los naturales del país, que se veían sometidos á la más espantosa esclavitud, estaba tan triste, que la epidemia se propagaba por esto con más facilidad.

Entonces se negaba que los indios fuesen hombres que tuviesen alma racional; tratados como bestias por los encomenderos, morian en medio de las mas rudas fatigas, y nadie cuidaba siquiera de enterrar los cadáveres, y sus huesos emblanquecidos por el sol y las tormentas, indicaban muchas veces el camino por donde transitaban sirviendo á sus amos.

El clero tomó la defensa de la humanidad, y los reyes de España oyeron por la boca de los sacerdotes, las quejas que no les permitian oír las adulaciones de sus factores y sus visitadores.

El despecho y la desesperacion hicieron que varios mexicanos pensasen en sacudir el yugo de los españoles; pero la conspiracion fué denunciada, y el virey Mendoza hizo ajusticiar públicamente á los que declaró gefes de ella.



Así corria el año de 1546. .

Entonces se distinguia en la ciudad, por su riqueza, por su elegancia y por su arrogante figura, un jóven que se llamaba Don Felipe de Carbajal.

Aquel jóven parecia pertenecer á la raza indígena pura, y sin embargo, los hombres inteligentes de aquella época descubrian que en sus venas habia tambien sangre española, porque su pelo se rizaba y su negro bigote era algo mas espeso de lo que correspondia á un indígena de sangre pura.

De todos modos, aquel jóven era el galan de moda en la ciudad; podria tener veintiun años, y nadie montaba mejor ni mas soberbios caballos, que entonces tenian altos precios,

ni nadie llevaba con mas despejo el ferreruelo, el ancho sombrero con grandes plumas, y la rica espada con empuñadura de oro y piedras preciosas.

Las jóvenes estaban locas por él, y todo el mundo murmuraba por lo bajo que aquel joven era hijo del infortunado emperador Guatimoczin y heredero de fabulosos tesoros.

Le acompañaba casi siempre un anciano, al que tenia el joven todos los miramientos que podria haber tenido con su padre; y sin embargo, no lo era, porque tambien el anciano respetaba al joven como á su jefe y casi como á su amo.

Aquel viejo era un indio, y el joven le llamaba Tepos.

Muchos aseguraban haberle visto en la servidumbre de Guatimoc, y recordaban que en los dias de la muerte del monarca, Tepos habia desaparecido por muchos años.



Doña Violante de Albornoz era la mas hermosa dama de toda la ciudad de México; no habia un galan que por ella no penara, y ni una sola noche dejaban de escucharse al pié de sus ventanas, músicas y trobas con que pretendian ablandar su pecho los apasionados de su belleza.

Pero Doña Violante era una estatua de marmol, jamás se le habia visto fijar con agrado sus negros y radiantes ojos en ninguno de sus amantes trovadores, y no habian logrado arrancar una sonrisa de agrado los mas hábiles ginetes que habian corrido cañas y lidiado toros en las fiestas que los encomenderos dedicaron al virey en el año de 1645.

Doña Violante era hija del alférez real Don Bernardino

de Albornoz, hombre de gran consideracion entre todos los conquistadores.

El jóven Carbajal fijó sus ojos en Doña Violante y la hizo señora de sus pensamientos; pero Doña Violante miró á Carbajal con el mismo desprecio que á todos sus demás adoradores.

En vano el jóven paseaba la calle de su dama, vestia sus colores, le llevaba noche tras noche músicas y serenatas.

En vano pretendia hacer llegar á sus manos riquísimos presentes; Doña Violante ni admitia sus galantes obsequios, ni entreabria siquiera los batientes de sus ventanas para escuchar las músicas. Fria y severa, desdeñaba siempre á Carbajal, que no habia llegado á conseguir de ella ni un saludo.

El jóven palidecia de dolor, y aquellos amores eran ya el objeto de las conversaciones de todos los corrillos: las damas compadecian al amante y culpaban á la ingrata, y los hombres reian maliciosamente.

Una tarde Doña Violante se habia asomado á su ventana, y Carbajal la miraba desde lejos sin atreverse á pasar por delante de ella por temor de disgustarla.

De repente, por el otro extremo de la calle, se oyó una gran vocería, y desembocó una gran multitud de hombres, de muchachos y de mujeres, que dando estrepitosas carcajadas y silbidos agudísimos, corrian persiguiendo á una pobre mujer, anciana, sumamente estenuada, sucia, con el pelo en desórden, con los ojos saltándosele de sus órbitas: jadeando y casi moribunda, huia de aquella muchedumbre que la burlaba, la escarnecia y la apedreaba, entre gritos horribles de:

—«¡Loca, loca, ahí va la loca!»

Lo pobre vieja tropezaba á cada momento y buscaba un apoyo en alguno de sus perseguidores que la rechazaba brus-

camente, haciéndola rodar algunas veces por el pavimento, y entonces una espantosa carcajada de la multitud era el aplauso de aquella accion.

La infeliz, con el rostro cubierto ya de lodo y de sangre, volvía á levantarse y procuraba seguir huyendo de aquellos bárbaros; pero sus esfuerzos eran inútiles, y espirante de fatiga, apenas podia ya dar un paso.

Habian llegado á la casa de Don Bernardino de Albornoz.

Doña Violante apartó indignada la vista de aquella escena en el momento en que la loca caía exánime y sus perseguidores comenzaban á tirarle con lodo que recogian de la calle.

Carbajal, ciego de ira ante aquel espectáculo, se lanzó en defensa de la infeliz anciana.

La muchedumbre retrocedió al principio espantada, pero mirando luego que no era mas que un solo hombre y alegre de encontrar alguna resistencia, los mas audaces cargaron sobre el jóven, que tiró de la espada y comenzó á repartir mandobles y estocadas.

La escena se trocó en un verdadero combate: las piedras llovian de todas partes sobre Carbajal; y aunque procuraba tener á raya á sus enemigos, sin embargo, perdia terreno á cada instante: el terror habia hecho volver en sí á la loca, que se abrazaba del jóven como de su único amparo, impidiéndole la libertad de sus movimientos.

Una piedra lanzada con mas destreza y mas fuerza que las otras, tocó á Carbajal en el hombro derecho: el jóven deja caer la espada y vaciló tambien; la chusma lanzó un grito de triunfo y se arrojó sobre el jóven, que habia perdido el conocimiento con la fuerza del dolor.

En un instante le hubieran despedazado; pero repentina-

mente se abrió el zaguan de la casa de Albornoz, y una multitud de criados y esclavos, armados, salió por allí y arremetió contra aquella muchedumbre, que huyó en desorden, dispersándose por todas las calles vecinas.

Cuando Carbajal volvió en sí se encontró en un lecho, en medio de una estancia que no conocia y rodeado de muchas personas.

Abrió los ojos, sintió un gran dolor en el hombro y una sed ardiente.

Sin reflexionar en nada y sin recordar lo que habia pasado, exclamó con una voz débil:

—Agua.

—Agua quiere—repitieron algunas personas.

Y pocos momentos despues el grupo que rodeaba el lecho abrió paso á una mujer que traia el agua: Carbajal no pudo contener una exclamacion de sorpresa; aquella mujer era Doña Violante.

El jóven quiso incorporarse y Doña Violante lo contuvo.

—No os movais, caballero—le dijo;—vuestra situacion es delicada; os daré yo misma de beber.

Y Doña Violante aplicó el vaso á los ardientes labios de Carbajal, que apuró con delicia aquella agua.

—Gracias, señora—le dijo—gracias; me habeis dado doblemente la vida.

Doña Violante se sonrió bondadosamente, y no se retiró del lecho.

—Señora—continuó Carbajal—decidme, ¿cómo es que estoy aquí? ¿cómo he venido? ¿sueño? ¿sois vos Doña Violante? ¿soy yo Felipe de Carbajal? Decidme, señora, si esto es verdad; y si sueño, no me despertéis, porque me moriría de pena.

—Sosegaos—contestó Doña Violante—sosegaos, mas

MARTIN GARATUZA.

adelante lo sabreis todo; por ahora pensad en vuestra salud, en que estais entre personas que saben estimar cuánto vale un corazon noble, y tened el consuelo de que habeis hecho una buena accion, y una buena accion jamás queda sin recompensa.

Carbajal quiso replicar, pero Doña Violante le dijo:

—Si insistís en hablar, me retiro.

—Callaré—contestó humildemente Carbajal.

Y comenzó entonces á tener un vago recuerdo de todo lo que habia pasado.

La pobre loca fué recogida tambien en la casa de Albornoz; pero por su mísera condicion, y á pesar de la gran caridad de Doña Violante, quedó en una de las estancias del piso bajo, entre gada al cuidado de los criados.

En aquella primera noche, aterrada aún con las escenas que quizá sin comprender habia presenciado, apenas se atrevia á moverse, y durante aquella noche, los criados no dejaron de vigilarla ni un instante.

La noticia del acontecimiento se divulgó por toda la ciudad, y Tepos no fué de los últimos en saberlo: inmediatamente se dirigió á la casa de Albornoz, y se instaló al lado del lecho del jóven Carbajal.

A la mañana del siguiente dia, dos físicos llegaron, llamados por Doña Violante para reconocer al enfermo.

La entrada á una casa de dos personajes de esta clase, llenaba de curiosidad á todos los habitantes de ella, y los lacayos y los esclavos, bien porque les interesaba verdaderamente la situacion del herido, ó bien por simple curiosidad, abandonaron sus ocupaciones y llegaron á las piezas cercanas, esperando oír las decisiones y el parecer de aquellas dos lumbreras de la ciencia médica.

Carbajal estaba desnudo de la cintura arriba; los físicos:

le examinaron, volviéndole ya de frente ya de espalda, con la ayuda del viejo Tepos.

Doña Violante se habia retirado á una de las habitaciones interiores.

Los físicos tocaban y miraban la espalda de Carbajal, y uno de ellos dijo á Tepos:

—Veo en esta espalda una mancha roja con la figura de una llama; ¿es por ventura de nacimiento?

—Sí, señores, esta mancha roja la tiene desde el dia que nació—contestó el viejo.

Y diciendo esto descubrió la espalda del herido.

En medio de los que se agrupaban para mirar aquella mancha, partió un grito águdo y desgarrador.

Todos, incluso el herido mismo, volvieron el rostro espantados y buscando de dónde habia salido aquel grito.

En los brazos de un lacayo habia caido como desvanecida la vieja loca, que abandonada en su cuarto habia llegado hasta aquella estancia sin ser sentida y en el momento mismo en que descubrian á Carbajal.

Pero el desvanecimiento de aquella mujer era instantáneo, y arrancándose de los brazos de los lacayos, se arrojó sobre el lecho del herido, gritando:

—¡Hijo mio! ¡hijo mio!

Tepos la miraba fijamente.

—Quitad á esta mujer, que está loca—dijo uno de los físicos.

Los lacayos se acercaron para quitarla del lecho; pero Tepos se interpuso entre ellos y la mujer, exclamando:

—Loca, loca si quereis, pero tiene razon; este jóven es su hijo.



La pobre loca, que no era sino la misma Doña Isabel de Carbajal, habia recobrado la razon al volver á encontrar á su hijo.

Desde aquel dia Doña Isabel vivió en la casa de Don Felipe, que habia tardado muy poco en restablecerse de sus heridas.

Seis meses despues se celebraban las suntuosas bodas de Don Felipe de Carbajal con Doña Violante de Albornoz.

Toda la nobleza y los principales caballeros del reino acudieron á las fiestas, y entre ellos, siempre triste y con severas tocas de luto, se veia en los mas apartados aposentos á Doña Isabel.

Pasó la boda, pasaron las fiestas, y un dia Doña Isabel llamó en secreto á su hijo, á Doña Violante y á Tepos.

Recostada en un sitial la pobre mujer, hizo sentar á sus piés á su hijo y á Violante; Tepos de pié permanecié á su lado.

Entonces comenzó la historia de sus amores con el emperador, tal como consta en estas Memorias, y luego extendiendo sus manos sobre las cabezas de los jóvenes desposados, impetró sobre ellos las bendiciones del cielo.

Aquellas manos se apoyaron sobre las cabezas de los jóvenes, que lloraban: pasó así un largo rato en el mas profundo silencio; por fin, Doña Violante alzó el rostro para mirar á la anciana y lanzó un grito.

Doña Isabel de Carbajal habia dejado de existir.



LAS TRES HERMANAS.

(Continúan las Memorias de Doña Juana.)

TREINTA años habian trascurrido; Doña Violante de Albornoz habia muerto, y Don Felipe de Carbajal vivia tranquilamente en México con tres hijas que habia tenido en su matrimonio, y que se llamaban Doña Isabel la primera, á quien se puso este nombre en memoria de la desgraciada madre de Don Felipe; Doña Violante, llamada así por la esposa de éste, y Doña Leonor la tercera.

Las tres jóvenes eran un prodigio de hermosura, y todos los galanes de la ciudad habian pretendido ser admitidos en la familia, pero solo Doña Isabel se habia casado con un primo suyo recién llegado de España, y que se llamaba Don Nuño de Carbajal.

Don Nuño era todo un cumplido caballero, y además, su boda habia sido á satisfaccion de Don Felipe, porque no teniendo hijos varones, veia así perpetuarse el apellido de su familia.

Antes de casarse Doña Isabel, habia pretendido su mano

un jóven criollo, pero de muy mala reputacion, llamado Don Baltasar de Salmeron; pero fuese por su mala conducta ó porque era excesivamente jóven en la edad, aunque ya hombre en sus vicios y en sus pretensiones, Doña Isabel jamás le hizo aprecio y se unió á Don Nuño.

Don Baltasar juró vengarse, y lo cumplió fielmente.

El año de 1573, Doña Isabel dió á luz una niña que colmó de felicidad á la familia, y á esa niña le pusieron por nombre Juana, y esa niña, hija mía, era yo.

Tanto mi madre Doña Isabel como sus dos hermanas, tenían en la espalda la mancha roja en figura de llama, que yo y tú tenemos; pero ya ninguno de la familia creia en la prediccion de la bruja que habia interpretado aquella mancha como la marca del fuego y como señal de que moriria en la hoguera el que la tuviera; aquella mancha era ya para nosotros como el distintivo de la familia.

Don Baltasar no dejaba de rondar la casa, persiguiendo á mi madre con su tenaz amor, por mas que se viera despreciado, y ya mi padre le habia reconvenido, sin conseguir otra cosa que repetidas protestas de enmienda.

Tendria yo un año de edad, cuando un dia, la nodriza que me cuidaba entró pálida y llorosa á la estancia en que hablaban con mi abuelo Don Felipe de Carbajal, mi padre, y mi madre.

—¿Qué ha sucedido con mi hija?—dijo Doña Isabel espantada al mirarla llegar.

—Señora, unos hombres me la han arrebatado.

Mi madre dió un grito, y se levantó como una loca, seguida de su padre y de su marido.

Todo el mundo se puso en movimiento; los criados y los esclavos de la casa, los amigos y los parientes, todos recorrian la ciudad, pero en vano.

Tres dias pasaron en inútiles pesquisas, y mi madre se moria de dolor.

Al cuarto dia un hombre le entregó en la calle una es-
quela que decia:

«Reservada.—A Doña Isabel de Carbajal.»

«Si os agradara tener *noticias ciertas* de vuestra hija, os las podria dar, con tal de que esta tarde á las cuatro vinié-
seis *sola, enteramente sola*, á una casa que está á la izquier-
da de la capilla de los Mártires.

Os advierto que si álguien sabe esto, ó venís acompaña-
da, *jamás volveréis* á oir hablar de vuestra hija.—Os besa
los piés,

«UN ANTIGUO CONOCIDO.»

Doña Isabel rompió aquella carta y se puso á reflexionar.

Indudablemente se trataba de atraerla á un lazo; la per-
sona que le escribia manifestaba tener depravada intencion:
¿pero qué hacer? ¿podia temer algo? Tratándose de su hija,
una madre se cree con valor para arrostrar cualquier peli-
gro por un hijo.

Doña Isabel determinó acudir á la cita; guardó secreto,
y á las cuatro de la tarde, con pretexto de ir á la iglesia,
salió á la calle.

A pesar de su resolucion, temblaba al acercarse á la ca-
sa, pero no vaciló; iba á llamar, cuando se abrió la puerta,
y un hombre enmascarado la hizo entrar.

El enmascarado cerró perfectamente y echó á andar, di-
ciendo á Doña Isabel:

—Seguidme, señora, y no temais.

Llegaron así hasta una gran cámara en la que habia varios
sitiales antiguos y maltratados; el hombre hizo sentar á Do-
ña Isabel y se sentó tambien.

—Bien sabia yo, señora, que vendrías esta tarde—dijo.

—Pero decidme, ¿en dónde está mi hija?

—Calma, calma—contestó el enmarcarado—os lo diré, y lo que es mas, os la volveré.

—¿Con que vos la teneis? ¡Ah, cuánto os lo voy á agradecer!

—Sí, hablaremos ante todo; supuesto que yo no corro peligro alguno, me descubriré, que el antifaz me incomoda.

El hombre se quitó el antifaz, y Doña Isabel se levantó espantada; habia reconocido á Don Baltasar de Salmeron.

—Supuesto que me conoceis ya, no necesito deciros el precio que exijo por el rescate de vuestra hija—dijo Don Baltasar con espantosa calma.

—Dejadme salir—dijo Doña Isabel.

—Entended, señora, que esto no ha sido un juego; no saldreis de aquí, sino muerta, ó con vuestra hija; ¿comprendeis?

Doña Isabel volvió los ojos por todas partes, y estaba sola, enteramente sola: entonces se arrepintió de haber acudido á la cita.



Don Nuño y Don Felipe de Carbajal estaban verdaderamente desesperados: Doña Isabel habia desaparecido de su casa, y en quince dias no se habia tenido de ella ni la menor noticia.

En la ciudad se hacian mil comentarios, y lo mas valido era que la madre en su desesperacion, se habria tal vez suicidado arrojándose á algun canal.

La familia toda estaba de duelo, Doña Violante y Doña Leonor no salian de sus cámaras, y no se atrevian ni á preguntar por su hermana, esperando á cada momento tener una noticia funesta.

Llamaron una noche á la puerta de la casa, y el portero asombrado miró entrar á Doña Isabel, pálida y estenuada, con los vestidos desgarrados y manchados de sangre en algunos lugares.

Doña Isabel subió precipitadamente las escaleras y se arrojó en los brazos de su padre.

Don Nuño llegó entonces, y la pobre dama le dijo con un aire de profunda desesperacion:

—Nuño, nuestra hija estará aquí mañana, pero somos muy desgraciados.

—Explicate, explicate, Isabel, que me espantan tus palabras.

—Sí, me explicaré, me explicaré—contestó Doña Isabel—aunque me cause la muerte: oid, padre mio, oid vos tambien, y vengadme.

Y Doña Isabel contó entre sollozos cuanto le habia ocurrido, sin ocultar ni una palabra; habia querido matarse golpeándose contra las paredes, pero la habian contenido; habia querido matarse de hambre, y habian abusado de su languidez cuando no podia resistir, cuando estaba casi desmayada, y entonces la habian arrojado á la calle prometiéndole como un consuelo enviarle á su hija.

Don Nuño y Don Felipe se dieron una mirada significativa, despues de haber escuchado con estupor aquella relacion.

—Cálmate, Isabel, cálmate, hija mia—dijo Don Felipe;—eres la víctima de un crimen, tu conciencia debe estar tranquila.

—¡Padre mio!—contestó Doña Isabel abrazándolo y llorando sin consuelo.

—Isabel—dijo Don Nuño—no tengo yo de qué perdonarte, una desgracia: inmensa ha caido sobre nosotros; yo te

vengaré, y ante todo es preciso guardar el mas profundo silencio; el secreto es ahora mi honra, Isabel: procura disimular, que nadie comprenda nada; veremos cómo se explica tu desaparicion y tu vuelta.

—¡Oh, Nuño! ¡qué generoso eres, y yo qué desgraciada! ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me abandonaste? ¿por qué me abandonaste?—decia la pobre mujer retorciendo sus brazos con desesperacion.

—Isabel—dijo Don Felipe—recuerda que tienes una hija y que mañana debe estar aquí.

—Ese hombre es capaz de engañarme, porque es capaz de todo; vos no le conoceis, padre mio.....

En este instante sonaron en el zaguan tres golpes, y Doña Isabel espantada se refugió en los brazos de su marido.

Se oyó despues abrir la puerta y luego pasos de muchas personas que entraban.

Don Felipe se adelantó para ver quiénes eran, y descubrió una multitud de familiares del Santo Oficio, á la cabeza de los cuales venia un comisario.

Estaba entonces recien establecido en México el tribunal de la Inquisicion, y aun no habia celebrado su primer auto de fe.

Esto pasaba en 1573, y era el primer inquisidor Don Pedro Moya de Contreras, que despues fué nombrado arzobispo de México y virey de la Nueva-España.

A pesar de todo, la Inquisicion era ya el espanto de todas las naciones en donde se tenia noticia de sus crueldades y de su modo de proceder.

Don Felipe se estremeció, comprendiendo que una nueva desgracia le amenazaba.

El comisario del Santo Oficio llegó hasta la estancia en que estaba Doña Isabel, y dijo con voz solemne:

—Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor de Carbajal, ¿dónde están?

—Aquí estamos—contestaron las dos hermanas, que habían llegado atraídas por el rumor.

—Falta una—dijo el comisario.

—Aquí está—contestó Doña Isabel presentándose ante sus hermanas asombradas, que ignoraban que estuviese allí.

—De orden del Santo Oficio, déense á prision las tres—dijo el comisario.

El terror privó del uso de la palabra á todos.

Los familiares se apoderaron de las tres hermanas, y el comisario tomó posesion de la casa y de todos los bienes en nombre del Santo Oficio y como una garantía para los gastos del proceso.

Don Felipe y Don Nuño fueron lanzados á la calle; igual suerte tocó á los criados, y los esclavos quedaron por cuenta de la Inquisicion.

Doña Isabel, Doña Violante y Doña Leonor, partieron llorosas y tristes en medio de los familiares, y casi no podian creer, sino que soñaban.

—¿Qué hacemos, hijo mio?—dijo Don Felipe.

—Señor—contestó Don Nuño—esperadme aquí, que voy á seguir sus huellas hasta que me sea imposible acompañarlas mas; voy á ver si averiguo el motivo de esta prision; en fin, no sé verdaderamente lo que voy á intentar, pero las sigo.

Don Nuño partió tras la gente que llevaba á su esposa, y Don Felipe, apoyado contra el muro de su casa, cuyas puertas habia sellado la Inquisicion, quedó como anonadado ante desgracias tan grandes.

Las horas trascurrian, y Don Nuño no volvia; el cielo comenzaba á teñirse con la luz de la aurora: los vientos

frios de la mañana hicieron volver en sí á Don Felipe.

A Don Nuño debia haberle sucedido algo, porque de lo contrario hubiera vuelto; quizá lo habrian aprehendido tambien; era preciso buscarle en la misma direccion que habian tomado los familiares, que era indudablemente la de las cárceles del Santo Oficio.

Don Felipe comenzó á caminar.

En una de las esquinas de la Plaza Mayor, vió un grupo de gente que se habia detenido mirando algo; sin saber por qué, su corazon latió con violencia; se acercó al grupo: lo que miraban era un cadáver.

Don Felipe creyó que soñaba; aquel cadáver atravesado por una terrible puñalada en el pecho, era el de Don Nuño de Carbajal.

Tanto infortunio hubiera doblegado un espíritu menos fuerte que el de Don Felipe; pero él tenia en sus venas la sangre de un héroe: recibió este nuevo dolor con resignacion, y no queriendo por mas tiempo dejar expuesto el cadáver del marido de su hija á la curiosidad de la indiférente multitud, le levantó entre sus robustos brazos, se lo colocó en el hombro, y echó á andar á la ventura, sin saber adónde depositaria aquella carga para él preciosa, sin saber adónde encontraria un refugio.

Era ya de dia, y todos, al mirar á un hombre que llevaba á costas un cadáver ensangrentado, y que caminaba al parecer sin rumbo, se detenian, se hablaban, y muchos comenzaron á seguirle.

A poco rato aquello era ya un escándalo, y un alcalde, acompañado de varios alguaciles, le salió al encuentro, le detuvo y le condujo á las cárceles de la ciudad.

Don Felipe obedeció sin replicar; llegaron á la cárcel, contestó con sencillez á cuantas preguntas se le hicieron,

y aunque Don Felipe era persona muy conocida en la ciudad, su calidad de criollo y lo que habia pasado á su hija con el Santo Oficio, hizo que no se le creyese bajo su palabra: los oidores de la sala del crimen mandaron sepultar el cadáver, y mantener en prision á Don Felipe hasta que se averiguase la verdad de los hechos.

*
* *

Diez meses permaneció en la cárcel el desgraciado Carbajal, acusado por las apariencias del asesinato del marido de su hija; las declaraciones se sucedian, los testigos se multiplicaban, y los dias pasaban unos en pos de otros sin traer un consuelo á aquel desgraciado.

En una noche habia quedado pobre y solo en el mundo; toda su familia habia desaparecido, todos sus bienes estaban en poder de la Inquisicion, nadie se interesaba por él, y su causa iba como querian sus jueces.

Don Felipe habia adquirido una resignacion tan grande, que no exhalaba una queja.

Por fin, un dia las puertas de la cárcel se abrieron para dejarle salir, y se encontró libre; pero miserable, solo, sin conocer á nadie, sin saber á quién acudir para tener noticias de sus hijas.

Pero su amor paternal le dió resolucion, y se dirigió antes que á ninguna parte á las puertas del templo de Santo Domingo.

Allí estaba la Inquisicion, allí, si aun existian, estarian sus hijas.

Parado á la entrada de aquel templo, pasaba Carbajal los dias, sin encontrar á quien hacer una pregunta.

En las noches se quedaba ya en una casa en que por caridad le permitian dormir, ya en el cementerio de alguna iglesia, ya en alguna callejuela desierta, y expuesto al frío y á la lluvia; pero no desmayaba, porque creía que vigilaba á sus hijas.

Así pasaron también muchos meses.



Llegó así el año de 1575, y comenzaron á hacerse grandes preparativos para el primer auto de fé que debía celebrar públicamente y con grande solemnidad el Tribunal de la Inquisición.

El terreno escogido para esta horrible ejecución, fué una plazuela que habia frente á las casas que fueron despues el palacio de los marqueses del valle de Oajaca, descendientes de Hernan Cortés.

Don Felipe creyó que mezclándose con los familiares y con los trabajadores que preparaban los tablados y demás aparatos, sabria algo de sus hijas, y ofreció sus servicios, que desde luego fueron aceptados.

Se trabajaba durante todo el dia, y en las noches quedaban allí algunos veladores.

Una de esas noches tocó á Don Felipe quedarse, y se sentó algo retirado de una hoguera, al calor de la cual conversaba un familiar con un amigo suyo.

Don Felipe, á pesar de la distancia, percibió algo de la conversacion y oyó pronunciar su nombre.

—¿Con que también las Carbajales salen mañana? decia uno de ellos.

—También—contestó el familiar—que ahora se puede de-

cir porque ya no es secreto, que mañana se leerán las sentencias.

—¿Y qué han hecho?

—Friolera! están convictas y confesas de judaizantes, y de que celebraban los sábados, y la Pascua comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito, como dicen que hacían los judíos, y otras mil cosas.

—¿Con que así eran de malas?

—Sí, y lo que es peor, que tenían comercio con el demonio.

—¿Con el demonio?

—En carne y hueso, y eso que yo mismo lo ví.

—¿Cómo?

—Pues no es cuento, que despues que le dieron el tormento á las dos mas chicas, se quisieron seguir los señores inquisidores con la mas grande, y no pudieron aplicárselo porque estaba en cinta.

—Sí; pero esa, que segun dicen se llamaba Doña Isabel, era casada.

—Lo mismo pensaron sus señorías; pero cuando nació la criatura la madre se puso como una loca, y no la quiso ni ver, y gritaba como desesperada pidiendo dé por Dios que le quitaran á la niña, que una niña era, que se la quitaran, que no le dijeran nada á su marido, porque aquella muchacha era hija del demonio.

—¡Jesus me favorezca!

—Y yo recogí á su niña y fuí á tirarla de órden de sus señorías; pero aquí va lo mejor, que la muchacha olía á azufre y tenía unos ojos azules pero como de lumbre, y como que me la dieron casi encueros, yo antes de tirarla pensé hacerle una señal para reconocerla, y dije: «Hija del demonio es, pues yo póngole una cruz,» y quise hacerle una cruz

con mi daga en la espalda, y me acerqué á una luz y la descubrí; pero ¿cuál seria mi horror al mirar que el demonio la habia marcado ya antes?

—¡Ave María Purísima! ¿Y cómo?

—Con una llama roja que tenia pintada en la espalda.

—¿Y qué hiciste?

—Me asusté tanto, que la dejé en la primera puerta que encontré.

—¿Se moriria?

—No; me dió lástima y me quedé allí cerca escondido para que no fueran á comérsela los perros; y tuvo la chica tanta fortuna, que á poco ahí está un caballero embozado que pasa: ella, como si conociera, lloró: el caballero la levantó, la abrigó con su capa y se la llevó.

—¡Mira qué cosa!

—Pues falta lo mejor: como hubo de doblarse el tormento á las tres hermanas y me tocó asistir á él, pude observar que todas ellas tenian la misma marca que el diablo habia puesto á su hija.

—Malas deben ser esas damas, y es lástima, porque dicen que son muy hermosas.

—Cuéntamelo á mí que las ví desnudas; de lo que poco hay: ¡qué piés, qué brazos, qué cuello! Vamos, si daba lástima ver cómo crujian aquellas carnitas tan suaves y cómo se crispaban aquellos miembros tan bien formados, porque les dieron el extraordinario.

—¿Y aguantaron?

—Algo, al fin confesaron; pero ya estaban muy maltratadas.

—¿Y ahora qué les van á hacer?

—¡Toma! A quemarlas por judías.

—¿Vivas?

—Vaya! vivas y muy vivas, que lo merecen.

Un gemido interrumpió la conversacion; era de Don Felipe que habia oido aquella terrible relacion.

—¿Quién se queja? preguntó el familiar.

—Ese trabajador sueña; quizá tendrá alguna pesadilla.

—Puede ser.

*
* *

Todo estaba dispuesto para el auto de fé.

Un tablado se levantaba á uno de los lados, y en él habia una especie de trono suntuosísimo que debia ocupar el inquisidor mayor; el virey y los demas personajes de la comitiva que asistirian al espectáculo, tenian en el mismo tablado sitios ó asientos.

A los lados del trono habia dos púlpitos para los relatores que debian leer, los procesos y las sentencias, y enfrente de ellos otro púlpito para el predicador.

Del mismo lado que el púlpito del predicador, habia otro tablado para los penitenciados, que debian colocarse en bancas los menos principales, y los mas notables en una especie de escalinata que se elevaba en el centro de este tablado.

La curiosidad pública era suma; desde muy temprano los balcones, las azoteas, las ventanas y las puertas, en las calles que conducian del templo de Santo Domingo á la Plaza Mayor, estaban llenas de damas ricamente vestidas, y de apuestos caballeros: las carrozas y los ginetes ocupaban todas las bocascalles, y los edificios se habian engalanado con cortinas y flores para que pasase por allí la procesion.

Muy temprano, el virey, la audiencia y los principales

MARTIN GARATUZA.

empleados del rey y de la ciudad, se reunieron en Palacio y se dirigieron á la Inquisicion, en donde les esperaban ya los inquisidores para organizar la marcha de la comitiva.

Todo el mundo estaba en expectativa; sonaron las campanas de Santo Domingo, y comenzó á subir la procesion.

Aquello era una mezcla de suntuosidad y de desgracia, que solo oirlo contar causa horror.

Las mazas del ayuntamiento abrian la marcha.

Despues seguian la infinidad de particulares y personas de suposicion en la ciudad, ostentando riquísimos trajes, y orgullosos de tomar parte en el acompañamiento.

Despues de ellos, en dos hileras, seguian á la derecha mano la universidad y el cabildo eclesiástico, y á la izquierda, el ayuntamiento, el corregidor de la ciudad y los oficiales reales, todos de gran gala.

Venian despues el alguacil mayor, secretario y receptor del Santo Oficio, y luego el promotor fiscal, con el estandarte del Tribunal, cuyos cordones llevaban caballeros de la principal y mas lucida nobleza de México.

Seguia la Audiencia, y cerraba la marcha el inquisidor mayor, llevando á su derecha al virey, y á su izquierda al inquisidor menos antiguo.

Tras de tan lucido cortejo venian los sentenciados de dos en dos, acompañado cada uno de un fraile que le exhortaba á grandes voces, y custodiados por familiares del Santo Oficio.

Era una cosa espantosa mirar á aquellos desgraciados, cubiertos con sacos y corozas y sambenitos, en los que habia pintados diablos, y víboras, y sapos, y llamas, y calaveras, que parecian una mascarada, y con el terror y la desesperacion y la muerte impresas en su rostro: aquello era burlarse de su agonía.



Las tres hijas de Don Felipe Carbajal caminaban entre los penitenciados; á pesar de sus grandes sufrimientos, Doña Violante y Doña Leonor conservaban su belleza, y la palidez excesiva de sus rostros hacia lucir mas el encanto de sus brillantes ojos.

Marchaban penosamente, porque iban descalzas, y sus piés pequeños y delicados podian apenas sostenerlas, maltratados por las piedras de la calle.

Llevaban por todo traje una especie de túnica negra, ceñida en la cintura por un cordel, sin mangas, y que les llegaba apenas á las rodillas, dejando ver sus brazos torneados y blancos, cubiertos de horribles contusiones.

En la cabeza llevaban un *cucurucho*, como le decia la gente de la Inquisicion, muy alto y negro tambien.

La túnica y el *cucurucho* estaban sembrados por todas partes de diablos, de llamas, de calaveras y de papel dorado y rojo.

A pesar de aquel espantoso atavío, quizá no habia ni un hombre ni una mujer que no exclamase al verlas pasar:

—¡Qué lástima! ¡Pobrecitas, tan jóvenes y tan bellas!

La procesion llegó hasta el paraje destinado para el auto de fe; sentóse el inquisidor mayor, y le imitaron todos.

Los penitenciados fueron colocados en sus respectivos puestos, y los relatores de las causas subieron á los púlpitos.

En tres postes de piedra que tenian argollas de hierro enclavadas, y al pié de cada uno de los cuales habia un grande haz de leña, fueron atadas las tres hermanas.

Doña Isabel no era ya ni la sombra de lo que habia sido en otro tiempo; los sufrimientos la habian hecho cambiar

de tal manera en pocos meses, que parecía una anciana.

Su rostro estaba surcado por las arrugas, su cabello estaba casi blanco, y su mirada era vaga y casi estúpida.

Todas tres se dejaron atar sin resistencia al poste fatal.

En el centro quedó colocada Doña Isabel, á la derecha Doña Violante y á la izquierda Doña Leonor.

Atadas al poste, tenían que estar de pié sobre la misma leña que debía consumirlas, mirando cerca de sí una gran fogata alimentada constantemente por los familiares, y de donde se tenía que tomar el fuego para comunicársele á las hogueras.

Aquel sufrimiento moral debía ser mil veces mas terrible que la misma muerte; y se sienten crisar las carnes al pensar lo que sentiria el alma de aquellas desgraciadas durante el tiempo que tardaron las ceremonias, el sermón y las lecturas de los procesos y sentencias.

Un sol ardiente derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquellas desgraciadas, y la sed se hacia para ellas insoporable, porque dos ó tres veces pidieron agua por amor de Dios.

Pero nadie les hizo caso.

Llegó por fin, despues de tres horas de martirio, el momento supremo.

El verdugo se encaminó á la hoguera de Doña Violante con una tea encendida, y la intrdujo entre la apilada leña.

Podia desde lejos mirarse el terror mas espantoso retratado en el rostro de aquellas infelices, podia verse el temblor de sus carnes, podian oirse sus dientes chocar rápidamente unos con los otros, y el horror del cuadro aumentarse con los cantos religiosos y los rezos de los sacerdotes.

Una nubecilla de humo salió de la leña que debía consumir á Violante.



Las tres hijas de Don Felipe Carbajal caminaban entre los penitenciados; á pesar de sus grandes sufrimientos, Doña Violante y Doña Leonor conservaban su belleza, y la palidez excesiva de sus rostros hacia lucir mas el encanto de sus brillantes ojos.

Marchaban penosamente, porque iban descalzas, y sus piés pequeños y delicados podian apenas sostenerlas, maltratados por las piedras de la calle.

Llevaban por todo traje una especie de túnica negra, ceñida en la cintura por un cordel, sin mangas, y que les llegaba apenas á las rodillas, dejando ver sus brazos torneados y blancos, cubiertos de horribles contusiones.

En la cabeza llevaban un *cucurucho*, como le decia la gente de la Inquisicion, muy alto y negro tambien.

La túnica y el *cucurucho* estaban sembrados por todas partes de diablos, de llamas, de calaveras y de papel dorado y rojo.

A pesar de aquel espantoso atavío, quizá no habia ni un hombre ni una mujer que no exclamase al verlas pasar:

—¡Qué lástima! ¡Pobrecitas, tan jóvenes y tan bellas!

La procesion llegó hasta el paraje destinado para el auto de fe; sentóse el inquisidor mayor, y le imitaron todos.

Los penitenciados fueron colocados en sus respectivos puestos, y los relatores de las causas subieron á los púlpitos.

En tres postes de piedra que tenian argollas de hierro enclavadas, y al pié de cada uno de los cuales habia un grande haz de leña, fueron atadas las tres hermanas.

Doña Isabel no era ya ni la sombra de lo que habia sido en otro tiempo; los sufrimientos la habian hecho cambiar

de tal manera en pocos meses, que parecía una anciana.

Su rostro estaba surcado por las arrugas, su cabello estaba casi blanco, y su mirada era vaga y casi estúpida.

Todas tres se dejaron atar sin resistencia al poste fatal.

En el centro quedó colocada Doña Isabel, á la derecha Doña Violante y á la izquierda Doña Leonor.

Atadas al poste, tenían que estar de pié sobre la misma leña que debía consumirlas, mirando cerca de sí una gran fogata alimentada constantemente por los familiares, y de donde se tenía que tomar el fuego para comunicársele á las hogueras.

Aquel sufrimiento moral debía ser mil veces mas terrible que la misma muerte; y se sienten crispas las carnes al pensar lo que sentiria el alma de aquellas desgraciadas durante el tiempo que tardaron las ceremonias, el sermón y las lecturas de los procesos y sentencias.

Un sol ardiente derramaba sus rayos sobre la cabeza de aquellas desgraciadas, y la sed se hacia para ellas insoporable, porque dos ó tres veces pidieron agua por amor de Dios.

Pero nadie les hizo caso.

Llegó por fin, despues de tres horas de martirio, el momento supremo.

El verdugo se encaminó á la hoguera de Doña Violante con una tea encendida, y la intrdujo entre la apilada leña.

Podia desde lejos mirarse el terror mas espantoso retratado en el rostro de aquellas infelices, podia verse el temblor de sus carnes, podian oirse sus dientes chocar rápidamente unos con los otros, y el horror del cuadro aumentarse con los cantos religiosos y los rezos de los sacerdotes.

Una nubecilla de humo salió de la leña que debía consumir á Violante.

El verdugo habia ya con rapidez puesto fuego á las otras dos hogueras, y casi en el mismo instante las llamas se alzaron en las tres, y tres gritos que partian el alma, tres gritos de supremo dolor, de horrible angustia, se escucharon simultáneamente.

Entre las llamas que se alzaban de las túnicas y el pelo, podian verse á las tres hermanas al través de una nube de humo, retorcerse, levantar los brazos y las piernas, hasta donde se los permitian sus cadenas, alzar el rostro y lanzar agudísimos gritos.

Poco á poco sus movimientos se hicieron menos violentos, sus carnes fueron quedando negras; por fin inclinaron las cabezas, las llamas consumieron aquellos rostros hechiceros, y despues, carbonizados aquellos cuerpos, cayeron dentro de la hoguera y se convirtieron en cenizas.

Cuando el fuego se apagó para recoger aquellas cenizas y arrojarlas al viento como mandaba la sentencia, no quedaban ya de aquellas tres mártires, mas que una mano de Doña Violante, adherida al anillo de hierro con que estaba atada.

Aquella mano estaba negra, pero habia conservado su figura.

Los verdugos la arrancaron de allí y la arrojaron en otra hoguera preparada para quemar á un judío.

Don Felipe de Carbajal fué encontrado en una de las calles vecinas, tirado en el suelo y sin conocimiento.

* * *

Comenzaba entonces otra gran peste entre los mexicanos, que llevó al sepulcro mas de dos millones de víctimas en un año que duró.

Era la epidemia mas espantosa de cuantas hacia mencion la historia, y ya apenas alcanzaba el tiempo á los vivos para enterrar á los muertos.

Muchos cadáveres eran arrojados á las acequias, y muchos devorados en los campos por las fieras.

El virey Don Martin Enriquez habia hecho abrir algunas casas vacías para depositar y cuidar á los enfermos, y el arzobispo Moya de Contreras habia hecho lo mismo por su parte; pero no era posible ni aun enterrar el gran número de muertos que diariamente hacia la epidemia.

Ni el nombre de la enfermedad sabian los médicos, ni pudieron encontrarle jamás remedio.

Terribles dolores en la cabeza; calenturas, inquietud en el espíritu, un deseo irresistible de huir de las habitaciones, hemorragia por las narices; estos eran los síntomas, y luego á los nueve dias la muerte.

El médico mas notable entonces, que era el Dr. Don Juan de la Fuente, declaró que nada valia la ciencia, y el cuidado de los apestados se encomendó á los frailes de los conventos de la ciudad.

México parecia entonces un panteon.



Don Felipe de Carbrjal fué levantado de la calle el dia de la ejecucion de sus hijas, atacado ya de la peste, y conducido inmediatamente á uno de los lazaretos que habia establecido el virey.

Habia perdido el conocimiento, arrojaba ya sangre por la nariz, estaba perdido.

Nueve dias despues, una mañana dos criados del lazareto sacaban el cuerpo de Don Felipe para depositarle en un

gran patio, adonde ocurrían grandes carretas para llevarse los cadáveres al cementerio.

Llegaron los conductores y comenzaron á hacinar cadáveres en su carro.

El de Don Felipe fué uno de los últimos, y vino á quedar colocado encima de otros muchos.

Llegaron al panteon; allí se hacían inmensos zanjones y se arrojaban en él á los muertos que dejaban allí los conductores para ir en busca de otros.

Pero aquel acarreo era constante, aquel trabajo era sin descanso.

Los sepultureros tomaban á los cuerpos de los piés y de las manos, y los arrojaban á la fosa comun.

Habían comenzado ya su operacion cuando oyeron un suspiro entre los muertos, luego un quejido, y despues vieron que uno de los cadáveres se incorporaba.

Los sepultureros volvieron con indiferencia el rostro, á mirarle.

—Vaya; otro que han traído vivo—dijo uno.

—Así es todos los días—contestó el otro.—Mejor; mas trabajo para ellos, menos para nosotros.

—Agua—dijo el hombre que había casi resucitado de entre los muertos, y que era Don Felipe de Carbajal—agua por amor de Dios.

—Dale agua á ese pobre—dijo un sepulturero á una mujer que llegaba.

La mujer, acostumbrada ya sin duda á aquellas escenas, llevó á Don Felipe un jarro de agua, cuidando poco de andar por el suelo ó sobre los muertos.

Mientras que Carbajal bebía el agua, la mujer le miraba.

Carbajal estaba desnudo, y la marca roja de su espalda llamaba la atención de la mujer.

—Mira—dijo la mujer al sepulturero—este hombre tiene la misma señal en la espalda que la niña que nos dieron el año pasado.

—¿Cuál niña?—exclamó Don Felipe.

—Una huerfanita—contestó la mujer.—Ven—agregó dirigiéndose al sepultero—ven á ver.

El hombre se llegó á Carbajal y comenzó á examinarle á su vez.

—En efecto—exclamó.

—Sí, tengo esa mancha—dijo Carbajal, y todos los de mi familia la tienen.

—Entonces, esa niña debe ser de vuestra familia.

—¿Qué edad tendrá?

—Parece como de dos años, comienza ahora á hablar.

—Señora, esa niña es mi nieta Juana, que nos fué robada el año pasado.

—Robada, ¿y cómo?—dijo con interés la mujer.

—Yo mismo no lo sé—contestó Carbajal;—pero es ahora la única persona que me queda de mi familia; todo lo he perdido sobre la tierra.

—¿Con la peste?

—Sí—dijo Carbajal, no queriendo descubrir su historia á aquellas gentes.

—¡Pobre niña, es tan bonita, tan humilde! La queremos como á nuestros hijos, y solo por eso no la hemos dado, porque nosotros somos pobres y tenemos muchas criaturas.

—Ahora yo la recogeré—dijo Don Felipe.

—¿Recogerla?—contestó con indignacion la mujer—¿recogerla? ¿y os figurais que despues de haberla criado, y de quererla tanto, se la íbamos á dar al primero que dijera «soy su padre?» No señor, nunca, nunca.

—Pero, señora, si vos misma habeis visto la señal que tiene esa niña en la espalda y la que yo tengo.

—Eso puede ser una casualidad, que no es difícil entre diez mil cadáveres que han traído..... lo que yo podré hacer, será que la veais de visita en mi casa..... pero darla, nunca..... si la quiero como si fuera mi hija.....

—¡Señora, por Dios!.....

—Nada, si quereis así, bien; y si no, no; y eso, antes es necesario que esteis enteramente bueno y que haya pasado la peste, porque si no, como ella puede ser verdad que sea de vuestra misma sangre, quizá se nos vaya á contagiar...

—Teneis razon.....—dijo Don Felipe reflexionando.

—Entonces procurad buscar una casa para curaros, y despues que todo haya pasado, vereis á la niña.

Don Felipe comprendió que no habia mas remedio que conformarse.

Haciendo un esfuerzo terrible, se levantó y salió de entre los cadáveres.

Por mas que hizo, no logró que la mujer le diese las señas de su casa.

—Aquí buscareis á mi marido, y él, que sabrá cómo va la peste por los cadáveres que entierre, dirá cuándo debeis ir: si os digo mi casa, me espiais, y en un descuido sereis capaz de robaros á la niña.

—Pero despues sucederia lo mismo, si tales fueran mis intenciones.

—No, porque no habiendo peste, mi marido no necesita estar aquí todo el dia, ni yo salir á traer la comida. Id á curaros y tened paciencia.

Don Felipe se resignó, y apoyándose en las paredes, salió á la calle en busca de un asilo para curarse.

Solo Dios podia valerle en aquel horrible aislamiento.



Don Felipe encontró amparo en casa de unos pobres que se condolieron de su situación, pero su convalecencia era penosa, y no le fué posible salir á la calle hasta que habian trascurrido ya tres meses.

El primer dia que pudo andar se dirigió al camposanto; la peste disminuia en intensidad, y no era ya tan grande el número de cadáveres que se enterraban diariamente.

Don Felipe buscó entre los sepultureros, y no encontró al que necesitaba; preguntó por él, y no pudieron darle razon.

Por fin uno de los trabajadores habia conocido al hombre cuyo paradero deseaba saber Don Felipe.

—Ya me acuerdo de ese—dijo;—murió de la peste hace como un mes.

—¿Murió?

—Sí, aquí está tambien enterrado él, su mujer y dos hijos.

—¿Una niña entre ellos?

—No, varoncitos los dos; yo mismo los arrojé á la zanja.

—¿Y las otras criaturas que habia en su casa?

—Pues quién sabe; como quedaron abandonadas, no sé qué habrá sido de ellas.

—¿Conoceis por ventura á alguno de sus parientes?

—A nadie.

Don Felipe quedó como si un rayo hubiera caido á sus piés: habia concebido y alimentado una esperanza, y la perdió de repente.

La suerte no se cnasaba aún de perseguirle.

MI HISTORIA.

(Continúan las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

CUANTO te he referido, Esperanza, acerca de nuestra familia, lo sé por las relaciones de mi abuelo Don Felipe de Carbajal. Ahora voy á narrarte la historia de mi juventud y de mis desgracias.

Nada recuerdo de la casa del sepulturero ni de su familia. Era yo tan niña, que para mí todo eso es como si nunca hubiera existido; mi memoria se conserva desde que tenía yo ya cinco años, y que vivía con una mujer llamada Esther, cuyo marido, mas jóven que ella, había sido soldado y trabajaba como sobrestante en las obras de albañilería.

Ni Esther, ni Luis su marido, tenían parientes, y en mi infancia me cuidaban con tanto esmero, como si yo hubiera sido verdaderamente su hija. Y yo me acostumbré á llamarles «padre y madre.»

Teníamos una vida tan tranquila, que los años se deslizaban siempre iguales los unos á los otros, y así como sin sentirlo y sin comprenderlo, me encontré ya hecha una mujer, una jóven de veintidos años.

MARTIN GARATUZA.

Pero yo no conocia lo que era eso que se llama el mundo, jamás habia salido de mi casa mas que á misa á las cinco de la mañana en verano, y á las seis en invierno.

El resto del dia lo pasaba encerrada en mi casa, y ni siquiera habia llegado á comprender que hubiese algo que se llamase amor, á pesar de que algunas veces sentia en el alma cierta inquietud vaga y desconocida.



Habia yo observado hacia ya algun tiempo, que el hombre á quien tenia yo por mi padre iba tomando un aire de tristeza muy marcado, que me miraba de una manera extraña, que gustaba de estar á mi lado mas tiempo cada dia, que me acariciaba con mucho ardor, y que cuando como de costumbre llegaba yo á besarle, se estremecia y se ponía encendido.

A pesar de mi inexperiencia, esto me hacia reflexionar algunas veces que algo extraño debia pasar en aquel hombre, y lo que mas me hacia pensar, era que algunas veces cuando me acariciaba oia acercarse á mi madre y él se retiraba precipitadamente como con terror.

Yo, combatida por estos pensamientos, comencé tambien á entristecerme.

Un dia mi padre me dijo con profunda ternura:

—Hija mia, ¿me quieres mucho?

—Mucho, le contesté besándole una mano.

—Y si quisiera irme de aquí, ¿me seguirias?

—Hasta donde tú quisieras.

—Entonces prepárate, porque quizá pronto partiremos.

—¿Y mi madre?

—Ni va con nosotros, ni debes decirle nada, ¿lo oyes? Si lo supiera, tú y yo seríamos perdidos.

En este momento oímos los pasos de Esther que se acercaba. Luis se retiró violentamente y se puso encendido.

La mujer entró y debió no haber notado nada, porque nada dijo.

Hacia también algún tiempo que había entre Luis y su mujer grandes y contenciosos altercados, y disputas que algunas veces tomaron un carácter tan violento, que llegaban á las manos.

Entraba yo á apaciguarlos, y una vez oí á Esther que decía á su marido:

—Un día de estos voy á contárselo todo á esa muchacha.

—Ese día te mato—dijo Luis.

Al verme, los dos callaron; pero aquellas palabras estuvieron dando vueltas muchos días en mi cerebro.

Cada vez que me encontraba á solas, Luis me decía:

—¿Hija, ya estás dispuesta?

—Sí, le contestaba yo.

Había entendido que ambos querían separarse por la vida que llevaban; y como Esther había dado en maltratarme cruelmente todo el día, mientras que Luis me acariciaba y me contemplaba, yo no podía vacilar en la elección.

Para mí ellos eran mi padre y mi madre, y en caso de separarse, con alguno debía de irme, y me parecía mejor que fuese con el que mejor me trataba.

Yo esperaba el día de la partida con temor por lo que podría decir mi madre; pero también con alegría, porque á cada instante era más triste allí mi situación.

MARTIN GARATUZA.

*
* *

Una noche, ya en las altas horas, oí una de tantas disputas en el cuarto de Luis y de Esther; creí que sería cuestión de toda la noche, pero me engañé; á poco todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

Habria pasado una hora de esto, cuando llamaron á la puerta de mi cuarto.

Me levanté creyendo que álguien se habria enfermado; abrí la puerta y ví á Luis en traje ya de camino, aunque sumamente pálido y desencajado.

—Vámonos—me dijo.

—¿Adónde?

—¿No te advertí que estuvieras preparada?

—Lo estoy.

—Pues vamos.

—¿Y si me pega mi madre?

—No tengas cuidado; ella se ha ido ya primero que nosotros y nada te dirá; pero date prisa y vámonos.

Él esperó en la puerta, yo me vestí apresuradamente, tomé toda mi ropa, que estaba ya preparada de antemano, y dije:

—Ya estoy.

—Sígueme; ven.

Salimos de la casa y yo iba casi con terror: al pasar frente á la cámara en que dormía Esther, advertí que no habia luz; esto me calmó: sin duda, como decia mi padre, ella habia partido antes que nosotros abandonándonos.

Llegamos á la calle y comenzamos á caminar.

Yo ni conocia las calles, ni los rumbos, ni sabia adónde

nos dirigiamos: del brazo de Luis, caminaba sin hacerle pregunta ninguna.

En todo aquello habia algo de misterioso que me amedrentaba y que no me atrevia á sondear.

Luis iba sombrío y silencioso; pero al mismo tiempo sobresaltado, volviendo el rostro cuando creia escuchar algun rumor, y recatándose cuando creia que álguien se acercaba.

Cuando amaneció estábamos ya fuera de la ciudad.

Yo no sabia lo que eran los campos; caminando por ellos, la aurora, el cielo, los rios, las aves, todo me encantaba, me hacia feliz.

Respiré el aire puro de la mañana y me puse tan alegre, que Luis me lo conoció; entonces él tambien comenzó á perder el ceño, y mirándome con ternura, me dió un beso.

—¿Estás muy contenta, vida mia? me dijo.

—Sí, padre mio, le contesté.

—¡Oh! no me digas padre.

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Pero ¿por qué?

—¿Por qué? En primer lugar porque no soy tu padre, hermosa.

—¿No sois mi padre? Pues entonces, ¿qué sois mio?

—Por ahora, mi vida, nada; yo te crié y te quise como á una hija; pero creciste y me fué ya imposible verte como á tal; me gustabas para mujer y no para hija. Esther era tan fea, tan vieja, tan mala, y tú tan jóven, tan buena, tan bonita, que era preciso que yo te quisiera, y por eso te he sacado de aquella casa para que seas mi mujercita: ¿te gusta?

Yo nada contestaba: Luis me abrazaba y procuraba besarme; pero desde que yo habia sabido que no era mi pa-

dre, que quería que yo fuera su mujer, me repugnaba aquel hombre.

Como mi padre, lo veía simpático y amable; como amante, le veía viejo y repugnante.

Seguimos caminando, y yo comencé entonces á ponerme triste y preocupada: en poder de Luis no tenía yo mas remedio que sucumbir, porque me faltaba hasta el miserable apoyo de Esther. Yo pensaba en ella como en una esperanza; concebí la idea de disimular con Luis, escapármele en la primera oportunidad, y volver en busca de Esther.

Almorzamos en un pequeño rancho adonde hicimos alto, porque iba yo muy cansada: allí Luis comenzó á presentarme á todos como su mujer.

Durante todo el camino, y allí mismo, no había cesado de hablarme frases de amor y palabras provocativas para encender sin duda en mi pecho un amor que estaba muy lejos de sentir.

Volvimos á ponernos en camino aquella tarde, y al anochechar llegamos á otro rancho.

Las gentes que lo habitaban eran hospitalarias como casi todos los campesinos. Luis pidió posada para él y para su mujer, y nos dedicaron un pequeño cuarto, cuyas paredes, como el rancho todo, eran de tablas.

Cenamos y nos retiramos: yo me estremecía de horror al pensar que pasaría la noche tan cerca de él; confiaba yo en mi resolución, pero había llegado á tenerle miedo.

—Vamos á ser muy felices, me dijo así que estuvimos solos.

—Sí, contesté temblando.

—Porque yo te quiero mucho, y llevo dinero para que vivamos muy contentos.

—¿Y no nos perseguirá Esther? dije procurando alargar la conversacion.

—Imposible.

—Yo le tengo mucho miedo, y no seré vuestra mujer mientras ella pueda alcanzarnos.

—Entonces puedes serlo desde este instante, porque nunca nos alcanzará.

—¿Cómo?

—Sí; ahora que estamos lejos, voy á contártelo todo: Esther me tenia aburrido, y era además el obstáculo que tenia yo para que tú fueras mia; todos los dias pleitos y disputas, ¡yo, que ya necesitaba poco! Anoche no pude sufrirla, se me subió la sangre á la cabeza, ella me dio una bofetada, y yo tomé un martillo y le dí con él en la cabeza.

—¡Jesus!

—Cayó, quise levantarla, pero estaba ya muerta.

Apenas podia yo respirar escuchando aquella relacion.

Viendo que aquello no tenia ya remedio—continuó Luis —la acosté en su cama, tomé el dinero y las alhajas que pude; te llamé, nos salimos y Laus Deo.

—¿Pero nos perseguirán? ¿Quién sabe que será de nosotros, Dios mio! ¿Qué habeis hecho? ¿En qué me habeis comprometido?

No temas, mi bien, que yo sabré arreglar las cosas de manera que no tengas nada que temer.

Calló él y callé yo, meditando quizá ambos en lo mismo.

Así pasó largo rato, hasta que él me dijo:

—¡Alma mia! mañana debemos madrugar, para continuar nuestro camino, y es preciso dormir un instante.

Yo, ni pensaba en dormir, ni en descansar; no tenia mas idea fija que huir del lado de aquel hombre que me causaba espanto.

Pero estaba yo encerrada con él, y era preciso buscar un arbitrio, y Dios me inspiró y me auxilió: se oyeron por el

MARTÍN GARATUZA.

camino que estaba al frente de la casa en que nos habian dado hospitalidad, las pisadas de varios hombres á caballo.

—¿Escuchais?—le dije fingiendo mas terror que el que realmente sentia.

—Sí—contestó—ruido de caballos.

—Salid á ver; quizá nos persigan, y es preciso huir.

Él vacilaba, pero yo le animé; y él, procurando no ser visto ni hacer el menor ruido, salió del jacalillo en que estábamos.

En el momento me lancé á uno de los lados del jacal, rompí las delgadas tablas de que estaba formado, y me encontré en el campo.

La noche estaba oscurísima, y yo no conocia el rumbo; pero corrí, alejándome sin pensar adónde iba.

No sé lo que pasaría con Luis, porque yo corrí, corrí mientras; tuve fuerzas, y despues poco á poco, pero siempre avanzando, caminé hasta que comenzó á amanecer.

Casi desmayada de fatiga y de sueño, caí al pié de un árbol y me quedé dormida.

Debí dormir una gran parte de la mañana, porque cuando desperté, el sol estaba ya muy alto.

Oí voces cerca de mí, y me incorporé sobresaltada: un jóven que se habia parado junto á mí y me contemplaba fijamente, fué lo primero que llamó mi atencion; hablaba con dos ó tres lacayos que á caballo y á poca distancia, tenian de la brida un caballo ensillado que era sin duda el del jóven.

Preocupada como estaba, creí al principio que serian talvez gente de la justicia que me perseguia para prenderme, y no me tranquilicé hasta que el jóven me dirigió la palabra.

—A fe mia, señora—me dijo—que no comprendo ni có-

mo habeis venido hasta aquí, ni cómo os habeis atrevido á dormir con tanta confianza en un paraje tan solitario.

—Señor—le contesté—ni conozco el lugar en que estoy, ni sé tampoco por dónde he venido aquí.

—Entonces, ¿cómo es que os encuentro sola? ¿habeis perdido á vuestra familia? ¿os habeis extraviado?

—Señor, nada podré deciros, porque nada recuerdo en este momento.

—Curiosa aventura debe ser esa por cierto: pero supongo que no querreis permanecer aquí; ¿qué pensais? ¿adónde pretendéis dirigiros? decidme; porque os aseguro que solo la casualidad nos ha hecho cruzar por este sitio, por el cual en muchos dias no vereis quizá pasar á otro hombre.

En vez de contestarle, púseme á llorar.

—No lloreis, señora—me dijo;—¿adónde quereis que os conduzca? ¿adónde está vuestra casa?

—No tengo casa, no tengo adónde ir; soy sola, sola sobre la tierra.

—¿No teneis padres, ni parientes, ni amigos?.....

—Nada tengo, nada mas que mi desgracia: y torné á llorar.

—No os apeneis—me contestó;—tengo cerca de aquí una hacienda adonde podreis retiraros mientras pensais, mientras determinais de vuestro porvenir: venid y no os apeneis.

El jóven hizo acercar su caballo, montó en la grupa, me colocaron los lacayos en la silla, y echamos á caminar.

En un pintoresco vallecito que descubrimos desde una altura, se alzaba la casa de la hacienda con sus paredes blancas, sus techos de ladrillos rojos sombreados por grandes árboles y á la orilla casi de un rio cristalino.

El jóven me habia hablado muy poco durante el camino; me dejaba llorar, y solo de cuando en cuando me preguntaba si iba yo con comodidad.

Al llegar cerca de la hacienda, uno de los lacayos se adelantó, sin duda para anunciarnos, porque cuando llegamos, toda la servidumbre estaba ya esperando.

El jóven me hizo bajar del caballo y me condujo á una habitacion dispuesta ya para mí.

—Señora, me dijo—esta habitacion es para vos; los criados están á vuestras órdenes, vivo aquí enteramente solo: si quereis, os servirán aquí la comida, y si me honrais asistiendo á la mesa, tendré en ello un verdadero placer.

Preferí quedarme en mi cámara, y en todo el dia y en el resto de la noche el hombre no volvió á presentarse, aunque los criados me servian con increíble eficacia.



Habian trascurrido varios dias, y yo me habia hecho ya de alguna confianza con aquel jóven, que me prodigaba toda clase de atenciones.

Tenia yo siempre cerca de mí una criada que no me abandonaba y que habia sabido ganarse mi afecto; aquella criada se llamaba María, y por María supe que mi protector era Don Pedro de Mejía, hijo de uno de los mas ricos capitalistas de México, que era español, y que habia venido á aquella hacienda por pocos dias, pero que la casualidad de haberme encontrado le habia hecho detenerse allí.

Don Pedro habia agotado sus galanterías, y á pocos dias de mi llegada habia hecho traer de México para mí, trages y cuanto podia necesitar una mujer.

Yo le habia referido mi historia con la mayor franqueza.

Don Pedro y yo pasábamos la mayor parte del dia juntos, ya en la casa, ya saliendo á dar largos paseos á pié ó á caballo.

Una tarde volvíamos de una de estas correrías; él, acercando al mío su caballo, me dijo con mucha ternura:

—Decidme, ¿nunca habeis amado á un hombre?

—Nunca, le contesté ruborizándome.

—¿Ni ahora?

No pude responderle, pero estreché su mano y agaché la cabeza.

Era que yo sentia que le amaba y que aquellas preguntas descorrían á mis ojos un velo.

Educada en el mayor abandono y sin el trato de la sociedad, ni conocia el peligro que me amenazaba, ni lo que debia hacer para evitarle.

Tenia en mi corazon el pudor natural de una vírgen, pero no la experiencia ni la luz de la educacion.

Como aquel era mi primer amor, como debia yo tanta felicidad á aquel hombre, como él me rodeaba de tanta seducción, mi amor se encendió de una manera terrible, y muy pronto su triunfo fué tan completo como fácil.

Pasaban los dias fugaces para mí, habia yo llegado á ser enteramente feliz, me olvidaba del pasado, y no pensaba nunca en el porvenir.

Un dia, sin embargo, noté que Mejía estaba fastidiado ó triste, y no pude conseguir que me dijera la causa.

Siguió así cada vez mas sombrío, hasta que una mañana me dijo:

—He recibido cartas de mi padre, y es preciso partir para México.

—¿Qué lástima!—le contesté—¿éramos aquí tan dichosos!

—¿Qué hemos de hacer! yo no tengo sino que obedecer! pero en México podremos seguir siendo dichosos.

—¿Lo crees así?

—Ya lo verás: he mandado que tomen para tí una casa, y si no puedo ir á vivir á tu lado, te veré todos los dias.

Yo me entristecí con estas noticias.

—Creo que voy á empezar otra vez á sufrir, le dije.

—No lo temas, ya verás como te engañas: tú partirás esta tarde para llegar á México de noche.

—¿Sola? ¿sin tí?

—Yo me voy mañana; no es prudente que nos miren entrar juntos.

Callé, pero me puse á llorar.

Dos dias despues, acompañada de dos criados, llegaba yo á México, en donde encontré ya dispuesta una casa para mí.

Aquella casa era triste, mal amueblada, y estaba en uno de los suburbios de la ciudad, fuera ya de la TRAZA, por el lado del Sur.

Uno de los criados me entregó algun dinero, recogieron el caballo que me habia conducido, y se retiraron.

* * *

Estaba yo completamente sola en la casa; no habia ni una criada, ni una esclava, ni nadie absolutamente.

Procuré luego que una de las mujeres que vivian en las casas cercanas viniera para hacerme compañía y servirme, y comencé á prepararlo todo para el nuevo método de vida que iba á llevar.

Esperaba que Don Pedro vendria muy pronto á verme; pero pasó un dia, y otro, y otro, y ocho y quince, y Don Pedro no me enviaba ni noticias suyas.

Le amaba yo con tanto desinterés, y con tanta fe creia

en su amor, que lo menos que me figuré fué que me habia abandonado.

Mi inquietud era grande, porque me suponía que estaba enfermo, que le habia sucedido alguna desgracia, y no sabia qué partido tomar.

¿Buscarlo? ¿Adónde? Ni yo conocía la ciudad, ni sabia la calle en que él vivía.

Esperar era lo mas prudente; él me amaba, y aun cuando no fuera por mí, iba yo á ser madre y él no podia abandonar así á su hijo.

Pasó un mes, y determiné por fin salir en su busca.

Para no perderme en las calles de la ciudad, determiné que me acompañase la mujer que me servía; todas las mañanas salíamos en busca de Don Pedro, y no podíamos encontrarle, retirándonos fatigadas en la tarde.

Un dia en que estaba yo casi desesperada, acerté á pasar por delante de una gran casa que habia en la calle de Ixtapalapa.

Multitud de lacayos y de palafreneros conversaban en el zaguan de la casa, y se divertían diciendo chuscadas á las mujeres que por allí pasaban.

Llegaba yo tímida á pasar por allí, cuando con la mayor sorpresa distinguí entre aquellos hombres á uno de los criados de Don Pedro, que se llamaba Salvador, y al que habia yo conocido perfectamente cuando estuvimos en la hacienda de Mejía.

Conocióme él tambien, y apartándose de los demás, se dirigió á mí.

—Señorita, me dijo, ¡cuánto tiempo hace que no os veía!

—¡Salvador!—le contesté—¿qué ha sucedido con Don Pedro? ¿está enfermo, ausente?

—No señora, está muy bueno y sano aquí en México.

MARTIN GARATUZA.

—Pero no ha vuelto á verme desde que llegué.

—Qué quiere vd., señora, así es el señorito con todas las mujeres.

Aquella respuesta me heló el corazon.

—Gasta—continuó el lacayo—tira y hace mil locuras por una muchacha, mientras que le dura el capricho; despues, anda vete, como si no la hubiera conocido: le he visto encontrar á una chica con quien tuvo unos amores muy fuertes, y ella se lo quedó mirando que hasta parecia tonta, y él ya ni se acordaba, y me preguntó: Salvador, ¿quién es esa muchacha? no está fea. Y cuando le dije quién era, se echó á reir como un niño.

Escuchando á aquel hombre, sentia yo que se hundia la tierra bajo mis plantas.

—Ahora—continuó Salvador—está muy entretenido con una muchacha muy bonita, y con esa sí puede ser que se case, porque esa sí es española.....

No pude soportar mas tiempo aquel martirio.

—Oye, le dije, voy á pedirte un favor.

—Mándeme la señora.

—Vas á dar un recado á tu amo, de mi parte.

—La verdad, eso no, porque me regaña.

—¿Por qué tiene de regañarte?

—¿Cómo por qué? porque cuando le hablo así de las mujeres que él ya dejó, me dice siempre muy atufado: «¿Quién te mete en eso? Si la quisiera yo para algo, ¿crees que la hubiera abandonado?»

Me puse á llorar con tanta amargura, que Salvador no pudo menos de conmoverse.

—Vamos, señora, me dijo; no llore vd., yo veré si aprovecho un rato de buen humor del amo, y le digo. Vamos, ¿qué quiere vd. que le diga?

—Que quiero hablarle, que no exijo ya que me ame, pero que muy pronto voy á ser madre de su hijo; que no crec que tenga valor de abandonar á su hijo á la miseria; ¿lo entiendes? á la miseria.

—Sí, señora, yo se lo diré, pero creo que salimos mal.

—¿Mal?

—Sí, porque el amo es tieso, y yo le conozco muy bien; ya otras pobres..... pero en fin, se lo diré.

—¿Y me avisarás lo que contesta?

—Sí señora; ¿adónde os llevo la razon?

—¿Sabes mi casa?

—¿La que os tomó el amo?

—La misma.

—Bueno; entonces allá iré á deciros lo que se ha adelantado; pero no fieis, porque yo sé que no hará caso, y bueno será que vayais tomando vuestras providencias.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, allá os hablaré mas espacio.

—¿Cuándo irás?

—Esperadme; mañana ó pasado mañana.

—Adios.

—Adios, señora.

No cesé de llorar desde allí hasta mi casa, que en verdad estaba muy retirada.



Salvador cumplió, y al otro dia temprano fué á verme.

En el rostro le conocí que no llevaba buenas noticias.

—¿Qué hay?—exclamé al verle entrar.

—Lo mismo que os habia yo dicho; el amo me ha regañado de lo lindo.

MARTIN GARATUZA.

—¿Pero qué te dijo para mí?

—Para vos ni palabra; me llenó de impropiedades por haberme metido en este asunto: «que ya se había cansado de vos;» «que si teníais un hijo, que Dios os la deparara buena,» y en fin, que si me había yo figurado que era un lacayo para casarse con una criolla pobre, ó un tonto para estarla manteniendo toda la vida, y que bastante honor os había hecho con teneros por dama algunos meses.

—¡Infame!—exclamé yo.

—Estábamos en esta tinga, cuando acertó á entrar el padre del amo, que es un señor español de muy buen corazón, y oyó de lo que se trataba.

—¿Y qué dijo, qué dijo?

—¡Ah! ese es otra cosa; regañó á mi amo por andarse metiendo en amoríos con las criollas, y le dijo que estos disgustos él se los buscaba porque se olvidaba de su alcurnia, bajándose así.

—¿Eso dijo?—pregunté indignada.

—Sí; pero agregó: «esa mujer, ya que fué tu dama, no la abandones así, porque ya le diste honra que no merecía; es necesario que hagas algo por ella,» y entonces le aconsejó lo que debía hacer.

—¿Y qué era ello?—pregunté.

—Pues una cosa natural—continuó Salvador:—me preguntó el amo si érais dama de mi gusto, contestéle que «muy mucho,» y me dijo: pues entonces tómalala por tu cuenta, que yo te aumentaré el salario en diez pesos para que puedas mantenerla: creo que no quedareis disgustada, porque al fin, algo habeis sacado, hermosa mía.

La sangre me ahogaba; aquello era una indignidad, una afrenta espantosa; aquello no tenía nombre.

El lacayo me tendía sus brazos para tomarme entre ellos,

creyendo sin duda que me consideraba yo feliz con lo que me proponía en nombre de sus amos.

—¡Miserable!—le grité dando un paso atrás—miserable lacayo! no me toques, porque sería yo capaz de morirme de ira.

—Adios—dijo él con desprecio—¡qué criolla tan alzada!

—Retírate, Salvador, retírate; no vuelvas á poner aquí jamás un pié: dile á ese infame de Don Pedro, dile á ese miserable de su padre, que yo trabajaré para mantenerme y para mantener á mi hijo, que me olviden como yo los desprecio á los dos, y que el cielo vengará mi inocencia y mi candor burlados por ese hombre, que solo por rico se titula caballero: sal de mi casa, sal inmediatamente.

Salvador espantado de aquel arranque de furor que estaba muy lejos de esperar, salió sin murmurar una palabra.

Le ví alejarse, cerré la puerta de mi cuarto, y me arrojé sollozando en un sitial.



La miseria me abrumaba; apenas tenías cuatro meses de nacida, hija mía, y yo tenía ya que ganar mi vida en los mas rudos trabajos en que puede ejercitarse una pobre mujer.

Barria en las calles, ayudaba en las casas, hacia mandados en los conventos de monjas, y todo esto por una retribucion tan corta, que me alcanzaba apenas para comer.

Habia dejado ya la casa que tomó para mí Don Pedro, y dormía en un rincon del pobre cuarto que ocupaba la mujer que habia sido mi criada; todos los muebles los habia vendido, y solo conservaba un colchon que tendía en el suelo por las noches.

Aun era yo jóven, y no me faltaban pretendientes que me ponian asechanzas, queriendo aprovecharse de mi desgracia y deslumbrarme con promesas; pero yo rechacé siempre esas proposiciones con desprecio.

Logré encontrar, por fin, un destino en una especie de hostería que se habia establecido en la ciudad.

En aquel tiempo comenzaban á ponerse en México casas para los caminantes, y hosterías.

En la que yo encontré acomodo concurrían gentes de buena clase, los jóvenes alegres y de la nobleza, y algunas familias que iban allí á tomar refrescos ó á cenar.

Yo era jóven, y me encargaba la dueña de la casa de servir á los parroquianos limonadas, licores, bizcochos y otras cosas.

Como era natural, los jóvenes comenzaron á floearme, y se atrevían, ya á apretarme la mano, á querer abrazarme, ya á procurar, aprovechándose de una distraccion, darme un beso.

Yo sufría porque tenia necesidad de ganar mi vida, para dársela á mi hija.

Los parroquianos alegres me llamaron Hebe, que era, segun la mitología, la que servía á los dioses el néctar, y yo tenia que obedecer y responder por este nombre mitológico.

Se distinguía entonces entre los concurrentes un hombre ya de edad, pero que era uno de los mas *tormentistas*, como los otros le decían; llevaba allí á unas damas de alegre vida, y con dos ó tres amigos permanecía en la casa, tomando, jugando y conversando hasta muy entrada la noche.

Este hombre, cuya historia supe despues, se llamaba Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar determinó que yo seria suya, y comenzó á molestarme de dia y de noche, ofreciéndome y amenazán-

dome sin alcanzar nada, y luego hasta interesar en favor suyo á la dueña de la casa, que se convirtió en intérprete de sus deseos y en auxiliar de sus malos intentos.

Una noche Don Baltasar permaneció hasta muy tarde en la casa; observé que pedia mas de beber que de costumbre, y que estaba sombrío. Un amigo íntimo suyo le acompañaba y se habian sentado en una mesa que estaba cerca de la entrada de la cocina.

Como la noche estaba muy avanzada, se habia cerrado ya la puerta que daba á la calle, y en la casa, á excepcion de la patrona que hacia sus cuentas del dia, y yo que vela- ba por lo que pudiera ofrecerse, todos los demás dormian.

La conversacion de Salmeron y de su amigo era acalorada, y la curiosidad me llevó á escuchar: aquel diálogo me interesó.

—Sí, amigo—decía Don Baltasar apurando un vaso de vino—hoy hace años la ejecucion de las Carbajales, y necesito distraerme para olvidar.

—¿Tal efecto os hizo?

—Si supiérais esa historia.....—Don Baltasar apuró otro vaso. Comenzaba ya á estar alucinado.

—Contádmela.

—¿Que os la cuente?... Vaya..... os la contaré, aunque no con sus pormenores, porque vos sabeis ya algo; pero en fin..... ¿os acordais de las Carbajales?

—Mucho: tres muchachas como tres granos de oro, como tres perlas, Doña Isabel, Doña Leonor y Doña Violante.

—Eso es, cierto: pues yo era el amante de Doña Isabel.

—¿Cómo? de la casada con.....

—De la misma; esa dama tan rica y tan orgullosa, fué mi dama.

—Y decian que era tan honrada!

MARTIN GARATUZA.

—Já, já, já—¿honrada, eh? Pues quince dias vivió conmigo en una casa que está cerca de la capilla de los Mártires.

—¿Y su marido?

—Vereis, vereis si soy tonto: mucho tiempo la seguí, y ella nada, desprecios y mas desprecios: se casó y tuvo una hija, ¿recordais?

—Recuerdo.

—Robésela y púsele por condicion para volverla á su poder, que me visitase sola.

—¿Y fué?

—Pues no..... Fué y quiso resistirse allí; pero ya debeis suponer que era locura: fué, y me la tuve allí quince dias.

—¿Y le devolvísteis á la niña?

—No soy tan imbécil: si la hubiera dejado mucho tiempo libre, me pierde, se venga: el dia en que salió de mi poder estaba ya denunciada como judaizante en la Inquisicion, y el mismo dia la aprehendieron, casi al llegar á su casa: quizá me duermo!

—¿Y su padre y su marido?

—En cuanto á su padre, ni sé en qué paró: lo que es el marido, en esa misma noche le despaché al otro barrio.

—¿Le matásteis?

—¿Pues no! Si me iba la vida de por medio!

—¿Y la niña?

—Debe ser ahora ya una moza como una amapola: yo se la dí en guarda á un sepulturero, murió éste de la epidemia de los indios, la niña quedó sola, y entonces se la entregué á uno que habia sido soldado, que se llamaba Luis, y que vivia con su esposa la vieja Esther, que jamás habia tenido hijos.

—¿Moriria tal vez?

—No, y debe ser buena gaita la niña, porque he sabido que Luis se enamoró de ella, que mataron á la vieja y que huyeron; pero algun dia la encontraré porque tiene la marca de la familia Carbajal, una llama roja pintada en la espalda.

Yo escuchaba atónita aquella relacion; sin pensarlo habia descubierto el secreto de mi nacimiento y la historia de mi familia.

Absorta en estas meditaciones, no advertí que la patrona de la casa estaba á mi lado.

—Mala costumbre es esa de espiar á los caballeros—me dijo secretamente;—retírate á tu cuarto, que yo arreglaré lo que falta que hacer.

Quise replicar, pero me miró de tal manera, que atemorizada callé, y tomando á mi hija, me retiré al aposento en que dormia.

Era este aposento un cuarto que tenia una ventana para una casa inmediata, y una puerta que comunicaba con la cocina de la hostería.

Apagué la luz, y pensando en Doña Isabel y en Don Baltasar y en todo lo que habia descubierto aquella noche, me quedé dormida arrullando á mi hija y soñando que caia yo en poder de Salmeron.

*
* *

Desperté como sofocada; sentia que me oprimian, y creí al principio que era un sueño; pero bien pronto me convencí de que era una realidad.

Dos brazos me estrecharon, y una boca se posaba sobre la mia, y me daba besos que me sofocaban, que me querian ahogar.

Luché al principio por desasirme, pero no era posible;

eran los brazos de un hombre robusto los que me aprisionaban: entonces conocí que mi única defensa era gritar.

Quise entonces gritar, y grité:

—¡Socorro!.....

Pero una de las manos de aquel hombre buscó mi boca y me la tapó hasta ahogarme.

Luchaba yo con todas mis fuerzas, despertó la niña y comenzó á gritar.

Luchando siempre, logré levantarme; aquel hombre debía estar muy borracho, porque vacilaba, y el nauseabundo olor del vino salía de su boca.

Por un momento quedamos inmóviles de fatiga; entonces él, aprovechándose de aquella tregua, me dijo:

—Cállate, muchacha; si no me conoces, yo soy rico, yo te sacaré de este miserable estado.

—Si no os retirais grito, grito—le contesté.

—Eso será inútil; la patrona que podía auxiliarte está enteramente á mi disposición, la tienda está cerrada, y nadie vendrá en tu auxilio.

—Sí, vendrá Dios.

—¿Vendrá? pues aguárdale; no vaya á dejar ahora de hacer un milagro por una perdida como tú, y luego criolla.

—Dejadme, dejadme.

—Oyeme, soy el que por tanto tiempo te ha rogado, soy Don Baltasar de Salmeron.

—¡Infame, el asesino de mi madre!—exclamé sin poder contenerme.

—¿De tu madre?—exclamó él, y sentí que sus manos me estrechaban con menos fuerza.

—Sí, sí, dije yo queriendo aprovecharme y desasirme de él.

—Pues que sea lo que el demonio quiera, no me importa—y volvió á luchar conmigo.

—Gritaba yo, aunque no esperaba auxilio sino de Dios: mi hija lloraba, y el hombre respiraba fatigado.

Casi exánime iba yo á caer, cuando se abrió repentinamente la ventana que caía á las casas vecinas, y á la pálida claridad de la luna que por allí penetró, ví destacarse claramente la figura de una mujer.

Don Baltasar quiso retroceder espantado, y yo aprovechándome de aquel momento, hice un esfuerzo desesperado y me separé de él.

—¿Qué sucede? preguntó la mujer que habia aparecido en la ventana, con un timbre de voz dulce y hechicero.

—¡Socorro, señora! le grité; ¡socorro! este viejo!.....

—¿Y á vos quién os mete?—le dijo con furor Don Baltasar;—idos á vuestra casa, ó la pasareis mal: dejadnos.

Y diciendo esto volvió á lanzarse sobre mí.

—¿Cómo se entiende, viejo malvado? contestó la mujer penetrando en el cuarto.

—Vereis cómo se entiende, dijo Don Baltasar procurando darle un golpe con el puño.

Se trabó entonces una lucha, la ventana se habia cerrado, y estábamos completamente á oscuras; sentí que Don Baltasar me habia dejado, y le oia yo agitarse combatido por mi protectora.

Yo los buscaba en la oscuridad para auxiliarla, cuando oí un golpe seco que resonó en la tierra, y luego un momento de silencio.

—Señora, señora, me dijo la mujer, ¿adónde estais?

—Aquí.

—Abrid la ventana.

Busqué la ventana y abrí.

Con aquella escasa claridad pude distinguir á Don Baltasar inmóvil y tirado en el suelo.

—Vámonos, dijo mi protectora; creo que ese hombre está privado ó muerto.

—¡Jesus! ¿qué le habeis hecho?

—Nada; cayó, y azoté su cabeza contra el suelo tomándole de los cabellos. Vámonos pronto.

—Dejadme llevar á mi niña.

—¿Teneis aquí una niña?

—Sí.

—Pues buena fortuna que no le haya sucedido algo. Vamos.

Saltó ella por la ventana, que estaba muy baja, y la seguí yo.

Estábamos en el patio de su casa, me hizo entrar á una cámara, y entonces pude ver que era jóven y bella.

—Yo tambien, me dijo, tengo una niña; miradla.

Y me descubrió en su lecho á una hermosísima niña como un ángel, que abrió sus ojos azules como un cielo para mirarnos.

—¡Es preciosa criatura!—dije besándola.

—Se llama Catalina—me dijo la jóven con todo el orgullo de una madre—Catalina de Armijo, como yo.

Volvió á cubrir á la niña, y luego agregó:

—Pero no perdamos el tiempo; ¿qué pensais hacer?

—No sé, verdaderamente.

—Creo que lo primero será ocultaros; ahora es preciso saber adónde. ¿Teneis alguna casa de confianza?

—Ninguna.

Púsose á reflexionar.

—Ya me ocurrió—exclamó repentinamente;—aquí cerca vive una especie de limosnero, un santón, que á pesar de

todo, es muy buen sugeto; podrá ocultaros, porque allí nadie sospechará que estais. ¿Os parece?

—Haré cuanto querais, porque vos me habeis salvado.

Se levantó la jóven y llamó á una criada vieja que dormia sin haberse apercebido de nada.

—Mira—le dijo—vé con esta señora, y llama á la casa del «pobre:» ¿sabes?

—Sí; ¿del que viene los sábados?

—El mismo; bien: dile que por el alma de su madre le ruego que esconda á esta muchacha allá, hasta que yo le diga, y que mañana venga á verme.

—Sí, señora; ¿y me vuelvo?

—Sí, vuelve.

Me despedí de aquella jóven que habia sido para mí tan generosa, y seguí á la criada.

Caminamos dos calles, y llegamos á un cuarto bajo y mal cerrado.

La criada que me llevaba llamó, y se encendió á poco una luz en el interior, y un anciano, con toda la confianza del que nada tiene que temer, salió á abrirnos.

La mujer dió el recado, que escuchó el viejo con atencion, y contestó:

—Puede vd. decir á mi señora Doña Catalina de Armijo que será servida en todo.—Pasad—me dijo.

La criada se retiró, y yo entré siguiendo al anciano hasta el interior del aposento.

Habia allí una pequeña puertecilla que abrió, y entramos á otro cuarto mas pequeño.

—Aquí podeis quedaros—me dijo;—una noche es poca cosa; mañana veré de acomodaros mejor. Buenas noches.

Encendió un candil que estaba en el suelo, y salió.

Yo quedé sola, meditando en mi suerte.

BIBLIOTECA DE MEXICO.
* * *

Aquel anciano, á quien los vecinos del barrio llamaban simplemente «el pobre,» era muy fuerte, á pesar de que mostraba tener ya muchos años.

Nunca pedia limosna, pero nunca despreciaba lo que se le ofrecia.

Sus costumbres eran muy extrañas, y todos los dias, desde las diez de la mañana hasta las tres de la tarde, pasaba las horas de rodillas rezando y llorando en la plazuela que se forma frente á las casas de los marqueses del Valle.

Despues se encerraba en su casa y no volvia á salir hasta el dia siguiente.

Reunia una gran cantidad de limosnas, pero tomaba para sí solo lo necesario, y repartia entre los otros pobres todo lo restante.

Podia decirse que aquel hombre que vivia de la caridad, era el mas caritativo de toda la ciudad.

Por eso todos le respetaban y todos se apresuraban á auxiliarle.

Todos estos pormenores acerca del anciano que me habia recibido en su casa, los tuve por mi nueva protectora Doña Catalina de Armijo.

Porque durante el primer dia que pasé oculta, no ví mas que al «pobre,» como todos le decian, que con mucha puntualidad me trajo cuanto necesitaba para mis alimentos.

En la noche del segundo dia se apareció en mi casa Doña Catalina y se encerró á solas conmigo. Hablóme primero del «pobre,» y luego me dijo:

—Extrañareis el grande interes que he tomado por vos;

pero siento una rara simpatía, un no sé qué que me obliga á quererlos desde que os ví.

—Si no fuera—le contesté—porque tengo con vos una deuda tan inmensa, os diria que me pasa exactamente lo mismo; aunque si he de hablaros la verdad, tanto es lo que os debo, que no sé ni cómo podria pagaros.

—Vale eso tan poco!

—¿Tan poco? ¡y habeis luchado con un hombre, y os habeis expuesto quizá á la muerte por mí, como si hubiérais sido un caballero!

—Poco me conoceis; tengo el carácter mas varonil que podais imaginar: sé manejar las armas como un soldado, monto un caballo como el mejor ginete, y no tengo miedo á nada.

—¿Es verdad?

—Mirad: debo ser huérfana, porque el hombre que me crió era un viejo militar, sin dinero, pero sin familia, que me encontró tirada una noche en una calle. Cuando crecí, mi bienhechor tenia verdadero placer en educarme como á un hombre, y reia como un bendito cuando tiraba yo con el sable, ó corria en un caballo en pelo, ó echaba un juramento de los que se usan en los cuarteles.

—¡Válgame Dios!—exclamé yo.

—No os espanteis, que á eso debísteis quizá vuestra salvacion anoche: si yo hubiera sido una damita como hay muchas, de seguro que vuestro viejo me hace correr; pero ya lo pusimos á buen recaudo. Y á propósito, ni han resollado en la hostería: mandé á mi criada á averiguar, y me contó que el viejo, con el golpe y la borrachera, durmió toda la noche, y temprano salió diciendo á la patrona: «nos fué mal,» «voló el pájaro,» «silencio.» Con que por este lado, nada hay que temer.

MARTIN GARATUZA.

—Vale mas, porque yo estaba temiendo los resultados.

—¿Qué resultados? En poca agua os ahogais: si viérais lo que yo era antes! pero ahora tengo ya una hijita, y Dios sabe cómo me liga las manos.

—¡Y es tan bella!

—Sí, tan bella; su padre es un español.

—¿Español?

—Sí; mal nos quieren á las criollas ¿es verdad? ya me lo sé, que tambien fuí dama de un oficial expedicionario y me dejó plantada; pero á bien que ya no le queria yo.

—¿Y os casásteis con este?

—¿Casarme? no; es un buen sugeto; de edad, pero muy caballero; rico: se llama Don Nuño de Salazar.

—Dios os saque con bien.

—Dios sabrá lo que hace; pero si este me abandona, le prometo que ni de su nombre me vuelvo á acordar, ni se lo digo jamás á su hija.

Estaba yo espantada de aquella franqueza y de aquel carácter.

—A ver—me dijo—¿dónde está vuestra niña?

—Aquí está—le contesté enseñándole á mi hija.

—¡Qué bonita, y tan desnuda! Pobrecita! ¿Qué es eso?—exclamó de repente mirando la mancha roja de la espalda.

—Es una señal de familia—le contesté.

—¿De familia? ¿La teneis vos acaso?

—Sí que la tengo.

—Mostrádmela.

Colocamos á la niña sobre el lecho, y desnudé yo tambien mi espalda.

—¿De dónde es vuestra familia?

—De México.

—¿Teneis parientes?

—Ninguno; soy huérfana, y no sé quiénes son mis padres.

Yo le mentía, porque había oído mi historia en boca de Don Baltasar, pero temía decir la verdad.

Además, por aquel relato estaba yo segura de que no tenía yo parientes ningunos.

—Es extraño—dijo profundamente preocupada Doña Catalina.

—¿Qué?—le pregunté.

—Mirad—dijo bajándose rápidamente el vestido y mostrándome la espalda—mirad, lo mismo tiene mi hija.

Sobre aquella espalda blanquísima se dibujaba una llama roja; era la marca de mi familia:

—En efecto—exclamé—como yo, como mi hija: ¿qué es esto?

—No lo comprendo; pero debemos ser de la misma familia, hermanas tal vez: ¿cuántos años contáis?

—¿Lo sé yo acaso?

—¿Nada sabéis de vuestros padres?

—Solo he alcanzado averiguar que fui hija única, y que mi madre y mi padre murieron siendo yo muy niña.

—¿Y cómo?

—De mala muerte.

—Yo no sé sino que fui encontrada en una calle á media noche.

Las dos callamos.

—Pero es indudable que somos de la misma raza, de la misma familia—dijo Doña Catalina.

—Así lo creo.

—Abrazadme, quizá somos hermanas; nunca he tenido hermanos, ni vos tampoco, y ha de ser muy dulce tener familia: abrazadme, ¡voto al demonio! que tengo ganas de que seáis mi hermana.

Aquella mujer revelaba en sus vicios un corazón que aun no estaba dañado.

Me arrojé en sus brazos, y ella lloró, y yo también.

—Estamos de albricias, hermana—me dijo;—yo quisiera llevarte á mi casa; pero Don Nuño tiene un carácter muy imprudente. Vive aquí unos días; yo te buscaré habitación cerca de la mía, y ¡ay del viejo si vuelve á mirarte siquiera! le mato.



Salió Doña Catalina, y yo quedé sola; pero en el alma sentía una especie de consuelo inexplicable: había encontrado algo que parecía familia; ya no estaba sola en el mundo.

En esto pensaba cuando llamaron á mi puerta.

—¿Dais permiso?—dijo el anciano desde afuera.

—Entrad, señor, le contesté.

—Vengo, hija, solo á ver si se os ofrece algo, si estais contenta.

—Tan contenta estaba, que necesito contar mi dicha y participar al anciano de mi alegría.

—Sentaos un momento—le dije—porque en vuestra casa he encontrado á una hermana: soy feliz.

—¿A una hermana?

—Sí, á Doña Catalina; nos hemos reconocido como hermanas.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Casi por un milagro: no tenemos la certeza de que así sea, pero sí un indicio de pertenecer á la misma familia y una resolución firme de ser hermanas.

—Pero explicadme, si merezco vuestra confianza.

—¡Cómo no! Vos, tan bueno, tan caritativo.

—Dejad eso.

—Pues oid qué maravilla: mirad primero—le dije tomando á mi hija entre mis brazos y mostrándole la mancha de la espalda:—¿veis esa mancha roja? pues la misma tengo yo, y ella y su hija: ¿qué os parece?

El anciano en vez de contestarme, trémulo y descolorido se dejó caer de rodillas, y bañado en llanto, levantó los ojos y las manos al cielo, exclamando:

—¡Gracias, Dios mio, gracias; tras de tanto penar, al fin encuentro á mi hija!

—¿Vuestra hija? ¿quién? ¿yo? ¿Doña Catalina? Hablad.

—Sí, hija mia; tu padre tiene, mira, esa mancha roja que todos vosotros habeis heredado de mí.

—¿Pero cómo, cómo?—decia yo vacilando todavía.

—Sí; yo que te perdí cuando iba á recobrarte en la casa del sepulturero José, yo, que no abrigaba ya la esperanza de recobrarte, hija mia!

—Señor—le contesté—¿mi madre no fué Doña Isabel de Carbajal, que murió en la hoguera?

—Sí; ¿quién te lo dijo?

—¿Mi padre no fué asesinado la misma noche que fué presa mi madre?

—Sí, sí; ¿pero quién te ha contado eso?

—¿No fué mi madre víctima de una celada infame que le preparó Don Baltasar de Salmeron?

—Es cierto, es cierto—decia el anciano espantado.

—Entonces, señor, ¿quién sois, cómo os llamais mi padre?

—Hija mia, yo soy el desgraciado Felipe de Carbajal, el padre de Doña Isabel, de Doña Violante, de Doña Leonor; yo soy tu abuelo, el único que queda de aquella generacion infeliz.

No sé si la razon me pareció concluyente ó si el corazon

me hizo creer en las palabras del anciano; pero yo me arrojé en sus brazos, llorando y exclamando:

—¡Padre mio! ¡padre mio!

Largo rato trascurrió así; mi padre me hablaba algunas veces de nuestra familia, y otras me acariciaba.

De repente la idea de Doña Catalina vino á mi memoria y pregunté á mi padre:

—Padre mio, supuesto que fuí la única hija de Doña Isabel, que mis tias no tuvieron familia, ¿qué misterio encierra la existencia de Catalina? ¿por qué tiene la misma marca que nosotros?

—Hija mia—me contestó—esa es una historia horrible: tú conoces, porque me lo has dicho, el crimen que cometió Don Baltasar de Salmeron; pues bien, ese crimen, por desgracia, tuvo resultados, y tu pobre madre dió á luz en las cárceles del Santo Oficio, á una niña que los inquisidores mandaron arrojar á la calle; esa niña tenia la marca de la familia, y esa niña es sin duda, hija mia, Doña Catalina de Armijo.

—¿Entonces el padre de Catalina es.....

—Don Baltasar de Salmeron.

—¡Justicia de Dios!—exclamé horrorizada.

—¿Qué sucede? ¿por qué así te asombras?

—Padre, sin saberlo, anoche han peleado llenos de encarnizamiento Catalina y Don Baltasar, y en poco ha estado que ella no le hubiese matado, porque al menos como tal lo dejó tendido: fatalmente se han encontrado, y estoy segura que no respiran sino odio el uno contra el otro.

—Dios lo dispone así; cuéntame lo que viste.

Referí entonces brevemente á mi padre cuanto habia pasado con Salmeron, y le ví estremecerse de indignacion.

—Hija mia—me dijo—es preciso huir de Don Baltasar

y de Catalina, esa raza, unida por desgracia con la nuestra, causará muchos males en nuestra familia tú no debes tratar á Catalina; la sombra de mi pobre Isabel te maldeciría: es preciso que ellos no vuelvan á oír hablar de nosotros, ni nosotros á verlos: esta misma noche nos mudaremos de aquí.

—¿Pero cómo? sin dinero, sin recursos.....

—No temas; yo estoy así viviendo en la miseria porque quiero, porque nada me alucinaba ya sobre la tierra; pero te encuentro á tí, hija mia, tienes una niña, y es preciso que ambas seais felices en lo adelante: la Inquisicion me despojó de muchos bienes, pero aun soy muy rico; no tengo ni casas, ni haciendas, pero tengo oro, plata, piedras preciosas; aun puedes vivir como la descendiente de un gran monarca, aun puedes eclipsar con tu lujo á las damas españolas mas orgullosas de la ciudad.

—¡Oh, no!—le contesté—no quiero nada de eso; no deseo sino vivir retirada del mundo, á vuestro lado y educando á mi hija, y ser feliz así en el seno de mi familia.

—Dios te bendiga por tan santo propósito, hija mia; ahora prepárate, y salgamos cuanto antes de aquí.

Aquella misma noche, abrigando perfectamente á mi hijita y envuelta yo en un manto negro, salimos de la casa que por tanto tiempo habia habitado mi padre, y nos dirigimos al otro extremo de la ciudad.

Era casi al amanecer cuando llegamos á una casita de los suburbios; llamó mi padre, abrieron sin ceremonia y entramos.

Habia allí otro hombre anciano.

Mi padre se dirigió á él, y tomándome de la mano le dijo:

—Luis, he encontrado á mi hija.

El hombre se quitó respetuosamente su pobre gorra.

—Desde mañana, Luis, vida nueva; hoy acabó la mendicidad y la tristeza para nuestros corazones.

MARTIN GARATUZA.

219

Al viejo se le rodaban las lágrimas.

—Hija mia—me dijo mi padre—este hombre es Luis Herrera, el hijo único de Tepos, confidente del emperador Guatimoc y mi segundo padre: ya sabrás esta historia; pero Luis es el fiel servidor que ha sobrenadado en ese inmenso naufragio, en esa tempestad que me arrebató familia, bienes, honor, todo, todo: Luis, te permito que abracés á mi hija.

El viejo Luis me abrazó llorando y me hizo llorar también.

—Parece un viejo—continuó mi padre—y sin embargo, tiene veinte años menos que yo; pero á pesar de que no ha sufrido como yo todo el rigor del infortunio, su juventud y su vigor han desaparecido mas rápidamente: ¡pobre Luis!

Mi padre pasó su mano con cariño por la cabeza del viejo Luis, y éste la tomó y la llevó á sus labios.

Parecíame estar presenciando la conferencia de uno de los monarcas aztecas con alguno de sus favoritos: mi padre tenía la majestad y toda la dulzura de un gran rey.

Me instalé en aquella casa, y pasaron así quince días, mientras que mi padre hizo los preparativos para que volviéramos á México á vivir con las comodidades necesarias.

Yo era feliz; tenía ya á mi buen padre, y mi hija estaba cada día mas bella.

LA CASA COLORADA.

(Concluyen
Las Memorias de Doña Juana de Carbajal.)

Una noche mi padre y Luis llegaron de la ciudad, y mi padre me dijo:

—Hija mia, todo está dispuesto; vamos para tu nueva casa.

Estaba yo tan contenta en mi retiro, que casi me pesó salir de él; pero obedecí.

Llegamos á la calle de las Canoas y tomé posesion de mi nueva casa.

Tú la conoces en parte, y cuando leas estas Memorias habrás visitado los aposentos que hasta hoy han sido secretos para tí.

La casa fué de todo mi agrado; poca servidumbre, una esclava, una dueña, y Luis Herrera.

Siguiendo mis deseos, no habia querido mi padre ni carrozas ni lacayos, ni nada que diera idea de lujo ni de ostentacion.

MARTIN GARATUZA.

Vivir felices y retirados de todos, este era el programa de nuestra vida.

Como siempre, los primeros días la curiosidad de los vecinos era muy grande por saber quién habitaba la «casa colorada;» pero ó lo averiguaron ó se fastidieron de sus inútiles pesquisas; lo cierto es que ya luego nadie nos hacia caso.

Mi padre nunca salia á la calle y yo iba solo á misa muy de mañana.

Habia observado que iba á Catedral y á la misma hora que yo, una dama que durante la misa lloraba.

Algunas veces llevaba en su compañía un niño, otras dos, y otras iba sola. Debía ser rica, porque al salir la esperaba una soberbia carroza; pero sin duda era muy desgraciada, porque su rostro melancólico lo revelaba.

A fuerza de encontrarnos allí á la misma hora, llegamos á simpatizar: ella me saludaba y yo tambien. Soliamos cruzarnos algunas palabras; pero no llegábamos á tener una amistad íntima, hasta que por un incidente se estrecharon nuestras relaciones.

Una mañana saliamos de misa al mismo tiempo, y observamos algun alboroto en la plaza y que algunos que pasaban decian: ¡«Pobre, pobre!»

En medio de aquellas quejas vimos á un español que daba de golpes á un hombre, llamándole «criollo, vil, miserable» y otros mil denuestos.

La dama se volvió á mirarme, y noté que su rostro estaba demudado por la indignacion; debió conocer que lo mismo pasaba en mí, porque acercándose me dijo:

—Hé ahí lo que se espera á nuestros hijos.

—Tal vez no—le contesté—quizá entre ellos, ó antes que ellos, venga el que nos ha de redimir.

—Dios escuche vuestras palabras; ¿lo esperais así?

—Todos los días se lo pido á su Divina Majestad.

—¿Venís mañana?

—Sí.

—¿Temprano?

—Sí, señora.

—Arrodillaos junto á mí; hablaremos.

Al dia siguiente estaba yo muy temprano en el templo, y aquella dama me esperaba ya.

Me arrodillé á su lado y comenzamos á hablar.

—¿Sois casada? me preguntó.

Yo titubeaba en contestarle; pero al fin:

—No señora—le dije—pero tengo una hija.

—¿Entonces viuda?

—Tampoco.

Ella volvió á mirarme.

—Señora—le dije—yo era una muchacha honrada y buena; un hombre me ha engañado abusando de mi orfandad y de mi inocencia.

—¿Y os abandonó?

—Así abandonó tambien á su hija.

—¿No reclamásteis?

—Su padre contestó que un caballero español no podia bajarse hasta ser el esposo de una criolla.

—Pero mi marido es español.

—¿Sereis rica?

—Mucho; desciendo por línea femenina y legítima del emperador Guatimoc.

—Señora, yo tambien, aunque por rama bastarda, desciendo de ese príncipe.

—¿Cuál es el apellido de vuestra familia?

—Carbajal.

MARTIN GARATUZA.

—Conozco esa historia: ¿me la quereis contar?

—¿Por qué no? ¿acaso no circula por nuestras venas la misma sangre?

—Bien; iré á visitaros, aunque tengo para esto que luchar con el odio que mi marido tiene á los criollos.

—¿Quién es, señora, vuestro marido?

—Don Nuño de Salazar.

—¡Ah!

—¿Qué os pasa? ¿le conoceis?

—De nombre.

—¿Será quizá el mismo que os ha engañado?

—No señora, ese se llama Don Pedro de Mejía.

—Le conozco.

La misa se habia terminado.

—Mañana iré á veros, *prima mia*: ¿dónde vivís?

—En la «casa colorada,» en la calle de las Canoas.

—¿Sola?

—Con mi hija y mi padre.

—¿A qué hora estais allí?

—Jamás salgo sino á misa.

—Iré: adios, prima.

—Adios.



De vuelta á mi casa conté á mi padre lo que me habia pasado, y aprobó aquella amistad: la esposa de Don Nuño de Salazar era una dama noble y virtuosa, y era verdaderamente de la familia del emperador.

Al dia siguiente estaba ella en mi casa.

Alentada yo con la aprobacion de mi padre, le referí la historia toda de nuestra familia, tal como la habia podido formar con los relatos de mi padre y de Luis Herrera, sin ocultarle nada de mis padecimientos y de mis desgracias.

Aquella era una mujer de un gran corazón; lloró conmigo y comprendió toda la amargura que guardaba mi espíritu.

Solo que nada le dije respecto de los amores que habia yo descubierto entre su esposo y Doña Catalina de Armijo.

Desde aquel día fué para mí una hermana: yo no iba á su casa por no encontrar á su marido, pero ella venia continuamente á visitarme: sus hijos iban creciendo y mi hija tambien, el mayor de sus niños era Alfonso, y el mas pequeño era Leonel.

*
* *

Pasaron así muchos años, y cada día era mayor el cariño que nos profesábamos mi prima y yo; pero no habia llegado á conocer á su marido.

Mi padre habia llegado á una edad tan avanzada, que no podia ya salir de su cuarto: sentado en un sillón pasaba la vida, no queriendo que le viese nadie, nadie mas que yo: tenia cerca de cien años, pero sus potencias intelectuales y sus sentidos tenian la misma fuerza y la misma penetracion.

Alfonso y Leonel eran ya unos jóvenes, y tú eras ya mas que una niña.

La esposa de Don Nuño murió repentinamente, y yo quedé entonces mas sola sobre la tierra y mas triste.

Leonel fué enviado por su padre á España á servir en los ejércitos del rey.

Alfonso recibió las órdenes sagradas, y su padre le prohibió que nos visitara.

Desde entonces comenzó verdaderamente la soledad y la tristeza en nuestra casa.

Alfonso venia ocultamente á visitarme, y yo habia perdido hasta las ilusiones de ver libre á México.

Me dediqué á la lectura, y aunque con muchos trabajos, logré hacerme de una buena biblioteca, en donde pasaba los dias y las noches encerrada estudiando y procurando cultivar tu alma.

*
* *

México estaba conmovido; habíase levantado el pueblo instigado por algunos contra el virey Gelvez; la agitacion de los ánimos era grande, y todos temian fatales consecuencias.

En aquellos dias los españoles, acobardados, trataban á los criollos con tales miramientos, que éstos llegaron á conocerlo, y la idea de la independendia de México brotó en los cerebros de los hijos del país.

La ocasion no podia ser mas oportuna: la tierra sin gobierno y sin tropa, los españoles divididos y la exaltacion apoderada de todos los corazones.

Era el momento.

*
* *

Una noche me anunciaron que me buscaba mi sobrino Don Alfonso de Salazar, y salí á verle.

—Tia, quisiera hablar á solas con vos—me dijo.

Hícele entrar á la biblioteca.

—Estamos solos, le dije.

—Se trata, señora, y quiero ahorrar preámbulos, de proclamar la independendia de México.

—¿Y quién se atreverá?

—¡Yo!—me dijo con altivez.

—Arriesgada empresa.

—Pero digna del nieto de Guatimoc.

—¿Te encuentras con valor, con fé?

—Para todo.

—La muerte quizá te espera.

—La deseo si no llego á triunfar.

—Dios te bendiga, hijo mio, como te bendigo yo en nombre de tu madre que nos escucha.

Los ojos del jóven sacerdote brillaban con el fuego del entusiasmo y del amor patrio.

—¿Es decir que aprobais, tia?

—Apruebo, hijo mio: ¿qué os hace falta?

—Nada: inteligencia y corazon me sobran; soldados, México tiene hijos que morirán por salvar su bandera; la justicia de nuestra causa y el grito de libertad valen tanto como el lábaro de Constantino para llevar á un pueblo á la victoria. Solo esperaba vuestra aprobacion, porque vos sois para mí la representacion de mi madre.

—¡Dios te bendiga, Dios te bendiga y te salve!

—Que salve nuestra causa, que salve á México, y aunque yo muera.

—Hijo mio, eres un héroe: si necesitáseis dinero, yo tengo, no os detengais, yo tengo mucho y todo será para vosotros.

—Gracias, señora, gracias, nada nos hace falta; hemos comenzado nuestros trabajos y nos reunimos en la casa del Cristo, calle de Ixtapalapa: id una noche y vereis.

—Iré, aunque á nadie vea, para verte á tí, hijo mio, y para ayudarte en lo que pueda.

Desde aquella noche sigo los trabajos de los nobles hijos de México.....

XXI.

De cómo Martín Garatuza salió de México.

MARTÍN se frotó los ojos con las manos y cerró el libro; había leído por espacio de dos horas, á la triste luz del cuarto del Zambo, y descifrando casi la letra de aquel manuscrito.

Apoyó su frente sobre su mano extendida, y quedó por un largo rato meditando; por fin hablando consigo mismo, exclamó:

—¡Válgame Dios! y qué cosas hay en estas familias nobles! ¿Habránse visto horrores como los que contiene esta historia? La verdad es que todos los días vemos cosas semejantes; pero será porque siempre impresiona más lo que se lee, ó porque en un momento han pasado ante mi vista los acontecimientos de un siglo, lo cierto es que casi estoy por decir que estas Memorias me han trastornado.

Tomó el libro y volvió á hojearle.

—¡Vaya! Pues el tal Don Felipe, que á la cuenta debe vivir todavía, es el indio más viejo de toda la cristiandad..... ¡Y cómo viven estos indios! Con razón cantan:

Cuando el indio encanece
El español no parece.

Y lo que es este libro, de seguro que no lo vuelvo; la fortuna que Don Leonel no lo ha leído, á lo que parece: bonitas lindezas iba á saber de su padre... ¡Vaya, qué españoles!

En este momento llamaron de la calle.

—Ahí está ya el Zambo—dijo Garatuza apresurándose á abrir.

En efecto, el Zambo se presentó.

—¿Todo está listo?

—Todo.

—¿Las mulas?

—Esperan por el camino de Colhuacan, á la salida de la ciudad, en la casa de los Doce Apóstoles.

—¿Y el equipaje?

—De llevarle tengo.

—Bien; despacha, que es tarde: allá me aguardas.

El Zambo sin replicar tomó la caja que contenía la ropa y los efectos de Martin, y se la echó al hombro con tanta facilidad como si no hubiera pesado ni una onza.

—Cerraré aquí, y allá te entregaré la llave: vete.

El Zambo salió, Martin apagó la luz, y saliendo también, cerró la puerta y se embolsó la llave.

Martin tomaba con extraordinaria facilidad el aire de las personas cuyo trage llevaba.

Aquella noche cualquiera le hubiera tomado por el mas honrado cura de una parroquia de indígenas.

Cuando se encontró en mitad de la calle, vaciló sobre el rumbo que debía tomar.

Llevaba el libro de las Memorias de Doña Juana: ella le esperaria; pero ciertamente Martin no tenía la menor intención de devolverlo; quizá no le serviría de nada, pero quizá podría serle muy útil: ¿quién puede mirar claro en el porvenir?

MARTIN GARATUZA.

Reflexionándolo bien, llevar el libro á tan largo y tan expuesto viaje era peligroso: ¿á quién confiarle su guarda?

Martin daba vuelta en su cabeza á la lista de todos sus conocidos. De repente como iluminado por una idea, exclamó:

—¡Qué tontera! pues si tengo uno que ni mandado hacer me lo encuentro mas á propósito.

Y se dirigió rápidamente para la casa de Teodoro.

Habia mucho que andar, pero Martin caminaba de prisa, tenia tiempo de que disponer, y ya no le quedaba nada por arreglar en México.

Casi un cuarto de hora empleó en el viaje; pero llegó sin novedad.

Todo el mundo dormia en la casa del negro. Martin golpeó la puerta como un desesperado, y despues de los ladridos de los perros y de la tardanza del portero y de todas esas preguntas de costumbre, logró que le abrieran.

—¿Teodoro?—preguntó—¿está dormido?

—Supongo que se habrá despertado con esta boruca.

—Hacedme favor de decirle que su amigo Martin desea hablarle urgentemente.

El portero se retiró llevándose la llave y dejando á Martin parado en el patio y enteramente á oscuras.

Pero tardó poco en volver.

—Pase su señoría, le dijo á Martin, y le guió á una pequeña cámara en donde Teodoro le esperaba envuelto en una gran manta de algodón, tejida de diversos colores.

Teodoro no era de los hombres que se impacientaban por nada, tratándose de servir á sus amigos, y mostraba la fisonomía tan risueña como si fueran las tres de la mañana y no le hubieran interrumpido su sueño.

—Buenas noches, señor Martin, dijo tendiendo su mano á Garatuza.

—Decid mas bien buenos dias, porque casi está para amanecer.

—Pues tal me parecia que comenzaba yo á dormir.

—Razon de mas para pedir os mil perdones; pero el caso es este.

—Sentaos.

—No, estoy muy de prisa, y solo por eso me he atrevido á despertaros; en este momento parto para Acapulco, á un negocio de sumo interes, pero tambien de mucho riesgo.

—¡Qué malo está eso!

—Aquí traigo para encargarlo á vuestra fé, este cofrecillo que contiene un manuscrito muy importante; hacedme el favor de guardármelo. A nadie se lo entregueis, ni le deis noticia de él: si sobrevivo en esta empresa, volveré por él; si no, hacedme favor de entregarlo á Don Leonel de Salazar, caso de que esté libre: si á este caballero le sucediere algo malo, que Dios no lo quiera, dad el manuscrito de mi parte á Doña Juana de Carbajal, que vive en la calle de las Canoas, en la casa colorada.

—Cumpliré.

—Ahora, gracias; un abrazo y adios.

—Puesto que no quereis deteneros, adios, y que el cielo os lleve con felicidad y os traiga lo mismo.

El negro y Martin se abrazaron.

Garatuza salió, acompañándole Teodoro hasta el zaguan; se estrecharon las manos, y la puerta volvió á cerrarse.

Los que conocian á Martin no se admiraban ya de sus largos y repentinos viajes, ni extrañaban verle cambiar continuamente de ropa, y encontrarle tan pronto de clérigo como de soldado, tan pronto de caballero como de lacayo.

Martin era un tipo raro, era una especie de Proteo, siempre en movimiento, siempre variando de forma, y apare-

ciéndose en todas partes y cuando menos se le esperaba.

Habia comenzado á hacerse de fama, y algunas veces los oidores de la sala del crimen habian tenido deseos de conocerle, pero no lo habian logrado; bien que tampoco se habia puesto para ello mucha diligencia.

Garatuza salió de la casa de Teodoro, y como ya nada le detenia en la ciudad, se encaminó en busca del Zambo, que le esperaba en la casa de los doce Apóstoles, que era una especie de quinta, fuera ya de México.

En esto empleó cerca de una hora, y cuando se presentó en el lugar de la cita, comenzaba á amanecer.

Las mulas estaban ensilladas y el Zambo dormitaba sentado sobre la caja de Martin.

—Que carguen—le dijo Garatuza.

El Zambo y el arriero se apresuraron á cargar.

Martin subió en una mula, y tomando todo el aire y continente evangélico de un cura que va á una confesion, emprendió su marcha por el camino de Cuernavaca.

Los primeros rayos del sol doraban la elevada cresta del Ajusco.



SEGUNDA PARTE.

LOS DESCENDIENTES DE GUATIMOC.

I.

**En que se ve cómo hablaban mano á mano y sin ceremonia, S. A.
el príncipe de Nassau y el célebre Martín Garatuza.**

ACAPULCO era el puerto mas importante de la Nueva-España, y por eso tenia siempre una guarnicion que para aquellos tiempos en que las armadas europeas entraban tan raras veces por el Pacífico, era muy crecida.

Los piratas franceses, ingleses y alemanes tenian en alárma á la católica Majestad de España y á su real armada; pero solo por el golfo de México y por lo que se llamaba el mar de las Antillas: allí era adonde naves y galeones españoles que volvian cargados con ricos tesoros de las colonias y de regreso á la madre patria, eran apresados por los audaces piratas, que de cuando en cuando se atrevian á las costas y las mismas ciudades de las *nuevas posesiones de las Indias Occidentales*.

Pero las fértiles costas del Pacífico habían tenido tan poco que sufrir, que en Acapulco mismo, el castillo que defendía la plaza y la bocana, era considerado mas bien como un objeto de lujo que como una cosa necesaria.

Así pasaban las cosas en el año de gracia en que tuvo lugar el principio de esta historia, es decir, por 1626.

Una mañana, la corta guarnición de Acapulco estaba tan tranquila como si no hubiera guerra con los holandeses, y en todo se pensaba allí menos en combates, cuando de la pequeña isla de la Roqueta se desprendió una canoa que impulsada por cuatro vigorosos remeros parecía volar sobre la apenas movediza superficie del encerrado vaso que forma el puerto de Acapulco.

Un hombre en pié cerca de la popa, que volvía el rostro continuamente hácia atrás como si le vinieran siguiendo, alentaba con su robusta voz á los remeros.

—Remar firme—decía—remar firme, no hay que perder un instante.

En la playa habia multitud de soldados que se bañaban unos y que paseaban otros por diversion: varios vecinos de la ciudad andaban por allí de paseo.

—Ligera viene aquella canoa—dijo un soldado.

—Como que el vigía tiene unos bogas que son capaces de remar debajo del agua—contestó un paisano.

—Noticia grande debe traer, segun la prisa que le corre—dijo otro.

—Y tanto—agregó un tercero—que todas las lanchas pescadoras que pasan al alcance de la voz, viran y se encajan á la costa.

—Cierto; ahí va á encontrar ahora con la canoa de tío Salvador; veremos lo que hace.

En efecto, la canoa que venia de la Roqueta pasaba cer-

MARTIN GARATUZA.

ca de otra que iba en opuesta direccion; y como estaban cerca de la playa los curiosos, pudieron ver que el hombre que venia dentro de la primera, dirigia la palabra á los que iban en la segunda.

—Orza—gritó uno de los de la playa—el tio Salvador vira y toma tierra.

—Algo grave acontece.

En estos momentos la canoa del vigía tocaba las arenas de la playa, y el hombre que la mandaba saltó á tierra.

Todos corrieron á encontrarle.

—¿Dónde está el comandante?—preguntó el hombre á los soldados.

—En su casa: ¿pero qué hay?

—A la vista velas desconocidas.

—¿Enemigo?

—Parece.

—¿Muchas?

—Una gran armada.

El hombre caminaba dificilmente, acosado por tantas preguntas.

—¿Qué pabellon?

—Holandés.

—¿Cerca?

—Mas de lo que quisiéramos; el viento es favorable, y pronto estarán aquí, que siguen el rumbo.

Habian llegado á la casa del capitan del puerto; el hombre entró, y de la multitud que le seguia, unos corrieron á sus casas difundiendo el espanto y la alarma por todas partes, y otros quedaron esperando los resultados, en la casa del capitan.

Media hora despues, la ciudad estaba en completa revolucion; los soldados habian abandonado el castillo y se ha-

bian formado en la plaza, y los vecinos pacíficos se dividían, unos procurando huir, llevando lo que podían de sus bienes, y estos eran los ricos, y otros se resignaban á esperar, y estos eran los pobres.

En la playa y en las principales alturas que rodean el puerto, se distinguían multitud de hombres y de mujeres, mirando al mar, hablando, gesticulando y mostrando algo entre sí.

De repente se escuchó un grito de angustia, y todos comenzaron á correr, y la tropa comenzó también á desfilar triste y como avergonzada.

Orgullosa y lanzando al aire sus brillantes flámulas y gallardetes y adornada como para una fiesta, se deslizaba sobre las aguas al impulso de un viento favorable, por la bocana del puerto, la primera de las naves que componían la poderosa escuadra del príncipe de Nassau.

Lucía el estandarte del príncipe almirante en el castillo de proa, y á los costados de la nave asomaban sus ennegrecidas bocas de bronce, cañones y pedreros, y la chusma diligente de los navíos entonaba canciones guerreras entre los ingratos sonos del toque de zafarrancho y el monótono ruido de las aguas que iba rompiendo la quilla de los buques.

Detrás del buque almirante seguían los demás; todos ricamente empavesados y coronados todos por la tripulación, ansiosa de combate y de gloria.

El príncipe, sereno, miraba con su anteojo los movimientos de la gente de la plaza.

El castillo estaba abandonado, sus almenas desiertas, la ciudad solitaria; por las veredas de los cerros que circundan la población, como cordones de hormigas que huyen, los habitantes; y allá á lo lejos y encumbrada ya, la guarnición que se ponía en salvo.

—Así me lo esperaba—dijo el príncipe; y se ordenó inmediatamente el desembarco.

De los costados de todos los buques se desprendieron grandes canoas cargadas de soldados, y el príncipe de Nassau, solo, en una elegantísima lancha, atravesó entre todas ellas en medio de los víctores entusiastas de sus marinos y al son de músicas sonoras, que llevaban sus ecos hasta los oídos de la fugitiva guarnición.

El príncipe tomó posesión de la ciudad, y sus soldados se repartieron los alojamientos.....

.....

Varios días habían pasado así; la armada holandesa permanecía en el puerto de Acapulco, sin que por parte de los habitantes ni de las tropas españolas se hubiese hecho ninguna muestra de hostilidad.

Los proveedores y los marinos se habían internado en las costas buscando reses, que se encontraban con gran facilidad, y nunca habían tenido ninguna aventura.

Los vecinos habían cobrado confianza y habían vuelto á la ciudad y á sus casas abandonadas.

Se había mandado hacer acopio de provisiones para los buques de la armada, y los exploradores del príncipe le aseguraban que por la parte de tierra nada había que temer.

Pero la gente de la escuadra comenzaba ya á fastidiarse de aquella situación; y el príncipe se impacientaba también y no daba sin embargo orden ninguna para que las naves se aparejasen para marchar.

Era indudable que esperaba algo; pero lo que esperaba nadie lo sabía.

Una mañana se presentó en los reales del príncipe un eclesiástico que preguntaba con mucho empeño por S. A.:

unos soldados no le entendian, otros no le hacian caso; pero él de puesto en puesto, continuó avanzando, hasta que un oficial le condujo á la presencia de S. A.

El príncipe hablaba el español correctamente.

El oficial le presentó al clérigo.

—¿Qué me quereis?—preguntó el príncipe.

El clérigo sin hablar una palabra, sacó de debajo de su balandran negro un pliego que le entregó.

Rompió el príncipe la cubierta, y leyó con atencion durante un largo tiempo: despues dirigiéndose á los que le rodeaban, les dijo:

—Dejadme solo con este hombre.

Todos se retiraron, y entonces S. A. hizo seña al recién venido, que habia permanecido de pié, que se sentase: obedeció el otro con muestras de profundo acatamiento, y el príncipe comenzó la conversacion de esta manera:

—¿Con que segun me indican aquí vuestros paisanos, no ha sido posible que el movimiento concertado se verifique en México?

—Así ha sucedido en efecto, señor.

—Cosas son estas propias de vosotros, de quienes hice mal en fiarme.

—Hay, señor, acontecimientos que no está en la mano del hombre el dirigirlos.

—Y sin embargo de eso, heme aquí, que llego y tomo la plaza el mismo dia que os lo ofrecí, mientras que vosotros no habeis podido cumplir vuestra palabra.

—Comprenda V. A. la inmensa diferencia que existe entre llegar al frente de una poderosa armada, que obedece como un esclavo las órdenes que salen de la bocina, al frente de una plaza cuya guarnicion huye como una manada de ciervos, y levantar el estandarte de un pueblo que gime de-

sarmado y débil, bajo el yugo de sus conquistadores.

—¿Con que es decir, señor reverendo—dijo el príncipe, cuyos ojos comenzaban á encenderse por la cólera—que juzgais vos que nada vale haber tomado á Acapulco?

—Líbreme Dios de semejante cosa; lo que aseguro á S. A. es que mientras mas difícil juzgue la empresa que acometió y llevó á feliz término, mas debe comprender los escollos de la que abarcan en México mis hermanos.

—Bah! con quinientos de mis marinos me comprometeria yo á tomar á México, y traer engrillado á mis galeras á vuestro virey.

—Ya lo creo—dijo socarronamente el clérigo;—pero la dificultad está en encontrar entre nosotros un jefe como V. A. y quinientos hombres como sus marineros.

El príncipe tenia demasiado talento para no comprender que habia dicho una cosa que era inconveniente, y reportándose continuó:

—Ciertamente que os he dicho una exageracion; veo que vosotros habeis hecho todo lo posible por adquirir vuestra independencia; pero no puedo yo permanecer aquí indefinidamente, ni exponerme á penetrar en el interior del país sin contar con un movimiento popular que me proteja: en consecuencia, tan luego como sople buen viento levanto anclas.

—Desgraciadamente no hay otro remedio.

—Y decidme, por curiosidad, ¿cómo os llamais?

—Me llamo el bachiller Martin de Villavicencio Salazar, humilde servidor de V. A.

—Vuestro traje no podia engañar, puesto que clérigo sois.

—Por el contrario, no juzgue V. A. por el traje, que no soy clérigo; visto así para caminar con menos dificultades,

que en Nueva-España vale mas un manteo que una carta de nobleza.

—Y en la España vieja tambien—contestó el príncipe.

Terminó la conversacion, y aquella misma tarde se comenzaron á hacer por la escuadra los preparativos para levantar anclas, con gran satisfaccion de toda la chusma.

II.

En el que Garatuza prueba que el hábito hace al monje.

MARTIN dejó que partiese el príncipe con su armada.

El viento sopló favorable; henchidas las velas, hicieron estremecer los altos cascos de las naves; sonó la señal, y como inclinándose ante la potencia del aire, las embarcaciones partieron, levantando graciosamente sus popas y haciendo hervir el agua bajo sus quillas.

La bocana quedó desierta y la plaza solitaria.

Entonces como saliendo de sus tumbas, aparecieron algunos habitantes que volvian á mirar tímidamente á todos lados, como si temieran encontrar aún allí á los holandeses.

Poco á poco todos volvieron á sus casas, y solo las autoridades y la guarnicion participaban de la alegría general, porque se habian retirado á larga distancia.

Martin se aparecia tambien como recién venido y se hacia pasar por un clérigo extraviado que llegaba en los momentos en que los enemigos de la fé católica y de S. M. el rey de España se hacian á la vela.

El cura y los vicarios del lugar estaban ausentes, y los españoles avecindados en Acapulco, querian funcion religiosa en accion de gracias, y Martin les venia como llovido del cielo y como enviado por Dios.

Comenzaron las súplicas, y los empeños, y las promesas, y Garatuza se encontraba en un verdadero conflicto.

En vano pretextó la pérdida de sus *licencias*, nada valía ante aquella gente obstinada; y Martín cedió á la tentación, y para el día siguiente se determinó que se celebraría una misa solemne en acción de gracias por haber librado Dios á Acapulco de sus encarnizados enemigos.

Una vez decidido Martín á representar el papel de clérigo, no le faltaban ni conocimientos ni audacia para salir airoso del empeño; y tomó tales maneras y dispuso tan bien las cosas, que en un día se hizo el sacerdote favorito de toda la población: pero lo más terrible era que los vecinos querían sermón.

Las primeras horas de la noche las pasó Martín meditando y buscando un texto bíblico; pero había la dificultad, en primer lugar, de que no había Biblias, y en segundo, que hubiera sido un inmenso trabajo para Martín engolfarse en los libros santos en busca de un texto.

Afortunadamente repasando en su memoria lo que recordaba del latín, para edificar á sus feligreses le vino como una inspiración:

*Gloria in excelsis Deo,
et in terra pax hominibus
bone voluntatis.*

Martín estaba salvado; comprendió cuánto partido podía sacar de estas palabras, y se echó á dormir tranquilamente.

A la mañana siguiente el tañido de las campanas lo hizo despertar.

Recordó su situación y su compromiso, y saltó del lecho repasando en su mente el texto de su sermón.

Una hora después, Martín estaba delante del altar cele-

brando su primera misa á presencia de un devotísimo pueblo que miraba edificado al nuevo sacerdote.

Martin con toda la devocion de un santo imitaba las ceremonias de la misa.

Llegó el Evangelio, se quitó la casulla y trepó al púlpito.

Mucho tiempo habia vivido Garatuza entre gente de iglesia para no conocer la retórica eclesiástica de aquellos tiempos; los gritos, las preguntas, los movimientos de las manos y de la cabeza, y hasta el aire plañidero y magistral, segun lo exigian las circunstancias, y aquel repetir el texto en latin y castellano, viniera ó no al caso, sin olvidarse de implorar el auxilio del Señor por intencion de su divina Madre.

El sermon hacia furor, las devotas lloraban y el predicador descendió á continuar la misa en medio de las bendiciones de sus fieles.

El santo sacrificio terminó felizmente, y Martin encontró en la sacristía un suculento desayuno, un papelito de colores en el que venian envueltas muchas monedas de oro, y un gran concurso que lo felicitaba y lo admiraba.

La casa en que se habia alojado Martin, fué durante todo el dia el centro de reunion; como predicador habia Garatuza adquirido un gran triunfo, y las mas lisonjeras ofertas se sucedian.

Se hablaba ya de pedir á la mitra de México el curato para el padre José Rivera, como se habia hecho llamar Garatuza, y al fin pudo verse libre de aquella repentina popularidad, con la promesa formal de volver en la Semana Santa á predicar y ayudar al cura en la administracion de la feligresía.

Martin avisó á todas aquellas gentes que á la mañana siguiente saldria de la poblacion, y se retiró á su aposento á formar el balance de los productos del dia.

La misa, el sermón, *las galas* de escudos que con tal abundancia se daban en aquellos tiempos, habían aumentado considerablemente el caudal de Martín.

—Decididamente—decía guardando su dinero en una larga bolsa de seda—yo debo cultivar esta gracia que Dios me ha dado y que no me conocía; y á fe que todo esto será mas abundante en el interior del país, que cosa cierta es que en los puertos las gentes son menos devotas por el continuo trato con los marinos.

Al día siguiente muy temprano, Martín salió de Acapulco, pero no como había llegado; muchos vecinos á caballo lo acompañaron á mas de una legua y deseándole mil felicidades; se despidieron de él, no sin hacerle antes algunos regalos de vinos y otras cosas para el camino.

Martín tenía que llegar al pueblo en que había dejado á su familia, y de la que por muchos días había estado ausente; y Martín no era hombre que olvidara sus obligaciones.

Pero durante aquella travesía, su capital aumentó, porque ya diciendo una misa, ya predicando, refiriendo una novela distinta á cada cura de pueblo y lamentando una desgracia en cada poblacion, por todas partes encontraba las puertas abiertas, y en todas partes era recibido como un amigo, obsequiado como un hombre notable y sentido como un bienhechor que se aleja, ó como un consuelo que se pierde.

Martín conoció que el negocio que había emprendido era de aquellos en que es preciso aprovechar el tiempo, y mandó á su familia á México, tomando él por un camino muy distinto.

La bonanza seguía deshecha; casi no se pasaba un día en que no celebrara una misa, que por lo mismo que era extraordinaria se pagaba mejor.

MARTIN GARATUZA.

245

Casi siempre á la hora de celebrar Martin entraba en cuentas consigo mismo, y cuando tenia la hostia entre sus dedos y todo el pueblo cristiano se arrodillaba y oraba lleno de recogimiento y de fervor, cuando pasaba por su imaginacion el peligro inminente que estaba corriendo, exclamaba á la hora de las palabras de la consagracion:

Garatuza, ¿en qué pararán estas misas?

La repeticion de unos mismos actos forma la costumbre, y Martin llegó á formar la costumbre de decir siempre al consagrar:

Garatuza, ¿en qué pararán estas misas?

Algunas veces decia esto instintivamente y en voz tan alta, que no faltó quien lo percibiese, y la noticia de tan extraña oracion comenzó á alarmar á ciertos cristianos no muy crédulos.

Pero como apenas permanecia unas cuantas horas en los pueblos despues de la misa, de aquí resultó que aunque no quedaran allí muy tranquilos, los comentarios y las sospechas se formaban cuando él iba ya en marcha, y á muy pocos les ocurrió, y nadie lo puso en práctica, emprender su persecucion.

Unos temian que todo aquello no fuese mas que una calumnia, y otros decian perezosamente:

—¿Quién me mete á mí en la renta del excusado?

Y Martin seguia su viaje sin contratiempos de ninguna especie.

III.

De lo que habia pasado en México con Don Baltasar de Salmeron.

EN una de las cámaras del palacio de los vireyes, el marqués de Cerralvo y el visitador conversaban secretamente con Don Baltasar de Salmeron.

—Supongo—decia el virey—que teneis sospechas de la persona que intentó mataros.

—Sospechas..... sí..... Exmo. Sr.—contestó Salmeron—porque á juzgar por su voz, por lo que me dijo y por los antecedentes que he referido á V. E., debe de ser el tal un criado de mucha confianza que en palacio he visto.

—¿Y recordais su nombre?—preguntó el visitador.

—No le supe, ó si me lo dijo, héle olvidado enteramente.

—¿Dónde le visteis por primera vez?

—Es el mismo que á su señoría dije que entregué la carta para S. E., en que le daba cuenta de todo lo acontecido en las juntas de los conspiradores, y que jamás llegó al poder de su señoría.

—Calculo para mí—dijo el virey—que otro no puede ser ese que Benjamin: su repentina desaparicion es un indicio mas que vehemente.

MARTIN GARATUZA.

—En efecto—agregó el visitador—eso coincide tambien con la pérdida de una gran parte de la vajilla de palacio.

—Ordenes tengo dadas de que se le persiga, y no dudo que se conseguirá: en cuanto á vos, Don Baltasar, creo que la herida de ese tuno no os habrá dado mucho que hacer.

—Así es en efecto, Sr. Excelentísimo—que no fué cosa que pudiera poner en peligro, no digo mi vida, sino aun mi salud por mucho tiempo, que mas bien fué un ardid que usé para librarme de él, haciéndole huir así.

—Bien pensado; pero sigamos con la conspiracion: deciais que los principales en ella eran sin duda Don Alfonso de Salazar y su hermano Leonel, recien venido de España.

—Y agregué á S. E. que debian estar, ó mas bien dicho, que estaban de acuerdo con el príncipe de Nassau, que al frente de una escuadra debia aportar á la costa de Acapulco para ayudarles, intentando una invasion por el Sur.

—Ilusiones me parecen esas y delirios de su locura, que de la tal escuadra no hay noticias de que navegue por el mar de Filipinas.

—Eso era al menos lo que allí decian, y por eso se lo refiero á S. E.

—Además, habia en el negocio una dama que se dice descendiente de Guatimoc y que es la mas temible, porque da dineros para todo y goza de mucho poder entre los conjurados.

—¿Qué dama es esa?

—En tal secreto se guarda su nombre, que solo he podido averiguar que tiene una hija hermosa por toda familia, que vive sola con ella, que visten ambas luto siempre, y que se dejan ver pocas veces en la calle.

—Señales son esas tan vagas, que estoy por creer—di-

jo el virey—que vuestra dama misteriosa es como la escuadra del príncipe de Nassau.

Llamaron en este momento á la puerta, el virey dió permiso y entró un lacayo.

—¿Por qué interrumpes?—preguntó severamente el virey.

—Perdóneme V. E.; pero un correo trajo este pliego que asegura que urge mucho.

Y el lacayo presentó al virey en una bandeja de plata un pliego cerrado.

Abrióle el virey, y palideció á medida que iba leyendo.

—Mire su señoría—dijo al visitador, tan preocupado que olvidó la presencia allí de dos extraños—el príncipe de Nassau ha ocupado el puerto de Acapulco.

Los ojos de Salmeron brillaron de alegría; aquella noticia venia á confirmar sus declaraciones y ponerle en un buen lugar delante del virey y del visitador.

—Espera afuera—dijo el marqués al lacayo, que salió, cerrando la puerta.

—¿Qué pensais de eso, señor visitador?

—Pienso que es negocio tan grave, cuanto que confirma lo que el señor de Salmeron nos habia dicho, y que es necesario tomar medidas muy enérgicas no solo para esto, sino tambien respecto á la conspiracion.

—Energía—dijo el virey—energía y actividad; solo así podremos salvarnos. ¿Están presos D. Leonel y su hermano?

—Don Leonel está preso, su hermano Don Alfonso no ha podido ser encontrado.

Es preciso buscarle por todas partes, y en cuanto á vos, señor de Salmeron, supuesto que teneis algunos datos, es preciso que salgais en averiguacion de quién era esa dama misteriosa que, segun vos, es el alma de la conspiracion; esta misma noche espero que me traigais noticias.

MARTIN GARATUZA.

—Haré como V. E. lo dispone.

—Entonces podeis retiraros.

Don Baltasar se levantó humildemente, hizo una caravana y se retiró.

—Pues que yo lleve—decia caminando para su casa—noticias de esa dama, es necesario, preciso; quizá quizá esto me puede valer mucho tal vez, y es casi seguro, llegaré hasta ser el favorito del virey y del visitador.

Y meditando en esto, seguía por las calles de Ixtapalapa.

.....

.....

.....

Los amores de Don Pedro de Mejía con Estela, como él llamaba á Catalina, la fingida marquesa, estaban de tal manera adelantados, que ya en todas partes se comenzaba á susurrar que Don Pedro pasaba á segundas nupcias.

Pero en lo general esto se tenia por una calumnia, porque en México se sabia que Don Pedro se habia casado con una mujer que habia desaparecido la noche de la boda sin saberse su paradero.

Sin embargo, la verdad era que Mejía formalizaba ya su casamiento, y que Catalina y su madre habian llegado á saber que era casado, y querian asegurarse de manera que aunque esto resultara cierto, no se hubiera perdido el golpe.

—¿Sabeis, Don Alonso—decia Catalina á Don Alonso de Rivera, que hablaba á solas con ella—que nuestro hombre me parece que tiene mas de bellaco que lo que nosotros nos habiamos creído?

—¿Por qué me decís eso, hermosa mia?

—Porque segun voces sueltas, á las que no puedo menos de dar crédito, es casado ese hombre.

—¿Y eso qué os importa?

—¿Cómo! ¿me preguntais eso? ¿pues no sabeis que tengo ya recibida de él palabra de casamiento?

—¿Y qué?

—Me asombráis; ¿os parece cosa de juego que me enlace con un hombre casado? ¡Jesus me asista!

—Catalina, dejad la comedia para otra vez.

—¿Llamais comedia á un sacrilegio?

—Llamo comedia, hermosa, no al sacrilegio, que cristiano viejo soy; pero ¿cómo creéis que pueda suponer de buena fe que realmente os escandalizais?

—¿Acaso no soy tan buena cristiana como vos?

—Podeis serlo tanto como el Papa; pero seguro es que tanto se os da de que Don Pedro sea casado, como si fuera musulman.

—Me insultais.

—No os insulto, os conozco; venid acá, lucero del alba: ¿acaso yo creo que sois la tímida marquesita de Torreflorida? ¿ne sé yo por demás que nunca habeis tenido, al menos desde que nos tratamos, escrúpulo de nada? ¿de dónde voy á comulgar ahora con esa virtud? Hablemos como buenos amigos que no nos podemos engañar. •

—Pero si ese hombre es casado—dijo Catalina cambiando de tono—me caso, aparece la otra, y me quedo burlada.

—En primer lugar, os aseguro que la otra murió; en seguida, aun cuando viviese, ningunos derechos tiene.

—¿Y si acaso los tuviera y quisiera hacerlos valer?

—Pero si es muerta.

—Quiero suponer que vive.

—Entonces á Don Pedro, por haberos engañado, le condenarian á daros un dote proporcionado á sus intereses y bienes, que seria muy respetable.

—¿Así sucederia?

—Os respondo de ello, que nuestros negocios están ligados y yo no me descuido: fiad en mí.

—Fio en vos, y es preciso que procureis precipitar la boda, que ya me parece que es tiempo.

—Pronto sereis la esposa de Don Pedro, que él mas que nosotros desea que llegue ese momento.

Y Don Alonso tenia razon; Mejía estaba verdaderamente apasionado de Catalina; ella habia procurado seducirle, fascinarle, y lo habia conseguido.

Generalmente en el mundo los hombres que tienen la desgracia de ser ricos y tontos, son el juguete de las mujeres aventureras, sin que lleguen jamás á adquirir experiencia; cada golpe les hace exclamar: «seré mas prudente en lo sucesivo,» y á cada nueva tentacion exclaman tambien: «esta sí no es como aquella; ¡qué diferencia!»

Exactamente esto pasaba con Don Pedro de Mejía; así hablaba con Don Alonso, que procuraba por su parte sostenerle en sus propósitos, logrando con esto lisonjear sus pasiones, haciéndole mas apreciable, y ayudar á Doña Catalina en sus planes.

Don Alonso entró en la casa de Don Pedro y le encontró contemplando un magnífico collar de perlas.

—¿Qué os parece, señor Don Alonso, este collar?—le dijo.

—En verdad—contestó Don Alonso—que no le he visto igual nunca: ¿le habeis comprado?

—Sí, que es uno de los regalos de boda para Estela.....

—¿La quereis mucho?

—Oh! como no he querido en la vida á ninguna mujer.

—¿Y lo merece?

—¡Cómo si lo merece! Mirad, tan bella como virtuosa, tan discreta como noble, tan tímida como amable: es una joya esa muchacha; soy el hombre mas feliz con ser su esposo.

—¿Y cuándo pensais realizar ese matrimonio?

—Muy pronto, muy pronto, antes de ocho dias, porque las horas que tarde en verificarlo me parecen años. Ya estoy corriendo las diligencias, tengo ya en mi poder el certificado del entierro de Luisa, y voy al Arzobispado esta misma tarde á pedir la dispensa de las amonestaciones: en fin, todo va de prisa.

—Me parece muy bien.

—En este momento acabo de decir á mi mayordomo que anuncie esta buena noticia á los administradores de las haciendas para que vengan á reconocer á su ama, y que se manden hacer libreas nuevas para toda la servidumbre, y en fin, que todo se prepare con el boato que merece la marquesita.

—¿Y no habeis ido hoy á visitarla?

—En este momento iremos, si os parece y me quereis acompañar.

—Con todo mi gusto.

—Dejadme solo guardar este collar.

Don Pedro guardó el collar en una gabeta, tomó su ferreuelo y su sombrero, y salió acompañado de Don Alonso.

En los patios habia una especie de tumulto: el mayordomo habia mandado reunir á los criados para anunciar las órdenes de su amo.

—¿Ya estan ahí todos?—dijo el mayordomo.

—Sí—contestaron muchas voces.

—¿Todos? porque el señor no quiere que falte nadie.

—Solo el pobre Lázaro falta, dijo uno.

—Pues que le llamen.

Dos lacayos fueron por Lázaro, á quien todos le tenian un gran cariño por su humildad, y le colocaron en primera línea.

MARTIN GARATUZA.

253

—Es el caso que el amo—dijo el mayordomo—quiere casarse muy pronto, y dispone que esto sea con el mayor regocijo. Para esto, en este mismo mes, que será su boda, todos tendreis librea nueva de cuenta de la casa y salario doble.

—¡Que viva el amo!—gritó un lacayo.

—¡Que viva!—contestaron los demás.

—Ahora—continuó el mayordomo—es preciso saber corresponder, arreglarlo todo y dejar la casa como un plato de china para el día de las fiestas; con que no sea necesario que yo os ande cuidando, ¡eh!

—No.

—¿Y á señor Lázaro qué le darán?—preguntó un lacayo.

—A ese—contestó el mayordomo mirando á Lázaro—á ese ya veremos; el amo no se quedará corto: idos.

Y todos se retiraron victoreando á Don Pedro de M

IV.

En que se trata de una persona insignificante, pero que hace gran papel en esta historia.

LAZARO, que como hemos visto no era otro que Don César de Villaclara, salió en la tarde del mismo día en que se anunció el casamiento de Don Pedro, y se fué derechamente á la casa de Teodoro.

El negro le vió entrar, y con gran disimulo le llevó hasta la cámara que le había destinado.

—Teodoro—le dijo Don César cuando estuvieron solos —¿recuerdas á Luisa la mujer de Don Pedro de Mejía?

—Perfectamente—contestó el negro.

—¿Sabes su paradero?

—Exactamente no puedo decirlos ahora dónde se encuentra, ni si ha muerto ó aun vive.

—Pues necesito saberlo.

—¿Os importa?

—Mucho; que Don Pedro debe casarse muy pronto, y esto seria el principio de mi venganza.

—En ese caso la buscaremos.

—¿Quién pudiera darnos razon de ella?

—Don Melchor Perez de Varais, en cuya compañía vivia, ó el oidor Don Pedro de Vergara Gaviria.

MARTIN GARATUZA.

—Difícil me será ver á cualquiera de ellos sin descubrirme.

—En tal caso, tambien el arzobispo Don Juan Perez de la Cerna, que es enemigo mortal de Don Pedro por los negocios del de Gelvez.

—¡Oh, si estuviera aquí Martin!

—Dios sabe lo que será de él, porque hace mucho que no le veo, y me dijo una noche que partia para Acapulco; tal vez se haya ido ya.

—¿Qué hiciéramos?

—Veré al arzobispo.

—¿Tú?

—Yo; por los mismos asuntos del motin le he conocido.

—Bien; me harias en ello un servicio.

—¿Y qué quereis que le diga?

—En caso de que llegues á hablarle, nuestro plan tiene que combinarse mejor; debes decirle que Don Pedro, grande enemigo de él y de los suyos, trata de contraer matrimonio; que segun entiendes, Luisa su mujer vive, y que irritado como estás por las malas pasadas que os hizo Don Pedro, quisieras consejo de su Ilustrísima para buscar á Luisa y presentarla á Don Pedro en el momento de la celebracion del matrimonio.

—Y lo que me conteste.....

—Me lo avisarás inmediatamente: ¿cuándo piensas ir?

—Ahora mismo; si me esperais aquí, pronto estoy de vuelta.

—Esperaré.

—En ese caso me voy.

Teodoro, cuando se trataba de servir á uno de sus amigos, era activísimo; pero en este caso, en que todos los recuerdos de sus padecimientos se encendian, no podia vacilar.

Poco rato despues, penetraba en el palacio de S. Illma.

Don Juan Perez de la Cerna no era ya, como en los tiempos del marqués de Gelvez y despues en los del gobierno de la Audiencia, un príncipe rodeado de cortesanos y de ostentacion; la estrella del prelado comenzaba á nublarse, y la tempestad rugia ya por el lado de la corte de España.

Por mas cartas y manifestaciones que él y los suyos habian enviado al rey, S. M. habia fruncido el entrecejo, y el seño real habia, por decirlo así, atravesado el océano y venido á entristecer y á acobardar al poderoso arzobispo.

El palacio de S. Illma. habia comenzado á quedar solitario; poco á poco habian ido desertando unos en pos de otros los aduladores, y cuando Teodoro llegó á visitarle, aquella era ya la casa del verdadero obispo cristiano.

S. Illma. estaba encerrado en su biblioteca leyendo ó meditando, y en la antesala dormitaban dos familiares.

El desagrado del soberano se hacia sentir allí cruelmente. Teodoro habló á uno de los familiares.

Como era natural, supuesto el aislamiento del arzobispo, no hubo necesidad de esperar mucho tiempo para conseguir la audiencia.

El familiar volvió á presentarse y abrió la puerta para hacer entrar á Teodoro.

Don Juan Perez de la Cerna estaba sentado en un sitio dando muestras de profunda melancolía; su semblante indicaba cuánto sufría aquel espíritu vigoroso é inquieto, con la situacion en que la suerte le colocaba: podia decirse que el arzobispo habia envejecido en pocos dias.

Alzó indolentemente el rostro para mirar á Teodoro, y no lo reconoció al pronto.

—Buenas tardes Illmo. Sr.—dijo Teodoro inclinándose respetuosamente.

—¿Qué se te ofrece?—preguntó el arzobispo sin contestar el saludo.

—Vengo á consultar á su señoría Ilustrísima sobre un negocio.

—Habla; pero procura ser breve, porque estoy enfermo.

—Seré breve: sabrá su señoría Ilustrísima que yo fuí aprisionado por el marqués de Gelvez, cuando el negocio del tumulto que recordará S. Illma.

El arzobispo movió con disgusto la cabeza y miró á Teodoro.

—¿Y á qué viene eso?—dijo.

—Permítame S. Illma. que le hable, porque eso tiene mucho que ver en el negocio de que voy á tratar.

El prelado inclinó la cabeza como resignándose á oír.

—Don Pedro de Mejía—continuó Teodoro—fué sin duda uno de nuestros mayores enemigos y que influyó mucho en mi prision; Don Pedro era casado con una dama que se llamaba Luisa, la cual apareció despues porque Don Pedro la abandonó la misma noche de su boda, como esposa del corregidor Don Melchor Perez de Varais.

El arzobispo comenzó á escuchar con interés.

—Yo—continuó Teodoro—sé que en estos dias se casa Don Pedro con una dama de quien está apasionado, y quiero que me alumbre S. Illma. para que sepa yo lo que debo hacer, á fin de buscar á esa Doña Luisa, para presentarla en compañía de la justicia, á la misma hora del casamiento de Don Pedro. Ellos nos han ganado; el visitador nuevo quizá nos persiga; pero nos hemos de vengar de los que nos han traído tantos males á su señoría Illma. y á sus partidarios.

En la cabeza del prelado se acumularon en aquellos momentos sus recuerdos del pasado, sus descepciones del pre-

sente, su abandono, su aislamiento, su porvenir en la corte.

El arzobispo era hombre, y sintió hervir su sangre con las palabras de aquel que tenia valor de llamarse su partidario en la desgracia, que resentia lo que él habia sufrido, y que pensaba aún en vengarse y en combatir, cuando todos temblaban y huian de él.

En vez de contestar preguntó el prelado:

—¿Cómo te llamas?

—Teodoro.

—Teodoro! yo te conozco, es ¿verdad?

—Martin de Villavicencio, el Bachiller, me presentó con S. Illma. en aquellos tiempos mas felices para nosotros.

—Es verdad. ¿Y Martin adónde está? ¿tambien me ha olvidado?

—Nolo piense S. Illma.; Martin tuvo que huir y está lejos.

—¿Qué objeto llevas al querer impedir el matrimonio de Don Pedro?

—Castigarlo yo, ya que no hay autoridad que lo haga.

—¿Y cómo lo conseguirás?

—Si encuentro á Luisa y S. Illma. me protege, en primer lugar se estorba esa boda, y despues se da un escándalo, en el que quien pierde es Don Pedro.

—Pues yo no sé adónde está Luisa, pero preguntaré á quien debe saberlo, te lo diré, y te daré consejo; porque la venganza no es buena, aunque sí el castigo del malvado.

—¿Cuándo quiere S. Illma. que vuelva?

—Mañana mismo.

—En ese caso ya no molesto á S. Illma. y me retiro.

—Adios, Teodoro, hasta mañana—dijo el prelado dándole á besar el pastoral.

Teodoro se retiró y el arzobispo le siguió con a vista hasta que le vió salir.

MARTIN GARATUZA.

—He aquí un negro—exclamó—como debieran ser muchos blancos: este tiene ánimo, este no desmaya, este no teme como yo, cuando debiera amedrentarse, mas porque él puede subir al cadalso, mientras que yo nunca; y sin embargo, él está sereno y ne se entristece, y vencido desgraciado, lucha y espia el momento de su enemigo para combatirle y vencerle; porque lo vencerá y yo le ayudaré porque lo merece, y porque su causa es mi causa, y su venganza es mi venganza; y seria horrible que mañana que el rayo de la corte me hiera, estos hombres se rian de mi desgracia....No....no.....¡cuantos pueda derribar antes de hundirme, caerán!

El arzobispo se puso á pasear en silencio.

—Buscaré á esa Luisa y le ayudaré al negro; Don Pedro de Vergara Gaviria sabrá de ella; él tambien tiene mucho que vengar en nuestros enemigos; le comunicaré el proyecto de Teodoro, y nos ayudará.....Le enviaré á llamar.

Y sentándose inmediatamente, escribió una esquila que plegó poniéndole la direccion.

Tocó en seguida una campanilla, y un familiar se presentó á recibir sus órdenes.

—Esta carta al licenciado Don Pedro de Vergara—dijo el arzobispo.

Media hora despues, Don Pedro entraba en el palacio arzobispal.

—Aquí me tiene S. Illma.—dijo presentándose.

—Mi señor Don Pedro—contestó el prelado;—tome asiento su señoría, y hablaremos de un negocio.

Sentóse Don Pedro de Vergara, y el arzobispo continuó:

—¿Os pesaria darle un mal ratô á Don Pedro de Mejía, nuestro antiguo conocido?

—A fé que no me pesaria mucho.

—Pues cosa fácil será si quereis.

—Quiero, que me tiene aún muy ofendido, y temo que de nosotros se ha de reir, segun van las cosas.....

—Entonces, os diré que Don Pedro está muy apasionado, y muy pronto debe contraer matrimonio, para lo cual él prepara solemnes fiestas.

—¿Y bien?

—¿Cómo y bien? ¿no comprendéis aún?

—Os aseguro que no.

—¿Don Pedro de Mejía no se casó con Luisa?

—Sí.

—Luego siendo casado, no puede contraer.....

—Permítame S. Illma., que Don Pedro no es casado.

—Pues ¿y Luisa?

—Murió en las cárceles del Santo Oficio.

—¿Murió?—dijo espantado el arzobispo;—entonces nada se puede hacer.

—Por ese lado al menos.

S. Illma. quedó pensativo.

—Pero ¿cómo es—dijo de repente—que Don Melchor, que la hacia pasar por su mujer, no me refirió jamás esto?

—Esa es una historia bien curiosa: Luisa fué ahorcada en las cárceles secretas del Santo Oficio; pero tratando de ocultar esto á Don Melchor, se le dijo que por artes mágicas habia perdido su figura, y con el testimonio del inquisidor mayor y el mio, tomó por su mujer á una negra, á quien le presentamos como tal, y se la llevó, compadeciéndose mucho de su situacion.

—¿Eso ha pasado?

—Como se lo cuento á S. Illma., solo que como se trataba de salvar el honor de la Inquisicion, de evitar un escándalo, yo me presté fácilmente, y suplico á S. Illma. que

MARTIN GARATUZA.

me guarde esto como revelado bajo el sigilo sacramental.

—Hé aquí que estamos salvados—exclamó el arzobispo.

—¿Cómo?

—Luisa, oficialmente, es decir, para nosotros, para la Inquisición, para la Iglesia, existe.

—¡Existe!

—Sin duda; testimonios irrecusables prueban que la sacó de la Inquisición Don Melchor Perez de Varais; eso lo declarareis vos, el inquisidor mayor, yo, Don Melchor, el secretario y familiares del Santo Oficio, y que es la misma que debe vivir con Perez de Varais, y aun cuando se empeñaran en negar ella y Mejía, el juez debía fallar por las pruebas *secundum alegata et probata*, y en ese punto es seguro que se triunfa; luego resulta que es casado Don Pedro de Mejía, que se impide el matrimonio que medita, que se le obliga á reconocer como su esposa á la mujer que entregásteis á Don Melchor, y que el castigo es para él mayor, que era lo que queria yo probaros.

—Comprendo, comprendo.

—En ese caso, escribid á Don Melchor que venga, trayendo á su esposa.

—Fácil será hacerle condescender, porque tiene que venir en estos dias á felicitar al virey.

—Entonces escribidle.

—Lo haré como S. Illma. lo dispone.

El arzobispo y Don Pedro de Vergara siguieron conversando hasta una hora despues que éste se despidió.

En la misma noche un correo de Don Pedro de Vergara salia para Metepec, con cartas para el alcalde mayor Don Melchor Perez de Varais.

Don Pedro de Mejía siguió haciendo los preparativos de su boda.

V.

En el que se verán cosas muy grandes.

UNA tarde, seis días después de los acontecimientos que referimos en el capítulo anterior, entraban á México dos carrozas seguidas de una multitud de criados á caballo.

En la primera iba Don Melchor Perez de Varais, alcalde mayor de Metepec, y que venia á presentar sus respetos al nuevo virey y á sincerarse de los cargos que se le hacian por la parte que decian se le atribuia en el tumulto contra el marqués de Gelvez.

El alcalde venia asomándose por las ventanillas del carruaje y saludando á los conocidos que encontraba entre la multitud, que se detenia en las calles para ver pasar la comitiva.

La segunda carroza iba enteramente cerrada y cubierta con una gran camisa blanca, llena de polvo, lo que era indicio de que muy pocas veces se habia abierto durante todo el camino.

Don Melchor tenia en México su casa, y los dos carruajes y los criados penetraron al patio, cerrándose inmediatamente el zaguan, con lo que quedaron burladas las esperan-

zas de los curiosos que pretendían ver lo que contenía el misterioso carruaje cubierto.

Don Melchor saltó del que le había conducido y se dirigió al otro, que los criados habían comenzado ya á abrir.

En el interior se vió entonces á una negra con una fisonomía estúpida y horrible, pero cubierta de seda y adornada con multitud de alhajas de oro.

Dos criadas, esclavas á lo que parecía, la acompañaban.

La negra sonriéndose descendió, sostenida por Don Melchor, que parecía tratarla con toda especie de miramiento.

Los criados sacaron de los coches multitud de bultos de equipaje y comenzaron á subirlos.

La negra con un aire estúpidamente alegre y apoyada en el brazo de Don Melchor, subió también la escalera mirándolo todo con gran curiosidad, y entrando en una de las cámaras se dejó caer en un sitial.

La negra seguía mirando todo y sonriendo, Don Melchor la contemplaba con cierta especie de compasión y de tristeza.

—¿Estás cansada, Luisa?—le preguntó.

La negra le miró fijamente sin contestar; Don Melchor movió la cabeza é insistió en su pregunta alzando la voz.

—¿Estás cansada?

—Hambre yo, comer yo—contestó la negra.

—¡Pobre mujer! exclamó el alcalde—¿quién pudiera reconocerla así?

Entonces llamó á dos esclavas que vinieran á cuidar de la que él llamaba Luisa, y se retiró á su aposento.

Don Melchor comía solo; á la negra le servían en su aposento, y así se hizo también en aquel día.

A la mañana siguiente Don Melchor entraba en casa del oidor Don Pedro de Vergara.

—Heme aquí—dijo Don Melchor despues de los saludos de costumbre—héme aquí ya en México como deseábais, y trayendo á Luisa conmigo, que fué lo que me encargásteis mas: deseo que me digais el objeto de este viaje.

—Sí haré, y os aseguro que quedareis satisfecho; trataré de castigar á un hombre sin fé y sin corazon, á un hombre que ha sido nuestro enemigo desde los calamitosos tiempos del de Gelvez, á un hombre que ha abusado por muchos años del poder que le han dado sus riquezas, y que ha causado, en fin, vuestra desgracia y la de esa infortunada mujer.....

—¿Pero de quién me hablais?

—De Don Pedro de Mejía.

—¿De Don Pedro de Mejía?

—Sí, y sabedlo de una vez si lo ignorais: él fué el favorito del marqués de Gelvez; por él se desató la persecucion contra nosotros; él es el legítimo esposo de Luisa; él sin piedad la arrojó á la calle la noche de sus bodas, abandonándola impunemente; él que sintió la mano de Luisa en los asuntos del marqués de Gelvez, por artes maléficós la ha reducido al miserable estado que hoy guarda, causando vuestra desesperacion; y él es, en fin, el que olvidando todo esto prepara sus bodas con una dama de esta ciudad, á la que abandonará tal vez mañana. Es preciso castigar á ese hombre, salvar á esa jóven, vengar á Luisa, y sacar á la vergüenza á un miserable que se burla de todo lo mas santo que hay sobre la tierra. ¿Lo creéis justo? ¿Quereis ayudarnos?

—¿Pero ese hombre es un monstruo!

—Es un aborto del infierno: en vuestra mano está ahora su castigo; ¿la levantareis, la retirareis sin herirle?

—Pero él es poderoso, luchará.

MARTIN GARATUZA.

—Más lo somos nosotros, porque la justicia nos escuda; venceremos.

—¿Y quién nos ayudará?

—¿Quién? En primer lugar Dios; despues todos los que le conozcan el dia en que se le arranque el antifaz que le cubre; el señor arzobispo está de nuestra parte.

—Pero explicadme vuestros planes.

—Oid: Don Pedro está próximo á casarse; nada decimos entretanto; pero con gran secreto presentais en nombre de Luisa vuestra acusacion contra él. S. Illma. tiene la ciencia cierta de que á pesar del cambio que ha sufrido en su persona, ella es la verdadera esposa de Mejía; sobre esto pueden atestiguar el señor inquisidor mayor, los secretarios y escribanos del Santo Oficio, y yo que intervine en todo: además, consta la declaracion de Mejía en que confiesa haber puesto á Luisa, su mujer, en el estado en que fué recogida por el Santo Oficio. ¿Creeis que esto no bastará?

—Bien está; ¿y luego?

—Acabando de celebrarse la ceremonia y cuando esté rodeado de sus amigos y aduladores, el señor arzobispo se presenta repentinamente llevando á Luisa y seguido de todos nosotros, declarando sacrílego el acto; y ya supondreis cuánto seguirá despues.

—Es un terrible castigo.

—Pero merecido.

—Sí, tal creo.

—Entonces ¿estais conforme?

—¿No tendrá Luisa que sufrir mas?

—De ninguna manera; su estado la pone á cubierto aun de la menor reconvencion.

—¿Y yo?

—Vos menos; lo que haceis por esa mujer es el acto mas

sublime de caridad, que nadie se atreverá á echároslo en cara. ¿Conque estais resuelto?

—Que se haga como disponeis.

—Entonces, venid.

Don Pedro de Vergara tomó su sombrero y su capa, y dijo á Don Melchor:

—Vamos á ver al señor arzobispo.

—¿Tan pronto?

—No hay tiempo que perder; ayer ha conseguido Mejía las dispensas en el arzobispado, y quizá mañana en la noche tenga lugar la ceremonia.

—Vamos entonces.

La carroza de Don Melchor estaba en la puerta, los dos montaron en ella, y fueron á apearse á la entrada del palacio del arzobispo.

S. Illma. no los hizo esperar mucho para recibirlos.

—El señor Don Melchor Perez de Varais—dijo el oidor—viene á ver á S. Illma. para el negocio de que S. Illma. y yo hablamos hablado. Don Pedro de Mejía apresura su matrimonio, y es necesario que nosotros caminemos de prisa.

—¿Y cómo habeis pensado dar forma al negocio?—preguntó el arzobispo.

—De esta manera, si le parece á S. Illma.: Don Melchor presentará á S. Illma. escrito diciendo que aunque se han dispensado las moniciones á Mejía, ha llegado á su conocimiento que trata de casarse; que como todo cristiano, está en obligacion de manifestar los impedimentos que sepa, y que para descargo de su conciencia hace presente á S. Illma. que Don Pedro de Mejía es casado y velado, *coram faciem ecclesie*, que abandonó á su mujer, que por artes malos le trocó el color y le hizo perder la razon; que dicha mujer la recogió el mismo Don Melchor y la mantiene de caridad,

y que esto lo pueden certificar el señor inquisidor y ministros del Santo Oficio, el oidor Vergara Gaviria, y le consta además por ciencia propia al Illmo. señor arzobispo.

—Me parece muy bien pensado y con total arreglo á derecho.

—Se presenta S. Illma. en la casa de Mejía con la infeliz Luisa y con todos nosotros que le acompañaremos; tan luego como haya terminado la ceremonia del casamiento, y si S. S. Illma. quiere, puede pedirse el auxilio del *brazo secular* para llevar á prevencion alguaciles que prendan á Don Pedro de Mejía.

En la misma cámara del arzobispo se formó el escrito, que firmó Don Melchor, y se mandó al provisor para que con el mayor empeño y secreto posibles, se procediera á recibir las necesarias declaraciones.

Don Melchor regresó á su casa y el arzobispo envió á llamar á Teodoro.

—Tengo—dijo S. Illma. al negro—el hilo del negocio de que me has hablado respecto al matrimonio doble de Don Pedro de Mejía; y es, en efecto, todo tal como tú me lo habias pintado y muy digno de castigo; pero hácese necesario que tú procures averiguar y avisarme con oportunidad, la hora, lugar y dia en que celebrarse debe el casamiento.

—Fácil me será obedecer en eso á S. Illma., porque tal empeño tengo en ello, además de lo muy obligado que le estoy á S. Illma., que un criado existe en la casa, que me pone al corriente de cuanto allí ocurre.

—En tal caso, tu mision se reduce á darme aviso, que por mi cuenta será lo demas: anda y sé diligente.

—S. Illma. quedará satisfecho de mí.

Teodoro salió inmediatamente á noticiar á Don César lo que ocurría.

Don César tomaba el sol en la puerta de la casa de Don Pedro de Mejía, y al ver que Teodoro pasaba y le miraba fijamente, comprendió que algo tenía que decirle; se levantó con disimulo y le siguió.

Uno en pos del otro llegaron hasta la calle de San Hipólito y hasta la habitación reservada de Don César.

—¿Qué tenemos?—preguntó éste.

—Las cosas marchan—contestó Teodoro;—el arzobispo no se contentó con orientarme en el asunto, sino que ha tomado las cosas por su cuenta con tanto calor, que no desea saber sino la hora y lugar de la ceremonia; todo dice que lo tiene dispuesto.

—¿Habrá encontrado á Luisa?

—No sé nada; encargóme solo de avisarle lo que os digo y nada mas: ahora quisiera saber si podremos darle el aviso oportunamente.

—Sí tal, que yo debo saberlo.

—Entonces, os suplico que me lo digais para no quedar mal con S. Illma.

—Lo sabrás y podrás darle aviso.

VI.

Cómo el hombre que duerme no ve formarse la tempestad.

DON Pedro seguía en los preparativos de su boda, sin sospechar siquiera lo que se tramaba contra él.

La noticia de aquella boda se había esparcido por la ciudad: Doña Catalina era conocida; pero como tenía cuidado de no presentarse en público y se había cambiado el nombre, nadie suponía que fuese ella la misteriosa prometida de Mejía.

Se contaban cosas maravillosas de su hermosura y de su nobleza; era, según Don Alonso de Rivera, que había visto las ejecutorias de la casa, descendiente por línea recta del emperador Guatimoc, y de una de las familias más nobles de la península.

Esto y la vida misteriosa que tenían la hija y la madre, hacía que se hablara de ellas en toda la ciudad.

Don Baltasar de Salmeron daba vueltas sin encontrar en su cabeza un medio para salir airoso con el virey y el visitador, en el negocio de la conspiración.

Las conversaciones acerca del casamiento de Mejía llegaron á sus oídos, y comprendió que verdad ó mentira, la madre de la que iba á ser esposa de Don Pedro era muy á propósito para pasar por la misteriosa dama de que él había oído hablar.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

—Bien, toma por la noticia.

Don Baltasar dió á Don César una moneda, y se retiró.

—¿Qué querrá decir esto?—pensaba Don César mirando la moneda:—¿será cosa del arzobispo? Creo que no; él solo se entiende con Teodoro..... en todo caso, creo que no es nada bueno para Mejía..... En fin, vamos á avisar á Teodoro, que importa que el arzobispo sepa lo que hay esta noche por acá; veremos lo que ha dispuesto y lo que hace S. S. Illma.

Y guardándose la moneda, se encaminó apresuradamente para la casa de Teodoro.....

Brillantemente iluminada la casa de Don Pedro de Mejía, anunciaba á los habitantes de la ciudad de México el segundo matrimonio del rico-home.

Los lacayos, los esclavos, los reposteros, entraban y salían; multitud de músicos llenaban el patio ó esperaban en la calle, y de un momento á otro debía salir la novia de su casa para presentarse en la de Don Pedro, que debía recibirla en la puerta de la calle.

Por un exceso de lujo y de ostentacion muy comun en aquellos tiempos, todo el camino que de su habitacion á la casa de Mejía debía recorrer la desposada, por la calle y por los patios de una y otra casa, se habia embaldosado, por decirlo así, con barras de plata que formaban una vía como de tres varas de ancho.

Aquella ostentacion, que en nuestros dias hubiera parecido locura, era, sin embargo, la costumbre de los potentados de México en los primeros siglos de la dominacion española.

Doña Estela, como se habia hecho llamar Doña Catalina, dió aviso de que iba ya á salir, y entonces, como formándole una valla militar, dos hileras de lacayos, soberbiamente vestidos y con gruesas hachas de cera, se colocaron á los lados de la via de plata dispuesta para que pasasen la novia y la comitiva.

Todas las músicas sonaron, los cohetes poblaron el espacio iluminando verdaderamente gran parte de la ciudad, y Doña Catalina, vestida de blanco y cubierta con un velo, atravesó la calle en medio de gritos y aclamaciones.

Don Alonso de Rivera le daba el brazo, en el que Catalina se apoyaba desfallecida, no por la emocion, sino por el orgullo.

—Os he cumplido mi palabra—decia por lo bajo Don Alonso:—¿estais satisfecha?

—Sois un hombre adorable—contestó Catalina;—pero aun tiemblo, y no estaré segura hasta que haya pasado la ceremonia.

—Teneis tanta fortuna, hermosa mia, que todo saldrá segun vuestros deseos, y á fé que estais tan bella, que comienzo á sentir celos de Don Pedro.

—Ingrato!—contestó Catalina con una sonrisa hechicera.

Mejía estaba ya en el zaguan de su casa, y ofreció á Catalina su mano para entrar á ella y para subir las escaleras.

Al llegar al salon Catalina apartó el velo de su rostro, y la concurrencia lanzó un grito de admiracion.

Aquella no era una mujer, era un arcángel; sus ojos alumbraban como el sol, y habia en ellos tanta dulzura, tanta modestia, que hubiera sido necesario no verla para no amarla: desde lejos parecia percibirse el aroma de su aliento, y la blanca luz de las bujías resbalaba sobre su

frente tersa y bella, como orgullosa de poder bañar aquellas formas encantadoras.

Un sacerdote revestido salió de una de las piezas interiores; Don Pedro se puso al lado de Catalina, y Don Alonso de Rivera y la madre de la jóven desposada, tomaron sus respectivas colocaciones como padrinos en aquella ceremonia.

Doña Catalina, componiendo la falda de su trage, tocó la mano de Don Alonso y se la estrechó convulsivamente; Don Alonso correspondió. Aquello queria decir:

—Llegó el momento.

—Triunfamos.

En medio del mayor silencio y del mas completo recogimiento, Don Pedro y Doña Catalina pronunciaron los votos que debian unirlos para toda su vida. El sacerdote habia echado su bendicion sobre aquellas manos enlazadas y trémulas, cuando la gran puerta del salon en que se celebraba la ceremonia, se abrió con gran estrépito, y rompiendo por en medio de la asombrada concurrencia, llegó hasta donde los novios estaban, el Illmo. señor Don Juan Perez de la Cerna, arzobispo de México, seguido de una gran comitiva y llevando de la mano á una negra miserablemente vestida y que le seguia, riendo como una insensata.

—En nombre de la Iglesia que represento y de nuestra sagrada religion, suspéndase este matrimonio, que no puede llevarse á efecto.

El asombro se pintó en todos los semblantes, y el mismo Don Pedro no se atrevió á hablar; solo el sacerdote que habia dado la bendicion tomó la palabra.

—Debo informar á S. S. Illma.—dijo con tono solemne— que la ceremonia ha terminado, que el matrimonio es ya legítimo y rato.

—¡Don Pedro de Mejía!—exclamó el arzobispo **alzando** la voz y tomando el aire mas religiosamente trágico que le fué posible—habeis contraído segundo matrimonio viviendo aún vuestra primera mujer; habeis engañado á una jóven hermosa y pura para arrastrarla al altar cegándola con el esplendor de vuestras riquezas, en tanto que teneis arrojada á la miseria y al desprecio á vuestra legítima esposa, á quien habeis por artes reprobados y mágicos, hecho perder su natural figura y su inteligencia, convirtiéndola de una mujer bella en una negra estúpida. Don Pedro de Mejía, aquí teneis á vuestra verdadera mujer, á la mujer á quien os dió la Iglesia, y vos la habeis arrojado contra toda ley y derecho; recogedla en nombre de la religion y del derecho.

Y tomando el arzobispo de la mano á la negra, la colocó violentamente en medio del círculo que formaban los concurrentes.

Doña Catalina lanzó un grito y se cubrió el rostro con ambas manos. Don Pedro, con los cabellos erizados, dió un paso atrás como si hubiera visto una serpiente, y la negra mirando por todos lados, rió estúpidamente.

Antes que pudieran volver en sí de su sorpresa los autores de esta escena, antes que bajase la mano el arzobispo, que tenía alzada con un ademan amenazador, un nuevo rumor se percibió en la entrada del salon, y volvió á oscilar el concurso y á separarse para dar paso á nuevos personajes.

Un alcalde de la Audiencia, seguido de escribanos, alguaciles, curiosos, y con farolillos y varas, penetraron en el salon y se detuvieron en el centro al lado del arzobispo, que se mostraba entonces tan admirado como los demás.

—¿Quién es—dijo el alcalde—la madre de la nueva esposa de Don Pedro de Mejía?

—Yo—dijo la madre de Catalina adelantándose.

—Dese presa á S. M. y sígame—dijo el alcalde tomándola una mano para llevársela.

—¿Presa por qué?—exclamó ella.

—De orden del virey.

Doña Catalina se arrojó en sus brazos como para impedir que se la llevasen, y todos los demás permanecieron inmóviles y en silencio.

—Señora—dijo el alcalde—vamos, seguidme, y no me obligueis á usar de la fuerza.

—¡Yo quiero ir con mi madre!—gritaba Catalina.

—Señora, es imposible.

—¡Dejadla, dejadla!—exclamaba Catalina arrodillándose á los piés del alcalde:—¡por Dios, señor alcalde! ¿adónde llevais á mi madre?

—Señores—dijo el alcalde—¿no hay entre vosotros uno que contenga á esta señora, para que no impida el cumplimiento de una orden de la justicia, y vaya á tener que sufrir un desaire ó una tropelía?

Don Alonso, pálido como un cadáver, salió de entre el concurso y levantó á Catalina, medio desmayada del terror.

El alcalde saludó, y salió llevándose á la vieja entre los alguaciles.

Por un largo rato nadie interrumpió el silencio, hasta que al fin dirigiéndose á Don Pedro y á Catalina, que lloraba amargamente, dijo el arzobispo mostrando á la negra, que no daba indicio de comprender lo que acontecía:

—No pueden quedar bajo el mismo techo la mujer legítima y la concubina; y esa dama, señor Don Pedro de Mejía, estando aquí vuestra esposa, es vuestra concubina y debe salir de aquí, ¿lo oís? la religion lo manda.

—Tiene razon—dijo con fiereza Doña Catalina.

Y tomándose del brazo de Don Alonso, salió del salón.

—Don Pedro de Mejía—dijo el arzobispo—os vuelvo al buen sendero, os entrego á vuestra esposa; arrepentíos y haced penitencia, y que Dios os vuelva á su santa gracia.

Y presentando de nuevo la negra á Don Pedro, salió con toda su comitiva.

Los convidados quedaron agrupados en el fondo del salón contemplando la escena que se representaba en el estrado; Don Pedro con la cabeza inclinada y la mirada fija, y la negra sentada en un sitial con su estúpida y eterna sonrisa.

VII.

En el que sigue la materia del que le antecede.

AN largo rato trascurrió sin que Don Pedro se moviera, y nadie osaba hablar.

De repente levantó el rostro, sacudió la cabeza y se lanzó á la calle: ninguno pensó en detenerle ni en seguirle.

Doña Catalina, apoyada en el brazo de Don Alonso de Rivera, habia atravesado sombría y silenciosa la calle que una hora antes cruzó llena de orgullo y de ilusiones. El rico panorama que le habia pintado su ambicion, desapareció como por encanto: se encontraba sola, abatida, avergonzada, sin mas apoyo que Don Alonso, y lo que era mas terrible aún para su vanidad, arrojada como una concubina por el arzobispo, de una casa de la que ya se creía señora; teniendo que inclinar su frente delante de la esposa que volvía al hogar con todos los derechos que la ley y la religion le daban, y esta esposa era una negra miserable, cubierta de harapos.

Estas ideas como una tempestad se chocaban y se confundían en el cerebro de Doña Catalina: llegó á su casa y la encontró sola; todos los criados se habian ido á la de Don Pedro, y solo el portero estaba allí para abrirle.

Subió casi á oscuras la escalera, y se entró acompañada

de Don Alonso á una cámara en la que no habia **mas** luz que la que desprendiéndose de los balcones de las azoteas de la casa de Don Pedro, penetraba allí tambien por los balcones.

Con esta incierta claridad, percibió Doña Catalina un sitial, y se arrojó en él triste y desalentada.

Desde aquella cámara podian al través de las cortinas de la casa de Mejía, verse las sombras de los que habia en la sala; pero aquellas sombras parecian corresponder á cuerpos inanimados, porque no se movian.

Don Alonso no quiso turbar el silencio; temió que una sola palabra hiciera estallar la tormenta; salió dejando un momento á Doña Catalina para subir una luz, y encendió una bujía de cera.

Entonces pudo advertir la profunda emocion que se pintaba en el rostro de la jóven; el tenaz fruncimiento de su entrecejo, el brillo siniestro de sus ojos, sus labios apretados y la palidez de sus mejillas, indicaban mas que el dolor, el odio y la indignacion reconcentrados.

Se escucharon pasos precipitados en el corredor, y Don Pedro de Mejía con el traje en desórden, pálido y jadeante de ira, se presentó delante de Catalina.

—¡Estela!—exclamó llegando á su lado—Estela, ¿por qué me abandonas?

Catalina se levantó severa y sin inmutarse, como una estatua de mármol que se moviera repentinamente; y fria y grave, con un acento sordo pero pausado, dijo arrojando sobre Don Pedro una mirada indefinible, en la que iban mezclados el odio y el desprecio:

—Salid de mi casa, porque sois indigno de estar aquí.

Y con un ademan soberbiamente imperioso le señaló la puerta.

—¡Estela!—exclamó Don Pedro fuera de sí—¡Estela!
¡Soy víctima de un cosa horrible que no comprendo.....

—Salid—repitió Catalina—salid, mal caballero, que me habeis dejado arrojar de vuestra casa como á una vil manceba: salid, ó me obligais á retirarme.

—¡Por Dios, Estela, escuchadme!

—Señor Don Alonso de Rivera—dijo Catalina—¿es tanta mi desgracia que no me queda un criado que ponga en la calle á este miserable?

—¡Oh!—rugió Don Pedro—¡Estela, Estela, esto es demasiado!

—Señor Don Alonso, hacedme, si sois caballero, la gracia de arrojar de mi casa ese hombre; ¿ó tendrá una dama que encerrarse, teniendo en su casa á un hidalgo, para verse libre de los atrevimientos de un villano?

Don Pedro se llevó las manos á los cabellos, dió un grito salvaje y se lanzó á la calle.

Entonces Don Alonso creyó que á él debía acompañar. Don Pedro volvió á su casa; toda la concurrencia se retiraba, y él cruzó entre los caballeros y las damas que salían, sin dirigirles siquiera una mirada.

En uno de los tramos de la escalera y por donde había mas gente, Don Pedro oyó una voz que le dijo:

—Todo esto se lo debes á Don Alonso de Rivera.

Don Pedro y Don Alonso, que le seguía de cerca, volvieron el rostro para buscar quién había pronunciado aquellas palabras, pero no pudieron lograrlo; entre aquel grupo bajaba el pobre Lázaro con el vestido de gala que le había regalado el mayordomo; pero nadie paraba la atención en él.

Mejía llegó al salón; la negra permanecía aún allí en el mismo sitio y en la misma postura.

Don Pedro y Don Alonso se pararon á contemplarla.

De repente Don Alonso se adelantó á ella, le tomó una mano, y volviéndose á Mejía, le dijo con el tono de la mas profunda conviccion:

—Aquí hay una trama horrible; esta mujer no es Luisa.

—¿No es Luisa?—exclamó Mejía.

—Podria yo jurarlo.

—Entonces ¿quién es? ¿por qué ha venido aquí? ¿por qué la presenta como mi mujer ese arzobispo que Dios confunda?

—Oculta todo esto un misterio tenebroso; pero tened entendido, Don Pedro, que sois víctima de una cruel maqui-nacion.

—¿Pero cómo probarlo? ¿cómo encontrar la luz? ¡Me vuelvo loco!

—Valor, Don Pedro, lucharemos; aun no se ha perdido todo.

—¿Y Estela? Estela, que me desprecia, que me odia, que me ha lanzado á la calle como un villano!

—Dejad que pase su indignacion; yo trataré de calmarla: fiad en mí.

—¡Oh, gracias, gracias, Don Alonso, sois mi único amigo!

—Pero es fuerza luchar, es fuerza; teneis algun enemigo poderoso, astuto, que os sigue, que os acecha, que espía vuestra vida para heriros en lo mas noble cuando menos lo esperais; recordad el dia de vuestra boda con Luisa.....

—Pero vos, ¿qué pensais? ¿qué me aconsejais para desprenderme de esta horrible negra con quien se quiere encadenar mi existencia?

—¿Recordais—dijo Don Alonso como herido por la luz de una idea repentina—recordais quién preparó el castigo de Luisa?

—Sí; Don José de Abalabide.

—¿Que vive?

—Sí que vive.

—Pues bien, es necesario ver si por medio de su ciencia, podemos probar que esta mujer es negra de nacimiento y que no puede ser la misma Luisa.

—Sí, sí, me salvais, amigo mio, me salvais.

—Entonces, poned un correo ahora, en este instante, á Don Carlos de Arellano.

—Debe estar en México, yo mismo voy á verle: encerrad vos entretanto á esta mujer en donde nadie la vea, y disponed que álguien vaya á acompañar á Estela, que debe estar sola.

Y Don Pedro tomó precipitadamente una capa y su sombrero, se ciñó una espada y se salió á la calle.

Don Alonso se puso de pié delante de la negra y comenzó á examinarla detenidamente.

Detrás de Don Pedro salió otra persona; era un hombre embozado hasta los ojos: como todo era desórden en aquella noche, los criados no hicieron caso de él.

Don Pedro tomó el rumbo de la casa de Arellano, y el hombre misterioso tan luego como oyó que se perdía el eco de sus pasos á lo lejos, atravesó la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

El embozado pasó sin que el portero le dijese nada; tales cosas acontecian aquella noche, que los criados no sabian qué hacer.

Subió la escalera; la casa estaba sola, y Doña Catalina permanecía en su sitio como la habia dejado Don Alonso.

Al ruido de los pasos alzó el rostro creyendo encontrar á Don Alonso; pero vió delante de sí un hombre en la fuerza de la edad viril, elegante y buen mozo.

—Señora—dijo el hombre—perdonad si me atrevo á

presentarme á vos sin ser anunciado; pero vuestra casa está sola, enteramente sola.

—¿Quién sois? ¿qué quereis? ¿á quién buscais?—preguntó con cierto espanto Doña Catalina.

—¿Quién soy, señora? Ya lo sabreis mas adelante, que no me es posible decíroslo en este momento: ¿qué quiero y á qué vengo? No quiero nada, y vengo solo á deciros que os salveis, y ofreceros mi brazo y mi amparo.

—¿Que me salve? ¿y de qué? ¿qué peligro me amenaza?

—Grande, señora; sabeis que vuestra madre ha sido presa, y esto puede traeros grandes riesgos.

—Pero mi madre es inocente; esto debe ser una equivocacion y yo nada tengo que temer.

El hombre miró fijamente á Catalina, y habia en aquella mirada tanta penetracion, que ella bajó los ojos y se puso encendida.

—Y bien, ¿qué pretendéis?—dijo Catalina.

—Señora, hablemos claro—dijo el hombre;—comienzo por deciros, y perdonad la franqueza que las circunstancias disculpan, que yo os conozco mejor de lo que podeis suponer.

—¿Caballero, no comprendo! ¿quién os autoriza.....

—Señora, el deseo de haceros un servicio es lo que me autoriza, y muy pronto os convenceré de cómo teneis que agradecerme: en cuanto á que no me comprendeis, voy á explicarme, y de prisa, porque el tiempo urge.

—Hablad—dijo Catalina fascinada por la imperturbable calma de aquel hombre.

—Pues señora, no soy yo el único que sabe que ni sois marquesa, ni venís de Filipinas, ni vuestro nombre es Estela, ni sois viuda, ni nada de eso que hicísteis creer á Don Pedro de Mejía.

—¿Caballero!—exclamó Catalina levantándose.

—Sentaos, señora, y escuchadme, porque el tiempo vuela; hay otros que como yo, saben que os llamis Doña Catalina de Armijo, como vuestra madre, que habeis engañado á Mejía, y que merced á este engaño, se ha unido hoy con vos.

Catalina sin replicar inclinó el rostro avergonzada.

—Hay, señora—continuó el hombre—intereses opuestos á los vuestros; los parientes de Mejía, los que creian heredarlo si permanecia viudo, no pueden ver con serenidad una boda que les arrebatara sus esperanzas: he aquí vuestros enemigos, hé aquí los que seguramente han preparado las escenas de esta noche; pero la ceremonia estaba terminada, y á pesar de la aparicion de esa negra, vos sois esposa de Don Pedro, y por consiguiente un obstáculo que es preciso quitar de en medio: la prision de vuestra madre os deja aislada en el mundo y expuesta á las acechanzas de esos enemigos; quizá en este momento revelen á Don Pedro todo el secreto de vuestra vida; quizá en este momento pidan una orden para prenderos ú os denuncian en la Inquisicion.

—¡Dios mio!—exclamó Catalina, que comenzaba á perder su valor y su serenidad.

—Sí, señora; solo Dios sabe lo que en estos momentos se trama contra vos, lo que os amenaza.

—¿Pero qué debo hacer, caballero? Soy sola, sola en el mundo; vos que conoceis el peligro, decidme el modo de conjurarlo.

—A eso he venido, á ofreceros mi apoyo y mi proteccion.

—Pero si no os conozco, si ignoro hasta vuestro nombre, si quereis permanecer incógnito á mis ojos, ¿podré fiarme de vos?

—Fiaos, señora, fiaos, y yo os salvaré.

—¿Y sin conoceros, y sin saber quién sois?

MARTIN GARATUZA.

—Señora, el hombre que se ahoga no ve quién le tiene el remo salvador.

—Caballero.....disponed.....fio en vos.

—No os pesará, señora; que no tengo contra vos, os lo juro, la menor intencion dañada, y sí el deseo de haceros bien.

—Gracias.....

—En primer lugar, es preciso que ahora mismo os dispongais á seguirme.

—¿Pero adónde?

—A una casa en donde estareis con toda seguridad y oculta por algun tiempo de vuestros enemigos.....

—¿Pero huir así, como un criminal?.....

—Si vuestro corazon os aconseja que os fieis de mí, seguidme, señora, ó tal vez dentro de un momento estén aquí vuestros ocultos enemigos con una órden de prision.

—Pero ¿y mi madre? Si llega á salir.....

—¡Ojalá y saliera en libertad! pero no lo espereis, y en todo caso, yo velaré sobre ella.

Catalina sin poder resolverse, inclinó la cabeza como para reflexionar.

—Señora, dejad ese trage blanco; tomad un manto y seguidme, no os arrepentireis.

Catalina se levantó violentamente, y encendiendo otra bujía se entró á su cámara.

Poco despues salió envuelta en un manto negro y vestida de luto; bajo los pliegues de aquel manto podia adivinarse que la jóven llevaba una caja pesada.

—Estoy pronta.

—Vamos, apagad esas luces y cerrad; nos llevaremos las llaves, y poco á poco y con misterio, haré conducir á vuestra nueva habitacion cuanto hay aquí.

—¿Pero con qué nombre debo conoceros?

—Decidme simplemente Lázaro el pobre.

--Extraño nombre!

—Es, señora, una promesa religiosa.

Y cerrando todas las puertas, salieron los dos á la calle,
procurando cubrirse perfectamente los rostros.

VIII.

Donde se da razon de Don Leonel y de su padre.

NECESARIAMENTE los descubrimientos hechos por el virey y el visitador, merced á la activa policia de Don Baltasar de Salmeron, en nada dulcificaron la suerte de Don Leonel y de su padre.

Encerrados en un cuarto de la cárcel, veian pasar los dias, Don Nuño renegando y desesperado, y melancólico y resignado Don Leonel.

El hijo suponía la causa de su prision, pero ni él ni su padre comprendian la detencion de este, y por eso es que Don Nuño estaba cada vez mas impaciente.

Solo uno de los carceleros se habia dolido de su situacion y les daba de cuando en cuando algunas noticias que podia adquirir, por supuesto vagas, incoherentes, que sumian mas en dudas y en conjeturas á los dos presos, á quienes no se habia tomado ni una declaracion.

Un dia Pablo, que así se llamaba, entró mas temprano que de costumbre y dijo á Leonel:

—Señor, he averiguado hoy muchas cosas de su señoría, en la Audiencia.

—Dime, dime.

—Pues fuí custodiando unos reos para que dieran una declaracion, y ví á dos caballeros que conversaban y mentaban á su señoría.

—Y bien.

—Que segun su decir, sus personas están presas porque se querian levantar con el reino.

Don Nuño se habia acercado y escuchaba con atencion.

—Y que además habia otros que les ayudaban, y entre ellos una dama, que dicen que tiene una hija muy bella, y que es viuda la madre, y solo vivia con su hija muy retiradas.

Leonel palideció; pensaba en Doña Juana de Carbajal y en Esperanza.

—Pues—continuó el hombre—la dama ha sido presa.

—¿Presa?—exclamó Leonel.

—Presa, y ha declarado que es de la descendencia del rey Guatimoc, y tiene una señal roja en la espalda, y dijo que su hija la tiene tambien, y que no quiso decir quién era el padre de esa muchacha; fueron á buscarla, y ya habia desaparecido.

—¡Ave María Purísima!—exclamó Don Nuño.

—¡Perdida!—dijo espantado Leonel.

—¿Es acaso parienta de sus señorías?—preguntó Pablo.

—No—contestó Don Leonel.

El carcelero se retiró, y Don Nuño y su hijo permanecieron silenciosos un largo rato: por fin Leonel rompió el silencio.

—Padre mio—dijo—esa mujer que está presa ño puede ser otra que Doña Juana de Carbajal, mi tia, y Esperanza la jóven que ha desaparecido.

—Leonel—contestó Don Nuño—¿amas tú á tu prima Doña Esperanza?

MARTIN GARATUZA.

—Señor.....

—Contéstame, hijo mio, y no temas, porque este es para nosotros un momento mas solemne de lo que te parece.

—Señor, la amo hace muchos años, la amo mas que á mi vida misma.

—¿Y ella te ama?—preguntó conmovido Don Nuño.

—He sido para ella el primero y único amor.

—Desgraciados....desgraciados—exclamó Don Nuño cubriéndose el rostro con las manos.

—Me espantais, padre mio. ¿Qué hay? ¿qué sucede? ¿por qué nos llamais desgraciados?

—Leonel, ¿sabes quién es el padre de Doña Esperanza? ¿conoces la historia de Doña Juana?

—No, padre mio: la víspera de que nos aprehendieran, Doña Juana me dió un libro en el que constaba la historia de su familia, pero no pude leer sino el principio, y por eso conozco que la mancha roja de la espalda es la señal de esa familia.

—Pues óyeme, Leonel, óyeme, y no me preguntes mas que lo que yo quiera contarte: Doña Esperanza debe tener cosa de veinte años, ¿es verdad?

—Sí señor.

—No te ha dicho nunca quién fué su padre?

—No señor.

—¿Doña Juana es sola en el mundo?

—Sí señor.

—¿La hija y la madre tienen en su espalda una mancha roja?

—En figura de llama.

—Pues bien hijo mio, olvida á esa jóven, no pienses mas en ella porque su amor es un crimen, porque Esperanza no puede ser tu esposa nunca.

—¿Qué me dices, padre mio?

—Que Esperanza es tu hermana, es mi hija.

Don Leonel lanzó un grito, y se apoyó desvanecido en una de las paredes del cuarto que le servía de prision.

Don Nuño inclinó el rostro como avergonzado de la confesion que acababa de hacer á su hijo.

El anciano ignoraba que Doña Juana y su hija eran distintas de Doña Catalina de Armijo y de la suya.

Doña Catalina habia tenido relaciones con Don Nuño, el resultado de ellas fué la niña que ya jóven debió ser la esposa de Mejía, y como ambas tenian la marca de la familia Carbajal, Don Nuño se habia engañado completamente.

.....

Garatuza llegó á México, y su primera visita fué á la casa de Teodoro.

Martin, que habia mandado á su familia, se encontró ya en la ciudad con un hogar doméstico, con la muda y con su hijita, que tenia por nombre Loreto.

Al dia siguiente de su llegada se presentó en la casa del negro, y por él supo todos los acontecimientos de la ciudad y el gran escándalo de la casa de Mejía.

—Por supuesto—dijo Martin—que todo esto ha sido obra de Don César.

—Es claro.

—¿Y qué piensa ahora?

—Lo ignoro; pero lo mas curioso del caso es que desbaratada la boda y media hora despues, Don César ha tenido suficiente talento para obligar á la novia á que le siguiese.

—¿Y adónde se la llevó?

—Ya os lo podeis suponer, aquí en mi casa.

MARTIN GARATUZA.

—¿Aquí la teneis?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Doña Catalina de Armijo.

—¡Aguardo! decidme, por ventura ¿no tiene una mancha roja en la espalda?

—Exactamente. Sérvia que la vió, me lo ha dicho: ¿pero vos cómo sabeis esto?

—Es un secreto que os diré mas adelante.

—¿Y no tiene familia?

—La misma noche de la boda le han aprehendido sin saber por qué, y en esto no tuvo parte Don César.

—Es extraño.

—Y la madre ¿se llama?

—Como la hija, Doña Catalina de Armijo.

—Ella es.

—¿Quién?

—Yo os lo diré mas adelante. ¿Y sabeis por fortuna de Don Nuño y Don Leonel de Salazar?

—Presos.

—Bien.

Garatuza permaneció toda la tarde en la casa de Teodoro, y á la oracion emprendió camino para la calle de las Canoas.

Al atravesar la Alameda le pareció que iba delante de él una persona conocida; apretó el paso, y se detuvo de repente.

Habia reconocido á D. Baltasar de Salmeron.

—¡Válgame Dios!—exclamó Martin—¿con que no murió esta víbora? Ya, ya caerá: y ahora que tengo el hilo de todo esto, el tuno de Don Baltasar es abuelo de la hija de Don Nuño, que es la nueva mujer de Don Pedro de Mejía,

el cual se ha casado con su sobrina y es padre de Doña Esperanza, la novia, á lo que parece, de Don Leonel, que es hermano de Catalina de Armijo, que está escondida en casa de Teodoro y que..... ave María Purísima, que enredo! Dios nos saque con bien y no vayan aquí á casarse padres con hijas y hermanos con hermanas..... y luego que como yo tengo el secreto de todo, quizá sea yo responsable en conciencia..... No, no..... que salga Don Leonel y canto claro.....

Martin se apretó el sombrero, y á paso largo llegó á la casa «colorada» y llamó con dos fuertes aldabazos.

LX.

De cómo la marca de fuego de la familia Carbajal era un índice seguro del fin que esperaba á los que la tenían.

LA puerta de la «casa colorada» se abrió, y el viejo Luis Herrera se presentó como siempre, regañando en voz sorda.

—¿Vive aún aquí el Padre Salazar?—preguntó Martin.

El viejo, que al pronto no le habia reconocido, vaciló en contestar.

—No tengais desconfianza de mí—dijo Garatuza;—yo soy el que otras veces ha venido; recordadlo bien: ¡*Tenoxtitlan!*

—*Libre*—contestó el viejo.

Y las nubes de su rostro desaparecieron como por un soplo.

—¿Me reconocéis al fin?—exclamó Martin.

—¡Oh, sí! ya os reconozco: pasad, pasad; el Padre Alonso está ya fastidiado de su soledad, y tendrá mucho gusto de veros.

El viejo volvió á cerrar la puerta por dentro, sacó un candil de su cuarto, y levantándolo hasta la altura de su cabeza, alumbró á Martin para que pudiese con comodidad entrar hasta el segundo patio, en donde tenia su cámara Don Alonso de Salazar.

El Padre leía á la luz de una bujía de cera, pero el fastidio se retrataba en su semblante y se adivinaba en sus movimientos y en la poca atencion que ponía al libro, que mas bien tenía delante como un pretexto que como una verdadera ocupacion.

Al ruido de la puerta que abrió Martin, el Padre Salazar volvió el rostro y le reconoció inmediatamente.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó el Padre.

—Eso digo yo—contestó Martin—que con bien he salido, como no esperaba.

—Cuéntame, ¿viste al príncipe?

—Le ví.

—¿Y qué dijo?

—Parecióme indignado al principio de que no se le hubiese cumplido; pero tales razones le dí, que calló, y al dia siguiente había levantado las anclas, y bogaba para el mar adentro que era un gusto mirarle.

—¡Es una lástima haber perdido tanto tiempo y tan brillante oportunidad!

—¡Es una lástima! ¿Y vuestro hermano, señor, no se ha podido comunicar con vos desde la prision?

—Nada; me has hecho una falta tan grande, que ni tú mismo puedes comprender.

En este momento una densa nube de humo invadió el aposento. Martin se levantó espantado y abrió la puerta; la luz rojiza de un cercano incendio iluminaba el patio de la casa.

—¡Fuego en la casa!—gritó Martin.

—¿Fuego?—repitió el Padre levantándose precipitadamente.

Los dos salieron del cuarto, y un espectáculo terrible se presentó á sus ojos.

La casa de Doña Juana de Carbajal ardia; las llamas invadían todos los techos, salían por las ventanas, se levantaban formando penachos elevados, ó se arrastraban al impulso del viento lamiendo las paredes de la casa.

El humo negro y espeso se elevaba como una columna iluminada por el incendio, y cegaba, sofocaba.

—¡Dios mio!—exclamó el Padre—¿qué será de Doña Juana, de Esperanza? Quizá aun sea tiempo de salvarlas.

Y diciendo esto bajó precipitadamente, atravesó el segundo patio y se dirigió á la escalera principal.

En este instante se comenzó á escuchar el tañido de las campanas de algunos templos que anunciaban «fuego,» y golpes en el zaguán de los que pretendían entrar para sofocarlo.

El viejo Luis Herrera habia perdido la cabeza, y no encontraba ni las llaves. Desde una de las ventanas de la casa, la vieja dueña y la esclava gritaban con todas sus fuerzas:

—¡Fuego! ¡fuego! ¡Socorro! ¡socorro!

Diremos lo que habia pasado en el interior y la causa de aquella desgracia.

Doña Esperanza era presa de una mortal melancolía desde que supo la prision de Don Leonel.

Doña Juana procuraba consolar á su hija aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir; pero en realidad estaba verdaderamente triste y acongojada.

Sabia que existia una conspiracion, y temia que una imprudencia ó alguna denuncia hubieran hecho llegar á la noticia del virey aquellos planes, y la prision de Leonel y la persecucion del Padre Salazar le hacian creer fundadamente que la policia del virey iba ya sobre la pista.

Qué datos tuviera la justicia, no lo alcanzaba ella; pero

lo que sí era indudable, era que conocia ya á los dos hermanos reputados como los principales jefes de todos los conjurados.

Doña Juana no podia ni dormir; se pasaba las noches meditando, y figurándose á cada momento que recibia la noticia de la ejecucion de Don Leonel.

El anciano Don Felipe de Carbajal envejecia un año en cada hora, y su espíritu y su cuerpo decaian con una rapidéz asombrosa, por lo que Doña Juana tenia necesidad de multiplicar con él sus cuidados.

En la noche en que Martin llegó á ver al Padre Salazar, Doña Juana habia entrado al aposento del anciano y Esperanza habia quedado en su cámara meditando y llorando.

El viejo Don Felipe estaba sentado en su sillón; Doña Juana llegó hasta donde él estaba.

—Padre mio—le dijo—¿quereis acostaros?

—Sí, hija mia; estoy cansado, triste; pero creo que pronto descansaré para siempre!

—No digais eso, señor.

—Juana, si tú supieras el inmenso peso de la vida cuando es muy larga, cuando como el árbol seco, se han visto ya marchitarse en cien inviernos cien veces las flores que nos rodeaban; si comprendieras que entonces se anhela el sepulcro como el blando lecho despues del largo y fatigoso viaje! Oyeme, Juana; el cuerpo que envejece, cuando el espíritu es cada dia mas inteligente y mas puro, no es sino el capullo que encierra al gusano que debe pronto romper sus cadenas y abandonar su cárcel incómoda para cruzar el aire convertido en mariposa; y entonces la idea de la muerte es la idea de la trasformacion, de la nueva vida, de la pura existencia del espíritu: vamos, dame la mano, hija mia, pa-

ra levantarme de este sillón y pasar á mi cama, que es mi sepulcro en vida.

Doña Juana se acercó á su padre, y el anciano, vacilante, se apoyó en ella; pero bien por su extrema debilidad, ó bien porque hubiera tropezado, perdió el equilibrio y Doña Juana tuvo que sostenerle; pero este movimiento hizo caer la bujía de cera que ardía sobre la mesa, y las colgaduras de la cama, formadas de finas telas de algodón, se incendiaron, y con una rapidez asombrosa comunicaron el fuego á las ropas que cubrían la cama y á la gran bata de algodón en que estaba envuelto Don Felipe.

Doña Juana lanzó un grito y quiso sofocar el fuego que abrasaba al anciano, pero no consiguió sino hacer que se le comunicara á su traje.

Entonces quiso levantar á su padre y huir con él, pero era imposible ya; las llamas lo invadían todo, el humo la cegaba y no podía dar un paso.

Comenzó á gritar, pero nadie podía escucharla, y cayó sin sentido, repitiendo maquinalmente:

—¡La marca del fuego! ¡la marca del fuego!

Doña Esperanza comenzó á percibir, primero el olor de las telas que ardían y luego el humo.

Levantóse espantada: el humo venía de la habitación de Doña Juana.

—¡Mi madre!—exclamó, y corrió hácia la puerta de su aposento.

El humo era allí mas denso: abrió, y con la corriente de aire se avivó el fuego, que se había apoderado ya de aquellas cámaras, y las llamas se alzaron terribles y amenazadoras: retrocedió Esperanza horrorizada, pero el fuego la seguía saliendo por aquella puerta; ella se refugió en un ángulo, y las colgaduras y los tapices comenzaron á arder.

La puerta estaba interceptada: Esperanza perdía el aliento, y pidió socorro con voz apagada; ¿pero quién podía dárselo? no había allí más que la dueña y la esclava; pensó en esto y se resignó á morir.

De repente un hombre atravesó entre las llamas, se llegó á ella y la levantó entre sus brazos.

Esperanza ya no sintió más; se había desmayado en los momentos mismos en que Martín, con un arrojo increíble, había penetrado hasta donde ella estaba y la salvaba de una muerte segura.

Cuando Garatuza salió de las llamas conduciendo á Esperanza, la casa estaba invadida por una multitud de personas que acudían llamadas por el lúgubre clamoreo de las campanas.

Martín no pudo ya encontrar á Don Alonso de Salazar: no había en la casa lugar seguro para depositar á Esperanza, y pensó que lo más prudente sería sacarla á la calle y esperar noticias de Doña Juana.

Así lo hizo, y en la acera de enfrente se detuvo con su carga; la joven apenas respiraba, y el humo que nublaban la atmósfera no era lo más á propósito para hacerla volver en sí.

Martín pensó en llevarla á su casa y volver á buscar al padre y á Doña Juana, y se puso en marcha.

La «casa colorada» no era ya más que una inmensa hoguera que alumbraba las calles más lejanas.

Martín llevando en peso á Doña Esperanza llegó hasta su casa.

La muda su mujer, acostumbrada ya á todas aquellas escenas, le recibió alumbrándole y conduciendo de la mano á la hijita de Martín, que era ya una niña como un serafín.

Doña Esperanza fué colocada en un sitio; Martín hizo se-

ñas á María de que la asistiese, y volvió á salir para volver á la «casa colorada.»

Una inmensa multitud invadía la calle de las Canoas; el incendio había consumido ya la «casa colorada» y amenazaba á las que estaban inmediatas.

Entre la muchedumbre penetró Martin á fuerza de puños, y llegó hasta muy cerca del lugar de la catástrofe.

Aquello era horrible: muebles hechos pedazos, restos de vajillas de porcelana, ropa, todo se había hacinado en la calle, pero en desórden, y todo estaba roto, y todo tenía algo que mostraba las huellas del fuego.

En cuanto á las personas que habitaban la casa, no se sabía sino del viejo portero, de la dueña y de la esclava.

Martin tenía seguridad de que Esperanza se había salvado: Don Felipe y Doña Juana de Carbajal habían perecido entre las llamas.

Las predicciones de los hechiceros se habían cumplido.

X.

De lo que pasaba en la casa de Don Carlos de Arellano en la noche de la boda de Don Pedro de Mejía.

EN un aposento estrecho y poco alumbrado por un pequeño candil, un hombre se agitaba sobre una pobre cama, en los últimos esfuerzos que preceden á la muerte.

Era un anciano extraordinariamente flaco, sus ojos tenían el brillo de la lámpara que se extingue, su respiracion era débil aunque tranquila, y sus manos huesosas saliendo de debajo de las ropas de su cama, recorrían como buscando sobre las sábanas alguna cosa que quizá el moribundo mismo no sabia qué era.

Cerca del lecho, un hombre ya de bastante edad le contemplaba lleno de interés y de cariño.

Nada interrumpia allí el silencio, y algunas veces podia percibirse el estortor que acometia al enfermo.

Aquel moribundo era Don José de Abalabide, y el hombre que estaba en su cabecera Don Carlos de Arellano.

—Don Carlos—dijo débilmente el anciano.

—Aquí estoy—contestó Don Carlos.

—Acercaos, porque creo que me muero.....

MARTIN GARATUZA.

Don César se acercó.

—Dadme vuestra mano; voy á tan largo viaje..... que quiero..... despedirme..... de vos.....

Don César tendió su mano al enfermo, que se la estrechó con efusion.

—Don César..... mucho os debo..... me habeis recibido..... en vuestra casa como un hermano..... os he enseñado cuanto sabia..... yo no era malo..... salí de la Inquisicion..... porque un dia me echaron de allí y no supe mas..... no hice mal uso de mi ciencia nunca..... quizá de lo único que me acusa mi corazon, es de lo que hicimos á Luisa..... pero..... á estas horas..... la tinta debe haber caido, y Luisa estará como antes..... ¡Ojalá que me perdone lo que la hicimos padecer!..... Dios sabe cuánto me arrepiento..... Adios.

El anciano calló: Don César llorando le miraba sin contestarle.

Poco á poco Arellano vió dibujarse la muerte en aquellas facciones; cesó la agitacion del pecho, los ojos de Abalabide se cubrieron de un velo opaco; su boca quedó entreabierta y sin movimiento.

El anciano habia espirado.

Don César contempló largo rato aquel cadáver; despues le cerró los ojos con religioso respeto, y salió del aposento en el instante en que sonaban en el zaguan dos fuertes al-dabazos.

Poco despues Don Pedro de Mejía llegaba al lado de Don César.

Don Pedro tenia el rostro pálido y descompuesto, y sin saludar á Don César y casi de una manera brusca, le preguntó:

—Don José Abalabide ¿vive aún aquí?

—Encomendadle á Dios, en este momento acaba de espirar—contestó tristemente Arellano.

—¡Maldicion!—exclamó Don Pedro furioso;—todo me sale mal en esta noche.

Y sin esperar mas, se embozó violentamente en su capa, y como un loco salió de la casa.....

Don Alonso de Rivera sentado en un sitial en la casa de Mejía, esperaba con impaciencia la vuelta de éste, que habia ido en busca de Don José de Abalabide.

Rivera tenia la persuasion de que llegando el anciano, saldrian inmediatamente de la duda; podia tener un remedio para descubrir si el color de la negra que se queria presentar como la esposa de Don Pedro, era natural ó efecto de algun arte. Este le parecia el medio mas sencillo para romper aquel nudo que venia á ligar la vida de Don Pedro, impidiéndole contraer matrimonio con Doña Catalina.

Oyó por fin pasos, la puerta se abrió con violencia y Don Pedro entró mas sombrío que antes.

—¿Qué ha pasado?—preguntó Don Alonso—¿qué es de Don José?

—La maldicion del cielo está sobre nosotros; en este momento acaba de espirar Don José de Abalabide.

Rivera inclinó la cabeza y quedó silencioso.

—Don Alonso—dijo Mejía—la madre de Estela está presa; ella habia despedido á sus criados, quizá esté sola, quizá no haya quien la acompañe: me ha despedido vergonzosamente; pero aun la amo: id, procurad calmarla, haré por ella cuanto quiera; id, por vuestra vida os lo suplico.

—Iré—contestó Rivera, y salió calándose su sombrero y alzando el embozo de su capa.

Don Pedro se asomó al balcon para ver las ventanas de

la casa de Doña Catalina; pero la casa estaba oscura y triste.

Don Alonso de Rivera habia atravesado la calle y llegaba á la casa de Catalina.

Sin ceremonia empujó el zaguan; estaba abierto, y el portero salia á ver quién llegaba á esa hora.

Don Alonso sin hablar se dirigió á la escalera, que estaba sin luz.

—Caballero, caballero—dijo el portero.

—¿Qué se ofrece?—contestó deteniéndose Don Alonso.

—¿Busca á álguien su señoría?

—¿No me conoces?

—Por lo mismo pregunto á su señoría.

—Busco á la señora.

—No hay nadie arriba.

—¿Cómo! ¿no hay nadie?

—No, señor.

—¿Pues y la señora?

—Hace ya rato que salió.

—¿Salió?

—Sí, señor.

—¿Sola?

—Con un caballero embozado, á quien no conozco.

—¿Dijo si volvia?

—Cerró todas las puertas y se llevó las llaves.

—¿Pero quién era ese caballero?

—No le conocí; tenia alzado el embozo, y lo único que pude advertir, fué que traia espada.

—Es extraño—pensó Don Alonso; no me figuro quién pueda ser. ¿Y qué rumbo tomaron?

—No ví.

Don Alonso quedó pensativo y sin moverse; su cabeza

se perdía en un laberinto de conjeturas á cual mas absurdas.

Sacudió la cabeza, y luego sin hablar mas, salió á la calle y se volvió á la casa de Don Pedro.

Mejía estaba aún en el balcon, y al ver el bulto que dirigiéndose á su casa se desprendía de la de Doña Catalina, tuvo la ilusion de que aquella mujer le enviaba á llamar y que una tierna reconciliacion iba á compensar todas las penas de aquella noche. Don Alonso habria convencido á la jóven, le habria manifestado la inocencia de su amigo, y ella, sola y abandonada, comprendiendo su situacion, se habria dulcificado.

Halagado con estas ideas y esperando una noticia feliz, Don Pedro corrió al encuentro de Don Alonso, que llegaba en aquel momento.

—Todo está arreglado, ¿es verdad?—le dijo. Estela consiente en verme, en recibirme; ¿no es cierto? Decid, Don Alonso; ¿por qué callais?

—Don Pedro, tened valor—contestó Don Alonso.

—¿Qué, insiste en no verme? ¿nada habeis conseguido?

—Peor que eso, Don Pedro, peor que eso.

—¿Pues qué hay? ¿qué hay? Sacadme de esta ansiedad que me mata.

—Don Pedro, esa mujer ha huido.

—¿Ha huido? ¿ha huido? Dios mio, ¿estoy maldito?

—Valor, Don Pedro, valor.

—¿Valor? ¿valor es acaso lo que me falta? ¡Ah, ingrata! ¡Ha huido cuando yo la amaba tanto! ¡Esa mujer me engañaba, Don Alonso! Es como todas, como todas, infame, infame.....

Y como un loco, Don Pedro se puso á pasear de arriba á abajo en el salon, pronunciando palabras entrecortadas: Don

Alonso le miraba con lástima. De repente se detuvo Mejía y le dirigió la palabra.

—¿Y no pensais —le dijo— que esa pobre niña, quizá por su abandono, por su situacion, se ha desesperado y ha tenido que irse al lado de algunos parientes ó conocidos suyos, que la encontraremos?

—No abrigueis esperanzas, Don Pedro; triste pero necesario me es decíroslo: ningun pariente, ningun conocido tenia mas que yo; esa mujer ha huido para siempre.

—¡Oh, eso es imposible! imposible; ella, tan buena, tan humilde, tan virtuosa, dar semejante paso! No, vos la calumniais, y por mi fe que no lo merece.

—Don Pedro, yo conozco que esto debe ser para vos incomprendible, como lo es para mí; pero ¿quién puede gloriarse de conocer el alma de una mujer? Don Pedro, quizá nos ha engañado; y puesto que nada os liga con ella, olvidadla, aun podeis ser feliz.

—¿Olvidarla, ser feliz? ¿Y lo creeis vos, Don Alonso? Si ante el mundo no tengo vínculo ninguno con esa mujer, le tengo en mi corazon; la amo, la amo, y soy muy desgraciado!

Don Pedro en un arranque de pasion se cubrió el rostro con las manos y se puso casi á sollozar.

A pesar de la frialdad de su corazon, Don Alonso sintió remordimientos de lo que habia hecho, de la parte que tenia en todo aquello, y comenzaba á arrepentirse.

Pero declarárselo todo á Mejía era perderse con él y exponerse á la venganza de Catalina, que tenia en su poder como una arma poderosa el contrato que habian firmado.

—Don Pedro—dijo Don Alonso—me ocurre otra cosa. Mejía se quedó mirándole.

—Que quizá Don Carlos de Arellano—continuó Don Alonso—que vivió tanto tiempo con Abalabide, conozca al-

gunos de sus secretos y pueda decirnos lo que no es posible preguntar á aquel.

—Teneis razon.

—Mañana mismo me encargo de verle y le haré venir.

—Mucho os lo agradecería.

—Don Pedro, ¿teneis confianza en mí? Yo encontraré á Estela, puesto que tal empeño teneis. Yo haré venir á Don Carlos, y espero que mis sospechas saldrán ciertas, y yo, en fin, disiparé esa tempestad que ruge sobre vuestra cabeza.

Mejía escuchaba con placer; eran las primeras palabras de esperanza que oia en aquella noche, era el primer consuelo en su inmenso dolor; y luego Don Alonso le hablaba con tanta seguridad, con tanta fé, que Don Pedro no pudo menos de sentirse impresionado.

—Es muy noche—continuó Rivera—estais muy fatigado; retiraos á vuestra cámara y procurad reconciliar el sueño: mañana el sol os hará ver menos negra vuestra fortuna, y mañana vereis cuánto avanzo en mis trabajos: os prometo romper esa red que nos ha envuelto: id á descansar.

—Teneis razon—contestó Mejía;—lo que necesita mi cuerpo y mi espíritu es el descanso: me retiro; buenas noches.

—Dios os consuele.

Don Alonso salió de la casa de Don Pedro; éste se dirigió á su cámara, pero allí le esperaba otro nuevo disgusto.

El soberbio lecho nupcial estaba preparado para recibir á Doña Catalina, y Don Pedro pensó en esto y le contempló con tristeza.

El lecho estaba envuelto en soberbias colgaduras de damasco, y Mejía se acercó á él y las levantó; pero casi al mismo tiempo dió un grito, retrocediendo horrorizado.

Sobre los blancos almohadones y entre blondas y bordados, se dibujaba la fea cabeza de la negra que el arzobispo había traído. Dormía profundamente y se había acostado como en su cama.

En vano Don Pedro quiso saber quién la había llevado allí, nadie pudo darle razón; y él disgustado, fué á pasar la noche á otro aposento.

En aquellos momentos, Lázaro el pobre, como le llamaban los lacayos, decía, procurando dormirse:

—No se ha perdido el tiempo; pobre de tí, Mejía, pobre de tí!

XI.

**De cómo el virey se preparaba para resistir la invasión de los holandeses
y las conspiraciones de los criollos.**

VERDADERAMENTE crítica era la situación del virey marqués de Cerralvo en los primeros meses de su gobierno.

Los holandeses habían tomado á Acapulco, y por allí amenazaba, además de una invasión á la colonia, la interrupción completa de todo comercio con Filipinas; no se podían enviar, como era preciso, refuerzos y auxilios á Manila, y corrían riesgo aquellas posesiones de la corona de España con las audaces incursiones del príncipe de Nassau, que mostraba tener un genio emprendedor y un talento particular para buscar en la fuente de los recursos de los monarcas españoles sus propios recursos y la debilidad de aquella nación.

Pero en el interior de la colonia no estaba tampoco muy bonancible la situación para los dominadores.

El descubrimiento de la conspiración fraguada por los criollos á la sombra del gran tumulto acaecido en la ciudad contra el marqués de Gelvez, tenía inquietos los ánimos del virey y del visitador.

Algo habían descubierto de la conspiración, pero esto no era todo lo necesario para estar tranquilos; era, además, preciso indispensable, formar unos tercios que salieran á libertar á Acapulco, y por lo menos algunas compañías, para atender

á la seguridad de México y sofocar cualquiera clase de revolucion.

El virey y el visitador se dividieron el trabajo, y el primero se dedicó á la organizacion de la fuerza que debia salir para Acapulco, y el segundo se encargó de seguir la pista á los conspiradores y atender á la seguridad del interior.

La recluta y el levantamiento de gente se hacia con la mayor diligencia; cada dia aumentaba el número de los soldados y de las armas, y cada dia iba disipándose mas y mas la sombría nube que cubria la frente del virey.

El visitador por su parte no descansaba; con la prision de Leonel y Doña Catalina creia haber encontrado el hilo del ovillo, y habia comenzado á levantar un proceso, practicando infinitas diligencias; pero todos sus esfuerzos se habian estrellado contra la ignorancia real ó perfectamente fingida de Doña Catalina y contra la tenaz é inflexible negativa de Don Leonel.

El visitador comenzaba ya á desesperarse.

Don Leonel estaba desesperado; el terrible descubrimiento que le habia hecho Don Nuño de que la jóven que amaba era su hermana y que toda esperanza debia perderse y ahogar en su seno aquella pasion, le tenian verdaderamente fuera de sí.

Don Nuño por su parte tambien estaba triste; comprendia que habia causado la desgracia y la desesperacion de su hijo, y á esto se agregaba el fastidio de aquella prision, que se iba prolongando sin justicia ninguna.

Un dia el carcelero les refirió que las llamas habian consumido la «casa colorada» de la calle de las Canoas; pero esta noticia apenas afectó al padre y al hijo; ambos creian que Doña Juana estaba presa y Doña Esperanza habia desaparecido.

Los días pasaban y el visitador nada podía avanzar en el proceso; se había cateado y registrado escrupulosamente la casa del Cristo, en que Don Baltasar de Salmeron había dicho que se reunían los conjurados, y aquella casa se había encontrado desierta.

El visitador se resolvió á consultar el negocio con el virey, y aprovechó un momento en que el marqués parecía estar mas desocupado para hablarle.

—Hállome—dijo el visitador—en un lance tan difícil, que he creído necesario consultar á V. E. para buscar en su prudencia un consejo.

—¿Qué acontece á su señoría?—preguntó el virey.

—Tengo en cárcel segura á Don Leonel de Salazar y á la dama que dice llamarse Doña Catalina de Armijo, denunciados por Salmeron como los principales en la conspiracion de los criollos.

—Lo sabia yo, y creo que con esto ya su señoría puede decir que lo sabe todo.....

—Esto es precisamente lo que me desespera. Hace ya varios días que están presos, se han practicado varias diligencias, y sin embargo, preciso será confesarlo á V. E., ni de sus declaraciones, ni de ninguna de las diligencias, por mas que mi mayor empeño he puesto en ello, brota ni la mas pequeña claridad, ni el menor indicio, ni nada que guiarnos pueda en este laberinto, en el que no tenemos mas que las denuncias de Salmeron.

—Quizá mas adelante.....

—Lo juzgo imposible; se ha hecho un registro escrupuloso en todas las casas indicadas por Salmeron, y nada. Una de dos cosas suceden: ó la denuncia es falsa y calumniosa, lo cual no creo, ó los culpables han tenido aviso y tiempo para ocultar todos los indicios de su delito, y para

ponerse de acuerdo en sus declaraciones, caso de que pudiera haberse descubierto algo por la justicia.

—Eso me parece mas probable. ¿Pero cómo podían saber lo que aquí se trataba?

—Eso me parece lo mas fácil. Recuerde V. E. á Benjamin, el ayuda de cámara de S. E.

—Y cómo no! Valiente tuno, que me ha saqueado en cuatro dias el palacio, como pudiera haberlo hecho una partida de los bravos marinos del príncipe de Nassau en ocho.

—Pues como debe suponer V. E., no es ese su único delito, sino que ejercia además aquí el papel de espía de los conjurados, y esto se confirma con los dichos de Don Baltasar de Salmeron.

—Efectivamente; pero ahora ¿qué remedio? Lo que pasó, pasó, y debo, en honor de la verdad, confesar á su señoría que siento lo ocurrido, porque ese perillan me hace gracia.

—No se le puede negar que es hombre de ingenio.....

—Y mucho.

—Pero ahora vamos á lo que queria consultar con V. E.

—Y es verdad; dígame su señoría.

—Don Leonel y esa dama siguen en prision, pero esto no puede prolongarse así por mas tiempo; si inocentes son, yo no debo mantenerlos injustamente presos, y si culpables, cómo nada se les puede probar, están en el mismo caso que si no lo fueran. Ahora en lo que quisiera saber la opinion de V. E., es en si seria peligroso para la pública tranquilidad el encarcelamiento de Don Leonel y de la señora.

—Hum!—dijo el virey—la cosa es grave.

—Grave es en efecto, porque de un lado tenemos nuestra obligacion con S. M. de la guarda de estos sus reinos, y

de la otra nuestro juramento de administrar recta y cumplida justicia.

—Podría tomarse un término medio.

—¿Cuál?.....

—Que su señoría dispusiese que la dama se pusiera en libertad luego, por respeto á su sexo y su debilidad, y en cuanto á Don Leonel, que quedara en guarda hasta practicar algunas mas averiguaciones.

—Paréceme tanto mas prudente la resolucion de V. E., cuanto que en la dama he reconocido un fondo de franqueza y de verdad tan claro, que nunca se niega á contestar á lo que se le pregunta como el Don Leonel, ni hay en sus respuestas contradicciones ni reticencias.

—Alégrome entonces de haber dejado satisfecho á S. E.

—Y tanto, que ahora mismo voy á hablar con la dama y á ponerla en libertad, y con el permiso de V. E. me retiro.

—Puede hacerlo su señoría.

El visitador se dirigió á la prision de Doña Catalina.

A pesar de los miramientos con que el visitador habia dispuesto que se la tratara, la madre de Catalina estaba en una situacion bien triste.

Como nadie de su casa habia procurado buscarla, la vieja Doña Catalina vestia aún el mismo traje de gala con que habia salido de la casa de Don Pedro; pero como en la prision no tenia ni cama ni sillas, sino un miserable *petate*, aquella ropa estaba sucia, ajada y rota en algunas partes. Doña Catalina estaba pálida y casi enferma.

Habia contestado la verdad en sus declaraciones, porque en efecto, ella nada sabia de la conspiracion ni de los planes de Don Leonel de Salazar ni del Padre Alfonso.

Cuando el visitador penetró, Doña Catalina estaba sentada en el suelo.

MARTIN GARATUZA.

—Dios os guarde, señora—dijo el visitador.

—Lo propio deseo á su señoría—contestó.

—Vengo á deciros que puesto que nada hay contra vos ni nada puede averiguarse; libre sois para poder ir adonde mejor os parezca.

—Tardía en verdad es vuestra justicia—contestó Doña Catalina con una amarga sonrisa.

—No es en verdad por mi culpa, que mi mayor deseo ha sido no causaros molestia de ninguna clase.

—Y á fe mia que su señoría lo ha conseguido; me habeis arrancado de mi casa, tenido en prision, registrado mi cuerpo por ver si tenia una mancha roja en la espalda, tomádo-me muchas declaraciones, y el dia que mejor os dió gana, me decís con gran donaire: «libre sois, y podeis retiraros.» ¿No piensa su señoría lo que diria S. M. al saber cómo se administra justicia en su reino y cómo se trata á damas tan principales como yo?

—Señora—contestó algo amostazado el visitador—si así agradeceis el empeño que por vos tomo, siento no haberlo sabido desde antes; pero os aconsejo como mas prudente que en vez de procuraros nuevos disgustos con la justicia, salgais aprovechando nuestro favor.

—Valiente favor! y valiente consejo! Sin embargo, le tomo, que inútil seria lo demas: ¿dió su señoría orden para que no se me detuviera en la salida?

—Podeis hacer la prueba cuando gustéis.

—Entonces ahora mismo, que no me siento aquí nada contenta.

Y Doña Catalina, tomando el manto mismo que para venir le habia servido, se envolvió en él, y salió sin despedirse del visitador.

—Gente ingrata é indomable son estos criollos—dijo él

siguiéndola;—no merecen lo que se hace por ellos; pero si no fuera porque es necesaria la prudencia, yo les enseñaría cómo deben manejarse.

Cuando llegó á la puerta de la cárcel, ya Doña Catalina habia salido, y como ésta ignoraba lo acontecido en su casa con su hija, se dirigió para la calle de Ixtapalapa.

Don Pedro por una casualidad la vió venir, y comprendió por su traje que acaba de salir de la prision y que no sabia la fuga de Catalina; creyó que esto era para él un acontecimiento feliz y se dirigió á su encuentro.

La vieja le vió venir y le reconoció al punto; estaba indignada por la escena que habia comenzado á presenciar la noche del matrimonio de Don Pedro; pero como no pudo ver el desenlace de aquella escena, y conocia el carácter poco escrupuloso de su hija y la libertad de sus costumbres, se le figuró que Don Pedro y Catalina se habian arreglado, y mas teniendo por intermedio á Don Alonso. Esta solucion le parecia á la vieja la mas oportuna y la mas conveniente.

Don Pedro se acercó á ella triste, y ella le recibió con la fisonomía mas franca y mas alegre.

—¡Cuánto gusto tengo—díjole Don Pedro—de volver á veros!

—Como que á milagro puede tenerse, que así anda en esta tierra la justicia de S. M.

—Paréceme, señora, que en efecto se os ha tratado como no mereceis.

—¡Oh! ¿qué me decís de mi hija?

Aquella pregunta así, tan indiferente, aquel aire de menosprecio, para un acontecimiento como era el de la prision, para una dama de entidad, comenzaron á chocar á Don Pedro, que aunque no era hombre de gran talento, estaba

acostumbrado al trato de las señoras mas principales de la ciudad.

—¿Quereis pasar á mi casa, y hablaremos?—dijo Mejía sin contestar directamente á la pregunta de Doña Catalina.

—Supongo que mi hija estará allí.

—Por ahora no.

—¿Cómo es eso?

—Os suplico que entreis, porque muchas cosas tengo que deciros.

—Vaya pues.

Y Don Pedro la condujo hasta una de las salas de la casa.

—Tomad asiento, señora, que aquí podemos hablar.

—Decid, que os escucho con atencion.

—¿Recordais cuanto pasó la noche desgraciada de mi enlace con vuestra hija?

—Sí, hasta el momento en que la justicia vino por mí.

—Bien; pues apenas habíais salido, vuestra hija se levantó y salió tambien sin decirme una palabra, se fué para su casa; seguía para satisfacerla y pedirle perdon de lo acaecido, en lo que yo no tenia la culpa, y me arrojó de su presencia.

—¡Qué tontera!—exclamó Doña Catalina, pensando quizá en las ventajas que podia haber sacado de Don Pedro en aquellas circunstancias.

—Salí desesperado, pensaba en la muerte, en la locura, yo no sabia lo que por mí pasaba; Don Alonso de Rivera se compadeció de mí y volvió á la casa; pero vuestra hija habia desaparecido, saliendo, segun dijo un portero, con un hombre embozado.

Cuando Don Pedro esperaba que el asombro, el dolor, la indignacion, se pintaran en el rostro de aquella mujer al escuchar la noticia de la desaparicion de su hija, y que sollo-

zos y lágrimas fueran la expresión de sus sentimientos, con el mayor espanto la miró permanecer tranquila, mover la cabeza, y hasta con cierta especie de sonrisa decir únicamente:

—Y es capaz de todo eso; así es ella.

Como una niebla que disipa el viento y deja ver puro el sol y claro el paisaje que ocultaba, así se corrió á los ojos de Mejía el velo que le había cegado; aquellas palabras hicieron brotar en su cerebro un mundo de ideas, que antes le hubieran parecido absurdos y quimeras.

Comprendió qué clase de hija sería aquella de la que una madre se expresaba así; comprendió cuáles serían las costumbres y los antecedentes de una familia en la que así se recibía la noticia de un hecho tan escandaloso.

Don Pedro no tuvo ni qué decir: aquel descubrimiento helaba su sangre, y sin embargo, sintió que su amor y sus deseos se encendían más, porque la mujer que había creído lejos de sí, la sentía acercarse repentinamente hasta el alcance de su mano.

—Supongo—dijo Doña Catalina—que perdonareis esta falta de mi hija: es tan joven, le falta la experiencia, y luego que sin mí no sabría ni qué hacer.

—En efecto—contestó Mejía.

—¿Y sabéis adónde está?

—Lo ignoro completamente.

—Yo la encontraré, y creo que no tendréis dificultad en recibirla.

Don Pedro estaba asombrado de aquel cinismo.

—Señora, podeis buscarla y decirla que siempre seré para ella el mismo, si ella es la misma para mí.

—Pues de encontrarla tengo; entretanto, viviré como antes, en la casa de enfrente.

MARTIN GARATUZA.

319

—Y contad para todo conmigo.

—Gracias; os aseguro que pronto encontraré á mi hija.

La vieja se despidió y salió satisfecha de la conferencia, aunque disgustada de la conducta de Catalina.

Don Pedro quedó sin explicarse lo que sentía, si era el amor á la que él conocía por Estela, ó era el desprecio hácia aquella familia; si era la tristeza de haberla perdido, ó la de volver á encontrarla ya sin el velo misterioso que la rodeaba.

Pensaba en esto cuando oyó detrás de sí un ligero ruido y volvióse á ver quién era.

La negra habia entrado y se colocaba en un sitial; Mejía contempló un momento aquel rostro estúpido, y luego exclamó con cierto aire de resignacion:

—Sea esta mujer Luisa ó no lo sea, no me conviene ya aclarar este misterio; lo que ayer era para mí una desgracia, quizá sea hoy una fortuna: ya veremos.

XII.

**De cómo á un hueso y á un sombrero puede un hombre
deberle la vida y la libertad.**

AL siguiente día del incendio de la «casa colorada» Martin tomó uno de tantos disfraces, y determinó salir á la calle en busca de noticias del Padre Salazar y de Doña Juana, porque no creía que ésta hubiera perecido: como Doña Esperanza se habia salvado y todos la creían muerta, así podia haber acontecido con Doña Juana.

Además, Martin tenía otra razón para buscar á la señora Carbajal, y era que Doña Esperanza estaba verdaderamente loca, queriendo salir en busca de su madre y sin encontrar consuelo en nada.

Martin tenía buen corazón, y el estado de Doña Esperanza le afectaba profundamente; así es que apenas fué de día claro, tomó su sombrero y se encaminó á la calle de las Canoas.

La «casa colorada» presentaba un espectáculo bien triste; ruinas humeantes y ennegrecidas, algunas paredes en pié, con ventanas cerradas que por casualidad habia respetado el fuego; muebles rotos, baúles, cajones y hasta ropa; y luego multitud de gentes que rascaban y que apartaban los escombros buscando algo que aprovechar, algo que llevarse.

MARTIN GARATUZA.

Garatuza penetró entre aquella multitud, buscando á su vez algun vestigio, procurando alguna noticia, pero nada; ni quien se hubiera tomado el trabajo de informarse de la suerte de los moradores de la casa.

Un hombre estaba inclinado examinando los restos de un volúmen en folio que habia sobre un monton de tierra; Garatuza estaba cerca de él, y quiso probar fortuna por si acaso él sabia algo, y le habló.

El hombre volvió el rostro, y poco faltó á Garatuza para gritar: era Don Baltasar de Salmeron.

Si Martin era astuto, Don Baltasar no le iba en zaga, y uno y otro se conocieron y procuraron mutuamente engañarse, y lo consiguieron.

Martin preguntó candorosamente y Salmeron le contestó con ingenuidad: nada sabia.

—No me ha conocido—pensó Martin.

—No me ha conocido—pensó Salmeron.

Martin procuró escurrirse por un lado para escapar, mientras que Salmeron procuró ocultarse para observarle, mandando luego pedir auxilio para aprehenderle.

Pero en aquel dia la suerte estaba contra Martin, y muy á mano se encontró Salmeron á los alguaciles, que antes de caminar dos calles echaron la garra á Garatuza, que en medio de los corchetes y con un trage semiclerical hizo su entrada solemne á la cárcel.

Don Baltasar ocurrió inmediatamente á pedir una audiencia al virey; esperó mas de dos horas en la antesala, pero al fin consiguió ser recibido.

—Señor Excmo.—dijo haciendo una profunda reverencia—vengo á participaros una noticia que no deja de tener importancia.

—¿Qué ocurre?

—Con el oportuno auxilio de cuatro alguaciles, he logrado poner en segura prision al hombre que ganando la confianza de S. E., descubrió los secretos de palacio á los enemigos de S. M. y logró interceptar las denuncias que hice á S. E.

—Buena presa, buena presa: ¿y en dónde está el perillan?

—En la cárcel, Excmo. señor, á las órdenes de V. E.

—Magnífico; esta noche misma iré á examinarle yo personalmente, porque es una pieza el tal Benjamin que ya.....

—¿Quiere V. E. que dé alguna orden en la cárcel?

—Sí, tomad:—el virey escribió.—Esta es la orden para que esta noche á las ocho me traigan aquí á ese maula.

—¿La entregaré al alcaide?

—Sí, y mañana tendreis cuidado de venir á verme.

Don Baltasar hizo una gran reverencia y se retiró á llevar la orden del marqués.

Poco antes de las ocho el virey y el visitador estaban reunidos en una estancia de la habitacion particular de S. E.: aquella estancia tenia dos puertas, una que conducia al interior de las habitaciones, y la otra á las antesalas del Palacio.

S. E. y el señor visitador estaban sentados en dos sitios, y tenian delante una gran mesa sobre la que ardian dos bujías de cera, colocadas en dos magníficos candeleros de plata.

—¿Cree S. S. que no podrá sacarse nada del tal Benjamin?—decia el virey.

—Difícultolo mucho—contestó el visitador, que trazas tiene de muy listo y entendido.

—¿Ni con amenazas?

—Es el peor camino que pudiera escogerse, que bien creo que si algo se consigue, será por la dulzura; y diré mas á S. E., que si ese hombre se docilitara, ninguno como él podría hacer grandes revelaciones.

MARTIN GARATUZA.

—Probaremos.

—Pruebe la dulzura S. E., que si no produce el efecto que espero, tiempo quedará para el rigor.

—Creo que llega nuestro hombre, porque oigo ruido en la antesala, y acaban de sonar las ocho.

En efecto, anunciaron á S. E. que el alcaide de la cárcel con una ronda, traia al hombre que S. E. habia pedido.

—Decid al alcaide que pase.

El alcaide se presentó haciendo grotescas reverencias.

—¿Viene ese hombre amarrado?—preguntó el virey.

—Sí, Excmo. señor.

—Le hareis quitar las ligaduras.

—Sí, Excmo. señor.

—Luego hareis que entre solo, pero cuidando de registrar que no traiga arma oculta.

—Sí, Excmo. señor.

—Despachad.

Aquí el alcaide hizo otras mil reverencias y salió: pocos momentos despues entró Martin con un aire contrito, y llevando en la mano un ancho sombrero de palma. Parecia el ser mas humilde y mas inofensivo de la tierra. Al entrar volvió á cerrar la puerta de la antesala.

—¡Hola!—dijo el virey;—mira qué humildad y qué cara de santo pones: acércate.

Martin obedeció, y quedó separado del virey y del visitador por la mesa sobre la cual ardian las dos bujías.

—¿Conque tú—continuó S. E.—te has burlado de mí, has robado en palacio, y has vendido los secretos del gobierno á los enemigos de S. M.?

—Señor.....—dijo Garatuza.

—Bien mereces un ejemplar castigo y que te mande ahorcar en medio de la Plaza Mayor.

Garatuza inclinó la cabeza; pero sus ojos centellantes examinaban toda la habitación.

—Solo un modo hay para que te libres del patíbulo que te espera: ¿quieres escapar de la horca?

—Con mucho gusto, Excmo. señor.

—Pues confiesa.

—¿Qué he de confesar?

—Ante todo, ¿cómo has hecho para escapar hasta hoy de la justicia?

—Señor.....

—Confiesa.

—Y si le muestro á V. E. el cómo, ¿no tendré funestos resultados?

—No.

—¿De veras, Excmo. señor?

—Vamos, te empeño mi palabra.

—Pues va á ver V. E., y lo hago todo con su permiso.

Garatuza entonces se caló sin ceremonia el sombrero, apagó violentamente las dos bujías que daban luz á la pieza, y echó á correr por la puerta que conducía al interior de las habitaciones, cerrándola por dentro.

Tan rápidos y tan inesperados habian sido aquellos acontecimientos, que S. E. y el visitador quedaron por algunos instantes estupefactos.

El virey fué el primero que ocurrió á tocar la campanilla para llamar; pero su mano tropezó con los candeleros y no pudo encontrar lo que buscaba: gritó entonces, pero en la antesala creían que regañaba á Martin, y nadie acudió. Entonces el virey y el visitador determinaron levantarse y llamar á los alguaciles.

Pero la oscuridad de la cámara era tan densa, que varias veces uno y otro se encontraron sin dar con la puerta;

MARTIN GARATUZA.

el virey reía con todas sus ganas, y el visitador echaba espuma de la cólera.

Los alguaciles y los criados y todos entraron en persecucion de Garatuza; pero cada puerta era un nuevo obstáculo, porque Martin habia cuidado de ir las cerrando todas.

Garatuza llegó por el interior de Palacio hasta una escalerilla que conducia á la azotea; estaba cerrada, pero la llave estaba allí, y Martin logró abrirla, y sintió el aire de la noche y se encontró en los terrados.

Comenzó á correr por allí buscando el lugar en que los techos estuvieran á menos altura de la calle para dejarse caer. Una tapia con una puertecilla débil se interpuso en su marcha; Martin no llevaba ni puñal, ni daga, ni otra cosa con que forzar la cerradura; buscó á tientas, y ayudándose algo con la escasa claridad de las estrellas, su fortuna le depa-
ró un hueso. No era exactamente lo que necesitaba, pero ya era mucho para su situacion.

Martin rompió la puerta con el hueso, y logró pasar; ya era tiempo, porque á lo lejos miró en las azoteas el brillo de los farolitos de los alguaciles.

Habia llegado Martin hasta un lugar de donde no le era posible pasar; allí, como un precipicio, estaba la calle que formaba la espalda del Palacio.

Midió con los ojos la distancia que le separaba del piso de la calle, y se decidió.

Martin habia andado bastante entre la gente perdida, para no saber lo que se hace en caso semejante, con objeto de procurar una caída suave disminuyendo la velocidad.

Sin conocer las causas físicas, sabia preparar los efectos.

El muro por aquel lado estaba enteramente plano; no habia cornisa, ni ventana, ni moldura que interrumpiera hasta el cimiento su tersa superficie.

Martin se colocó en el bordo, tomó entre sus dos piés la copa de su sombrero, quedando el ala tendida bajo sus puntas, se suspendió con la mano izquierda mientras que con la derecha sujetaba como un puñal el hueso que habia encontrado en la azotea, y le apoyó fuertemente contra la pared.

Entonces se desprendió.

Como era natural, el sombrero hacia el efecto de un paracaidas, y el rozamiento del hueso contra el muro disminuia un tanto la velocidad de la caida, y le servia al mismo tiempo para conservar la posicion vertical y aprovecharse del auxilio que le prestaba el aire oprimido por el sombrero.

Era seguro que ni Garatuza, ni los truhanes que le habian enseñado aquellas cosas, sabian el por qué; pero era un método que siempre les habia dado buenos resultados, y esto era bastante; y merced á estas precauciones, Martin llegó á tierra con felicidad.

El sacudimiento de la caida lo desconcertó por un momento; pero á poco se repuso, tomó su sombrero, se lo puso y echó á correr.

Desgraciadamente la alarma habia cundido á la calle, y los farolillos de los alguaciles y de las rondas comenzaban á lucir en las calles vecinas á Palacio.

Martin tomó sin intencion la primera salida que se le presentó; pero á pocos pasos un hombre se destacó de una puerta, y tendiéndole una lanza, le gritó con voz estentórea:

—Alto y téngase á la justicia.

Era un alabardero; Martin comprendió que cualquiera vacilacion podia perderle, y determinó jugar el todo por el todo; se quitó rápidamente el sombrero con la mano izquierda, y sirviéndose de él como de una adarga, apartó el arma que

MARTIN GARATUZA.

le amenazaba, y con el hueso que aun no habia soltado, dió con la diestra tal golpe al alabarero en la cabeza, que le dejó privado de sentido.

Saltó sobre el cuerpo de aquel infeliz y siguió corriendo.

Los alguaciles venian ya muy cerca, y Martin, fatigado ya, percibia cada vez mas cerca el ruido de sus pasos.

Estaba ya exánime cuando volvió una esquina y oyó el ruido de un chorro de agua que caia de una de esas fuentes que habia incrustadas en las paredes, de las que aun se conservan algunas, y que forman una especie de grutas en las calles.

Una idea súbita alumbró á Martin, y tan rápida como ella fué la ejecucion.

Arrojó hácia adelante el sombrero con todas sus fuerzas, luego el hueso, y se metió dentro de la fuente.

La noche estaba oscura y los perseguidores no pudieron ver á Martin que se ocultaba, pero oyeron á lo lejos el ruido del hueso que iba rebotando sobre las piedras.

—Ahí va—dijo uno.

Y todos siguieron corriendo. Martin, temblando de frio, los sintió pasar á su lado y se sumergió mas; cuando ya no habia ninguno, sacó la cabeza y escuchó.

Habian encontrado su sombrero.

—Es seguro que por aquí pasó—decia uno—que aquí ha dejado el sombrero.

—Entonces debemos buscarle por aquí—contestaba otro.

—Por aquí no—replicó el que habia hablado primero;—si esta prenda se quedó aquí, el dueño debe ir adelante; el sombrero debe habersele caido en la carrera, y no habia de adelantarse; que lo que se tira en una fuga queda siempre atrás y no adelante.

—Razon teneis de sobra; soy un tonto.

Martin los vió alejarse rápidamente, y salió escurriendo agua de su escondite.

Procuró tomar entonces una direccion opuesta á la de la ronda, sacudiéndose para secarse, y dando rodeos por las calles, de manera que si por desgracia seguian el rastro del agua, no diesen con él.

Cuando estuvo seguro de que ya no se desprendian gotas tan gruesas y tan abundantes de sus ropas, se dirigió á su casa, y llegó en los momentos en que menos le esperaba la pobre muda.

Martin se desnudó con tanta tranquilidad como si nada le hubiera pasado, y á poco rato dormia como si no le anduviesen buscando las rondas por toda la ciudad.

XIII.

De lo que Martín, Don César y Teodoro acordaron respecto de Doña Esperanza, y de lo que habia pasado á Doña Catalina.

Las pesquisas fueron inútiles para encontrar á Garatuza; el virey se contentó con prevenir á la justicia que procurase su aprehension, y Martín para no tener un mal encuentro, determinó permanecer oculto en su casa.

Doña Esperanza habia quedado sola sobre la tierra y comprendió por fin su situacion y la muerte de Doña Juana, á pesar del cuidado que por ocultarla tuvo Martín.

Si Leonel no hubiera estado preso, quizá Esperanza no hubiera sentido tan absoluto su aislamiento; pero no sabia mas de él sino que continuaba en desgracia, y esto aumentaba lo profundo de su pena.

Martín se resolvió una noche á salir para ir en busca de Teodoro; era el único de sus amigos en quien tenia plena confianza, y el único capaz de darle sus consejos y valerle en algo.

Teodoro recibió á Garatuza con el mismo cariño de siempre, y éste le contó los últimos acontecimientos de su vida. Teodoro le escuchó hasta el fin.

—¿Y qué pensais hacer ahora?—le preguntó.

—En cuanto á mi persona, ya Dios dirá; pero he aquí que tengo otra cosa de mas importancia que me aflige en estos momentos.

—¿Y qué cosa es esa?

—¿Sabeis que se incendió la «casa colorada?»

—Sí, la de la calle de las Canoas.

—Exactamente: pues bien, esa casa pertenecia á Doña Juana de Carbajal, que en ella vivia con su hija.

—Sí.

—Doña Juana pereció entre las llamas, yo logré salvar á la jóven y está en mi casa; pero ha quedado sin tener en el mundo persona á quien volver sus ojos.

—Oh! si eso es todo, ya sabeis que mi casa y mi persona pueden servir de algo; no soy muy rico, pero en fin.....

—No, Teodoro, no es precisamente eso de lo que se trata: voy á contaros parte de un gran secreto, con el designio de que me ayudeis, que se trata de una buena obra.

—Bien, decid.

—Doña Esperanza, que así se llama la jóven de que os hablo, es hija de Don Pedro de Mejía.

—¿Hija de Don Pedro?

—Lo sé de una manera indudable; es su hija, y mi gran empeño es obligarle á reconocerla, porque esa jóven debe y merece ser la heredera de Don Pedro.

—Ciertamente.

—Pero esto importa prepararlo y ejecutarlo pronto.

—Tan pronto, que segun me ha referido Don César, á consecuencia de todo lo acontecido, Don Pedro ha comenzado á enfermarse seriamente.

—Pues entonces la cosa importa mas de lo que yo pensaba. ¿Qué os parece?

—Paréceme que ante todo consultemos con Don César

de Villaclara, que está mas al corriente de lo que ocurre en la casa de Mejía.

—Los tres podremos coordinar mejor nuestro plan; pero hay el inconveniente de que yo no puedo sin peligro salir con frecuencia á la calle, por lo que os llevo referido.

—Esa es cuestion de poco momento, que yo tengo de buscar á Don César y podré llevarle á vuestra casa, en donde trataremos el asunto, que como vos decís, es de grave importancia.

—¿Y cuándo creéis vos encontrar á Don César?

—Quizá en esta noche misma, que me trajo en guarda á una jóven que ó porque no le agradó nuestra compañía, ó por lo que mejor le pareció, duró aquí poco tiempo, y sin despedirse siquiera, el dia menos pensado se desapareció.

—¿Fugóse?

—Sí, y Don César, que lo sabe ya, quizá venga esta noche á tratar de ello conmigo.

—¿Calculais á la hora que debe de venir?

—Supongo que si viene no será ya mas tarde.

Se oyó en estos momentos llamar al zaguan.

—Quizá sea él—dijo Martin.

—Es casi seguro—contestó Teodoro—que á nadie mas espero.

En efecto, pocos momentos despues se presentó Don César; Teodoro le contó cuanto Martin le habia referido, y además el proyecto que tenian entre manos.

—Prudente me parece todo eso—dijo Don César—y debo advertiros que cuanto antes, es mejor que comenceis vuestra obra, porque Don Pedro se agrava dia á dia.

—Mañana mismo—contestó Martin—pero deseábamos consultar en esto vuestra opinion, para elegir el camino mas seguro.

—Verdaderamente no me ocurre; el único amigo de Don Pedro es Don Alonso de Rivera, y estoy cierto de que él no patrocinará vuestra causa, porque se destruye con ella la esperanza cierta que tiene de ser el heredero de Don Pedro.

—Teneis razon.....

Los tres se pusieron á meditar.

—¿Os parece—dijo Garatuza—que por medio del confesor de Mejía se conseguiria alguna cosa?

—Hay dos inconvenientes—contestó Don César—por lo que he visto en la casa; primero, que Don Pedro no tiene confesor, y luego aun cuando le tuviese, era difícil hacerle entrar en el plan y libertarle del espionaje que tiene allí establecido Don Alonso de Rivera.

—Yo encontraria el modo de allanar todo si vos me ayudárais—dijo Martin.

—Dispuesto estoy.

—Permitidme que os haga algunas preguntas.

—Hablad.

—¿Vivís aún con vuestro carácter de pobre Lázaro en la casa de Mejía?

—Sí.

—¿Hablais con Don Alonso?

—Casi nunca.

—¿Pero podríais hablarle?

—Seguramente que sí.

—¿No desconfia de vos?

—No, que yo sepa.

—En tal caso, si me dais permiso, me atreveré á indicaros lo que debeis hacer.

—Veamos.

—Como por via de inspiracion del cielo, ó como consejo,

ó como resultado de la costumbre que todos los santones tienen de meterse en las ajenas conciencias, acercaos á Don Alonso y decidle que vos conocísteis á un sacerdote que con vos fué hasta la Tierra Santa á pié, que es varon de ejemplares virtudes, que aunque por escrúpulos ni confiesa ni dice misa, ni cosa semejante, tiene del Espíritu Santo el don de consejo, y una grande uncion evangélica; que con- vendria á la salvacion del alma de Don Pedro y al descanso de la conciencia de Don Alonso, que con Mejía hablase: creo que Don Alonso no pondria dificultades, sobre todo si le decís que conviene que tenga él una conferencia con el dicho sacerdote que vos le proponeis.

—¿Pero cuál es el objeto?

—Ya vereis; hacedme, os ruego, tal servicio, que con ello servireis á una causa noble y digna de vos.

—¿Y luego?

—Tan pronto como tengais una resolucion, avisadle á Teodoro, que él me lo dirá: vamos en primer lugar á salvar de la miseria á una jóven buena, inocente y digna de toda la felicidad, y en segundo, evitamos que las riquezas de Mejía pasen á las manos de Don Alonso de Rivera.

—Creo que no habrá mas trabajo que convencer á Mejía—dijo Teodoro.

—Os engañais—contestó Don César;—la lucha va á ser mas terrible de lo que os podeis suponer, porque no es solo Don Alonso, sino que cuenta con auxiliares poderosos.

—Lo comprendo—agregó Martin—pero ya veremos.

Martin se despidió y volvió á su casa tramando el plan de ataque y defensa para reconquistar á Doña Esperanza la herencia de su padre.

La mañana siguiente al entrar Don Alonso á la casa de Mejía, salió á su encuentro el pobre Lázaro.

—Perdóneme su señoría—dijo—pero me veo en la precisión de hablarle, molestando su atención.

—¿Qué se ofrece?—contestó con altivez Don Alonso.

—Mi conciencia me obliga—dijo Lázaro—á dirigirme á su señoría, haciendo á un lado todos los respetos humanos, porque se trata de la salud de mi protector el señor Don Pedro de Mejía.

—¿Conoces por ventura tú algun remedio para aliviar su dolencia?

—La salud del cuerpo es lo que menos importa á un cristiano.

—¿Entonces?

—La salud del alma es superior á todas, y mi señor Don Pedro la pierde, porque no da paso para ocurrir á la religión.

—¿Quién te mete á predicador?

—¿Quién mete á todo buen cristiano á procurar el bien de su prójimo? la obligación que tenemos de mirar los unos por los otros; gravada creeria yo mi conciencia y expuesta mi seguridad con el Santo Tribunal de la Fe, si pudiendo salvar una alma no lo hiciese por negligencia.

—En efecto—contestó Don Alonso vacilando.

—Porque—continuó Lázaro—si la Inquisición supiera que Don Pedro moria impenitente, quizá intervendria, recogiendo todos sus bienes, y dando sobre los que en la casa y en su amistad estábamos, porque no hicimos empeño en que se reconciliara con nuestra Santa Madre Iglesia.

—Pero si él se niega á confesarse.

—Lo supongo, y que no es por causa de vuestra señoría; pero por eso queria hablar á su señoría. Conozco un varon pío y ejemplar, que conmigo peregrinó hasta los Santos Lugares, el cual por demasiado escrupuloso no confiesa; pero

tal uncion llevan sus palabras, que á permitir vos que hablase con Don Pedro, se convenceria.

—¿Pero sin conocerle yo?

—Le traeria; que mas prudente me parece que su señoría hable con él para que se forme juicio de su virtud y saber, y luego su señoría decidirá.

—Le pensaré.

—Bien; pues le recuerdo á su señoría que he salvado mi responsabilidad, por si sucediere una desgracia y el Tribunal de la Fe haya de intervenir en el negocio.

Don Alonso comprendió que esto era casi una amenaza de denuncia en el caso de que Mejía muriera sin confesion; subió á ver al enfermo y seguia peor.

Las palabras del «pobre» le habian impresionado; quizá no tenia malas intenciones, quizá era un aviso del cielo.

Por otra parte, Mejía muriendo impenitente, seria declarado hereje, y la Inquisicion daria sobre sus bienes, y entonces Don Alonso perdia todo.

Pocos momentos despues Don Alonso hizo subir á Lázaro.

—¿Dices—le preguntó—que tú conoces á un hombre que es justo y virtuoso, capaz de tocar el corazon de Don Pedro?

—Con el favor de Dios creo que le conseguirá.

—¿En dónde vive?

—Aquí en México.

—Llévame á verle.

—Mejor será que le traiga yo para que hable con su señoría.

—¿Por qué no en su casa?

—Porque allí ninguno de los del mundo entra.

—Bien, es lo mismo: ¿cuándo le traes?

—Esta noche, á la hora que mande su señoría.

—A las ocho.

—Vendrá.

—¿Respondes de él?

—Con mi vida respondo á su señoría.

Lázaro salió en busca de la persona de quien habia hablado á Don Alonso, y necesariamente fué á dar á la casa de Teodoro, y puso al negro al tanto de todo lo ocurrido.

Entonces el negro fué el que salió en busca de Garatuza, dejando á Don César en espera.

Tres cuartos de hora tardó, y al volver dijo á Don César:

—Martin os suplica le digais adónde debe buscaros esta noche; ó si os parece mejor que espere aquí á las siete y media de la noche.

—Paréceme mas conveniente el venir aquí por él, y así se lo direis.

—De todos modos él vendrá aquí á las siete.

—En ese caso, aquí estaré. Adios.

—Dios os guarde.

.....
.....
Doña Catalina no pudo resistir mucho tiempo la reclusion voluntaria que se habia impuesto en la casa de Teodoro. Las teorías racionales y prudentes de Don César habrian hecho efecto en otro corazon menos variable que el de aquella mujer, y en otro espíritu menos exaltado y menos afecto á las emociones violentas y las aventuras.

¿Qué esperaba ella en la situacion en que se habia colocado? Nada, ningun desenlace, ninguna peripecia, y una vida tranquila y pacífica no era propia de su carácter.

Meditó tanto en esto, que su situacion llegó á serle insoportable, y sin dejar de agradecer á Don César, cuyos

proyectos no conocia, ni á Teodoro, lo que por ella hacian, determinó abandonar aquella casa y volver á la suya.

Una tarde, cerca de oscurecer, tomó la caja en que tenia sus alhajas, y envuelta en su manto salió sin que Teodoro ni su familia se apercibiesen de lo que hacia.

De propósito no habia querido que se quitara la casa que habitaba en la calle de Ixtapalapa, ni habia querido dar las llaves, que conservaba en su poder.

Calculaba durante el camino, que su madre no podria seguir mucho tiempo en la prision, que fingiéndole ella una reconciliacion con Don Pedro, sacaria quizá tantas ventajas como si fuera su mujer, y además, que si la verdadera mujer de Mejía era aquella negra, cosa indudable seria que Don Pedro no vacilaria entre dos mujeres de las que una era el tipo de la belleza y otra el modelo de la fealdad; contaba ella con el apoyo de Don Alonso, y si bien no se arrepentia del brusco rompimiento con Don Pedro, sí creia conveniente templar su enojo y dar lugar á la dulzura y reconciliacion. Tal vez así seria mejor, y tal vez así encontraria modo de libertar á su madre.

Distraida con estas reflexiones llegó hasta su casa, y lo primero que llamó su atencion fué ver luces al través de las ventanas.

Comenzó á subir y notó con admiracion que las cerraduras de las puertas estaban forzadas.

Entró á la sala y se encontró en los brazos de Doña Catalina.

Hija y madre se refirieron mutuamente sus aventuras y pasaron despues á hablar de los negocios de familia.

—Reflexionándolo bien—decia la vieja—creo que no conviene un rompimiento absoluto con Don Pedro, y menos aho-

ra que está enfermo, y que segun me ha dicho Don Alonso, es cosa grave.

—Sin conocer esa circunstancia habia yo reflexionado lo mismo.

—Don Pedro está verdaderamente apasionado de tí, y si es casado, no es culpa tuya y puede que ni de él; además, aun no es cosa segura que esa negra sea su mujer, hámelo así dicho Don Alonso, y que se piensa aclarar la verdad del asunto: si resulta que Don Pedro no es casado, tú eres su verdadera esposa; y si por el contrario, esa negra fuera su mujer y tú no eras insensible, ella tendria solo el nombre, mientras que tú dispondrias de la persona y caudales de su marido.

—Eso mismo habia yo pensado.

—Pero es necesario que la reconciliacion se haga de una manera tan fina, que Don Pedro la reciba como un gran favor, como un don especial del cielo.

—¿Don Alonso se encargará de ello?

—Voy á enviarle á llamar, que allí estará en la casa de enfrente.

—Ante todo, decidle que yo me resisto demasiado; es necesario que él mismo esté engañado en este negocio; Don Alonso es un hombre de quien yo no tengo entera confianza.

—Descansa en mí, y ya verás.

—Por ahora me retiro, que no conviene que me vea sino hasta haber hablado con vos: ya me llamareis.

—Anda.

XIV.

Donde se cuenta cómo entró Martín á la casa de Don Pedro de Mejía, y otras cosas.

DON Alonso de Rivera esperó la noche de la cita al personaje que le habia anunciado Lázaro. Don Pedro seguia cada vez mas enfermo, su postracion era grande, y no queria absolutamente confesarse; creia que con esto aceleraba el momento de su muerte.

Don Alonso comenzaba á tener miedo á la Inquisicion, y sobre todo, á que se apoderase de los bienes.

A las ocho en punto de la noche Lázaro se presentó, seguido de un hombre de extraña apariencia.

Era al parecer muy avanzado de edad, tenia la barba y el cabello enteramente canos y muy crecidos, andaba sin dificultad aunque apoyándose en un grueso baston, y vestia un traje negro, sin adornos ni alamares; una larga capa tambien negra le cubria entre sus anchos pliegues, y llevaba en la mano un ancho sombrero de la forma de los que usaban los peregrinos.

La figura de aquel anciano infundia respeto.

—La paz de Dios sea en esta casa y en todos sus moradores—dijo el anciano.

—Et cum spiritu tuo—contestó devotamente Don Alonso.

—Traigo á su señoría la persona de quien le hablé—dijo Lázaro.

—Muy bien venido—contestó Don Alonso, y luego dirigiéndose á Lázaro agregó:—déjanos solos.

Lázaro se retiró inmediatamente, y Don Alonso hizo seña al anciano para que se sentara. El anciano obedeció, procurando colocarse de manera que no le bañara el rostro la luz de la bujía que alumbraba la estancia.

—Supongo, mi padre—dijo Don Alonso—que Lázaro os habrá instruido de lo que se trata.

—Sí, háme dicho que hay una alma en peligro, que vuestro cristiano corazón se conmueve, y que quereis que este pobre y humilde pecador os ayude en vuestra santa empresa.

—Sí, señor.

—Cortas son mis palabras y mi fé está distante de ser viva y ardiente, mi espíritu es débil y pobre mi lenguaje; pero pediré fuerzas al que me crió, y no podreis nunca decir las palabras de Jeremías, *Derelecta sola*.

—Gracias, padre mio; Dios ha inspirado á Lázaro el pensamiento de hablarme de vos.

—Pero es necesario cuando se cura el alma rebelde y contumaz, saber algo de la enfermedad, como el médico que cura el cuerpo necesita conocer tambien la naturaleza de su enfermo, y quisiera haceros algunas preguntas que no son inoportunas.

—Precisamente queria yo hablaros acerca de eso, porque de vos va á depender no solo la salud del alma del enfermo, sino tambien la suerte de muchas personas.....

—Bien está; contestadme antes: ¿ha rehusado confesarse?

—Sí, señor.

MARTIN GARATUZA.

—¿Tiene, que vos conozcais, algun impedimento por parte del mundo, como amorosas y criminales relaciones?

—No, señor, y puesto que vais á conocer su conciencia, debo ponerlos al tanto de un negocio del que hablareis sin duda con él.

—Decid.

—Casóse Don Pedro.....

—¿Quién es Don Pedro?

—El enfermo.

—Vamos.

—Casóse en primeras nupcias, y la misma noche de su boda desapareció su esposa.

—¡Hum!

—No mas volvió á saber de ella. Algunos años despues contrajo segundas nupcias creyéndose viudo.....

—Eso fué muy peligroso, que la sola falta de seguridad gravaba su conciencia.

—La noche de sus segundas bodas, al concluir la ceremonia, se presentó el señor arzobispo trayendo á una negra que dijo su señoría que era la esposa legítima de Don Pedro.

—Matrimonio doble, bigamia simultánea; eso es grave: ¿y.....

—Aquí está el caso difícil; no se puede probar hasta ahora legalmente que la negra no es la mujer de Don Pedro; pero en conciencia estamos seguros de que no es ella.

—Cuestion de fuero interno.

—Don Pedro quizá tenga por esto escrúpulo y tema su confesion, porque ama á su mujer entrañablemente.

—¿A la negra?

—No, á la otra, que la negra no es su esposa.

—Bien, adelante.

—Y..... ya supondreis.....

—¿Qué? habládme sin embozo.

—Que quizá por el temor, deje sin la parte de la herencia que le corresponde á la segunda mujer.

—¿Y vos creéis justo eso?

—Que esta segunda, que es la verdadera, ó mas bien dicho, la única, sea la que tenga la parte que de sus bienes le pueda dejar Don Pedro.

—¿Ella está aquí?

—No, señor.

—¿Tiene el enfermo hijos, hermanos, padres, parientes?

—Nada absolutamente.

—Entonces teneis razon; y aunque los confesores no podemos hacer indicacion, pero sí nos es lícito hablar al corazon del penitente.

—Ciertamente.

—¿Cómo se llama su esposa?

—Doña Estela.

—Bien; ¿y creéis que será oportuno que entre yo en este momento?

—Voy á ver, y volveré á avisaros.

Don Alonso se levantó y entró á la cámara de Don Pedro.

El anciano examinó curiosamente el aposento; el brillo de sus ojos no correspondia al color de su barba ni á la edad que representaba.

Pocos momentos despues volvió Don Alonso.

—Podeis pasar—le dijo;—héle prevenido que sois sacerdote.....

—Lo soy, pero tan malo y pecador, que Su Santidad me la concedido á fuerza de mil súplicas que no porte los hábitos de que no me considero digno.

—¡Gran humildad!

—No tanta como debiera tener conociéndome.

—Pues dije al enfermo que venís solo, para animar su corazón, y para calmar sus escrúpulos y prepararle para recibir los Santos Sacramentos.

—¿Resistióse?

—No, por fortuna.

—Entremos pues, y no se pierda la oportunidad.

Don Alonso guió al anciano al aposento de Don Pedro.

Mejía, pálido y estenuado, estaba tendido en su lecho.

—Aquí os traigo—dijo Don Alonso—á un varon justo y sabio, que podrá aliviar los dolores de vuestra alma con el bálsamo de sus palabras y con el auxilio de nuestra santa religion.

—Dios me lo conceda, hermano mio—dijo el anciano.

—Sentaos, señor—dijo lánguidamente Don Pedro.

El anciano tomó un sitial y se sentó.

—Aquí, mas cerca—agregó Mejía.

El anciano se acercó hasta tomar una de las manos que le alargó el enfermo.

—Dejadnos solos—dijo Don Pedro á Don Alonso.

Don Alonso hizo una señal al viejo, y éste contestó con un signo de afirmacion.

—Contadme vuestras cuitas—dijo al anciano—porque el corazón que descarga sus secretos en la religion, descansa: no os exijo que sea una confesion, no, únicamente vuestras penas; por allí comenzareis, y mas tarde, porque no estais en tanto peligro, os confesareis, que tal vez ni sea preciso, porque calmado el espíritu, quizá la salud vuelva sola.

Los ojos de Don Pedro brillaron de gozo, y miró á su interlocutor con muestras de gratitud: comenzaba á sentirse aliviado.

El anciano y Don Pedro se miraron silenciosamente durante algunos instantes.

—Decidme, señor—preguntó por fin Mejía con ese terror propio de los enfermos que miran los preparativos de una confesion—¿creeis que tan grave esté yo que necesite administrarme?

—Conozco poco de medicina; pero ni eso está nunca de mas, ni es prueba de muerte próxima, ni un buen cristiano debe dejar el arreglo de sus negocios para el último trance.

—Pero si yo me siento aún con vigor suficiente para vivir, si yo no quiero morirme.

—La muerte no viene cuando se quiere ni cuando se espera; Dios dispone de sus criaturas, y ningun mortal puede tener la audacia de decir: «hoy no moriré,» aun cuando se sienta en estado completo de salud: vos estais enfermo y necesitais mas que ningun otro tener vuestras cosas y vuestros negocios temporales y espirituales completamente arreglados.

—Mis negocios están en orden, á nadie le debo nada, y tengo ya dispuesto lo que debe hacerse con mis bienes despues de mi muerte.

—¿Nada en eso habeis olvidado?

—Nada, señor.

—¿Lo recordais bien?

—Lo recuerdo.

—¿Y qué dejais á vuestra hija?

—¿A mi hija?—exclamó Don Pedro incorporándose en el lecho y mirando al anciano con ojos espantados—¿á mi hija? ¿tengo acaso alguna hija?

—Frágil sois de memoria, y os voy á hablar aquí bajo el sigilo del sacramento: ¿habeis olvidado que teneis una hija?

—No lo sé, no me acuerdo.

—Hé aquí cómo sois vosotros los que vivís encenagados en el vicio y la prostitucion; cegados con vuestras riquezas

y vuestras pasiones: contestadme en nombre del cielo la verdad, porque quizá se acerca vuestra última hora, y no os detengan ni respetos ni temores humanos, porque tal vez dentro de poco teneis que comparecer delante de Aquel para quien no hay engaños ni artificios: respondedme, y esto os servirá como de un exámen de conciencia para preparar la confesion.

Don Pedro comenzaba á espantarse: estaba ya impresionado, y en todo aquello miraba algo de sobrenatural.

—Contestaré, contestaré—dijo.

—Bien, poned atencion. ¿Recordais en vuestra juventud, hace ya cosa de veinte años, haber encontrado en los terrenos de una de vuestras fincas de campo, á una jóven hermosa, que se habia dormido bajo de un árbol, y que vos llevásteis á vuestra casa?

—Sí, sí recuerdo.

—Pues bien, esa jóven fué seducida por vos, esa jóven, que segun debeis recordar, tenia en la espalda una mancha roja con la figura de una llama.....

—¡Oh, sí! me acuerdo, me acuerdo.

—Esa jóven, que sirvió de juguete á vuestras pasiones, fué abandonada por vos cuando iba á ser madre, madre de un hijo vuestro.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡qué pecador he sido!

—En vano la pobre mujer os buscó, en vano os envió recado con uno de vuestros criados, cómplice en vuestras torpes aventuras; no recibió sino desprecios, humillaciones de vos y de vuestro padre, y llegásteis hasta mandarle proponer que se uniera con ese criado, es decir, dábaís por padre á vuestro hijo á uno de vuestros lacayos.

—¡Jesus!—decia Don Pedro;—es cierto, soy un mal padre, un pecador.

—Esa mujer, en medio de la miseria mas grande dió á luz una niña, y deshonrada y despreciada por vos, fué para todos un modelo de abnegacion y de virtud, y combatiendo la seduccion y el oro, porque era bella, trabajó como una esclava para criar á la hija del rico señor Don Pedro de Mejía.

—¡Oh! ¡he sido un hombre sin corazon! ¡me arrepiento!

—Esa niña creció pura y virtuosa, es hoy una bella jóven que merece un trono por su inocencia, lleva como su madre la mancha roja en la espalda, y honraria por sus cualidades las canas de su padre, aun cuando este fuera un monarca.

—¿Pero adónde está? ¿adónde está mi hija?

—Aquí, en esta ciudad vive y ha vivido desde que nació, sin separarse jamás de la pobre mujer que le dió el ser. Quizá mil veces la hayais visto y pasado á su lado sin conocerla.

—¿Pero por qué no me ha hablado nunca? ¡Yo hubiera sido tan feliz en hablarla, en tenerla á mi lado! No moriria como un esclavo sin familia, y en medio de gentes extrañas que quizá no se apenan por mí.

—Ella quizá os conoce, pero no sabe que sois su padre.

—¿Pero por qué no se lo han dicho? ¿por qué?

—¿Quién queríais que se lo dijese?

—Su misma madre.

—¿Su misma madre? ¿La mujer á quien habeis arrojado, despreciado? ¡Oh! vos no conoceis el temple de alma de esa pobre mártir de vuestros caprichos! ¿Ella decírselo? Si supiera que yo poseo este secreto, que os lo estoy revelando, se moriria de vergüenza.

—Pero es mucho rencor; siquiera porque mi hija viviera con las comodidades, con las riquezas que yo podria proporcionarle.....

—Así sois vosotros, creéis que todo se puede con las ri-

quezas: no, Dios no abandona nunca á la virtud y á la inocencia; vuestra hija para nada necesita de vuestras riquezas, ¿lo entendeis? El cielo castiga vuestra ingratitud, porque no quiere ni concederos el gusto de que vuestra hija os pida nada de esas vuestras riquezas, que pasarán á manos extrañas, que.....

—Dios mio, ¿y nada vale mi arrepentimiento?

—Quizá será ya demasiado tardío; esa mujer á la que vos abandonásteis, encontró á su padre, que muy distinto de vos, buscaba sin descanso á su hija para hacerla rica y feliz, y cuando la vió deshonrada y pobre, la perdonó y la consoló: jamás supo que vos érais el padre de su nieta, pero esa nieta heredó sus riquezas, y no piensa ni necesita buscar las vuestras; ella cree que su padre está en el cielo, y tiene razon, porque allí esta Dios, que ha sido su único amparo sobre la tierra.

—Hija mia!—decia Don Pedro casi llorando—hija mia! ¿pero sereis, señor, tan cruel, vos que poseeis este secreto, que no me ayudeis á reparar mi falta?

—¿Y qué quereis que yo haga?

—Que me traigais á mi hija, que le digais que soy su padre, que la obligueis á que me perdone.

—La conozco, pero no la trato.

—Bien, pero podeis hablarle en mi nombre.

—No me creerá.

—Sí os creerá.

—¿Qué prueba le daré de vuestro amor, de vuestro arrepentimiento?

—¿Qué prueba?

—Sí.

—Que venga y la oirá de mi boca; la reconoceré públicamente.

—Estais loco! Rodeado como estais de personas interesadas en que tal cosa no suceda, vuestra hija seria víctima si ellos advirtieran tal cosa; en el estado en que estais sois prisionero de los que os rodean; quizá os harian sucumbir, ú os declarararian loco.....

—Teneis razon, teneis razon..... Entonces ¿qué haré?

—Es preciso obrar con astucia.

—¿Pero cómo?

—Decidme, ¿qué estais dispuesto á hacer por vuestra hija?

—Todo, todo.

—Entonces instituidla vuestra heredera universal, pero en secreto, sin que nadie lo advierta; despues os la traeré, y ya no tendreis necesidad de reconocerla públicamente.

Don Pedro se quedó mirando al anciano sin contestar.

—¿Aun luchan en vuestro corazon—dijo este—la codicia y el amor de vuestra hija? ¿aun temblais ante la idea de hacer una reparacion tan justa? Pues bien, os abandono; no hagais nada de lo que os aconsejo, y estoy seguro de que para ella esto será enteramente indiferente: no sabe que sois su padre, no sabe que pierde vuestra herencia, y aun cuando la codicia tuviera entrada en su corazon, como ignora que sois su padre, no sentirá el silencio que acerca de ella se note en vuestro testamento; no será yo quien descubra este secreto, os lo juro; vuestros bienes pasarán á manos extrañas: pero vos lo habeis querido; dejemos, pues, eso, y ocupémonos de la salud espiritual.

—No, haré lo que me aconsejais.

—Me es igual, no quiero obligaros; vuestra hija para nada necesita de vuestras riquezas.

—Pero yo sí necesito que sean de ella todas, si muero, y si acaso Dios me concede la vida, entonces que ella venga á mi lado y que sea feliz y poderosa conmigo.

MARTIN GARATUZA.

—Dios ha tocado vuestro corazon.

—¿Pero cómo haremos?

—En efecto, es negocio difícil; aquí todos os vigilan, aquí, como os he dicho, sois un prisionero.

—Pero ¿qué arbitrio, qué remedio?

—Oid: yo me encargo de hacer entender á Don Alonso que vais á dictar una disposicion en favor suyo y de la mujer que se llama vuestra esposa.

—¡Estela!.....—dijo suspirando Don Pedro.

—¿Suspirais?

—La amo todavía.

—Bien; nada os impide dejarle un legado que la haga feliz: vuestra hija no tiene mal corazon, y no deseará nunca el mal de nadie.

—¿Cómo me consolais!

—Yo le diré todo eso á Don Alonso; haré venir un escribano, y otorgais vuestro testamento cerrado. ¿Podreis escribir?

—Creo que sí.

—Entonces escribid vuestra disposicion, y el escribano sabrá cómo la puede legalizar sin que nadie se imponga de su contenido, y que permanezca secreta hasta que vos consigais la salud, ó hasta que Dios disponga de vuestra vida.

—Sí, sí. ¿Y veré á mi hija?

—Muy pronto. Voy entonces á ver al escribano.

—Id, id.

—Silencio, y que nadie sepa lo que tratamos.

Al salir el hombre se encontró con Don Alonso.

—Y bien, ¿qué hemos avanzado?—preguntó Rivera.

—Mas de lo que yo me esperaba—contestó el anciano;— doy á su señoría mis parabienes, y creo que no me negará mis albricias.

—Contadme.

—Aun cuando todo ha pasado en el secreto, sin embargo, como estais interesado en ello tan directamente, no quiero ocultároslo, contando con que me deis palabra de no revelárselo á nadie, ni hablar de ello al mismo Don Pedro.

—Os empeño mi palabra.

—Contando con eso, os diré que está dispuesto á confesar y comulgar como todo un buen cristiano, para aguardar la muerte que Dios sea servido de enviarle.

—Pero ¿y en cuanto á los bienes?

—Allá voy. Antes de confesarse desea otorgar testamento para dejar arreglados sus negocios, y me comisiona para ir en busca de un notario.....

—Pero es que yo deseaba saber.....

—Oidme con calma, señor Don Alonso: encontréle poco dispuesto á comprender en su testamento á la dama de que me hablásteis, y que segun supe por él, se llama Estela.

—Cierto.

—En cuanto á vos, os habia señalado un legado regular, y el resto de sus bienes queria aplicarlo á la fundacion de un convento de monjas.....

—¿Y eso es cierto?

—Era; pero ahora ya es diferente: logré tocar su corazon, y creo que en justicia no puede pensar mejor.

—Decid.

—Única y universal heredera, su esposa Doña Estela; vos, albacea, y además un magnífico legado por vuestros buenos oficios durante su enfermedad.

—Sois un hombre admirable; habeis trabajado como un santo.

—Por eso os pedia mis albricias.

—¡Oh! y las mereceis.

—En tal caso, os diré que tengo promesa de construir una ermita á San Juan Bautista en una de las calzadas de la ciudad, en desagravio de un hombre que maté en mis mocedades en ese lugar y en ese día, y deseo que me deis para cumplir esa promesa.

—¿Qué importará?

—Cuatro mil duros.

—Mucho es.

—No para el que va á recibir por la divina bondad una tan rica herencia, que quizá entra en los designios de su Divina Majestad haceros rico por mi conducto, para que yo por conducto vuestro me encuentre en aptitud de cumplir una promesa que va pesando hace muchos años sobre mi corazon.

—Contad con esa suma.

—¿Luego?

—Ansioso sois.

—Siempre debe serlo el buen cristiano para cumplir deudas de conciencia.

—Pero eso seria un adelanto.

—Adelanto que Dios por mi conducto, ¿lo entendeis? por medio de este su indigno siervo, os devolverá centuplicado.

—Bien, pero.....

—Haced como gustéis; pero pensad que si no hubiera venido yo á esta casa, otras serian las disposiciones de Don Pedro; y en lo adelante prométoos, pues tanto de mí desconfiais, no volver á mezclarme en los asuntos temporales del enfermo.

—No, os daré el dinero; id por el notario.

—¿Convenido?

—Convenido.

Y el anciano extendió su mano á Don Alonso, que se la estrechó, y se separaron.

Media hora despues, el anciano, que como habrán comprendido nuestros lectores, era Martin, volvió á la casa de Mejía, acompañado de un notario, alto, flaco, vestido de negro, y que traía colgando en el cinto, á guisa de puñal, un enorme tintero de cuerno que llevaba por tapa un inmenso cono, y al lado del cual se miraba suspendido un cilindro de metal que contenía hasta cinco plumas de ave, teñidas de diversos colores: además, el notario llevaba en la mano un gran rollo de papeles.

Don Pedro, que había permanecido solo, sintió abrirse la puerta de su aposento, y se estremeció al reconocer al escribano: aquello era el indicio mas seguro de que la muerte estaba cerca.

Don Alonso entró con Martin, con el escribano y con los testigos.

—Dejadme hablar una palabra con este anciano á solas —dijo Don Pedro.

Todos se retiraron y Martin se acercó á Don Pedro.

—¿Cómo se llama en el mundo mi hija?—preguntó Mejía.

—Doña Esperanza de Carbajal.

—Está bien.

—Dios os mira y os bendice en este momento.

—Acercaos—dijo Don Pedro al escribano; y luego dirigiéndose á Martin y á los demás, agregó:—dejadnos solos.

Don Alonso, Martin y los testigos salieron; y Mejía quedó solo en su cuarto con el escribano.

—Supongo—le dijo—que debo tener entera fe en vos.

—Completa.

—Pues bien, decidme: deseo que mi testamento sea secreto, es decir, que nadie le conozca hasta despues de mi muerte.

MARTIN GARATUZA.

—Ni yo ni los testigos diremos una palabra; puede su señoría estar seguro.

—No es eso; quiero que ni aun los testigos le conozcan.

—En ese caso, escribidlo vos, cerradlo, y entregádmelo delante de los testigos, diciendo que es vuestra última voluntad, y todos firmaremos con vos en la cubierta.

—¿Y tendrá así el mismo valor?

—Sí que le tendrá.

—Dadme, pues, papel, tinta y una pluma.

El escribano desprendió el tintero y las plumas de su cintura, y extendió un pliego de papel.

—Tomad—dijo.

Don Pedro se incorporó y pretendió escribir en la cama; pero no pudo.

—Dadme la mano—dijo al notario.

El hombre vacilaba.

—No temais, que no tengo enfermedad contagiosa.

—¿Qué pretende su señoría?

—Dadme la mano y lo vereis.

El escribano dió á Don Pedro su mano, y entonces éste, haciendo un esfuerzo supremo, se levantó de la cama.

—Eso puede haceros daño—dijo espantado el escribano.

—Dejad lo que no es de vuestra incumbencia; ayudadme á llegar hasta aquella mesa.

El escribano sostuvo á Don Pedro, y llegaron así hasta un sitio que estaba frente á una mesa. Mejía se puso á escribir, pero tiritaba de frío.

El escribano tomó una manta de la cama y la puso con mucho esmero sobre los hombros de Don Pedro.

—Gracias—dijo Don Pedro, y continuó escribiendo.

Así pasó media hora.

Don Pedro echó arenilla sobre lo que habia escrito, y dijo doblando el pliego:

—Ya está.

—Pues ciérrele su señoría y póngale su sello.

Don Pedro cerró el pliego, le puso una gran cubierta y le selló.

—Ahora—dijo el escribano—ponga encima su señoría que este pliego encierra su última voluntad, y firme esa declaración. Don Pedro hizo lo que se le decia.

—¿Y ahora?—preguntó.

—Llámense á los testigos, me entrega su señoría ante ellos el pliego, y todos firmamos y rubricamos la cubierta, y despues se deposita en la escribanía ó adonde le parezca mejor á su señoría, y es todo.

—Bueno; vos depositareis el pliego y lo entregareis al que vaya de parte de Doña Esperanza de Carbajal, pero guardando á cargo de vuestra conciencia el mas riguroso secreto.

—Sí, señor.

—Llamad á los testigos.

El escribano llamó, y Don Alonso y Martin y los testigos entraron en silencio. Don Alonso estaba pálido, sentia como si fuera á escuchar un fallo, y á pesar de las protestas de Martin, aun no estaba tranquilo. Todos se admiraron de ver á Don Pedro sentado delante de la mesa.

—Aquí teneis—dijo solemnemente Mejía al escribano—mi última voluntad, encerrada en este pliego sellado por mi mano; quiero que ella sea cumplida, y siendo como una ley para mis herederos.

—La recibo—contestó el escribano—y suplico á los testigos que han presenciado el acto, firmen conmigo en la cubierta, conforme lo disponen las leyes.

El escribano sin apartarse de la mesa, puso la razon y firmó en la cubierta, los testigos hicieron lo mismo, y Don Alonso invitado firmó tambien; pero su mano estaba trémula.

—Guardad eso, señor escribano, y entregadlo despues de mi muerte, ya sabeis—dijo Don Pedro.

—Sí, señor—contestó el escribano, guardando el pliego cerrado en el pecho.

—Ahora—continuó Don Pedro—llevadme á mi cama, porque me siento mal.

Martin y Don Alonso condujeron á Don Pedro al lecho.

—Dejadme un momento con este anciano—dijo Mejía.

El escribano se despidió, y todos salieron.

—Necesito un sacerdote para confesarme—dijo Don Pedro.

—Voy por él—contestó Martin:—despues de esta buena accion creo que no morireis; pero siempre es bueno estar prevenido: os suplico por vuestra propia tranquilidad, que deis á entender á Don Alonso que él y Doña Estela son vuestros herederos.

—¡Pero es una mentira, un pecado!

—Muy venial, y sobre todo, es antes de la confesion; el sacramento os limpiará de él y de otros mayores.

—Decís bien; id por el confesor.

Martin salió, y dijo á Don Alonso:

—Voy por un confesor; entrad, que mi mision ha terminado, y sois mi deudor.

—Don Alonso—exclamó Don Pedro viendo entrar á Ri-

356

MARTIN GARATUZA.

vera en su cuarto—quisiera haber sido diez veces mas rico por vos y por Estela; pero despues de mi muerte vos y ella es acordareis de mí.

—Gracias—contestó Don Alonso—no penseis en eso.

Y era que él pensaba ya que era cierto cuanto le habia dicho Martin.

XV.

De cómo volvió Doña Catalina á la casa de Don Pedro.

EL confesor no se hizo esperar, y se encerró con Mejía inmediatamente: Don Alonso tomó su sombrero, y sin decir á nadie nada, se salió á la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

—¿Qué tenemos?—dijo la vieja.

—Tenemos un triunfo completo; he conseguido volver á arreglar un negocio que esta muchacha estuvo á punto de descomponer con su genio violento, y que era nada menos que el porvenir de todos nosotros.

Catalina hizo una mueca, que á no haber estado allí la anciana, le hubiera valido un beso de Don Alonso.

—Contadnos.

—¿Qué tengo de contaros? Don Pedro de Mejía acaba de otorgar en toda forma su testamento.

—¿Y qué dice?—preguntó la anciana.

—Adivinadlo: ¿á quién pensais que deja de su heredero universal?

—A vos—dijo Catalina.

—A su alma—dijo la vieja.

—Nada de eso; á la señorita Estela, su esposa.

La anciana dió un grito de gozo, y los ojos de Catalina se abrieron y brillaron extraordinariamente.

—¿Y eso es verdad?

—Tan verdad, que él mismo me lo ha dicho.

—¿Y cómo lo conseguisteis?

—¿Soy acaso algun tonto? ¿No tenemos un contrato Catalina y yo, al cual ha faltado ella?

—¿He faltado?—dijo alegre la jóven.

—Sí; no haciendo lo que os he dicho.

—Pero prometo la enmienda—agregó la jóven sentándose al lado de Don Alonso, y acariciándole delante de la madre con descaro.

—Así sea—dijo Rivera;—es preciso que os resolvais á ir á la casa de Don Pedro.

—Iré—dijo Catalina.

—Y que le cuideis y le halagueis mucho.

—Lo haré.

—En fin, que muera contento de vos; no vaya el diablo á hacer que se arrepienta.

—Triunfaré del diablo.

—Bien; preparaos, porque luego que se acabe de confesar vendré por vos.

—Os aguardo.

—Disponéos, que muy pronto estaré de vuelta.

—Id, y que Dios os lleve.

—Adios.

Y Don Alonso volvió á salir precipitadamente.

Don Pedro se habia ya confesado cuando Rivera volvió á la casa, y los *Sacramentos*, como se le llama al Sagrado Viático, se debian preparar con gran solemnidad para aquella tarde.

Don Alonso dictó sus disposiciones, y todos los criados se

pusieron en movimiento, y comenzaron á hacerse todos los preparativos.

Martin se presentó á cosa de las dos con Don Alonso.

—¿Estareis satisfecho ya de mí?—le preguntó.

—Sí que lo estoy.

—He cumplido cuanto os ofrecí y podíais desear; Don Pedro de Mejía ha puesto el conveniente arreglo en todos sus negocios espirituales y temporales, y creo que á entera satisfaccion vuestra.

—Así lo entiendo.

—Pero supongo que estareis enteramente satisfecho y contento.

—Lo estoy.

—Porque todo ha salido á medida de vuestro deseo, ¿no es cierto?

—Sí, en efecto.

—Cumplí como cristiano y como vuestro servidor, y nada se podía apetecer mas.....

—Quereis decirme—exclamó impaciente Don Alonso—¿á qué viene todo eso?

—A nada: queria yo únicamente saber si habeis quedado satisfecho.

—Sí; ¿y qué?

—Nada; que yo aun no lo estoy.

—Bien; otro dia nos veremos; tengo hoy tanto que hacer!

—Nunca está un cristiano tan ocupado que no pueda cumplir una promesa hecha en honor de Dios y en su santo servicio.

—¿Sereis capaz, santo varon, de exigirme que os dé ahora mismo?

—¡Dios me libre de exigir nada! Hablo á vuestra conciencia y nada mas.

—Es lo mismo: entrad á ver al enfermo, porque supongo que á eso vendreis.....

—En efecto, á eso nada mas vengo.

—Y al salir tendreis vuestro dinero.....

—Dios os lo pagará.

Y Martin haciendo una reverencia á Don Alonso, se entró á la cámara de Don Pedro.

Al verle el enfermo, sus ojos brillaron, y procuró incorporarse.

—¿Viene mi hija?—preguntó.

—No, señor; esta noche iré á verla: dedicad todo el dia de hoy tranquilamente á vuestros negocios espirituales, y que nada os distraiga: mañana vereis á vuestra hija.

—¡Ah! quizá me agrave en esta noche, y quiero deciros, si es que no os lo dije ya: si muero, pedid al escribano mi testamento con el nombre de mi hija Doña Esperanza de Carbajal: esta es la órden que le he dado.

—Espero en Dios que os aliviareis.

—Lo dudo.

—Roposad, y mañana vereis á vuestra hija.

Suntuosos fueron los Sacramentos de Don Pedro de Mejía.

El virey, el visitador y la mayor parte de los caballeros de la corte concurrieron á ellos, alumbrando con cirios desde la calle hasta la cámara del enfermo.

El Viático, que lo traia el mismo arzobispo de México, venia en la mas rica de las carrozas de Don Pedro; multitud de hermanos de las cofradías acompañaban aquella procesion, y mil campanillas de todos tamaños venian por las calles, llamando la atencion de los vecinos y acompañando con su incesante sonido el coro de los acompañantes del Divinísimo.

Las señoras salían á los balcones, los hombres se agregaban á la procesion, y la calle y la casa en que vivía Don Pedro estaban literalmente llenas de gente.

Don Pedro recibió devotamente la comunión, y todos esperaban que volviera á salir el señor arzobispo para acompañarle en su regreso; pero apenas acabó de dar la comunión á Mejía, se volvió á los que alumbraban dentro de la misma estancia, y les dijo:

—Me permitireis que hable un momento á solas con el enfermo.

Todos, incluso el virey, se levantaron y salieron de la pieza.

Don Pedro miraba aquello con admiracion.

—Solos estamos—dijo el arzobispo—y quiero revelaros bajo el sigilo sacramental y para tranquilidad de vuestra conciencia en estos momentos, un secreto.

—Escucho á S. Illma.—contestó Don Pedro.

—¿Qué habeis hecho de la dama con quien os unísteis, y de la mujer que se os presentó como vuestra esposa?

—Señor Illmo., esa mujer está en uno de los aposentos de esta casa; en cuanto á la dama, no he vuelto á verla desde la noche de mi desgraciada boda: mi conciencia, sin embargo, me acusa de haber intentado hacerla venir. ¡Perdon, señor, pero yo la amaba mucho!

Y Don Pedro se puso á llorar.

—No lloreis—dijo el arzobispo—porque nada teneis ya de que pedir perdon, ni por qué afligiros; sabed que he averiguado que esa negra no es vuestra mujer, que vuestra mujer murió, y que hace ya algunos años que sois libre.

—¡Señor!—exclamó Don Pedro incorporándose enteramente.—¡Señor! ¿será cierto lo que escucho? ¿es decir que puedo sin pecar hacer que venga aquí Estela? ¡Oh, Dios mio,

Dios mío! ya puedo morir sin remordimientos, ya puedo morir tranquilo!

—Sí, nada teneis ya que pese sobre vuestro corazón; sois libre, y esa dama pudo y puede ser vuestra esposa ante Dios y ante el mundo.

—Estais muy agitado—continuó el arzobispo—y vuestra salud es en extremo delicada; calmaos, y despues que hayais rezado y meditado sobre el Sacramento que acabais de recibir, haced lo que mejor os parezca; que vuestra conciencia quede tranquila; es un consejo de vuestro prelado, y casi una prevencion.

—Obedeceré, Illmo. señor—contestó Don Pedro con resignacion.

—Y hasta el dia de mañana, si Dios os presta vida, no hableis de esto á nadie.

—Así será.

—Ahora, que Dios os envíe la salud si os conviene, ó la resignacion que necesitais para el trance postrimero.

Don Pedro besó respetuosamente el pastoral de S. Illma. y se recogió, pensando, muy contra su voluntad, no en el Sacramento, sino en Estela.

Toda aquella noche la pasó Mejía en las mas profundas reflexiones, y sin embargo de la tranquilidad que sentia en su conciencia, anhelaba por la llegada de la mañana para hablar con Don Alonso acerca del secreto que le habia revelado el arzobispo.

Por fin amaneció, y Don Alonso, que no se separaba ya de la casa del enfermo, entró á verle.

—Don Alonso—dijo Mejía—tengo una gran noticia que comunicaros, una buena noticia para vos que sois mi amigo, y que os interesais por mis negocios como si fueran los vuestros.

—¿Qué hay pues?

—Oid, amigo mio, oid: anoche, despues que el señor arzobispo me administró la sagrada comunión, me ha dicho para la tranquilidad de mi conciencia, que esa negra no es Luisa.

—¿Qué os habia yo dicho?

—Sí, Don Alonso, teníais razón; que no es Luisa, que Luisa murió hace algunos años, que yo era libre, y que por consiguiente Estela es mi verdadera esposa.

—¡Oh, qué felicidad!

—Muy grande, Don Alonso, muy grande; Estela volverá á esta casa como señora, como dueña: vos la persuadiereis, ¿no es cierto?

—Sí, Don Pedro, yo la persuadiré.

—Vendrá, porque quedará convencida de que ella y yo fuimos víctimas de una trama infernal.

—¿Pero cómo supo eso el señor arzobispo?

—Lo ignoro, y no deseo saberlo yo tampoco; bástame conocer el resultado, que bastante feliz soy con ello.

—Teneis razón.

—¿Y cuándo ireis en busca de Estela?

—Cuando vos lo dispongais; vive ahora en la casa de enfrente, que á ella volvió luego que salió libre la señora.

—Entonces hoy, ahora, en este momento.

—Es aún muy temprano.

—No importa; id, id, que estoy impaciente por verla.

—Iré.

—Sí, dadme esa inmensa satisfacción; de un momento á otro quizá me sorprenda la muerte, y quiero ver á Estela antes de abandonar la vida.

—Voy al momento.

Don Alonso salió precipitadamente, y Don Pedro llamó

á sus criados, se hizo peinar, y mandó disponer la casa como para una gran fiesta.

Era aquella una cosa bien triste; un moribundo disponiendo una fiesta; pero toda la servidumbre se puso en movimiento.

Lázaro el pobre notó aquellos preparativos, preguntó la causa, y nadie pudo darle razon; allí se hacian las cosas porque habia órdenes de hacerlas, y no se preguntaba nunca el por qué.

—¿Será posible—decia Lázaro, ó mas bien dicho, Don César—que para recibir á su hija haga todo esto Don Pedro? ¿Habrá logrado Martin tocar así su corazon? Quién sabe; él me dijo que habia conseguido mucho: voy á verle; quizá sea esta alguna nueva intriga de Don Alonso.

Y Lázaro salió en busca de Martin.

Don Alonso estaba ya en la casa de Catalina; al verle entrar, la hija y la madre advirtieron que su semblante radiaba de alegría.

—Muy buenas noticias debeis traer, puesto que aun en la cara se os descubre el gozo—dijo la vieja.

—Soberbias nuevas; á cada momento se ponen mejor las cosas, y hemos triunfado por completo.

—Explicaos—dijo Catalina.

—El arzobispo ha declarado que la anterior mujer de Don Pedro ha muerto hace ya algunos años, que Don Pedro es libre y que vos sois su verdadera y legítima esposa.

—¿Es decir.....

—Es decir que vos sois ya la señora y dueña de la casa de Mejía, que nadie podrá poner en duda vuestros derechos, que Don Pedro os pide que le perdoneis, y os suplica que paseis á instalaros á su casa como señora.

—¿Y debo ir?

—Por supuesto; sois su mujer, no hay razon para resistirse; él tiene derecho para llamaros, y á vos os conviene ir, y muy pronto; quizá mañana seais ya la viuda de Mejía, y es preciso que os reconozcan antes todos como su mujer.

—Entonces iré.

—Vamos pues.

—Dentro de una hora necesito disponerme y cambiar de traje; quizá llegue mucha gente atraida por la novedad del lance, y debe verme como quien soy.

XVI.

En donde sigue la misma materia del anterior.

MARTIN no habia creído prudente hacer revelacion ninguna á Doña Esperanza, mientras no tuviera la completa seguridad del reconocimiento de Don Pedro. Otorgado el testamento, y autorizado ya por Mejía para buscar á su hija y conducirla á la casa paterna, pensó que era necesario hablarle.

Doña Esperanza estaba ya firmemente persuadida de que la madre habia perecido entre las llamas, y habia caido en un abatimiento profundo, del que no bastaban á sacarla los consuelos que le prodigaba Martin; porque la mudita no podia sino acariciarla y llorar con ella.

La pobre jóven se miraba enteramente sola sobre la tierra, y Don Leonel no habia vuelto á enviarle ni un recado, porque Don Leonel creia por lo que su padre le habia dicho, que Esperanza era su hermana, y que era necesario ahogar aquella pasion, y en último caso declarárselo todo á ella y huir muy lejos.

Pero Leonel y su padre seguian presos por órden del vi-

MARTIN GARATUZA.

sitador, y en su incomunicacion no les era posible saber nada de Esperanza ni de Doña Juana, cuya muerte ignoraban.

Así trascurrieron varios dias, hasta que una tarde Martin habló á la jóven.

—Dad un momento tregua á vuestro llanto—la dijo— y prestadme atencion, que voy á hablaros de un negocio que os interesa altamente.

—¿Qué negocio puede interesarme á mí, pobre huérfana—contestó la jóven—cuando todos los vínculos que me unian con el mundo se han roto?

—No lo creais, aun os queda uno, y muy fuerte.

—¿Leonel?

—Entonces serán dos, y ya veis que no estais tan sola.

—¿Pues de quién quereis hablarne?

—Escuchad: ¿sabeis vos por ventura quién es vuestro padre?

—¿Mi padre?—contestó turbada Esperanza y poniéndose encendida—¿mi padre? murió hace muchos años; aun era yo muy niña y no le conocí.

—Os engañais.

—Caballero!

—Repito, señora, que os engañais; vuestro padre vive.

—Calumniais la memoria de mi madre, y no lo consentiré—dijo levantándose la jóven.

—Oidme un momento con paciencia y quedareis enteramente satisfecha.

—¿Pero qué intentais?.....

—Vuestro bien: oidme y luego me contestareis.

—Bien, hablad.

—Hubo un hombre rico, muy rico, español—dijo Martin—que abusó del candor, de la inexperiencia y del aislamiento en que se encontraba en un tiempo Doña Juana de

Carbajal. Doña Juana fué madre cuando aquel hombre la abandonaba, y la hija de aquel hombre érais vos, señora...

Doña Esperanza quiso hablar, pero Martin continuó:

—No me preguntéis nada sobre los pormenores de todo esto, que es una historia bien larga y muy triste, que pronto leereis escrita toda la parte que con vos tiene referencia, por la misma mano de vuestra madre; básteos por hoy saber que yo soy el único que conoce y que posee ese documento, que la Providencia puso sin duda en mis manos para hacer esta revelacion, de la que ni un instante debeis dudar. Vuestro padre vive, pero en estos momentos está moribundo, y le he hablado de vos; quiere veros, os reconoce, os nombra su heredera, me encarga que os lleve junto á su lecho de muerte: ¿ireis?

—Nunca.

—¿Nunca, Doña Esperanza?

—Nunca: ir á ver al hombre que deshonoró, que hizo la desgracia de mi pobre madre, que la abandonó.....

—Pero ese hombre es vuestro padre, os llama, está arrepentido, y vos no teneis el derecho ni de acusarle ni de juzgarle siquiera.

—Teneis razon, teneis razon; es mi padre!—exclamó sollozando Esperanza.

—Entonces ¿vendreis, señora?

—¿Pero qué seguridad tengo de que sea en efecto mi padre?

—¿Aun dudais? Pues bien, el hombre que os llama, se nombra Don Pedro de Mejía.

—Bien, ¿y qué?

—¿Conoceis la letra de vuestra madre?

—Sí, sí—exclamó Esperanza.

Martin se levantó precipitadamente y sacó de un arma-

MARTIN GARATUZA.

rio el libro que contenia las Memorias de Doña Juana de Carbajal, buscó el pasaje del nacimiento de la jóven y se lo presentó, diciéndole:

—¿Conoceis esta escritura?

—Sí, es de mi madre, de mi pobre madre—contestó Esperanza, bañada en llanto y besando el libro escrito por Doña Juana.

—Pues leed—dijo Martin—leed; yo os habia querido evitar el dolor de recorrer esas páginas bañadas en llanto, pero vos lo quereis; leed solo por el bien vuestro; no paseis adelante ni comenceis mas atrás: cuando la calma vuelva á vuestro corazon, sabreis toda la historia.

Doña Esperanza comenzó á leer, limpiándose los ojos empapados en llanto, á cada instante.

Martin de pié tras ella, la seguia con la vista en la lectura.

Habia momentos en que la jóven no podia continuar, porque las lágrimas la cegaban, y entonces dejaba el libro y lloraba un largo rato; luego se enjugaba los ojos y volvia á continuar.

Cuando Martin conoció que habia llegado hasta donde debia leer para satisfacerse, puso su mano dulcemente sobre el libro. Esperanza alzó admirada los ojos para verle: absorta en los recuerdos de su familia, habia olvidado á Martin.

—Creo que es ya bastante;—dijo éste—¿para qué quereis martirizaros mas?

—Dejadme concluir.

—No, Doña Esperanza; estais satisfecha de que yo no os engaño: dejad para otra vez esa historia que hará sangrar vuestro corazon, tan conmovido en estos momentos; quizá sea hoy la ocasion menos oportuna para entregaros á

esa clase de recuerdos: además, si ese libro tiene que permanecer aquí, ¿para qué esa precipitación en leerlo todo y en estos momentos?

—¿Pero creéis que esté tranquila sin leerlo todo?

—¿Y creéis que en algo os tranquilizará su lectura? Creedme, os lo suplico, y dejad por ahora ese libro: dádmelo.

—Bien; tomadle.

Martin recibió el libro y volvió á guardarle en su caja.

—Ahora—dijo—hablemos de vuestro padre.

—¿De mi padre? ¡Dios mio! despues de lo que acabo de saber.....

—Si Doña Juana viviera ¿os aconsejaria el rencor?

—Imposible.

—Pues bien; haced de cuenta que os habla, que os ve, que sabe que Don Pedro, solo, moribundo, arrepentido, llama á su hija.....

Doña Esperanza lloraba sin contestar.

—¿Qué me decís, señora? ¿debo contestar á vuestro padre que su hija se niega á ir á verle morir, que no cuente mas con ella, que espire solo como ha vivido, solo, que lleve al sepulcro su dolor y su remordimiento?.....

—Oh, no, no!

—Pues en tal caso.....

—Iré á ver á mi padre.

—Dios os premiará.

—¿Y cuándo?

—Mañana.

—¿Mañana?

—Temprano.

.....

Llegó el momento en que Doña Catalina entrase de nuevo á la casa de Don Pedro, conducida por Don Alonso.

La dama se había vestido y ataviado soberbiamente, á pesar de que entonces los trages de las señoras les cubrían generalmente hasta el cuello: Doña Catalina, por hacer ostentacion de sus bellas formas, llevaba un vestido escotado y casi flotante sobre los hombros, y sus mangas enteramente abiertas colgaban á los lados, dejando ver los brazos hermosamente contorneados.

Como Catalina comprendia que se trataba de excitar el amor de Don Pedro y aumentar su ilusion para apoderarse completamente de su espíritu, habia adoptado aquel trage casi de fantasía, que llevaban entonces no mas las mulatas y las mujeres de costumbres perdidas. Quería estar no solo hermosa, sino seductora y provocativa, y lo habia conseguido.

Don Pedro fué advertido por un lacayo de que Catalina se acercaba; y sentado en su lecho como un espectro, flaco, pálido y moribundo, pero con los ojos brillantes, no apartaba su vista de la entrada por donde debia aparecer Catalina.

Se oyó un ligero ruido, se abrió la puerta, y la dama, arrojando con estudiada indiferencia el velo que la cubria, se presentó radiante de hermosura, y se dirigió precipitadamente al lecho del enfermo.

Don Pedro tendió sus brazos secos como dos raíces, y recibió en ellos á su esposa, que fingia llorar y acariciarlo.

Aquella escena era repugnante: la cabeza encantadora de la jóven, coronada de flores y de brillantes, descansaba sobre el hombro descarnado de Mejía, y la fisonomía pálida y desencajada de éste asomaba á un lado, estampando sus labios descoloridos en la turgente espalda de Catalina.

Parecian un arcángel preso en los brazos de un cadáver.

Cualquier observador imparcial hubiera sin embargo comprendido que Doña Catalina tenia que hacer un terrible es-

fuerzo para permanecer así, y que aquella emocion iba agotando rápidamente la poca vida que le quedaba á Mejía.

Doña Catalina quiso llevar su papel mas adelante, y arrodillándose cerca del lecho, clavó su frente sobre el colchon. Mejía entonces podia solamente mirarle la espalda.

El vestido de la jóven se bajaba entonces de tal manera, que Don Pedro distinguió la mancha roja que tenia Catalina, y una idea espantosa cruzó por su cerebro.

—¡Estela! ¡Estela!—dijo con terror.

La dama levantó el rostro espantada, al notar la emocion de Don Pedro.

—¿Qué tienes?—preguntó.

—¿Qué mancha es esa que llevas en la espalda?

—No te espantes, esposo mio; esa mancha la tengo desde el dia en que nací.

—Estela, ¿y tu madre tiene tambien esa mancha?

—Tambien: ¿pero por qué te asustas?

—Ay, ¡dime, dime por Dios! pero no me engañes, ¿conociste á tu padre?

—¿A mi padre?—preguntó asombrada la jóven y sin saber qué contestar al pronto.

—Sí, á tu padre; no me engañes, por Dios; va en esto la salvacion eterna de tu alma y de la mia.

A pesar de su audacia, Catalina comenzaba á turbarse y á sentirse impresionada á la vez.

—Respóndeme, Estela—agregó, á cada momento mas irritado.—Respóndeme.

—No le conocí.

—¿No le conociste? gritó Don Pedro—¿ni sabes quién es?

—Sí;—respondió temblando ya Catalina;—era un español.

—¿Murió, murió?

—Creo que no, señor.

—Entonces ¿dónde está?

—No sé, porque abandonó á mi madre.....

—Misericordia!—gritó Don Pedro—mi hija!

Y abriendo los brazos, cayó en el lecho como herido de un rayo.

—Socorro, socorro, Don Alonso!—gritó Catalina levantándose como una loca—socorro, socorro!

La puerta se abrió precipitadamente, y Don Alonso guiado de varios criados de ambos sexos, penetró en la estancia.

—¿Qué hay? preguntó.

—No lo sé, no lo sé; mirad á Don Pedro; aquí hay algo de horrible, de misterioso.....

Don Alonso se precipitó al lecho de Don Pedro, examinó con horror el rostro del enfermo, y despues de un momento de silencio, exclamó solemnemente:

—Encomendadle á Dios: ¡ha muerto!

Los criados se agruparon curiosamente, Doña Catalina se dejó caer en un sillón, y Don Alonso repitió fatídicamente:

—¡Ha muerto! ha muerto!

En este momento se habia abierto de nuevo la puerta, y un hombre con una dama cubierta se habian presentado; pero al escuchar las palabras de Don Alonso, la dama lanzó un débil gemido y se desmayó.

El que la acompañaba la sostuvo en sus brazos, la retiró un poco y volvió á cerrar la puerta.

Eran Martin y Doña Esperanza. Nadie se apercibió de su llegada ni de su salida.

XVII.

De cómo saldó sus cuentas con la justicia Martín Garatuza.

LA policía del marqués de Cerralvo y del visitador Carrillo, no inquietaba, por cierto, mucho á Garatuza, á pesar de que la Audiencia habia dado sus órdenes para que todos los alcaldes procurasen su aprehension. Martin era hombre de recursos, y en último caso hubiera mudado de domicilio y marchádose á la ciudad de Puebla ó Valladolid; pero estaba empeñado en el negocio de Doña Esperanza, que además de su amor propio comprometido, le ofrecia un buen porvenir para su hija; y Martin comenzaba ya á pensar en el porvenir.

Así es que se hacia preciso para obrar con mas libertad, saldar cuentas con la justicia, y Garatuza se determinó á verificarlo.

Llegó con Doña Esperanza á la casa de Mejía en el momento en que éste acababa de espirar; Esperanza no pudo soportar aquel nuevo golpe y se desmayó; pero en aquellos momentos de confusion en la casa, nadie notó nada, y Garatuza luego que la jóven volvió en sí, la condujo, procurando no llamar la atencion, á su casa.

En aquel momento comenzaba verdaderamente la lucha: Don Alonso y Doña Catalina tomaban posesion de hecho de los inmensos bienes de Don Pedro; y aunque Martin contaba con el testamento, que era una arma poderosísima, sin embargo, los contrarios eran ricos, y esto les daba una gran superioridad.

Lo primero en que pensó Martin, fué en quitarse de encima toda persecucion por parte de la justicia; así es que luego que dejó á Esperanza en su casa, salióse á disponer lo necesario para lograr sus planes.

En uno de los barrios mas pobres y apartados de la ciudad, en una casucha triste y miserable, estaba tendido el cadáver de un hombre como de cuarenta años, casi desnudo; tenia á su lado una pequeña vela de sebo que ardía pegada en el suelo, y sobre el estómago del cadáver habia un plato de barro, viejo y roto, en el que se habian depositado algunas monedas de cobre.

Una vieja hilaba sentada á la puerta del cuarto.

Martin pasaba por allí, metiendo la cabeza en todas las casas y procurando encontrar algo: al ver aquel cadáver se detuvo y dijo dentro de sí:

—Este me conviene.

La vieja alzó el rostro para mirar á Martin.

—Buenas tardes os dé Dios—dijo Garatuza.

—Buenas tardes—contestó la vieja.

—¿De qué murió ese pobre señor?—dijo Martin señalando el cadáver.

—Quién sabe; yo ya le encontré muerto.

—¿No era vuestro pariente?

—No tal; que yo por obra de misericordia he venido á cuidarle, mientras se junta para su entierro, porque como está solo, no vayan á comérselo los puercos ó los perros.

—¡Pobre hombre! ¿De modo que no tiene parientes, ni amigos, ni nadie que por él se interese y lo mande enterrar?

—Nadie: yo le he puesto ese plato en la *barriga* para ver si se *junta* para la mortaja y la sepultura.

—Trazas tiene de no *juntarse* nada.

—Así es en efecto, y me causa mucha tristeza: ¡quién sabe cuántos años le costará de purgatorio, eso de que le sepulsen sin mortaja!

—Puede ser.

—¿No me ayudais con nada?

—Sí, os ayudaré, y mas de lo que podeis suponeros; que yo haré por mi cuenta todos los gastos del entierro y la mortaja, sin que vos tengais que molestaros.

—Entonces, ¿sereis muy rico?—preguntó la vieja con admiracion.

—Muy rico, no; pero tengo lo suficiente para estos gastos, y los haré: ante todo quitad el plato y el dinero que se ha reunido.

—¿Y qué hacemos con ese dinero?

—Es muy poco y no quiero que nadie me ayude: tomaos el dinero, y rezad en pago alguna cosa por el descanso de esa alma.

—¿No se gravará con eso mi conciencia?

—¿Qué se va á gravar! ¿Creeis que yo que pago todos los gastos, no sea libre de disponer de esa pequeña cantidad?

—Sí lo sois.

—Bien; pues tomadla bajo mi responsabilidad y á cargo de mi conciencia.

—Así, sí.

—Despues, hacedme favor de cuidar aquí, hasta que yo mande unos hombres con un ataúd por el difunto, para que le trasladen á otra casa en donde le vistan y le amortajen.

MARTIN GARATUZA.

—Solo que yo tengo que hacer y pierdo aquí mi tiempo.

—Nada perdereis, porque los mismos que vienen por el cuerpo, os darán un regalo de mi parte, y yo os doy esto á cuenta y como parte de la recompensa que Dios os enviará por vuestras buenas acciones.

Y Martin dió dos duros á la vieja.

—Que su Divina Majestad os haga muy rico—exclamó la vieja guardando su dinero:—y ahora, ¿qué mas quereis que haga?

—Que nada, ni á nadie digais nada de cuanto aquí hemos hablado, ni de lo que va á pasar, porque tratándose de caridad, la mano derecha no ha de saber lo que da la izquierda.

—Está bien: ¿y á qué hora vendrán los hombres por el cadáver?

—Dentro de dos ó tres horas.

—Esperaré.

—Adios.

Martin se encaminó entonces á una casita pequeña tambien, que estaba por las calles que hacian espalda al monasterio de Santo Domingo.

Era una casa entresolada con una sola ventana, y el zaguán estaba cerrado.

Martin llamó, y una negrilla llegó á abrirle y le preguntó:

—¿Qué mandaba su señoría?

—¿Está ahí la Perla?

—¿Qué perla?

—No te hagas la tonta, tu ama Andrea.

—Sí, señor.

—Entra á decirla que aquí la busca el Bachiller, su amigo de otros tiempos.

—¿La gracia de su señoría?

—Dí como te digo, y no tardes.

La negrilla se entró precipitadamente, y poco despues salió hasta el zaguan la misma dueña de la casa.

Era una mujer jóven aún, pero demasiado gruesa; sus facciones conservaban todavía los restos de una gran hermosura, pero en ellas se notaban esos rasgos característicos de una vejez prematura producida por los vicios y los desórdenes: aquella jóven vieja llevaba un traje de colores muy vivos, y multitud de cintas y adornos en la cabeza. En México no estaba vigente ya la Ordenanza de Felipe II, que prevenia que las mujeres de mala vida vistieran de paño pardo con adornos de picos en el traje, de donde vino el refran vulgar de «andar en picos pardos.»

—¡Bachiller!—exclamó la mujer al ver á Martin, y arrojándose descaradamente en sus brazos.—¡Qué milagro! ¿Qué santo te trae por aquí, despues de tantos años? Entra, entra, mi bien, que no te he olvidado.

La Perla, como la habia llamado Martin, le hizo entrar, llevando enlazados sus brazos al cuello de Garatuza.

—Mi Perla—dijo Martin—¿estás sola? ¿podemos hablar un rato?

—Por supuesto, por supuesto; si tú no sabes el gusto que tengo en volverte á ver; se me figura que vuelvo algunos años atrás; ¡éramos tan felices! ¡qué vida! ¿te acuerdas? ¡qué paseos! ¡qué bailes! ¡qué almuerzos!

—Sí, Andrea, me acuerdo; ¿pero no vendrá á interrumpirnos nadie?

—Nadie; ¿quién ha de venir? Además, ahora verás: ¡Dominguilla! ¡Dominguilla!

—Mande la señora—dijo la negrita.

—Cierra, hija mia, y á nadie le abres, ¿lo oyes? no estoy aquí.

MARTIN GARATUZA.

—Sí, señora.

—Quiero dedicarle todo mi tiempo al Bachiller, á mi ingrato Bachiller, que no habia venido hace tantos años.

—Gracias, Andrea. Pero vengo á que hablemos de un asunto en que puedes servirme mucho.

—Habla, mi bien, habla.

—¿Estás libre, Andrea?

—Libre, como la pluma en el aire.

—¿Es decir que puedo contar contigo?

—Como siempre; ya sabes que yo te quiero como antes, y te vendrás á vivir aquí á mi casa, y te cuidaré al pensamiento, y nadie entrará aquí mas que tú.....

—No, no se trata de eso—dijo Martin cortando el torrente de palabras de la Perla:—Andrea, ya somos viejos para esos amoríos.

—¿Viejos?—dijo la Perla haciendo un dengue.—Si no tienes ni una cana, y eres capaz todavía de causar ilusion á cualquiera mujer.

—¡Vaya! Pero no se trata de eso, es otra clase de negocio el que vamos á arreglar.

—Sea como quieras. Dime, ¿qué hay?

—Necesito que recibas aquí á un muerto.

—¡A un muerto! ¡Ave María Purísima!—dijo la Perla santiguándose.

—Sí, es decir, á un cadáver.

—¡Jesus me acompañe! ¿Pero cómo? ¡Dios me libre y me defienda!

—Oyeme, óyeme; á un cadáver, que he de ser yo.

—¿Tú? ¡Santo fuerte! Tú te has vuelto loco.

—No, sino muy cuerdo. Es un cadáver, que diremos que es el mio, y que me he muerto.

—¿Pero para qué? ¿para qué? Expílicate.

—Porque tengo muchas cuentas con la justicia, y así salimos de empeños.....

—Acabaras! es decir, que se murió otro, y se dice que tú; y muerto el perro..... vaya..... caigo en la cuenta.

—Eso es. ¿Conque me ayudas?

—¡Pero eso de traer un muerto á mi casa! y luego, ¿de dónde cogemos ese muerto?

—Eso correrá de mi cuenta.

—Pero pierdo mucho.....

—Nada, yo te pagaré bien, y no tendrás de qué quejarte por eso.

—Vamos á cuentas; primero el plan, y luego el precio.

—Eso se llama entrar en razon.

—Habla.

—Yo mando traer al muerto, aquí lo visten y lo amortajan, y lo lavan y todo eso.

—¿Pero quién? Yo, no.

—Por dinero baila el perro. Yo te daré dinero, y no faltará quien lo haga.

—¿Qué mas?

—Escribiré una carta que llevarás al virey, fingiéndote mi mujer.....

—Buena es esa. ¿Y dónde veré al virey?

—Todo te lo explicaré despues; y él cree que yo le escribí, que he muerto; se esparce la noticia, vienen á ver el cadáver, me entierran, y *Laus Deo*, se acabaron las persecuciones y los exhortos contra mí.

—Dicho es muy fácil; pero quién sabe.

—Ya lo verás; ¿consientes?

—Se me figura increíble tener aquí á un muerto.

—Por pocas horas, que vamos á adelantar el trabajo: voy á darte una carta para el virey, que llevas á palacio luego,

MARTIN GARATUZA.

que es hora esta en que da audiencia: por supuesto vas llo-
llorando, y le cuentas que escribí la carta y *troné*: si pue-
des conseguir que mande un oficial de justicia para el entier-
ro, es mejor, y él te dará dinero para tí, y yo te daré mas.

—Me atengo al que tú me des.

—¿Cuánto quisieras?

—La verdad, el sacrificio es grande, y vale cien duros;
¿te parece mucho?

—No, cuenta con doscientos.

—Eres encantador—dijo la Perla besando á Martin.

—Pues anda á vestirme, mientras pongo la carta; ¿tienes
recado de escribir?

—Sí, ahí está.

—Pues vé á vestirme.

—¿No te parezco bien así?

—Hermosísima; pero el virey no creerá en la viudedad por
lo mismo que estás tan bonita y tan elegante.

—¿Qué me pongo, pues?

—Un vestido negro, viejo, y un manton; te quitas esos
adornos de la cabeza, te despeinas un poco, y procuras fro-
tarte los ojos con algo, para que parezca que has llorado.

—¿Con mis cabellos?

—Con lo que quieras, ya sabes el objeto.

—Voy, y ya verás.

—Oyeme; ¿la negrilla es de secreto?

—Es una mujer de pecho como un sepulcro.

—Adviértele.

—Le diré, no hayas cuidado.

La Perla se entró á vestir, y Martin se puso á escribir
la carta para el virey, que meditó á todo su gusto.

Por fin volvió á salir Andrea.

Estaba como Martin se lo habia dicho, vestida de negro,

y con los ojos encarnados como si hubiera llorado ocho días consecutivos.

—¿Qué tal te parecee?—dijo haciendo una caravana.

—Soberbia.

—¿Ya está la carta?

—Sí; óyela.

—Ante todo, ¿qué tengo que hacer?

—El papel de una viuda escandalosa, que quiere á todo trance arrancar dinero al virey y hacer que entierren de balde á su marido.

—Adelante; á ver la carta.

Martin leyó en voz alta:

«Excmo. Sr. Virey:

Cercano ya el fin de mi vida por una enfermedad que Dios nuestro Señor se ha servido enviarme, y debiendo á su divina Majestad el señalado favor de morir critianamente y en su santa gracia, con todos los auxilios espirituales que necesarios son para el trance postrimero; en descargo de mi conciencia, y próximo ya á comparecer ante mi Dios y Señor, me dirijo humildemente á V. E. para pedirle su perdon como representante de S. M. el rey mi Señor (Q. D. G. M. A.) por haber ofendido su justicia, y en particular á V. E. por haberle engañado entrando á su servicio con el supuesto nombre de Benjamin.

Si V. E. me otorga el perdon que humildemente solicito, podré morir tranquilo.

Así lo espero de la magnanimidad de V. E., interponiendo como mi abogada y madrina á mi madre María Santísima de Guadalupe.

Dios guarde á V. E. muchos años.—B. L. P. de V. E.
—*Martin de Villavicencio* (llamado Garatuza.)»

MARTIN GARATUZA.

383

—Muy bien—dijo la Perla cuando Martin acabó de leer
—muy bien, comprendo ahora perfectamente.

—Bien; pero anda á Palacio.....

—¿Y qué sucede, tú has muerto ó no?

—Claro está que sí; y si puedes conseguir que el virey me mande enterar.....

—Eso es: ¿y si se acompaña conmigo un alguacil para venir á ver el cadáver?

—Nada temas, cuando vuelvas todo estará arreglado.

—Entonces hasta luego.

—Hasta luego.....

La Perla se envolvió en su manton, se echó en la cara un velo y salió.

—Mi vida—le gritó Martin.

—¿Qué hay?

—Advierte á la negrilla que yo puedo hacer aquí lo que quiera.

—Sí.

La Perla habló con la negrilla y salió.

A poco salió Martin en busca de un ataúd y dos cargadores para conducir el cadáver que habia contratado y llevarlo á la casa de Andrea.

XVIII.

De lo que pasó con el virey y con Andrea.

LA noticia de la retirada del príncipe de Nassau y de las tropas holandesas del puerto de Acapulco, habia llegado á México, calmando los inquietos ánimos del virey y del visitador: se habian disuelto las compañías dispuestas ya para salir, y por toda precaucion el virey dispuso que se repararan las cortinas del castillo de Acapulco y se le agregaran dos bastiones.

Así desapareció tambien el temor que se tenia á la conjuracion de los criollos, en vista de que habia pasado ya la coyuntura en que pudieran haber hecho algo.

Inclinados los ánimos del visitador y del marqués de Cerralvo á la templanza y á la benignidad, dieron trazas de abrir las prisiones y poner en libertad á las personas que en ellas tenian, entre las cuales se contaban Don Leonel y su padre.

Acordaron, pues, hacer venir á éstos á su presencia, á fin de amonestarles, notificándoles que quedaban en libertad, y obligando su gratitud para impedirles en lo sucesivo otra tentativa.

MARTIN GARATUZA.

Don Nuño y Don Leonel comparecieron ante S. E. Los dos iban sumamente tristes y abatidos: habia en ellos otro motivo ademas de la persecucion de que eran víctimas; el secreto de familia que habian creido descubrir, les tenia completamente desasosegados.

—Sentaos, señores—les dijo el virey mostrándoles dos sitios.

Los presos obedecieron en silencio.

—¿Conoceis los motivos de vuestra prision?

—Sí, señor excelentísimo—contestó Leonel.

—¿Me permitirá V. E. que hable?—dijo Don Nuño.

—Seguramente; la justicia de S. M. no está nunca sorda á las quejas de sus vasallos.

—Pues bien, Excmo. Sr., yo estoy preso sin saber por qué y con la conciencia del inocente: al aprehender á mis hijos, me han aprehendido; luego se me pone en libertad, y cuando me creo ya seguro, se vuelve á dar orden de prision contra mí y se me lleva á la cárcel; y todo esto siendo yo, aunque mal esté en mi boca el decirlo, uno de los mas leales vasallos del rey mi señor (que Dios guarde muchos años).

—Quiéroos explicar, Don Nuño, en qué ha consistido esto; que un truhan, un mal hombre que se introdujo en mi servicio con el supuesto nombre de Benjamin y que era nada menos que el mentado Martin Garatuza á quien yo no conocia, hizo sobre vos denuncias y acusaciones tan graves y con visos tales de verdad, que necesarias han sido todas esas averiguaciones.

—De las cuales, señor, creo que resultará mi inocencia.

—Tan clara está y tan sin sospecha, que por todas partes se procura buscar al denunciante para aplicarle el condigno castigo; así es que podeis quedar satisfecho, y hoy mismo saldreis en libertad.

—Mil gracias—dijo Don Nuño inclinándose profundamente, pero haciendo un gesto de desprecio, como quien dice: mucho favor es no castigar á un inocente.

—En cuanto á vos, señor Don Leonel—continuó el virey—tambien saldreis libre con vuestro padre, y por consideraciones á él, que vuestra causa no es tan buena como la suya; contra vos existen mas que indicios, pruebas, y solo por probaros la benignidad y grandeza de S. M. (Q. M. A. G.), á quien represento en estos sus reinos de las Indias, os concedo esa libertad, de la que espero que no hareis el uso que de ella hacíais antes de haberla perdido, porque el perdon de la primera falta agrava la pena en la segunda.

—Señor—contestó Leonel—mi conciencia está tan tranquila, que así la hubiera llevado al mismo cadalso; pero V. E. dispone que salga libre á nombre de S. M., él es dueño de mi vida y de mis dias.

El visitador habia permanecido silencioso durante la conversacion, pero en este momento dijo al virey en voz baja:

—Figúraseme, Excmo. señor, que escucho llantos y voces en una de las antesalas.

—Así me habia parecido hace ya un rato.

—¿Quiere V. E. que mande ver qué sucede?

—Si no os causa gran molestia.....

El visitador agitó su campanilla de plata que estaba sobre el tintero, y un lacayo se presentó.

Llamóle el visitador aparte y le dijo:

—¿Qué causa ese llanto que se escucha afuera?

—Señor—contestó el lacayo—una mujer enlutada que quiere ver á S. E., ó cuando menos que le sea entregada una carta de que es portadora, que dice ser de un moribundo.....

—Que se me traiga esa carta—dijo el virey, que habia escuchado la conversacion.

El lacayo se inclinó y salió, volviendo poco despues con una carta que presentó á S. E. en una bandeja de plata.

Tomóla el virey, rompió la cubierta y comenzó á leerla; pero á poco lanzó una exclamacion que causó curiosidad al visitador, el cual, sin embargo, no se atrevió á preguntar nada.

El virey terminó su lectura, y exclamó:

—Mirad, señor visitador, que hay cosas que parecen maravillas; hace poco que hablaba yo aquí á Don Leonel y al señor su padre, del llamado Benjamin. ¿Os acordais?

—Sí, señor—contestaron Don Nuño y Don Leonel.

—Pues en esa carta, que nos hará favor de leer el señor visitador, el tal Benjamin, ó Martin, como él dice llamarse, pide perdon de sus maldades y se despide en artículo de muerte.

El visitador tomó la carta de Martin y la leyó en voz alta.

—Pobre hombre!—dijo S. E.;—su arrepentimiento parece ser verdadero.

—Aunque tardío por lo que respecta á la justicia humana—contestó el visitador—que segun parece, á estas horas debe ser ya un cadáver.

—Dios le habrá perdonado, que es con el único que tiene, si ha muerto, sus cuentas pendientes.

—Así es.

—¿Y la mujer que trajo esta carta se ha ido ya?—preguntó el virey al lacayo, que habia quedado esperando en la puerta.

—No señor, aun está ahí.

—Hazla entrar—dijo el virey.

El lacayo abrió la puerta é hizo seña á la Perla, que se encontraba en la pieza siguiente. La mujer, sin hacerse de rogar, penetró en el despacho de S. E. y se arrojó á sus piés.

—Alzaos, señora, alzaos—dijo el virey;—alzaos y decidme qué es de Martin.

—No, señor Excmo, no me levantaré, que Martin me encargó que estuviera á las plantas de S. E. hasta obtener su perdon.

—Bueno, bueno, alzaos y hablaremos: ¿dónde está Martin?

—Ay, señor! ha muerto! ha muerto! y no tengo ni con qué enterrarle.....—Y la mujer lloraba sin consuelo.

—Bien, le perdono en nombre de S. M. y en el mio—dijo el virey, mirando lo poco que con este perdon exponia—alzaos, que yo os daré para su entierro.

—¿Qué bueno es S. E!—decia la mujer procurando buscar las manos del virey;—qué bueno! con razon me decia Martin que no saldria yo desconsolada.

—¿Y dónde está su cadáver?

—En nuestra casa, señor.

—Vaya; pues yo costearé el entierro en gracia de su arrepentimiento, y un lacayo irá con vos á ver el cadáver y á disponerlo todo.

—Como me lo pensé—dijo en su interior Andrea;—Dios nos saque con bien; allá Martin verá lo que hace.

El virey habia dado algunas órdenes, y un lacayo estaba ya listo para acompañar á Andrea.

—Id—le dijo el virey—nada os costará el entierro, y además, yo os daré cien duros para lutos.

—Mil gracias, Excmo. señor—contestó Andrea, y salió seguida del lacayo, y pensando:—doscientos de Martin y esto, son trescientos.....

Aunque aquella mujer tenia confianza en Martin, sin

embargo, temblaba al acercarse á la casa: si Garatuza no habia hecho nada, de seguro que ella iba dar á la cárcel.

Llamó á la puerta llena de temor, y la negrilla salió á abrirla bañada en llanto. Andrea conoció que la negrilla estaba ya en la comedia.

—¿Qué hay por acá?—preguntó con desconfianza.

—Ya le amortajamos y le encendimos un velon—contestó llorando la muchacha.

—Pasad—dijo Andrea al lacayo, sintiéndose ya con ánimo.

El lacayo entró, y llegaron al interior de la casa.

En medio de una estancia estaba tendido sobre una mesa un cadáver cubierto con una mortaja, y cuatro gruesos cirios le alumbraban.

El lacayo al ver aquel espectáculo, se detuvo y se quitó el sombrero.

—Pobre hombre!—exclamó—Dios le haya perdonado.

—Pobrecito, era tan bueno con su familia!—dijo Andrea.

—Dios tenga piedad de su alma: voy á arreglar el entierro.

—Sí, señor.

El lacayo por huir de aquel espectáculo, salió de la casa, y la Perla le vió por la ventana alejarse.

Entonces desapareció su aire de tristeza y lanzó una alegre carcajada sin respeto al cadáver, cuando al volver el rostro se encontró con el alegre de Martin Garatuza.

—¿Qué tal?—dijo éste.

—A pedir de boca—contestó la Perla.

—¿Viste al virey?

—Sí, y mi papel salió muy bien.

—¿Qué te dió?

—Me dijo que pagaba el entierro y me daba cien pesos para luto.

- Y doscientos que yo te doy.....
—Son trescientos.
—Ya ves que no es mal negocio.
—No me quejo.
—Ahora otra cosa.
—¿Qué?
—Es fuerza que se enamore de tí el lacayo.
—¿Con qué objeto?
—Yo sé mi cuento.
—Pero.....
—Haz lo que te digo y no te pesará.
—Lo haré.
—Así te quiero, obediente.

Llamaron en este momento, Martin corrió á esconderse, y la Perla tomó su aire triste y se arrodilló el lado del cadáver.

Era el comisionado del virey para el entierro, que volvía con un hombre que tomó la medida al cadáver para buscar un cajon.

Cuando aquel hombre, que debía ser el carpintero, salió, el lacayo miró á Andrea, que permanecía arrodillada.

—Señora—la dijo—creo que el cajon, caso de que lo haya hecho, tardará en venir dos horas: voy entretanto á arreglar los negocios en el camposanto y la parroquia.

—Os suplico que no os tardeis mucho; ya comienzo á extrañar vuestra compañía: estoy tan sola y sois tan bueno.....

La Perla acompañó estas palabras con una mueca de coquetería que no iba del todo mal: además, como hemos dicho, aquella mujer ni era una vieja ni carecía de atractivo.

El lacayo la miró con alguna atención y dijo para sí:

—Lo cierto es que la viudita no es tan despreciable.....

si yo me atreviera.....¿pero cómo? aun no sale el cadáver..... procuraré echarlo fuera cuanto antes; quizá entonces.....

La Perla entendió como mujer de mundo, lo que pasaba en el alma del lacayo.

Puede decirse como regla general, y se entiende que no tratándose de un viejo ni de una fea de primera calidad, que á toda mujer le halaga causar una ilusion, aun cuando esté dispuesta á no conceder favor de ninguna clase, y á todo hombre le alucina una muestra de predileccion por parte de una mujer, aun cuando tenga la firme resolucion de no darle cuartel. No hay mas que una diferencia, que en el caso dado, la mujer puede llegar á sucumbir, y el hombre nunca; y la razon de tal diferencia consiste, en que el hombre puede tomar la iniciativa, y esto no le es lícito á la preciosa mitad del género humano.

—¿Tardareis mucho?—preguntó Andrea.

—Procuraré volver pronto—contestó el lacayo.

—Si os disgusta estar en la misma pieza que el cadáver, podremos ir á otra.

—Me parece bien.

—Entonces, mientras dais la vuelta dispondré otra.

—¿Cuánto os lo agradezco!

—¿Acostumbráis tomar chocolate temprano?

—Sí—contestó el lacayo como mareado por la coquetería de Andrea.

—En tal caso, yo misma voy á prepararlo para cuando volvais.

El lacayo miró las manos de Andrea y le parecieron preciosas.

—Voyme para volver cuanto antes—dijo.

—No tardeis—agregó Andrea, dirigiéndole una mirada capaz de volverle loco.

—No, voy volando.

Y salió casi corriendo de la casa, diciendo:

—Negocio seguro, negocio seguro.

Una alegre carcajada de Andrea acompañó al ruido que hizo el zaguán al cerrarse.

—¿Qué hubo?—dijo Martín saliendo.

—¿Qué hubo? que tú debes haber nacido en Jueves Santo, según te sale de bien cuanto inventas.

—¿Qué dice tu hombre?

—Mi hombre, mala peste le mate! ¿de qué va á ser este mi hombre, si yo nunca he tenido tratos sino con caballeros y gente principal?

—Gracias—dijo Martín.

—Cierto, y no es lisonja.

—Pero vamos, ¿qué hay?

—Que ya cayó.

—¿Te dijo algo?

—Nada.

—Entonces ¿cómo sabes que ha caído?

—Se lo conocí.

—Si nada te dijo.

—Tonto! sabrás tú de letras, pero nunca has sido mujer; y déjame, que yo sé mi cuento.

—¿Con que está seguro?

—Tan seguro, como yo lo estoy de que tienes entre manos una gran diablura.

—¿Qué te dijo el hombre?

—Que pronto vuelve, y entonces verás como es la decisión.

—Bueno: entonces cuando él venga, me iré yo, que ya no te quedarás sola, y es peligrosa aquí mi presencia.

—¿Y á qué fin pretendes que ese hombre se enamore de mí?

MARTIN GARATUZA.

393

—Ya lo sabrás. Esta noche te espero en la plaza para que me cuentes cómo fué mi entierro y cómo sigue tu nuevo amor.

—¿A qué horas y en dónde?

—A los ocho, cerca de las tiendas nuevas.

—Iré, á pesar de que me da miedo salir de noche.

Una hora despues llegó el hombre, y Martin se salió sin que él lo advirtiese.

En esa tarde se sepultó el cadáver, no con pompa, pero sí con escándalo, porque muchos quisieron ver el entierro del célebre Garatuza costeadado por el virey, y hubo en el panteon gran concurso de ociosos y perdidos.

Como entonces no habia de qué hablar en México, hasta los círculos mas aristocráticos se ocuparon del asunto, y fué objeto de muchas conversaciones la bondad del virey y el arrepentimiento de Martin.

Excusado es decir que en la misma noche el lacayo contaba á sus compañeros que estaba enamorado de la viuda y que no perdia sus esperanzas.

XIX.

De cómo volvió á encontrar Don Leonel á su prima Doña Esperanza.

Don Nuño y Don Leonel salieron libres de Palacio, como se los habia ofrecido el virey, y cesando las persecuciones, cada uno de ellos volvió á pensar en sus negocios particulares; uno habia, sobre todos, que preocupaba á los dos sobremanera: la suerte de Esperanza.

Don Nuño miraba en ella á su hija.

Don Leonel encontraba en ella á una hermana cuando habia creído tener una esposa.

Uno y otro deseaban hablarse de lo mismo, y uno y otro temian promover la conversacion.

A su salida de Palacio fueron informados de que la «casa colorada» habia sido completamente devorada por las llamas y que nada se sabia de sus habitantes.

El Padre Salazar aun no volvia á la casa paterna; pero como Don Nuño y Don Leonel ignoraban que estaba oculto en casa de Doña Juana la noche del incendio, no se inquietaban por su suerte y esperaban verle llegar de un momento á otro.

Don Leonel en la misma tarde en que salió de su prision quiso ver las ruinas de la «casa colorada;» pero no pudo resistir aquel espectáculo, y con el corazon comprimido volvió á su casa.

Aquella noche Don Nuño no pudo contenerse, y despues que acabó la cena, cuando los criados que servian la mesa se retiraron, el viejo se atrevió á hablar del negocio.

—Leonel—dijo—¿sabes algo de..... tu prima Doña Esperanza?.....

—Padre mio—contestó Don Leonel—nada sé; he pasado por el lugar que ocupaba su casa, y nada..... ruinas, olacion.

—Quizá..... moriria—dijo el anciano, como pronuncian por fuerza esta palabra.

—¡Dios no lo haya permitido!.....

—¿Qué haremos para saber la verdad?

—Es muy dificil; el único auxilio que espero es el de Dios.

—¿Es decir que has perdido toda esperanza? ¿No intentas buscarla?

—Padre mio, ¿seria yo por ventura mas feliz si la encontrara? ¿No murió para mí toda esperanza desde que me revelásteis que era mi hermana?

—Es cierto; pero por ella, por mí, debes buscarla tú tambien: quizá viva en la miseria, quizá no tenga adonde volver sus ojos, quizá la mano de la desgracia la arrastre al crimen, á la prostitucion.....

—¡Oh, Dios mio!.....

—Leonel, sé bastante fuerte para dominar tus pasiones y sobreponerte á las desgracias; busca á Esperanza, y será feliz á nuestro lado.

—¿A nuestro lado, padre mio? Es un imposible, yo no

puedo vivir así al lado de esa mujer; yo podré buscarla, conducirla á vuestros brazos, pero permaner con vosotros.... ¡oh, no! Soy soldado, y puedo aún ir en busca de la fortuna y de la gloria para estar libre de ese martirio, y honrar vuestras canas y vuestro nombre con mis hechos.

—Dios dispondrá—exclamó por fin Don Nuño levantándose y retirándose.

Don Leonel y el Padre Alfonso quedaron solos.

—Supongo, hermano —dijo el Padre—que á tí mas que á nadie le interesa el encontrar á Doña Esperanza.

—Hermano, tengo tanto interés como mi padre, ó quizá menos.

—Cómo! ¿pues no debias casarte con ella, ó al menos esas no eran tus intenciones?

—Es verdad; pero ahora todo ha cambiado.

—¿Cambiado? ¿y por qué?

—Alfonso, ese es un gran secreto de familia que tú debes saber tambien como yo.

—Pero que ignoro.

—Lo sé; sé que lo ignoras, como yo por mi desgracia lo ignoraba tambien, hasta que una casualidad vino á abrir nuestros ojos.

—¿Cuál es, pues, ese secreto?

—Que Doña Esperanza es hija de nuestro padre, es hermana nuestra.

—Pero cómo! ¿hermana nuestra?

—Sí, mi padre me lo ha dicho; yo debia haberlo sabido, porque Doña Juana me dió el libro en que estaba escrita la historia de su familia; pero yo no llegué á leer ese libro, porque las circunstancias se encadenaron de un modo tal, que habiéndolo tenido en mi poder, no me fué posible leerle.....

—¿Y qué fué de ese libro?

MARTIN GARATUZA.

—Por librarlo de las garras de la justicia, encargué á Martin que le entregase á Doña Juana.

—En efecto, que el mismo Martin cuando estuvo á verme en la casa Colorada, me dijo que tenia que llevar algo á Doña Juana; pero no recuerdo bien si me agregó que de vuestra parte, y si por fin entregó ó no lo que llevaba.

—En todo caso, está perdido; si le llevó, el incendio le ha devorado; si no, ¿quién puede saber, muerto ese hombre, adónde dejó ese libro?

—Siempre hay mas posibilidad de encontrarle si él no lo entregó; ¿quién sabe lo que suceda? pero por mi parte, hermano mio, si te he de hablar la verdad, no creo que Doña Esperanza sea nuestra hermana.

—¿En qué te fundas para tener esa creencia?

—Mira, Leonel; ¿Doña Juana sabia tus amores con su hija?

—Sí.

—¿Y no se opuso á ellos?

—Al principio sí, pero despues, cuando supo que yo te ayudaba en la conspiracion, entonces consintió en ellos.

—Leonel, Doña Juana debia saber quién era el padre de su hija, y sabia quién era el nuestro; si hubiera creido por un solo instante que tú y Esperanza eran hermanos, ni por un instante hubiera consentido esos amores: conocí demasiado á Doña Juana para poder dudar un momento de su virtud.

—Pero por otro lado mi padre.....

—Mi padre puede mas fácilmente haberse engañado, y esto es lo que debe haber sucedido, y pronto creo que se descubrirá.

—¿Pero cómo, hermano mio, cómo? Seria yo el hombre mas feliz.

—Ten fé en Dios.

—Alfonso, me das la vida, porque me vuelves la esperanza.

Y los dos hermanos se separaron.

Al dia siguiente el Padre Salazar vió llegar á su hermano pálido y agitado.

—¿Qué hay? ¿qué te ha sucedido?—preguntó el Padre.

—Acabo de ver á Doña Esperanza—contestó Don Leonel.

—Pero eso no es motivo para esa agitacion.

—Si vieras cómo la he amado, no lo extrañarías; pero además, aquí hay otro gran misterio: Doña Esperanza iba en una carroza al lado de otra mujer y con un caballero elegantemente vestido, al que yo nunca he visto en esta ciudad.

—Quizá sea alguno de los ricos de provincias internas.

—Ese caballero, ese hombre tan ricamente puesto, me ha parecido, y vas á reírte.....

—¿Quién?

—Martin Garatuza.

—En efecto, cosa es de risa, y no puede eso ser sino efecto de tu preocupacion, porque tú, mejor que nadie, sabe que Martin Garatuza ha muerto.

—En efecto, he oido leer la carta que envió al virey, he oido las disposiciones que dictó, S. E. para el entierro, y he visto llorando en Palacio á la viuda.....

—¿Y esa misma viuda era la dama que acompañaba á Doña Esperanza y al hombre que te pareció Martin?

—No, no era ella, y tuve ocasion de observarlo, porque la carroza se detuvo en la calle de Ixtapalapa, en la casa de Don Pedro de Mejía el finado, y ví bajarse de ella á Doña Esperanza y á la mujer que la acompañaba, apoyándose en el brazo del hombre que tomé por Martin.

MARTIN GARATUZA.

399

—Entonces está claro que no es él.

—No está muy claro, quién sabe.....

—¿Sospechas?.....

—Martin es capaz de todo, tú no lo conoces tan bien como yo, y no sería difícil que algun nuevo engaño.....

—No es posible; el virey tomaria sus providencias, y no es fácil que haya sido engañado como un niño.....

—En efecto, el virey envió á uno de sus criados de confianza con la viuda.

—¿Ya lo ves?.....

—Y á pesar de todo, ahora soy yo el que tengo la fe, y creo que Garatuza no ha muerto y que por su medio podemos averiguar mucho; el libro de la familia de Esperanza debe estar en su poder.

—¿Pero y Doña Juana?

—Quizá sea cierto que murió, porque Doña Esperanza vestia luto.

—Es preciso buscar á ese hombre; tú tambien me has hecho concebir una sospecha.

—Yo le encontraré.



XX.

De lo que hizo Martín después de que pasó por muerto.

DUEGO que supo Garatuza que el cadáver había sido enterrado bajo su nombre y que el virey había dado una cantidad á la supuesta viuda, todo lo cual averiguó en la conferencia que tuvo con Andrea en la plaza á las ocho de la noche del día en que la había citado, comenzó á imaginar el medio de pasar en México por una persona distinta, con objeto de poderse dedicar mas fácilmente á reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía para Doña Esperanza.

La parte que la Perla había tomado en todo el engaño del virey le aseguraba de su discrecion; además, Garatuza le hizo pomposas ofertas y terribles amenazas, y Andrea juró por Dios y por todos los santos del cielo no decir nada á nadie, ni aun al mismo lacayo, que conforme á lo arreglado por Martín con Andrea, había entrado ya á llenar el supuesto vacío del marido difunto.

Aquella misma noche tuvo Martín una conferencia con Doña Esperanza.

La jóven no había tratado ni conocido nunca como su padre á Don Pedro de Mejía, pero por las memorias de Do-

ña Juana sabia, á no dudarlo, que lo era, y por eso habia sido un golpe muy sensible para su corazon llegar á verle en el mismo momento en que espiraba.

Doña Esperanza estaba tan triste y tan desalentada, que casi era seguro que si Martin no dirigia el asunto con tino y discrecion, no querria ni pensar siquiera en la herencia de su padre, y sin el consentimiento de ella nada podia hacer Martin. Era pues necesario convencerla, y pronto, para comenzar á obrar inmediatamente, para comenzar á obrar cuanto antes y con actividad, porque Don Alonso y Doña Catalina era seguro que no se detendrian por nada, y además, entrarian en desconfianza tan pronto como el escribano se negase á entregarles el testamento, lo cual era seguro, porque ellos no tenian la contraseña.

Lloraba Doña Esperanza en un sitial de la pobre sala de la casa de Martin, cuando éste se llegó á su lado.

—¡Cuánta pena me causa, señora, vuestra situacion!—dijo Martin sentándose al lado de Esperanza.

—Hay males que no tienen mas remedio que llorar—contestó la jóven.

—En efecto, uno de ellos es la muerte; pero aun en ese caso, la religion que profesamos tiene consuelos para los vivos, que sirven de descanso y de gloria á los muertos.

—Es verdad.

—Y que tenemos obligacion de procurar, y esto no solo por nosotros, sino por los que gimen y padecen en el purgatorio, de donde podemos sacarlos.

—Dios sabe que no dejo de pedirle un momento por el alma de mi padre y de mi desgraciada madre.

—Sí, pero eso no es suficiente.

—¿Pues qué mas? .

—Es preciso unir á esto las preces de la Iglesia, mas ó

menos solemnes: la Iglesia tiene sus ritos, sus ceremonias, que son sin duda mas eficaces para el descanso de las almas de los fieles.

—Vos sabeis tan bien como yo, que con nada cuento sobre la tierra para todo eso, y que para eso se necesita dinero.

—Yo no sé que sea dinero lo que os falte.

—¿No lo sabeis?—dijo Esperanza mirándole fijamente.

—No señora, por el contrario: lo que sé, y bien, es que si vos quisiérais hacer algo por el alma de vuestros padres, tendríais lo que quizá ninguno en toda la Nueva-España.

—No os comprendo.....

—Me comprendereis muy fácilmente, señora: si vos quisiérais hacer algo, os bastaba con reclamar la herencia de Don Pedro de Mejía, vuestro padre, de quien sois la única heredera.

—¡Jamás, nunca tocaré yo ese caudal que sirvió para perder á mi pobre madre, y del que nunca recibió ella ni una limosna: primero trabajaré para comer!.....

—Sois libre de hacerlo, señora, cuando ya este vuestro pobre amigo no exista, porque mientras él viva y pueda ganar el pan para su familia, vos no necesitareis de nada.

—Gracias—dijo con emocion Esperanza.

—Pero vos—continuó Martin—no considerais que ese caudal que es vuestro, pasa á manos extrañas, se dilapida, se consume, sin que de él se saque ni siquiera para decir una sola misa por el descanso de Don Pedro y de Doña Juana; vos no considerais que esto grava vuestra conciencia de cristiana y de hija piadosa: no lo gasteis en vuestros goces ni en vuestras necesidades, pero recogedle para la religion y la caridad.

—Imposible, imposible.

—Mañana tendreis quizá hijos, señora, y no estará tranquila vuestra conciencia de madre; porque abandonar este cau-

dales casi robar á vuestros hijos por un capricho: además, ¿quién os dice lo que sucederá mañana, si vos pobre y abandonada, no sereis víctima del capricho de algun poderoso, si Don Leonel, obligado por el orgulloso de su padre, no tendrá que prescindir de vos para siempre, y quién os asegura que dueña vos de la herencia de vuestro padre, no seríais la esposa de Don Leonel, porque su padre no negaria el consentimiento á un enlace tan ventajoso?.....

—¡Martin!—exclamó Doña Esperanza, comenzando á ceder ante la idea de ser la esposa de Don Leonel.

—Señora, reflexionad que no perjudicais á nadie con recibir esos bienes, que son vuestros por voluntad de vuestro padre, y pensad cuántos males os origina vuestra resistencia.

—¿Pero qué se diria de mí si yo reclamase?

—Se diria que vos pedíais, señora, lo que por decoro se os debe; se diria que la bendicion de Dios bajaba sobre los pobres, porque esas riquezas en vuestras manos serian el alivio de los desgraciados, el auxilio del culto, la felicidad para mil familias; eso se diria: las riquezas en manos del caritativo, son como la lluvia sobre los prados secos y áridos: si esos bienes pasan á manos extrañas, quizá sirvan solo para fomentar vicios, para perder almas: señora, si para vos no quereis esos tesoros, si para los pobres y para la religion no los deseais, al menos quitadlos del poder de los que harán mal uso de ellos, perdiéndose y perdiendo á otros.

Doña Esperanza callaba; de todas las reflexiones de Martin, ninguna era para ella de mas peso que la que se referia á Don Leonel: si ella quedaba pobre, huérfana y desvalida, quizá no llegaria nunca á llamarse esposa de aquel hombre á quien habia amado siempre, no porque él la despreciase, sino porque el viejo Don Nuño no consentiria en tal union; al paso que si ella se miraba rica y poderosa, el padre de

Leonel no se opondría quizá á su boda. Renunciar á la herencia de Don Pedro, era perder todas sus ilusiones.

Martin conoció que Doña Esperanza estaba decidida, y que vacilaba solo porque le faltaba el valor para decir que consentía, y quiso evitarle este sacrificio.

—Creo que estais convencida con mis razones, señora— le dijo—y es inútil que trateis de resistir á la voluntad de Dios, que en este punto está manifiesta; así es que voy desde este momento á dictar mis providencias para que todo salga como yo lo deseo.

—¿Qué vais á hacer?

—Antes de reclamar esa herencia, son necesarios ciertos preparativos que facilitarán el camino; prometedme, Doña Esperanza, no oponeros á nada, dejadme obrar, y ayudadme en caso necesario.

—¿Pero qué intentais?—dijo alarmada Doña Esperanza.

—Nada que pueda pareceros indigno; solo que como tenéis necesidad de un hombre que os represente, y como no hay otro que lo haga sino yo, y como yo ni puedo valer nada con mi nombre de Martin, ni la justicia me sufriria, porque tenemos pendientes algunos pecadillos que me cobra, debo ante todo buscar un nombre y aparecer como un nuevo personaje.

—¿Vais á cambiar de nombre?

—Sí, señora, es preciso, y os suplico tengais la bondad de prestarme el de uno de vuestros antepasados.

—¿De mis antepasados? si no los conozco.

—Pero yo sí, y si me lo permitís, me llamaré desde hoy Santiago de Carbajal, tío vuestro y vuestro tutor.

A la mañana siguiente al dia en que Martin tuvo esta conversacion con Doña Esperanza, en una de las calles que se llamaban del monasterio de San Francisco, se disponia

una casa para recibir á unos señores ricos que venian del rumbo de Valladolid.

Los preparativos se hacian casi con precipitacion, porque en aquella misma tarde debian llegar los viajeros; y en efecto, á cosa de las cinco, cuando en aquellas calles habia mayor número de gente que iba para la Alameda, entraron á la casa un caballero, dos damas y varios criados, montados todos en buenos caballos y cubiertos de polvo.

Multitud de curiosos se detuvo delante del zaguan á verlos entrar, y cuando el último criado penetró, se cerraron las puertas de la casa.

Todos los que los vieron llegar fueron haciendo comentarios, y en la noche se hablaba en México de un propietario muy rico que con dos damas muy hermosas habia llegado de las provincias del interior.

Sin saberse por qué conducto, se habia averiguado á las pocas horas de su llegada, que él era Don Santiago de Carbajal, hombre muy poderoso, y que las dos damas eran su esposa y una sobrina suya.

Aquella noche permaneció la casa cerrada; pero al dia siguiente el caballero y las damas salieron á sus balcones, observándose que la mas jóven vestia luto y era mas hermosa de lo que ponderaba la fama.

Como el lector conocerá, el Don Santiago de Carbajal era nada menos que Martin, y las damas Doña Esperanza y María, la pobre muda, que seguia humildemente todos los caprichos de su marido.

Eran las dos de la tarde, y Martin hablaba con Doña Esperanza sentados cerca de la mesa en que acababan de comer.

—No sé por qué tengo tanto miedo de esto que estais haciendo—decia Doña Esperanza.

—¿Por qué habeis de tener miedo?—contestó Martin;—es

un asunto en el que vos nada exponeis, señora; el que ha cambiado de nombre soy yo, el que representa otro papel que no es el suyo, soy yo; el que puede tener algun peligro soy yo: vos, Doña Esperanza, ¿cambiais acaso vuestro apellido? ¿tomais ajenos títulos? ¿no sois real y verdaderamente Doña Esperanza de Carbajal? Pues entonces ¿qué podeis temer?

—Nada; pero no sé yo engañar á nadie.

—A nadie engaÑais, Doña Esperanza, á nadie engaÑais, ni tampoco teneis necesidad de hacerlo.....

—Sí; pero hay en todo esto un engaño que no es posible.

—Dejad hacer y no temais; hoy comenzamos ya á preparar las cosas, y dentro de muy poco sabré si en esta misma tarde podemos ir á presentarnos con Don Alonso de Rivera y con Doña Catalina de Armijo, que se han hecho dueños de la casa de vuestro padre.

En este momento avisaron á Martin, ó á Don Santiago, que un hombre muy pobre deseaba hablarle.

Martin se levantó y salió al corredor, adonde le esperaba un mendigo con el sombrero en la mano. El criado se retiró, y Martin quedó solo con el mendigo.

—Buenas tardes—dijo Martin, acercándose á él sin desconfianza.

—Buenas tardes—contestó el hombre paseando en derredor una mirada indagadora;—vengo á avisarte que esta tarde puedes ir y llevar á Doña Esperanza; sé muy bien que no saldrán.

—¿Han avanzado algo respecto al testamento?

—Nada; Don Alonso ha visto al escribano, que se ha negado á entregarlo mientras no le den la contraseña que le dió el finado. Rivera ha comenzado á entrar en sospechas, y me ha hecho llamar preguntándome por el santon que le llevé y á quien dió cuatro mil pesos para la fabricacion de

una ermita; hécle contestado que habia ido á Puebla á verse con el obispo, que pronto volveria.

—Compromiso es para vos.

—Y tanto, que puesto que ya nada tengo que hacer allí porque Mejía ha muerto, tan pronto como vosotros os presentéis y se lea el testamento, téngome yo que retirar y desaparecer, que para terminar el castigo de Don Alonso y ayudarte á poner á Doña Esperanza en posesion de su herencia, no necesito ya vivir en aquella casa.

—Ciertamente.

—¿Esta tarde vas?

—Iré llevando á Esperanza, y citaré para mañana la apertura del testamento.

—Me parece muy bien. Me voy; dame una moneda para desvanecer sospechas, por si álguien nos observa.

—Tomad—dijo Martin poniendo en manos del mendigo una moneda.

—Gracias—contestó el otro;—y como guardando la limosna, agregó: Martin, si necesitas dinero para Esperanza.....

—No, señor, aun me queda mucho de lo que me dió Don Alonso de Rivera.

—Adios, Martin—dijo el mendigo.

—Adios, señor Don César—contestó Martin.

El mendigo bajó cojeando las escaleras, y Martin entró á prevenir á Doña Esperanza que debian ir aquella misma tarde á presentarse á Don Alonso y á Doña Catalina.

.....
.....
.....

La casa de Don Pedro de Mejía estaba rigurosamente enlutada en todo el interior.

Doña Catalina, reconocida como viuda de Don Pedro, no había omitido gasto de ninguna especie para dar muestras de su dolor, y había mandado cubrir con lienzos negros todos los muebles, y los cuadros, y las cortinas; las ventanas estaban cerradas, y la viuda apenas salía por las mañanas al templo, envuelta en negras tocas.

Las mujeres codiciaban su fortuna, y los hombres anhelaban por el día en que cesara tanto duelo, para atreverse á pretender tanta hermosura y tan soberbio capital, porque Don Alonso había hecho circular la voz de que Doña Catalina era la única heredera, y como no aparecía en efecto nadie que disputase aquel derecho y los días iban pasando, nadie ponía duda en lo que se decía.

Sin embargo, Don Alonso y Doña Catalina estaban muy lejos de aquella tranquilidad que aparentaban tener.

—¿Creeis, Don Alonso—decía Catalina una tarde—que podemos estar ya seguros?

—Ahora menos que nunca—contestó Don Alonso.

—¿Por qué?

—Los días se pasan, y nadie se presenta, y nada se dice tampoco.

—Esa calma y ese silencio me espantan: es seguro porque yo fuí testigo que Don Pedro otorgó un testamento, y ese testamento, existe y está en poder de un escribano, y se me niega con el pretexto de que no soy yo á quien debe entregarse.

—Pero ¿á quiéu entonces?

—Lo ignoro; aquí hay un misterio, un arcano que solo podría revelarnos ese santón, ese infame que ha venido á esta casa por una de tantas aberraciones como tenemos los hombres en la vida, por mi falta de precaucion.....

—Pero ese hombre, ¿adónde está? ¿quién le trajo?

—Adónde está, yo no lo sé, el infierno se lo ha tragado, porque le he hecho buscar por todas partes, y no parece.

—¿Quién le trajo?

—Yo mismo, porque me fié de ese imbécil de Lázaro que me lo recomendó.

—¿Y no habéis preguntado á Lázaro?

—Se lo he preguntado, y nada he podido conseguir ni con promesas ni con amenazas: dice que él ha sido engañado como yo, y que él le entregó para la obra de un templo la corta cantidad que habia reunido de sus limosnas.

—Ese hombre era un estafador, un ladrón.

—Quién sabe si algo peor!

—¿Qué teméis, pues?

—Temo que sea un agente secreto que haya venido con el infame designio de arrancar á Don Pedro una disposición.....

—¿Y á favor de quién suponeis?

—Quizá á favor de alguna comunidad religiosa.

—Puede ser.

—En esos momentos los hombres están débiles, y quizá Mejía haya cedido con facilidad.....

—En ese caso, ya habrían reclamado.

—Temo de un momento á otro que suceda.

En esto se escuchó el ruido de una carroza que se detenía delante de la puerta.

Don Alonso llamó la atención.

—¿Quién podrá ser?—preguntó Catalina.

—Tal vez alguna persona que venga á darte el pésame.

—Es extraño.

Un lacayo avisó que un caballero y dos señoras esperaban en la antesala.

—¿Dieron sus nombres?—preguntó Don Alonso.

—No, señor.

—Que pasea—dijo Catalina.

El lacayo abrió la puerta, y dos damas enlutadas, seguidas de un caballero, penetraron en la sala.

Los que llegaban y los que recibían se saludaron fríamente con una ligera inclinación de cabeza, y Catalina les ofreció asiento.

—Supongo, señora—dijo el caballero que entraba y que era Martín Garatuza—que tengo el honor de hablar con mi señora Doña Catalina de Armijo.

—Servidora—contestó Catalina inclinándose apenas la cabeza.

—¿Y con mi señor Don Alonso de Rivera?—dijo Martín.

—El mismo—contestó Don Alonso inclinándose también.

—Servidor de tan nobles personas—continuó Martín:—yo soy Don Santiago de Carbajal, y estas damas son mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza.

Entonces todos se saludaron ceremoniosamente.

—Yo acabo de llegar—continuó Martín—de Valladolid.

—¿A qué vendrá todo esto?—pensó Don Alonso.

—Se te conoce—pensó Catalina.

—Acabo de llegar de Valladolid, y vengo en busca de vuestras mercedes nada más.

—Podeis mandar—dijo Don Alonso.

—Solo servir—replicó Martín—pues seré corto por no quitar el tiempo á vuestras mercedes.

—De ninguna manera.

—Sí, yo sé lo que es la corte: pues como iba diciendo, que mi sobrina tiene, ó tenía por mejor decir, un parentesco muy cercano con el difunto Don Pedro de Mejía, que en paz descanse.

Martin fingiendo gran calma, tosió y se limpió la frente.

Don Alonso y Doña Catalina estaban como en ascuas, presentian algo grave, y la calma con que hablaba Martin los desesperaba; hubieran deseado saber luego el objeto de su visita y suprimir aquellos preámbulos.

—Bien, ¿y qué queria vuestra merced?—dijo Catalina.

—Pues como decia, mi sobrina era parienta de Don Pedro, que de Dios goce.

—Sí, eso ya está dicho—exclamó Don Alonso sin poder contener su impaciencia;—al grano.

—Voy, que cosa es esta que necesita calma: Don Pedro, que santa gloria haya, era pariente muy cercano de Esperanza mi sobrina.

Don Alonso y Catalina hicieron un marcado movimiento de disgusto, que no se escapó á la penetracion de Garatuza, el cual siguió diciendo:

—Como Don Pedro es muerto, mi sobrina, que es su parienta cercana, deseaba ver si le habia dejado algo en su testamento.....

—Pues le aseguro á vuestra merced que no—dijo Don Alonso.

—Eso es imposible—replicó Martin;—mi sobrina era parienta muy cercana, y no es posible que la haya olvidado.

—Pues la olvidó.

—Oh! no, no; perdóneme vuestra merced si insisto: ¿adónde está el testamento?

Don Alonso y Doña Catalina se miraron; Martin lo advirtió.

—Mi marido no hizo testamento—dijo Catalina.

—Oh! sí, sí señora, sí hizo, y cerrado, y firmó como testigo en él mi señor Don Alonso de Rivera.

Don Alonso y Catalina volvieron á mirarse.

—Pues ese documento nada habla de la sobrina de mi señor Don Santiago—dijo Don Alonso.

—No lo puede saber mi señor Don Alonso, porque es cerrado y aun no se abre, y nosotros queremos oír su lectura.

—Me parece difícil que la oigais—dijo Don Alonso, espantado ya de todo lo que sabia aquel hombre—porque el escribano se niega á entregarlo.

—Ya me lo sé eso; pero yo lo tengo todo arreglado, y mañana os suplico, que es á lo que venimos precisamente, que nos deis aquí audiencia para que delante de todos nosotros se abra y se lea ese testamento, para ver si se acordó Don Pedro de mi sobrina Esperanza, que era parienta suya, y muy cercana.

—¿Y si el escribano se niega á entregarlo?—dijo Catalina.

—Corre todo eso de mi cuenta—contestó Martin;—solo aguardo vuestro consentimiento, para retirarme y volver hasta mañana con el escribano y demás.

Rivera y la viuda se consultaron entre sí con una mirada.

—Bien—dijo Don Alonso—sea como decís: ¿y á qué hora?

—A las once de la mañana, si lo teneis á bien.

—Convenido.

—Entonces, soy como siempre el mas humilde de vuestros criados—dijo Martin levantándose.—Don Santiago de Carbajal para servir á tan buenas personas, y mi esposa y mi sobrina Doña Esperanza, tambien.

Las damas se levantaron, y haciendo una reverencia salieron de la sala.

Don Alonso y Catalina se quedaron por un largo rato en silencio y mirándose.

—¿Qué decís de todo esto?—dijo la dama.

MARTIN GARATUZA.

113

—Me da mala espina—contestó Rivera.

—Afortunadamente el hombre con esa calma, me da idea de ser de muy cortos alcances.

—Por el contrario, á mí me parece un hipócrita.

—Quizá no tengais razon y sea menos el peligro.

—En todo caso, mas vale saber lo que contiene el testamento.

—¿Pensais que ese hombre lo consiga traer?

—Me figuro que sí, y por esto me alarmo mas.

—Veremos; por ahora no hay que apresurarse todavía.

—No, que en todo caso podrá Don Pedro haber dejado á esa Doña Esperanza, que era su parienta muy cercana, como dice el hombre de la calma, un legado mas ó menos cuantioso; pero vos y yo somos los herederos, y eso estoy tan seguro como ser de dia.

—Siempre me molestaria tener que dar algo á personas desconocidas, de un caudal que considero ya como mio.

—Y con razon, vuestro es; y esa era la voluntad de Don Pedro; que cuando recuerdo cómo me hablaba de vos, me tranquilizo completamente.

—No hay que apurarse: haremos el sacrificio de dar el legado que haya dejado Don Pedro á esa Doña Esperanza, y veremos por fin ese testamento que tan inquietos nos tiene; al fin mas vale salir de dudas.

XXI.

Cómo se abrió el testamento de Don Pedro, y lo que se siguió.

AQUELLA noche Don Alonso y Catalina no pudieron dormir con la inquietud de lo que iba á pasar al dia siguiente.

Martin creyó que no debia perder el tiempo y que era necesario buscar aliados, porque el enemigo se defenderia necesariamente con obstinacion; así es que apenas de regreso á su casa, dejó á Doña Esperanza y á María, volvió luego á salir y se encaminó á la casa del Padre Salazar.

Era ya cerca de las oraciones, y aun hablaban Don Leonel y Don Alfonso acerca del encuentro del primero con Doña Esperanza. El jóven estaba tan impresionado, que cada vez que se encontraba á solas con su hermano, promovia conversacion sobre el mismo asunto.

—Un hombre que parece ser un caballero—dijo un lacayo—desea hablar con sus señorías.

—¿Con los dos?—preguntó el Padre Alfonso.

—Sí, señor.

—¿Qué clase de persona será?—dijo Don Leonel.

—No es fácil decirlo á su señoría; aunque parece ser de fuera—contestó el lacayo.

—Díle que pase.

MARTIN GARATUZA.

El lacayo salió, y los dos hermanos se quedaron haciendo mil conjeturas.

—¿Quién podrá ser?—decía Don Leonel.

—Quién sabe; á nadie espero, y temo que sea espía del visitador.

—Pudiera ser muy bien. Mas ya está aquí.

—La puerta se abrió muy suavemente, y Garatuza entró á la estancia, volviendo á cerrar tras de sí.

Para otras personas Garatuza podia y queria disfrazarse, para los hermanos Salazar fué muy fácil reconocerlo.

—¡Martin!—exclamaron los dos casi al mismo tiempo.

—Se engañan sus señorías, yo no soy Martin; Martin ha muerto, y Dios le tendrá en su guarda.

—¿Querrás hacernos creer—dijo Don Leonel—que tú no eres Martin el que conocimos?

—Que yo fuí Martin, á vosotros y solo á vosotros lo confieso, que por eso vengo á veros; pero de eso no se infiere que lo sea yo todavía: os lo repito, Martin murió, y extraño que no haya llegado eso á vuestras noticias, cuando todo el mundo lo sabe.

—Sí, en efecto—dijo el Padre Alfonso;—nosotros lo habíamos sabido, y lo que es mas, estábamos seguros de que tú no existias ya.

—Lo cual probará á su señoría que dispuse las cosas tan bien, que nadie puso en duda la desgracia.

—¿Pero con qué objeto?.....

—Ardides de guerra, y su señoría no deja de tener en eso parte.....

—Parte, ¿en qué?—dijo el Padre.

—¿En qué? en que por vuestra causa se hizo mas tenaz la persecucion de la justicia, con el negocio, ya sabeis, de la conjuracion.

—¿Y qué hicísteis?

—Pues está claro, me morí y mandé á mi viuda á ver al virey.

—Bien; pero enterraron un cadáver.

—Ese cadáver era uno que conseguí entre los amigos, y que me hizo favor de representar mi papel, perfectamente se entiende, porque nada se descubrió.

—Es decir, estais ya libre de la justicia.

—Saldamos cuentas, *Mors solvit omnia*; con la muerte no hay acreedores; traduccion libre.

—Perfectamente. ¿Y ahora?

—Ahora tengo aquí con sus señorías un asunto muy grave de familia.

—¿De familia?

—Sí; se trata de Doña Esperanza de Carbajal.

—¿Que vive!—dijo el Padre.

—Que vive, porque yo la salvé del incendio. ¿Recordais?

—Sí; ¿y Doña Juana?

—Murió.

—Dios la haya perdonado!

—Pues como decia yo, Doña Esperanza resulta ser hija.....

—¿De quién? ¿de quién?—preguntaron con ansiedad los dos hermanos.

—De Don Pedro de Mejía.

—¿De Mejía? ¿estás cierto, estás cierto?—preguntó pálido Don Leonel.

—Lo estoy, y no sé cómo no lo estais vos, que he leído eso en el libro que me confiásteis para entregar á Doña Juana.

Don Leonel por respeto á su hermano procuraba disimular; pero estaba completamente emocionado.

—¿Y qué hiciste de ese libro?—dijo.

—Afortunadamente—contestó Martin—cometí la mala accion de leerle y no entregarle como me lo encargásteis: y digo afortunadamente porque si le entrego y no le leo, arde en la «casa colorada» como un judío, y á esta hora quizá ni vos sabríais los secretos de mi familia que contiene.

—¿De tu familia?—dijo el Padre.

—Sí, de mi familia; porque soy ahora Don Santiago de Carbajal, tio y tutor de Doña Esperanza.

—¿De veras?—preguntó Don Leonel.

—Ardid, señor, ardid, en el que habeis de entrar vosotros tambien.

—Adelante—dijo el Padre Alfonso.

—Trátase—continuó Martin—de que vuestras señorías me ayuden en la empresa de recoger para Doña Esperanza la herencia de su padre.

—¿Y cómo pruebas que era su padre?

—Eso está ya probado, porque yo he obligado á Don Pedro á reconocerla solemnemente en su testamento y constituirle su única heredera.

—¿Y existe ese testamento?

—Vaya si existe! y mañana se le da pública lectura á presencia de la viuda de Don Pedro y de Don Alonso de Rivera, que están apoderados de la casa y de los bienes del difunto.

—Entonces si todo eso hay, ¿para qué necesitas mas? La ley ampara y favorece á Esperanza, y basta con eso.

—Bastaria—replicó Garatuza—si no se tuviera que luchar con adversarios como Don Alonso y la viuda; pero ellos no se pararán en medios para perder á Doña Esperanza, y para hacerla desaparecer si es necesario; yo soy solo, y además no tengo valimiento; mirad si será ó no necesario que busque auxilio.

—Dices bien, y cuenta en todo con nosotros—dijo el Padre.

—¿Dónde está mi prima?—preguntó Leonel.

—Vivimos ahora en la calle que va al monasterio de San Francisco.

—Iré á verla.

—Id, que ella y yo os lo agradeceremos.

—Y yo tambien iré—agregó el Padre.

—Mejor que mejor; por ahora soy yo el que se va y os espera por allá si quereis cumplir vuestra palabra, y si no, vendré á buscaros en caso necesario.

Martin se embozó bizarramente en su capa, tomó su sombrero y salió, dejando á Don Leonel con el corazon henchido de gozo.

—Hermano—dijo el Padre cuando Martin salió—tenia yo razon en decirte que Esperanza no podia ser hermana nuestra.

—Sí, Alfonso—contestó Don Leonel—como yo tambien la tuve al asegurarte que habia visto á Martin.

—¿Y crees que será prudente contar esto á nuestro padre?

—¿Qué?

—Que Esperanza no es su hija.

—Creo que todavía no debemos decirle nada.

—¿Por qué?

—Porque volveria á afligirse pensando en su verdadera hija perdida.

—Tienes razon: esperaremos.

.....
.....
.....

Al dia siguiente habia una solemne reunion en la casa

del difunto Don Pedro de Mejía; Don Alonso, Catalina, Doña Esperanza, Martin, un escribano y los testigos: se iba á leer el testamento de Don Pedro.

El escribano sacó un pliego cerrado y sellado que presentó á Don Alonso de Rivera y á los demas testigos, que reconocieron sus firmas puestas en la cubierta. Se dió testimonio de que los sellos no habian sido abiertos ni forzados, y el escribano procedió entonces á romper la cubierta.

Reinaba un silencio tan profundo, que podia haberse escuchado el vuelo de un insecto. Al ruido que hizo la cubierta al romperse, palidecieron ligeramente la viuda y Don Alonso.

El escribano desdobló el papel en que estaba escrita la última disposicion de Mejía, se caló sus gafas, y con voz gangosa comenzó á leer: «En el nombre de Dios Todopoderoso, etc., etc.»

La atencion general se redobló. Nadie se atrevia ni á moverse.

«Declaro que tengo una hija única—decia el testamento—llamada Doña Esperanza de Carbajal, á quien reconozco de la manera mas solemne y en la forma y via que mas valga y valedera sea, como hija mia única.»

Todas las miradas se volvieron á Doña Esperanza, que se puso encendida.

—«Item—siguió leyendo el escribano.—Instituyo por mi única y universal heredera de todos mis bienes á mi supradicha hija Doña Esperanza de Carbajal, la cual es mi voluntad firme y última que entre en posesion de mis dichos bienes, inmediatamente despues de mi muerte, sin que nadie sea osado ni tenga derecho de impedirse-lo.....»

Un rayo caído á los piés de Don Alonso y de la viuda, no los hubiera aterrado tanto. Pálidos y espantados se miraron entre sí, sin proferir una palabra.

—«Item—siguió el escribano.—Es mi voluntad que si mi dicha hija Esperanza muriese sin tener sucesion, entre al goce de mi dicha herencia mi esposa Doña Catalina de Armijo.»

La sangre volvió repentinamente al rostro de Catalina, y miró á Don Alonso, que habia recobrado tambien su alegría al oír esta cláusula; sus miradas se cruzaron como las hojas de dos espadas, y entonces fué Martin el que se puso pálido. Aquello era la señal de una lucha á muerte entre Esperanza y Catalina.

El escribano acabó de leer el testamento, en el que se mencionaban dos ricos legados: uno para la viuda y otro para Don Alonso.

—Señora—dijo Catalina luego que terminó el acto, dirigiéndose á Esperanza, y con un acento de ira mal reprimido—todo esto es vuestro, estais en vuestra casa, no quiero ni por un momento turbaros en la posesion de esta herencia, y saldré de aquí; solo que espero me permitireis dos ó tres horas para disponer mis cosas y saber adónde debo de trasladarme.

—Todo eso, señora, es inútil—contestó Esperanza con dulzura;—no hay necesidad de que os retireis, que no exijo tanto, ni me urge entrar en posesion de una herencia que bien sabeis que no he pretendido: además, sois, señora, la viuda de mi padre, y espero que me vereis en lo de adelante como de vuestra familia.

—Gracias, señora—contestó Doña Catalina, pudiendo apenas contenerse—pero me es imposible aceptar vuestros favores, porque.....

Una mirada de Don Alonso la contuvo.

—Porque mi posición, como veis, es muy delicada, y ¿qué diría el mundo si yo continuara siéndooos gravosa?

—El mundo no diría sino que vos y yo formábamos una sola familia: en cuanto á que me seais gravosa, no lo sereis para mí aunque dispongais de todo el caudal.

Don Alonso y la viuda se miraron de una manera extraña, como interrogándose qué quería decir aquella generosidad de Esperanza, que ellos no eran capaces de imitar.

Aquella mirada no se escapó á la penetración de Garatuza.

—Gracias, señora—dijo Catalina;—lo pensaré.

—Bien, señora—contestó Doña Esperanza—pensadlo, yo os dejo en libertad en vuestra casa, y me retiro.

—¿Cuándo os veré, señora?

—Probablemente no volveré muy pronto, porque el negocio no me urge á mí: y con vuestro permiso, me retiro.

Doña Esperanza se levantó y abrazó á Catalina, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

Martin dió las señas de su casa á Don Alonso, y salió tras de Esperanza, montaron en su carroza y se dirigieron á la calle de San Francisco.

—¿Qué opináis?—dijo Catalina al encontrarse sola con Don Alonso.

—Que aun no se ha perdido todo.

—Lo mismo creo.

—Las cláusulas del testamento las tengo escritas con fuego en el cerebro.

—La heredera puede morir.

—Y quizá muy pronto.

—Después de todo, esta no es mas que una nueva dificultad que puede salvarse.

—Y fácilmente; por eso os hacia la seña para que no fué-
seis á romper con ella.

—Os comprendí, y teneis razon.

—Así es mejor.

—¿Y qué crecis que debemos hacer ahora?

—Pensaremos; es un plan que necesita meditarse.

—Pues meditaremos.

—

XXII.

Donde se prueba que la causa mas mala tiene siempre modo de ser defendida.

Doña Esperanza regresó á su casa, y Martin lleno de satisfaccion fué en la misma tarde á dar parte de lo ocurrido á Don Leonel y al Padre Salazar.

Doña Esperanza habia quedado sola con la muda, y cerca de las oraciones de la noche se presentó un caballero seguido de otras dos personas, haciéndose anunciar como un escribano que tenia que hacer una importante notificacion á Esperanza.

La jóven se excusaba con la ausencia de Martin; pero el hombre insistió, y Esperanza, acompañada de la muda, salió hasta el corredor: comenzaba ya á oscurecer.

—Señora—dijo el escribano acercándose respetuosamente—soy escribano y vengo con dos testigos á haceros una notificacion importante.

—Decid—contestó Esperanza—aunque nada contestaré mientras no esté aquí mi tutor.

—Nada teneis que contestar; no mas que no conviene que otra persona se entere del negocio, y aquí está la señora—dijo señalando á la muda.

—Es de la familia—contestó Esperanza.

—No importa; es una notificación secreta.

--Esta señora es sordo-muda.

—¿De veras?

--Jamás miento.

--En ese caso, tened la bondad de oírnos.

El escribano se acercó á Esperanza sacando un papel, y los testigos se agruparon: la jóven, que nunca habia visto hacer una notificación, nada extrañó de esto.

La muda permanecia indiferente á corta distancia; en el semblante de Esperanza nada descubria que pudiera alarmarla.

El escribano miró á la jóven, luego á los testigos, y exclamó repentinamente:

—Ahora.

Los testigos estaban tan cerca de Esperanza, que la jóven no tuvo tiempo ni para moverse, y en un momento la envolvieron en una capa, le pusieron una mordaza y la arrebataron dirigiéndose á la escalera.

La muda se lanzó en su defensa; pero el fingido escribano se interpuso entre ella y los raptores con una daga en la mano.

María, que no podia gritar, se contuvo un momento; pero despues dando una especie de ronquido gutural, se arrojó ciega sobre su adversario.

El hombre hizo al principio ademán de herirla; pero cambiando despues de opinion, empujó á la muda violentamente y con todas sus fuerzas; la infeliz cayó de espaldas, su cabeza rebotó contra el pavimento, y luego quedó inmóvil.

El falso escribano esperó por un rato observándola; pero viendo que continuaba sin moverse, guardó la daga y alcanzó á los que conducian á Doña Esperanza, que iban ya en el patio.



EL BAPTO

Los criados los vieron salir, pero nadie les dijo una palabra, y los hombres metieron á la jóven en una carroza que esperaba á la puerta; se colocaron ellos, y la carroza partió sin que ninguno pensase siquiera ver el rumbo que habia tomado.

Media hora despues llegaba Martin y tocaba alegremente la puerta de su casa. Los criados nada habian notado aún de lo ocurrido arriba, solo advertian que los corredores permanecian oscuros y que no habia movimiento.

Garatuza entró preguntando por qué no habia luz en el corredor.

—Seguramente así lo habrá dispuesto la señora—contestó el portero.

—Es extraño—pensó Martin, y subió casi á tientas.

Al llegar al corredor y dirigirse á una de las habitaciones, tropezó con algo.

—¿Qué es esto?—dijo bajándose á examinar.—¡Calle, esta es una mujer dormida!..... No, está inmóvil, estará privada. ¡Quizá muerta! ¿Pero quién es? Cómo! ¿no habrán visto nada Doña Esperanza y María? Voy por una luz.

Y Martin se entró por las habitaciones, que estaban oscuras y solas, gritándole á María y á Doña Esperanza, pero nadie le contestó; hasta que al fin en el fondo de la casa, en un aposento, encontró á su hijita rodeada de todos los criados y entretenidos hasta olvidar sus obligaciones, en escuchar un cuento de muertos y aparecidos que referia una vieja.

Al ver á Martin todos se levantaron, y la niña corrió á encontrarlo.

—¿Adónde están las señoras? ¿Por qué está la casa sola, oscura?—preguntó Martin.

Los criados no supieron qué contestarle.

—Una luz—continuó Martin—una luz, que en el corredor hay una muerta.

—¡Jesus nos ampare!—exclamaron los criados, con la impresion viva de los cuentos que habian oido á la vieja.

—Una luz pronto!—dijo impaciente Garatuza.....

Una de las mujeres temblando le alargó el candil que habia sobre la mesa.

Martin presintiendo ya alguna desgracia, salió precipitadamente; las mujeres le siguieron de lejos.

Llegó al corredor, acercó la luz al rostro de María y la reconoció.

—Maldicion! es María!

—La señora!—repitieron las criadas acercándose y procurando impedir que la niña viera aquel espectáculo.

—¿Pero qué es esto? ¿qué ha sucedido aquí?—decia Garatuza arrodillado en el suelo levantando la cabeza de la muda.—Está privada, está privada no mas; pronto, acercaos, vamos á conducirla á la cama. ¿Donde está Doña Esperanza?

—Nada sabemos—dijo una criada.

—Oh! es preciso averiguar: en esto anda la mano de Don Alonso; pero ya me la pagarán, ya me la pagarán. Vamos! alzád con cuidado.

Habian levantado ya á la muda y la conducian cuidadosamente para su cámara, cuando hizo un movimiento y abrió los ojos. Garatuza, que iba á su lado con el candil, la observó.

—Ya vuelve en sí—dijo;—vamos con cuidado.

María vió á Martin y se sonrió con dulzura; él le tomó una mano.

—La colocaron en su lecho, y Martin la hizo tomar una poca de agua.

Entonces María se incorporó, y por medio de señas indicó á Martin cuanto habia pasado, hasta el momento en que el golpe la habia dejado sin sentido.

—¡Lo decia yo! lo decia yo!—exclamaba Martin examinando la herida que el golpe habia hecho en la cabeza de María:—aquí andan Don Alonso y Doña Catalina; afortunadamente que esto no es nada; el golpe privó á mi pobre María del sentido, pero no es cosa de riesgo: una poca de agua fria. Pero esta Doña Esperanza ¿dónde estará? ¿cómo encontrarla? Preciso será que me ayuden Don Leonel y el Padre Salazar..... Voy á verlos; en esto no debe perderse un instante; son capaces de matarla para hacerla desaparecer.

Acostó otra vez á María, y luego llamando á las criadas, les dijo:

—Lavad esa herida de la señora con agua fria, cuidando de no lastimarla; yo volveré dentro de un instante.

Se acercó despues á la cama é hizo seña á María de que iba en busca de Doña Esperanza; la muda le hizo un signo de aprobacion y Martin salió precipitadamente.

.....
.....

—Supongo que no os quejareis de vuestra suerte—decia en la misma noche Don Alonso á Doña Catalina:—apenas meditamos un plan, ya nos ha salido á pedir de boca.

—Sí, en efecto.

—La heredera de Don Pedro de Mejía ha desaparecido, y vos sereis la dueña del caudal, conforme lo dispone el testamento.

—¿Y no temeis que las sospechas recaigan sobre nosotros?

—Sí que lo temo, y por eso me he preparado ya.

—Cómo!

—Haciendo denuncia del Don Santiago de Carbajal, que

se ha presentado con una Doña Esperanza que no existe, porque se le pide al juez que la haga comparecer, y aunque él asegura que ha desaparecido, esta no es sino la prueba de que era una burla, una impostura, que la dicha Esperanza no existe, y él se verá obligado á defenderse, y no tendrá lugar de atacar.

—¿Pero no temeis el juicio?

—Le temiera sin la desaparicion de Esperanza, porque entonces ella tendria el dinero y nosotros seriamos los pobres, cuando hoy es todo lo contrario y la ventaja está de nuestro lado.

—Teneis razon.

—Pero ahora es preciso meditar qué hacemos con esa muchacha.

—¿En donde está?

—En una casita cerca de la orilla de la laguna: es una casa aislada, triste y á la que nadie va; de manera que estamos enteramente seguros; pero no sé qué hacer de ella.

—Creo que lo mejor será entregársela á mi madre.

—Me parece bien.

—Y que ella determine.

—Pero es capaz de matarla.

—Mejor para nosotros: ella sabrá lo que hace; tiene ella mas prudencia y mas arbitrios que nosotros dos juntos.

—Llámalas.

—Voy á verla.

Doña Catalina se entró, y Don Alonso se quedó meditando.

Poco despues salió la jóven Catalina acompañada de la madre.

—¿Qué se ofrece?—dijo la vieja.

—Queremos consultaros y que nos ayudeis en un negocio.

—Es raro—dijo la vieja—porque hace mucho que no contais conmigo para nada.

—Por no molestaros—contestó Don Alonso.

—Conmigo nada de hipocresías; decid mas bien que no me necesitábais. Adelante.

—Madre mia—dijo Catalina—dejad esos sentimientos y ayudadnos, que estamos en una dificultad.

—Bien; hablad, que os escucho.

—Sabeis, señora, todo lo que ha ocurrido con el testamento de Don Pedro de Mejía.....

—Sí; sé que por vuestra demasiada confianza os burlaron esa herencia por la que tanto habíais trabajado.

—No os lo puedo negar—continuó Don Alonso;—pero al fin, Catalina fué nombrada heredera para el caso de faltar Doña Esperanza.

—Lo que seguramente no sucederá—dijo la vieja.

—Lo que sucedió ya—contestó Don Alonso.

—¡Cómo!

—Nosotros hemos hecho robar esta noche á esa muchacha, y está en un lugar seguro.

—¡Bendito sea Dios que pensásteis algo en orden! ¿Y qué va á ser de esa dama?

—Eso queríamos consultaros.

—¿Hareis lo que os diga?

—Sí, y aun mas; lo dejamos á vuestro cargo.

—Pues dejadlo, y es mejor; vosotros no sois capaces de hacer dos cosas buenas, y ya habeis hecho una: ¿adónde está esa muchacha?

—En una casita aislada, al Oriente de la ciudad.

—¿La guarda gente segura?

—De toda confianza.

La vieja se puso á meditar; Don Alonso y Catalina se miraron.

—En primer lugar, ¿sabeis adónde y con quién vivia?

—Sí.

—Pues mañana temprano, cuidado de ir á buscarla á esa misma casa, y procurad mostrar asombro y dolor por su desaparicion.

—No lo creerán.

—¿Quiénes?

—Los de su casa.

—Niño sois, Don Alonso; que no lo creerán en su casa es natural; pero entre el vulgo sí, y esto es lo que mas os importa: ¿no sabeis lo que es tener uno al vulgo de su parte en una causa? vale esto mas que la sentencia de un juez.

—Iremos—dijo Catalina.

—Y luego vendreis, y yo os esperaré, y sabreis lo demas.

—¿Pero y la muchacha entretanto.....

—Dejad eso á mi cuidado, que no soy tan bisoña como vosotros: ¿creeis que no habrá cuidado en esta noche?

—Lo creo.

—Pues entonces dormid tranquilos, y mañana vereis.

—Fiamos en vuestra inteligencia—dijo Don Alonso.

—Ojalá y eso hubiérais hecho desde el principio, que no andaríais ahora en estos trabajos.

La vieja se levantó, y sin hablar mas se metió á su aposento, dejando á Don Alonso y á Catalina hacer comentarios sobre el plan que se habia propuesto.

.....
.....

Martin llegó espantado á la casa de Don Leonel.

Garatuza resentia el golpe doble, porque en el fondo tenia un gran cariño por Doña Esperanza, cuyo carácter y cu-

yas desgracias le interesaban; y además, él, que se tenía por hombre astuto, había sido burlado por enemigos que no le conocían, cuando él los conocía perfectamente.

Don Leonel estaba solo, el Padre Alfonso había salido, y Martín pudo hablar al amante de Doña Esperanza sin testigos.

—¿Qué se ofrece, Martín?—preguntó Don Leonel viendo que volvía tan presto y cuando menos esperaba.

—Don Leonel, os traigo una noticia fatal.

—¿Qué ha sucedido pues?

—Que se han robado á Doña Esperanza.

—¿Se la han robado? ¿pero quién? ¿cómo? Habla.

—No sé nada, nada: mientras estaba aquí con vosotros, tres hombres han entrado á la casa, le han dado un golpe á mi pobre María, y se han robado á la jóven.

—Pero esto es increíble.

—Y sin embargo, así ha pasado.

—Tú no sospechas.....

—Mas que sospechar, tengo seguridad de quién es el autor de este crimen.

—¿Y quién?.....

—La viuda de Don Pedro de Mejía y su amigo Don Alonso de Rivera.

—¿Serian capaces?

—No lo dudeis, ellos son, porque ellos solos tenían interes en que desapareciera Doña Esperanza para entrar en el goce de la herencia.

—Pero eso mismo me hace creer que no sean ellos, porque comprenderán que de ellos debia sospecharse luego.

—Pues si no ellos, ¿quién?

—Es preciso averiguar, y ante todo, por si ellos son, no proceder con ligereza. Serian capaces de matarla, y care-

ciendo nosotros de pruebas, sin mas dato que tus sospechas.....

—Ante todo, lo que importa es buscar á Esperanza.

—Eso es lo primero. Vamos.

—Vamos.

Don Leonel se ciñó su espada, se enganchó una daga y dos pistoletas en el cinto, y cubriéndose con su ferreruelo, salió calándose hasta las cejas un sombrero negro, seguido de Martin.

—¿Adónde vamos primero?—preguntó.

—A mi casa—contestó Martin.

Y echaron á andar.

XXIII.

En el que resulta lo que menos podía esperarse.

DON Leonel y Martin anduvieron en vano toda la noche; nadie les daba la menor noticia, y como no conocian siquiera las señas del carruaje, sus preguntas y sus pesquisas eran mas vagas.

Cansados, desesperados, sin saber qué hacer, regresaron muy cerca de la madrugada á la casa de Garatuza.

La muda dormia, y los que la asistian dijeron á Martin que se habia sentido muy aliviada.

Don Leonel se paseaba en la sala de la casa, sin querer acostarse en la cama que le habia hecho disponer Martin.

—Descansad aunque sea un rato—dijo Garatuza;—mañana quizá encontraremos algun indicio.

—Está esto tan oscuro, que me parece imposible averiguar nada; á menos que una feliz casualidad nos dé el hilo de este ovillo.

—Creo que si pudiérais hablar con Don Alonso de Rivera ó con Doña Catalina, tal vez alcanzaríais algo.

—Sí; al menos descubriría yo en sus semblantes si son ó no culpables.

—Lo cual era ya mucho avanzar.

—Dices bien; mañana prometo ir á verlos.

—Pues para estar mejor dispuesto, descansad.

Don Leonel consintió en recostarse un rato sin desnudarse; pero era jóven, estaba cansado, y á poco dormía profundamente.

Eran las diez de la mañana del siguiente dia, y Don Leonel aun no despertaba, cuando Garatuza llegó al lado de su cama y le movió.

—¿Qué hay?—preguntó el jóven levantándose azorado.

—Dispensad que me haya atrevido á despertaros, pero importa.

—Has hecho bien, porque he dormido como si no tuviera alma que salvar. ¿Qué hora es?

—Las diez.

—¿Las diez? y yo queria ir á la casa de Doña Catalina. Vamos, que se hace tarde.

—No es necesario ya que vayais.

—¿Cómo, por qué?

—Ella está aquí.

—¿Está aquí?

—Sí, en la sala esperándoos; he hablado con ella, y le he dicho que vos deseábais tener con ella una conferencia.

—Bien, vamos. ¿Qué clase de mujer es esa?

—Una jóven hermosísima.

Don Leonel, á pesar de su amor por su prima, se compuso instintivamente el peinado y arregló su gola y sus puños. Aquello de ir á tener una conferencia con una mujer así, era negocio serio para un soldado jóven.

Doña Catalina, vestida de luto y sencillamente adorna-

da, estaba encantadora; la blancura de su rostro y de sus brazos y el brillo apacible de sus ojos, hubieran impresionado al corazón mas frío.

Catalina no solo era hermosa, sino que conocia el arte de seducir, y en medio de la dulzura de sus miradas, sabia encontrar algunas veces un rayo de luz, de fuego y de pasión, con que cegaba al que la miraba una vez siquiera con afición.

Catalina era una mujer peligrosa; pero Don Leonel, á pesar suyo, salia prevenido contra ella.

Don Alonso de Rivera acompañaba á la dama.

Cuando Don Leonel se presentó, Don Alonso y Doña Catalina se pararon á recibirle, y el jóven se adelantó ligeramente para saludarlos.

—¡Hermosa mujer!—pensó Don Leonel, y en su lenguaje de soldado agregó tambien interiormente:—moza de rey.

—Señora—dijo Don Leonel para dar algun giro á la conversacion—pensaba tener el honor de presentarme hoy en vuestra casa.

—Hubiera sido tanta honra para mí, que ya siento el haber venido, por no tener esa satisfaccion; pero me lisonjeo, caballero, de que esto no será un obstáculo para que cumplais vuestro propósito.

—Dependerá, señora, mas que de mis deseos y de vuestra bondad, del resultado que tenga esta conversacion.

—Mis deseos me dicen que será favorable, y debo comenzar por decirles que nuestra visita tenia por objeto avisar á Doña Esperanza que la casa de su padre está en disposicion para que ella la reciba.

—¿Entonces ignorais lo que ha pasado aquí?—preguntó Don Leonel, clavando en Catalina una mirada tan fija é indagadora, que podia pasar por insolente.

—Todo lo ignoro—contestó con inocencia Catalina, resistiendo sin inmutarse la mirada de Don Leonel.

—¿De veras lo ignorais?

—Os lo aseguro, caballero.

—Pues anoche—dijo Leonel acentuando intencionalmente sus palabras—ha sido robada mi prima Doña Esperanza.

—¿Robada!—exclamaron Don Alonso y Catalina, con un asombro admirablemente fingido.—¿Robada? ¿y por quién?

—Lo ignoramos, aunque es casi seguro que se descubrirá, porque hago pesquisas muy activas.

—¡Ay, caballero!—dijo Doña Catalina enternecida y casi llorando—esta es una desgracia muy grande, es una infamia: apenas conocí á Doña Esperanza, pero me interesó sobremanera; yo os suplico que en cuanto podais creerme útil, en cuanto pueda serviros, conteis conmigo; mi mayor felicidad seria contribuir en algo á la salvacion de Doña Esperanza: pobre jóven! tan bella, tan amable.

Habia en el lenguaje de Doña Catalina tal expresion de sentimiento, tanta exaltacion, que Don Leonel comenzó á suponer que estaba inocente, y de la suposicion primera pasó despues á la mas profunda conviccion.

Por otra parte, Catalina era tan bella, estaba tan interesante, tenia tal gracia, tal atractivo, que el jóven se iba sintiendo fascinado.

—Esta mujer no puede ser culpable—exclamaba en su interior;—la maldad se descubre en el semblante, el crimen nos vende; esta mujer es inocente.

—Caballero—continuó Catalina con la mayor naturalidad—en estos momentos, y supuesto lo que nos acabais de referir, creo que es una imprudencia por nuestra parte prolongar una visita que ya carece de objeto absolutamente; os

suplico que nos permitais retirarnos, y que ya que vos personalmente no podais, porque seria mucho exigir, envieis á alguno de vuestros lacayos para que sepa yo lo que se adelanta en una averiguacion que es tan interesante para mí.

Y Doña Catalina se levantó, tendiendo á Don Leonel una mano preciosa, cubierta con un perfumado guante de seda negro.

El jóven tomó la punta de los dedos de aquella mano, y se inclinó hasta tocar el guante con sus labios respetuosamente.

—Señora—contestó—me tendré por muy honrado con que me permitais ir personalmente á dar cuenta de lo que se adelante en el negocio de mi prima.

—Gracias, y os tomo la palabra.

Don Leonel ofreció su mano á Catalina y la condujo hasta el estribo de la carroza que la esperaba en el zaguan. Don Alonso los habia seguido en silencio.

—Subieron al carruaje, y todavía al partir éste, Don Leonel vió una hermosa cabeza y luego una manecita que le decian adios.

—Confesad—decia Don Alonso á Catalina—que ese jóven os ha parecido muy de vuestro gusto.

—No puedo negároslo.

—¿Y qué, estaríais contenta con un nuevo triunfo?

—Estaré, porque lo creo ya seguro.

—Es una bonita conquista.

—Sin contar con que teniendo de mi lado á ese jóven, todas las pesquisas que se hagan para buscar á Doña Esperanza, además de ser enteramente inútiles, las sabremos nosotros.

—Es cierto; lo que importa es que ese jóven no se escape.

—Y no se escapará; le vereis quizá esta misma tarde en nuestra casa.

—Ojalá.

—Es indudable; cuidado de dejarme sola con él; lo demás corre de mi cuenta.

Don Leonel subía las escaleras completamente preocupado.

—Me avergüenzo de lo que voy pensando—decía—pero esta mujer me interesa mas que Doña Esperanza, pobre prima mia; me parece que vale mas: qué, ¿seria yo capaz de amarla mas? Quién sabe; quizá ella tenia razon al decir que todos habian sido juegos de niños: en todo caso, ella tendrá la culpa, porque ella inventó esa frase de juegos de niños.

Garatuza esperaba á Don Leonel en el corredor.

—Ya estareis satisfecho—le dijo—de que tenia yo razon.

—¿En qué?

—En deciros que estos son los autores del rapto.

—Por el contrario, Martin, mas seguro estoy ahora que nunca, de que esa dama es inocente.

—Don Leonel, ¿es posible!

—Tan posible, que te suplico que si quieres contar con mi cariño, no vuelvas á infamar así á esa mujer.

—¿A pesar de los datos que tengo?

—A pesar de todo.

—¿Pero así cortais el hilo principal de la averiguacion?

—Así me opongo á que se manche á una mujer que no lo merece.

—Don Leonel, no os conozco; ¿tan pronto habeis cambiado?.....

—Martin, hablemos de otra cosa, porque me exalta esa prevencion injusta.

Garatuza abría los ojos espantado, y no sabia lo que estaba pasando: Don Leonel se volvia ciego partidario de Doña Catalina.

—¡Qué cierto es—pensaba Martin—que la sangre habla! Don Leonel ignora que esta mujer es hija de su mismo padre, y sin embargo, siente por ella una rara simpatía: ¿qué tal si se lo hubiera yo confesado? perdería completamente la esperanza de que me ayudara.

—Pues hablemos de otra cosa—agregó en voz alta.—
¿Quereis almorzar?

—No; voy á mi casa, y procuraré averiguar en el resto del día algo respecto de mi prima: haz tú otro tanto, y esta noche te espero.

—¿A qué hora?

—A las diez.

—Iré.

Don Leonel tomó su sombrero y se salió, distraído y pensando mas en Catalina que en la suerte de Doña Esperanza.

Garatuza le vió salir, y dijo tristemente:

—He aquí un obstáculo en el que yo no habia pensado, y que era natural que apareciese: en fin, fuerza será resignarme y trabajar solo, porque no hay otro remedio: quiera Dios y esto no pare en que Don Leonel tome contra mí el partido de Don Alonso. ¡Pobre Doña Esperanza!

Eran las cuatro de la tarde del mismo día, y Doña Catalina estaba en una de las habitaciones de la casa de Don Pedro, cuando la puerta se abrió y se presentó Don Alonso.

—Por mi fe, hermosa—dijo—que teneis tanto talento como hermosura.

—¿A qué viene ahora esa flor?—dijo la jóven.

—Para probaros que me declaro vencido.

—¿En qué?

—En lo que me deciais esta mañana respecto á Don Leonel.

—¿Está ahí?—dijo Catalina poniéndose visiblemente encarnada.

—Sí, y espera vuestro permiso para entrar, el que supongo que no le negareis.

—De ningun modo; decidle que pase.

—Ya me lo suponía yo.

Don Alonso salió, y Doña Catalina aprovechó el momento para componerse y tomar una postura elegante. Comenzaba ella también á interesarse por Don Leonel, á pesar de que procuraba aparentar con Don Alonso que solo era el interés el que la movía.

Don Leonel entró, pero Don Alonso no volvió. Seguía las instrucciones de la jóven.

—Sentaos, caballero—dijo ella;—aquí, cerca de mí, que me siento muy satisfecha de este honor y de vuestra exactitud.

—Señora—dijo el jóven—no cumplo solo con lo que se debe á una dama de tal condicion, sino que es para mí un placer que hubiera procurado.

—¿Y qué noticias hay de vuestra prima?—dijo la dama, fingiendo que quería dar otro sesgo á la conversacion.

—Ningunas, señora, ningunas; estoy desesperado.

—Lo creo, porque segun dicen, y perdonad mi indiscrecion, esa niña era la dama de vuestros pensamientos.

Leonel se sintió ruborizar, pero comprendió que era un momento que debía aprovecharse.

—Lo fué, señora, lo fué.

—¿Cómo lo fué? ¿no lo es aún por ventura?

—Señora, yo mismo no me lo sabré explicar, pero.....

—Seríais un ingrato, Don Leonel, porque es una jóven muy hermosa, y segun dicen, tan buena, que no creo que os haya dado motivo.....

Catalina nada sabia de los amores de Don Leonel y de Esperanza, pero se los suponía; y además, como mujer de mundo, comprendió que este era el medio que podía llevar al jóven hasta donde ella quería; era iniciar el combate, abrir una brecha.

—Pasan, señora—dijo el jóven—ciertas cosas inexplicables en el corazon, y el corazon no se manda.

—¿Cómo no se manda? yo mando al mio.

—Entonces sois muy feliz.

—Sí, ciertamente lo soy.

—Os envidio.

—¿Vos no mandais en el vuestro?

—No señora; ¡ojalá y mandase! Me veo en una pendiente, siento que mi corazon me arrastra al abismo, á la desgracia.

—¡Jesus! detenedle.

—Es imposible.

—¿Imposible?

—Sí, señora; ¿vos no habeis amado nunca?

—La pregunta es tan intempestiva, que casi no sé ni qué contestaros, porque creo que yo misma no me la he hecho nunca; pero antes, á mi vez, quiero preguntaros yo ¿á qué llamais amor?

—¡Amor, señora!—contestó Leonel exaltándose gradualmente;—amor es un sentimiento inexplicable pero irresistible, que lleva nuestra vida, nuestro espíritu, nuestro ser, á unirse con otro ser que no era el nuestro, pero que viene á identificarse con nosotros; es ardiente sed de ver, de oír, de acercarse al objeto de nuestras ansias; es locura que trastorna nuestra inteligencia, vínculo de acero á nuestra voluntad: amor, señora, no sé deciros qué será, sino el cambio completo de nuestra naturaleza; amor es el constante

tránsito del paraíso al infierno y del infierno al paraíso, es el inmenso goce en que se halla el inmenso dolor, es el infinito dolor que hace gozar, es el deseo de la muerte en la vida y la esperanza de la vida en la muerte; es la lucha de Dios y de Satanás en el alma de un hombre, que ni la explica el que la siente, ni la comprende el que no la ha sentido nunca.

Catalina con los ojos húmedos y brillantes de entusiasmo, seguía la creciente excitación del joven; sus mejillas se encendían y palidecían alternativamente, su seno se agitaba y su respiración se hacía casi fatigosa.

—¡Oh!—exclamó—ese amor así, nunca, nunca le he sentido, mi corazón no ha experimentado jamás esas emociones, os lo aseguro, y no sé si las desee ó las tema.

—Podreis temerlas, señora, porque aun no las habeis comprendido, porque no sabeis lo que es vivir de una mirada, porque no sabeis cómo se estremece el corazón, cómo circula fuego por todo nuestro cuerpo, cómo se enciende el alma al sentir siquiera el roce del vestido de la persona que se ama, porque no podeis aún alcanzar cuánta dulzura, qué melodía angelical encierran esas palabras de amor y de pasión que una boca amada murmura en nuestro oído; porque no sabeis cómo embriaga el aliento que sale del pecho que palpita por nosotros.....

—¡Oh! debe ser muy hermoso ser amada así.

—Señora, tan hermoso es ese amor, que si los ángeles pudieran, bajarían al mundo para gozar de él; tan hermoso, señora, que Dios mismo abre las puertas de su Paraíso al que le ama con ese fuego, con ese fuego que arde sin consumir, y que ciega nuestra razón á todo lo que no es la mujer que amamos.

—Don Leonel, ¿y vos sois capaz de amar así?

—Señora, si no lo fuese ¿podria yo pintaros así el amor? ¿creeis que el que no es capaz de sentir puede hacernos sentir algo con la verdad de la palabra?

—Debe ser muy feliz la mujer á quien amais.

—Doña Catalina, no basta tener el corazon ardiente, no basta sentir y comprender el amor; es necesario que la mujer á quien se ama, le sienta, le comprenda tambien; que despierte en nosotros esta pasion, que explote el venero inagotable de ternura y de amor que encierra el alma; es fuerza que ame como es amada, porque de lo contrario, la llama, por ardiente que sea, se extingue, la fuente copiosa se seca, las ilusiones mas floridas se marchitan.

—Jamás á un hombre le pasaria eso conmigo—dijo irreflexivamente Doña Catalina—porque yo comprendo ese amor, y porque yo me creo capaz de sentirlo y de inspirarlo.

—Dichoso mil veces el hombre que lo alcance, señora!—dijo Don Leonel.

—¿Y creeis que haya álguien que lo desee?

—Lo creo, lo juro.

—Pero ¿quién, quién pensará en mí, viuda, arruinada, pobre flor marchita y seca?

—¿Quién, señora? el mismo tal vez que rica y feliz no os hubiera dirigido siquiera la palabra, y para quien ni sois viuda, ni pobre, ni nada de eso, porque sois para él un ángel de virtud y de belleza.

—¡Don Leonel!

—Sí, Doña Catalina, para mí que no sé lo que me pasa desde que os he conocido, porque estoy apasionado, loco.

—Don Leonel, tened compasion de mí, porque me siento débil delante de vos, porque no podré resistiros.

—Doña Catalina, ¿sereis capaz de amarme?

—Don Leonel, no exijais tan pronto esa confesion, y menos en estos momentos de excitacion: idos, por favor, y mañana os contestaré, si venís por la respuesta.

—Pero.....

—Haced por mi amor lo que os digo.

Don Leonel, sin contestar, tomó violentamente su sombrero y salió.

XXIV.

En que vuelven á aparecer unos antiguos conocidos.

EL marqués de Cerralvo y el visitador Carrillo no avanzaban mucho en la causa que seguian á los fautores del tumulto contra el marqués de Gelvez. Cada dia aparecian nuevas personas complicadas, y cada dia era mas profunda la conviccion de ambos de que nada podia hacerse, por la necesidad en que se estaba de castigar á todos los habitantes de la ciudad, ó de echar un velo sobre aquello.

Cuatro ó cinco infelices á quienes se habian podido probar que tenian parte en el robo del Palacio, habian sido ejecutados; pero estas ejecuciones habian pasado como tantas otras que se hacian constantemente en la ciudad, con ladrones y bandoleros.

Algo mas tenia inquietos los ánimos del virey y visitador: la sombría conspiracion de los criollos, sobre la que á pesar de las denuncias de Don Baltasar de Salmeron, nada se descubria.

Habia rumores de que pronto se volveria el visitador á España, y de que se habia mandado llamar al arzobispo Don Juan Perez de la Cerna á la corte.

Don Baltasar seguía sirviendo al virey, y tenía ya, aunque secretamente, gran valimiento en el Palacio. Don Baltasar había visto salir en libertad á Don Leonel, veía tranquilo al Padre Alfonso, y tenía por cosa cierta que ellos y otros de los conjurados conocían su traición y tarde ó temprano querrian vengarse; y Don Baltasar tenía miedo, y su odio contra los hermanos Salazar era cada día mas grande.

Comunicó sus temores al visitador, y éste le prometió velar por él y además castigar secretamente al que se atreviese á ofenderle; pero esto no era bastante, y Don Baltazar espiaba en la sombra el momento oportuno para destruir á sus enemigos.

Apenas salía de su casa, y eso solo en las noches que iba á Palacio, pero tenía personas pagadas solo para darle noticias de lo que hacían Don Leonel y el Padre Alfonso. Por este medio supo que Don Leonel había estado de visita en la casa de la viuda de Don Pedro de Mejía.

—Es preciso—pensó—saber á qué va á esa casa. Quizá la viuda, que dicen que es jóven y bella, sea la heredera de Don Pedro, y Salazar intente hacer con ella un buen casamiento; necesito tener en esa casa uno ó dos criados de confianza.

Y aquella misma noche Don Baltasar contaba ya con dos criados de la casa de Doña Catalina, que se le habían vendido en cuerpo y alma.

El viejo se acostó con una alegría diabólica. Los criados le contaron que el jóven permaneció mucho tiempo hablando con la señora, y que salió con grandes señales de contento y de excitacion.

—¡Oh, esto es soberbio!—dijo;—quizá por aquí caerá.

Preciso será confesar que Don Leonel pensaba menos á

cada vez en Doña Esperenza, y que Garatuza solo, no podía nada contra aquella liga que se iba formando entre la viuda y Don Leonel: declarar al jóven que ella y él eran hermanos, era afianzar mas aquellos vínculos, y Garatuza no estaba conforme en ello.

Todo el dia pasó en inútiles averiguaciones; en la noche fué á la casa de Don Leonel, y con poca diferencia se repitió la escena de la mañana. Martin pensó entonces en ocurrir á los consejos de Teodoro y de Don César de Villaclara.

Sin perder tiempo se dirigió á la casa del negro, que le recibió con su habitual condescendencia.

—Vengo á tratar con vos un negocio—dijo Martin.

—Estoy como siempre á vuestras órdenes—contestó el negro.

—Quisiera haceros una consulta, pero desearia que estuviese presente nuestro amigo Don César, que es hombre de ciencia.

—Mas fácilmente no podia cumplirse vuestro deseo, porque Don César vive ahora en mi casa y está ahí.

—¿Está ahí?

—Sí, desde que se abrió el testamento de Mejía, que le hablásteis, abandonó aquella casa; cada dia está mas triste y mas pensativo: sin embargo, le llamaremos.

—Si me haceis la gracia.....

El negro salió, y á poco volvió seguido de Don César, que no tenia ya el disfraz del pobre Lázaro, pero que daba señales de estar ó muy enfermo ó muy triste.

—Buenas noches, señor Don César—dijo Martin.

—¿Cómo te va, Martin?—contestó Don César.

—Os veo muy desmejorado.

—Es natural; mi vida ha sido mas de goces que de pa-

decimientos: estoy triste, muy triste; ¿qué puedo ya esperar en la vida?

—Don Pedro ha muerto, y vuestra venganza estará satisfecha.

—No, Martin; tengo tanta amargura en el fondo de mi corazón, que no creo que la muerte de Don Pedro se pueda tener como un castigo: Teodoro vió morir á Doña Blanca de Mejía, la hermana de Don Pedro, que era un ángel y una mártir, y podrá decirnos si hay comparacion entre una y otra muerte; el verdugo ha espirado como si hubiera sido un inocente.

—Es cierto—contestó Teodoro—otra cosa merecia Don Pedro.

—Os queda Don Alonso—dijo Martin.

—Es cierto, pero me he convencido que nada puede el hombre contra la voluntad de Dios, que no es la desgracia el patrimonio de los malvados, y que quizá la felicidad se hizo para los perversos: dejo á Don Alonso que siga la suerte que le depare el cielo.

—Sin embargo—insistió Garatuza—si hubiera en el mundo seres infelices, á quienes fuera preciso defender contra esos mismos perversos, ¿os negaríais á ayudarme?

—Seguramente que no.

—Pues bien, escuchad esta historia y dadme vuestro parecer.

Martin refirió sucintamente todo lo ocurrido con Doña Esperanza, y luego agregó:

—No hay ni modo de saber de esa jóven; ocurrir á la justicia seria lo mismo, porque si yo no he podido averiguar nada, menos podrán los golillas.

—¿Estais seguro de que el golpe fué dispuesto por Don Alonso y por Doña Catalina?—preguntó Don César.

MARTIN GARATUZA.

—Juzgado vos—contestó Martin.

—La verdad es que aun cuando en el tiempo que viví en la casa no observé nada, creo que ellos deben ser, porque son capaces de todo.

—¿Y vos que conocéis bien la casa, no podéis indicarme un medio para averiguar algo por los criados?

—No; Don Alonso y Doña Catalina son tan reservados, que es indudable que nadie podrá mas que ellos saber nada.

—Pero deben haberse valido de algunas personas para cometer el delito, y con ellas era mas fácil.

—Id á adivinar quiénes serán esas personas; eso equivaldria á saberlo todo.

—¿Qué haremos?

—Me ocurre una idea—dijo Teodoro.

—Vcamos.

—Robarnos á Don Alonso y hacerle confesar por medio del tormento.

—No es malo—dijo Don César.

—Pero otra cosa es mejor—dijo Garatuza.

—¿Qué?

—Que la robada sea Doña Catalina.

—Tambien—dijo Don César.

—O los dos—agregó Teodoro.

—Excelente!—exclamó Martin.

—Entonces—dijo el negro—fijémonos: se trata de robarnos á los dos, ó á él, ó á ella, como mejor se pueda, por supuesto lo mas pronto posible.

—Mañana mismo—dijo Martin.

—¿Pero los medios?

—Esta noche meditaremos el negocio, y mañana mismo nos reunimos otra vez.

—¿A qué hora?

—En la mañana y temprano, porque importa; ¿quién sabe lo que estará pasando Doña Esperanza?

—Pues hasta mañana—dijo Don César retirándose á su aposento.

Martin salió y se encaminó á su casa meditando el rapto de Catalina.

Martin no pudo dormir en toda la noche, meditando en sus planes, y muy temprano andaba ya en la calle, y casi sin intencion se encaminó á la casa de Teodoro.

El negro y Don César estaban ya levantados y hablaban en el jardin, por supuesto del mismo negocio.

—Hemos pensado—dijo Don César—si otra cosa mejor no discurrís, que Teodoro, que es el menos conocido de nosotros y el que no puede infundir sospechas, vaya hoy con cualquier pretexto á la casa de Doña Catalina, para explorar el terreno, y buscar algun criado de confianza entre los que yo le indico, que nos ayude, para ver si hoy mismo se da el golpe.

—Paréceme muy bien—contestó Martin;—vos y yo no podriamos entrar en casa de Don Pedro, y Teodoro, además de su natural inteligencia, no infundirá sospechas de ningûna clase.

—Iré—agregó Teodoro—y espero encontraros reunidos aquí á mi vuelta.

—¿A qué horas?—preguntó Martin.

—Supongo que será á las dos de la tarde.

—Muy bien; entonces no hay que perder tiempo.

.....
La noche misma en que Martin, Don César y Teodoro formaban el plan de robarse á Doña Catalina, en la casa de ésta se discutia sobre la suerte de Esperanza.

—Decidnos ya vuestro plan, señora—decia Don Alonso

de Rivera á la madre de Catalina;—creo que tiempo es ya de que le hayais meditado y de que lo sepamos.

—En verdad que os diré lo mejor que me he imaginado, y que dará sin duda el resultado apetecido.

—Veamos—dijo Catalina.

—Ante todo—continuó la vieja—contestadme con franqueza algunas preguntas. En primer lugar, Don Alonso, y tú, Catalina, me dirás: ¿es cierto que no os teneis amor, pues, amor así, de novios, y que en todo pensais menos en casaros el uno con la otra?

A pesar del cinismo de los dos interpelados, ni ella ni él se atrevian á contestar, y no hacian sino mirarse.

—Vamos, contestad, que me es importante saberlo—insistió la vieja.

—Es cierto—dijo Catalina.

—Es verdad—contestó Don Alonso.

—Así se habla; adelante: pues no teniendo vosotros intencion de casaros—dijo—los dos estais libres para contraer un matrimonio.

—En efecto—dijo Don Alonso.

—Si nos conviene—dijo Catalina.

—Se entiende—replicó la vieja;—un matrimonio de conveniencia y hasta de necesidad para la compañía.

—¿Adónde vamos á parar?

—Paciencia, paciencia; de lo que se trata es de que la herencia de Don Pedro de Mejía no salga de vosotros, y que se divida entre vosotros por partes iguales, conforme á vuestro contrato, ¿es verdad?

—Es verdad.

—Pues bien; si Doña Esperanza casara con Don Alonso, la herencia quedaba entre vosotros y podia dividirse sin obstáculo. ¿Estais de acuerdo?

Catalina y Don Alonso callaron.

—Contestad con franqueza—continuó la vieja.—Don Alonso se lleva un rico caudal y una real moza, y Catalina queda bien puesta y puede casarse el día que quiera.

—¿Pero consentirá Doña Esperanza?—dijo Don Alonso, comenzando ya á conformarse.

—Eso es cuenta mia—replicó la vieja;—contestadme si estais ó no de acuerdo.

—Estoy.

—Hay que advertir que como ahora la herencia no vendría por Catalina, sino por vos, y ese caso no está previsto por vuestro contrato, no vayais á decir que en ese caso la ganancia no es divisible.

—No me creais capaz de semejante villanía.

—Siempre es bueno estar de acuerdo, que cuenta y razón conservan amistad: ahora ya advertido, cuidado tendreis de no faltar, que sabeis ya de todo lo que yo soy capaz cuando me engañan.

—No habrá nunca necesidad de eso.

—Bien; ahora hablemos del consentimiento de la novia, que aunque es cosa que corre de mi cuenta, quiero arreglarlo con vosotros. ¿Creeis que se resistirá mucho?

—Puede que sí—dijo Catalina.

—¿Le conoces tú algun novio?

—Sí, á Don Leonel de Salazar.

—Apenas de nombre conozco á ese caballero; será uno de tantos Salazares como hay en México. ¿Y le ama mucho? porque eso sí seria obstáculo grande.

—Creo que él no la ama mucho que digamos, porque hoy casi me ha declarado á mí su pasión.

—¡Oh! eso estaria soberbio—dijo la vieja;—si tú consiguieras, duleficándote algo con él, aun cuando no le quie-

ras, una prueba de que olvidaba á esa muchacha, la cosa se facilitaria mucho.

—Sencilla cosa me pedís.

—Pues con eso y con otros arbitrios de que me valdré yo, es negocio arreglado: ¿cuándo esperas tener esas pruebas?

—Mañana temprano, si lo deseais.

—¿Si lo deseo? no solo lo deseo, sino que lo exijo de tí en bien de todos.

—Pues se hará como decís.

—Ahora os diré mis determinaciones: esa jóven está entregada solo á Guzman.

—Sí, señora—dijo Don Alonso.

—¿Y cuándo vendrá aquí Guzman?

—Mañana temprano, para ver qué decidimos sobre ella: como sabeis, Guzman tiene una casa por uno de los montes inmediatos, adonde habiamos determinado que se llevara á Esperanza, y que allí ó la hacia su querida, que á él bien le gusta, ó la hacia desaparecer de la tierra.

—No era mal pensado; pero probaremos antes este otro medio: como que quizá será vuestra mujer..... ¿Supongo, Don Alonso, que Guzman no le habrá faltado á esa jóven?

—Estoy seguro de su respeto.

—Adelante; pues mañana temprano que venga Guzman; me voy con él: entretanto Catalina arregla lo del novio de Esperanza, y yo enviaré al mismo Guzman algo mas tarde, para saber si hay ya lo que necesito.

—Está bueno—dijo Don Alonso;—pero como la casa está lejos.....

—No importa; Guzman vendrá á caballo: en cuanto á mí, la carroza irá á dejarme hasta cierto lugar, y despues cuando la necesite la enviaré á traer. ¿Esa jóven ha comido algo?

—Nada; no hemos querido que se le dé alimento; la debilidad del cuerpo influye sobre la energía del alma.

—Bien dispuesto, ya es algo avanzado.

—¿Quereis, madre, que cite yo á Don Leonel?

—Eso es cuento tayo, y las mujeres en nada de amores necesitamos de consejos; cuando preguntamos algo de eso, es solo para buscar votos de aprobacion y para engañarnos á nosotras mismas: tú sabes lo que quiero y me basta. Por ahora me retiro á descansar para levantarme temprano: no olvidéis mis prevenciones; al amanecer que enganchen una carroza, y me avisen en cuanto venga Guzman.

—Sí, señora.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La vieja se retiró á su aposento, y Don Alonso dijo á Doña Catalina:

—Confesad, señora, que no os disgusta el papel que tenéis que representar con Don Leonel.

—Como tampoco á vos el que os toca con la heredera.

—Es cierto.

—Pues he aquí cómo mi madre ha concebido un plan que á todos nos deja contentos.

—¿Y seríais capaz de casaros con Don Leonel?

—Quién sabe! pero hasta ahora me parece que sí.

XXV.

En donde se verá de todo lo que era capaz la vieja Doña Catalina.

EN una casita aislada al Oriente de la ciudad de México y á orillas del triste lago de Texcoco, estaba encerrada desde el dia en que la robaron, Doña Esperanza de Carbajal.

La casita constaba solo de dos piezas: una interior, que era la que servia de prision á Doña Esperanza, y que tenia una ventana con una fuerte reja para la calle y una puerta para la pieza siguiente, que servia de habitacion á Guzman, guardia y carcelero de la jóven.

En la pieza de Esperanza habia un banco de cama viejo sin colchon ni abrigo, y una silla desvencijada. La ventana estaba abierta, y desde allí se distinguia la tranquila superficie del lago, que atravesában á lo lejos las canoas que de la ciudad iban para Texcoco.

Esperanza permanecia arrimada á aquella ventana mirando el lago y el cielo, y con la ilusion de que álguien

pasase por allí al alcance de su voz para pedir socorro; pero todos los alrededores de la casa estaban siempre desiertos.

Pasó el día, la noche tendió sus crespones, y agua y firmamento se envolvieron en negra oscuridad, que rompian solo ó la luz de alguna estrella que cintilaba en el cielo, ó la de alguna canoa que atravesaba á lo lejos lentamente.

Comenzaba Esperanza á sentir hambre, cansancio, frio, tristeza, desesperacion, terror; el aire húmedo zumbaba entrando entre los hierros de la reja trayendo de cuando en cuando entre sus ráfagas inconstantes, lejanos ladridos de perros y cantos de gallos.

La habitacion estaba oscura, y Esperanza buscó á tientas el banco para reclinarse y descansar un momento; le encontró y se acostó; pero le hubiera sido imposible dormir meditando en su situacion, y en un lecho tan incómodo.

El silencio de la noche era pavoroso, y no se interrumpia sino por los ruidos que traia el viento, y por el canto monótono de los grillos y de las ranas que habitaban en los pantanos de los alrededores.

Algunas veces cuando el viento arreciaba, le parecia á Esperanza que percibia el galope de un caballo ó el rumor sordo de un carruaje que se acercaba; entonces se incorporaba, procuraba aplicar el oido, poner toda su atencion; esperaba algo extraordinario, algun salvador desconocido; pero todo cesaba, y ella volvia á recostarse desesperada, pensando en Don Leonel y llorando.

La pálida luz de la mañana comenzó á deslizarse en el aposento de Doña Esperanza, y la jóven se dirigió inmediatamente á la ventana.

Nada podía distinguirse desde allí; una neblina densa y blanca se tendía sobre la superficie de las aguas.

Doña Esperanza comenzaba á sentir cosas horribles; el hambre y la debilidad le producían vértigos, dolores vagos en la cabeza y en el cuerpo; de repente se sentía desfallecer, se oscurecía su vista, zumbaban sus oídos, y un sudor frío empapaba su frente; pero luego venía una reacción inexplicable y súbita como un relámpago, y entonces se sentía fuerte, pero dominada de un sentimiento de ira, de un deseo de venganza, de un rencor terrible, y sacudía las rejas de la ventana con una energía increíble.

Pero este vigor pasaba con la misma rapidez con que había llegado, y volvía á dar lugar á todos los sufrimientos del hambre, y sobre todo, de la sed.

La jóven sentía sus fauces y su garganta secas y ardientes; aspiraba el aire frío de la mañana y ponía su lengua en los hierros fríos de la reja; pero aquello no podía templar su sed, sino solo aumentar su martirio: á poco su lengua seca comenzó á inflamarse, y un nuevo sufrimiento vino á complicar mas su triste situación.

Serian las siete de la mañana, cuando se oyó en la puerta el ruido de la llave. Desde que Esperanza estaba allí, nadie había penetrado en aquella estancia; el único deseo que ella abrigaba, porque creía su muerte segura, era que la dejaran sus verdugos morir sola; temía, sin saber por qué, cosas mas horribles que aquella muerte lenta á la que parecía habersele condenado, y así es que al escuchar el ruido de la puerta, se refugió espantada en uno de los ángulos de su prisión.

Pero la puerta se abrió, y en vez de hombres feroces ó enmascarados, Esperanza vió entrar á Doña Catalina, que volvió á cerrar luego que penetró.

Aunque el aspecto de la vieja nada tenia de agradable, sin embargo, era una mujer, y Doña Esperanza se tranquilizó. ¿Qué podría hacerle una anciana?

—Dios os guarde—dijo la vieja.

Doña Esperanza sin contestarle inclinó la cabeza como haciendo un saludo silencioso.

—Veo que estais enojada, y no os falta razon, hija mia; quizá os han tratado con mas dureza que la que era necesaria; pero todo podrá remediarse. Vamos á cuentas: sentaos aquí á mi lado, y hablaremos como amigas, porque aquí solo me trae vuestro interes.

Esperanza instintivamente se habia ido acercando á Doña Catalina. La vieja tomaba un aire tal de bondad y la jóven tenia tanta necesidad de algun apoyo, que cuando la vieja acabó de hablar, ya Esperanza estaba sentada á su lado y mirándola casi con simpatía.

—Vengo—dijo la vieja—á proponeros de parte de quien puede hacerlo, vuestra libertad y la dicha de vuestra vida, y á deciros á todo lo que os exponéis en caso de una negativa obstinada. ¿Estais dispuesta á escuchar?

—Sí, señora.

—Bien; atendedme. En primer lugar, ¿qué es lo que deseais mas en este momento?

—Antes que todo, agua; me abrasa la sed, mi lengua se pega ya al paladar y apenas puedo hablar.

—Ya me lo suponía yo, y os he traído y tengo afuera excelentes refrescos para calmar vuestra sed; ¡oh! unas limonadas soberbias, orchatas; en fin, una fuente de placeres para vos, pobrecita, que debeis soñar ya con esos vasos de cristal llenos de agua fria y pura y trasparente.....

—Sí, sí señora; pero haced que los traigan: ¿no sabeis lo que es tener sed?

—Ya, ya vereis; capaz os supongo de tomaros un vaso de chia fresca y olorosa sin respirar siquiera, ó una de esas jícaras de Valladolid, rojas y doradas, con una orchata blanca y fria, en la que nadan polvos de canela y hojas de rosa.....

La vieja, con una especie de lujo de crueldad y de rencor, procuraba con su ademan y sus sonrisas dar mayor fuerza á sus palabras, saboreando el tormento de Tántalo que habia preparado á Esperanza.

—¡Oh! pero, señora, aunque sea agua, una poca de agua.

—Sí; venid, venid.

Y la vieja se levantó: Doña Esperanza la seguia sonriendo al placer de calmar la horrible necesidad que la devoraba: llegaron á la puerta, pero estaba cerrada; la jóven empujó, y como los batientes no cedieron, dijo tristemente á Doña Catalina:

—Está cerrada.

—Sí, mi alma, está cerrada, pero abrirán; mirad por la cerradura entretanto lo que os aguarda.

Doña Esperanza, como el avaro que espía un tesoro, miró por el agujero de la chapa.

En la pieza inmediata, sobre una mala mesa, habia una enorme palangana de plata, con vasos, botellas y jícaras que contenian agua y refrescos, rodeados de flores y hojas verdes.

—Que me den agua, que me den agua—dijo como fuera de sí la jóven.

—Todo lo tendreis; pero hablemos antes un momento.

—Primero dadme de beber.

—No son esas las instrucciones que tengo; os he dicho que voy á proponeros de parte de quien puede, lo que se

desea de vos, y á presentaros lo que debeis esperar ó temer, segun vuestra resolucion: conque paciencia y contentadme.

—Pero esto es horrible! quieren matarme de sed y de hambre!

—No, lo que se quiere es que comprendais lo que se os espera, si no sois buena y condescendente.

—¿Pero qué se exige de mí? ¿qué se pretende?

—A eso vamos; no mas que ya os lo hubiera dicho, pero no habeis querido oir.

—Vaya, hablad.

—¿Bendito sea Dios que os poneis en juicio! Se trata no mas que de un matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿de quién?

—Vuestro.

—¿Mio?

—Sí.

—¿Pero cómo? ¿con quién?

—¿Cómo? dad vuestro consentimiento y lo vereis: ¿con quién? con un caballero muy rico y principal, con el señor Don Alonso de Rivera.

—¿Con Rivera!—exclamó admirada Esperanza.

—Con el mismo Don Alonso de Rivera, amigo íntimo de vuestro difunto padre Don Pedro de Mejía, ¡que en paz descanse!

—¿Imposible!—dijo la jóven sentándose indignada.

—No, no digais imposible, porque no lo es; es libre y rico, vos tambien; no sé por qué os parezca imposible.

—¿Pero cómo os podeis suponer que pueda yo unirme con un hombre á quien no conozco, á quien no amo, con quien no me ligan relaciones de ninguna especie?.....

—Todo eso no importa nada: si consentís, ya lo conoce-

reis bien despues, ya lo pensareis, y muy pronto tendreis con él relaciones demasiado íntimas.

—Primero me moriria yo.

—Esos son disparates, que los decís sin reflexionar, porque sois una criatura sin experiencia; la muerte es cosa muy dura para preferirla á un matrimonio tan conveniente como el que yo os ofrezco. Meditadlo bien.

—Nada tengo que meditar; primero muerta que mujer de ese hombre, á quien apenas conozco y á quien odio.

—Vamos, vamos; la debilidad os hace delirar, y si no me doliera tanto vuestra suerte, no tendria ya paciencia para tanto; pero os quiero advertir á lo que os exponeis con vuestra obstinacion.

—La muerte misma no me importaria nada.

—Puede ser; pero hay cosas que para una mujer como vos, tan llena de altivez, son peores que la misma muerte; por ejemplo, la sed y el hambre.

—Las sufriré hasta morir, y moriré contenta.

—No morireis, ni cosa semejante; hay otro plan que voy á descubrir, porque no hay temor ni de que se lo comuniqueis á ninguno, ni de que os escapeis de él.

Doña Esperanza abrió los ojos con terror; la calma de la vieja y el convencimiento de que decia la verdad, la asombraban.

—Está claro—continuó Doña Catalina—que vos tendreis valor para soportar el hambre y la sed; se os presentarán dentro de un momento tan luego como yo me vaya, refrescos y manjares; pero en todos, hasta en la misma agua, habrá un veneno que no os hará morir; os sumergirá solo en un profundo letargo, y entonces, aquí va lo curioso, atended; el hombre que os vigila, que es un gefe de ladrones, que tiene una casita oculta en el monte, despues (y

así se le ha ordenado) de hollar aquí mismo vuestra pureza.....

—¡Qué horror, Dios mio!

—Cuando vos no podais oponer ninguna resistencia, cargará con vos y os llevará á su casa, de donde no podreis salir hasta que tengais ya una familia que sea tambien suya.....

—¡Pero esto es infame! ¡infernál! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡socórreme!

—No hay que esperar socorro de Dios: oidme; si no quereis probar de esos alimentos, entonces la fuerza suplirá á la astucia, y sucedrá lo mismo con una poca mas de solemnidad, porque Guzman, que así se llama el hombre de que os he hablado, tendrá que entrar aquí con cuatro de sus compañeros que le ayuden á dominaros, y ya veis que para evitaros el dar espectáculo tan divertido á cuatro bandoleros, se os debe aconsejar, como lo hago, que tomeis los refrescos.....

—¡Sois una infame!.....

—¿Infame porque os advierto los peligros que os amenazan? Bien; esa es la gratitud: si no os hubiera dicho nada, lo mismo hubiera sucedido; conque ¿por qué me culpais? Podrá evitarse todo: dad vuestro consentimiento, sed ante el mundo la honrada esposa de Don Alonso de Rivera, y estamos al otro lado.

Doña Esperanza se cubrió el rostro con las manos y empezó á sollozar.

—Vamos, vamos, tened prudencia, que el sacrificio no es tan grande como os lo suponeis: yo tambien he sido jóven, y supongo lo que pasa en vuestro corazon; llorais por otros amorcillos, ¿los de vuestro primo Don Leonel de Salazar, tal vez?

—¿Quién os ha dicho?.....—preguntó Doña Esperanza levantando con indignacion el rostro y mirando á la vieja.

—Nadie; pero todo se sabe: estais enamorada de vuestro primo Don Leonel, y de aquí viene toda esa resistencia.....

—Yo no os autorizo para hablarme de eso.

—No necesito de vuestra autorizacion, como Don Leonel tampoco la ha necesitado para tener amores y tratar de su matrimonio con la hermosísima Doña Catalina de Armiño, viuda de vuestro padre.

—¡Mentira! mentira, señora!—dijo temblando de emocion Doña Esperanza.

—¿Mentira? Vaya una ceguedad! yo lo sé, lo he visto, y os lo probaré cuando querais.

—¿Lo habeis visto? ¿decís que lo habeis visto? Repetidlo, señora, repetidlo, para deciros que mentís.

—Decid cuanto gustéis, que no por eso dejará de ser menos cierto que yo misma, con estos ojos que se ha de comer la tierra, he visto á vuestro Don Leonel en brazos de Doña Catalina, cubriéndola de caricias, estrechándola contra su corazon, jurándole que la amaria eternamente, que no habia amado á nadie como á ella.....

—Imposible!

—¿Insistís en negar? yo los he visto, y á Doña Catalina, tan bella, tan elegante, tan discreta, llorar de placer y llamarle su «ángel:» era un grupo encantador; parecen nacidos el uno para el otro, y todo el trabajo era que se encontraran sobre la tierra, que una vez encontrados, ellos conocen que nacieron para vivir amándose, y nadie ni nada será capaz de separarlos.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡qué tormento! ¡qué tormento!—

decía Doña Esperanza, retorciendo los brazos con todo furor de los celos y de la desesperación.

—Oh! y no os ofendais por lo que voy á deciros—continuó la vieja;—pero debeis disculpar á Don Leonel; Doña Catalina es tan bella, tan bella, que bien se puede olvidar á cualquiera mujer por su amor: mirad; serán las diez, en este momento Don Leonel estará á su lado: yo soy vieja ya, pero les tengo envidia, y gozo al mismo tiempo en espiarlos: ¡qué amor, qué fuego! cómo gozan esas dos almas esas dos naturalezas! Si viérais una escena de esas, cualquiera, lo que pasa tal vez en estos momentos, perdonaríais á Don Leonel, porque quizá vos no le haríais nunca goza como Doña Catalina.

—¡Oh! silencio, por Dios! silencio!

—Yo os lo cuento porque veais lo que es Don Leonel para vos, porque sepais que aun cuando no llegue á casarse con Catalina, aun cuando causado de ella la abandone mañana, nunca podrá ser vuestro, porque vos no sereis, al menos no os lo consentirá la Iglesia, la mujer del amante de vuestra madre, porque Doña Catalina, viuda de Don Pedro de Mejía, viene á ser como vuestra misma madre; de modo que para vos, Don Leonel está perdido para siempre.

—Pero la prueba, la prueba de todo eso, vieja infernal.

—¿La prueba? ¿quereis una prueba? muchas hay; pero voy á buscaros una. Guzman—dijo la vieja abriendo la puerta

—Voy—contestó desde afuera un hombre.

—Doña Esperanza—agregó la vieja—poned cuidado: un hombre que va á entrar, que es el que está destinado para ser el padre de vuestros hijos, ya que perdeis á Don Leonel y no quereis á Don Alonso.

La tosca y repugnante fisonomía de Guzman apareció

en la puerta, y la jóven, que no quitaba de allí los ojos como fascinada por una serpiente, dió un grito y cayó desvanecida.

—Guzman—dijo Doña Catalina—monta á caballo y vé á pedir á Don Alonso la prueba de que le hablé anoche.

Guzman salió, la vieja volvió á cerrar y se acercó á Esperanza, que permanecía en el suelo sin sentido.

En este momento se escuchó el galope de un caballo que se alejaba.

XXVI.

En el que Guzman consigue la prueba que queria Doña Esperanza.

En aquel mismo dia muy temprano, Don Leonel recibió una esquila perfumada. La abrió, y decia:

«DON LEONEL:

«Vuestras palabras y la escena de ayer me han preocupado de tal modo, que necesito veros hoy en la mañana: si me amais, venid lo mas pronto que os sea posible.

«Os besa las manos

CATALINA.»

Don Leonel tomó la pluma y contestó inmediatamente con el mismo lacayo que habia traído la carta:

«DOÑA CATALINA:

«El amor me hará volar á vuestras plantas; á las diez estaré en vuestra casa para juraros de nuevo una y mil veces que os adoro.

«Vuestro hasta la muerte

LEONEL.»

A las diez, como lo habia prometido Don Leonel de Sa-

lazar, entraba á la casa de Doña Catalina, que le esperaba impaciente.

—Perdonadme—dijo la jóven;—estoy avergonzada, confusa, de haberme atrevido á escribiros; pero fué un momento de delirio, de locura, del que me arrepiento.....

—¿Arrepentiros, señora? ¿y por qué? ¿por qué? ¿acaso es vergüenza que vos, libre y jóven, me amárais siquiera por un instante? ¿me amárais á mí, á mí que os adoro, á mí que me abraso por vos? Si estábais impaciente por verme, ¿cómo estaria yo? Doña Catalina, me habeis hecho el hombre mas feliz de la tierra.

—¿De veras, Don Leonel?

—¿Lo dudais? señora, ¿dudais que se alegren los prados y las flores con la luz del sol? ¿dudais que se estremezcan de placer los árboles al sentir despues del calor abrasador del dia, las gotas frescas de las lluvias? ¿dudais, señora, que sea feliz el alma que mira la luz de la esperanza entre las negras sombras de la incertidumbre y del desconsuelo? Señora, podeis no amarame, y nada podré deciros; pero dudar de mi pasion, nunca.

—Don Leonel, yo soy libre, pero vos no lo sois; podeis amarame, pero hareis mal, y mal haria yo en corresponderos, porque vos no sois libre, porque sagradas promesas y juramentos, os unen con Doña Esperanza de Carbajal.

—No me recordeis eso, por Dios, Catalina: yo sé bien lo que debo á Esperanza; yo sé que me ama, que soy un infame en abandonarla, que quizá la haré infeliz para toda su vida; todo eso lo sé, y sé cuanto vos me quereis decir: ¿cómo suponeis que no he meditado en esto? Y sin embargo, á pesar de lo que me dice mi razon, á pesar de todo, no puedo resistir, y os adoro y lo olvido todo, todo por vos, porque siento que me arrastra hácia vos una fuerza desconocida pero que no

me es dado contrariar; no sé si es Dios ó el demonio el que me ciega; pero por vos soy capaz de todo, del crimen, de la traicion, de la locura.

Don Leonel hablaba con todo el fuego de la pasion. Doña Catalina, con su trage de luto y su rostro encendido por el entusiasmo que le inspiraban las palabras del jóven, le escuchaba clavando en él sus ojos brillantes, y sin contestar una palabra, estrechaba convulsivamente una de las manos de Don Leonel que tenia entre las dos suyas.

—Si yo pudiera mostraros mi alma para que la viérais como yo miro vuestros ojos, señora, entonces leeríais en ella cuánto os amo, así, tan claro como yo leo en vuestro semblante, señora, que me amais á mí.

—¿Que os amo?—contestó Catalina con una sonrisa; ¿quién os lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? nadie, señora; pero yo lo conozco porque vuestros ojos os venden, porque no me lo podeis negar: Catalina, ¿me amais?

—¡Oh! no es cierto, os engañais, no es verdad que os amo.

—No os empeñeis, señora, en negármelo: ¿no me amais?

—Sí; os quiero como á un amigo, como á un hermano.

—Inútil fingimiento, Catalina; me amais.

—Vaya un empeño, quererme hacer creer que os amo.

—Y me amais—dijo con firmeza Don Leonel, llevando con pasion muchas veces á los labios la mano de Doña Catalina, que ella no cuidó de retirar;—me amais, ¿á qué negarlo? Dejad que salga de vuestro seno esa pasion; dejad oír esas palabras, tan dulces como la música de los cielos

—No debe ser—contestó Doña Catalina.

—¿No debe ser, alma de mi alma? no debe ser, pero y yo os amo y vos me amais, y en este momento el úni

pesar que teneis es el rubor de confesármelo. ¿Es verdad, bien mio?

Las cabezas de los dos jóvenes estaban tan cerca, que Don Leonel no tuvo mas que inclinarse un poco, y sus labios se unieron con los de Catalina, que instintivamente aspiró con delicia aquel beso.

—Per Dios, Don Leonel—dijo la joven retirándose.

En este momento llamaron á la puerta.

—Pasen—dijo Doña Catalina, procurando tomar un aire de tranquilidad.

—Aquí buscan á la señora—dijo un lacayo.

—¿Quién?—preguntó Catalina.

—Dice que se llama Guzman.

—Con vuestro permiso, Don Leonel—dijo Catalina levantándose—voy á ver qué quiere ese hombre.

Don Leonel quedó solo, meditando en el amor que tenia á Doña Catalina, y mirando en el fondo de su pensamiento la figura triste y melancólica de Doña Esperanza.

Catalina salió al corredor, y Guzman la esperaba con el sombrero en la mano.

—¿Qué se ofrece?—dijo ella.

—La señora me envia—contestó Guzman—á decir á Don Alonso de Rivera que le mande la prueba convenida; pero Don Alonso no está ahí, y me he atrevido á molestar á la señora.

—Has hecho bien. ¿Qué hay por allá?

—Verdaderamente no sé, porque apenas entro al aposento de la presa; pero se habia desmayado.

—¿Mi madre habló con ella largo tiempo?

—Muy largo, y creo que todo va bien, porque le ví á la señora muy buena cara.

—Toma—dijo Catalina sacando de una escarcela la car-

ta que le había escrito Don Leonel en la mañana;—lleva esto con cuidado, no se pierda.

—Está bien.

Guzman bajó la escalera, y Doña Catalina volvió á entrar adonde la esperaba Don Leonel.

Quizá no haya cosa que enfrie mas un diálogo amoroso, que una interrupcion larga en el momento del mayor entusiasmo; el placer que no se apura de un solo trago, no es un verdadero placer.

Don Leonel y Catalina no volvian á reanudar la conversacion con el mismo calor: hay una época en los amores en que la mujer recibe un beso con gusto, pero que es fuerza robárselo, porque necesita disculparse consigo misma, y en esa época, que por fortuna de los amantes dura bien poco, el hombre está siempre en una situacion embarazosa, sin saber si acomete, á riesgo de recibir un desaire, ó con peligro de que su prudencia pase por tontera. En este período el hombre de mas mundo pierde la sangre fria, y una mujer que hiciera durar esto demasiado, acabaria por alejar al adorador.

Catalina se sentó y Leonel volvió tímidamente á su lado.

—Doña Catalina—dijo—¿tendré que perder la esperanza?

—La esperanza—contestó Catalina marcando con intencion esta palabra—es quizá lo que se interpone entre nosotros.

—¡Oh, señora, por Dios! Os lo he suplicado, no hablemos de eso.

—Bien, ¿de qué quereis que hablemos?

—De mi amor.

—Habeis avanzado hoy mucho para que yo no os tema y vos no esteis satisfecho.

MARTIN GARATUZA.

—Mi pasión no se satisface con nada.

—Lo creo, pero no se ganó Zamora en una hora; dejad algo á la constancia del hombre y algo á la virtud de la mujer, que amores en que se triunfa sin combate y se sucumbe sin resistencia, son de poca vida y de poco mérito.

Decía esto Doña Catalina con tanta frialdad, que Don Leonel comprendió que el momento que debiera haber aprovechado para el triunfo había volado, y era preciso esperar que otro volviese á presentarse.

Pero los enamorados no pueden hablar sino de amor con la mujer que los inspira, y Don Leonel, conociendo que la ocasión no era ya oportuna, tomó su sombrero, maldiciendo al lacayo inoportuno.

—¿Volvereis pronto?—dijo Catalina.

—Mañana, señora—contestó Leonel, estrechando la mano de la jóven.

Guzman salía en su caballo en el momento mismo en que Teodoro siguiendo las instrucciones de Don César y de Martin, llegaba á la casa de Doña Catalina para averiguar, si podía, algo sobre el paradero de Doña Esperanza.

Teodoro se detuvo para dejar el paso á Guzman, á quien no había conocido al principio; pero así que llegó cerca de él, la fisonomía de aquel hombre despertó en él tales recuerdos, que no vaciló ya en asegurar quién era.

—Oh!—exclamó en su interior—yo debo seguir á este hombre; tiene conmigo una deuda atrasada que no le perdonaré jamás, y puede que este me dé el hilo que busco: ave de mal agüero no puede anunciar sino desgracias.

Y sin pensar mas, se cercioró de si llevaba su daga, y echó á andar siguiendo á Guzman, que caminaba paso á paso para no llamar la atención de los transeuntes.

Mientras atravesaron la parte poblada de la ciudad, Teo-

doro pudo seguir fácilmente al hombre del caballo; pero á medida que iban alejándose, el caballo caminaba mas de prisa, hasta que el jinete se puso al galope.

Teodoro seguia sus movimientos, y cuando el caballo galopaba, él corría.

—Demonio!—decía el negro—este lleva prisa; si vuelve el rostro y advierte que le sigo, se perdió el lance. ¿Qué asunto tendrá este bribon por aquí que es un rumbo tan distinto del suyo?

Y seguía corriendo.

—Esto no puede seguir así—continuaba el negro;—si va muy lejos le dejo seguir y caigo sofocado; apenas puedo; malditos años! en otro tiempo me hubiera cogido este lance..... Ah!..... si tuviera yo diez años menos..... vamos, ya no puedo.....

Verdaderamente el pobre de Teodoro ya no podia correr; su respiracion era fatigosa; tronaba su corazon agitado como si quisiera romper el pecho; le flaqueaban las piernas, y tuvo que dejarse caer entre la yerba seca.

Pero no perdía de vista á Guzman, y le vió entrar en una casa aislada, la casa en que le esperaba Doña Catalina.

—Vaya—dijo el negro—cerca está la lobera; me repongo un momento, y voy á ver si descubro algo.

La vieja Doña Catalina habia seguido exhortando á Doña Esperanza á unirse con Don Alonso de Rivera; pero la jóven, extraordinariamente fatigada, apenas la escuchaba pensando en Don Leonel: los celos la devoraban; si lo que le decía la vieja era cierto, nada le importaba ya la vida, y era capaz de casarse con Don Alonso ó con cualquiera.

El tiempo pasaba; el misionero que habia ido en busca de las pruebas no volvia, Doña Esperanza comenzaba á sentirse desconsolada; quizá todo aquello seria una calumnia

urdida por sus enemigos. Doña Catalina comenzaba á temer; quizá su hija no se habria podido proporcionar la deseada prueba, y entonces no quedaba mas remedio que matar á Esperanza.

A cada momento la vieja se asomaba á la puerta para ver si distinguia á Guzman, y volvía dando muestras de profundo desagrado.

Doña Esperanza, mas alentada con aquella tardanza, no perdía ninguno de los movimientos de Doña Catalina.

—¿Creeis, señora—la dijo—que vuestro enviado tarda?

—Tarda, pero vendrá.

—Quizá no haya tal prueba, quizá todas sean calumnias.

—¿Y qué ganaríais con eso?

—Oh! con tal de que eso no sea cierto, moriria contenta.

—Ya sabeis que no es la muerte lo que os espera; vivireis, vivireis, os lo prometo, pero si sois la esposa de Don Alonso, ó la moza de Guzman; ya le conocísteis; no es tan feo, y pasareis á su lado dias muy placenteros, y sobre todo, cuando tengais en vuestros brazos al tierno fruto de vuestros amores.

—Señora, no me insulteis—dijo Esperanza encendida de cólera y levantándose.

—No os insulto; solo os advierto lo que os espera: y mirad lo que son las cosas; supongamos que fuera una calumnia lo de los amores de Don Leonel con Doña Catalina; pues en ese caso, vos esposa de Don Alonso, todavía érais digna de Don Leonel, todavía él tendria ilusion por vos, y como enganar á un viejo como Don Alonso es fácil, podríais tener de amante á vuestro primo; ¿pero creeis que él se dignaria miraros siquiera el dia que supiera, como lo sabrá luego y por mi boca, que érais la manceba de un ladron?.....

Doña Esperanza no pudo contenerse al oír tales insultos, y ciega, rabiosa, se lanzó sobre Doña Catalina para ahogarla.

La vieja no esperaba el ataque, y como estaba desprevenida, no pudo impedir que la jóven hiciera presa en su garganta con sus manos, que la oprimían hasta cortarle el aliento.

Pero Doña Catalina había recibido una educación muy varonil y se sentía ahogar, y era preciso que hiciera una resistencia desesperada; luego que volvió en sí de la sorpresa procuró desasirse de Doña Esperanza, y se trabó entre ambas una lucha desesperada.

Doña Esperanza derribada por la vieja, la arrastró en su caída, y rodaban por el suelo jadeantes, empolvadas y rechinando los dientes, y procurando dominarse una á la otra.

Nadie en estos momentos hubiera reconocido en Doña Esperanza á la tímida y recatada doncella de la «casa colorada,» nadie la hubiera visto sin horror, debatirse en aquella lucha, convulsiva, desmelenada, y lanzando horribles maldiciones, que quizá ella misma ignoraba que sabia.

La lucha se había prolongado mucho, pero Doña Esperanza estaba muy débil, y solo la desesperación le había dado un vigor pasajero; las fuerzas comenzaron á faltarle y sus brazos se aflojaron.

La vieja lo comprendió, y redobló entonces su ataque. La jóven quedó vencida. Doña Catalina, como un luchador, se enderezó y le puso sobre el pecho una rodilla; con una de sus manos sujetó las dos de Doña Esperanza, que casi ya no se resistía, y con la otra le quitó un pañuelo que tenía alrededor del cuello.

Doña Esperanza estaba casi desmayada y dejaba ya

hacer á la vieja lo que queria. Con aquel pañuelo ligó Doña Catalina las manos de la jóven con tanta fuerza, que los dedos se pusieron morados, sin que ella exhalara ni un quejido.

Cuando estuvo segura de que estaba bien atada, se levantó y la dejó tirada en el suelo.

—Infeliz!—le dijo con cierto aire de desprecio—¿qué podias tú contra mí? si quisiera, podria matarte impunemente, y ganas me dan de colgarte de una viga hasta que mueras; pero necesito que vivas.

Doña Esperanza ni miraba á la vieja.

—Mira, tentada estoy de llamar á Guzman y no esperar ya mas.

La jóven se enderezó como si le hubiera picado un alacran; comprendió el inmenso peligro que corria.

—Señora, no, por Dios, no, por Dios, esperemos esas pruebas, y si todo pasa como me habeis dicho, os doy mi palabra de que seré la esposa de Don Alonso; pero por el amor de vuestra madre, no me entregueis á ese hombre; me vuelvo loca solo de pensar en eso.

—Bien, veo que vais siendo mas racional; si así hubiérais pensado desde el principio, no habríais tenido que sufrir tanto: vamos, os levantaré y sentaos aquí en esta cama: no os desato las manos, para impediros otra tentacion y para probaros que fácilmente pudieran sujetaros cuatro hombres.

—Por Dios, no me digais eso.

—Vaya, procurad levantaros.

La vieja ayudó á Doña Esperanza á levantarse, y la sentó despues en la cama.

—Haré mas; voy á traeros un refresco.

—No, no, refresco, no; antes morir de sed.

—No temáis. nada tiene el refresco; ya veis que soy franca y no os engañaría; estais ya sujeta de tal manera, que no es necesario mas que mi voluntad para mandar: tomad sin desconfianza.

La vieja habia traído un vaso de orchata, y le aplicó á los labios de Esperanza, que no podia hacer uso de sus manos.

La jóven le apuró con delicia, y se sintió desvanecer.

—Me habeis engañado—dijo;—esta orchata tenia algo.

—Nada, no temáis, es un accidente lo que os da por vuestra suma debilidad; pero ya pasará pronto.

En efecto, muy pronto pasó aquel desvanecimiento, y en este momento llamaron á la puerta.

—Es Guzman—dijo la vieja levantándose á abrir.

—Guzman!—repitió con terror Doña Esperanza, porque aquel hombre traia la vida ó la muerte para ella.

—Aquí está—dijo Guzman entregando á Doña Catalina la carta de Don Leonel.

—Está bien, espérame—contestó la vieja volviendo á cerrar.

Esperanza se habia incorporado en el lecho y la miraba fijamente, como deseando adivinar lo que contenia aquella carta.

La vieja desdobló el papel y le leyó en voz baja; ni una sola de sus facciones se alteró, nada pudo descubrir en aquel rostro la inquieta mirada de la jóven.

—¿Conoceis vos la letra de Don Leonel de Salazar vuestro primo?—preguntó Daña Catalina acercándose con el papel extendido en la mano.

—Sí, señora.

—¿Pero muy bien, muy bien, hasta el punto de no poder equivocarse esa letra y esa firma con ninguna otra?

—Sí, sí.

—Pues leed y decidme si en algo os queda duda, si como yo os decia cuando vos llorábais aquí por sus amores, no estaba él gozando de la belleza de Doña Catalina.

Doña Esperanza tomó la carta entre sus manos atadas, y aunque con dificultad, la llevó á la altura de su vista con el auxilio de la vieja y comenzó á leer.

La carta era la que en aquella misma mañana habia escrito Don Leonel á Catalina, y que comenzaba:

«Catalina: el amor me llevará á vuestras plantas.» Y concluia, «vuestro hasta la muerte: Leonel.»

Esperanza sin dar un grito, sin arrojar una sola lágrima, leyó y releyó aquella carta, y despues con una resolucion que no aguardaba Doña Catalina, le dijo:

—Señora, hacedme la gracia de soltar mis manos, porque no necesitais ya de esas precauciones; estoy dispuesta á ser la esposa de Don Alonso de Rivera.

—¿Y cuándo?

—Hoy mismo, en este momento si es preciso; cuanto mas pronto será mejor.

Doña Catalina quitó el pañuelo que ataba las manos de Esperanza.

—Ahora—le dijo—que estais libre y dispuesta á ser esposa de Rivera, voy á llevaros conmigo, y para que no os quede ni la menor sospecha de que os engaño, os haré presenciar una entrevista de Don Leonel y Doña Catalina.

—Os lo agradeceria en el fondo de mi alma.

—Y os prometo que yo haré lo que digo.

—Será el último favor que os pida.

—Bien; por ahora procuremos salir de este destierro. Guzman, vé á la casa, que me traigan una carroza, y que

preparen una habitacion independiente para esta señora, en donde solo yo pueda verla.

Guzman salió sin replicar, y volvió á montar á caballo.

Teodoro rondaba ya los alrededores de la casa y se ocultaba entre la maleza. Vió salir otra vez á Guzman y dirigirse á México al galope.

—Bueno—dijo para sí—este vuelve á la casa de Don Alonso, mis sospechas se confirman; aquí debe haber algo: veremos, y volveré violentamente á dar parte á Martin y á Don César.

Y arrastrándose, fué dando la vuelta hasta llegar á la ventana del cuarto en que estaban Doña Esperanza y la vieja. La casa era baja, y desde afuera se podia ver por aquella ventana lo que pasaba dentro.

Teodoro escuchó; nada se oia, y poco á poco se fué levantando hasta acercar su rostro á las rejas. Doña Esperanza estaba dándole el frente, y aunque Teodoro no la conocia bien, sin embargo, se supuso que era ella; pero la jóven, á quien todo impresionaba en aquellos momentos, al mirar la fea cabeza de Teodoro, lanzó una ligera exclamacion de espanto; Doña Catalina volvió el rostro y descubrió la figura del negro en la ventana, y entonces como una leona sorprendida, se levantó furiosa, sacando de su seno un puñal pequeño y agudo, y se arrojó á la ventana tirando una puñalada al negro por entre las rejas; pero todo esto con tal violencia y con tanta rapidez, que á pesar de que Teodoro quiso huir el cuerpo, recibió, sin embargo, una ligera herida en el brazo.

Doña Catalina estaba tan furiosa, que si aquel obstáculo no los hubiera separado, era capaz de haber matado al negro.

—¿Qué debo hacer?—pensó Teodoro;—matar á esta mu-

MARTIN GARATUZA.

479

jer, armar un escándalo, darle á entender que vengo de espía; quién sabe si tendrán aquí gente oculta y yo estoy solo, y todo se pierde: mejor será irme y volver con algunas personas, antes que vayan á llevar á la jóven á otra parte.....

Y siguiendo esta determinacion, echó á correr para la ciudad.

Doña Catalina, con el puñal en la mano, habia salido á la puerta de la casa, y le vió ya á lo lejos ir huyendo: volvió á entrar y cerró la puerta.

—¿Qué era eso?—preguntó temblando aún Doña Esperanza.

—No temais, sosegaos; sin duda alguno de esos negros cimarrones que venia á ver si podia robarnos: la fortuna es que son tan malos como cobardes, y ya va muy lejos.

Doña Esperanza se calmó y no volvió á hablar una palabra; pero levantó la carta de Don Leonel y la leyó hasta saberla de memoria.

La vieja la observaba desde lejos.

Dos horas despues se oyó el ruido de una carroza. Doña Catalina hizo una señal á Esperanza, que la siguió en silencio. Montaron en la carroza, Guzman subió á la zaga, y se dirigieron á la ciudad.

XXVII.

En el que Martín y Teodoro vuelven á perder la pista.

TEODORO caminó sin descansar hasta volver á su casa; habia estado ausente mas de seis horas, y Garatuza, que aguardaba, se desesperaba ya de su tardanza.

—Por fin, le vió llegar cansado, lleno de polvo, pero con el rostro alegre y placentero, como señal de que llevaba una buena noticia.

—Albricias, amigo mio, albricias—dijo arrojándose en sitial.

—¿Qué hay? ¿qué hay?—preguntó Martín.

—Lo he descubierto todo, todo.

—¿Pero qué?

—El lugar en que tienen esas gentes á Doña Esperanza.

—¿Cómo así?

—Como lo estais oyendo; yo mismo la he visto.

—¿A quién?

—A Doña Esperanza.

—¿Conocéisla por ventura?

—Casi, y sé dónde está ahora.

MARTIN GARATUZA.

—¿Estais seguro?

—Tan seguro, como de estar hablando ahora con vos.

—Llamemos á Don César.

—Llamadle, y os referiré á los dos todo lo que me ha acontecido.

Martin salió á llamar á Don César, y entró poco despues á la estancia en que les aguardaba Teodoro, que habia corrido tanto durante el dia, que no tenia aliento para levantarse.

El negro refirió minuciosamente á sus amigos todo lo que habia visto y pasado desde su encuentro con Guzman hasta la vuelta á la casa.

—¿Qué pensais de esto?—dijo Martin á Don César.

—Mi opinion es que Teodoro tiene razon, que esa mujer debe ser Doña Esperanza, y la vieja feroz que hirió á Teodoro, Doña Catalina, y que es preciso no perder un instante, sino ponerse en marcha para ir á libertar á esa jóven.

—Bien pensado—exclamó Garatuza;—en el momento nos vámos.

—Esperad—dijo Teodoro;—el lugar está lejos y yo no puedo ya dar un paso; tengo los piés hechos pedazos.

—Iré á conseguir una carroza.

—¿Adónde?

—Id; pero me parece difícil.

—No tanto; ya vereis.

Martin salió precipitadamente á la calle: cerca de la Alameda vió una carroza que tirada por dos soberbias mulas caminaba.

—Miró bien en el interior, y advirtió que nadie la ocupaba. Entonces hizo señas al cochero para que se detuviese.

—¿Teneis la bondad, amigo, de decirme—le preguntó con mucha urbanidad—si vais muy de prisa?

—Voy—contestó el cochero con agrado, viéndose tratado así por un caballero tan bien vestido—en busca de mi amo el señor adelantado de Filipinas, Don García Legaspi de Albornoz.

—¡Oh, y qué feliz casualidad! precisamente para su señoría buscaba una carroza; que le ha dado un accidente hémosle metido aquí en una casa inmensa.

—¡Jesus nos ampare!—exclamó el cochero—pues vamos.

—¡El cielo os ha traído!

—Subid al coche, señor, y decidme dónde.

—No; seguidme, que voy mejor á pié guiándoos.

Y Martín echó á andar rumbo á San Hipólito, meditando adónde llevaría al cochero para deshacerse de él.

Llegaron así frente á la casa de Teodoro, y allí Garatuzá dijo al cochero:—Esperadme un instante, que voy á entrar aquí á ver si vive un amigo.

El carruaje se detuvo y Martín entró.

—Listos—dijo á Teodoro:—armaos, que os acompañen dos hombres de confianza, y salid á esperarme á la esquina de la Alameda.

—¿Pero qué hay?

—Haced lo que os digo, y sin dilacion.

Martín volvió á salir, y dijo como para satisfacer al cochero:

—Equivoqué la casa; no es esta la que buscaba.

Y siguieron andando: dieron vuelta á un callejon, y allí dijo Martín deteniéndose delante de la puerta de una de las huertas:

—Aquí.

—¿Pero qué hacia por aquí mi señor?—preguntó el cochero.

—Silencio, y no os deis por entendido; aquí tiene una mecita como una perla; voy á ver: dad la vuelta al coche mientras entro á avisarle.

El cochero se adelantó con el carruaje para tomar la vuelta, y mientras entró Martin á la casa.

—Señora—dijo á una vieja que encontró—¿teneis de venta un gallo?

—¿Un gallo?

—Sí; pero que sea viejo, porque es para remedio: os lo pagaré bien.

—Tengo uno; pero vale tres duros, porque es muy viejo, muy viejo—contestó la vieja, mintiendo por codicia.

—¿Y dónde está?

—Allá adentro; ¿quereis llevarle?

—No; mi cochero vendrá por él.

—Bien; que venga.

—Venid conmigo para que le lleveis.

La vieja salió hasta la puerta acompañando á Martin.

—Mirad—dijo Garatuza al cochero—seria bueno que bajáseis para sacar al viejito, que lo haríais mejor que yo; entretanto, yo tendré cuidado con las mulas.

—Muy bien—dijo el cochero;—al fin son mansas.

—¿Está adentro?—preguntó Martin á la vieja.

—Sí, señor. Yo llevaré al señor adonde está.

El cochero entró, y Martin se subió en la mula; y tan pronto como el hombre y la vieja desaparecieron, echó á caminar con el coche, que no hacia ruido porque en la calle no habia empedrado.

La vieja llevó al cochero hasta unos cuartos en el fondo de la huerta, y le dijo:

—Esperadme, que voy á traérosle.

El hombre se quedó parado y pensando.

—¡En qué cosas anda mi señor! quién lo hubiera creído! no sé cómo á su edad no tiene miedo de que le asesinen por aquí: en fin, yo debo ocultar á mi ama estas cosas, porque no vaya á suceder que se descomponga un matrimonio de tantos años.

—Aquí le teneis—dijo la vieja saliendo con un gallo en las manos.

—¿Pero qué es eso?

—El gallo viejo que quiere vuestro amo.

—Mala peste os mate á vos y á vuestro gallo, que yo no vengo aquí por eso, ni mi amo quiere tal gallo, que para nada necesita.

—¿Cómo se entiende, deslenguado y mal cristiano? ¿vuestro amo no es ese que quedó al cuidado de las mulas?

—Mi amo es el señor adelantado de Filipinas, que me han dicho que aquí se hallaba enfermo de accidente, porque aquí tiene una moza; y ese es al que busco.

—Mal háyais vos y vuestro amo, que mi casa es casa de pobres, pero honrada; y aquí ni él ni nadie tiene mozas, y vos quereis burlaros de mí, porque no está aquí mi marido; pero yo os enseñaré cuántas son cinco, que conmigo no se juega.

Y la vieja dejó el gallo y arremetió á un palo para dar sobre el cochero, que se ponía ya en actitud de defensa, cuando acertó á entrar un hombre viejo que venía de la calle.

—¿Qué pasa aquí, Matiana?—dijo el recién venido.

—Qué ha de pasar!—contestó la vieja furiosa—sino que este hombre y su amo, el que verías en la calle cuidando un carruaje, viendo que no estabas quisieron divertirse conmigo.

—Cálmate, hija, cálmate, que será alguna equivocación, porque tal carruaje de que me hablas, ni le hay en la puerta, ni en todos los alrededores le he visto.

—¿No está una carroza en la puerta?—preguntó espantado el cochero.

—No hay nada.

—¡Madre Santísima de Guadalupe!—exclamó; y echó á correr para la calle, tropezando con la bota y la espuela que usaban los cocheros.

Llegó á la puerta, y ni señas de por dónde se había ido el carruaje.

—Hacia ya largo rato que Martin había llegado á la Alameda; Teodoro le esperaba allí con dos criados.

—¿Don César no vino?—preguntó Garatuza.

—No.

—Pues subid, y decidme para dónde vamos: afortunadamente ya es de noche y no distinguirán bien que no soy cochero.

En efecto, iba ya oscureciendo.

—Seguid derecho—contestó Teodoro—hasta atravesar la ciudad por la calle de Tacuba adelante.

El carruaje caminó de prisa, y al cabo de una media hora, estaban del lado del Oriente.

—Aquí parad—dijo Teodoro.

Se detuvieron y bajaron del carruaje, que quedó encargado á uno de los criados.

—¿Podreis encontrar la casa?—preguntó Martin.

—Sí; debemos estar cerca, porque ya distingo la laguna—contestó Teodoro.

Comenzaron á caminar, hasta que el negro exclamó:

—¡Miradla!

—Bien; ahora con precaución—dijo Martin;—las armas

listas y seguidme, que voy por delante á ver si descubro algo.

Todos sacaron sus espadas y se fueron acercando á la casa con precaucion, procurando no hacer ruido.

—Estaban ya muy cerca y se detuvieron.

—No se oye nada—dijo Teodoro.

—Ni se ve luz—agregó Martin.

Siguieron observando, y el mismo silencio.

—¿Estais seguro de no equivocaros? ¿esta es la casa?—preguntó Garatuza.

—Mirad al derredor, á ver si hay por aquí otra—contestó Teodoro;—seguro estoy de que esta es.

—Acerquémonos.

Y llegaron hasta los muros de la casa.

—¿Por dónde vísteis á Esperanza?—preguntó muy bajo Garatuza al negro.

—Por una ventana.

—¿Dónde está?

—Pr el lado de la laguna.

—Vamos á ver.

Y como deslizándose por las paredes, llegaron á la ventana y se acercaron con precaucion á la reja: el aposento estaba oscuro y silencioso.

—¿Qué hacemos? nada se ve—dijo Teodoro.

—Pues al asalto por la puerta.

Y armándose de resolucion, se dirigieron á la puerta y la encontraron abierta.

Martin sacó una piedra y un eslabon y una pajuela, y encendió una torcida que llevaba el criado.

A la vacilante luz de la torcida que acababan de encender, Martin y Teodoro penetraron en las habitaciones; pero estaban enteramente desiertas; ni un vestigio habia queda-

do del paso por allí de las personas que en la mañana había visto el negro.

—¡Nada!—dijo.

—¡Nada!—contestó Martin.

—Quizá os habreis equivocado; no hay señal de que esta casa haya estado habitada hace mucho tiempo.

—No, no me equivoco, esta es la casa; mirad, en este ángulo estaba sentada la jóven, mas acá la vieja; por aquella ventana me asomé; por aquí me tiró el golpe con la daga: estoy seguro de que aquí estaban.

—Entonces os han conocido y se llevaron á la pobre Esperanza para otra parte.

—Es seguro.

—¿Qué habrán hecho de ella?

—Lo sabremos.

—¿Pero cómo?

—Buscando; quien persevera alcanza: aun no hemos echado mano del recurso de apoderarnos de alguno de los de la casa.

—Quizá sea el mas seguro.

—En fin, no perdamos el tiempo: vámonos, que ya aquí es inútil buscar.

Volvieron á salir, y se dirigieron adonde habian dejado el carruaje; subieron en él y se internaron en la ciudad.

En una de las calles oscuras del tránsito y ya cerca de la Alameda, dijo Martin, que llevaba las mulas:

—Aquí es preciso dejar este carruaje, porque es prestado.

—Me parece—contestó Teodoro.

Todos se bajaron, y el coche quedó en la sombría calle abandonado.

Cuando llegaron á la casa de Teodoro, encontraron á

Don César que los esperaba, como siempre, triste y silencioso.

—¿Qué habeis adelantado?—lès preguntó.

—Nada—contestó Martin.

—Nada—replió Teodoro.

—¿Ni esperanza?

—Ni esperanza.

—Yo he sido menos desgraciado que vosotros.

—Contadnos.

—No es posible aún; tengo un plan con el que espero rescatar muy pronto á esa jóven.

—¿Podeis comunicárnoslo?

—Ese es mi secreto.

—¿Y entretanto?

—Buscad vosotros por vuestro lado y yo por el mio; así es mejor.

—Como vos dispongais.

XXVIII.

De lo que habia pasado á Don César.

UANDO Martin y Teodoro salieron en busca de Esperanza, Don César tomó una capa y su sombrero, y se dirigió á rondar la casa de Don Pedro de Mejía.

Era indudable para él que aquella casa era el centro de todas las intrigas y de todas las maquinaciones; allí debia haber álguien de entre los criados que conociera la historia de Doña Esperanza y que supiera lo que habia sido de ella. Allí era donde Don César estaba seguro de averiguar la verdad.

Comenzó á pasear la calle con disimulo, esperando ver salir algun lacayo que le prestara confianza; la noche iba cerrando, y en una de las puertas de las casas que estaban frente á la de Mejía, le pareció á Don César observar á un hombre que acechaba, recatándose de los transeuntes.

Púsose entonces á examinarle desde lejos, y se convenció de que en efecto aquel hombre esperaba algo.

Como en aquellas circunstancias todo llamaba la atencion de Don César, dejó de observar la casa de Mejía, y no perdió ya de vista al hombre misterioso.

Largo tiempo estuvo este en espera y Don César en acecho; por fin, de la casa de Don Pedro salió un hombre que observó por todas partes si álguien le esperaba, y alcanzándolo á mirar al misterioso personaje que habia llamado la atencion de Don César, se dirigió hácia donde él estaba.

Pasó á su lado sin decirle ni una sola palabra; pero el hombre le siguió y se encaminaron ambos á una de las calles mas retiradas y mas solas.

Don César conoció á la persona que habia salido de la casa de Mejía; era uno de los lacayos, y entonces no dudó que el que acechaba la casa tenia en ella relaciones ocultas.

Se embozó en su capa, y destacándose contra las paredes y procurando ahogar el ruido de sus pasos, siguió á corta distancia á los dos hombres que se alejaban.

Llegaron los unos seguidos por el otro hasta un callejon triste y solitario, y allí los de adelante se detuvieron y Don César procuró con mucha precaucion acercarse para escuchar la conversacion.

Afortunadamente se creian solos y hablaban en alta voz.

—Mucho hay ahora que contaros—decia el lacayo.

—Como sea mucho y cierto—contestaba el otro, que al parecer era ya viejo—mucho tendré yo que pagar y tú que recibir.

—Pues cierto es todo.

—Habla.

—En primer lugar, teneis que saber que como os he dicho, la viuda Doña Catalina está ya en grandes amores con Don Leonel de Salazar, y aun se murmura entre los criados que puede eso parar en casamiento.

—¿Pero qué hace el Don Alouso?

—Ni dice ni hace nada.

—¿Él no tiene tambien amores con ella?

MARTIN GARATUZA.

—No sabemos; pero creo que no, porque de ser así tendría celos, cuando ahora se dice que protege á los amantes.

—¿Y la vieja?

—Debe traer entre manos algun negocio grave, porque hoy en la mañana salió en un coche de los de la casa, y la llevaron hasta cerca de la salida de la ciudad, por el lado de la laguna.

—¿Pero adónde fué?

—No sabemos.

—¿No preguntaste al cochero?

—Sí que le pregunté; pero esta mañana me contestó que le habian dicho en el camino que se detuviera; se bajó del carruaje la vieja y le mandó que se volviera, y que ella siguió á pié; y me cuenta el cochero que ya venia lejos y volvió la cara y todavía la vieja caminaba á pié con Guzman.

—¿Y luego?

—Guzman volvió dos veces á México y habló con Doña Catalina, y volvieron en la tarde á llevar el carruaje, y volvió la vieja con una mujer encubierta.....

—¿Pero quién es esa mujer?

—Eso no he podido averiguar.

—¿Imbécil! viviendo en la misma casa.

—Sí señor; pero está tan retirada, que nadie la ha visto ni la conoce.

—¿Qué mas sabes?

—No mas.

—Pues eso no vale nada.

—Señor.....

—Toma, y mañana mismo me das noticia de quién es esa mujer, y dónde está, y todo; ¿lo entiendes? de todo.

—Sí, señor.

El lacayo recibió un puñado de monedas de mano del hombre misterioso.

—Me voy antes de que me extrañen en la casa—dijo.

—Vete—contestó el otro.

—Y sin esperar mas, el lacayo echó á correr.

El hombre que le habia entregado el dinero habia dado algunos pasos, cuando Don César se presentó delante de él.

—Caballero—le dijo—perdonad que os detenga y escuchadme un momento.

—¿Con qué intenciones me deteneis?—dijo el hombre, dando un paso atrás y desnudando el estoque.

—No deben ser malas, cuando veis que no hago uso de mis armas—contestó Don César cruzando sus brazos.

A pesar de que la claridad de la noche no era muy grande, el hombre pudo notar muy bien que Don César le decia la verdad, y esto le calmó un tanto.

—¿Entonces, qué pretendéis?—preguntó.

—Tan solo que me hagais la gracia de hablar conmigo.

—Tengo casa y podíais haber ido á ella.

—Ignoro en dónde está.

—Puedo guiaros.

—Seria mejor hablar aquí.

El hombre miró á Don César con desconfianza.

—¿Por qué?—preguntó.

—Por no perder tiempo.

—Bien; decidme—dijo aquel hombre despues de vacilar un momento.

—Escuchad. Vos vigilais y rondais la casa de Don Pedro.

—¿Y eso qué os importa á vos?

—Ya vereis si me importa.

—Ved que no os doy el derecho de intervenir en mis acciones.

MARTIN GARATUZA.

—Ni yo lo desco; solo que, como vereis, debemos ser aliados.

—¿Aliados?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque vos necesitais saber lo que acontece en la casa de la viuda de Mejía y yo tambien.

—Averiguadlo por vuestro lado.

—Cuidaré de hacerlo; pero esto no impide el que quiera estar de acuerdo con vos.

—Pero yo no os conozco.

—¿Y yo os conozco á vos? Tenemos un negocio semejante, quizá con diverso interés, y nos unimos.

—¿Qué interés teneis?

—Os lo confesaré, para enseñaros á ser franco, y á no desconfiar sin razon; entre Don Alonso de Rivera, la viuda y la vieja, como vos la llamais.....

—¿Y cómo sabeis que la llamo así?

—Ya lo sabreis; entre los tres han logrado robarse á una jóven con el objeto de apoderarse de su herencia; yo busco el medio de encontrar á esa jóven.

—¿Y eso es cierto?

—Como haber Dios.

—En ese caso, yo os ayudo.

—Dios os premiará.

—¿Cómo habeis pensado hacer?

—Sacar á alguno de los tres y obligarle á confesar.

—Es mejor para eso la vieja.

—Lo creo.

—Pues yo lo haré; ¿cómo se llama la jóven robada?

—Doña Esperanza de Carbajal.

—¿La prima de Don Leonel?

—La misma.

—Yo os respondo de todo. ¿Qué parte tendré en la herencia si lo consigo?

—Diez mil duros.

—Está bien.

Los dos permanecieron en silencio por un rato, como no atreviéndose á decir lo que pensaban.

—¿Y bien?—dijo Don César.

—¿Y bien?—repitió el otro.

—Preciso será darnos algunas garantías mutuamente.

—Negocio es este en que no hay mas garantías que las que él mismo arroje de sí; os entrego á Doña Esperanza ó á la vieja y me dais el precio convenido; si no, ni una ni otra van á dar á vuestro poder.

—Conforme, á fe de César de Villaclara, para serviros.

—Conforme á fe de Baltasar de Salmeron.

—¿Y adónde nos veremos?

—¿Vuestra casa?

—En la calle de San Hipólito, en la casa del negro Teodoro.

—La conozco.

—Muy bien; un papel, un recado vuestro, y ocurriré adonde me digais.

—Pero ante todo, secreto.

—Secreto.

—Si la suerte hace caer en nuestras manos á Don Leonel de Salazar, yo dispondré de su suerte.

—A sola condicion de que yo disponga de la de Don Alonso de Rivera si llega á estar en nuestro poder.

—Convenido.

—¿Y cuándo esperais conseguir vuestro objeto?

—La vieja, espero que será mañana, y ella dirá en dónde ocurro por la doncella.

MARTIN GARATUZA.

495

—Entonces, adios, y buena fortuna.

—Adios, y buena memoria.

Y aquellos dos hombres como dos sombras, se separaron para ir cada uno á su destino.

Don César volvió á la casa de Teodoro.

Y Don Baltasar á la suya, pensando y saboreando la idea de que ya tenia un modo de hacerse de dinero, vengándose en la familia de Salazar y destruyendo los planes de Don Leonel.

Aquella misma noche disponian sus planes para el siguiente dia Martin y Teodoro, que no habian quedado satisfechos ni con sus pesquisas del dia ni con las promesas de Don César de Villaclara.

Don César, por su parte, los escuchaba con la mayor indiferencia; para él su mision sobre la tierra estaba terminada; no habia sabido amar y tampoco sabia vengarse: solo Don Alonso podia ya sufrir el castigo en cuanto al negocio de Doña Esperanza; auxiliaba á Martin y á Teodoro porque ellos se lo habian pedido y por tener algo en qué ocupar su corazon vacío.

XXIX.

Cómo se casó Doña Esperanza de Carbajal con Don Alonso de Rivera.

LA vieja Doña Catalina habia llevado á Esperanza á la casa de su hija con tanto misterio, que ni los criados supieron quién ella era, ni ella misma comprendió la casa en que estaba.

Una habitacion completamente aislada le habia sido preparada, y nadie, sino la misma vieja Doña Catalina, la cuidaba y la veia.

A su llegada allí, Doña Esperanza fué conducida por la vieja á una estancia en donde estaba preparada una magnífica cena; la vieja se sentó é invitó á sentarse á la jóven.

Doña Esperanza estaba débil y tenia hambre, y despues de su resolucion, su alma estaba triste pero tranquila: Do Leonel la habia engañado, habia burlado su amor; ella queria casarse, porque creia inocentemente que esto era un venganza y que el dolor habia de ser terrible para Do Leonel.

¡Pobres de las mujeres que se casan por despecho! ella sufren el dolor y ellas se ponen en el borde de un abism

para su virtud, abismo tanto mas peligroso cuanto que solo es poderosa para separarlas de él la misma mano por quien se creian impulsadas: en este caso la virtud de la mujer depende únicamente del hombre por cuyo amor han cometido aquel acto de locura.

Despues de comer algo, Doña Esperanza sintió la necesidad de dormir; se recostó en una cama y quedó sumergida en un profundo sueño.

Cuando la vieja la vió dormida, salió del aposento procurando no hacer ruido; cerró con llave la puerta por la parte de afuera, y se dirigió á la estancia en que se reunian á esas horas Don Alonso y Doña Catalina.

—Curiosa me habeis tenido en todo el dia, madre—dijo Doña Catalina al verla llegar.—¿Qué tal?

—Cuando os prometí—contestó la vieja—que yo lo arreglaria todo, era porque me creia capaz de cumplir lo que ofrecí.

—¿Y está arreglado?—preguntó Don Alonso.

—Perfectamente; Doña Esperanza está dispuesta á ser la esposa de Don Alonso de Rivera.

—Por muchos años—dijo Catalina sonriendo y haciendo una caravana á Don Alonso.

—¿Y para cuándo?—preguntó Rivera.

—Prisa os corre—contestó Catalina.

—Es que en eso—agregó Rivera—se interesan nuestros mutuos intereses.

—Eso dependerá de mi hija—dijo la vieja.

—¿De mí?

—Sí, con tal que me sigas ayudando como hasta ahora.

—Contad con ello.

—En ese caso, Don Alonso, disponed las bodas para mañana en la noche.

—¡Tan pronto! si apenas habrá tiempo.

—Pues mirad cómo teneis que componeros, porque si se pierde la coyuntura, no respondo.

—Lo procuraré.

—No, lo hareis, que os sobra dinero, y con él no hay dificultad ninguna en el mundo.

—¿Y qué tenemos que hacer?—preguntó Catalina.

—En primer lugar, disponer todo para el casamiento, incluso el vestido de la novia y sus arras, para mañana mismo; el sacerdote, las dispensas, todo, todo; preparando el oratorio al cura para la ceremonia, de manera que cuando yo os llame, ya no sea cosa sino de recibir la bendición.

—Eso Don Alonso; ¿y yo?

—Pues tú, mira: ¿á qué hora llega mañana Don Leonel aquí?

—Supongo que á las once.

—Escúchame bien: ante todo dispones que entre á esta misma estancia; luego harás que ningun criado esté por las habitaciones interiores; ¿comprendes?

—Sí.

—El objeto es el que yo pueda traer, sin que la vea nadie, á esa jóven, hasta ponerla tras esa cortina, para que vea y diga por sí misma lo que no quisiera.

—Entiendo, entiendo.

—Tú sabrás lo que le haces decir al primo; procura solo no olvidar que yo y ella os estamos mirando.

—No temais—dijo sonriéndose Catalina.

—Este será el golpe de gracia.

—¿Pero si ella pretende entrar, ó da un grito ó algo?

—No entrará, que yo cuidaré de sujetarla si gritare, l retiraré á tiempo, y tú dirás á Don Leonel que es la escl

va loca á quien pretendian hacer pasar por mujer de Don Pedro de Mejía.

—Muy bien pensado.

—Cuando yo decia—exclamó Don Alonso—que la señora es una alhaja!

—Ahora me voy con mi prisionera, y no saldré de allí hasta que todo esté dispuesto; cuando Don Leonel llegue envíame á avisar con el mismo Don Alonso; que me dé cuatro golpes en la puerta, y será la señal de que todo está dispuesto y de que puedo traer á mi paloma.

—Sí, señora.

—Buena noche y no olvidar nada.

—No, señora.

—¿Creeis—dijo Catalina á Don Alonso cuando se retiró la vieja—que á pesar de que no tengo con vos relaciones de amor, solo y quizá porque las tuve, siento una especie de celos, al ver que se acerca vuestro matrimonio con una mujer hermosa?

—Os lo creo—contestó Don Alonso—porque cuando os unisteis á Don Pedro, á pesar de que fuí yo quien preparó é inventó aquel matrimonio, sentí unos celos horribles, y es que nunca nos parece mas bella y mas seductora una mujer que cuando va á pertenecer á otro.

—Lo que es yo, me siento muy mal con este casamiento.

—No se hará, si así os place.

—¡Qué locura! despues de tanto trabajar, no casaros; pero tenga yo la seguridad de que sois siempre el mismo para mí.

—¿Podeis dudarlo?—dijo Don Alonso estrechando en sus brazos á Catalina, y atrayéndola hasta darla un beso.

—No lo dudo; pero vos que habeis sentido esto, supondreis lo que siento, y á fe que me avergüenzo; esto casi me parece ridículo.

—Catalina, no solo he sentido esos celos, sino que los siento aún: ¿creeis que no siento hervir mi sangre cuando veo llegar al Don Leonel y tengo que dejaros á solas con él?

—Ahora me toca deciros: le despediremos si gustais.

—Y yo os responderé: ¡qué locura! tengo yo la seguridad de que sois para mí siempre la misma.

—Parecemos unos niños.

—Cierto; pero es fuerza dejar algo al corazón; que caigan esos dos pichones, y ya despues veremos lo que con ellos se hace.

—Mañana es el dia decisivo.

—Mañana, hermosa mia; y si me dais permiso, me retiro, que tengo mucho que trabajar para arreglar esta boda, ó quizá estas dos bodas.

--Como gusteis.

—¿A qué hora esperais á Don Leonel?

—A las diez, y ya sabeis que mi madre os necesita.

—No faltaré, y lo que es mas, á esa hora estará arreglado ya todo lo de la parroquia, y el cura, etc., etc.

—Es preciso.

—Adios, alma mia, y espero que sereis conmigo siempre como siempre.

—Como vos conmigo.

Sonó un beso, y los dos antiguos amantes se separaron; no mas que Don Alonso bajó la escalera riéndose y Catalina se entró riéndose á su aposento.

Ambos se reian de sí mismos.

Al lado de Esperanza durmió aquella noche Doña Catalina, la vieja.

Doña Esperanza despertó temprano, como todo el que tiene grandes pesares: parece que el sueño se retira mas pronto cuando menos deseos se tienen de volver á la realidad.

Doña Catalina hizo servir el almuerzo á la jóven en el mismo aposento.

Serian las once de la mañana, cuando se escucharon en la puerta los cuatro golpes que la vieja esperaba.

—¿Qué es eso?—preguntó la jóven.

—Señora—contestó la vieja—aunque teneis dada vuestra palabra de casaros con Don Alonso, os he prometido yo que veríais á Don Leonel á los piés de la mujer á quien ama ahora; así, ni el mas ligero escrúpulo podrá quedaros.

Doña Esperanza se puso densamente pálida y vaciló en contestar.

—Venid, venid; armaos de valor, contened un momento la fuerza de vuestro espíritu; quizá de este momento depende vuestro porvenir: vale mas el desengaño mas cruel que la duda.

La jóven meditaba en silencio lo que debia hacer; temia encontrar la realidad, pero temblaba ante la idea de proceder con ligereza.

—¿A qué os decidís?—preguntó la vieja.

—Vamos—exclamó Doña Esperanza haciendo un esfuerzo.

—Bien, seguidme; pero os suplico que no hagais el menor ruido, que no hableis, que ni una exclamacion salga de vuestra boca, sea lo que fuere lo que vais á ver y á escuchar, porque seria yo perdida, y vos haríais un papel ridículo delante de Don Leonel y de su amada.

—Callaré, tened confianza.

La vieja abrió la puerta, y salió seguida de Doña Esperanza, que apenas podia caminar, presa de la mas terrible emocion.

Atravesaron así algunas habitaciones enteramente solas, sin ver á nadie y sin que nadie las viera; al entrar á una

estancia que estaba casi oscura, la vieja se volvió á Esperanza y le dijo:

—Ya estamos en la pieza contigua á la que ocupan los amantes; por Dios, silencio, y dadme vuestra mano, porque aquí está oscuro.

Doña Esperanza tendió la mano y entró á la estancia.

—Allí se percibían ya las voces de Don Leonel y de Catalina que hablaban en voz alta. Esperanza sintió que las fuerzas le faltaban, y tuvo que detenerse, apoyándose en el hombro de la vieja.

—Animo, señora—le dijo esta—ánimo.

—Le tendré—contestó Esperanza.

Y poco á poco, conteniendo aún el aliento, llegaron hasta la gran cortina de seda que cerraba una de las puertas.

Allí se percibía distintamente la conversacion.

—Aquí podeis oír y ver—dijo tan bajo Doña Catalina á la jóven, que ella casi lo adivinó:—acercaos—agregó atrayéndola.

Y Doña Esperanza vacilante, llegó hasta aquella cortina que la separaba del desengaño.

Temblando levantó la jóven uno de los pliegues de la cortina, y estuvo á punto de lanzar un grito de dolor y de sorpresa.

Doña Catalina, radiante de belleza y de placer, soberbiamente ataviada, escuchaba sentada en un gran sitial de ébano, tapizado de seda, las dulces y tiernas palabras que le dirigía Don Leonel, sentado á sus piés en un taburete.

Leonel tenia entre sus manos una de las de Doña Catalina, y la estrechaba contra su pecho, ó la cubria de besos.

Doña Esperanza, haciendo un esfuerzo supremo, se reprimió y procuró escuchar con tranquilidad.

—Don Leonel—decía Catalina—por mas que lisonjee mi orgullo y por mas que quisiera con toda mi alma, no puedo creer en vuestra pasion, en una pasion nacida casi casi de repente.

—Señora, no me desesperéis—contestó el jóven;—os amo, y jamás he mentido: ¿de repente decís que ha nacido esta pasion? ¿Y esto qué tiene de imposible? ¿no nace de repente el rayo en las nubes, y es por eso menos ardiente y menos terrible que si hubiera tardado un siglo en formarse? Catalina, decid que no me amais, que no quereis amarme, pero no que yo no os amo, ó que vos no lo creéis.

Doña Esperanza, tras de la cortina, se mecia agitada por la violencia de sus emociones, como una encina por un huracan; la vieja la contenia de una mano.

Doña Catalina, que adivinaba ya lo que estaba sucediendo, vió moverse la cortina y comprendió que era el momento de dar el golpe de gracia.

—Oidme, Leonel—dijo con dulzura;—¡cuán feliz seria yo creyendo en vuestro amor! pero es imposible. Si vos no hubiéseis amado nunca, si vos al menos no hubiérais tenido sino impresiones pasajeras en el mundo, quizá me haria yo la ilusion de que os habia causado una pasion violenta y terrible; pero vos habeis amado mucho, habeis amado desde vuestra niñez á Doña Esperanza, vuestra prima, y no es posible que esa imágen se haya borrado de vuestro corazon.

Doña Esperanza estrechó terriblemente la mano de la vieja, y escuchó.

—Doña Catalina—contestó Leonel—amé á mi prima cuando era jóven, cuando no sabia lo que era una verdadera pasion; la amé como ella me amó á mí, porque habiamos llegado á esa edad en que el corazon necesita del amor, y

ama lo que tiene delante, porque vivíamos casi juntos; pero aquel fué verdaderamente un sueño. un sueño del que despertando, me encuentro con la realidad, mas hermosa que ese sueño, que ese sueño que no fué sino un presagio de lo que me esperaba sobre la tierra.

—¿Y es verdad?

—Os lo juro.

—¿Y no debo inquietarme por el recuerdo de Esperanza?

—Como yo por el de Don Pedro de Mejía.

Doña Catalina pasó su mano por la cabeza de Don Leonel, y este la atrajo suavemente; el ruido del beso de los amantes impidió á Don Leonel oír un gemido que salió de detrás de la cortina.

XXX.

En el que termina el que trata del casamiento de Doña Esperanza.

DOÑA Esperanza no pudo resistir mas y cayó desmayada en los brazos de la vieja, que la retiró violentamente del lugar en que estaban.

Cuando volvió en sí, se encontró en otra estancia y sentada en un gran sitial, con una ventana abierta enfrente, y la vieja Doña Catalina haciéndole aire con un gran abanico chino.

—¡Ay, Dios mio!—exclamó la jóven sin comprender aún lo que sucedia.

—¿Qué tal, hija mia?—dijo la vieja—¿pasó ya el mal? ¿os sentís mejor?

—¿En dónde estoy? ¿qué me ha sucedido? ¿era un sueño?

—No, señora; afortunadamente no era sueño, y digo afortunadamente, porque ya vos comprendereis el peligro de que os habeis salvado. Ese Don Leonel.....

—No me habéis de él, señora; ese hombre no merece que yo le haya elevado hasta mi corazón.

—En efecto; su comportamiento ha sido muy malo, que no hay necesidad para enamorar á una dama, de decirle que otra.....

—Sí, teneis razon, podia haber amado á esa señora sin hablar nada de mí; bastaria con decir que ya no me amaba.....

—De modo que estais convencida.

—Lo estoy, lo estoy mas de lo que quisiera.

—En ese caso, no tendreis ya dificultad en dar vuestra mano á Don Alonso de Rivera, como me lo habíais ofrecido.

—Pero, señora, si no le conozco bien siquiera.

—Recordad vuestra promesa; aun estais en su poder, y todavía en buen camino para ser la querida de Guzman; tanto mas fácilmente, cuanto que ni la esperanza mas remota teneis del amparo que pudiera prestaros Don Leonel, vuestro antiguo amante.....

—Señora, os he suplicado que no me habéis de ese hombre; estoy dispuesta á casarme, pero que sea ahora, ahora mismo, en este momento, y antes de que otra cosa suceda, porque yo no sé si podré mantenerme en esta resolucion pasados estos momentos, para mí supremos.

—Se hará así como decís, ahora mismo; venid, venid.

Y la vieja, casi arrastrando, llevó á Doña Esperanza hasta su habitacion.

Llamó entonces á los criados, y dijo á uno de ellos:

—Avisad al señor Don Alonso que la novia está dispuesta; que si por su parte no hay inconveniente.

—Y Doña Esperanza, sin voluntad, sin resistencia, co-

mo presa de un sueño, fué sentada en un sitial, y rodeada de camaristas que la peinaban y la ataviaban, sin que ella dijera ni una sola palabra.

La vieja dirigia aquella operacion, y sin saber de dónde, Esperanza vió salir un trage de novia y un velo, y la corona de azucenas; y todo se le puso, y se encontró con el vestido de la desposada y llena de alhajas.

—Señora,—dijo una camarista entrando—el señor Don Alonso y los padrinos esperan á la novia en el oratorio.

—Vamos—contestó la vieja, echando sobre sus hombros un manton y tomando de la mano á Doña Esperanza.

La jóven la seguia como un autómata; tantas y tan terribles sensaciones habian como paralizado su razon; la habian vuelto indiferente á todo.

Llegaron al oratorio; el sacerdote revestido ya les esperaba, y Don Alonso acompañado de dos caballeros, salió á recibir á Esperanza y le ofreció su mano para llevarla al altar.

Don Alonso se puso al lado de la jóven, y un caballero y la vieja Doña Catalina sirvieron de padrinos del matrimonio.

Esperanza pronunció el «sí» de su consentimiento, casi con terror.

Terminó la ceremonia, y como era aún hora á propósito y Don Alonso queria no dejar pendiente requisito alguno, determinó que siguiera la de la velacion, y se arrodilló ante el altar al lado de la nueva esposa.....

.....
.....
.....

La visita de Don Leonel se habia prolongado; las horas vuelan para los enamorados, y siempre creen que se separan demasiado pronto.

—Don Leonel—decia Catalina—¿seríais capaz de casaros conmigo?

—Por supuesto, ángel mio; seria para mí la mayor felicidad vivir siempre á vuestro lado, adorándoos, llamándoos mia, mia para siempre.

—Debe ser tan bello casarse con una persona amada, debe ser tan grato ser del que se adora!

—Pero vos habeis sido casada.

—Pero no por amor. En este momento creo que hay en esta casa un matrimonio.

—¿De quién?

—Se enlaza Don Alonso de Rivera.

—¿Y con quién?

—Es un misterio para mí, porque me prometió revelármelo hasta el momento mismo de la ceremonia.

—¿Y no habeis ido siquiera por curiosidad?

—¡Ingrato! ¿podíais creer que perdiera un solo momento de vuestra compañía por algo en el mundo?

—Gracias, gracias; me haceis muy feliz.

—Esa es una historia muy curiosa: figuraos que la dama huyó de su casa con Don Alonso, y que él la ha tenido aquí hasta que arregló la boda.

—¿Y no conoceis ni de cara á la dama?

—No.

—Es curioso.

—Deben estar en este momento en el oratorio; ¿quereis ir á ver?

—No; tal vez se incomodaria Don Alonso porque descubriríais su secreto.

MARTIN GARATUZA.

—Ya no es secreto; ¿no os digo que él no quería que se supiera nada hasta la hora de la ceremonia, seguramente porque temía que la jóven tuviera parientes ó novio?

—Pues bonito papel hará el novio.

—Divertido: ¿conque vamos?

—Curiosita.

—Por vos lo hago.

—Pues vamos; dejadme tomar mi sombrero.

Doña Catalina guiaba y Leonel la seguía, aprovechándose de que no encontraban á nadie, para llevarla de la mano.

Entraron al oratorio; la misa estaba ya terminando, y no podían ver á los novios sino por detrás.

Acabó la ceremonia, y todos se agruparon en derredor de los recién casados.

—Vamos á verlos—dijo Catalina.

—No, mejor esperaremos en la puerta que salgan—contestó Leonel.

Y salieron al corredor á esperar á los novios.

Poco despues, á pesar de que Don Leonel estaba como encantado mirando á Catalina, oyó el ruido de la comitiva que se aproximaba. Volvió el rostro; los nuevos casados venían por delante, y Leonel reconoció á Esperanza en el momento en que ella los reconocía á él y á Doña Catalina.

Leonel lanzó un grito y se precipitó á su encuentro.

—¡Esperanza! ¿qué es esto? ¿qué es esto? ¿sueño?

—Caballero—contestó Doña Esperanza con una frialdad y una altivez que helaron la sangre de Don Leonel en sus venas—apartaos, que no os conozco, ni sé con qué derecho me deteneis.

—¡Esperanza! ¡Esperanza!—gritó como loco Leonel.

—Paso, caballero—dijo Don Alonso apartándolo.

Don Leonel se sintió indignado, pero no pudo ni lanzar ya una exclamacion, ni moverse siquiera.

Doña Esperanza, altiva y desdeñosa, se unió al brazo de Don Alonso, y se retiró sin mirar siquiera á su primo.

Cuando Don Leonel alzó el rostro, no estaba junto á él mas que Doña Catalina, que lo miraba amorosamente.

XXXI.

De cómo la vieja Doña Catalina oyó terribles verdades.

DOÑA Esperanza, con el alma destrozada, llegó hasta la cámara nupcial, seguida de Doña Catalina, la anciana, que había servido para formar todo aquel enredo, y de otras varias personas.

Don Alonso quería representar el papel de marido joven y apasionado, á pesar de la frialdad y esquividad de Doña Esperanza.

—Señora y esposa mia—la dijo—permitidme tomar asiento á vuestro lado, en este para mí el dia mas feliz de mi vida.

—Libre y dueño sois de hacerlo—contestó con indiferencia Esperanza—tanto mas, cuanto que aquí delante de estos testigos quisiera decir algo que me interesa.

—Hablad, señora; ¿qué cosa no haré por acomplaceros?

—De poca cosa se trata, señor.....

—Decidme esposo, Alonso si quereis; pero apartad de nosotros esas ceremoniosas palabras de señor, etc.

—Pues bien, Don Alonso.

—¿Otra vez, esposa mía? Suprimid el Don.

—Perdonad; eso lo hará el trato y la costumbre.

—Bien, esperaré, y ojalá sea pronto: ¿conque decíais.....

—Decia yo que supongo que tendreis para mí y para vos otra casa que no sea esta.

—¿Otra casa, Esperanza? ¿pero cuál casa? ¿acaso no es vuestra esta? ¿no sois su dueña y señora como única y universal heredera de vuestro padre D. Pedro de Mejía?

—Aun no he entrado en posesion de esa herencia.

—No le hace; vos sois dueña y señora de todo, y nadie se opone á ello.

—No importa; quisiera yo vivir en la casa de mi marido, en la que debe ser mi casa.

—Esperanza, mi casa, es decir, esa que ya es vuestra, no es digna de recibiros.....

—La habitacion del esposo es siempre digna de recibir á su esposa, cualquiera que sea la categoría de ambos, cualquiera que sea la distancia que los dividia antes del matrimonio.....

—Pero.....

—Creed que no admitiré disculpas; envid á preparar allá nuestras habitaciones, porque estoy decidida á no permanecer en esta casa ni dos horas mas.

—Pero, señora.....

—No quiero, no me conviene permanecer aquí por mas tiempo, ¿lo oís? y seria sensible para mí verme contrariada en los primeros momentos de mi vida y en una cosa tan justa como la que deseo.

Doña Esperanza habia tomado un aire de resolucion tal y hablaba con tanta firmeza, que Don Alonso no se atrevió á contradecirla, y contestó con resignacion:

—Sereis servida.

Don Leonel habia sido conducido por Catalina á uno de los salones de la casa, y á pesar de que Doña Esperanza estaba en la misma casa, como ésta era tan grande, unos en una ala del edificio y otros en otra, permanecian como independientes.

Don Leonel estaba sombrío, y no hablaba ni un palabra; Catalina le contemplaba tambien en el silencio.

Por fin ella se atrevió á hablar.

—Permitidme—le dijo—que os advierta, Don Leonel, que eso que conmigo haceis es muy poco galante, no solo para la mujer á quien hace poco jurábais amor eterno, sino hasta para una dama con la cual no os uniesen relaciones sino de simple conocimiento.

—Perdonadme, señora, teneis razon; conozco que he andado torpe y que teneis razon de sentirlo; pero hay acontecimientos que afectan de una manera muy profunda.

—Creia yo que ya no amábais á vuestra prima.

—Señora, perdonadme esta ruda franqueza; yo ereia tambien lo mismo, porque estaba seguro de mi amor.....

—¿Y os habeis equivocado?

—Ciertamente.

—¿Es decir que la amais aún?

—La amo y estoy desesperado.

—¡Caballero!—exclamó Doña Catalina levantándose furiosa—¿estais loco para hacerme á mí una confesion semejante?

—No sé si estoy loco, señora; pero no sé tampoco lo que me pasa.

—¡Caballero!

—Es la verdad, señora, es la verdad, y no me es posible fingir; en este momento siento que mi cerebro estalla.....

—¿Y el amor que me jurásteis?

—Señora, os amaba, sentia por vos pasion; pero amo á Esperanza, la amo, señora.

—¿Entonces era un capricho lo que sentíais por mí?

—No sé cómo explicaros esto.

—Caballero, hacedme la gracia de salir de mi casa—dijo Doña Catalina mostrándole la puerta con ademan terrible.

—¡Señora!—contestó Leonel levantándose pálido como un cadáver.

—Sí, salid de mi casa; jamás hombre alguno se ha permitido semejante cosa: salid, salid, y tened entendido que yo sabré vengarme de vos y de esa mujer.

—¿De ella? ¿y por qué?

—Porque ella es la causa de esta herida que haceis á mi orgullo; porque, ahora os lo confieso, habia llegado á amaros, á amaros de veras, como no habia amado nunca á nadie; porque habia yo consentido ya en ser algun dia vuestra esposa, sí, y por esa mujer que os ha olvidado, me injuriais: idos, Don Leonel; os aborrezco, os desprecio: idos, y cuidad de vos, porque me vengaré, os lo juro, me vengaré.

Y Catalina, agitada y con el rostro encendido por la ira, salió de la estancia, cerrando tras sí violentamente la puerta, y dejando á Don Leonel espantado de aquella fogosidad de pasiones que no conocia.

El jóven tomó su sombrero, y como un loco salió á la calle, sin saber adónde dirigirse.

Catalina entró á su aposento trémula y palpitante, se arrojó en un sitial y rompió en llanto.

¿Eran las lágrimas del dolor, ó las de la desesperacion? Ella misma quiso saberlo; pero pensó en que no volvía ver á Don Leonel, y el llanto fué mas abundante. Entonces comprendió su desgracia; estaba verdaderamente apasionada de Don Leonel.

Poco despues llamaron á la puerta; Catalina limpió sus ojos violentamente y procuró tomar un aire sereno y tranquilo.

—Que pasen—gritó.

La puerta giró sobre sus goznes, y la vieja Doña Catalina entró al aposento.

—Hija mia—le dijo—todo está terminado: Don Alonso de Rivera es, como lo viste ya, el esposo de Doña Esperanza ante Dios y los hombres, y gracias á mí, vosotros sois ya legítimos dueños de las riquezas de Don Pedro de Mejía.

—Me alegro—contestó secamente Catalina.

—¡Válgame Dios!—dijo la vieja—qué frialdad para recibir una noticia tan grande! Pues no creas que no ha costado mucho trabajo conseguirlo; la tal jovencita tiene un carácter de hierro, y estaba apasionada del Don Leonel con todas las fuerzas de su alma.....

Catalina necesitó hacer un esfuerzo muy grande para no volver á llorar.

—A no haber sido—continuó la vieja—por el ardid de que me valí, es casi seguro que haciéndola cuartos, todavía no se hubiera conseguido nada; pero los celos, ¡los celos! ¡oh! por los celos son los hombres y las mujeres capaces de hacer cualquiera locura.

—Es verdad—murmuró Doña Catalina, porque aquellas palabras de su madre contestaban á sus mismos pensamientos.

—Lo dices eso con un tono, que parece que tú tambien estás celosa: sea por Dios, aquí todos están locos; quizá se te meta á tí el demonio de tener celos de Doña Esperanza.

—¿Por qué? ¿por qué?—preguntó furiosa Doña Catalina,

como si su madre hubiera penetrado en su corazón y vinado lo que en él pasaba.

—Vaya, que estás hoy furiosa; pero ya voy creyendo que te has encelado por esa muchacha.

—¡Madre, por Dios!

—Lo dicho; á tí te pasó lo que sucede siempre: dices que ya no amabas á Don Alonso, y al ver que le perdiste te ha encendido la pasión, y das á conocer que le amas; así sucede, es la verdad.

Como aquello era lo que habia pasado á Don Leonel y Catalina lo sabia, las palabras de la vieja hacian un efecto terrible; parecia que eran estudiadas con propósito para hierirla por todos lados, para recordar lo que habia pasado con Don Leonel, para convencerla de que aquel hombre no podia amar á otra mujer mas que á Catalina.

—Así es el corazón—continuó la vieja—se apasiona y cuando no debiera, deja pasar la dicha á su lado sin advertirla y la desprecia; ama lo imposible, nunca encuentra lo correspondido; es el trabajador constante de su desventura y..... ¿pero qué es esto? ¿te pones mala?

En efecto, Doña Catalina se habia dejado caer decidida sobre una mesa que estaba á su lado.

—Cuidado, muchacha—decia la vieja procurando convencerla de que volviera en sí;—vamos, ¿qué, te has vuelto sensible? ¿lo menos lo temia yo? ¿Ha pasado?

—Si —contestó Catalina—fué un ligero desmayo.

—¿Pero qué es esto? ¿qué tienes? ¿ahora lloras? ¿qué te sucede? todo esto es muy extraño en tí: no me ocultes nada.

—Señora, soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada tú, ahora que eres rica? ¿cuando eres jóven y bella?

—Sí, soy desgraciada.

—¿Pero por qué?

—¿Creeis, señora, que ese Don Leonel me ha despreciado, y lo que es mas, me ha confesado que ama aún á Doña Esperanza?

—¿Y eso te apura? Vaya que eres tonta: tú, tan jóven y tan hermosa, puedes tener aún cien amantes mejores que ese mozuelo, y ahora rica, aun cuando estuvieses como yo, te sobrarian amantes: si yo no hiciera ya tan poco caso de todo eso, con lo que yo poseo, que no es ni la décima parte de lo que tú tienes, me alcanzaria para proporcionarme diez amantes, apuestos, jóvenes y buenos mozos.

—Pero, madre.....

—¿Ya tenias capricho por él? lo comprendo; yo tambien en mis mocedades tenia capricho por algun mozo de los de mis tiempos, y sin darme razon yo misma del por qué; pero estos caprichos me preocupaban, y como yo era tan guapa como tú, no paraba hasta que me salia yo con la mia: así es que no te desesperes; ese jóven volverá y caerá á tus piés; con tu cara y tu garbo no se resiste tan fácilmente un hombre: esa historia del casto José, solo porque está en la Biblia la creo; la verdad es que la mujer debe haber sido ó muy fea ó muy tonta; pero ahora ya no hay de esos Josés, y los hombres dicen que nosotros somos débiles; pero ellos.... ya, ya verás.

—No, madre, no es un capricho, os lo confieso; yo estoy enamorada de Don Leonel, celosa, sí, horriblemente celosa de Doña Esperanza.

La vieja soltó una carcajada de burla, que hizo estremecer

á Catalina, que como todas las mujeres, habia tenido su época de ser espiritual.

—Cosa mas divertida!—decia sin poder contener su risa la vieja;—¿tú enamorada? ¿tú, mi hija, criada en mi seno y educada con mis ideas? Vamos, Catalina; si no estás loca, no sé cómo tienes valor de decirme semejante cosa, á mí que sabes que no creo en esas pasiones de leyenda, y que te conozco á tí como que eres mi hija, y que te he criado y educado, y que te he visto cambiar de amantes como de trages.

—Es verdad eso por desgracia; pero tambien lo es que yo amo á ese hombre.

—Pero aun suponiendo que eso sea así, ¿qué te impide que tú tengas amores con él? Ni tú ni él sois casados; ya te habrás vuelto escrupulosa, sin recordar que tu padre mismo era un hombre casado, y no conmigo.

Por acostumbrada que estuviera Catalina al lenguaje cínicoy soez de su madre, sin embargo, en aquellos momentos le hizo una impresion dolorosa; la mujer vulgar estaba enamorada, y el amor la enaltecia; la Mesalina se tornaba en Magdalena.

—¡Por Dios, madre!—exclamó—no me habéis así, os lo ruego por Dios, no me habéis así.

—¿Pero qué es esto? no te conozco; pero si amas á ese hombre, no sé para qué demonio puedas quererlo.

—¡Madre!

—A no ser que te figures que pueda casarse contigo.

—¿Por qué no? si le amo, si él puede volver á amarme.

—¡Válgate Dios! ¿estás loca? ¿piensas que hay dos Pedros de Mejía? Vamos, Catalina, vuelve en tí, y confórmate con el papel que te ha tocado en el mundo, sin andar pensando en locuras.

MARTIN GARATUZA.

—Pero sí, yo seria muy feliz con ser su mujer—contestó Catalina con esa terquedad propia de los enamorados.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Crees, tonta, que ese hombre no sabrá lo que eres y lo que has sido, que si lo sabe antes no te tomará nunca por su mujer, y si lo sabe despues del matrimonio, no te arrojarán de su casa sus lacayos? ¿crees que no conozca á algunos de los muchos que te han llamado suya en México, que han gozado de tus encantos? Oh! desengáñate y no quieras volar mas que hasta donde puedas.

—Pero si él conociendo mi vida.....

—¡Locura! ¿se uniria contigo nunca cuando supiera que desde los quince años de tu vida estás entregada al vicio, y que desde esa edad comercias con tu hermosura?

—Decid mas bien—exclamó Catalina furiosa—que vos sois la que habeis comerciado conmigo, la que entregásteis mi virtud y mi inocencia, la que procuró corromper siempre mi corazon y mancillar mi espíritu como mancillásteis mi cuerpo: sí, vos, señora, que no habeis sido para mí una madre, porque no habeis visto en mí una hija, sino una mercancía para enriqueceros.

—Y tú tambien has enriquecido.

—Sí, yo tambien he adquirido á costa de mi honor, esas malditas riquezas, cuyo peso no conocia hasta este momento, porque me siento regenerada, señora, porque abro mis ojos á la voz de la verdad, porque comprendo que soy rica, pero que valgo menos que la esclava mas infeliz; porque con mil tesoros mas de lo que posco, no conseguiria volver á la inocencia ni á la virtud; porque pobre, miserable y cubierta de harapos, quizá conservaria la ilusion de ser la esposa de un caballero; no tendria que ocultarle mi nombre ni mi

historia. no bajaria mi frente con vergüenza delante de esa Esperanza á quien hemos hecho desgraciada, y que, lo confieso á mi pesar, es mas digna del amor de Don Leonel que yo; yo, que podré comprar amantes como vos decís, pero nunca inspirar una pasion ardiente y pura, una pasion noble: para mí los torpes placeres del amor, pero nunca el dulce goce del alma, del corazon, del sentimiento: estoy condenada eternamente al pecado y á la desesperacion.

—Catalina, tú deliras—le dijo la vieja, asombrada del giro que tomaban las ideas de su hija.

—Sí, deliro, deliro porque comprendo lo que encierra de terrible mi situacion; porque comprendo lo que soy, lo que valgo en el mundo: sí, señora, esto es lo que me hace delirar: ¿quién soy yo, madre? ¿quién soy? una mujer perdida, deshonrada, que cubre con el oro su vergüenza, que tiene que ocultar para unos su verdadero nombre, que tiene que ser Estela para Don Pedro de Mejía, que engañado le dió su mano, y que no puede dejar de ser Catalina para los demas: Catalina, la desgraciada, la dama de picos pardos, la mujer que ha vendido su amor, que ha comerciado con su belleza, que no puede ni aun alentar la esperanza de ser digna nunca del amor del hombre á quien ama por vez primera.....

La madre escuchaba sin atreverse á contestar aquel torrente de palabras; Catalina estaba como fuera de sí.

—¡Oh! y lo que es vos, señora, me enseñais el abismo profundo, inmenso, espantoso, en el que estoy sumida, en el que vos me hundísteis, sin mostrarme la luz siquiera de una esperanza: decidme, vos que recordais mi vergüenza y mi rubor con el primero de mis amantes, vos que desvanecísteis mis temores, vos que le ayudásteis á burlar mi candor, haciendo brillar á mis ojos sus joyas y el oro, que

me abandonábais á solas con él para que insensiblemente bebiera el veneno dulce de su seducción, ¿qué hago hoy? ¿qué hago para ser digna del hombre que amo? decidme, señora, vos que sois mi madre.

—El arrepentimiento—dijo como instintivamente la vieja.

—¿El arrepentimiento? ¡Oh! sí, lo sé, lo sé; el arrepentimiento me abrirá las puertas del cielo si persevero en él, si hay un Cristo que me sostenga en mi propósito; pero eso es la muerte, esa es mi despedida de la tierra, ese es el principio de la penitencia y de la austeridad; pero yo no quiero todavía el cielo, señora, porque amo á un hombre, ¿lo entendeis? porque daría todo mi ser daría mi alma porque ese hombre fuera mio, porque sin su amor no comprendo ni la vida, ni el cielo, ni la salvacion, porque me habeis perdido para el mundo y para la eternidad: yo amo á Don Leonel, y por él, por él no mas, no por el cielo, siento el haber pecado, porque sin sentirlo he llegado á adorarle; es mi Dios, es mi todo; él mueve mi corazon para aborrecer el cielo en que he vivido; sin conocerle, sin amarle, nunca hubiera pensado en esta contricion que siento por él, y si fuera capaz de perdonarme siquiera mis éxtravíos, si comprendiera lo que siento haberle ofendido antes de conocerle, ¡oh! seria yo muy feliz, aunque muriera en el acto. Dios mio, ¿por qué no conocí á este hombre cuando era pura? ¿por qué le he conocido ahora que no soy mas que una ramera, una infame?

Y Catalina, sofocada por aquel supremo esfuerzo de passion y de entusiasmo, cayó de rodillas en el suelo y se recostó en el asiento de un sitial, sollozando.

La madre espantada, la contemplaba en silencio; era la primera vez que el relámpago del remordimiento alumbraba aquel corazon endurecido por el vicio.

XXXII.

**En el que se prueba que una hija puede hacer la conversion
de su madre.**

CATALINA seguia llorando y sollozando, y como una estatua la vieja la miraba, haciendo entre sí terribles comentarios de aquella escena.

Despues de un largo rato, la jóven volvió el rostro algo mas sereno, y dijo con tristeza:

—¿Aun estais ahí, madre mia?

—¿Podia yo acaso haberte abandonado así? ¿no eres mi hija?

—¡Ah, sí!—exclamó Catalina levantándose—sois mi madre, porque solo una madre podia haber escuchado con paciencia cuanto os he dicho: deben haber sido cosas horribles.....

—Horribles, es la verdad; pero he sentido no sé qué en mi alma, he conocido que hay una realidad que yo me empeñaba antes en no ver; sí, he oido de tu boca cosas horribles, pero yo las merezco.....

—Perdonadme, señora, perdonadme, porque estaba loca, loca; soy muy desgraciada, mucho, muy desgraciada.....

Y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Hija mia, pobre hija mia, conozco todo el peso de tu infortunio; ven, consuélate, consuélate y perdóname, porque yo soy la causa de todo, alma mia.—Y Doña Catalina se sentó en un sitial y atrajo sobre su regazo á su hija y la sentó allí como si fuera una niña.—Yo soy la causa de todo, hija mia; ¿pero qué quieres? yo no tenia educacion, ni religion, ni nada, ni sé á quién debí el sér, ni conocí á mis padres; me crió un soldado, y en mi juventud los hombres usaron de mí como un instrumento de placer, y nada mas; y uno tras otro me abandonaban, y nunca creí en amor, ni en pasiones, porque estas eran para mí palabras sin sentido; no conocia ninguno de los goces del corazon, y pasó mi belleza, y me encontré pobre y despreciada: entonces creias tú, bella y sola tambien, y yo en mi vida quise encontrar lecciones para la tuya, y creí, y eso te enseñaba, que era todo en la vida cónservar con el placer la utilidad y ganar con las gracias y la belleza de la juventud oro para tener una vejez tranquila y no vivir en los últimos años con el amargo pan de la caridad, y pedir á un hospital un jergon y un Crucifijo para hacer el último trance.

—¡Pobre madre mia!

—Oyeme, óyeme hasta el fin: así te eduqué; creí que lo habia conseguido todo cuando te ví rica, y en los momentos mismos de mi triunfo, tu voz me dice: «madre mia, me habeis perdido; ¿para qué quiero ser rica si no puedo ser feliz? ¿para qué sirve el oro cuando se tiene el alma de cieno? ¿para qué voy á tener las comodidades del lujo, si el infierno está en mi corazon?»

—Perdonadme, perdonadme.

—No, no tengo de qué perdonarte; tú eres quien debe darme el perdón: Dios me entregó un ángel, y yo le vuelvo una mujer perdida.

—Madre, madre!

—Sí, una mujer perdida, Catalina; pero yo haré por tí cuanto quieras: ¿qué quieres que haga yo por tí, por ese Don Leonel? Por ahora sí creo en el amor, y en la pasión, y en todo, en todo.....

—¡Oh! así, así me gusta veros, abriéndome las puertas de la esperanza: ¿creeis que tendré remedio?

—Sí, mi vida; un arrepentimiento como el tuyo, que es capaz de borrar hasta la huella del vicio, que redime el alma delante de Dios, ¿cómo no ha de encontrar gracia delante de un hombre? Sí, creo que él se conmoverá cuando le veas, cuando le digas: «Don Leonel, por Dios no he hecho lo que hago por tí; si lo hiciera por Él, Él me miraría con amor: mírame tú siquiera con lástima.»

—Sí, sí, eso le diré, eso le diré—exclamó Catalina loca de contento—y me oirá, y su corazón, que es noble y grande, conocerá lo inmenso de esta pasión que me purifica y me engrandece, y me mirará siquiera, porque yo he nacido para amarle, para servirle, aunque sea como la más infeliz de las esclavas de su casa.

—¿Y esa joven, esa Esperanza?.....

—Ese será nuestro eterno remordimiento.... pero no.... ella le amó, ella le ama quizá..... que sufra, que sufra..... ante esa idea, ante el pensamiento solo de que se aman, siento brotar sangre de mi corazón. Me siento con las entrañas de una hiena y sería yo capaz de todo, porque pasan delante de mis ojos relámpagos de sangre y de fuego: ved qué haceis con ella; que no la vea yo nunca, que no oiga ni su nombre, porque me siento ahogar por los celos.....

—Ella ha determinado salir de esta casa é ir á vivir á la de Don Alonso: nada tienes que temer; sus relaciones con Don Leonel están rotas para siempre; un muro de bronce que yo cuidaré de conservar, se ha levantado entre ellos, y uno para el otro han dejado ya de existir.

—Mas vale así, para ella y para mí: ¿y creéis que no se verán, que no volverán á encontrarse?

—Lo creo, y estoy casi segura de que ella va á sepultarse en vida dentro del recinto de la casa de su marido; este matrimonio ha sido la señal del perpetuo retiro para ella.

—Dios lo haga: ¿y cuándo se va?

—Dentro de una hora cuando mas, y eso venia yo á avisarte, que voy con ella á dejarla instalada dentro de su nueva casa, para volver de nuevo á ayudarte en tus planes de regeneracion.

—Entonces id, madre mia, id, y activad cuanto antes esa marcha, porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que ella; ó yo ó ella debemos salir de aquí.

—Voy, y pronto, muy pronto estaré aquí.

La vieja salió, y Catalina se arrojó otra vez á llorar sobre un sitial.

Poco despues la puerta volvió á abrirse, y Doña Catalina se presentó cubierta con un manto.

—Hija mia—dijo—en este momento me voy ya á dejar á su casa á Doña Esperanza.

—Gracias á Dios, madre mia—contestó la jóven;—id, id, y volved pronto; pero por Dios, madre mia, á nadie refraís lo que ha pasado con esa jóven, ni los motivos del matrimonio.....

—¡Imposible!.....

—Si Don Leonel lo supiera, seria para mí la última ilusion que se desvanecia.

—No temas, Catalina; aun cuando me costara la vida, no diría yo nunca nada, te lo juro.

—Gracias, madre mia, me hareis feliz.

—Ojalá que pueda hacerte siquiera menos desgraciada!

Y Doña Catalina salió, dejando á su hija entregada á las mas profundas y tristes reflexiones.

Una carroza cerrada esperaba en el patio, y en ella entraron Doña Catalina, Don Alonso de Rivera y Doña Esperanza de Carbajal.

Los caballos partieron arrastrando el carruaje, y muy pronto llegaron á la casa de Don Alonso.

—¿Quereis que os aguarde la carroza?—preguntó Rivera á la vieja.

—No, que se retire; volveré á pié, y vos, si no os incomoda, me acompañareis; algo tendremos que arreglar.

El carruaje dió la vuelta para la casa de Don Pedro, y Doña Catalina y los nuevos esposos subieron á la casa de Don Alonso.

Como éste habia dicho, la casa de Rivera no estaba en estado de recibir á una novia tan jóven, tan bella y tan rica.

La casa de Rivera no era ya aquel magnífico edificio de la calle de la Celada, en que Don Alonso vivia con su hermana Doña Beatriz en los tiempos de su opulencia; no habia ni lacayos, ni carruajes, ni muebles suntuosos. Don Alonso habia llegado casi á la pobreza, y ostentaba lujo solo en su persona; su casa era una pequeña habitacion en la calle de las Atarazanas, con bastantes aposentos, porque todas las casas en México, y sobre todo en aquellos tiempos, eran grandes; pero esos aposentos estaban tristes, sin muebles, sin adornos.

—Esposa mia—dijo Rivera á Esperanza—¿veis con cuánta razon os decia yo que mi casa no era digna de vos?

MARTIN GARATUZA.

Esperanza no contestó.

—Pero qué quereis, hombre solo, sin familia, viviendo siempre en la casa de Don Pedro de Mejía, casi nunca me ocupaba yo de lo que aquí pasaba, y era para mí muy duro el llegar aquí: excusad, pues, todo esto, que ya trataremos de componer, y entretanto culpaos á vos misma de haber querido venir á habitar aquí, en lugar de vivir en vuestro palacio.

—¿Adónde está mi aposento, mi cámara?—preguntó Doña Esperanza sin contestar á lo que le decia Rivera.

—Nuestra cámara querreis decir—contestó con sonrisa maliciosa Don Alonso.

—No, mi cámara—repitió con altivez Esperanza.

—Decís bien—dijo Rivera;—la cámara y la casa son de la señora y no del marido: venid.

Y seguido de Esperanza y de la vieja, se dirigió á la que se habia dispuesto cámara nupcial, bien triste en verdad.

—Aquí la teneis, señora—dijo con galantería, dejando pasar por delante á su esposa.

Esperanza contempló desde la puerta aquella estancia sin penetrar en ella, y luego volviéndose á Don Alonso, con aire de mando le dijo:

—Don Alonso, esta es mi estancia, mi cámara, ¿lo entendéis? mi cámara, pero nada mas mia; desde este momento tomo posesion de ella y os prohibo dar un solo paso dentro de ella.

—Pero, señora.....

—Esta es mi voluntad, señor Don Alonso de Rivera.

—Pensad, señora, que sois mi esposa y que tengo derecho de penetrar aquí á cualquiera hora.

—Pienso que no entrareis nunca, que no me vereis mas que cuando yo salga de aquí y os lo permita, que no os acercareis á mí jamás, y que no tocareis ni la orla siquiera de mi vestido.

—Doña Esperanza!—exclamó la vieja.

—Es mi voluntad y se hará.

—¿Pero desde cuándo la mujer prohíbe á su marido acercarse y penetrar en su aposento?—dijo Rivera.

—Desde que los hombres se casan no con las mujeres, sino con sus riquezas: vuestra esposa es la herencia de mi padre; haced de ella lo que os agrade: en cuanto á mí, á quien no os habeis unido sino para tener un título á esa herencia, no os reconozco como esposo, porque bien sabeis que ni os amo ni os he amado nunca.

Don Alonso estaba asombrado, y Doña Catalina, impresionada por la reciente escena que habia tenido con su hija, caminaba de sorpresa en sorpresa, no hablaba una palabra, y solo pensaba en su interior:

—Estas muchachas no son como las de mis tiempos; comienzo ya á creer que existe el amor.

—Señora—dijo en alta voz Don Alonso y como tratando de tomar la autoridad de marido;—señora, debo advertiros que esto es ya demasiado y que he tenido sobrada condescendencia.

—Habeis hecho bien—contestó Esperanza—y espero que así será en lo de adelante, porque es el único camino que os queda.

—Os engañais, señora, porque sabré hacer respetar mis derechos.

—¿Vuestros derechos? ¿y cuáles pensais tener? ¿el título de esposo, de marido de una mujer que no os ama? Os engañais, Don Alonso; antes de casaros conmigo, podíais haberme sacrificado impunemente mandándome asesinar; entregarme á la torpeza de un ladron, venderme á él como su querida, deshonorarme; pero ahora todo es diferente; ahora tengo títulos para exigir vuestro respeto, para exigir y es-

perar que cuideis de mi nombre y de mi honra, que son los vuestros; ahora vos sois el que tiene que obedecer y que temblar, porque yo puedo denunciar vuestros crímenes, y la sociedad podrá preguntaros si intentais hacerme desaparecer: «¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?»

Don Alonso y la vieja se miraron: comenzaba ya á oscurecer.

—Don Alonso, os lo prevengo, no entrareis aquí jamás, ni me vereis ni me hablareis sin mi permiso; y en cuanto á vos, señora—dijo dirigiéndose á la vieja—salid de aquí, y en lo de adelante os prohibo presentaros en mi casa, bajo la pena de ser echada por mis lacayos. Don Alonso, haced que vengan unos criados para servirme, y buenas tardes.

Doña Esperanza se entró en su cámara, y cerró con un aire de soberano desprecio la puerta, que casi fué á chocar contra Don Alonso y Doña Catalina, que se habian quedado asombrados.





XXXIII.

De cómo toda Magdalena puede encontrar un Redentor.

LA noche habia comenzado á tender su manto por las calles de México, y entre aquella incierta claridad y entre aquella dudosa sombra, se vió salir, como recatándose de la casa de Don Pedro de Mejía, á una dama cubierta con un velo negro y envuelta en un gran manton, negro tambien.

Por la gallardía de su talle y por el garbo con que caminaba, los lacayos conocieron á la viuda de su amo, á Doña Catalina, que pasó entre ellos sin dirigirles una palabra, sin ordenar que la siguiese alguno, como era mas que costumbre en aquellos tiempos y en aquella hora.

Doña Catalina salió y atravesó resueltamente la plaza sin hacer el menor aprecio ni mostrar siquiera que oia las flores y las galanterías que le decian al paso los hombres de buen humor que encontraba por la calle, y que la tomaban por una dama de picos pardos que buscaba aventuras.

Profundamente preocupada Doña Catalina llegó hasta la

casa de Don Leonel de Salazar, subió las escaleras, y se mandó anunciar con un lacayo, no dando su nombre, sino solicitándole para una conferencia con una dama encubierta.

Don Leonel hablaba con su hermano el Padre Alfonso. Después de haber salido de la casa de Catalina despedido por ella y con el corazón despedazado por el matrimonio de Doña Esperanza, Leonel vagó por las calles de la ciudad sin encontrar consuelo, y casi instintivamente entró á su casa y buscó á su hermano.

Don Leonel estaba en una situación incomprendible aun para él mismo; sentía celos horribles por el casamiento de su prima; pero en medio de su despecho sentía por ella un amor y una ternura infinitas, que luchaban, por decirlo así, como la luz y las tinieblas; con una especie de pasión volcánica que se encendía en su pecho al recuerdo de la belleza de Catalina, á la memoria de su gracia, de su voluptuosidad: el combate entre el ángel bueno y el ángel malo de que hablan las tradiciones cristianas se trababa en su alma; no sabía quién triunfaria por fin: amaba á Esperanza con toda la fuerza de su espíritu, y ese amor, por lo mismo que era imposible ya, se habia vuelto en él mas ardiente; pero adoraba á Catalina con todo el fuego de su corazón, con todo el vigor de su cuerpo: no hubiera sabido qué contestar si le hubieran preguntado á cuál prefería perder, pero tampoco hubiera sabido decir cuál de aquellas dos pasiones era mas vehemente.

Don Leonel necesitaba contar á alguien lo que sentía, lo que pensaba; le era preciso desahogar sus penas en el corazón de un hermano ó de un amigo, porque hay veces en que el placer ó el dolor son de un peso superior al que puede sostener nuestro espíritu y necesitamos buscar quien nos yude á sentir.

Don Leonel refirió á su hermano cuanto pasaba en su alma, y cuantos acontecimientos habian tenido lugar en aquel dia.

—Pero hermano mio—decia Don Alfonso—parece increíble que nuestra prima Doña Esperanza, la hija de Doña Juana de Carbajal, criada en tanto recogimiento, se haya atrevido á tanto, se haya olvidado de ese amor que me has dicho que te juró tantas veces, para huir de su casa con un hombre viejo y de tan mala reputacion.....

—Y no lo dudes, Alfonso, yo la he visto ante el altar, yo la he visto pasar á mi lado orgullosa y serena, del brazo de su esposo, y cuando me he acercado á hablarla, á reconvenirla, ciego de admiracion y de celos, ella me ha apartado desdeñosamente, diciéndome «no os conozco.» Esto es infame, ¿es verdad, Alfonso? infame.....

—Al menos es incomprendible.

—No, eso no; yo sí lo comprendo, lo comprendo todo, todo; la codicia entró en el corazon de esa mujer, por no sé qué ligas misteriosas, Don Alonso de Rivera venia á ser una persona necesaria para Esperanza, en la testamentaria de Don Pedro, y ella por quitarse un obstáculo, por hacerse de un aliado, por encontrarse sin duda rica y poderosa, lo ha sacrificado todo, todo, mi amor, mi felicidad, su juventud, sus juramentos.....

—Leonel, quizá haya en todo esto algun misterio que no puedes tú alcanzar; no culpes á esa jóven, quizá habrá sido mas desgraciada que criminal.

—Hermano mio, la nobleza de tu corazon te lleva siempre á disculpar las faltas de todos, pero ahora esa benevolencia se engaña, si hubieras visto á Esperanza cómo iba satisfecha de sí misma; cómo me miró con desprecio, ¡oh! entonces no la disculparias, como yo no la perdonaré nunca!

—Somos crueles, Leonel, con los demas, y demasiado indulgentes con nosotros mismos: ¿qué contestarias á Doña Esperanza si ella hubiera sabido tus amores con Doña Catalina, si ella te hubiera reclamado la fe de tus promesas y tus juramentos?

Don Leonel bajó los ojos y cayó.

—Pero ya Doña Esperanza está perdida para tí; una vez unida á otro hombre, no te es permitido ni pensar siquiera en ella, ni recordarla; debes evitar un encuentro con ella: si la amaste no debes hacerla desgraciada; quizá ella te ame aún, quizá algun compromiso terrible la haya hecho dar su mano á ese hombre, y llore en secreto su pasion por tí; y entonces ¿será digno, será noble que tú te acerques á ella, que le dirijas reproches, que le recuerdes lo que debe olvidar para siempre, que la pongas en la espantosa situacion ó de morir de pena ó de faltar á sus deberes?

—No, nunca, nunca cometeré semejante vileza. Viva feliz y estaré contento.

—Así, así te quiero ver, hermano mio, con esos arranques de nobleza y de generosidad: si ella, como yo creo, te ama, y tú la amas tambien, haced un esfuerzo, sobreponeos, y quizá el tiempo y otro nuevo amor os hará olvidar vuestra desgracia.

—Me parece imposible.

—Nada hay imposible para Dios, y míralo patente; cuando era segura tu desgracia, y ya esa Doña Catalina interesaba tu corazon, y ya sentias por ella el principio de un amor que puede ser tu remedio.....

—Es verdad.

—¿Tú amas ya á Doña Catalina?

—Creo que sí.

—¿Y tú crees que es una mujer digna de tu amor?

—La verdad es que si no lo fuera, me sentiria yo el hombre mas desgraciado del mundo.

—Ese es un síntoma de amor; ¿conoces tú la historia de esa dama?

—Casi toda: es una muchacha pobre, pero de familia honrada, y casi noble, á quien unieron con Don Pedro de Mejía, sacrificándola á sus grandes riquezas; pero el candor y la inocencia brillan tanto en sus ojos azules, como en los negros ojos de mi prima Doña Esperanza.

—¿Y es bella? ¿y te ama?

—¿Bella? es un arcángel; y no sabria hacerte su descripcion, porque es una hermosura para vista y no para pintada: ¿si me ama? ¡ay! hermano; yo lo creia así; pero ya te he referido que me arrojó con indignacion de su presencia.

—Bien; pero eso, Leonel, no puede haber sido mas que un acto de los celos, porque fuiste inoportunamente franco con ella.

—¿Lo crees así?

—Sí, estoy seguro, y esta es la prueba de que te ama; y sin duda por su misma inexperiencia ha dado este paso: creete, Leonel, que otra mujer que hubiera tratado solo de engañarte, de divertirse contigo, de explotarte, no se hubiera mostrado tan indignada.....

—¿Y piensas que me perdonará?

—Una mujer perdona siempre que ama de veras y que está segura de ser amada.

En este momento la puerta de la estancia en que hablaban los dos hermanos se abrió, y un lacayo dijo sin pasar del dintel:

—Una dama encubierta que no ha querido decir su nombre, solicita hablar al señorito Don Leonel.

Los dos hermanos se miraron.

—Iré á verla—dijo Don Leonel.

—No—contestó el Padre Alfonso—hazla pasar aquí; yo me entraré al aposento que sigue; quizá tenga esta visita relacion con tus aventuras de hoy, con tu felicidad y con tu porvenir: espero en la estancia vecina; si necesitas de mis consejos, llama; el corazon me dice que te seré útil.

—Gracias, hermano mio. Dí á esa dama que pase.

El lacayo salió por un lado; el Padre Alfonso se retiró por el otro, y Don Leonel quedó solo, esperando á la dama.

Pocos momentos despues, la puerta se abrió lentamente, y la dama misteriosa penetró, volviendo á cerrar.

—¿Estais solo, Don Leonel?—preguntó la dama en voz muy baja.

—Solo, señora; entrad con confianza—contestó el jóven temblando de emocion.—¿Quién sois?

—Miradme.

—¡Dios mio!—exclamó espantado Don Leonel.—¡Catalina! ¡Catalina en mi casa!

—Sí, Leonel, en vuestra casa, porque necesitaba hablaros, necesitaba veros para pedirros de rodillas, si no vuestro amor, al menos vuestro perdon, porque no puedo vivir sin adoraros.

—Catalina—dijo Leonel exaltado y tratando de tomar una de las manos de la jóven—me haceis muy feliz.

—No me toqueis—exclamó Doña Catalina retrocediendo—no me toqueis, por Dios, porque entonces me seria mas espantoso despues vuestro desprecio; no os acerqueis á mí, no me hableis de vuestro amor, hasta que os diga quién soy, hasta que conozcais mi historia, Don Leonel, porque yo no soy digna de vuestro amor.

—¡Catalina! ¡Catalina! me espantais!.....

—Sí, Don Leonel—continuó con exaltación la dama y en voz muy alta—yo no soy lo que parezco; yo no soy una jóven honrada, pura, virtuosa; yo no soy la honesta viuda de Don Pedro de Mejía.....

—¡Catalina! callad, por Dios!

—No, no; escuchadme, escuchad hasta el fin lo que tengo que deciros; porque os amo tanto, que este secreto pesa como una montaña sobre mí corazón, y porque moriría antes que engañaros: yo soy una mujer perdida, que ha comerciado con su cuerpo y con su belleza desde su mas tierna juventud; yo he servido para lisonjear los caprichos de los jóvenes prostituidos y para juguete de las brutales pasiones de los viejos y ricos encenagados en el vicio; yo no debo traer este trage de viuda honrada y honesta, no; para mí los picos pardos de las mujeres públicas, los escandalosos tocados de las mulatas que viven del vicio: yo no soy una jóven virtuosa como vos habeis creido; soy una rame-ra, una infame, indigna de ser vuestra, indigna de vuestro amor, indigna de ser siquiera esclava de vuestra casa.

Don Leonel, verdaderamente aterrado con aquellas confesiones, con aquella ruda y terrible franqueza, con aquel lenguaje apasionado de Catalina, habia caido en un sitial y se cubria el rostro con las manos, sin atreverse á mirar siquiera á la jóven.

—Yo no quiero—continuó Catalina—ni referiros mi historia ni culpar á nadie de mi desgracia: yo vivia en el vicio..... y en el escándalo, y me presté á representar el papel.... de una jóven honrada con un hombre que me hizo su es....posa y que murió sin haberme llamado suya nunca; pero entonces no me arrepentia de nada, porque no os conocia á vos, porque no os amaba, porque no me habíais dicho vos nunca que me amábais, porque no comprendia yo que ha-

bia perdido la honra, que era la única llave que me falta hoy para penetrar hasta el santuario de vuestro amor y mi felicidad. ¡Oh! pero ya lo conozco, y soy muy infeliz: Don Leonel, por Dios, miradme, no apartéis de mí los ojos con disgusto; miradme á vuestros piés suplicando; no quiero vuestro amor, no, no quiero tanto, porque no lo merezco; no quiero mas que vuestro perdon por haberos engañado, y una sola de vuestras miradas.

—Catalina!—exclamó Don Leonel.

—¡Oh! Don Leonel, oidme y me perdonareis: yo no he sentido sino por vos el arrepentimiento, por vos solo siento cuanto malo he hecho en mi vida; sin haberos conocido, sin haberos amado, hubiera sido para mí indiferente todo: pues bien, Don Leonel, la Magdalena obtuvo su perdon del Salvador: si yo sintiera por Dios este supremo arrepentimiento de mis culpas que siento ahora por vos solo, Dios me perdonaria; y vos que me veis de rodillas, confesándoos con rubor mis faltas é implorando vuestro perdon, ¿me lo negareis, cuando es solo el perdon lo que solicito? ¡Don Leonel! ¡Don Leonel! ¿no habrá un Redentor para esta Magdalena?

—Sí le habrá—dijo solemnemente el Padre Alfonso penetrando en la estancia.

Doña Catalina retrocedió espantada á la presencia inesperada del Padre, y Leonel se arrojó á su encuentro abrazándolo.

—¡Hermano mio!—exclamó—soy muy desgraciado!

—Y ella tambien—agregó el Padre señalando á Catalina;—ella quizá mas que tú, hermano mio: acercaos, señora.

Doña Catalina obedeció instintivamente, y el Padre la tomó de una mano.

—Leonel—dijo con solemnidad—tú puedes no amar á

esta mujer, pero no abandonarla cuando vuelve á tí los ojos en su arrepentimiento; no la hagas tuya, pero ábrele, hermano, los brazos cuando busca tu perdon en su abatimiento.

Doña Catalina dió un grito de placer, porque los brazos de Leonel se abrieron, y cayó de rodillas abrazada á los piés del jóven, y derramando un torrente de lágrimas.

XXXIV.

En el que se da razón de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo
Don Baltasar de Salmeron.

Don Alonso de Rivera y Doña Catalina de Armijo quedaron pasmados con la violenta energía de Doña Esperanza. La jóven cerró con violencia la puerta de su cámara, y sus dos interlocutores se miraron entre sí con asombro, é instintivamente se retiraron de aquel lugar en que habian llevado una leccion tan ruda.

—¿Qué decís de todo esto?—preguntó Don Alonso.

—Digo que esa muchacha tiene una energía salvaje, y un genio tan fuerte que trabajos os mando para domarla.

—¿Pero creéis que siga esto así? porque ese aislamiento en que ella quiere colocarse, y esa prohibicion de que la toque y de que penetre en su habitacion, me convierte en el marido mas gracioso del mundo.

—Supongo que esa resolucion no se llevará adelante; las mujeres tienen á veces caprichos raros que es preciso no contradecir, y acaban por abandonarlos ellas mismas.

—Segun eso.....

—No insistais en nada vos; ella amainará: y si acaso descubris que se humaniza con vos, procurad entonces hacer el desdeñoso, mostrando que nada se os da de todo eso, y la vereis mas blanda que una madeja de seda.

—Pero entretanto esto no puede seguir así; yo soy su marido, yo tengo derechos.....

—¿Derechos? ¿pensais que á una mujer se la conquista con derechos? ¿suponeis que es una casa ó una heredad cuya posesion pretendeis tener? Desengañaos, Don Alonso; á no ser casos muy remotos, que yo no conozco, una mujer nada concede por violencia ni por fuerza, nada, quizá ni un beso; lo que no haga ó el amor ó la astucia, ni todos los derechos ni toda la fuerza del mundo lo conseguirá.

—Entonces, ¿qué camino me queda aquí

—La paciencia, la paciencia: ya es vuestra esposa.

—Bien, pero ya habeis visto.....

—Vamos, Don Alonso, que á mí no me salgais con esas; yo sé mejor que vos que por pasion no os habeis casado con esa muchacha, sino por interes de su herencia; eso lo habeis ya conseguido: decid ahora que al verla tan cerca de vos y en vuestro poder, os ha entrado un capricho y os creeré, pero no mas.

—Capricho ó no, tengo derechos.

—Torna con los derechos! yo os daria un medio muy sencillo para que todo quedara en paz.

—¿Cuál?

—Si quereis venir á casa, os daré un bebedizo que la dormirá de manera que no tenga mas voluntad que una piedra: en esto no quebrantais ninguna ley divina ni humana, porque es ya vuestra mujer.

—¿Y luego, cuando vuelva en sí?

—¿Qué? dará gritos, os reñirá, se mostrará desesperada;

MARTIN GARATUZA.

pero en vano; ni tendrá remedio, ni podrá quejarse á nadie, porque los mismos á quienes se queje, se reirán y os darán á vos la razon.

—Puede pasar á otros extremos.

—A nada, no seais tímido: además, yo os propongo lo que creo que puede hacerse: si no os agrada, adelante.

—Sí, sí me agrada; iré, iré con vos, que ningun mal puede seguirseme, y es un medio seguro, infalible.

—Y que os dará un rato muy divertido cuando podais decirle: esposa mia, yo no podia obedeceros, ni la ley ni mi corazon: me permiten veros como á una enemiga ¿qué que-reis? castigadme como os parezca.

Don Alonso soltó una carcajada.

—Vamos—dijo la vieja.

—Vamos—contestó Don Alonso.

Rivera tomó su sombrero y una capa, se sujetó su espada á la cintura, y salió de la casa al lado de Doña Catalina.

Estaba ya oscura la noche, y Don Alonso, entretenido en su conversacion con Doña Catalina, no observó un hombre que se destacaba de un zaguan de la acera de enfrente, y se puso á seguirlos.

Llegaban ya á la esquina Don Alonso y Doña Catalina, cuando el hombre que les seguia lanzó un silbido agudo y prolongado.

Volvió Rivera la cabeza, y en este momento cinco ó seis hombres se arrojaron sobre él y sobre la vieja, les pusieron mordazas, y les sujetaron con ligaduras de pié y manos en un momento y de tal manera, que no podian ni dar un grito ni hacer un solo movimiento.

Uno de aquellos hombres se desprendió y volvió con una carroza, en la que metieron á Rivera y á Doña Cata-

lina, y entrando dos de ellos tambien, el carruaje echó á caminar.

Despues de una media hora se detuvieron, y sacaron de la carroza á los dos prisioneros.

Daña Catalina se estremeció de horror: á la luz de una torcida que tenia encendida uno de aquellos hombres, habia reconocido la casa en que estaba; era la misma á que habian conducido á Doña Esperanza. La vieja creyó encontrar en esto la explicacion de aquella aventura; relacionó con esto el severo comportamiento de Esperanza con ella y con Don Alonso; pensó que era una venganza preparada sin duda por Don Leonel, y tembló.

En brazos de aquellos hombres fueron bajados del coche, pero separados; Don Alonso fué llevado á la pieza interior, y Doña Catalina depositada al pié de un árbol que habia fuera de la casa.

—¿Por qué será esto?—pensó ella—¿qué irán á hacer con él ó conmigo?

Todo se habia ejecutado con el mayor silencio: un hombre alto, enmascarado, y cubierto con una capa negra, dirigia la maniobra casi sin hacer seña alguna; parecia que los otros adivinaban su voluntad en sus ojos, que brillaban como los de un tigre, al través de su antifaz de terciopelo negro.

—¿Quién será ese hombre?—decia entre sí Doña Catalina;—no puedo adivinar quién sea; debe ser viejo, porque al través del embozo se escapan algunos mechones de canas de su barba.

Los que habian llevado á Don Alonso volvieron. Entontonces uno de ellos pasó un lazo por encima de uno de los brazos del árbol.

—¿Me van á ahorcar?—pensó la vieja, y se estremeció.

El hombre tomó uno de los extremos de aquel lazo, hizo un nudo corredizo, y se acercó á la vieja.

—¡Jesus me acompañe!—dijo ella interiormente.

Pero el hombre pasó la lazada sobre las dos manos atadas de Doña Catalina y corrió el nudo; luego se dirigió al otro extremo del lazo, y comenzó á tirar.

La vieja comenzó á enderezarse hasta que quedó de pié; siguieron tirando del otro extremo de la cuerda, y la levantaron del suelo, y quedó suspendida á dos varas sobre la tierra; pero esto le causaba terribles dolores en las manos y en los brazos, tanto por la posición de las manos como por la presión del nudo corredizo.

Hubiera gritado si se lo hubiese permitido la mordaza.

—Basta—dijo el hombre que mandaba.

Doña Catalina creyó que la iban á bajar; pero los hombres ataron el extremo de la cuerda en el tronco del árbol, y la vieja quedó meciéndose en el espacio.

Dió el hombre misterioso algunas órdenes en voz baja, y dos de los que le obedecían, se perdieron entre las sombras y volvieron á poco, trayendo entre ambos con dificultad un objeto pesado.

A pesar del dolor de sus manos, la vieja seguía con terror todos aquellos preparativos.

Los hombres depositaron en el suelo lo que traían, que era una gran piedra, y se dirigieron á Doña Catalina. En un instante le arrancaron las medias y el calzado, dejando sus piés enteramente desnudos.

Los amarraron fuertemente uno contra otro con la punta de una cuerda que estaba debajo, pero de tal manera tirante, que el cuerpo permanecía suspendido entre las cuerdas de las manos y las de los piés, sin que la vieja pudiera hacer el menor movimiento, ni levantar siquiera un pié.

Esa falda estorba—dijo el hombre;—quítad ese vestido.

Los que le obedecían arrancaron de la manera mas violenta la falda del vestido á Doña Catalina y la tiraron en la yerba.

—Quitadle la mordaza, dadme su vestido y retiraos todos á México; dejadme solo. Tú, Juan, no dejes de ir adonde te encargué.

—No, señor—contestó uno de los hombres.

Entregaron la vela al gefe, y levantando entre todos á uno para que alcanzase á la cabeza de Doña Catalina, le quitaron la mordaza y luego se retiraron en silencio.

El hombre se cercioró de que habian partido, y cuando creyó que ya iban lejos, porque se habia perdido el ruido del carruaje que se retiraba, volvió adonde estaba Doña Catalina, que se quejaba dolorosamente, y se quitó la capa para estar mas libre en sus movimientos.

—Ea, señora—le dijo con una calma horrorosa—ya nos hemos quedado solos y es fuerza que me refirais cómo fué esa desaparicion de Doña Esperanza de Carbajal; tengo curiosidad de saber esa historia, toda, entera y verdadera, y por vuestra misma boca.

—Yo os la contaré—dijo la vieja;—pero bajadme de aquí, padezco mucho.

—¡Oh! no soy tan tonto; no me contaríais nada entonces.

—Os juro que os lo contaré todo.

—No; hablad, hablad, y no perdamos el tiempo.

—En ese caso—dijo con energía la vieja creyendo salvarse—no diré nada mientras no me quiteis de aquí.

—¿No?

—No, y mil veces no!

—Entonces, yo os obligaré á hablar.

Y el viejo se acercó con la vela en la mano; Doña Catali-

na hizo un esfuerzo para ver lo que iba á hacer, pero no podía inclinar la cabeza.

De repente dió un grito agudísimo, sintió un terrible dolor en las plantas de los piés.

El viejo le aplicaba á ellas la llama de la vela que tenia en la mano.

Doña Catalina quiso moverse, quitar los piés, levantarlos; imposible.

Estaba atada de tal manera, que no podía hacer el menor movimiento, y no conseguia con sus esfuerzos otra cosa que aumentar el dolor de sus manos.

El hombre, con una tranquilidad asombrosa, paseaba la llama de un pié al otro, procurando hacerlo con tanta lentitud que fuera abrasando toda la planta.

Doña Catalina gritaba y rechinaba los dientes.

Cerca de un minuto duró esta operacion.

—Bien—dijo el viejo retirándose;—¿contareis?

—Infame viejo infernal, no, no; ahora nada, nada; mátameme si quieres.

—¿No?

—No; mátameme, viejo infame, asesino, asesino!

Y Doña Catalina procuró escupir al hombre, ya que no podía hacer otra cosa.

—Muy bien—dijo con calma el viejo;—ahora tiempo doble por la resistencia, y por la injuria de haber osado escupirme, tormento extraordinario.

Y volvió á llegar con la torcida á los piés de Doña Catalina, teniendo cuidado de avivar la llama.

—Vamos á ver; así como así, esto me divierte, y seria lástima que acabase tan pronto; tengo aún mucho que esperar para que lleguen unos amigos que aguardo.

La llama volvió á quemar los piés de Doña Catalina; pe-

ro ya era aquello una cosa horrible: las carnes casi ardian en algunas partes por sí mismas; comenzaban á descubrirse los músculos, que se torcian y se encogian y se ponian negros.

Doña Catalina gritó hasta que se quedó ronca, lloró y se desmayó; pero el hombre, como embriagado, como absorto en su horrible tarea, ni se cansaba, ni se enternecía, ni se demudaba; parecia una estatua de mármol, ó un sábio que estudiaba los progresos del fuego en un cadáver.

Varias veces, muchas, Doña Catalina ofreció contar al viejo lo que él queria saber, y aun comenzó el relato; el hombre no escuchaba, y seguia instintivamente su tarea de martirio.

Los piés de aquella desgraciada habian perdido su forma; eran unas masas negras, sangrientas, que goteaban sangre, que se encendian, que ardian por sí mismas.

La vieja, desmayada, estaba suspendida como un cadáver, insensible. El viejo retiró la torcida, y sus carnes siguieron ardiendo.

En este momento se oyó el ruido y las voces de varias personas que se acercaban.

El viejo se dirigió con su luz al encuentro de los que se llegaban. y encontróse con Don César de Villaclara, que venia conducido por el hombre á quien el viejo habia llamado «Juan,» y seguido de Teodoro y de Garatuza.

Doña Catalina, privada enteramente de sentido, habia quedado en la oscuridad, y como la llama de su torcida deslumbraba á los que llegaban, estos entraron á la casa sin apercibirse de lo que habia fuera.

XXXV.

**Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros,
y lo que se siguió despues.**

AQUELLA noche, Don César, Teodoro y Garatuza se habian reunido para hablar sobre la empresa que entre manos traian.

Teodoro y Martin estaban desesperados, porque nada habian adelantado en todo el dia; Don César, como siempre, indiferente y silencioso.

—Paréceme—decia Martin—que cada dia debemos ir perdiendo mas la esperanza de encontrar á esa pobre jóven.

—Yo solo confio—contestó el negro—en la promesa de Don César, porque no porque está delante, pero nunca da palabra que no cumpla.

Don César alzó la cara, miró á todos y calló.

—¿Aun esperais algo?—le dijo Teodoro.

—No solo espero, sino que estoy seguro de conseguir mucho.

—Pero ¿y cómo?

—Ese es mi secreto; tened confianza.

—¿Cuándo creeis tener alguna noticia?

—Esta noche.

—Me temo que os engañéis.

En este instante llamaron al zaguán de la casa.

—¿Quién podrá ser?—dijo alarmado Garatuza, que siempre andaba á vueltas con la justicia.

—Quizá será—contestó Don César—la noticia que esperamos; voy á ver.

—Si es la justicia, hacedme favor de contenerla—dijo Garatuza—mientras escapo.

Don César salió, y Garatuza, por precaucion, comenzó á quitarse la ropa para tomar un disfraz.

—Lo dicho—dijo Don César volviendo á entrar.

—¿La justicia?—preguntó Teodoro.

—No; la noticia esperada.

—¿Y cuál es ella?

—Tomad vuestros sombreros y vuestras armas y seguidme.

Martin se vistió precipitadamente, y todos salieron á la calle.

Subieron todos sin preguntar nada, y la carroza comenzó á caminar.

Durante el camino nadie habló palabra; de repente paró el carruaje, la puerta se abrió y el hombre y Don César, y Teodoro y Martin, bajaron y siguieron á pié el camino.

—Si no me equivoco—dijo el negro por lo bajo á Martin—vamos á la misma casa de la otra noche.

—Tal me parece—contestó Garatuza—pero sacaremos la misma piedra; quizá Don César ignora lo que pasó: ¿se lo decimos?

—No tal, dejémosle, que así se convencerá de que no son tan sencillas las cosas como él se figura.

—¡Calla! pues hay luz en la casa.

—Sí, desde aquí veo luz, y aun me parece que he oído gritos.

—Sería el viento, porque no se oye nada ya.

—¿Estamos cerca?—preguntó Don César al conductor.

—Cerca estamos—contestó el otro—que ya se ve la luz que tiene allí mi amo.

En esto llegaron á la casa y el viejo salió á recibirlos y los metió á la primera pieza.

Como el hombre tenia un antifaz de terciopelo, Martin y Teodoro no pudieron conocerle; sin embargo, apenas habló, dijo entre sí Garatuza:

—Conozco esta voz, y no de buen encuentro: ¿quién será este bicho? tiene mal aspecto.

El criado habia quedado fuera de la casa.

—¿Los señores son de confianza?—preguntó el del antifaz.

—Debeis suponerlo, puesto que los he traído.

—¿Podemos hablar?

—¡Claro! ¿Qué hay?

—Que podeis aprontar los diez mil duros del contrato.

—¿Dónde está Doña Esperanza?

—Aun no lo sé.

—¿Entonces?

—Aquí os tengo á Don Alonso de Rivera y á la vieja.

—¿Y qué dicen?

—A él aun no lo interrogo; en cuanto á ella, está renuente, y no confiesa á pesar de que algo le he apretado; pero queria esperar á que viniéseis para obligarla por medios mas violentos.

—¿Adónde la teneis?

—Afuera: venid á verla; quizá vos alcanzareis mas que yo.

El viejo tomó la luz, encendió dos ó tres torcidas mas, se las dió á los otros y salieron todos de la casa.

Don César y sus compañeros buscaban por el suelo; pero al llegar al árbol, el viejo les dijo levantando la torcida:

—Aquí está.

La luz bañó el cuerpo de Doña Catalina, y todos lanzaron una exclamación de horror al verle los piés, porque el fuego había atacado aun parte de la pierna.

—¿Qué es esto?—dijo Don César.

—Qué ha de ser! no queria confesar, y le apliqué la llama á los piés; pero ni aun así.

—Esto es horrible—exclamó Teodoro con indignación.

El viejo le dirigió al través del antifaz una mirada de tigre.

—Bajad á esa mujer—dijo Don César.

—En fin, haced lo que gustéis; corre ya de vuestra cuenta—dijo el viejo.

Teodoro desató la cuerda y comenzó á bajar á la vieja, que recibieron Don César y Martin en sus brazos.

El rostro de aquella mujer estaba espantosamente contraído por el dolor; aun estaban erizados sus cabellos, y en su boca habia una espuma sangrienta: el cuerpo estaba frio y rígido.

—Está desmayada—dijo Don César.

—¿Qué desmayada, muerta!—replicó Garatuza.

—¿Muerta?—exclamó Don César.

—Muerta—repitió Martin poniéndole la mano en el corazón y luego frente á la boca.

—¡Asesino!—dijo Teodoro.

—Regístradla, examinadla—dijo Don César;—quizá no haya muerto.

Martin volvió de espaldas el cuerpo de la vieja, que estaba ya en el suelo, y con su daga le cortó el justillo para quitárselo y darle mas libertad en caso de que estuviera viva;

pero al ejecutar esto, la espalda de la mujer se descubrió y apareció la marca roja de la familia de los Carbajales.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó Martin.

—Doña Catalina de Armijo—contestó el del antifaz.

Martin sintió como un rayo de luz en su cerebro y se arrojó sobre el hombre del antifaz y se lo arrancó, descubriendo el rostro de Don Baltasar de Salmeron: los demás le contemplaban sin moverse.

Martin arrastró á Don Baltasar hasta cerca del cadáver, y con voz ronca y cavernosa se lo mostró, diciéndole:

—Tu hija, miserable; es tu hija.

—¡Su hija!—exclamaron los demás, espantados.

—¡Mi hija!—dijo temblando Don Baltasar.

—Sí, tu hija, tigre; tu hija, la hija de tu crimen, la hija de Doña Isabel de Carbajal: ¿te acuerdas? mira, mira esta marca roja que tiene en la espalda: ¿no recuerdas á la madre, á la víctima de tus tenebrosas maquinaciones y de tus liviandades? De rodillas al lado de ese cadáver, pide perdón á Dios, porque vas á morir aquí mismo, en mis manos.

Don Baltasar se irguió, y con un movimiento rápido é inesperado, desenvainó el estoque y se lanzó sobre Martin; pero la mano de hierro de Teodoro le sujetó como á un niño, le arrancó el estoque y le arrojó de rodillas al lado del cadáver de Doña Catalina.

—Bien, Teodoro, bien—dijo Don César.

—Sí, dijo Martin sin preocuparse de lo que habia pasado; tú has sido el demonio encarnado de esta familia; tú deshonoraste á Doña Isabel de Carbajal; tú denunciaste á las tres hermanas, que murieron por tí en la hoguera; tú traicionaste á Don Leonel y á Don Alonso de Salazar; en fin, mónstruo, tú has vivido demasiado para poder matar á tu hija por medio de los tormentos mas espantosos.

—¿Y todo eso es verdad?—preguntó espantado Don César.

—Verdad, señor—contestó Martin;—os lo juro por Dios que nos oye, y al llegar á mi casa os daré las pruebas.

—Entonces esta noche será la de la justicia—dijo solemnemente Don César;—atad á ese hombre.

Don Baltasar hizo aún un esfuerzo por librarse de las manos de Teodoro y huir; pero era imposible, porque el negro era fuerte como un Hércules. Don Baltasar fué derribado en tierra, y á la incierta y rojiza luz de las torcidas y sobre el cadáver mismo de Doña Catalina, se empeñó una lucha horrible, porque Don Baltasar no queria dejarse sujetar y mordía y gritaba, hasta que por fin, Teodoro y Martin le aseguraron y le ataron con el mismo cordel con que habia hecho colgar á su hija.

El viejo no hablaba; rujía y jadeaba como un condenado en el infierno.

—Está ya seguro—dijo Martin.

—Traedle, y vamos á ver adónde está Don Alonso: esta es la noche de la justicia.

Martin se echó al hombro al viejo y siguió á Don César al interior de la casa.

El hombre que habia ido en busca de Don César, permanecía impassible á presencia de aquella escena.

—Se necesitan algunos instrumentos para sepultar ese cadáver—dijo Martin, señalándole el lugar en que yacia el de Doña Catalina.

—Adentro los hay—contestó el hombre.

—Tómalos, y haz una fosa.

—Bien, todo se hará; pero sepa yo cuánto voy ganando en esto, porque el hombre que habeis atado, me daba quinientos duros por ayudarle en todo, y todo lo he hecho yo.

—Los tendrás; pero vé á trabajar.

—Corriente.

El hombre aquel, cubierto también con un antifaz, encendió una torcida, sacó algunos instrumentos de labranza y se dirigió al jardín.

Don César, Teodoro y Martín, colocaron al viejo Salmoron en la misma pieza en que estaba Don Alonso.

Rivera abrió los ojos con espanto al ver aquella extraña comitiva.

—Quitadle la mordaza—dijo Don César.

Martín le quitó la mordaza, y Rivera respiró con fuerza.

—Don Alonso de Rivera—dijo Don César—¿me conocéis?

—¿Y á mí?—dijo Teodoro.

—¿Y á mí?—dijo Martín.

Don Alonso los miró fijamente, y luego exclamó:

—¡Teodoro!

—El mismo—contestó el negro.

Martín se puso entonces delante de él.

—¿Me conocéis?

—No recuerdo.

—Martín de Villacencio y Salazar, Garatuza.

—¡Garatuza!—dijo Don Alonso.

—¿Y á mí no me recordais?

—Creo que os conozco.

—Demasiado, por desgracia vuestra; soy Don César de Villaclara.

—¡Don César! ¡Don César!—exclamó entonces con pavor Rivera.

—Sí, el esposo de Doña Blanca, que viene á pedirnos cuenta de la víctima.

—¡Dios mio! ¿pero qué quereis de mí?

—Vuestro castigo.

—¿Pero qué os he hecho yo?

—¡Miserable! vuestra conciencia os responderá.

—¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?—preguntó Martin.

—¿Doña Esperanza, mi esposa?

—¿Tu esposa? ¡infame!

—Sí. está en mi casa; pero os juro que fué por su voluntad; no la he obligado yo: preguntádselo á Doña Catalina.

—¿A Doña Catalina? —dijo Martin:—escucha, escucha; ¿qué oyes?

Resonaban por fuera de la casa los golpes del hombre que cavaba la sepultura.

—¡Golpes! ¡golpes secos, como si cavaran la tierra!—contestó espantado Don Alonso.

—Eso es—continuó Martin;—cavan la sepultura para Doña Catalina, que ha muerto á manos de su mismo padre. de ese tigre de Don Baltasar de Salmeron.

Don Baltasar rugió y se revolcó en el suelo.

—¡Muerta! ¿y á mí me vais á matar tambien?

—Quién sabe; ya veremos.

—¡Por Dios! ¿qué quereis que haga? Si lo intentais por rescatar á Doña Esperanza, yo os la devolveré; no me he acercado á ella, no es mi esposa, no es mi mujer mas que de nombre; yo os la devolveré.....

Don Alonso temblaba de miedo.

Don César hizo una señal á Teodoro y Martin, y los tres salieron del aposento.

La fosa estaba ya dispuesta, y el hombre vino á dar aviso.

El cadáver fué depositado en ella, y la tierra cubrió aquellos restos.

Don César habló un momento en voz baja á Teodoro y

MARTIN GARATUZA.

á Martin, y luego éste, dirigiéndose al hombre enmascarado, le dijo:

—Seguidme.

Volvieron á penetrar á la estancia en que estaban Rivera y Salmeron.

Martin y el hombre de la máscara cargaron á Don Alonso, Teodoro alzó sobre sus hombros á Don Baltasar, y precedido de Don César, que llevaba una luz y los instrumentos que habian servido para cavar la fosa, se encaminaron para la orilla del lago.

Don César reconocia el terreno y parecia buscar el que estuviera mas sólido; por fin, encontró alguno que le pareció oportuno; crecia allí abundante la maleza.

—Aquí—dijo.

Los dos presos fueron colocados en el suelo, y Teodoro y Martin comenzaron á practicar dos agujeros en la tierra; no tenian la forma de una sepultura, sino la de un pozo.

—¿Qué vais á hacer con nosotros?—preguntó Rivera; pero nadie le contestaba.

Los pozos se profundizaban mas y mas, hasta que ya un hombre pudo caber dentro sin tener fuera mas que la cabeza.

—Ya están—dijo Teodoro.

—Pues á ello—contestó Don César.

Tomaron entonces á Don Alonso, y á pesar de sus movimientos convulsivos y de sus gritos, le metieron de pié dentro del hoyo.

Entonces comenzaron á llenar el hoyo de tierra, apretándola y enterrando á aquel hombre, del que no quedaba fuera sino solo la cabeza.

Nadie hablaba, y solo la víctima gritaba hasta perder el aliento.

Después le tocó su turno á Don Baltasar; pero no gritó, no habló, no pidió misericordia; sombrío y silencioso sintió llegar la tierra hasta el cuello; estaba como loco.

—¿Les ponemos mordaza?—preguntó Martin.

—Sí, para que no griten y puedan auxiliarlos—dijo Teodoro.

Martin puso las mordazas á aquellas dos cabezas; en seguida amontonaron sobre ellas yerbas secas para que no las pudiesen ver, y se alejaron.

Al llegar otra vez á la casa, el hombre que nada habia hablado, dijo á Martin:

—Mi dinero; os he ayudado hasta el fin.

—Primero te veremos el rostro para conocerte si nos vendes.

—Jamás he vendido á nadie.

—No importa, descúbrete.

—Lo mismo da—dijo el hombre quitándose el antifaz.

Apenas quedó su rostro descubierto, Teodoro lanzó un grito y se arrojó sobre él.

—¿Dime—exclamó—no eres tú el que vivias al lado de la barranca de la «Monja maldita?»

—Sí—contestó el hombre.

—Te llamas Guzman?

—Sí.

—¿Por huir de tí no cayó una dama en la ensenada?

—Sí; ¿y qué hay con eso?—dijo el hombre sacando con disimulo un puñal.

—Don César—dijo el negro—Martin ha dicho bien, esta es la noche de la justicia; este es el verdadero matador de Doña Blanca. Para Martin Don Baltasar; para vos Don Alonso; para mí este.

Y levantando el brazo antes de que Guzman hubiera po-

MARTIN GARATUZA.

557

dido hacer uso de su puñal, le hundió el cráneo de una puñada, y le tendió muerto á sus piés.

—¡Justicia!—dijo Martin—justicia, pero huyamos de este lugar maldito.

—Sí, vamos—contestó Don César saliendo. Teodoro le siguió, Martin se detuvo un poco dentro de la casa y luego los alcanzó; los tres volvieron á México apresuradamente.

Habian caminado un largo trecho, cuando un resplandor que salia del lugar que habian dejado, llamó su atencion.

—¿Qué pasa?—dijo Don César.

—Que antes de salir pegué fuego á esa maldita casa, contestó Martin.

Y siguieron en silencio su camino.

XXXVI.

**En el que Catalina y Don Leonel conocen que su situación
es mas triste que lo que ellos pensaban.**

Doña Catalina quedó casi sin aliento entre los brazos de Don Leonel y del Padre Alfonso.

Lloraba y sollozaba, pero de placer. Don Leonel la perdonaba; quizá no la amaria; pero alcanzar aquel perdon era ya demasiado para ella.

—Sentaos, hija mia, sentaos—dijo el padre Alfonso;— esas emociones violentas podrán haceros mal.

Catalina, sostenida por Don Leonel, se dejó caer en un sitial.

—Catalina—le dijo Don Leonel—el arrepentimiento borra las manchas del corazon, pero el mundo y la sociedad son exigentes; oidme, Catalina, aun hay un modo de salir de esta horrible situacion.....

—Decid, decid—exclamó Catalina.

—Quiero que mi hermano escuche, porque espero de su prudencia y de su sabiduría que ilumine mi alma en estos momentos.

—Habla, Leonel—contestó el padre Alfonso—y Dios quiera inspirarme para daros un consejo saludable.

MARTÍN GARATUZA.

—Doña Catalina—dijo Leonel—respondedme en nombre de Dios la verdad en lo que voy á preguntaros, como si estuviérais ante el Supremo Juez de vuestra vida.

La jóven, impresionada por el tono solemne de estas palabras, se levantó de su asiento y se puso de pié.

—Catalina, ¿creéis que vuestra felicidad consiste en vivir á mi lado?

—Sí, sí—contestó con exaltacion la jóven.

—¿Y os sentís fuerte contra vuestras pasiones y vuestros instintos, para ser bajo mi mismo techo una mujer virtuosa?

—Os lo juro, lo juro, lo juro—contestó Catalina.

—Bien—continuó el jóven:—ante todo debo advertiros, aunque haga pedazos vuestro corazon, que yo no puedo dejar de amar á Esperanza; pero como este amor es ya imposible, criminal, como ya nada me liga á la tierra, quiero vivir para haceros feliz, porque si el cielo no cierra sus puertas al pecador arrepentido, yo no os puedo cerrar las de la felicidad, si de mí depende: iremos á vivir lejos de aquí, en otro país, bajo otro cielo, en donde nadie nos conozca, en donde vos podais ocultar vuestro nombre y vuestra historia, y yo mi dolor, mi nombre y mis desgracias: ¿quereis?

Catalina cayó de rodillas á los piés de Don Leonel: un paraíso se abrió ante sus ojos, el porvenir se mostraba lleno de luz, de vida, de color: aquel hombre no solo la perdonaba, sino que la llamaba á vivir á su lado, bajo su mismo techo; aquello era mas de lo que ella habia soñado. Ni el recuerdo de Esperanza turbaba su felicidad. Don Leonel la amaba, pero con el tiempo podia ella hacérsela olvidar, hacerse amar, volverse digna de aquel hombre por quien sentia lo que jamás habia sentido.

Don Leonel alzó á Catalina y la volvió á sentar en el sitial.

--Entretanto es preciso que volvais á vuestra casa--dijo Don Leonel.

--Volveré--contestó con humildad Catalina.

--Y que guardéis el mas profundo secreto.

--Callaré--dijo la jóven.

--Evitaré el ir á vuestra casa y veros.

--Pero, señor.....--exclamó ella con acento de súplica.

--Es preciso--dijo el padre Alfonso.

--Obedeceré, y se hará en todo cuanto vos dispongais; espero en el porvenir la felicidad.

--Bien; ¿habeis venido sola?--preguntó el Padre.

--Sí, señor--dijo la jóven.

--En ese caso, haré que dos lacayos os acompañen.

En el tono con que el Padre Alfonso dijo esto, comprendió Catalina que era una órden, y se levantó y se cubrió con su velo.

El Padre se dirigió á la puerta, pero en vez de ser Doña Catalina la que salia, fué Don Nuño de Salazar el que penetró en la habitacion, con aire severo y sin descubrirse.

Don Leonel, su hermano y la jóven quedaron como avergonzados.

--Señores--dijo Don Nuño--sois mis hijos; y bien que por vuestra edad y por vuestras profesiones sois dueños de vuestras acciones y conciencia, vivís en mi casa, ¿lo escuchais? en mi casa, honrada siempre, y en donde nunca se han visto entrar damas encubiertas, y á deshoras menos: ¿lo oís?

--¡Padre!--dijo Don Leonel.

--Señor, ¿suponeis.....--dijo el Padre Alfonso.

--Nada supongo--dijo con severidad el anciano--que me horrorizaria de suponer nada en vuestra edad y vuestro estado; pero esto es un escándalo, por mas que me jureis la pureza de vuestras intenciones.

MARTIN GARATUZA.

561

—¡Señor!—exclamaron los dos hermanos.

—Silencio; que aquí yo mando, yo soy el padre, y aquí nadie levanta la voz. Señora, descubríos.

—¡Padre!—dijo Leonel;—á una dama, en mi casa!

—Podrá ser una dama, aunque los pasos en que anda no lo prueban; pero que esta sea vuestra casa, no lo creais; lo era cuando por honor del padre los hijos no abusaban trayendo aquí damas encubiertas; ahora solo es mia: ¡señora, os mando que os descubrais!

—¡Padre, por Dios!—dijo Don Leonel interponiéndose entre el anciano y Catalina.

—Quitaos, digo—repitió el anciano—y de lo contrario os haré entender que soy vuestro padre, y que aunque viejo, me sobran fuerzas y energía para hacerme respetar.

Y los ojos de Don Nuño centellaban de furor, y su rostro estaba encendido, y comenzaba á temblar su voz.

—¡Padre mio! reportaos, por Dios!—dijo el Padre Alfonso acercándose.

—Apartaos—contestó Don Nuño:—señora, descubríos.

La jóven vaciló, y Don Nuño iba ya á lanzarse sobre ella, cuando el Padre Alfonso dijo:

—Descubríos, señora, os lo ruego.

La dama alzó su velo, y Don Nuño la miró fijamente.

—¡Ah! muy jóven y muy bella sois para andar en estas aventuras!

—¡Padre! por piedad, no la insulteis!—dijo Don Leonel.

—Señora, ¿cómo os llamis?—preguntó Don Nuño, sin atender á las razones de sus hijos.

—¡Esto mas, señor? ¡Por Dios!—decia Don Leonel.

—¡Vuestro nombre, señora, vuestro nombre! Necesita cada uno saber el nombre de las personas que entran á su casa: ¡vuestro nombre, os digo! ¡contestad!

Don Leonel estaba densamente pálido, y la jóven temblando, y sin poder resistir el fuego de las miradas, las palabras del anciano, contestó tímidamente:

—¡Catalina de Armijo!

—¿Cómo?—dijo Don Nuño, dando un paso atrás como si hubiera pisado una víbora;—¿cómo? Repetid, repetid.

Los dos hermanos estaban espantados del efecto que aquel nombre habia producido en su padre.

—¡Catalina de Armijo!—repitió la jóven.

—¿Y vuestra madre, vuestra madre, cómo se llama?

—Catalina de Armijo tambien—contestó la jóven.

—¿Y vuestro padre?

—Nunca lo he sabido.

—¿Teneis otros hermanos?

—No señor, yo he sido la hija única de mi madre.

Don Nuño, sin que nadie hubiera podido preverlo, se lanzó adonde estaba la jóven, y tomándola de la mano, casi la arrastró hasta cerca de la bujía.

Allí sin ceremonia alguna, sin miramiento de ninguna especie, sin que se lo pudieran impedir ni la misma jóven, ni los hermanos que estaban inmóviles por el asombro, la volvió de espaldas á la luz, y con un movimiento convulsivo, rasgó el vestido de la jóven, descubriendo la espalda blanca y mórbida como si fuera de alabastro.

En aquella espalda blanquísima se descubria una llama pintada con sangre; la marca de la familia de los Carbajales.

Don Nuño lanzó un grito, y volviendo de frente á la jóven, la contempló un momento con ojos extraviados, y luego la estrechó entre sus brazos, gritando:

—¡Hija mia! ¡hija mia!

—¡Su hija!—exclamaron los dos hermanos con espanto.

MARTIN GARATUZA.

—¿Mi padre vos?—dijo Doña Catalina desprendiéndose de sus brazos.

—¡Sí, tú eres mi hija! ¡mi hija! tú eres mi hija, que te he buscado tanto, que creía haber encontrado en Doña Esperanza. ¡Oh hijos míos! Leonel, Alonso, abrazad á esta jóven, porque es vuestra hermana.

Catalina miró á Leonel con asombro, como si quisiera volverse loca; despues dirigió su mirada á Don Nuño, cerró los párpados, lanzó un gemido, y cayó desmayada.

Don Nuño comprendió que algo terrible pasaba allí, porque Don Leonel habíase abrazado del Padre Alfonso y estaba como desvanecido.

Entonces aquella idea le preocupó mas que el accidente de Catalina; un mundo de ideas se alzó en su cerebro, y sin atender á la jóven que yacia en el suelo, se precipitó sobre Don Leonel, y sacudiéndole fuertemente de un brazo, le dijo con ronca y entrecortada voz:

—¡Leonel! ¿tendré que llevar un remordimiento mas á la tumba?

—¡No, padre mio!—contestó Leonel;—vivid tranquilo, ya que ella va á ser tan desgraciada.

—Leonel, no me engañes para calmarme.

—Os lo juro por la memoria de mi madre.

—¡Dios te haga feliz, hijo mio! ¡yo te bendigo!

Y arrodillándose en el suelo, levantó cuidadosamente á Catalina, y la apoyó contra su pecho.

—Pronto, Leonel, llama á los criados; dame agua aunque sea: esta niña se muere.

Leonel salió precipitadamente, y el Padre Alfonso se arrodilló tambien al lado de Catalina y le tomó una mano.

—No temais—dijo—no temais, padre mio; es un des-

mayo; Dios no ha de querer arrebatáros á vuestra hija en el momento mismo en que la recobrais.

—¿Tú lo crees, hijo mio? ¿tú lo crees?

—Sí; mirad, ya abre los ojos, ya respira con mayor facilidad; mirad, mirad.

En efecto, Doña Catalina abrió los ojos, y lo primero que llamó su atención, fué Don Leonel que entraba.

—¡Ah! ¿sois vos, Don Leonel?—exclamó;—he tenido un sueño espantoso: soñaba.....—Entonces alzó su cara, y miró á Don Nuño.—¡Dios mio!—gritó—¿conque no es un sueño? ¿conque es una realidad?..... ¡Oh! soy muy desgraciada! ¡muy desgraciada!..... ¡Dios mio! ¿merecen esta pena mis pecados?

Don Leonel no se atrevia ni á moverse; Don Nuño lloraba, y su llanto caía sobre la frente de la jóven y resbalaba sobre su rostro.

Seguramente el Padre Alfonso era el único capaz de hablar, y habló.

—Catalina, hermana mia—dijo—por pruebas terribles quiere Dios que pase vuestro espíritu; el fuego del dolor debia purificar vuestro corazon y hacer brotar en vuestro pecho el inmenso raudal del arrepentimiento: hace un momento os contentábais con solo el perdon de Leonel; ahora ese hombre es vuestro hermano, ahora encontrais un padre, ahora vuestro arrepentimiento será perfecto, porque es para Dios y no para el mundo; vuestra alma sacude las cadenas del vicio, el cielo os brinda con sus eternas venturas; aceptad con gusto la corona del martirio, vivid para Dios y para vuestro padre; perded la memoria de lo que pasó, ya que en medio del camino de la miseria suena para vos la hora de redencion: ¡hermana mia! Dios que os envía dolor tan grande, no podrá negaros el esfuerzo para resistirle; acer-

MARTIN GARATUZA.

565

caos á él y pensad en el cielo, ya que la tierra no os ha dado mas que cieno y espinas.

Doña Catalina habia seguido con el alma las palabras del Padre Alfonso, su rostro habia comenzado á cambiar de aspecto, las sombras de la desesperacion sombría que lo nublaban, iban como disipándose, y los ojos comenzaron á tener ese brillo y esa humedad que anuncian el llanto, y cuando el Padre Alonso acabó de hablar, la jóven, que se habia ido incorporando poco á poco, estaba ya de rodillas con la mirada fija en un cuadro que representaba á la Virgen y que segun la costumbre de aquellos tiempos, estaba en la cabecera de la estancia, con dos velas de cera que le encendian cada noche.

—Madre mia, madre mia—dijo Catalina aizando sus manos á la Virgen—dame fuerza y resignacion para sufrir.

Y luego, cubriendo su rostro con ambas manos, comenzó á derramar un torrente de lágrimas, que salian entre sus blancos dedos como una lluvia de diamantes.

XXXVII.

Se ve lo que determinaron é hicieron Martin, Don César y Teodoro.

CUANDO Don César y sus compañeros llegaron á la casa de Teodoro, era pasada ya con mucho la media noche.

Sin embargo, en la casa esperaban, porque llamaron apenas, cuando se abrió la puerta y encontraron luces, como si fueran las nueve ó las diez.

Se entraron los tres á una estancia y allí se encerraron.

—Por este lado—dijo Teodoro—creo que hemos hecho ya lo bastante.

—Y mas de lo que esperábamos—replicó Don César;—Martin dijo que era la noche de la justicia, y lo ha sido.

—Pero aun falta algo—dijo Martin.

—¿Qué?

—Sabemos en donde está Doña Esperanza, la hemos libertado de sus tiranos y de sus enemigos; pero ella no lo sabe, y es preciso comunicárselo, verla, decirle que está libre, que ya no existen sus perseguidores, que el hombre que la hizo su esposa por fuerza no reclamará ya sus derechos de

marido; en fin, que es rica y libre para amar á su primo Don Leonel ó á quien mejor le parezca.

—¿Y quién la buscará para decirle todo eso? porque esa dama no creo que pueda recibir la noticia de lo que ha pasado esta noche sin horrorizarse—dijo Don César;—lo que ha sido para nosotros un grande acto de justicia, es seguro que ante sus ojos no pasará de un asesinato bárbaro, que quizá se crea con obligacion de denunciarlo á la justicia tratándose de su marido.

—Es verdad—dijo Teodoro.

—Y es además ponerla en un caso terrible de conciencia—agregó Martín.

—Que nos reprobaria en lugar de agradecérmolo—dijo Teodoro.

—Entonces ¿qué pensais?—preguntó Martín á Don César.

—Escuchadme—contestó Don César:—esos cuatro muertos, porque Don Alonso y el otro cuando mas serán cadáveres mañana, deben descubrirse muy pronto, quizá antes de tres dias; entonces vos ireis á buscar á Doña Esperanza y le direis cuanto se os ocurra sobre haberla buscado, y no mas, y entonces podreis ayudarla en todo.

—Pero si no se descubren los cadáveres, si Doña Esperanza queda en esa posicion incierta sin saber si es viuda ó casada, sin poder probar ante los tribunales su verdadero estado, entonces la habremos hecho mas desgraciada.

—En efecto—dijo Don César;—en tal caso, lo que se debe hacer es cerciorarse mañana si ya han muerto Don Alonso y el otro, y si esto ha sucedido, entonces mañana mismo se hace llegar la noticia á conocimiento de algun alcalde, y todo se asentará mañana mismo, antes de que los rostros de los muertos se desfiguren y cueste mas trabajo reconocerlos.

—Muy bien—contestó Martín;—yo me encargo de ir á

ver si esos dos lobos han dejado de existir, y vendré á avisarlo para que se proceda á lo demás.

Con esta resolucion cada uno se retiró á su aposento, y Martin no volvió aquella noche á su casa, sino que se quedó en la de Teodoro.

Toda la noche pensó en Doña Esperanza; casi la veia ya feliz y rica, pero tenia la idea de que era necesario para cortar las relaciones de Don Leonel con Doña Catalina, á las que él no daba una gran importancia, llevar á aquel el libro de las Memorias de Doña Juana, tanto para hacerle volver al amor de Esperanza, cuanto para evitar que por una desgracia se fuese á enamorar verdaderamente de su hermana.

Estas reflexiones tanto le afectaron, que casi sintió no haber llevado antes el libro á Don Leonel, y determinó llevarlo al siguiente dia, antes de ir á cerciorarse de si habian muerto Don Baltasar y Don Alonso.

Pensando en esto, como iba amaneciendo y estaba muy cansado, se quedó dormido profundamente.

Cuando Martin despertó era ya muy tarde, el sol estaba muy alto, y se oia ya el rumor de mucha gente que andaba por la calle.

—Sea por Dios!—dijo;—tanto pensé en lo que tenia que hacer temprano, que no lo hice, y á fe que he tenido sueños espantosos, y la vieja y Don Alonso, y Don Baltasar y el hombre que mató Teodoro, han bailado al derredor de mi cama toda la noche, haciéndome unos gestos horribles y echando lumbre por los ojos..... ¡y qué cosa tan fea es matar á un hombre, aunque sea con justicia!..... Estos eran unos pillos, que ya, ya, buena guerra hubieran dado si siguen viviendo..... en fin, me vestiré y vamos á ver lo que ha sucedido por allá.

Martin se vistió, y sin averiguar si Teodoro se habia levantado, salióse á la calle y se dirigió á su casa.

La muda le esperaba; Martin por señas le hizo comprender que Doña Esperanza estaba buena; luego se hizo servir el desayuno, y tomando el libro de las Memorias de Doña Juana de Carbajal, la emprendió para la casa de Don Leonel.

Subió sin que nadie le viera y llamó á la habitacion del jóven; un lacayo salió á verle y le dijo que aun no se levantaba su amo, porque estaba un poco enfermo.

Garatuza no creyó prudente volverse á salir con el libro, y dijo al lacayo:

—Como supongo que su señoría, si no está levantado, sí por lo menos despierto, os ruego le lleveis esta caja inmediatamente, advirtiéndole que quien la trae volverá esta tarde.

El lacayo recibió la caja, hizo una reverencia y Garatuza se retiró.

Procurando recatarse, andando unas veces de prisa y otras despacio, pero caminando siempre en direccion del lugar de la escena de la noche anterior, Garatuza llegó á encontrarse fuera de la ciudad.

Miró por todos lados, y ni una persona se distinguia en una gran extension.

Confiado en esto, apretó el paso y llegó al fin de su camino.

Humeaban aún los restos de la casa; el fuego habia consumido los techos y las puertas, parte de las paredes habian caido y parte se conservaban humeadas y negras.

El cadáver de Guzman, ó habia sido consumido por las llamas, ó habia quedado sepultado bajo los escombros; pero no se descubría.

—Quizá no estaba bien muerto y se haya escapado—dijo Martín, y comenzó á levantar algunas piedras en el sitio en que suponía se hallase el cadáver.

Trabajó un rato, y de repente se detuvo; era que al levantar uno de aquellos escombros, había descubierto una mano negra y crispada.

—¡Ave María Purísima!—dijo santiguándose—aquí está; vamos á ver á los otros.

—Lo que es esa—continuó señalando el sepulcro de Doña Catalina—ni que preguntar: veamos á aquellos.

Y se dirigió adonde habían quedado Don Alonso y Salmeron; apartó la maleza y casi se horrorizó de lo que veía.

Los dos habían ya espirado; pero aquellas dos cabezas que salían de la tierra, presentaban un espectáculo capaz de helar la sangre en las venas del hombre mas atrevido.

En los dos rostros se pintaba la muerte con los caracteres de la mas infernal desesperacion.

Don Alonso había conseguido romper con los dientes la mordaza, que era de madera; pero quizá al conseguirlo, ó quizá en medio de su agonía, se había trozado la lengua con los dientes, porque le colgaba fuera de la boca, negra y despedazada, y un charco de sangre se advertía en la tierra, debajo de su barba.

Don Baltasar tenía los ojos abiertos, casi saltados de las órbitas, vidriosos, amenazadores aún, y sus cabellos, blancos y escasos, estaban como erizados todavía.

Una infinidad de moscas de todas clases cubrían aquellas dos horribles figuras, y se levantaron como una nube al acercarse Garatuza, produciendo un rumor siniestro y triste.

Martín se acercó á examinar, y notó que antes de morir y quizá durante toda la noche, esos moscos de la laguna, cuyas picaduras son tan agudas y tan molestas, habían mar-

tirizado á aquellos infelices, aumentando así lo espantoso de su situacion, porque se notaba en todo el rostro de ambos el estrago que habia causado en ellos la multitud de aquellos animales.

—Vámonos—dijo Garatuza;—yo no puedo ver esto, y es preciso que la justicia venga pronto, porque si tarda, será imposible despues reconocer estos cadáveres.

Y sin esperar mas, y sin pensar que no habia descansado ni un instante, dió la vuelta á México á llevar noticia de todo á Teodoro y á Don César.

XXXVIII.

Cómo Don Leonel supo de Doña Esperanza, y lo que aconteció entonces.

NON Leonel estaba aún en la cama cuando el lacayo entró con la caja que le había entregado Martín.

—Señor—le dijo.

—¿Qué quieres?

—Un caballero ha buscado á su señoría.

—He dicho que no quiero ver á nadie.

—Se ha ido ya.

—¿Entonces?

—Me encargó que le entregue á su señoría esto.

—¿Qué es?

—Una caja.

—Déjala por ahí.

—Agregó que era urgente que la viera su señoría.

—Dámela.

El lacayo se acercó y entregó la caja á Don Leonel.

Apenas la vió el jóven, la reconoció.

—Está bien; retírate y abre antes la ventana.

MARTIN GARATUZA.

El lacayo abrió la ventana y se retiró.

Don Leonel, temblando abrió la caja, sacó el libro y comenzó á leer con ansia.

Aquel manuscrito, que él debía haber conocido algunos meses antes, y que entonces le hubiera sido tan útil, en aquellos momentos no venia sino á aumentar su afliccion.

Pasaban las horas, y Don Leonel absorto, no advirtió que la puerta de su aposento se habia abierto y que penetraba en él su hermano el Padre Salazar, el cual al verle tan entretenido, se llegó hasta el lecho y se detuvo á contemplarle sin interrumpir su lectura.

De repente Leonel alzó el rostro y miró á su hermano, se sonrió con él tristemente y le tendió la mano.

—Buenos dias, Leonel—dijo el Padre Alfonso:—¿te sientes mas tranquilo? Lo creo, porque te encuentro leyendo.

—¡Ay hermano! este libro es la historia de mi desgracia, porque encierra las Memorias de Doña Juana de Carbajal.

—¿Y qué has encontrado en él?

—La prueba evidente de que Catalina es hermana nuestra; es hija de nuestro padre.

—¿De manera que en eso no hay duda?

—No, hermano, y no podré decirte si es por fortuna ó por desgracia.

—Quizá sea por fortuna, y esto abra para tí las puertas de la felicidad y para Catalina las del cielo.

—¿Qué hay, pues, hermano mio? ¿qué hay? porque tú sabes que no puedo ser feliz cuando Esperanza es esposa de otro hombre.

—Grandes novedades han ocurrido hoy en el dia.

—Dime, dime.

—En primer lugar, te diré que tan luego como amaneció, mi padre se dirigió en busca de la madre de Catalina á

la casa de Don Pedro de Mejía; yo le acompañé, y nuestra pobre hermana se quedó en el aposento que le dispusimos anoche.

—¿Y qué hubo?

—En la casa de Mejía nos dijeron que no había nadie, que la madre de Catalina había salido desde la víspera con Don Alonso y su esposa.

—¿Su esposa! Dios mío! ¿y yo perdí esa joya? pero la ingrata, que se huyó de la casa de Martín para casarse con ese hombre! No, no debo pensar en ella.

—Mi padre quiso que fuésemos á buscar á esa señora á la casa de Don Alonso; llegamos allí, y nos dijeron que la esposa de Rivera no recibía á nadie, y que Don Alonso y Doña Catalina habían salido de la casa desde la víspera en la tarde y que nada se sabía de ellos.

—¿De manera—dijo Leonel—que Rivera no pasó la noche en su casa?

—No.

—¿No se sabe aún de él?

—No, ni de Doña Catalina.

—Vaya un misterio!

—Pues hay además una cosa horrible.

—¿Qué cosa?

—Ya de vuelta, encontramos un alcalde del crimen, acompañado de gentes de justicia y de mucho pueblo, que iban rumbo á la laguna; mi padre preguntó á un amigo que encontró entre los curiosos, lo que aquello significaba, y le contestó el otro que el alcalde había recibido un anónimo en que le decían que por aquel rumbo había cuatro cadáveres, y entre ellos el de una dama, que parecían de personas principales, cuyos cadáveres unos estaban enterrados y otros no; que el que hacía la denuncia los había visto, y no se

MARTIN GARATUZA.

presentaba en persona porque no quería andar entre justicias.....

—¿Y crees.....

—Que quizá entre esos cadáveres estén el de Doña Catalina y el de Rivera.

—¿Pero por qué lo crees así?

—Por esa extraña desaparición.

—¿Y cómo sabremos?

—Muy fácilmente y muy pronto, porque mi padre en persona siguió al alcalde.

—¿Hace ya mucho de eso?

—Cosa de una hora, y no deben tardar, porque mi padre se fué en la carroza, é hizo montar en ella al alcalde y al escribano.

En este momento se oyó el ruido de un carruaje que penetraba en el patio.

—Ahí está—dijo Don Leonel comenzando á vestirse precipitadamente.

—Él debe ser—contestó el Padre Alfonso.

Dos minutos despues la puerta se abrió con violencia, y Don Nuño, pálido, desencajado, con el pelo erizado y casi sofocándose, penetró en la estancia y se arrojó en un sillal, cubriéndose el rostro con las manos.

—¿Qué teneis, padre mio?—dijo Don Leonel espantado.

—¡Oh!—exclamó Don Nuño como hablando consigo mismo—¡esto es horrendo, espantoso, increíble!

—¿Pero qué os pasa, señor?—preguntó el Padre Alfonso.

—¡Doña Catalina muerta, seguramente en medio de horribles tormentos, porque tenia los piés calcinados, y señales de cuerdas en las manos; Don Alonso de Rivera y Don Baltasar de Salmeron, enterrados vivos, segun se nota, hasta

la garganta, y un desconocido muerto en medio del incendio de una casa!

—Pero Rivera y Salmeron ¿salvaron?—dijo Leonel cediendo á un impulso de buen corazón.

—¡No! estaban muertos también.

—¡Qué horror!—exclamó el Padre.

—¿Y nada se sabe de los autores del crimen?

—Muy poco; parece que el hombre muerto entre las llamas de la casa, fué el que enterró á Don Alonso y á Salmeron, porque cerca de él habia algunos instrumentos de labranza llenos de lodo, y con yerbas de la misma clase que la que crece en el lugar en que fueron enterrados los infelices; además, él tenia el traje y las manos llenas de lodo, no estaba herido, y quizá el incendio de la casa en que estaba, seria providencial para castigar su crimen.

—¡Pero esto es espantoso!

—¡Horrible! ¿y quién seria ese hombre?

—Uno de los alguaciles dijo conocerle, y que es un famoso ladrón, llamándose Guzman.

—¿Y Doña Esperanza sabrá esto?—dijo Don Leonel.

—Es probable, porque en este momento no se habla de otra cosa en toda la ciudad; todo el mundo está aterrorizado.

—¿Y Catalina?—dijo Don Nuño.

—Es preciso impedir que le den la noticia, así, de repente; seria bueno ir la preparando—contestó el Padre Alfonso.

—¡Pobrecita! ¡cuán desgraciada es! yo me encargo de eso.

—Yo quisiera ver á Doña Esperanza—dijo Don Leonel.

—No lo creo prudente—contestó el Padre Alfonso;—iré yo, y le hablaré y procuraré calmar su dolor.

—Dices bien; pero vete pronto: en este momento está sola en el mundo.

—Voy, si lo creéis prudente, padre mio.

—Por supuesto—contestó Don Nuño;—anda, hijo mio. anda, y voy á consolar á mi hija.

El Padre y Don Nuño salieron, y Don Leonel quedó solo en su cuarto, acabando de leer las Memorias de Doña Juana Carbajal.

Cuando el Padre Alfonso llegaba cerca de la casa de Doña Esperanza, venia á lo lejos una gran multitud.

El Padre comprendió que traian allí los cadáveres, y se apresuró á entrar á la casa para impedir á Esperanza que atraida por la novedad, saliese á la ventana y mirase aquel espectáculo.

Un lacayo le detuvo en la puerta de la sala.

—¿Qué mandaba su merced, Padre?—preguntó.

—Deseo hablar con la señora.

—No quiere recibir, Padre.

—Es preciso que le avises siempre.

El respeto al clero era en aquellos tiempos tan grande, que el hombre no vaciló en quebrantar su consigna.

—¿Y qué quiere su merced que le diga?

—Díla que la busca su primo el Padre Alfonso.

—Voy corriendo; pase mientras su merced.

Comenzaba á sentirse ya el rumor de la gente que se iba acercando.

El Padre temblaba, porque creia que el lacayo no llegaba á tiempo.

Pero de repente la puerta se abrió, y Doña Esperanza, pálida y vestida de negro, entró y se arrojó llorando en los brazos de su primo.

—Sabe ya todo—pensó el Padre: y luego en voz alta,

dijo á Esperanza:—prima mia, habeis sido mi hermana; vengo á acompañaros en vuestra desgracia, y á procurar calmar vuestra pena, si es posible.

—Primo mio, mi mal es tan grande, mi desgracia tanta, que creo que no hay para mí consuelo sobre la tierra.

—¡Oh! leo en vuestro corazon, porque conozco vuestra alma.

—Si me comprendeis, compadecedme.

—¿Le amábais mucho?—preguntó el Padre, creyendo que Esperanza sabia la muerte de Don Alonso.

—Mas que á mi misma vida—contestó la jóven, pensando que el Padre aludia á Don Leonel.

—Pero Dios ha querido que no fuérais feliz; conformaos con su divina voluntad.

Esperanza se puso á llorar; la presencia del Padre Alfonso habia abierto de nuevo su herida.

—Conformaos, conformaos; y ya que sois cristiana, rogad por el que esperamos en Dios que le tendrá en su gloria.

—¡Cómo!—exclamó Doña Esperanza levantándose como loca—¡cómo! ¿es decir que ha muerto?

—¿No lo sabíais?—preguntó espantado el Padre Alfonso.

—¡Pero no! no! ¡decidme por Dios! ¿cuándo ha sido esto?

—Perdonadme, Doña Esperanza, si así os he dado la funesta noticia; pero creí que ya sabíais el suceso y que..... no le amábais tanto.

Doña Esperanza lloraba sin consuelo: en la calle se escuchaba el rumor de la inmensa multitud que acompañaba los cadáveres.

—¿Qué es eso?—preguntó Doña Esperanza, levantándose y dirigiéndose á la ventana.

—¡Oh! no salgais, señora! no os asusteis, por Dios! ese espectáculo os causaría la muerte.

El Padre Alfonso detenía á Esperanza, que pugnaba por acercarse á la ventana.

—¿Pero qué es? decidme siquiera.

—Señora, no os alarmeis, porque debe ser su cadáver.

—¡Su cadáver! ¡gran Dios! ¡su cadáver!—y la jóven quiso avanzar, dió un paso y cayó desvanecida en los brazos del Padre Salazar.

Cuando volvió en sí, el fúnebre cortejo habia pasado y se alejaba.

—¡Leonel! ¡Leonel!—exclamó Esperanza.

El Padre Salazar creyó que deliraba, y no contestó.

—Decidme—le preguntó de repente la jóven—¿no me engaÑais? ¿es verdad que Leonel ha muerto?

—Está como loca—pensó el Padre.

—¡Respondedme en nombre del cielo, señor! ¿Don Leonel ha muerto?

—Señora—dijo el Padre—no os he dicho yo eso.

—¿No me lo habeis dicho? entonces estoy loca: ¿entonces quién ha muerto?

—Señora—contestó el Padre, comprendiendo que habia allí alguna equivocacion—el que ha muerto es vuestro esposo, Don Alonso de Rivera.

El rostro de Doña Esperanza se trasfiguró; la negra nube que oscurecía su semblante, se disipó repentinamente, y sin pensar en que estaba delante de una persona extraña y que el muerto era su mismo marido, cayó de rodillas, y levantando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó con un acento profundamente conmovido:

—¡Gracias, Dios mio! ¡gracias!

El Padre la contemplaba absorto, y no se atrevía á interrumpir aquella oracion mental.

Por fin, Doña Esperanza se levantó grave, pero serena; tomando una de las manos de Don Alfonso, le dijo:

—Por Dios, señor; vos habeis sorprendido los secretos de mi corazon, y os ruego que no los descubrais á nadie: yo soy libre ante el mundo ya, como lo era ante Dios, porque ese matrimonio lo habia yo contraido obligada por la fuerza; pero Leonel no debe saber nada de esto, porque no es libre, porque ama á otra, y porque tal vez muy pronto se encuentre enlazado con esa Doña Catalina.

—Os engañais, señora, porque mi hermano no puede amar á esa dama, y ese matrimonio es imposible.

—¿Imposible decís? si yo sé que se aman, si los dos son libres.

—A pesar de todo eso, es imposible.

—¿Pero por qué? decidme.

—Porque Doña Catalina de Armijo, la viuda de Don Pedro de Mejía, es hermana mia y de Leonel; es hija de nuestro mismo padre.

—¿Hermana vuestra?—exclamó la jóven, enderezándose como impulsada por un resorte—¿hermana vuestra?

—Sí, señora; hija de nuestro mismo padre.

—¿Y Leonel lo sabe? ¿lo sabe?

—Sí, señora, lo sabe, porque nuestro mismo padre se lo dijo, y porque se ha confirmado en ello al leer las Memorias de mi tia y vuestra madre, Doña Juana de Carbajal.

—¿Es decir que ya no la ama, que no puede amarla?

—La ama como se ama á una hermana desgraciada, á

MARTIN GARATUZA.

una hermana que pronto irá á encerrarse para siempre en un claustro.

—¿Y se acuerda de mí Don Leonel? ¿y os ha hablado de mí?

—Sí, señora, aunque con tristeza, porque le hicieron creer que vos habíais huido del lado de Martin para poder uniros con el que fué vuestro esposo.

—¡Infames! ¿Y quién puede haber dicho semejante calumnia? ¡Oh! ¿y él lo ha creído? ¿y vos no le dijísteis que era eso una maldad, que yo no podia hacer semejante cosa?

—Perdonadme, señora; pero vos comprendereis que yo nada sabia.

—¿Pero él me ama? ¿me ama á mí? decidme la verdad.

—Creo que mas que antes.

—¡Ay, Dios mio! ¡qué feliz soy! libres los dos, me ama! me ama! ¡ah! es preciso que yo le vea, que le hable, que le explique: acompañadme, señor; vamos á verle ahora mismo, inmediatamente.

—No, señora; permitidme que os advierta que en estos momentos, cuando vuestro esposo acaba de morir, cuando la pobre Catalina está sumida en el mas profundo dolor, no debeis ir á la casa de mi hermano; seria causar un escándalo, seria mal visto.....

—Teneis razon; pero yo necesito verle, hablarle, y no me es posible contenerme; temo que algun nuevo incidente, que algun acontecimiento funesto, turbe ese porvenir que ya miro tan bello y tan claro.

—No temais, señora; Dios os ha protegido y os hará feliz, os lo aseguro: además, yo voy por mi hermano, y volveré dentro de poco tiempo.

—¡Qué bueno sois, hermano mio! permitidme que os dé ese nombre.

582

MARTIN GARATUZA.

—Sí, llamadme hermano, porque os amo como á una hermana.

—Pero id, id, no os detengais, os lo suplico.

—Voy en el instante.

—Y volved pronto y con él.

—Volveremos.

—¡Dios os bendiga, hermano mio! ¡Dios os bendiga, porque me habeis traído la dicha y la felicidad!

XXXIX.

Continúase tratando de la misma materia que en el anterior.

EL Padre Salazar tomó su sombrero, y salió de la casa de Doña Esperanza verdaderamente satisfecho; entreveía ya la felicidad para su hermano y para aquella jóven á quien amaba como si hubiera formado siempre parte de su misma familia.

Llegó así hasta su casa, y se dirigia al cuarto de Don Leonel, cuando de la puerta de una de las habitaciones que habia en el corredor,, oyó que le llamaban.

Era Catalina.

El Padre Alfonso entró, y Catalina cerró la puerta.

La jóven estaba ya serena, y en su rostro se notaba la conformidad de la mujer cristiana despues de una de esas tempestades de la vida que hacen cambiar completamente al corazon.

—Entra, hermano mio, entra, y hablaremos un poco; necesito oírte, porque veo en tí al sacerdote y al hermano, y tus palabras serán las de la religion y las del cariño.

—Hermana mia—contestó el Padre Alfonso—Dios te dará resignacion, y tu corazon encontrará esa calma y esa felicidad que en vano la buscarías en el mundo, en las aguas purísimas de la religion.

—¡El mundo no tiene para mí atractivos! ¡mi madre ha muerto!.....

—¿Lo sabes ya?.....

—Sí lo sé, y mi alma ha sentido un dolor inmenso, porque puedo sentir ya mas de lo que he sentido: ¡pobre madre mia! yo la perdono; ¡ojalá que así la perdone Dios!

—Catalina, ¿has visto á mi padre y á Leonel?

—A mi padre le he visto; él me dió la noticia de la muerte de mi madre: en cuanto á Leonel, pienso no verle hasta el momento mismo de mi partida.

—¿Qué partida?

—Sí, hermano, he determinado marchar á España, y tomar allí el velo en alguno de los conventos de arrepentidas.

—Creo que harás bien. ¿Y quién te acompañará?

—Tú—contestó á la espalda del Padre Alfonso la voz de Don Nuño.

—Será así, si vos lo ordenais—dijo el Padre.

—Es necesario, y además, esto debe ser muy pronto, porque las urcas están en Veracruz aparejadas ya para darse á la vela.

—Estoy dispuesto. ¿Y cuándo saldremos, señor?

—Esta misma noche: uno de mis amigos me ha dicho que el visitador Don Martin de Carrillo tiene datos para creer, ó mejor dicho, para estar seguro de que eres tú el gefe de las conspiraciones que traman aquí los criollos para alzarse con el reino; que hace algunos meses habeis suspendido vuestros trabajos, merced á la actividad con que él os per-

siguió; pero que cuando él se retire, que quizá será muy pronto, no quiere dejar la chispa oculta, exponiendo al reino á nuevos trastornos: él ordena que te envíe yo á la corte, ó que de lo contrario, tendrá que llevarte preso á su salida de la Nueva España.

—Vámonos, hermano mio, vámonos—dijo Catalina;—quizá allá encontremos paz y tranquilidad para nuestros corazones.

—Partiremos esta noche—dijo el Padre Alfonso:—y ahora, padre mio, deseo hablaros á solas.

—¿Me retiro?—preguntó humildemente Catalina.

—No, hija mia—contestó Don Nuño acariciándola;—nosotros pasaremos á otra estancia.

Y Don Nuño y su hijo pasaron á otra de sus cámaras.

—¿Qué deseas?—preguntó el anciano.

—Solo deciros que Catalina y yo partimos esta noche; Leonel mi hermano queda á vuestro lado: dad vuestro permiso, señor, para su enlace con su prima Doña Esperanza de Carbajal.

—No tengo ya inconveniente; pero apenas hace unas cuantas horas que ha muerto Don Alonso de Rivera; ¿qué dirá el mundo?

—Señor, por medio de la fuerza hicieron casar á mi prima con Don Alonso, no porque él la amase, sino porque querian apoderarse de sus grandes riquezas, segun comprendo; mañana lo sabrá todo México, y nadie murmurará de una boda que debia ya haberse olvidado, á no haber sido por los crímenes de Rivera.

—Por mi parte no hay inconveniente; ¿qué dice tu hermano?

—Voy á verle y os diré lo que resuelva, esta misma tarde.

—Anda, hijo mio, y no olvides que esta noche partirás.

—No, señor; siempre estoy dispuesto á obsequiar vuestra voluntad.

Don Nuño le tendió la mano y el Padre Alfonso la besó y salió.

Don Leonel se paseaba agitado en su aposento; al ver entrar á su hermano, se arrojó á su encuentro.

—¿Qué hay?—le preguntó.

—Doña Esperanza desea hablarte.

—¿Pero cuándo, adónde?

—Ahora mismo en su casa.

—Dios mismo, ¡qué feliz soy!—dijo Leonel precipitándose á tomar su sombrero y su espada.—Vamos, vamos.—De repente se detuvo y exclamó:—¡imposible!

—¿Imposible? ¿por qué? ¿estás loco?

—Loco, no; pero ella amaba á otro hombre, huyó de su casa y se enlazó con él: ¿cómo voy á buscarla?

—Vamos, que ella te explicará todo; ella te ama, y si hay álguien que necesite de perdon, eres tú, tú que te atreves á pensar mal de un ángel como ella.

—Vamos, dijo Don Leonel.

Y los dos hermanos se dirigieron á la casa de Doña Esperanza de Carbajal.

Apenas llamaron á la puerta de la sala, cuando esta se abrió y se presentó Doña Esperanza.

El semblante de la jóven estaba encendido como las amapolas del lago, sus ojos brillaban por el placer, tenia la boca entreabierta por una sonrisa de felicidad, dejando ver entre sus rojos labios sus dientes blanquísimos y sus encías nacaradas y frescas.

Vestia un trage negro, sin mas adornos que una gran hilera de botones que bajaban por delante desde el cuello has-

ta la orla; su cintura delgada y flexible estaba ceñida por un cinturón negro también, y sus negros y rizados cabellos formaban el fondo en que se destacaba un rostro tan bello como el de un arcángel.

Esperanza avanzó majestuosamente; su elevado talle parecía mecerse agitado por la emoción; tomó con sus manos las dos de Don Leonel, que la miraba extasiado, y las oprimió con delirio, sin pronunciar una palabra.

Aquella demostración tan sencilla era la expresión más elocuente de aquel amor infinito.

—Esperanza—dijo Leonel—¡cuánto te adoro!

El Padre Alfonso conoció que no debía esperar la respuesta, y se salió sin que lo sintieran los dos enamorados.

—Leonel—dijo Esperanza—¡cuánto me has hecho sufrir en la vida, cuánto! tú has herido mi corazón virgen, tú jugaste con mi amor, tú no comprendiste lo que yo te quería: ¡ah, Leonel! tú me has ofendido mucho.

—Alma de mi alma, tienes razón; yo te he ofendido, yo herí tu corazón; pero te amo, ángel mío, como no se ama más que una sola vez en la vida; mi corazón es solo para tí: si la sombra de un capricho pasó sobre la pureza y sobre la constancia de mi amor, el fuego que me devora, aliento de mi vida, basta por sí solo para purificarme ante tus ojos: sí, Esperanza, tú lees en mi corazón, tú sabes que te amo; tú lo adivinarías si no te lo dijera, porque el amor se siente como se siente la tempestad que se tiende sobre nuestro cielo: tú comprendes mi pasión, tú sabes que desde niños nos amamos; tú sabes que yo pensé en tí y no más en tí para mi esposa: una barrera inmensa se había levantado entre nosotros con tu matrimonio, Dios la ha hecho desaparecer, y ahora que eres libre, vuelvo á tus plantas á pedir tu perdón y tu amor.

—¡Ah! Leonel, ¡cuánto me hiciste padecer! por tí y nada mas por tí he aceptado la union que me propusieron, porque te ví á los piés de otra mujer; si no, hubiera preferido morir: ¿tú sabes lo que yo sentiria al ver que ibas á unirte á otra?

—¿Y no crees, ángel mio, por lo mismo que conoces ese intenso dolor, que estoy mas que castigado con haberte visto esposa de otro hombre? ¡Oh, Esperanza! dolor por dolor, si el tuyo ha sido grande, el mio ha sido infinito, porque yo me sentia culpable.

—Leonel, te perdono; ¿me perdonas tú á mí?

—¿Yo á tí, amor mio? ¿y de qué? ¿de qué? Tú eres el ángel que me guia á la felicidad; si no quise seguirte, si te abandoné, ¿quién es culpable?

—¿Me amas aún?

—Mas que nunca, mi bien, mas que nunca.

—Y yo te adoro.

—Pronto serás mia.

—Será el dia de felicidad suprema para mí; me parece imposible.

—Ya llegará—contestó Don Leonel besando con pasion una de las manos de Doña Esperanza que tenia entre las suyas.

La encantadora viuda ruborizada, retiró su mano, exclamando:

—¡Leonel!

En este momento llamaron á la puerta, y hasta entonces no se apercibieron los amantes de que el Padre Alfonso habia desaparecido.

La puerta se abrió, y un alcalde del crimen seguido de varias personas, entre las cuales se encontraba el Padre Alfonso, se presentó.

—Señora—dijo el alcalde—vengo á tomaros una declaracion: excusadme, señora; pero es una cosa precisa, es un negocio de suma gravedad.

—Estoy muy dispuesta á contestaros; podeis comenzar.

—¿Deseais que se retiren las personas que están presentes?

—No, señor; cualquiera cosa que tenga que decir, será pública, y no necesito del secreto.

—En tal caso, señora, comenzaremos.

El escribano sacó un enorme tintero de cuerno, unas grandes plumas y unos rollos de papel, se sentó junto á una mesa y se preparó á escribir.

—¿Teneis la bondad de poneros de pié y hacer la señal de la cruz?

Doña Esperanza obedeció.

—¿Jurais por Dios y por su santa Madre, y por la fe cristiana que profesamos, decir verdad en cuanto supiéreis y fuéreis preguntada?

—Sí juro—dijo Esperanza, llevando á sus labios su mano derecha, con cuyos dedos tenia hecha la señal de la cruz.

—Que sea á cargo de vuestra salvacion y conciencia—agregó el escribano.

Y comenzó el interrogatorio.

El juez preguntaba de manera que apenas podia contestar la dama mas que sí ó no; pero hizo por último una de las preguntas que decia:

—Preguntada cuanto mas supiere de todo esto.

Entonces Esperanza dijo al alcalde:

—¿Permitireis, señor alcalde, que diga todo cuanto sepa?

—Sin duda, señora; que eso es lo que desea la justicia.

Doña Esperanza refirió entonces todo cuanto le habia pasado con Don Alonso y con Doña Catalina, y todas las

crueidades de que habia sido víctima, hasta que la obligaron á dar la mano de esposa á Don Alonso.

Todos los presentes escucharon aterrorizados esta relacion hasta su fin.

—Verdaderamente, señora—dijo el alcalde—habeis sido víctima de horrorosos atentados; solo que ya la justicia humana nada puede hacer, porque el cielo ha castigado á vuestros verdugos. Doña Catalina, Don Alonso y Guzman no existen, y no es posible encontrar al hechor de todo esto; lo mas seguro parece ser que ese Guzman los llevó allí con engaño, y los mató de una manera bien cruel, y que despues, por una desgracia ó por disposición de Dios, que no permite nunca que los delitos queden impunes, la casa en que estaba Guzman se incendió, y él pereció entre las llamas: de todos modos, libre estais ya de vuestros perseguidores, y Dios recompensará vuestros sufrimientos.

—Así lo espero—dijo Doña Esperanza.

—Señora, me retiro; perdonadme la molestia y os deseo mil felicidades.

La jóven hizo una reverencia, y el alcalde con su acompañamiento salieron, dejando solos á Don Leonel, Doña Esperanza y al Padre Salazar.

—Y ahora ¿qué pensais hacer?—preguntó Leonel á la jóven.

—Aconsejadme—contestó ella dirigiéndose al Padre Alfonso.

—Si seguís mis consejos, oid: en primer lugar, debeis trasladros á la casa de vuestro padre Don Pedro de Mejía.

—Me entristece esa casa.

—No importa; ya vereis cómo se alegra muy pronto.

—¿Y luego?

—No vistais luto por Don Alonso; todos sabrán lo que hicieron con vos y no lo extrañarán.

—Bien; ¿y luego?

—Luego, ¿para qué queréis que os lo diga? casaos con Leonel si los dos estais conformes en ello.

Doña Esperanza miró á Leonel, éste la miró tambien, vacilaron un momento, y luego se arrojaron llorando el uno en los brazos del otro.

—Dios os bendiga—dijo el padre Alfonso algo conmovido.

—Hermano mio—dijo Esperanza tomándole de una mano—vos bendecireis nuestra union.

—No es posible, hermana mía; esta misma noche parto para Veracruz; voy á embarcarme, Leonel lo sabe.

—Parte—dijo Don Leonel;—va á llevar á nuestra hermana Doña Catalina, que quiere tomar el velo en uno de los conventos de España.

Doña Esperanza no contestó, y todos tres guardaron silencio.

La sombra del pasado cruzó en medio de aquella escena de felicidad.

XL.

El fin de la historia.

LA noche había cerrado, y en el patio de la casa de Don Nuño de Salazar se veía uno de esos coches de camino que hacían el entonces largo y peligroso viaje de la capital de la colonia al puerto de Veracruz.

Pero aquel viaje se preparaba sin ruido, sin movimiento, sin escándalo.

Los cocheros esperaban el momento de la partida, y el coche estaba cargado con baúles y cajas.

En un aposento de la casa, Don Nuño daba sus últimos consejos al Padre Alfonso.

—Hijo mio—le decía—vas á la tierra de tus antepasados; allí la nobleza, la inteligencia y el dinero te abren camino para los altos puestos; allí, hijo mio, nadie se acordará de que eres americano, sino para alabarte; llevas fondos para cubrir el dote y los gastos que necesita tu hermana para profesar. Dios los bendecirá como los bendice su padre. Llama á Catalina.

El Padre Alfonso se levantó conmovido, y el anciano se limpió una lágrima que había procurado ocultar á su hijo.

—Catalina—dijo el Padre Alfonso—llegó el momento.

Doña Catalina apareció entonces vestida de negro y sumamente pálida.

El Padre y su hermana se pusieron de rodillas delante del anciano, que procurando aparecer sereno, echó su bendición sobre aquellas dos cabezas inclinadas.

Aquella bendición caía como el rocío de consuelo, en dos almas tan diferentes y agitadas por pasiones tan diversas.

Eran dos seres desgraciados.

El hombre fuerte, inteligente, vigoroso; el sacerdote de la virtud, que no había tenido en el mundo mas anhelo que el de la ciencia, ni mas ambición que la libertad de su patria, y que marchaba á tierra extraña con el corazón despedazado, porque dejaba á México cautivo y sin esperanza.

La joven hermosa, que había apurado la copa del placer y de la disolución, y que no había tenido mas amor en su vida que el de Leonel, huía del hogar doméstico, á buscar en la soledad del claustro un asilo para llorar sus desventuras y un amparo contra las tormentas de la vida.

La una iba impulsada por el arrepentimiento de lo que había hecho en el mundo, huyendo de él.

El otro, devorado por el despecho de lo que no había podido hacer, huía también.

—Hijos míos—exclamó el anciano;—yo os bendigo, y la bendición de un padre que ama á sus hijos, es la bendición de Dios: no olvidéis mis consejos, y rogad á Dios por vuestro padre.

Los jóvenes se levantaron y se arrojaron llorando en el seno de Don Nuño, que los recibió en sus brazos.

El Padre Alfonso tuvo mas presencia de ánimo; se ar-

rancó de los brazos del anciano, y tomando de la mano á Doña Catalina, salió llorando del aposento.

El viejo permaneció inmóvil mirándolos, hasta que la puerta volvió á cerrarse; entonces, con una voz que salía del fondo de su corazón, exclamó, volviendo á bendecir el lugar por donde él suponía que aun estaban:

—¡Hijos míos! ¡hijos míos! ¡Dios os bendiga!—y se dejó caer sobre un sitial.

Doña Catalina, siguiendo á su hermano, salió del aposento de su padre; sin alzar siquiera el rostro atravesaban ya el corredor, cuando oyeron una voz que decía:

—Alfonso, Catalina!

La jóven, como herida por una corriente eléctrica, volvió el rostro, y vió á Don Leonel; y ella y Don Alfonso se arrojaron en los brazos del jóven, sin hablar.

—¡Adios!—dijo el Padre desprendiéndose.

—¡Adios, hermano mio!—contestó Don Leonel conmovido.

—Leonel— exclamó Catalina—¡adios para siempre! para siempre!

—¡Adios para siempre, hermana de mi corazón!

Catalina siguió al Padre; pero al llegar á la escalera, volvió el rostro y miró á Don Leonel que los contemplaba con las lágrimas en los ojos; no pudo contenerse, lanzó un grito y volvió corriendo á precipitarse entre sus brazos.

—Vámonos!—dijo el Padre tomándola de una mano;—¿para qué quieres herir mas tu corazón?

—¡Para siempre!—dijo Catalina.

—Para siempre!—contestó Don Leonel;—y se separaron.

Poco antes de retirarse, la jóven hizo otro esfuerzo, y tomando una de las manos de Don Leonel, imprimió en ella un beso, en que parecía querer dejar el alma.

El joven retiró su mano y se precipitó en su aposento.

Pocos momentos despues se escuchó el ruido del coche que comenzaba á caminar y salió de la casa de Don Nuño.

Don Leonel se tapó los oídos, porque en medio de aquel ruido que se alejaba, le parecia escuchar la voz de Catalina que le decia tristemente:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

Y él instintivamente le contestaba tambien:

—¡Para siempre! ¡para siempre!

.....

Al siguiente dia, Martin buscó á Doña Esperanza, y supo que vivia ya en la casa de su padre Don Pedro de Mejía, en la posesion de cuyos bienes habia entrado.

Martin determinó no verla ya, y Don César y Teodoro aprobaron su resolucion.

En toda la corte no se hablaba mas que de las desgracias de Doña Esperanza y de las maldades de que habia sido víctima; todos atribuian á un milagro su salvacion; y el nombre de Martin Garatuza no se escuchaba para nada en aquellas conversaciones.

Los esfuerzos y el triunfo de Martin no eran ni siquiera conocidos.

¡Así es el mundo en su gratitud!



EPILOGO.

Por un estrecho y escabroso sendero, que practicado entre la maleza y los riscos, conducía á la cresta de una de las elevadas montañas que rodean el extenso Valle de México, caminaban tres hombres, caballeros sobre tres soberbios corceles.

Ninguno de ellos hablaba, y uno en pos de otro trepaban por aquellas escarpadas sierras, deteniéndose á cada momento para no fatigar demasiado á sus cabalgaduras.

El que guiaba en la marcha, era un negro de elevada talla y robustos miembros; seguíale despues un caballero joven, pero que mostraba en su semblante las huellas de profundos sufrimientos, y al último caminaba un hombre como de cuarenta años, que revelaba en la viveza é inquietud de sus miradas toda la astucia y la sagacidad de la zorra.

Comenzaba á distinguirse una planicie en la cumbre de uno de aquellos cerros, y allí una casa de madera medio arruinada ya por la intemperie.

—Señor Don César—dijo el negro deteniéndose y ha-

blando con el caballero que le seguía;—mirad, aquella es la casa de Guzman, y desde aquí presencié yo la desgracia de Doña Blanca.

Don César no contestó, y se puso á contemplar el punto que le señalaba el negro.

—Teodoro—preguntó el tercero de los viajeros—¿acaso aquella cruz estaba ya en la orilla del Barranco?

—No, Martin—contestó el negro;—cuando yo volví en mis sentidos, despues del accidente que me causó la vista de aquella desgracia, obligué á la vieja que me habia traído, á plantar esa santa cruz en el mismo lugar en que estaba parada Doña Blanca cuando se precipitó.

—¡Pobre mártir!—exclamó Martin;—no me arrepiento de lo que hicimos con Don Alonso.

—Ni con Guzman—agregó el negro.

—Adelante—dijo Don César.

Teodoro emprendió de nuevo el camino, y llegaron muy pronto á la meseta que se formaba en la cima.

Don César se bajó de su caballo; los demás le imitaron, y los animales fueron atados á las columnas de madera formadas de troncos de árbol, que sostenian el techo de la casa que habia sido habitacion de Guzman.

Don César estaba sombrío, Martin no le perdía un instante de vista; Teodoro, triste y cabizbajo, no hablaba una palabra.

—Teodoro—dijo Don César—¿adónde está esa cruz estaba Doña Blanca.

—Sí, señor; mirad: Guzman se habia colocado en esa peña, vuestra esposa estaba en esa punta que se levanta entre la barranca; hablaban y accionaban; yo no oía lo que se decían; Guzman dió un paso adelante, se escuchó un gemido, y ví volar al abismo á Doña Blanca.

Don César no contestó; siguió avanzando hasta el pié de la cruz, se quitó su sombrero y se arrodilló.

Con el rostro inclinado, el desgraciado amante de Doña Blanca oró y sollozó largo rato; los otros dos lo contemplaban con respeto.

Después, se levantó con mucha serenidad, se acercó á la orilla del torrente, contempló aquellas aguas que chocando contra las rocas se tornaban en un pequeño lago hirviente y espumoso, alzó los ojos y las manos al cielo y se arrojó al abismo.....

Pero en aquel mismo instante una mano de acero lo sujetó de la espalda de la ropilla, y lo retiró del borde del barranco.

Don César volvió el rostro con indignacion, buscando quién lo habia detenido.

Era Teodoro, que habia seguido todos sus movimientos, que habia adivinado sus intenciones.

—Dios te lo perdone—dijo calmándose repentinamente Don César;—iba á unirme con Blanca.

—Ibais, señor, á separaros de ella por toda una eternidad: ella se dió la muerte por salvar su pureza; es una mártir, está en el cielo, en el coro de las vírgenes escogidas; vos íbais á morir por la desesperacion, los réprobos os aguardaban ya. Pensad si os uniríais á Doña Blanca, pensadlo, señor, y si insistís, os dejaré en libertad de morir.

Don César inclinó la cabeza, meditó y lloró, y luego como iluminado por un relámpago, exclamó:

—Eso es, no moriré; viviré aquí, aquí, para orar siempre por Doña Blanca, para recibir aquí la muerte cuando Dios sea servido de enviármela: idos, aquí me quedo.....

.....
.....

De los tres hombres que habían subido á la montaña, solo dos volvieron al Valle.

Don César de Villaclara quedó allí haciendo esa vida de soledad y de penitencia mística y contemplativa de que tantos ejemplos nos traen las historias de aquellos tiempos.

.....
.....
Aquella misma noche se celebraba en México con grande pompa el casamiento de Don Leonel de Salazar con su prima la hermosísima y rica señora Doña Esperanza de Carbajal.

Entre las gentes que miraban por la calle la luz que salía por las ventanas en la antigua casa de Don Pedro de Mejía, se podían notar dos hombres embozados en largas y negras capas, que hablaban en voz baja.

—Teodoro—decía el uno—aunque me alegra esta boda por lo que quiero á Don Leonel y á Doña Esperanza, siento el corazón despedazado al pensar que así habrían haberse celebrado las bodas de la desgraciada Doña Blanca y del infeliz Don César, á quien hemos dejado en la Sierra metido á ermitaño.

—Es verdad; pero estos jóvenes merecen ser muy felices, Martín—contestó Teodoro.

—También aquellos, y no lo fueron.

—Eso prueba que la virtud ni trae la desgracia, como dicen los impíos, ni la felicidad, como aseguran los hombres de la Iglesia.

—¿Qué es, pues, la felicidad? ¿qué la produce?

—Es un conjunto casual de circunstancias y se produce por la casualidad.

—¿Y Dios?

—Allá—dijo Teodoro señalando al cielo—allá da sus cas-

tigos ó sus recompensas; aquí deja la libertad al hombre para obrar.

—Por esa libertad misma—contestó Martin sonriéndose—me marcho mañana mismo, porque ya la justicia sabe que no he muerto y que vivo por desgracia de ella.

—Hareis bien.

Y los dos embozados en sus capas, se pusieron en marcha y se perdieron en las sombrías calles de la capital de la colonia.

FIN.



INDICE.

PRIMERA PARTE.

LOS CRIOLLOS.

Títulos.	Páginas.
I.—En que se ve que algunas cosas son para unos juegos de niños y para otros dramas del corazón.....	5
II.—En que se prueba que el patriotismo suele anidar en femeniles pechos.....	11
III.—Dáse á conocer al lector la familia de Don Leonel de Salazar, y cuéntasele lo que en la casa de éste pasaba.	17
IV.—Adonde llevaba el Padre Salazar á su hermano Don Leonel.....	22
V.—Quién era el viejo que hablaba con los hermanos Salazar y de qué trataba...	28
VI.—En que el lector encuentra tres personas que serán quizá conocidas viejas.	34

alos

VII.—De lo que pasaba en la casa de la calle de la Canoa.....	41
VIII.—Lo que pasó en México el 3 de Noviembre de 1624.....	47
IX.—En que se refiere lo que hizo Martin Garatuza por servir al Padre Salazar.	54
X.—En donde se prueba que los que andan siempre juntos no son siempre buenos amigos.....	65
XI.—En donde el virey, el visitador y el Padre Salazar, se convencen enteramente de que Garatuza era una joya..	72
XII.—Cuéntase lo que hablaron Don Leonel y Doña Juana de Carbajal.....	78
XIII.—Como es muy cierto aquello de que «el hombre pone y Dios dispone»....	85
XIV.—En donde el zorro al salir de su madriguera encuentra á la víbora y piensa levantarle el destierro.....	93
XV.—En donde se vé hasta qué grado puede ser peligrosa la vecindad de una muchacha bonita.....	99
XVI.—Cómo Garatuza conoció á un su amigo, y fué reconocido por otro.	105
XVII.—En que Martin, creyendo acertar, yerra.....	110
XVIII.—Cómo hizo Don Pedro de Mejía su primera visita á Doña Catalina, y lo que en ella pasó	119
XIX.—Cómo Martin hizo un escarmiento con Don Baltasar de Salmeron, y lo que se originó de esto.....	125

Capítulos.

XX.——En que se sigue la materia del anterior.....	134
LA MARCA DEL FUEGO, (Memorias de Doña Juana de Carbajal).....	139
EL HIJO DE GUATIMOC, (Memorias de Doña Juana de Carbajal).....	155
LAS TRES HERMANAS, (continúan las Memorias).....	164
MI HISTORIA, (continúan las Memorias).....	186
LA CASA COLORADA, (concluyen las Memorias).....	220
XXI.——De Cómo Martin Garatuza salió de México.	227

SEGUNDA PARTE.

LOS DESCENDIENTES DE GUATIMOC.

Capítulos.

Páginas.

I.—En que se vé cómo hablan mano á mano y sin ceremonia S. A. el Príncipe de Nassau y el célebre Martin Garatuza.....	233
II.—En el que Garatuza prueba que el hábito hace al monje.....	241
III.—De lo que habia pasado en México con Don Baltasar de Salmeron.....	246

ulos.

IV.—En que se trata de una persona insignificante, pero que hace gran papel en esta historia.....	254
V.—En que se verán cosas muy grandes...	262
VI.—Cómo el hombre que duerme no ve formarse la tempestad.....	269
VII.—En el que sigue la materia del que le antecede.....	280
VIII.—Donde se da razon de Don Leonel y de su padre.....	289
IX.—De cómo la marca de fuego de la familia Carbajal, era un indicio seguro del fin que esperaba á los que la tenían.....	295
X.—De lo que pasaba en la casa de Don Carlos de Arellano, en la noche de la boda de Don Pedro de Mejía.....	302
XI.—De cómo el virey se preparaba para resistir la invasion de los holandeses y las conspiraciones de los criollos....	310
XII.—De cómo á un hueso y á un sombrero puede un hombre deberle la vida y la libertad.....	320
XIII.—De lo que Martin, Don César y Teodoro, acordaron respecto de Doña Esperanza, y de lo que habia pasado á Doña Catalina.....	329
XIV.—Donde se cuenta cómo entró Martin á la casa de Don Pedro de Mejía, y otras cosas.....	339
XV.—De cómo volvió Doña Catalina á la casa de Don Pedro.....	357

títulos.

XVI.—En donde sigue la misma materia del anterior.....	366
XVII.—De cómo saldó sus cuentas con la justicia Martin Garatuza.....	374
XVIII.—De lo que pasó con el virey y con Andrea.....	384
XIX.—De cómo volvió á encontrar Don Leonel á su prima Doña Esperanza.....	394
XX.—De lo que hizo Martin despues de que pasó por muerto.....	400
XXI.—Cómo se abrió el testamento de Don Pedro, y lo que se siguió.....	414
XXII.—Donde se prueba que la causa mas mala, tiene siempre modo de ser defendida.....	423
XXIII.—En el que resulta lo que menos podia esperarse.....	433
XXIV.—En que vuelven á aparecer unos antiguos conocidos.....	445
XXV.—En donde se verá de todo lo que era capaz la vieja Doña Catalina.....	455
XXVI.—En el que Guzman consigue la prueba que queria Doña Esperanza.....	466
XXVII.—En el que Martin y Teodoro vuelven á perder la pista.....	480
XXVIII.—De lo que habia pasado á Don César.	489
XXIX.—Cómo se casó Doña Esperanza de Carbajal con Don Alonso de Rivera...	496
XXX.—En el que termina el que trata del casamiento de Doña Esperanza.....	505
XXXI.—De cómo la vieja Doña Catalina oyó terribles verdades.....	511

Epítulos.

XXXII.—En el que se prueba que una hija puede hacer la conversion de su madre...	522
XXXIII.—De cómo toda Magdalena, puede encontrar un redentor.....	530
XXXIV.—En el que se da razon de lo que pasó á la vieja Doña Catalina con el viejo Don Baltasar de Salmeron.....	539
XXXV.—Dáse razon de cómo habian venido Don César y sus compañeros, y lo que se siguió despues.....	547
XXXVI.—En el que Catalina y Don Leonel conocen que su situacion es mas triste que lo que ellos pensaban.....	558
XXXVII.—Se ve lo que determinaron é hicieron Martin, Don César y Teodoro.....	566
XXXVIII.—Cómo Don Leonel supo de Doña Esperanza, y lo que aconteció entonces.....	572
XXXIX.—Continúase tratando la misma materia que en el anterior.....	583
XL.—El fin de la historia.....	591
Epílogo.....	596

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS ESTAMPAS.

	Páginas.
<i>La Conjuracion</i>	27
<i>La Loca</i>	150
<i>El Rapto</i>	424
<i>El Martirio de Doña Catalina</i>	545